EMILY A. DUNCAN

BENDITOS MONSTRUOS



La chica, el monstruo, el príncipe, la reina. Juntos cambiaron el mundo. Y lo que hicieron en el pasado ya no tiene marcha atrás. Ahora deben unirse de nuevo para luchar contra el caos que han desatado, pero ¿y si ya es demasiado tarde?

Emily A. Duncan

Benditos monstruos

Algo oscuro y sagrado - 3

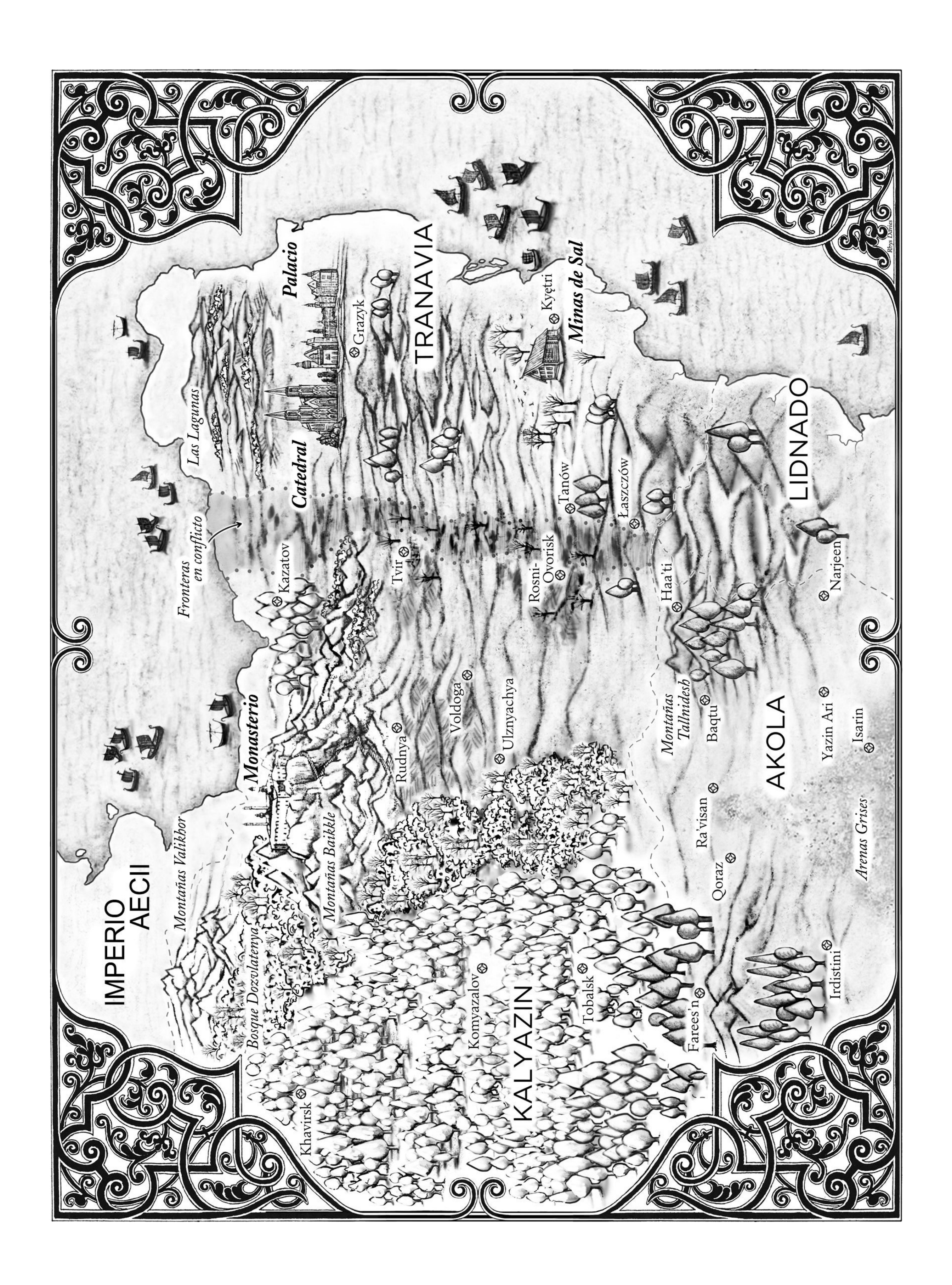
ePub r1.0
Marethyu 20.08.2023

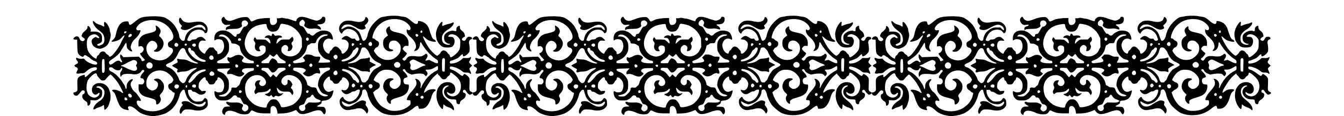
Título original: *Blessed Monsters*
Emily A. Duncan, 2021
Traducción: Cristina Zuil
Ilustración de cubierta: Mark McCoy
Mapa: Rhys Davies

Editor digital: Marethyu
ePub base r2.1


Índice de contenido

Para Thao, quien me dijo:
«Creo que Malachiasz debería tener libro propio».


IMPERIO
AECII
Montañas Valikhor
Bosque Dozolatenya
Montañas Baikkle
Monasterio
Fronteras
en conflicto
Las Lagunas
Catedral
Palacio
Grazyk
TRANAVIA
Kyętri
Minas de Sal
Tanów
Łaszczów
Rosni-
Ovorisk
Tvir
Kazatov
Rudnya
Voldoga
Ulznyachya
KALYAZIN
Komyazalov
Khavirsk
Tobalsk
Farees'n
Qoraz
Ra'visan
Montañas
Tallnidesh
Baqtu
Haa'ti
AKOLA
LIDNADO
Narjeen
Yazin Ari
Isarin
Arenas Grises
Irdistini



Prólogo

EL CHICO AL QUE DEVORÓ EL BOSQUE

Había sido un error. Rashid estaba solo, en un bosque oscuro que curioseaba, lo empujaba y trataba con todas sus fuerzas de hacerlo pedazos, pero él en lo único en lo que podía pensar era: «Ha sido un error».

«No te preocupes, solo quiere a los que tenemos magia», le había dicho Nadya con un tono en el que no deseaba recrearse, con la mirada fija en Malachiasz. Había sido un error.

Lo había enterrado en las profundidades (abandonado durante mucho tiempo, aunque nunca olvidado), lo que también había sido un error. Era demasiado tarde para arrepentirse, para desear haber tomado un camino diferente. Cuando Parijahan, con una sacudida, lo había despertado para huir, debería haber dicho que no. Si se hubiera mantenido al margen de la política y sus complejidades, si hubiera seguido siendo lo que se suponía que debía ser: un guardián y un cautivo, nada más… Los «si» se extendían como una telaraña formada por las cien mil vías distintas que podía haber elegido, con las que no se encontraría allí. No estaría recordando lo que había empujado hacia la oscuridad y se estaba despertando de su duermevela.

Siguió moviéndose mientras, con las botas, aplastaba la maleza, deseando tener una antorcha o magia de sangre con la quehacer un sofisticado hechizo para iluminar el aire a su alrededor. Hizo una pausa y rozó ese poder durmiente antes de alejarse.

Sin magia y sin importancia, sería un guardián, un cautivo, el chico del desierto al que la situación lo superaba.

Si se detenía, las vides se le enrollarían en torno a los tobillos, se los apretarían y le susurrarían que era mejor quedarse. ¿No le gustaría por fin descubrir qué se había asentado bajo su piel, esperando para revelarse?

Arrancó una vid y siguió moviéndose. No, no, no. Los árboles, anchos y enormes como las dieciocho columnas del templo en el que había estado

escondido de niño, se cerraban sobre él con lentitud. Los espacios entre ellos se estrechaban tanto que pronto se encontró atrapado. Morir allí sería su destino.

Rashid quería morir bajo el sol. Se estremeció con un escalofrío que le recorrió la piel, culebreándole por el antebrazo. Tragó bilis con fuerza cuando algo se desató, verde, como un gusano recorriéndole el brazo. Pestañeó. Un tallo que floreció de color carmesí, bermellón y violeta pálido, goteando sangre.

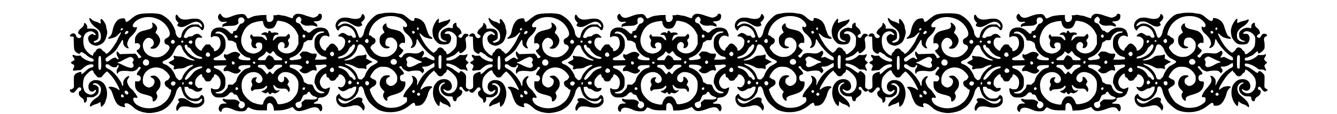
Rashid se negó a dejar escapar el gemido que se le había instalado en el pecho. Crac. Al girarse, se encontró cara a cara con una criatura que no pudo identificar al instante. No conocía los monstruos que se arrastraban por los rincones de Kalyazin, pero ese le resultaba familiar. Agazapado, apenas erguido. Tenía manos humanas con largas garras puntiagudas y caminaba sobre pezuñas como las de un ciervo. La cabeza también habría sido como la de un ciervo, salvo porque los ciervos no tenían tantos… dientes. Flores acres, pútridas y repletas de larvas le salían de las astas.

«Vaya». Recordó la palabra: un *leshy*, un guardián del bosque, una de las amenazas preferidas de Nadya, quien los había dejado a todos a la voluntad del *leshy* que, según ella, controlaba uno de sus dioses.

Rashid no se imaginaba a ningún dios controlando a ese ser. Incluso le parecía raro que la propia criatura no fuera un dios. Sin embargo, tenía una idea muy vaga sobre lo que los kalyazi consideraban dioses.

Dio un paso atrás y se chocó con un árbol. Cada hueco estaba sellado, no había lugar al que huir. Se pegó mucho al tronco.

Las palabras salieron lentas y ásperas de una garganta dormida durante siglos. Eran extrañas, incómodas e impensables, pero le penetraron en las entrañas. Ya no podía escapar. Su destino estaba sellado. «El bosque solo se alimenta de los que tenemos magia». El bosque consumiría a todos y cada uno de los miembros de su maldito grupo antes de continuar con el resto del mundo porque lo habían liberado de su prisión y había estado esperando para devorarlo todo durante mucho tiempo.



1

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Hay música al final del universo: las canciones de Chyrnog que se abren paso en el cerebro como gusanos agitados y con lentitud te destrozan la mente. El debilitamiento antes de la extinción.

El Volokhtaznikon

Malachiasz Czechowicz se despertó sobre la nieve manchada de sangre. El frío de la muerte era una aguja que se le clavaba en lo más profundo de los huesos. Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, mientras el hielo empapaba el último de los harapos de su ropa, hasta que se le caldeó la piel.

Se estremeció una sola vez cuando el frío de la nieve se volvió más presente que el de la tumba y se esforzó al máximo para deshacerse de su desorientación. ¿Había…? Sí. Había muerto. Lo último que había visto era a Nadya, empapada en sangre y lágrimas, arrastrándose con apenas fuerza para aferrarse a él. Luego, oscuridad, pero sin silencio ni paz.

Le daba miedo moverse, interrumpir el suave silencio que lo había arrancado del borde del precipicio. No debería estar respirando.

Tenía las yemas de los dedos ennegrecidas, y deseó que se debiera a la magia y no a la gangrena. Dejó que las garras de hierro se convirtieran en uñas normales y a punto estuvo de llorar de alivio al descubrir que podía hacerlo. No se sentía él mismo, aunque había sido así desde hacía mucho.

Iba a morir allí. Pestañeó mientras pensaba que ya le había sucedido. Se tocó la herida del pecho. No le sangraba, pero tenía un enorme agujero que le llegaba al corazón. No debería estar vivo.

En la periferia de su ser había ecos de trascendencia y no estaba preparado para regresar a ese estado. Convertirse en dios era una especie de lotería, según había descubierto, y el caos no era un premio del todo agradable. Por

muy dulce que fuera la emoción de tener poder, el dolor de los huesos al romperse antes de soldarse para, después, abrirle la piel estaba demasiado presente para su gusto. Si se esforzaba solo un poco, podía sentir dónde se convertiría en algo más. Había una serie de pasos antes de la caída y le gustaría mantener la ilusión de que, de forma consciente, tendría el control durante el mayor tiempo posible.

Solo había matado a un dios. Había muchos más.

—*Bueno, chico.* —Una voz horrible reptó por el inconsciente de Malachiasz. La visión se le quedó en blanco. No había ninguna desoladora ladera de montaña en aquel blanco y más blanco. Nada más, solo oscuridad.

Malachiasz había conocido muchos horrores. Se había familiarizado con los sonidos de las pesadillas y el caos; la sensación de carbones ardiendo contra su piel, de cuchillos bajo sus uñas, de sombras vivientes haciéndole pedazos y recolocándolo en el orden incorrecto. Conocía el dolor, el caos… Él mismo era caos. Sin embargo, aquello era pequeño y racional comparado con lo de ahora, que se asemejaba a la combinación de todos esos horrores, envueltos en algo mucho peor. Dos palabras pequeñas e insignificantes, aunque acompañadas de unos grilletes invisibles que le unían las muñecas y de una correa en torno a la garganta: una promesa.

«Bueno», contestó Malachiasz, tratando de ser el Buitre Negro y no el chico aterrado. «No va a funcionar».

Era la estrategia incorrecta y la voz soltó una áspera carcajada. Una explosión de dolor inundó la visión de Malachiasz, con chispas en la oscuridad que emitían estallidos de luz. Era tan joven antes de que aquello, fuera lo que fuera, se hubiera apoderado de él…

—*Estoy cansado de mortales que creen que pueden resistirse a mí* —dijo la voz—. *Llevo esperándote mucho, pero ya habrá tiempo para eso, para todo, para lo que deseo hacer. Verás, esta es nuestra presentación.*

A Malachiasz le palpitaba con tanta fuerza el corazón que creyó que se le iba a salir del pecho, lo que, al menos, acabaría con ese horror.

«Es difícil que sea nuestra presentación cuando no sé ni cómo te llamas».

—*Gánatelo.*

* * *

Malachiasz no sabía cómo había descendido la montaña. Estaba en el exterior de una extraña iglesia, con todo su ser dolorido, mientras el bosque reptaba hacia él para tomarlo y arraigarse en su interior.

Se había acostumbrado a que se le fragmentara la visión cada vez que se le abría un grupo de ojos en el cuerpo. Estaba habituado a ese caos cambiante, pero este dolor era más oscuro y no había nada que pudiera hacer, excepto apretar los dientes y superarlo.

La iglesia estaba hecha de madera. ¿En el pasado había sido de piedra? Necesitaba encontrar un lugar en el que resguardarse del frío, donde sentir algo. La puerta se abrió con facilidad bajo su toque. La cerró a sus espaldas y se deleitó con el silencio.

El musgo se extendía por el suelo y recorría las paredes sobre antiguos iconos. Sintió el impulso del bosque en la deshilachada periferia de su ser, esforzándose al máximo por derrotarlo mientras lo consumía más y más. Casi lo había conseguido una vez. Cruzó la entrada y cerró la puerta que daba a las escaleras que llevaban al estanque. No quería pensar en lo que Nadya había hecho.

El crujido de huesos bajo sus botas era estrepitoso mientras recorría el pasillo hacia el santuario. Pasó junto a él con la esperanza de encontrar una sala más pequeña en la que hacerse un ovillo hasta calentarse. Quizás no lo consiguiera nunca.

Caminando entre las plantas podridas y los huesos quebrados, le llevó bastante tiempo encontrar la sala que habría ocupado el sacristán de la iglesia. Había un horno en un rincón. Malachiasz lo llenó con trozos de muebles y buscó su libro de hechizos. No lo encontró en su cadera. Tampoco la daga que había portado durante años. La frustración, la ansiedad y un miedo abrasador le sobrevinieron de inmediato y cayó con fuerza en el suelo mientras apretaba los párpados. Dejó escapar un largo suspiro tembloroso.

Enterró la cara entre las manos y trató de que la voz no volviera. Sospechaba que el ser estaba siempre ahí, observándolo, esperando para abrumarlo aún más. Obligarse a cerrar los ojos no sirvió de mucho porque un puñado de ellos se le abrió en la mano y lo desorientó.

Cuando hubo acabado con los vínculos mortales que lo ataban a este plano de realidad, le había quedado claro lo mucho que le habían arrebatado los Buitres, lo que había perdido. ¿Algo de todo aquello era real?

Recordó al chico de la cicatriz en el ojo. También se vio arrastrando libros a la habitación de dicho chico tras un intento fallido de asesinato, pasando los días en palacio, vagando, hasta que el muchacho lo empujaba de nuevo a sus clases. Su hermano, Serefin, su asesino.

La familia era algo que Malachiasz había deseado en el pasado, pero que ahora querría olvidar. Era mejor tener a la familia falsa que se había creado

para reemplazar la que le habían arrebatado. Reconciliar aquello era demasiado difícil.

Tenía borroso el recuerdo de su tiempo en el bosque. Este lo había atrapado mucho antes de que llegaran a Tzanelivki. Cuando se habían marchado del monasterio y trasladado a Dozvlatovya, comenzó su ataque porque quería devorarlo. Serefin se había mostrado distante mientras viajaban por el bosque. De forma constante, sufría ataques y le sangraban los ojos. Además, si él o Nadya habían mostrado indicios de malas intenciones, Malachiasz había estado demasiado distraído para darse cuenta.

Aun así, no lo entendía. ¿Por qué lo había salvado Nadya cuando se había enfrentado a su diosa? ¿Por qué le había permitido saborear la aterradora expansión de su magia?

Malachiasz tenía el poder de un dios, pero no era nada, algo insignificante comparado con lo que podría tener la chica kalyazi con el pelo como la nieve si supiera cómo usarlo. El pensamiento le resultaba tan emocionante como aterrador. Habría sido mejor si ella no le hubiera traicionado, aunque él también le había hecho lo mismo a ella. Se habían pasado todo el año anterior atacándose el uno al otro ante cualquier rastro de debilidad. Nadya era la enemiga, quizás había sido una tontería pensar que podía ser algo más.

Se tiró de un hueso enrollado en el pelo. Seguía teniendo algunas reliquias y su poder le palpitaba bajo las yemas. Podría romperlas, ir más allá de su consciencia, su cuerpo mortal, trascender. Sin embargo, era probable que aquello fuera lo último que deseaba hacer.

Miró el horno frío sin verlo y se dio cuenta de lo inútil que era sin su libro de hechizos. No obstante, incluso si lo tuviera, ¿funcionaría? ¿Qué había hecho Nadya?

Frustrado, se abrió un corte en el dorso de la mano con una garra de hierro con la esperanza de estar equivocado, de que no lo hubiera destruido todo, de que no lo hubiera traicionado totalmente. Sin embargo, no había magia en la sangre que derramaba. No había nada.

Tragó saliva con fuerza, observando la sangre que le recorría la mano, a la vez que luchaba con las lágrimas. ¿De qué servía sin magia? ¿Cuál era su propósito? No era más que un monstruo. Aún tenía algo de magia, algo mucho más allá de la magia de sangre, y podía sentirla si se esforzaba. No obstante, utilizarla era ahondar en el caos y no estaba seguro de poder controlarlo.

Malachiasz se estremeció. Se estaba congelando y se estaba volviendo más complicado ignorar las oleadas de dolor cada vez que se le tensaba el

cuerpo. Al menos era más tranquilo que aquello a lo que se había acostumbrado: ojos, bocas y contorsiones. Nada de extremidades ni columnas ajenas en los lugares incorrectos.

Durante toda su vida había tenido un propósito: que las cosas no fueran tan mal. Siempre veía la luz al final de la oscuridad, incluso aunque se volviera más lejana con cada paso que daba.

Ahora eso había desaparecido y no estaba seguro de por qué estaba luchando, si quedaba algo que defender. «*Taszninem Malachiasz Czechowicz*». No se permitiría derrumbarse porque no sabía si podría regresar de ese lugar de caos, pero los límites de su ser se estaban deshilachando y la presencia seguía avanzando entre arañazos. Y no había nada que la detuviera.

* * *

Esta oscuridad era peor que la de las Minas de sal, ese lugar a donde no llegaba la luz. Esto era destrucción, entropía.

La consciencia era un concepto transitorio. Poco importante. Insignificante. El dios lo había llevado hasta allí. Suponía que debía llamarlo por su nombre. Sus ideales quizás se vieran comprometidos, pero sabía con total claridad que ese no era uno de los dioses a los que había declarado la guerra.

—*No*.

«Entonces, ¿qué?».

—*Más antiguo, mayor, mucho más poderoso*.

Se le agrietaron los huesos cuando se vio obligado a entrar en ese caos. Romperse para volver a forjarse. Acero atravesándole la piel. Dientes rebanándole el cuerpo. Ojos abriéndose y fracturándole la visión. ¿Qué más le sucedería? ¿Cuánto más podría soportar? ¿Cuánto más podría modificarse antes de que no quedara nada en él que fuera humano?

—*No te interesa resistirte. Tú y yo trabajaremos muy bien juntos*.

Malachiasz no supo qué responder. No tenía boca con la que hablar en ese momento. Solo contaba con el pánico, el miedo y una claridad perfecta. «Veamos cómo se desarrolla. Veamos qué tiene que decir este dios».

—*Ah, la rendición… Sabía que eras inteligente. Sabía que, si me escuchabas, lo entenderías*.

No era rendirse, era ganar tiempo. Malachiasz sabía qué hacer con aquellos que pensaban que eran capaces de manipularle. Había sabido cómo ocuparse de Izak y sabría qué hacer con aquello. Sin embargo…, no había

sabido lidiar con Nadya, el error de un corazón que no sabía si seguía poseyendo. No más fallos en ese sentido, con ella no. No obstante, podía hacer que pareciera la rendición de su voluntad. Podía jugar a eso.

Tampoco tenía forma de debatir. El caos era una trampa que le obligaba a cumplir su voluntad y se sentía impotente ante él.

Sabía lo que podía hacerle la trascendencia. Había estudiado lo suficiente para saber que, o bien lo mataría, o bien lo convertiría en algo mucho más grande, pero no había forma de predecir el resultado. Y el caos era idóneo, pero también un castigo, una prisión.

Malachiasz no se concedió el lujo de arrepentirse y, obligado a regresar a la divinidad, mientras el cuerpo se le rompía bajo el peso y el poder de ese ser, ese dios, se permitió saborearla. Había cometido tantos errores, contado tantas mentiras y allí estaba, al final del universo, siendo un dios en cuanto a poder, pero también un chico roto y cansado hasta la saciedad.

—*Sé lo que quieres. Escucha, sería menos doloroso si no me obligaras a hacer nada*.

¿Qué quería Malachiasz? En el pasado, lo tenía claro, pero, luego, su camino se había cruzado con el de una chica de Kalyazin que era inteligente, despiadada y nada de lo que esperaba que serían en ese pueblo atrasado, una chica que comía de la mano de una diosa que solo quería usarla. Por eso, las grandes ambiciones de Malachiasz habían cambiado. No había matado a Marzenya porque quisiera acabar con el imperio divino de Kalyazin, sino porque había obligado a Nadya a ver cómo él se rompía en pedazos, porque la había llevado a su propia destrucción, convirtiéndola solo en la herramienta que acabara con la magia de Tranavia, porque no podía soportar ver cómo la diosa apagaba la chispa luminosa de Nadya por haberse atrevido a elegir una nueva dirección. La clériga nunca lo perdonaría, pero no sabía si él podía perdonarla a ella tampoco.

Tal vez aquello era lo único que quedaba. Había matado a una diosa y mataría a más, por lo que ahora solo debía escuchar.

—*Muy bien*. —La voz del dios estaba impregnada de aprobación—. *Juntos hundiremos en oscuridad este mundo para devolverle la luz*.

«¿Qué quieres de mí?».

—*Tú tienes el poder divino y mortal y yo necesito rehacer este mundo antes de esparcir tus huesos por los límites de mi dominio*.

«Ah, bien… Lo único que siempre he querido es devolverle la paz a mi país».

—*¿Solo deseas eso?*

Habían cambiado muchas cosas, gran parte de su ser. Lo que siempre le había parecido claro ahora se había vuelto turbio. Sin embargo, en última instancia, sí, siempre había deseado lo mismo sin importar la forma. Quería la paz, quería que nadie sufriera como había sufrido él, no con los Buitres (esos no iban a desaparecer), sino con la guerra, con esa locura infinita.

Deseaba más, cosas silenciosas que no podía admitir porque hacerlo sería tentar al destino en su contra. No obstante, no quedaba nada entre él y Nadya. Necesitaba sellar los pedazos esparcidos de su corazón ennegrecido. Si no lo hacía, encontraría la manera de llegar hasta ella de nuevo. Si ella había deseado quitárselo todo y él había querido hacer lo mismo, ¿qué les quedaba?

«Solo quiero paz», repitió al final.

—*Un propósito noble. Idealista. ¡Vaya héroe!* —La voz utilizó un tono sarcástico.

«Sé lo que soy», replicó Malachiasz. No necesitaba que le recordaran lo que había hecho.

—*En realidad, no, pero ya tomaremos ese camino tú y yo y te romperé si debo hacerlo*.

Malachiasz esbozó una mueca.

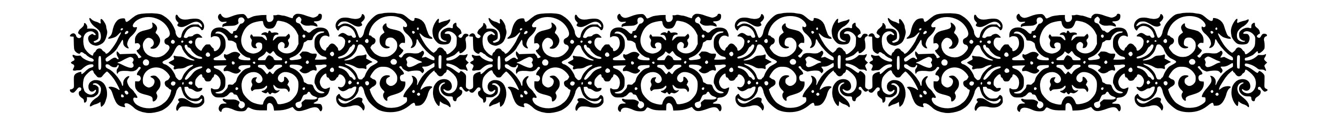
«Te lo pregunto de nuevo: ¿qué quieres?».

—*Tu ser existe en circunstancias ideales y ya te he dado las herramientas que necesitarás para poner en marcha los primeros pasos*.

Frunció el ceño, inseguro sobre a dónde le llevaría aquello.

«Los primeros pasos… ¿Matar a otro dios?».

—*Sabía que tenía una buena razón para elegirte*. —La voz se mostró engreída antes de dejar marchar a Malachiasz.



2

NADEZHDA LAPTEVA

De la boca de Svoyatovi Yeremey Meledin salieron mil doscientas serpientes. Cuando la última cayó, la última palabra pronunciada, murió.

Libro de los Santos de Vasiliev

La luz se filtraba a través de las ventanas sudas del caserío, iluminando las motas de polvo que flotaban en el aire. Nadya toqueteó las vendas que le envolvían las manos porque la tentación de quitárselas era muy fuerte. Habían pasado catorce días desde que había caído por la ladera de una montaña y lo había perdido todo. Solo dos semanas. Decir que se había pasado cada momento de estas dándole vueltas a algo sería demasiado suave. Se tiró del bajo deshilachado del vestido para evitar arrancarse las vendas.

Rashid se sentó junto a ella en la mesita con una taza de té en cada mano. Nadya las tomó y esperó a que se colocara. El chico le dedicó una sonrisa de agradecimiento antes de meterse un largo mechón de pelo negro tras la oreja. Llevaba la muñeca entablillada de manera minuciosa. Tenía cortes en las manos y la cara, y un puñado de heridas en los antebrazos en las que Nadya no quería pensar. No le había preguntado qué le había ocurrido en el bosque ni él se había ofrecido a contárselo.

Ninguno quería hablar. Los horrores eran demasiado recientes y Nadya no era tan tonta como para pensar que los demás no habían tenido una experiencia tan terrible como la suya. Quizás habían salido de allí con vida (en su mayoría), pero todos habían perdido algo. El bosque consumía más y más y más. A Nadya no le quedaba nada.

La puerta se abrió con un golpe y a Nadya se le derramó el té cuando alguien le dio una patada al respaldo de su silla.

—Muy bien, *kovoishka*, se acabó el tiempo. —Yekaterina Vodyanova se dejó caer en la silla al otro lado de la mesa. Observó las tazas de té antes de levantarse y salir de forma abrupta de la sala.

Nadya frunció el ceño, asombrada, antes de que la *tsarevna* volviera con una botella de vino (solo los dioses sabían de dónde la había sacado) que colocó de manera casual en la mesa, para después dejarse caer de nuevo en la silla. Luego, se echó hacia atrás y puso los pies en el asiento junto a ella.

Katya llevaba el pelo negro y rizado enmarañado sobre los hombros. El largo corte en la mejilla se le estaba curando y prometía dejarle una cicatriz. Vestía la sencilla chaqueta de uniforme de soldado, botas negras y una blusa color crema que estaba tan limpia que incomodaba. Inmaculada e intacta.

—Ya te he dado tiempo. Estoy cansada de tener paciencia —continuó Katya. Desvió la mirada hacia Rashid—. Si tú también quieres compartir algo, soy toda oídos.

—Teniendo a nuestro amigo que era todo ojos, gracias por esa horrible imagen —contestó Rashid.

Nadya no sabía si quería reír o llorar. Lo único de lo que estaba segura era de que no deseaba hablar. Su diosa había muerto. Malachiasz había matado a Marzenya y ella le había dado los medios. ¿Cómo contraatacarían los demás ante esa transgresión?

Desde entonces, la habían ignorado por completo. Era un vacío distinto al de antes. Había vivido cada clase de abandono, las había categorizado todas. Aquella era nueva, más dolorosa que cuando no los podía sentir. ¿O más fácil? No lo sabía. La propia materia del mundo había cambiado y el universo se inclinaba de forma abrupta sobre su eje. Y era culpa suya. Lo había roto todo.

—No hagas que te tenga que dar órdenes, *kovoishka*. —Katya le dio un gran sorbo a la botella de vino y observó a Nadya con atención, escrutándola, asimilando los suaves moratones producidos por el roce de Marzenya que le manchaban la piel.

Incluso ahora, Nadya podía sentir cómo se le había abierto la piel bajo los dedos de la diosa, la calidez de la sangre de Malachiasz sobre sus manos.

—No cambiaría nada —contestó, pasando un dedo por el borde de la taza.

Katya entrecerró los ojos. Llevaban esperando semanas a los soldados de la guarnición más cercana, pero no había rastro de ellos. Nadya supuso que estaban demasiado cerca del bosque para que los encontraran, pero Katya parecía haberlos dado por perdidos ya.

Aun así, ¿qué podía hacerle Katya? Muchas cosas, pero allí no, no en ese momento, no cuando lo único con lo que contaba era el poder de su nombre y una magia débil que apenas sabía cómo usar. Sin embargo, si Katya pensaba que sería útil conocer los horrores que la perseguían, ¿quién era Nadya para detenerla?

—Una diosa ha muerto —susurró—. Y ha resurgido muchos de los dioses caídos. El resto han decidido que no merecemos la pena.

—Eso es imposible.

—Te darás cuenta de que hay un gran número de cosas imposibles que se han vuelto posibles. —Nadya flexionó los dedos de la mano corrompida.

Katya no pareció apaciguada.

—No tengo tiempo para tus adivinanzas teológicas.

—No te estoy recitando ninguna. Marzenya ha muerto. Velyos y los otros… —Movió una mano—. Están libres. No tengo respuestas porque, en primer lugar, nadie se molestó en decirme que todo esto existía.

—Entonces, fuiste y acabaste con cada muro que se puso en tu camino hasta destruir la poca estabilidad que nos quedaba, ¿no? —preguntó Katya con soma.

«Antes era una pequeña soldado complaciente», pensó Nadya. «Luché contra un pueblo lleno de monstruos. No hagas preguntas, actúa fiándote de que todo lo que se te cuenta es verdad hasta que te percates de que todo es mentira. ¿Qué esperaban que ocurriera si lo descubría? Supongo que continuar como lo hice».

—Deberías ponerte un guante para taparlo. —Katya frunció el ceño, asqueada, con los ojos fijos en la mano de Nadya.

Esta emitió un sonido, pensativa. Aquella garra ennegrecida la había aterrado en el pasado, cuando había comenzado la corrupción, pero ahora «horror» no era la palabra para lo que sentía.

—¿Cómo se mata a un dios? —murmuró Katya.

—Convirtiéndote en uno —respondió Nadya con voz vacía. La perseguía. Un dios del caos era la forma perfecta para un chico como Malachiasz, pero era un horror terrible, monstruoso, siempre cambiante, siempre agitándose. La locura en la que se habían sumergido desde aquella noche en la catedral, una eternidad atrás, hacía que todo tuviera más sentido. El caos había impregnado el mundo la noche en la que había nacido un dios del caos. Era inevitable. Todo lo que le había ocurrido en el corazón, roto, ensangrentado y atraído por él, también era inevitable. Las manos suaves y las sonrisas cuidadosas no habían sido suficientes para enmascarar su verdadero horror.

—Pero eso significaría…

—No lo sé —susurró Nadya—. Él también ha muerto.

Katya no consiguió ocultar su deleite. Nadya lo sintió como si le hubieran golpeado en el pecho.

—No pensé que el borracho fuera a lograrlo.

Rashid se tensó y Nadya estuvo a punto de lanzarse hacia él para detenerlo, pero se quedó inmóvil. La *tsarevna* se merecía cualquier cosa que recibiera por su insensibilidad. Pero ¿se trataba de eso? ¿Por qué no iba a celebrar la muerte del enemigo más letal de Kalyazin?

En su lugar, Nadya se centró en lo que implicaba que Katya y Serefin hubieran estado planeando algo juntos. No le extrañaba que la *tsarevna* hubiera estado involucrada: una princesa disfrazada de cazadora de Buitres. ¡Menudo trofeo era Malachiasz! Sin embargo, había sido Nadya quien portaba la daga con la que lo asesinaron. ¿Sabría Pelageya contra quién se usaría cuando se la dio? La había avisado de que las montañas destrozarían a Malachiasz, pero no se había percatado, en realidad no, de lo definitiva que sería esa destrucción.

—¿No te habías dado cuenta de que no está por aquí? —preguntó Rashid, incrédulo.

Katya puso los ojos en blanco.

—Eso no significa nada y lo sabes. No tenemos ni idea de dónde escupió el bosque a Serefin y Kacper…

—Si el bosque ha hecho tal cosa… —musitó Nadya.

—… Y no iba a dejarme llevar por la esperanza —continuó Katya, ignorándola—. No puedo decir que lo sienta especialmente, aunque me prometieron sus dientes y los tenía muy bonitos.

—Cállate.

Levantó una ceja.

—No te queda bien lo de estar de luto por el Buitre Negro.

—No me importa —contestó Nadya.

—No, pero debería. No podré protegerte de aquellos que te culparán por lo ocurrido.

—¿Por qué parte? ¿Su muerte, la de Marzenya o tal vez por haberle quitado la magia de sangre a Tranavia?

Katya palideció. Bajó los pies de la mesa, con una pizca menos de arrogancia.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Nadya.

—Debería ser obvio. Si… Si a ese chico, dioses, si a esos dos chicos les ha pasado lo que dices, eres la única que puede hacer algo.

—Acabo de caer de una montaña tras ver al chico al que amaba matar a mi diosa y morir. Katya, no quiero ayudar a nadie a hacer nada. —La *tsarevna* se estremeció—. No te atrevas a hablar de los dientes dé Malachiasz.

—No iba a hacerlo. —Katya suspiró con pesadez—. No te mentiré y diré que lamento su muerte, pero estás de luto y lo siento por eso.

—Dioses, se te da fatal.

Katya se encogió de hombros.

—Ha matado a miles de kalyazi, por no hablar de lo que ha hecho el culto en su nombre.

—Deja de hablar de él.

Katya se pasó las manos por el pelo y se puso en pie. Comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿Qué quieres decir con que le has quitado la magia de sangre a Tranavia?

Nadya no estaba segura. Marzenya había insinuado que simplemente olvidarían cómo lanzar un hechizo. No sabía si eso significaba que podían volver a aprenderlo o si se había acabado para siempre. El pánico de Malachiasz insinuaba lo segundo.

—No lo sé.

Katya miró por la ventana.

—Tenemos que irnos —comentó con un susurro tan bajo que Nadya apenas la oyó.

La clériga intercambió una mirada con Rashid. Katya no dijo nada más, cogió la botella de vino y salió a toda prisa por la puerta.

—Ha sido una pérdida de tiempo —dijo Nadya tras darle un sorbo al té—. ¿Qué le queda al mundo cuando los dioses deciden que no merece la pena su atención? —Frunció el ceño—. ¿Cómo aceptamos la mirada de los dioses que se han vuelto locos en la oscuridad?

—Yo no firmé para tener este tipo de conversaciones —bromeó Rashid.

La clériga le dedicó una mirada triste. La puerta de la otra habitación se abrió. Alguien le rodeó el cuello con los brazos y le apoyó la barbilla en la cabeza por detrás. Sabía que era Parijahan, pero le dio un vuelco el corazón al percibir el pelo negro.

Nadya no sabía cómo superar que de forma constante le devolvieran a las personas a las que quería para perderlas de nuevo. Primero Kostya y luego Malachiasz. ¿A quién más le arrebatarían?

—Ambos deberíais iros —dijo, inclinando la cabeza contra el brazo de Parijahan y entrelazando los dedos con los de la otra chica—. Volved a Akola antes de que la situación empeore.

Cuando Rashid miró a Parijahan, a Nadya no le pasó inadvertida su expresión, llena de esperanza y de una súplica lastimera. No eran su lucha ni sus dioses. Podían alejarse indemnes. Nadya deseaba con desesperación que lo hicieran porque no podía enfrentarse a perderlos también. Parijahan suspiró.

—Quieren que vuelvas a casa —susurró Rashid.

Esas palabras tenían mucho sentido. Indicaban por qué Parijahan había estado preocupada durante su viaje por Kalyazin, pero no explicaba las conversaciones privadas con Malachiasz ni la frustración del uno contra el otro. Parijahan estaba huyendo de algo en Akola. Sin embargo, Nadya asumió que fuera lo que fuese no podía ser tan malo como enfrentarse a esa tormenta inminente.

—No es cierto —contestó—. Los mensajes alegres que canturrean en busca de perdón solo contienen mentiras.

—Tus primos no…

—Rashid, no digas tonterías. —Nadya frunció el ceño, pero Parijahan continuó—: Es morir aquí o allí.

—Deberías considerarlo —comentó la clériga con suavidad.

Parijahan tensó los brazos a su alrededor.

—No te voy a abandonar, Nadya. No después de todo, de perder a Malachiasz.

—Ya estaba perdido —murmuró la chica—. Sabía que el bosque lo mataría, solo que no pensaba que ocurriría así.

Parijahan se quedó inmóvil. Rashid miró a Nadya de forma extraña. ¿Por qué no asumir la culpa? Había sabido desde el principio que él no regresaría del bosque Tachilvnik. No, no esperaba que muriese a manos de Serefin, pero era inevitable que ocurriera algo así. Había jugado contra él y Malachiasz había perdido.

Y ella había acabado aún más destrozada.

—Incluso si pretendieras… —Parijahan se interrumpió.

—Lo pretendía —contestó Nadya—. Y me arrepiento, pero no hay forma de cambiarlo.

La puerta se abrió. Entraron Katya y una sonrojada maga de sangre a la que arrastraba por la muñeca.

—Siéntate —pidió Katya.

Ostyia la fulminó con la mirada y no obedeció hasta que la *tsarevna* se sentó. Su pelo negro, ya de por sí enmarañado y desigual a la altura de la barbilla y la frente, estaba hecho un desastre, y no se había molestado en ponerse el parche en el ojo, por lo que tema al descubierto la cuenca vacía llena de cicatrices.

Musitó en tranaviano una maldición en voz baja, sacó el libro de hechizos y lo dejó sobre la mesa. Un silencio tenso se extendió por la sala. Los cortes recién hechos en los antebrazos de Ostyia, al azar y desordenados, sangraban con lentitud de una manera que había decidido ignorar.

—No funciona —siseó.

—Prueba —la apremió Katya.

—Espera —dijo Nadya, pero la *tsarevna* le dedicó una mirada fulminante con la que la silenció. Se reclinó de nuevo en la silla.

Ostyia negó con la cabeza. Hojeó el libro de hechizos y frunció el ceño.

—No puedo siquiera leerlo. —Se le rompió la voz.

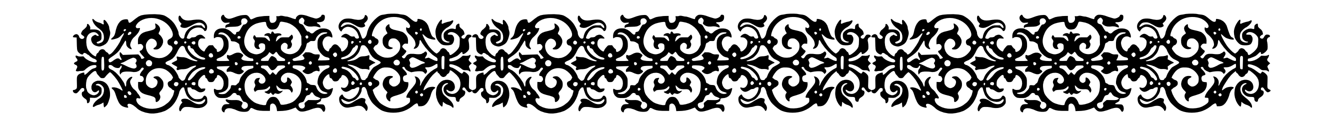
—¿Puedo? —propuso Nadya, y estiró la mano, titubeante, hacia el libro de hechizos.

Ostyia asintió. Nadya pasó las páginas y las encontró llenas de largos párrafos de texto que sí pudo leer, ya que estaban en tranaviano, pero cuyas palabras no tenían sentido, como si faltaran elementos.

—No tienen sentido —comentó Ostyia.

—Nos vamos —anunció Katya—. Ya hemos dado bastantes vueltas. Nos dirigiremos a Komyazalov. Necesito hablar con mi padre.

Nadya tragó saliva con fuerza y le sostuvo la mirada a Ostyia desde el otro lado de la mesa. Era evidente que la chica tranaviana estaba pensando lo mismo: no quería conocer al *tsar*.



3

SEREFIN MELESKI

No hay mentiras ni verdades para Velyos. Es todo lo mismo. Las palabras son y no significan nada.

Las Cartas de Wiodzimierz

Serefin Meleski debería haber sucumbido a sus heridas.

Mientras la fiebre le abrasaba todo el cuerpo, pensó más de una vez en lo agradable que sería rendirse.

No sabía dónde estaba cuando por fin salió de ella. Se despertó en medio de la oscuridad y el frío. Alguien estaba aovillado a su lado, lo que no era algo común para él, y su mundo en ruinas comenzó a recolocarse cuando se dio cuenta de que era Kacper. Se tocó las vendas sobre el ojo izquierdo o, mejor dicho, sobre la cuenca. Dolía, como mil dolores de cabeza juntos, pero ya no sentía que le estuvieran apuñalando el cerebro.

Aún sentía la sangre de su hermano en las manos, la voluntad del dios ahogando la suya y arrastrándolo hacia las profundidades al utilizar su cuerpo para sus propios fines. No había perdido el control desde entonces, y solo había tenido que arrancarse el ojo. Un intercambio insignificante, si lo pensaba.

Se hizo un ovillo y presionó la cabeza contra la nuca de Kacper con la esperanza de terminar la noche sin más pesadillas. Sin embargo, volvía a estar en el frente y los sonidos eran estridentes. Gritos, lloros y demasiada sangre. Una flecha le pasó cerca de la cara, rozándole la mejilla, que se le llenó de sangre. Las espadas kalyazi estaban despedazando a su amiga Hanna, moviéndose a demasiada velocidad para ser reales.

Serefin se despertó sobresaltado cuando una de las armas se dirigió hacia él. Se estremeció, se pasó la mano por el pelo y trató de recordarse que no

estaba en el frente, que no lo había estado desde hacía bastante tiempo. Estaba empapado en sudor. Jadeó buscando aire para aplacar los temblores y escondió la cabeza en las rodillas mientras se esforzaba al máximo para no romperse.

—Ah, buenos días —musitó Kacper, con la voz grave por el sueño de una manera que le enviaba un tipo distinto de calidez por el cuerpo, una menos febril—. Solo ha sido un mal sueño.

—Eso no ayuda porque ocurrió de verdad —murmuró Serefin antes de levantar la cabeza.

Kacper entornó los ojos ante la luz que se filtraba a través de los huecos de la tosca tienda.

—Ay, nos hemos dormido. —Tenía la piel bronceada, cálida y erizada, con curvas suaves, y los mechones negros enmarañados—. Parece que te encuentras mejor —comentó Kacper con un toque de esperanza en la voz.

No solo se habían quedado dormidos, sino que ambos se habían rendido ante el sueño durante toda la noche sin que ninguno hiciera guardia. Sin embargo, cada vez costaba más que aquello les importara. Serefin asintió y acercó los dedos a la venda sin tocarla.

—Ya no tengo fiebre. Tal vez esta cosa no me mate.

—Bicho malo nunca muere —dijo Kacper.

—Sal de mi cama.

El chico se echó a reír con suavidad. Se incorporó y trepó sobre Serefin para rebuscar en su mochila.

—No es una cama. Quítate eso —le pidió.

Serefin odiaba esa parte, pero, obediente, se desató la venda y, con cuidado, la desenrolló, con lo que liberó el resto de las gasas que le cubrían lo que le quedaba del ojo izquierdo. Kacper regresó con nuevos vendajes. Hizo una pausa y tomó la cara de Serefin con ambas manos.

—¿Tengo muy mal aspecto? No me mientas —preguntó Serefin. Había estado evitando cualquier superficie que reflejara lo más mínimo.

—Desenfadado y encantador —contestó Kacper con demasiada facilidad.

Serefin alzó una ceja. Kacper recorrió con los dedos los cortes de su cara donde se había clavado las uñas una y otra vez. Lo acariciaba con suavidad, y el rey tuvo que contenerse para no tirar de él hacia el saco de dormir.

—Te quedará una cicatriz —murmuró Kacper. Le tocó un corte que acababa en la comisura de la boca. Le tiraba de los labios a medida que se curaba.

—Eso es lo único que va a ver la gente.

Serefin cerró el ojo.

—Yo no —continuó Kacper con un hilo de voz.

Le quitó la última venda. Se quedó callado durante un momento demasiado largo. Serefin abrió el ojo. La anciana sanadora le había cosido los párpados para que se le curara la cuenca.

—¿Kacper?

El aludido pestañeó y bajó las manos.

—Lo siento —dijo—. La inflamación ha desaparecido. ¿Duele?

—Sangre y hueso, sí. —Constantemente. Un dolor de cabeza incesante de múltiples niveles de intensidad.

Kacper dudó antes de acunarle la mejilla a Serefin con cautela.

—Saliste de allí, eso es lo que importa.

—Ah, entonces tiene un aspecto horrible. —El silencio ininterrumpido de Kacper no le tranquilizó—. ¡Kacper!

—Tu ojo nunca volvió a la normalidad —dijo al fin—. Supongo que sigo pensando que acabará haciéndolo.

Serefin no era tan optimista. Las polillas seguían arremolinándose en torno a él. Algo iba mal, como si le hubieran hecho pedazos y los hubiesen vuelto a juntar en el orden equivocado. Cruzar el continente siguiendo los caprichos de un dios no le había sentado bien.

Kacper le limpió con cuidado la cuenca del ojo antes de vendársela. Lo besó en la frente.

Hacía semanas que habían abandonado el diminuto pueblo kalyazi, aunque Serefin no estaba en condiciones de viajar. Lo último que quería era estar atrapado en Kalyazin sin poder regresar a casa, pero esa parecía ser la aterradora realidad. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo en el frente o en la corte.

Kacper se apoyó en los talones y metió las vendas sobrantes en la mochila. Se ató la túnica y cogió la chaqueta militar mientras fruncía el ceño de manera inquisitiva.

—No te la pongas —comentó Serefin. Se sujetó el pelo enmarañado con las manos (¿cuándo le había crecido tanto?) y se lo ató en la coronilla.

Kacper se sentó junto a él para meterse las botas. Serefin presionó la cara contra el hombro del chico, que se tensó durante un momento antes de apoyar la cabeza sobre la del rey. Siempre ocurría lo mismo, un momento de duda en el que la incertidumbre lo recorría. Serefin había aprendido a percibirlo.

Hacía tres años que se habían conocido, pero habían sido tres años de caos. Las cosas que una persona aprendía de otra durante los largos días en el

campo de batalla y las largas noches de vigilancia rutinaria e insoportable eran muy escasas. Sabía que Kacper había crecido en Zowecz, una de las provincias tranavianas al sur. Era uno de los más jóvenes de cinco hermanos y casi todos habían pasado un tiempo en el frente antes de volver a casa, a la granja. Sin embargo, Kacper odiaba ensuciarse y no pensaba que la granja fuera adecuada para él. Le encantaban las plantas, pero no su cultivo, sino el efecto que tenían en las personas. Venenos, específicamente. Las grandes pinceladas de la vida de una persona se pintaban con facilidad en los tranquilos momentos del frente entre las brochas de la muerte.

Kacper se entretuvo atándose las botas y Serefin alzó la cabeza para estudiarle el perfil, preguntándose qué detalles desconocía. Se le daba muy bien conocer las amplias pinceladas de cada soldado a su cargo, pero ¿y los detalles? Esos le resultaban más complicados.

Serefin no tenía amigos. No sabía cómo hacerlos. Ostyia era la única que le quedaba porque llevaban siendo uña y carne desde niños y, por mutuo acuerdo, habían decidido que así sería siempre. Ella había ido a la guerra porque lo habían mandado a él.

Y Kacper… Claro, si lo pensaba, recordaba cuándo había ascendido de rango a Kacper y lo había introducido en su círculo más íntimo. Recordaba cuándo habían acabado con las formalidades entre ambos. Había sido un proceso lento. Kacper acostumbrándose a contar chistes sobre Serefin, golpeándole en la cara durante un ejercicio de entrenamiento y riéndose en lugar de disculparse, tratándolo como una persona, en vez de como un príncipe. La relación entre ambos había sido gradual, fuera lo que fuese ese ardor que lo recorría cuando Kacper sonreía. No se había dado cuenta de lo mucho que confiaba en él hasta que había sucedido el caos en Grazyk y se había encomendado repetidas veces a Kacper para mantenerse firme. Entonces, ¿qué eran esas dudas?

Estiró la mano para recorrerle la mandíbula con los dedos, áspera por la barba de unos días.

—¿Ser…? —Serefin acalló el final de su nombre con los labios. Kacper emitió un grave sonido lastimero antes de levantar una mano para rodearle el cuello y recorrerle la garganta con el pulgar.

Quería conocer a Kacper de una manera en la que sabía que aún no lo conocía y deseaba no estar en una situación tan compleja para hacer que eso sucediera.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Kacper sin aliento cuando se separó.

—¿Por qué siempre te tensas cuando te toco?

Kacper pestañeó, visiblemente sorprendido.

—¿Qué?

Serefin retrocedió y desvió la mirada. Aquello iba a llevar a una conversación difícil.

—No…, no, yo… No importa.

—Serefin, espera —pidió Kacper y le tomó la cara para girarla hacia la suya—. No me había dado cuenta.

—Ah.

—Es porque eres el rey.

Aquella no era la respuesta que Serefin quería oír.

—Solo soy Serefin —dijo, un poco desesperado.

—Lo sé, lo eres, pero a la vez no.

Serefin apretó los labios y se alejó de él. Necesitaban ponerse en marcha. Kacper frunció el ceño.

—No, te estás cerrando, no hagas eso —dijo Kacper, frustrado—. ¿Podemos hablar del tema?

—¿Qué hay que hablar?

—Mucho, en realidad.

—Provocaría demasiados problemas.

—Es verdad, pero no debería ser así. A mí no me importa. —Kacper tomó a Serefin de la mano y le acarició el interior de la palma con las yemas de los dedos antes de soltársela—. Lo siento. Prestaré más atención a cómo respondo. Y sería agradable que recordaras que estoy rompiendo mil reglas distintas con esto y quizás me cueste un poco más acostumbrarme.

—¿Qué reglas?

—No seas tonto, Serefin. Necesitas un heredero. Tu corte ya me odiaba bastante por ser un amigo tan íntimo.

Serefin suspiró. Había pasado tanto tiempo pensando que nunca recibiría la corona que jamás se le había ocurrido reflexionar sobre las cosas que debería tener en mente. No le importaba mucho el problema del heredero ni las opiniones de la corte, pero a Kacper sí porque era su deber. Serefin se preguntó, no por primera vez, si habría sido bueno arrastrar a Kacper a esa vida.

—Quizás no haya Tranavia a la que volver.

—Evadimos del tema poniéndonos catastróficos es una gran estrategia —contestó Kacper con sequedad.

Serefin le dedicó una mirada. Cerró el ojo y se presionó el puente de la nariz.

—Lo siento —susurró. Escondió la cara entre las manos y de inmediato se echó hacia atrás por un dolor penetrante—. ¡Ay!

—Acabas de salir de una fiebre que te ha durado dos semanas, por lo que no puedo enfadarme demasiado contigo. —Kacper le besó la mejilla—. Creo que ambos debemos mejorar la comunicación.

—¡Qué asco!

—Voy a dejarte aquí. Volveré sin ti a Tranavia y seré el rey.

Serefin sonrió.

—Eso suena traicionero.

—Supongo que ahora soy traidor.

Sin embargo, la broma hizo que Serefin se relajara, lo que siempre conseguía Kacper. Le apretó la mano.

—¿Qué te preocupa en realidad? —preguntó Kacper, en voz baja y suave, y a Serefin le pareció una pregunta injusta, ya que le preocupaba todo.

Le inquietaba que si (si, si, si) volvían, aquello se acabaría por las razones que preocupaban a Kacper. También se sentía intranquilo porque Ostyia no estuviera con ellos ni supiera si estaba viva. Le obsesionaba que cada cosa que hubiesen hecho fuera en vano. Le angustiaba morir y no llegar a saber nunca todo lo que debía conocer sobre Kacper.

—¿Crees que la sacerdotisa decía la verdad sobre Tranavia? —preguntó. Era un pensamiento aterrador que la magia de sangre hubiera desaparecido como si nunca hubiera existido.

Kacper entrecerró los ojos.

—No lo sé —comentó tras una larga pausa. Cogió el libro de hechizos con el ceño fruncido. Se lo tendió a Serefin, quien tragó saliva con fuerza.

—Es tuyo.

—Yo… —Kacper se interrumpió—. Es cierto, pero —negó con la cabeza— a la vez no. No sé qué hacer con esto.

—Kacper, sabes cómo usar la magia desde siempre.

Otra razón por la que a Serefin le aterraba volver a Tranavia. ¿Qué había ocurrido para que Kacper olvidara una parte tan intrínseca de sí mismo? ¿Por qué podía él recordarla? ¿Por qué se había librado?

—Sé que falta algo. —El chico inclinó la cabeza—. Pero no sé qué es.

Tranavia estaba construida sobre la magia de sangre. El país se derrumbaría sin los pequeños hechizos que usaban todos sin pensar. Serefin no podía enfrentarse a que quizás no hubiera país alguno al que regresar. Tal vez Kalyazin ya se estuviera poniendo en marcha para destruirlo hasta los cimientos.

Sin embargo, ¿no debería intentar salvarla? ¿Después de todo? Era muy probable que hubiera perdido el trono ante Ruminski, pero podía recuperarlo. El noble no era más que una molestia, los que lo seguían acabarían por apoyar a Serefin para conseguir sus propios intereses. Los políticos de la corte eran la menor de sus preocupaciones. Si volvía a Grazyk, le inquietaba dejar que algo peor se enconara.

Kalyazin no era problema suyo. Sus dioses caprichosos no eran problema suyo. Aun así…, ¿qué había liberado? ¿Qué había hecho? No era tan inocente como para pensar que las consecuencias de sus acciones se limitarían a Kalyazin, que podría volver a casa y olvidarse del tema mientras ese reino de pesadilla ardía. Katya los había avisado de que nadie estaría a salvo si uno de los dioses más antiguos regresaba, y Serefin tenía la impresión de saber qué era en realidad el segundo dios con el que había tratado. Se había deshecho de esa voz, pero eso no significaba que lo hubiese contenido o dejado sin poder.

—No sé qué hacer —dijo.

—Yo tampoco —afirmó Kacper.

—Pero tú eres la voz de mi conciencia.

—Ahora mismo no me siento demasiado razonable.

—No creo que podamos volver aún a Tranavia —comentó Serefin, queriendo dejar caer la cabeza sobre sus manos.

—Ni siquiera sabemos quiénes han sobrevivido y, si lo han hecho, dónde están. ¿Qué opciones tenemos? Nadya sabe que mataste a Malachiasz y te asesinará por eso…

—¡Qué va!

—Me parece que es muy optimista por tu parte pensar así cuando estaba enamorada de él. Nos queda la *tsarevna*.

A Serefin le gustaba Katya, lo que era inquietante, pero quizás también una muestra de su cansancio. Se había pasado los últimos tres años matando kalyazi por una causa que pensaba justificada. No se arrepentiría de todo lo que había hecho en nombre de la guerra, pero estaba preparado para zanjarla. No pensaba que ahora pudiera luchar con la misma convicción, y quizás eso era gracias a una sarcástica clériga kalyazi y a una *tsarevna* arrogante. No le parecía mal. Sin embargo, Tranavia se había quedado sin poder alguno, y eso no sentaba bien. Quería una tregua, no la rendición. Le quedaba cierto orgullo.

—No sabemos si Ostyia sobrevivió —dijo Serefin con un hilo de voz. Kacper cerró los ojos y algo en su interior cedió—. No puedo dejarla aquí.

—No, es cierto —aceptó el otro chico—. Te sacará el otro ojo si lo haces, pero, si no consiguió…

—Para…

—Tienes que enfrentarte a la realidad.

—No, no. —Golpeó a Kacper en el pecho con un dedo—. Tú, Ostyia y yo hemos pasado un infierno y sobrevivido a demasiadas cosas como para que nos derroten ese maldito bosque y esos dioses miserables.

Kacper alzó una mano para entrelazar los dedos con los de Serefin, a quien se le aceleró el corazón de manera traicionera como respuesta.

—Vamos a encontrarla. Luego, volveremos a casa. —Serefin llevaba delirando semanas, pero ahora lo veía todo claro.

—¿Cómo lo vamos a hacer, Ser?

—Con magia.

Kacper se quedó en silencio. Serefin odiaba la mirada de esos ojos oscuros porque se acercaba demasiado a la pena. Cogió el libro de hechizos y lo abrió. El corazón le dio un vuelco de inmediato. Era indescifrable.

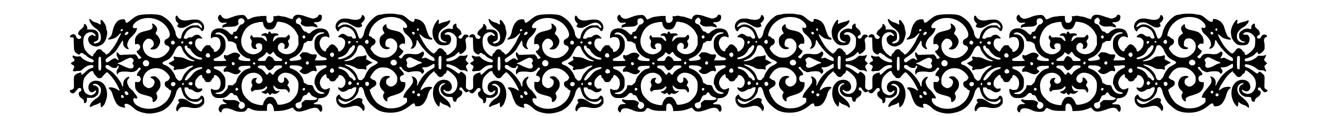
De repente, sintió a la vez calor y frío, como si la fiebre le volviera a subir de golpe. Dejó escapar un suspiro tembloroso. Kacper le puso una mano reconfortante en el brazo. Serefin conocía esos hechizos, había colaborado con una aprendiz de encuadernador de libros para recopilarlos. La chica se había pasado todo el tiempo con aspecto de estar a punto de desmayarse ante la idea de escribir los hechizos del rey por él. Y ahora no podía leer ninguno. «Esto no puede estar pasando».

—Vaya, qué raro —comentó con voz ahogada—. ¿Por qué puedo recordar cómo funciona y tú no?

Sacó el *szitelka* de la funda y con cautela se dibujó un corte en el antebrazo.

—Cuidado —murmuró Kacper.

—Quizás no sea muy inteligente sangrar sobre un hechizo cualquiera —reflexionó Serefin. Intercambió con calma una mirada con Kacper y se encogió de hombros. Inclinó el brazo y dejó que la sangre cayera sobre las páginas. Los segundos se convirtieron en minutos. Al parecer, Serefin tampoco había salido indemne.



4

MALACHIASZ CZECHOWICZ

La sangre hierve bajo la piel. Los dientes penetran en la piel. No se acaba. Nunca se acaba. Cometimos un error. Cometimos un error. Cometimos un error.

Fragmento de una entrada del diario de Svoyatova
Orya Gorelova

Malachiasz se despertó en la oscuridad. Su primer instinto fue entrar en pánico porque otra vez no, ¡otra vez no! Sin embargo, el aire no tenía regusto a cobre y terror. No se encontraba en las frías y húmedas profundidades de las Minas de sal, pero tampoco en la sala de la iglesia. Y no estaba solo.

Una puerta crujió al abrirse y una franja de luz lo atravesó como un cuchillo. El olor a carne quemada le inundó la nariz y pasó demasiado tiempo antes de que se percatara de que provenía de él. Trastabilló hacia atrás, chocando con cajas y algo que repiqueteó. El cuerpo le falló y acabó cayendo al suelo, demasiado débil para correr o atacar cuando entró una figura encapuchada. Con la cara entre sombras, se agazapó frente a él y sacó una mano de los pliegues del traje para levantarle la barbilla. Odiaba que lo escudriñaran, y eso era justo lo que estaba sucediendo. Odiaba sentirse débil, ser así de vulnerable.

La figura murmuró algo en kalyazi que Malachiasz no consiguió comprender y él pestañeó, sorprendido. Hablaba aquella lengua con fluidez, sobre todo después de que Nadya se negara a hablar tranaviano a menos que fuera estrictamente necesario.

—¿Dónde estoy? —preguntó como un tonto en tranaviano, con la voz áspera. Un paso en falso.

La figura lo sujetó por la garganta. Malachiasz se quedó quieto cuando el instinto se impuso por fin. Los dientes se le afilaron en la boca y el mundo se

fue estrechando a su alrededor a medida que su atención se centraba. Un clavo de hierro apareció en su muñeca y él arremetió contra la figura, pero esta detuvo el clavo con la palma de la mano y, en silencio, se lo presionó con lentitud contra ella hasta que le salió por el lado contrario. Apretó la mano con la que le rodeaba la garganta y lo sacó de forma abrupta hacia la luz. Quemaba.

Malachiasz tosió, escupió sangre y con desesperación trató de volver a la oscuridad, pero la figura lo sujetó. Se encontraba desnudo bajo los jirones de su camisa, que había quedado reducida a pedazos a causa de su cuerpo cambiante, y notó que su piel chisporroteaba como el aceite caliente. Por fin la figura lo soltó y le dio una patada para que volviera a las sombras. El Buitre Negro se escabulló como el animal herido que era.

Cuando se despertó, se encontraba en la diminuta sala de la iglesia, el homo seguía frío y dormido en un rincón. Vomitó bilis. Tenía la piel del brazo quemada, convertida en ampollas. Apretó los dientes y siseó por el dolor. La luz parpadeó a través de la ventana rota y, con cuidado, se alejó de su trayectoria. Tras reflexionar, estiró vacilante los dedos bajo el haz. Retiró la mano y cerró los ojos con fuerza ante el calor incandescente, el terror de lo que aquello significaba, ante la oleada de caos que lo recorrió mientras perdía el control.

«*Taszni nem Malachiasz Czechowicz. Taszni nem Malachiasz Czechowicz. Taszni nem Malachiasz Czechowicz*».

Necesitaba salir de allí. Entender aquel nuevo… acontecimiento. ¿Ese sueño había sido real? ¿No estaba solo? Sangre y hueso, esperaba que sí.

—*En realidad, nunca lo estás*.

Malachiasz enterró la cabeza entre las manos y dejó escapar un doloroso suspiro con un jadeo irregular. Si se quedaba, iba a morir allí… o algo peor.

No estaba acostumbrado a no saber qué hacer. Siempre había tenido un paso más que dar, algo más que alcanzar, algo que ganar cuando todo se había desmoronado. Las cenizas siempre se podían limpiar para revelar un camino aún mejor. Ahora, cuando echaba a un lado las cenizas, no encontraba más que oscuridad.

No quería vivir en ella. Por muy conocida que le resultara, no le gustaba. Se puso en pie con dificultad, decidido a encontrar un lugar donde fuera menos probable que se quemara. Esperaría el resto del día antes de huir. Hacia dónde, ya lo averiguaría después. Y, si la voz de su cabeza quería matar a otro dios, él podría proporcionárselo. Pero ¿con qué estaba lidiando? ¿Qué clase de dios se mancillaría con un hereje como él?

—*Es tu herejía lo que te hace tan atractivo* —dijo la voz. Malachiasz se estremeció. Entonces, ninguno de sus pensamientos estaba a salvo. Aquello distaba de ser ideal—. *«Herejía» es un término demasiado sencillo. Es tu negación de la realidad lo que te hace interesante. Puedo usar tu poder, tu inteligencia, tu crueldad, todo*.

Sin embargo, Malachiasz tendría que mostrarse cooperativo, eso sí lo sabía. Los dioses de Nadya no podían obligarla a hacer nada, en realidad no, solo podían sugerir y garantizarle poder.

—*Ah, qué bonito* —dijo la voz con una mezcla de suspiro, gruñido y muerte, muerte, más muerte.

Malachiasz tropezó cuando el dolor le traspasó la cabeza desde la base del cráneo. Puso una mano en la pared para estabilizarse. De repente, estaba sentado a una milésima de la luz, sintiendo un impulso insistente de echarse hacia delante, permitir que le bañara la cara y arder.

—*Puedo obligarte a hacer lo que desee. No tienes otra opción, excepto obedecer. No soy como los farsantes. Yo soy más, mejor*.

Malachiasz tragó saliva con fuerza. Sintió el cuerpo destrozado cuando el dios le liberó. Se alejó de la luz.

Serefin había estado lidiando con un dios kalyazi en su cabeza, ¿habría conseguido romper esa conexión? ¿Estaría siquiera vivo? Malachiasz no se decidía entre tener esperanzas de que el chico, el rey, su hermano, estuviera muerto o desear que hubiera hecho lo que le correspondía y se hubiera alejado de unos poderes malévolos demasiado grandes como para imaginarlos siquiera.

«No, eso no. No son inimaginables». Malachiasz se acercaba a ese estado también, ¿no? Un traspiés hacia el vacío y podría alcanzar el caos sobre el que tenía poder. Sin embargo, nada podía controlar el caos en realidad, hacía lo que quería. Malachiasz era un canal y un receptáculo, pero al menos podía aprovecharse de eso. Podía dirigirlo en la dirección correcta.

Tenía lo que quería, pero nada iba bien. Debía haber otra posibilidad. Era imposible que todas las piezas se hubieran desmoronado tan pronto. Los Buitres. Necesitaba volver con ellos, regresar a casa. ¿Para hacer qué? ¿Con qué propósito? Ni siquiera sabía si podía salir de ese bosque, que le estaba minando el subconsciente. Y se lo estaba permitiendo: si quería su locura, que se la quedara.

Pestañeó, confuso. Ya no estaba en la iglesia, como si lo hubieran hecho pedazos, esparcido y vuelto a juntar… en otro sitio. El claro. Maldijo en voz baja y dio una vuelta, despacio, para asimilar lo que había a su alrededor. No

era igual que en el pasado, cuando había estado allí con Nadya. Las cuarenta estatuas seguían formando un círculo, cada una más grotesca y desconcertante que la anterior, pero antes no había un altar en el centro ni huesos, cráneos quebrados o costillas rotas esparcidos por el claro. Tampoco estaba la sangre fresca que manchaba las rocas formando un patrón.

Una descomposición negra había comenzado a extenderse desde la base de las esculturas. A una la consumía por completo. La figura había cautivado a Nadya cuando había estado allí. Debía ser Marzenya. El moho salía por los muchos ojos y bocas afiladas de las estatuas.

«Ojalá todo esto no me diera un miedo de muerte», pensó Malachiasz de manera inconsciente. Sería fascinante si no sintiera que se estaba enfrentando a una muerte prematura. Aunque suponía que ya había muerto…

—*Muchos han muerto, muchos morirán, muchos están muriendo mientras hablamos. No eres tan especial como crees*.

«Lo suficiente para que estés aquí», replicó de forma arrogante Malachiasz. Se movió hacia el altar, aunque notó que no era la decisión más acertada. «Está claro que me necesitas». Tomó un cráneo fracturado, casi de una pieza. La persona a la que pertenecía debía haber muerto de un fuerte golpe en la cabeza. «¿Por qué yo? Aparte de por mi astucia. Es poco probable que te lo ponga fácil».

—*Cuando las vidas de irrisorios mortales aparecen ante mí, ¿por qué no elegir al que constantemente ha alterado el curso del mundo, teniendo poca consideración por su vida?* —Malachiasz se estremeció. Eso era cierto—. *El que se dice a sí mismo que todo lo hace por una causa mayor, pero solo provoca miedo, caos y sangre*.

De manera ausente, el Buitre Negro pasó el pulgar por el cráneo. Lo hacía por una causa mayor. ¿Qué habría cambiado si no se hubiera hecho cargo de los Buitres? ¿O si no hubiera… mentido a Nadya de nuevo? Aunque ella también le había engañado.

¿Por qué había pensado que habían acudido a este lugar solo por la magia de Nadya? ¿Porque, si él hubiera estado en su situación, habría sido la única fuerza que lo hubiese guiado?

En lugar de eso, la clériga había destrozado lo único que le había importado. Todo para derrotarlo y llenar de sal la tierra tras ella. Era justo, incluso despiadado, y se sentiría impresionado si no estuviera tan furioso.

—*¿La odias por eso?*

La pregunta pilló a Malachiasz desprevenido. ¿La odiaba? Sí, un poco, mucho. Demasiado, no lo suficiente. Odiaba que le hubiera sorprendido.

Odiaba que doliera, que se hubiera permitido ser tan vulnerable como para sufrir ese tipo de dolor, que se hubiera permitido quererla. Se suponía que era un juego, una actuación, una serie de verdades sobre mentiras porque ella confiaba en él lo suficiente para hacer lo que deseaba, pero, en algún momento, todo se había vuelto confuso y se había olvidado de fingir.

Deseaba sentir indiferencia. El odio ardía a demasiada temperatura, demasiado cerca, y sería mejor olvidar a la chica kalyazi que había roto tantas cosas. La indiferencia llevaría a una respuesta concreta sobre qué haría si volvía a verla de nuevo. En ese momento, no sabía si sería mejor asesinarla o… No sabía cuál era la otra opción. ¿Dejar que lo matara ella? Nadya lo intentaría después de lo que él había hecho. Una traición por otra. Era justo, racional. Ese ciclo suyo ardería para siempre. Por eso se había alargado tanto la guerra entre sus pueblos. No había nada más y nunca lo habría. El cambio por el que había estado luchando nunca sucedería. La suya era una misión condenada y desesperada.

—*Sí* —le confirmó la voz, feliz.

Malachiasz estuvo a punto de poner los ojos en blanco. Dejó el cráneo a un lado en el altar, con cuidado, aunque no estaba seguro de por qué. «¿Crees que recordarme lo que ya sé va a empujarme hacia un ser contra el que he luchado toda mi vida? Se supone que eres un dios. Puedes hacerlo mejor». Apelar a sus emociones no funcionaría. Sabía cuándo estaban jugando con él.

Un temblor antes del cambio. Cerró los ojos para que, cuando otros se abrieran, no fuera tan estremecedor. No había manera de acostumbrarse a eso y mantener aún algo de humanidad. Era esta última la que había deseado perder antes de descubrir que no era para nada el caso en cuanto la había perdido por completo.

Por mucho que la odiara u odiara que no fuera así, lo que Nadya había hecho por él era algo por lo que nunca podría compensarla. Porque había calculado mal el hechizo, lo había llevado más lejos de lo que esperaba y, si ella no hubiera ido a las Minas de sal para devolverle un mínimo de apariencia humana, seguiría ahí abajo. Habría desaparecido.

Recordó lo que había hecho en ese estado: dejar las minas para ir al campo de batalla, destrozar a sus enemigos, cimentar su lugar en las historias kalyazi sobre lo monstruosos que eran los tranavianos. Allí no encontró remordimiento. Una alegre chica kalyazi no podía compensar el resto.

—¿Eso es *lo que quieres? ¿Ser mejor? Bien, Podemos seguir con este juego hasta que te des cuenta de que es inútil luchar contra mis deseos. Si debo romperte, lo haré.*

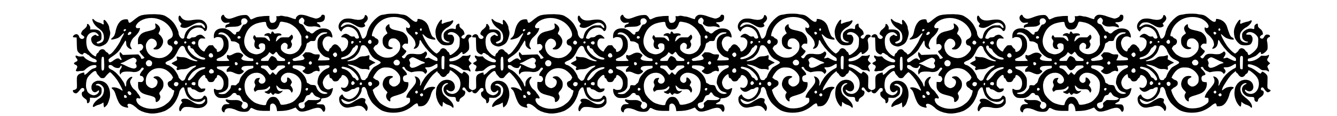
Malachiasz no tuvo oportunidad de señalar que ya estaba roto antes de hacerse añicos. Hacía frío y estaba oscuro, pero ya conocía ese frío y esa oscuridad. Ya había estado allí antes, en una época diferente, bajo otras circunstancias. Sin embargo, se había olvidado de esa parte, de todo, porque eso era lo que deseaban los Buitres. Querían que los niños fueran un lienzo en blanco, nada más que un receptáculo para la magia que les introducirían en la piel. Cómo se creaban los Buitres era un secreto bien guardado, pero no había incógnitas para el Buitre Negro. Sabía que resistirse era inútil.

Agonía, un calor abrasador que pasaba al frío demasiado rápido, de forma demasiado abrumadora, un ardor burbujeante y relampagueante, un bloque de hielo introducido en la piel cada vez a mayor profundidad. Repetitivo, incesante, hasta el punto de romperlo. Siempre había un punto en el que se rompía. Todos se rompían al final.

Huesos fracturados, hechos añicos, unidos de nuevo para ser más fuertes que el hierro, más duros que el acero, y afilados, muy afilados. Un movimiento equivocado le rompería la piel hasta que se adaptara, hasta que aprendiera a controlar en lo que se estaba convirtiendo. Un bautismo de magia oscura, hierro frío y sangre.

Sin embargo, ya no estaba en ese lugar. Era más, mejor. No, no lo era. En realidad, no. Seguía siendo ese chico confuso, temeroso e inseguro. Ahora tenía todo ese poder que se podía retorcer, moldear y volver en su contra.

Se le fracturó la columna. El peso de las alas le destrozó los hombros y trató de detener los cambios. En el pasado había tenido control sobre ellos. En el pasado, podía someterlos a su voluntad. ¿Cuándo había cambiado eso? Se le transformaron los pies y el hierro le traspasó la piel mientras caía más y más. Cada vez menos humano, menos, menos.



5

SEREFIN MELESKI

Svoyatovi Kliment y Svoyatova Frosya Ylechukov, hermanos abandonados en un monasterio en las profundidades de los bosques, crecieron y se infiltraron en las filas tranavianas donde los herejes acabaron sacrificándolos.

Libro de los Santos de Vasiliev

Serefin no recordaba haber viajado tan al sur. Recordaba todo lo ocurrido tras el bosque (bueno, la mayoría, ya que algunos días eran una nebulosa debido a la fiebre) y no podían haber caminado tanto como para encontrarse tan al sur como estaban.

—El bosque nos escupió cerca de la frontera —explicó Kacper, encogiéndose de hombros, lo que indicaba que no iba a pensar en esa extrañeza, solo agradecer que el bosque les hubiera dejado salir.

Sin embargo, Serefin sí quería hacerlo porque todo y nada había cambiado. Sintió que estaba ganando tiempo. Si había roto algo al arrancarse el ojo había sido la conexión con la voz sin nombre, entonces, ¿qué pasaba con Velyos?

—*Es cierto. Eso me ha indignado bastante*.

Serefin tuvo cuidado de no reaccionar ante el regreso de la voz aflautada que tanto odiaba. Aun así, un estremecimiento le recorrió el cuerpo. «¿No hay forma de que me deshaga de ti?». Lo había hecho todo y no era suficiente. Todavía lo perseguía aquella deidad kalyazi sabihonda.

—*Ah, no, lo lograste. El derecho sobre ti ha desaparecido, has roto los vínculos y todo lo demás. Eres libre, pequeño tranaviano. Sin embargo, cuando has escuchado una vez las voces de mi especie, bueno, eso ya te sucede siempre*.

Serefin sintió un poco de consuelo, ya que la situación podría ser mucho peor. Aun así, distaba de ser ideal. «¿No más visiones?».

—*No más visiones. ¿No te gustaban? A mí me parecían divertidas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que podía jugar. Me decepciona que no disfrutaras de nuestro tiempo juntos, aunque lo de mutilarte no era en realidad necesario en nuestra situación*.

Serefin no estaba de acuerdo. Se negaba a vivir bajo la voluntad de un dios que podía controlarlo físicamente como Chyrnog o retorcerle la mente y arrastrarlo por el continente como Velyos. Se negaba a vivir dependiendo del capricho de cualquier dios. «Valió la pena».

—*Sí, bueno, Chyrnog es… así.*

Serefin se estremeció ante el nombre. No quería recordar que había sentido cómo le arrebataban el control.

«Pero ¿tú no puedes hacer lo mismo que él?».

—*Ah, no, ya no. ¡Ni siquiera quiero! ¿No te parece que soy más simpático por eso?*

«Hiciste que matara a mi hermano».

—*Era lo que planeabas* —le recordó.

Serefin se resistió a estremecerse. Aquella no era la cuestión. Sí, lo había planeado. Malachiasz era volátil, un as bajo la manga en el que no se podía confiar y con el que había que lidiar. No obstante, cuando había llegado el momento, Serefin no había querido resolverlo así. Ya había perdido demasiado.

No era suficiente con tener en las manos la sangre de su padre, sino que ahora también las tenía manchadas con la de su hermano. ¿Cómo iba a vivir consigo mismo? ¿Cómo iba a mirar a su madre si llegaba alguna vez a casa?

No sabía cómo se suponía que iba a dirigirse a ella para admitir que el hijo que había perdido ante los Buitres podía haber regresado, que Malachiasz había estado ante Serefin en esa cima de la montaña, aterrado, entre lágrimas, preparado para volver a casa, pero él lo había matado. No podría enfrentarse a ella. Apenas podía enfrentarse a sí mismo. Saber que el mundo había recuperado cierto orden con la muerte de Malachiasz no era suficiente para mitigar la culpa. De alguna manera, que su hermano hubiera sido literalmente la causa del asesinato de Serefin tampoco era suficiente.

—¿Serefin?

Se sobresaltó por la voz de Kacper.

—¿Qué?

Kacper lo estaba observando, intentando parecer indiferente sin conseguirlo. Estaba preocupado. Negó ligeramente con la cabeza.

—No me gusta cuando te quedas callado.

Serefin miró a su alrededor al darse cuenta de lo silencioso que estaba todo. Los caminos se encontraban vacíos. Estaban al descubierto y no tenían magia con la que defenderse. Sin embargo, la alternativa era el bosque que se erguía sobre el camino a cada lado y Serefin estaba harto de viajar por el bosque como para hacerlo de nuevo, por lo menos, en los próximos diez años.

—Lo siento —dijo Serefin tras dedicarle una sonrisa sarcástica—. Me esforzaré por mantener un flujo constante de charla de ahora en adelante.

—Espera, no…

—Bueno, podemos comenzar con cualquier tema. En la corte siempre me dicen que tengo un ingenio alarmante.

—No creo que lo digan como halago…

—Tengo una increíble colección de cancioncillas escabrosas en la cabeza.

—Por favor, no vuelvas a decir delante de mí «cancioncillas escabrosas»…

—También puedo empezar con mi inimaginable colección de chistes, aunque aviso de que se los robé al teniente Winarski cuando era un adolescente de dieciséis años muy impresionable.

Kacper hizo una pausa.

—¿No tenía…?

—¿Un cuestionable estado emocional y mental? Sí, no son muy buenos chistes.

A Kacper se le quebró la expresión con una sonrisa cansada. Serefin no iba a arruinar aquel momento diciéndole que aún podía oír a Velyos. De verdad, era increíble que un rey tranaviano tuviera que hablar con un dios kalyazi…

—No *soy un dios*.

«Ay, calla».

Serefin tendría que averiguar cómo retraerse de Velyos para que no interviniera en cada pensamiento errático. Al menos, había roto el vínculo más grande. Era un alivio saber que su mutilación había servido para algo. Era agradable.

—Estaba pensando —dijo Serefin con suavidad— que tenemos que encontrar la manera de llegar a la capital y entrar en Grazyk sin que Ruminski se entere. —Se sentía mal por mentir a Kacper, pero, bueno, podía haber estado pensando en eso, ¿no?

—Ojalá hubiéramos podido liberar a Zaneta —musitó Kacper.

Serefin también lo deseaba, pero no estaba en su destino. Se preguntó si aquello hubiera arreglado algo, si Malachiasz había dicho la verdad sobre que necesitó tiempo para adaptarse. No sabía cómo se creaban los Buitres, pero su hermano parecía sincero, al menos sobre aquello.

De repente, Serefin se tropezó con un agujero que pensó que se encontraba a varios pasos de distancia y Kacper lo agarró del brazo por los pelos para mantenerlo en pie. Su percepción del espacio se había visto afectada y, mientras se acostumbraba, no podía evitar sentirse inútil.

—Con cuidado —musitó Kacper sin soltarle.

Serefin esperó a que lo hiciera, pero se sorprendió cuando le deslizó la mano por el brazo para entrelazar los dedos con los suyos. Era casi como si las cosas fueran normales o, al menos, como si no estuvieran tan destrozadas como lo estaban en realidad.

Se oyó un golpe en el bosque, demasiado fuerte para ser de un animal. Serefin maldijo en voz baja, le soltó la mano a Kacper y buscó inútilmente su libro de hechizos. Intercambiaron una mirada. Habían pasado de ser dos de los magos más letales en Tranavia a dos chicos atrapados en un reino enemigo. Un rey y su lugarteniente. Presas fáciles.

¿Qué tipo de criaturas se habrían despertado en Kalyazin? Malachiasz había derribado la pared que separaba el maldito bosque del lugar infernal escondido dentro. ¿Qué había escapado? ¿Qué habían hecho en esa montaña? Quería culpar a Nadya o Malachiasz, pero gran parte de aquello era culpa suya, maldita sea.

—*Solo hacías lo que te pedía* —comentó, arrogante, Velyos.

Serefin no se dignó a responder. Había hecho lo que le habían obligado a hacer y prefería pensar que aquello era diferente. Otro golpe entre los árboles. Alguien moviéndose a través de los arbustos hacia la carretera. Serefin no alejó la mano del libro de hechizos. Le hizo un gesto a Kacper para que se relajara. Tal vez estaban a punto de lidiar con enemigos mortales.

«¿Me puedes, no sé, ayudar?».

—*No…, no, ya te di una oportunidad y dejaste muy clara tu postura. No puedo hacer nada y es culpa tuya*.

Serefin suspiró. Había trabajado duro para liberarse de la influencia del dios. Supuso que no podía quejarse porque el dios lo dejara solo. Aun así…, sería agradable saber a qué se estaban enfrentando.

—Soltad las armas que portéis. —Una voz juvenil salió de entre los árboles. Serefin frunció el ceño para mirar a Kacper, quien se encogió de

hombros, pero se relajó de forma visible. El rey soltó el *szitelka* sobre el barro y le hizo un gesto a Kacper para que lo imitara. Lo hizo con el ceño fruncido.

—Seguro que tenéis algo más.

—Te aseguro, querida —dijo Serefin sin molestarse en ocultar el acento tranaviano de su kalyazi—, que eso es todo.

Una chica de la edad de Serefin con la piel pálida y el pelo rubio casi rapado salió del bosque. Tenía el arco levantado a medio camino, dirigido a la garganta de Serefin.

—Monedas. Lanzadlas al barro, junto al arma.

—Te vas a llevar una decepción —musitó Kacper, dejando el liviano monedero de forma dramática junto al *szitelka* de Serefin.

No era más que una salteadora de caminos. Perder el dinero y las armas no era una maravilla, pero podrían sobrevivir. Eran trivialidades. Empujó el arco contra Serefin y este se encogió de hombros.

—No tengo nada. ¿Estás sola?

La chica levantó una ceja. Llevaba una túnica de un gris neutro, con los bordes deshilachados y una rasgadura en el escote. Tenía agujeros en el abrigo y las mallas y las suelas de las botas parecían a punto de desprenderse.

—No tenemos nada más que…

—El anillo. —Hizo un gesto con el arco hacia el meñique de Serefin. Kacper se tensó y el rey formó un puño con la mano. El sello era una de las pocas cosas que le quedaban. Era lo único que tenía para evidenciar su autoridad porque la corona de hierro se le había perdido en el bosque. La chica no tenía ni idea de lo que le estaba pidiendo, pero, gracias a la respuesta de Serefin, sabía que tenía valor.

La saqueadora sonrió.

—Suéltalo.

—Me temo que tendremos que llegar a un acuerdo diferente —comentó Serefin.

Echó el brazo hacia atrás para tensar el arco. No necesitaría siquiera tener buena puntería para que le atravesara la garganta con la flecha, y morir ahogado en su propia sangre no era la muerte que deseaba. Sin embargo, era solo una chica, podría con ella.

Las polillas en tomo a Serefin eran perezosas, imperceptibles, pero, cuando se ponía alerta, estas también lo hacían, formando una nube. La chica se sobresaltó y más de una docena de flechas se dirigieron hacia Serefin y Kacper al mostrarse por fin los acompañantes de la chica. Serefin suspiró y puso las manos en alto.

—No lo voy a repetir —dijo la joven.

—Pero yo sí me negaré de nuevo —contestó Serefin con un tono jovial mientras una gota de sudor le caía por la espalda. No sabía muy bien cómo salir de aquella situación con palabras. Antes del bosque, de Kalyazin, habría podido hacerlo. Habría encantado el arco en las manos de la chica y se habría alejado de ella con su dinero, pero ahora no sabía qué decir que mereciera la pena para que bajara el arco. Seguramente se habría pasado gran parte del largo invierno muriéndose de hambre.

—Coge el dinero y las armas —dijo con más seriedad—. Deja el anillo, no es más que hierro.

La chica desvió la mirada a su mano, poco convencida, pero sonrió.

—Cogedlos —dijo—. Aún los necesitamos.

—Espera, no, yo no… —Sin embargo, antes de que Serefin pudiera terminar, algo se le clavó en el cuello. Cayó al suelo, inconsciente.

* * *

Serefin se despertó con un regusto a sangre en la boca y un dolor palpitante en la cabeza. Estaba empapado hasta los huesos y congelado. La desorientación solo le duró el tiempo suficiente para abrir el ojo. De inmediato, lo cerró para fingir que estaba dormido.

Tras todo ese tiempo en Kalyazin, ¿ahora los capturaban unos asaltadores de caminos? Sería gracioso si no fuera tan triste.

Las cuerdas con las que le habían atado los tobillos y las muñecas estaban demasiado apretadas y sentía las extremidades entumecidas por la falta de circulación. Incómodo, sí, pero no era el fin del mundo. Seguía notando el peso del sello en el meñique, lo que le produjo un gran alivio. ¿Por qué no lo habría cogido la chica si tan desesperada estaba?

Claro que, si se hubiera encontrado tan desesperada, él estaría muerto en el camino, ni atado ni tirado en la nieve mojada para que se le metiera el agua en los oídos. Pensó en incorporarse porque mejor acabar con aquello cuanto antes, pero oyó el grave murmullo de voces y decidió esperar con paciencia.

Mientras escuchaba, sintió una decepción cada vez mayor. La charla era inútil. Una de las jóvenes se estaba lamentando por una chica a la que había dejado atrás en su pueblo y los demás la estaban provocando por eso. Serefin suspiró internamente. Demasiado para que fueran oficiales de guerra kalyazi. Estaba seguro de que todo lo que habían evitado desde lo de la montaña les estaba llegando ahora, pero quizás no.

Tal vez solo eran ladrones kalyazi cansados que querían un par de monedas extra de unos chicos en el camino. Aun así, eso no explicaba por qué los habían capturado vivos.

* * *

Abrió una milésima el ojo. Aún no había oscurecido.

—Todo iba bien cuando os pasabais la noche cotilleando como *babas* en Dovribinski —dijo la chica que lo había amenazado—, pero, si seguís con esto, vais a hacer que nos las veamos con el bosque y estamos en territorio de *kashyvhes*.

—Territorio de *kashyvhes* —dijo uno de los hombres con desdén—. Tú y tus historias de niños, Olya.

—Entonces, no rezaré alrededor de tu tienda esta noche —dijo Olya sin bromear—. Puedes vivir sin mis bendiciones. No creo siquiera que sirvan de algo. Las bendiciones no son como las moscas, ¿sabes?, no se pegan a la mierda.

El grupo entero irrumpió en abucheos y Serefin no pudo evitar sentirse nervioso. Sabía lo peligroso que podía ser ese bosque y no quería que un *striczki* lo visitara mientras lo tenían atado de pies y manos en el maldito suelo.

—Pensaba que le había dicho a Tsezar que metiera a los tranavianos en una tienda —comentó Olya con un tono cansado, enfadada y asqueada a la vez, lo que impresionó a Serefin.

—¿Por qué deberían tener una tela seca sobre sus cabezas? —preguntó una voz de mujer.

—Porque no quiero que mueran —contestó Olya, agotada—. Y el pálido parece dispuesto a caer en cualquier momento. Metedlos en la tienda. *Baba* Zhikovnya puede decir si merecen la pena o no.

Se oyó a alguien escupir. Luego, el duro golpe de piel con piel cuando probablemente Olya le dio un bofetón al propietario del escupitajo.

—No he venido aquí para involucrarme en tu comercio de carne de bruja —dijo un hombre.

—Entonces, vuelve a tu pueblo a morir de hambre, Stepan, y espera a ver si me importa —replicó Olya—. Metedlos dentro.

Serefin se mordió el interior del labio, pensativo. Si pudiera conseguir la sangre, suficiente… Suspiró. Estaba pensando como un mago de sangre, y eso

no le hacía ningún bien. Aún tenía algo, podía sentir el poder bajo la piel, pero quizás eso fuera cosa de Velyos. No quería depender de él para nada.

—*Quizás lo necesites* —observó Velyos. ¿Por qué no había desaparecido el dios cuando se había arrancado el ojo?—. *Porque, en general, esa fue tu manera de romper la conexión con Chyrnog. Y conmigo, aunque yo te poseía de una manera distinta. No pasa nada, no me ofende. Tengo lo que quería*.

«¿Y qué querías?». La curiosidad de Serefin lo sobrepasó. Velyos había deseado despertar a otros dioses caídos a los que habían expulsado como a él, por venganza, pero ¿qué significaba eso? «¿La muerte de esa diosa era parte de tu plan?».

—*No me entristeció verla marchar. Esperaba tomar una vía más directa para su muerte, no esperaba que el Buitre lo hiciera por mí.*

«¿Sientes tristeza?».

—*No*.

Serefin movió los hombros en un intento por aliviar parte de la tensión en ellos.

—*Lo que quiero es simple y prácticamente me lo has dado. Nos desterraron a mí y a los de mi especie y quería deshacerlo. Quería vengarme de Marzenya por ese exilio y ahora está muerta*.

«¿Y qué pasa con Chyrnog?».

—*Bueno, no puedo decir que sus propósitos* y tos *míos se alineasen*.

Serefin sintió un estremecimiento. «¿Qué quiere?».

—*La muerte del sol, del mundo, renovación*.

Serefin presionó la cabeza contra el barro un poco más. ¿Qué había hecho? Pero… ¿podían los dioses actuar sin la intervención mortal? Quizás no estuviera todo perdido. Tal vez el dios no había encontrado a un humano al que reclamar. Serefin tendría que aferrarse a eso. Quería irse a casa, pero huir era inútil. Todo le acabaría llegando. Esos problemas no se centrarían solo en Kalyazin y acabarían afectando a Tranavia muy pronto porque su país estaba compuesto de herejes.

—*Me enorgullece ver que lo vas pillando*.

«Todo esto es culpa tuya», pensó malhumorado Serefin.

—*Quería libertad y que Marzenya pagase. Tengo ambas cosas y ahora me conformo con observar*.

Serefin frunció el ceño. «Pero ¿y la visión? ¿Qué pasa con las cenizas, la sangre y… y…?».

—*¿Las llamas?*

«Me pareció que me estabas dando un aviso».

—*Un aviso de lo inevitable, tal vez.*

Serefin se retiró, creó una pared entre el dios y él. Velyos quería ese caos y no había forma de confiar en que el dios le indicaría una dirección que no fuera catastrófica. Seguro que algo podía hacerse, pero Serefin no iba a descubrir qué gracias a un dios. No conocía la confusión que estaban causando los dioses caídos, pero no podía ser buena y pronto sabría del tema. Si sobrevivía a aquello, claro.

Sin embargo, si los dioses podían liberarse, también podrían capturarse. ¿Y si lo volvía a hacer? Los kalyazi quizás no estuvieran de acuerdo, pero sus queridos dioses pronto se volverían contra ellos y entenderían que esa era la única manera, aunque no podía esperar que todos fueran tan racionales como Nadya.

Olya por fin se acercó y le aflojó las cuerdas de las muñecas.

—Ya te falta un ojo —comentó—. No necesitas quedarte también sin manos.

—Ah, ¿así podré sostener mejor la empuñadura de la espada con la que me matarás? —preguntó con un tono alegre Serefin.

—Si te quisiera muerto, ya lo estarías —replicó ella con sequedad mientras volvía con los demás.

Sin embargo, el rey consiguió sentarse y se inclinó hacia Kacper, quien lo miraba con cierta diversión.

—Es tu tipo, ¿eh? —observó el otro chico.

—No me va a gustar esta conversación, ¿verdad?

—Tu tipo se compone de chicas que te pueden matar con facilidad y quieren hacerlo.

—Y chicos guapos que se portan bien conmigo —concluyó Serefin por él—. Y a los que les gustaría matarme también.

Kacper emitió un sonido, pensativo, casi incrédulo, pero sonrió.

—Mi vida sería mucho más fácil si estuvieras muerto.

—¿Se te permite decir eso sobre tu r…? —preguntó Serefin. Kacper le dio un fuerte codazo que hizo que se estremeciera—. ¿Se te permite hacer eso?

—Eso espero —musitó. Una chispa de preocupación le recorrió el rostro—. ¿Puedo?

—Claro. —Serefin le dio un golpecito en el hombro e inclinó la cabeza para besarle el cuello—. Puedes hacer lo que desees. Dentro de lo razonable.

—¡Bien!

—Sin golpes de estado, por favor.

—Trataré de contenerme, pero no prometo nada.

Serefin soltó una suave carcajada.

—Serás un buen rey —contestó Kacper en voz baja, tanto que Serefin no estaba seguro de si él debía oírlo.

A Serefin se le encendió el rostro. No sabía si Kacper tenía razón. Era algo que nunca había pensado que pudiera permitirse desear, aunque fuera príncipe. Se suponía que debía morir en el campo de batalla, en Kalyazin.

—Eso espero —susurró Serefin porque eso era lo único que le quedaba: una frágil chispa de esperanza de no morir en territorio enemigo y poder llegar a su país, lejos de ese lío en el que se encontraban, en gran parte por su culpa.

El crepúsculo iluminaba el claro con una tenue y extraña luz y Serefin tenía la terrible sensación de que el bosque del que ya habían escapado los estaba atrapando de nuevo. Sentía cómo lo consumía y era consciente de que había una fuerza mayor que deseaba romperlo en pedazos de nuevo.

—Olya, mira —gritó una de las ladronas desde el otro lado del campamento. Estaba inspeccionando un árbol, acercando una antorcha a la madera con el ceño fruncido.

Olya se levantó con una exasperación exagerada, pero su expresión cambió al inspeccionar el árbol.

—Aléjate de él —avisó—. No me gusta.

—¿Qué es? —preguntó la chica.

Olya negó con la cabeza.

—Si nos has arrastrado hasta aquí para que nos consuma la magia de bruja… —farfulló uno de los otros ladrones.

—Cállate, Stepan —replicó Olya, pero parecía nerviosa.

Serefin y Kacper intercambiaron una mirada. La chica se giró y se le iluminó la mirada al percibir a los dos chicos tranavianos. Entrecerró los ojos. Le hizo un gesto al kalyazi más cercano, quien obligó a Serefin a ponerse en pie y lo empujó en dirección al árbol.

—No hace falta que seas tan sobón —protestó—. Invítame a una copa primero. —Sin embargo, le dio un vuelco el corazón cuando vio lo que habían descubierto en la extraña oscuridad.

Algo se estaba comiendo vivos a los árboles. Como el moho, una infección negra se extendía por la madera, abriéndose paso hacia las profundidades. Tras observarlo durante largo rato, Serefin se sintió sobrecogido por el repentino deseo de meter la mano dentro. Agradeció, por extraño que pareciera, tener las muñecas atadas.

—¿Alguno de los árboles junto a los que hemos pasado estaban así? —le preguntó Olya a la chica.

Negó con la cabeza, observando a Serefin.

—No estoy seguro de por qué me habéis traído hasta aquí —comentó con serenidad el tranaviano.

—Eres un mago de sangre con el ojo de alguien elegido por los dioses —contestó Olya con voz monótona.

Serefin se quedó paralizado y el estómago le dio un vuelco. Crispó los dedos, inútiles, queriendo cubrirse el ojo.

—Desatadme las manos —pidió.

—¿Crees que estoy loca? —preguntó Olya en el mismo tono.

No, de hecho, comenzaba a pensar que era mucho más que una simple ladrona. Serefin estaba muy cansado de las chicas kalyazi mandonas y mágicas.

—¿Cómo esperas que…? —Se interrumpió cuando un coro de gritos atravesó los árboles, un eco cacofónico que los rodeó, mil chillidos aterrados.

Un enorme pájaro negro cayó al suelo ante sus pies. Un grito lo recorrió antes de acallarse, silenciado y muerto. Serefin tragó saliva y el pavor le atravesó las entrañas cuando levantó la mirada hacia las ramas donde se encontraban cientos de aves, todas chillando.

* * *

El grupo perdió tres cuartas partes de sus miembros esa noche. Discutieron durante horas sobre moho acre y pájaros moribundos gritando. Olya, cansada, intentó explicarles que no estaban para nada cerca de Tachilvnik y que los horrores de las profundidades del bosque no podían haber viajado tan lejos.

Serefin mantuvo la verdad para sí: la oleada de antiguo poder, magia oscura, voraz y alocada, que los traspasaba, arañándolos, mordiéndolos, muy muy hambrienta. En lugar de eso, se reclinó contra Kacper, le apoyó la cabeza en el hombro y escuchó cómo discutían. La mayoría se fueron, quejándose de la magia maldita y murmurando algo sobre que nada bueno podía salir de lidiar con demonios tranavianos, aunque estuvieran atados. Solo la chica, un anciano y un joven de la edad de Serefin (nervioso de una forma sombría que le recordó a Malachiasz) se quedaron.

Al chico le emocionaba el horror de una manera inquietante y morbosa. Olya aceptó su entusiasmo con agotada paciencia, como si estuviera acostumbrada.

—Las brujas tendrán una explicación —dijo a modo de respuesta.

—No es magia de bruja —insistió el chico. Tenía el aspecto de las personas del norte de Kalyazin, con el pelo negro atado en la nuca, pero aún colgándole en la cara y pequeños ojos oscuros.

Serefin inclinó la cabeza un poco para mirar a Kacper, quien fruncía el ceño. Olya se agazapó para tocar el pájaro muerto con un palo.

—Tampoco es magia de sangre —contestó, dedicándoles una mirada a Kacper y Serefin.

Este se encogió de hombros. Estaba esforzándose al máximo para no pensar en los gritos que seguían retumbándole en la cabeza. Chymog había desaparecido. Serefin quería sentir alivio, pero no sabía dónde había acabado y, mientras sus sueños estuvieran protagonizados por enormes puertas, brazos y manos que lo atrapaban y se arrastraban hacia él, se preocuparía.

—Las brujas lo sabrán. Tienen que saberlo —continuó Olya.

—¿Desde cuándo se dice «brujas», en plural? —preguntó Kacper con voz suave.

Serefin negó con la cabeza.

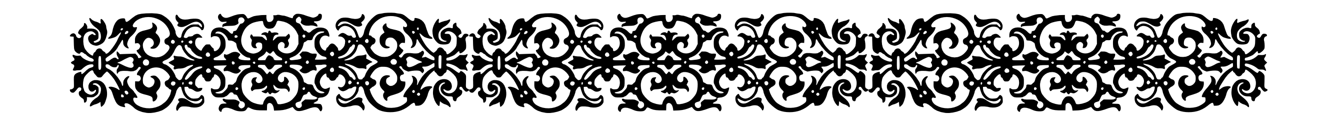
—Quizás esta no sea la peor situación en la que encontrarse. Sintió la incredulidad de Kacper y no quiso explicárselo, dado que los kalyazi podían oírlos. Suspiró.

—Magia —susurró.

Kacper puso los ojos en blanco.

—La magia es lo que nos ha metido en este lío.

—Y será la que nos sacará.



6

NADEZHDA LAPTEVA

Marzenya se ha quedado en silencio. Me hago cortes en las palmas, sangro sobre sus altares, lloro. No hay nada. No le importa. Dejará que este mundo arda.

Fragmento de los diarios personales de Sofka Greshneva

A Nadya le sorprendió el frío que hacía cuando salió del cobertizo, pero era normal. Nada había cambiado. ¿Qué sucedía cuando un dios moría, cuando se le asesinaba? ¿Las habilidades de Marzenya (la magia, el invierno y la muerte) cambiarían otros sitios o solo Kalyazin? ¿Cuánto poder tenían en realidad los dioses sobre el mundo?

Nadya no tenía respuestas y comenzaba a preguntarse si debería dejar de buscarlas. Eso era lo que la había metido en aquel lío. Si hubiera ido con Anna a Komyazalov, en lugar de dirigirse a Grazyk, ¿sería diferente? No le temería a la capital, eso sí lo sabía. No notaría ese estremecimiento gélido de miedo que se le aferraba a la espalda ante la mera mención de la sede de la Iglesia y la Matriarca.

Nunca había conocido a la Matriarca, Magdalena Fedoseyeva, cabeza de la Iglesia, portavoz a través de la cual los dioses influían en el mundo ahora que este no tenía clérigos. O quizás sí.

Había estado en Komyazalov una vez, cuando era tan joven que apenas lo recordaba. No creía que contara en realidad, pero la Iglesia le ocultaba cosas. Le tenían miedo. No era difícil ver que todas las señales indicaban a la Matriarca. ¿Sabría lo que había hecho Nadya, que Marzenya estaba muerta, que había fracasado estrepitosamente como clériga kalyazi? No quería descubrirlo.

Nadya no estaba huyendo, aunque lo había considerado, al deambular lejos del pequeño pueblo hacia el bosque. Una parte de su ser quería introducirse en el terreno repleto de árboles, pero deseaba encontrar algún lugar donde la paz estuviera garantizada, donde no hubiera nadie que le mirara la mano e hiciera preguntas. Deseaba… probar una teoría.

No sabía con seguridad cuántos dioses caídos se habían liberado. Katya, aunque entendida en el tema, daba respuestas vagas cuando se le preguntaba, lo que significaba que ella tampoco lo sabía. A Nadya le parecía bien. La *tsarevna* ya tenía bastante poder sobre ella y no quería darle otra cosa más que pudiera usar en su contra. Conocía los errores que había cometido y sabía que la lista de crímenes había crecido desde su huida del monasterio.

No confiaba en Katya. Tal vez fuera injusto, pero la *tsarevna* se había pasado la vida cazando a los Buitres y estudiando lo oculto antes de conocer a Nadya, una joven supuestamente divina que coqueteaba con la oscuridad y guiaba al peor del culto, al chico al que amaba, a la sede de los dioses. Las intenciones de Nadya no importaban, para Katya era culpa suya que Marzenya estuviera muerta porque la clériga le había dado a Malachiasz la oportunidad de atacar.

Sin embargo, no acudir a Katya significaba que Nadya no tendría ni idea de cuántos dioses había, aparte de los veinte a los que había dedicado su vida. Era un pensamiento incómodo. La mordida gélida del viento la recorrió mientras hacía que las hojas muertas flotaran por el aire cuando se pasó la mano por el collar de cuentas. Inútil. Nada excepto un collar de madera con un valor sentimental. La pena la inundó y se planteó no regresar.

¿Y si seguía andando? Más allá de Komyazalov, más allá de la frontera occidental, hasta Česke Zin o Rumenovać, a algún lugar donde nadie supiera su nombre o su historia, donde sus dioses tuvieran caras y nombres distintos y no importara demasiado que en el pasado pudiera hablar con ellos y hubiera fracasado.

—Ah, aquí estás.

Se sobresaltó ante la voz cercana. Agazapada en un tocón pútrido de árbol se encontraba una figura con una capa negra, con el pelo como las profundidades de un pantano acre. Tenía la piel cetrina, los labios delgados y los ojos grandes, oscuros y con una tristeza imposible.

—Ljubica —dijo Nadya.

—Hola, pequeña clériga. —La divinidad caída sonrió, revelando unos dientes afilados como los de un pez venenoso.

—No soy clériga.

—Ni clériga ni bruja, ni divina ni mortal. —Ljubica puso los ojos en blanco—. ¿Qué eres?

—No me interesa jugar a eso.

—¡Qué sosa!

Nadya apretó los labios. Había ido hasta allí para tratar de conversar con uno de los dioses caídos, pero se estaba dando cuenta de que aquel era otro error impulsivo que añadir a su ordenada colección. Aquello la empujaría aún más hacia las profundidades de la pesadilla. Lo único que deseaba era escapar, despertarse. Quería que Malachiasz y Marzenya no estuvieran muertos. Pero lo que ella quisiera no importaba.

Pasó junto al tocón de Ljubica, quien, tras un segundo, soltó un resoplido de irritación y la siguió mientras las hojas crujían bajo sus pies.

«Qué pisadas tan pesadas para ser una divinidad», pensó Nadya de forma ausente. No tenía ni idea de cuál era su dominio. Tampoco entendía por qué podía verla. No era así como funcionaba.

—Tienes forma mortal —observó Nadya.

—Es agradable, ¿verdad? Me gusta bastante. Podría ser diferente. Me pregunto qué te llevará a hablar conmigo. —La figura en la visión periférica de Nadya cambió y se volvió rubia, con pecas y labios voluminosos y rojos—. ¿No? —Ljubica se giró frente a Nadya y la obligó a detenerse.

Nadya jadeó con el corazón en la garganta porque la figura se había vuelto más alta, ágil y pálida, con un montón de largo pelo negro y unos rasgos afilados como un cuchillo.

—Ni se te ocurra —susurró.

—Sangró por toda la montaña divina. Todos sabemos qué era.

A Nadya le escocían los ojos, pero no iba a llorar, allí no. Nunca más. Por él no. Ljubica sonrió, pero tenía el rostro de Malachiasz y a la clériga un sollozo le surgió de las profundidades del pecho. Pasó junto a Ljubica.

—Son justo tus lágrimas las que busco —dijo esta con un suspiro de felicidad—. Hagamos un trato tú y yo, porque tienes muchas lágrimas que soltar y llevo sedienta mucho tiempo.

No más tratos, ya bastaba de escuchar a dioses que solo querían a Nadya para sus juegos mezquinos, no más confianza depositada en hermosos chicos tranavianos con sonrisas taimadas.

—No.

—No puedes hacerlo sola —le recordó Ljubica.

Nadya se arriesgó a darse la vuelta. La divinidad ya no se parecía a él. Había vuelto a su forma habitual. No le gustaba el modo en el que se le

rompía el corazón ante la pérdida porque hubiese querido verlo una vez más.

—No, estoy harta de que me manipulen. Podríais buscaros todos a otro mortal al que torturar.

El bosque se quedó en silencio, aunque no totalmente porque los pájaros trinaban estrepitosos en las copas de los árboles. Algo crujió cerca y Nadya no pudo evitar pensar en los rumores de dragones que Katya no dejaba de sacar a colación. Sería un destino interesante haber sobrevivido a tanto para acabar asesinada en el bosque por una criatura mítica. En realidad, muy apropiado.

—Sin embargo, no eres del todo mortal, ¿verdad?

Nadya cerró los ojos. Estrellas, olvido y un océano de agua oscura.

—No quiero respuestas. —Había pensado que eso era lo único que deseaba, saber qué era, por qué era diferente y por qué había sido necesario que aquellos en los que había confiado durante dieciocho años le hubieran mentido.

—Tampoco creo que eso sea cierto.

Y quizás no lo era, pero las respuestas la romperían y le quedaba muy poca fuerza.

—No quiero ser nada más —contestó con suavidad.

Ljubica asintió.

—Ese rey de Tranavia nos liberó. Tú nos liberaste. Velyos nos liberó.

—¿Cuántos sois?

—Cinco de nosotros conservamos la cordura mientras estuvimos encerrados.

Las implicaciones de esas palabras le produjeron un escalofrío a Nadya. Eso significaba que había otros que no.

—¿Quiénes sois?

—Cvjetko, Zlatana, Zvezdan, Velyos, por supuesto, y yo.

—Claro —musitó Nadya—. ¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó de forma patética.

Ljubica sonrió con serenidad.

—Caos.

Nadya se quedó sola en un claro, con la mano corrompida apretada contra el pecho. Cerró los ojos. Había tanto silencio. Se había acostumbrado a la tranquilidad desde esa noche en la catedral de Grazyk, pero entonces había potencial para que ese silencio cesara. Ya no.

Podía sentir que algo iba mal en la tierra bajo sus pies. Se habían soltado las cuerdas que mantenían al mundo en un cuidadoso orden. La bruja le había

dicho que las retribuciones de los dioses en el mundo mortal estaban compuestas de pequeños movimientos. Necesitaban a las personas para poner en marcha sus planes y estas solo podían llegar hasta cierto punto. Sin embargo, la presencia tangible de Ljubica significaba que esos cinco no tenían ataduras. Y quizás los otros no se mantuvieran dentro dé ellas.

Por eso, la teoría de Nadya, por si valía de algo, era la adecuada, aunque no estaba segura de qué hacer con esa información. Casi deseaba hablar con Velyos. Él había empezado todo ese alboroto. Sin embargo, no sabía cómo acceder a esos cinco como había hecho con sus dioses. No tenía símbolos que atribuirles ni hilos a los que aferrarse.

La rama de un árbol crujió. Nadya se giró, buscando… ¿Qué? ¿Qué tenía? Cerró los dedos en torno a la empuñadura de uno de los *voryens* y enseguida sintió un dolor casi cegador en la palma corrompida. Le alivió que no fuera un dragón lo que salió del arbusto. Sin embargo, el alivio le duró poco cuando un lobo famélico la observó con ojos hambrientos de color dorado.

Era enorme. Nadya había visto muchos lobos cerca del monasterio cuando era pequeña, pero ninguno era así de grande. Era poco natural. ¿Qué monstruosidades primitivas caminarían por el mundo por la imprudencia de ellos tres? ¿O por la suya propia?

Cambió la sujeción del *voryen* y se estremeció cuando un líquido cálido se le extendió por la palma. Malachiasz le había clavado las garras en las manos y las heridas estaban tardando en cerrarse. Extendió la mano al recordar cómo habían respondido los *rusalki* ante ella, la manera en la que la sangre le había vibrado cuando habían luchado contra el *Lichni'voda*. ¿Funcionaría aquí también?

Un gruñido recorrió el claro. El pelaje del lobo estaba manchado de barro y oscurecido por la sangre seca. Estiró los dedos hacia él. El gruñido se convirtió en un rugido. Nadya retiró la mano y el miedo le heló las venas. Nadie huía de los lobos porque eran muy rápidos. Era imposible que pudiera escalar los árboles que la rodeaban, ya que las ramas estaban demasiado lejos de su alcance. Tendría que luchar.

Solo contaba con un *voryen*. «Eso no es cierto». La voz era suya, pero a la vez no, y sacudió a Nadya lo suficiente para centrarse, para esquivar por los pelos la mandíbula del lobo cuando se lanzó hacia su brazo. No obstante, no quería acceder al agua oscura; usar ese poder sería admitir que, incluso aunque en el pasado hubiera sido una clériga, era algo más.

La palma de su mano corrompida, herida y dolorida, se volvió más cálida cuando el lobo dio vueltas a su alrededor, salivando por la anticipación de la

comida. Nadya sintió la tensión en los músculos del lobo y el movimiento en su pelaje antes de que atacara de nuevo.

La chica se arrodilló en el borde de un océano embravecido. Desesperada, metió la mano en el agua helada. Un muro de poder, brillante bajo la luz, apareció ante ella. El lobo chocó contra él, gimió y retrocedió. Un torbellino de pura magia, una oleada; el sabor de hierro y cenizas. El tiempo se ralentizó a su alrededor y apretó el puño. El lobo dejó escapar otro gemido de inquietud cuando el cuerpo se le puso rígido.

«Sería tan fácil matar a la bestia». El pensamiento reflejaba indiferencia. Nadya sintió que se observaba desde lejos. Una pizca de presión, apretando el puño un poco más, y podría destrozarle los huesos con la misma facilidad que si fueran ramitas. Unas llamas blancas le lamieron la mano corrompida y le prendieron la manga.

Su visión se transformó y consiguió ver más lejos de lo normal. La bestia (bueno, no era una bestia, solo un lobo, una criatura antigua que llevaba cientos de años merodeando por el bosque) y su hambre voraz ocultaban una nobleza ancestral. Nadya no encontró la crueldad suficiente en sí misma para extinguirla. Abandonó la magia con un jadeo tras reflexionar un poco más y lanzó una fuerte oleada de poder contra el lobo que lo dejó inconsciente.

Luego, Nadya huyó. Apagó las llamas de su manga con la respiración entrecortada. Había sido una locura dejar vivo al lobo. Estúpida. Estaba demasiado cerca del pueblo. Sin embargo, las cosas antiguas se habían despertado, liberado, y no sabía si lo correcto era erradicarlas. Y, si lo era, temía cómo le haría sentir usar ese poder, como si fuera otra persona, otra cosa, y la crueldad no supusiera nada excepto algo agradable. Había cometido suficientes atrocidades como para que quizás fuera así. Los ecos en la voz de Malachiasz diciéndole que le quedaba bien la crueldad la perseguían demasiado cerca. No quería verse obligada a avanzar aún más por ese camino.

Se estremeció ante la herida abierta y supurante de la mano derecha. Al usar la magia, se había destrozado las vendas de las manos. Con un sobresalto, se dio cuenta de que se le había curado la izquierda, que tenía una cicatriz en espiral en el lugar donde Malachiasz le había clavado las garras.

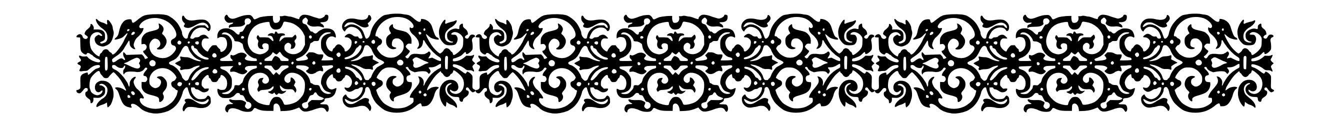
Le sobrevino la sensación de que todo iba mal. Cansada, se movió hacia unos árboles que parecían más oscuros que el resto, como si las sombras les hubieran consumido la base y, con lentitud, estuvieran arrastrándose por el tronco.

Colocó una mano contra uno. La corteza se rompió, desmoronándose ante su roce, y reveló una palidez blanca bajo la mancha de sangre oscura que

rezumaba del árbol.

«Ay, esto no va bien». Su primer instinto fue agarrarse el collar porque Vaclav sabría qué estaba pasando. Con una abrumadora sensación, fue consciente de golpe de que no tenía a nadie. Estaba totalmente sola.

Sin dioses, diosa ni chico tranaviano detestable y ansioso con demasiadas respuestas. Solo Nadya, solo una joven y el espeluznante pozo de magia que se había alojado en su interior en el fin del mundo.



Interludio

PARIJAHAN SIROOSI

Parijahan no recordaba ni una sola vez en la que Rashid hubiera estado tan enfadado con ella como ahora.

—El problema no es que se lo contaras a Malachiasz —contestó el chico, tenso por la rabia—. Eso lo entiendo. Es que no me lo contaras a mí.

Le había ocultado todo: los mensajes, las cartas, los informes que no paraban de llegarle. En todos le suplicaban que regresara, le susurraban que su particular transgresión podía perdonarse, su estado asegurarse para que todo volviera a ser como antes de que huyera.

Nadya había abandonado la casa sin una palabra, con expresión ilegible. Ostyia se había marchado poco después, seguida de Katya. Parijahan se había sentado frente a Rashid. Lo había estado evitando (bueno, a él y todo esto) desde que estuvieron en el bosque.

Las notas de la *Travasha* estaban extendidas por la mesa ante él y Parijahan no podía dejar de observar cómo se frotaba los antebrazos, las marcas extrañas y los cortes terribles que le cubrían la piel bronceada y que no parecían estar curándose.

—¿Se lo contaste todo? —preguntó Rashid.

Parijahan negó con la cabeza.

—Lo habría dejado claro si lo hubiera hecho.

Su amigo asintió a modo de confirmación. De él salían oleadas de fría ira. Parijahan se negaba a dejarle ver lo agitada que se sentía por su respuesta. Se lo merecía, pero no llegarían a ningún lado si seguían ahí sentados, peleándose.

—¿Qué teníais planeado? —preguntó Rashid—. No me digas que nada.

La chica lo observó con cautela. Parecía agotado. Tenía el pelo negro largo y atado en la nuca, lo que pronunciaba aún más las sombras bajo sus

ojos oscuros. Conocía a Rashid casi desde siempre. Había estado a su lado en todo momento. No había tenido intenciones de ocultarle nada.

—¿Te acuerdas de tu hogar antes de venir a Paalmidesh? —preguntó.

Rashid frunció el ceño al recibir otra pregunta como respuesta. Asintió, dubitativo. No era la respuesta que buscaba, pero esperó, observándolo hasta que decidiera hablar. Le había contado lo poco que recordaba de su familia, pero ella buscaba algo más profundo. Cuando la tensión en Akola llegara a su punto álgido, necesitaba saber si él estaría con ella o con Yanzin Zadar.

—Solo fragmentos. Hay poco que recordar —contestó—. ¿Por qué no confiaste en mí, Parj? ¿Qué hice?

No tenía nada que ver con él. En todo caso, tenía que ver con lo que ella y su país habían hecho. Los ojos cálidos e intensos de Rashid desprendían dolor cuando le estudió la expresión.

—Ah —dijo el akolano con cierta repulsión en la voz.

—Malachiasz era neutral —contestó Parijahan con suavidad—. Nunca he querido ponerte en una posición en la que tuvieras que elegir.

—Nunca me diste esa opción —observó. La chica se estremeció—. Ahora tomo esa decisión todos los días. Estoy aquí, contigo, en vez de volver a casa. ¿Podría hacerlo? Tú eres la *prasīt*, supongo que podrías ordenar que me buscaran por huir.

—Rashid.

—Decidiste no confiar en mí —replicó—. ¿Qué planeabas?

—La manera de salvar a Akola de la guerra civil que acecha en el horizonte —dijo, alzando la barbilla, retándolo a que dijera que lo que deseaba estaba mal.

Había un abismo entre ellos, creado por las fracturas que amenazaban con dividir Akola en los cinco países que lo habían formado; un puente tambaleante, hecho con las espaldas del pueblo de Yanzin Zadar, rotas por el peso del gobierno de Paalmidesh.

Rashid pestañeó, vacilando un poco.

—Sí, la unificación está fallando y mi padre se muere —murmuró, consciente de que nunca había tenido éxito—. Pensé que había una manera de salvarla, que quizás Malachiasz podría ayudarme. Y sí, me preocupaba que, si te daba la opción de volver a casa con tu pueblo, la aceptaras. No podría soportar perderte. Fui una egoísta.

Rashid se pasó las manos por la cara y se quedó en silencio. Parijahan desvió la mirada y la paseó por el cobertizo. La suave luz dorada del sol poniente creaba sombras sobrenaturales. Miró a todas partes menos a él.

—Parj… No creo que haya modo alguno de salvarla.

—Es justo lo que dijo Malachiasz, pero eso llevaría a una guerra civil.

—¿Una guerra civil que podrías detener volviendo a casa?

Eso era… lo que había sugerido también Malachiasz. Negó con la cabeza. Habían llegado a un punto de no retomo. Paalmidesh había dejado secos a los otros países y su *Travasha* era la culpable. Si volvía a casa, la asesinarían antes de que pudiera arreglar los errores de su familia.

—Malachiasz tenía un montón de sugerencias retorcidas que requerían envenenar a los otros nobles candidatos en momentos específicos para crear un impresionante efecto dominó que llevara al final al triunfo de la *Travasha* Siroosi. —Rashid resopló—. Y yo dirigiría esa *Travasha* —continuó Parijahan en voz más baja—. No es lo que quiero.

—¿Y si…?

La puerta se abrió y él se interrumpió. Parijahan alzó la mirada, esperando que fuera Nadya, pero se encontró con la *tsarevna*. Se movió a toda prisa para recoger los papeles sobre la mesa, pero Katya ya los había visto. Se sentó con ellos y contempló la escena antes de reclinarse en la silla.

—Estás muy lejos de casa —observó—. Y no eres quien dices ser.

—Soy quien digo ser —replicó la otra chica.

—Una *prasīt* akolana en un reino famoso por el caos que puede hablar con la clériga cuando nadie puede.

—Nadya necesita tiempo —dijo Parijahan—. Dáselo. —Ella había perdido a uno de sus mejores amigos en esa montaña, pero Nadya había perdido mucho más. Pasaría bastante tiempo antes de que lo superara, si es que lo hacía alguna vez.

—No tenemos tiempo. —Katya suspiró y se ató los rizos oscuros en la nuca—. Necesito saber por qué estás aquí para que, cuando lleguemos a la Corte de Plata, pueda explicarle a mi padre por qué he arrastrado a una *prasīt* al corazón de nuestro país. No me gustaría que tu *Travasha* pensara que te he secuestrado y nos declarara la guerra.

—No lo haría —contestó la akolana—. Por mí, no.

—No estaría tan segura.

—No declararía la guerra por mí porque eso significaría utilizar los recursos que serían necesarios para un conflicto interno —le explicó Parijahan.

Katya alzó las cejas. Parijahan nunca había mentido sobre por qué estaba en Kalyazin, pero tampoco había contado toda la verdad. Era más fácil hablar de venganza. Tenía sentido para aquellos como Malachiasz o Nadya, cuyos

mundos habían surgido de la violencia. Era una explicación totalmente razonable para que una akolana estuviera en un país despiadado como cualquiera de los suyos. Sin embargo, había mucho de lo que Parijahan quería huir y no estaba preparada para dejar de hacerlo. Su abuela era la verdadera líder de Akola, no su padre, y Zohreh haría lo que fuera para mantener el dominio de su familia sobre el país.

Parijahan había crecido pensando que estaba a salvo de las maquinaciones de su abuela. Nunca había esperado hacerse cargo de la *Travasha*. Tenía a su hermana, Taraneh, y a Arman, su hermano mayor. Sin embargo, la primera se había casado con un tranaviano, lo que la había sacado de la línea sucesoria para gobernar, y Arman se había ido con los magos del desierto y no había regresado nunca. No era tan optimista como para pensar que seguía vivo.

Eso había dejado a Parijahan con el peso de un país fracturado sobre sus hombros. Un peso que no quería, un peso que nadie quería que ella soportara. Pensó que había arreglado las cosas al marcharse. Nadie la quería en el trono. Su abuela la había despreciado hacía mucho tiempo por ser demasiado terca. ¿Qué había cambiado?

Rashid alzó las cejas ante ella tras una penetrante mirada a la *tsarevna*. Nunca lo había visto tan apagado, su alegría se había atemperado de una manera que le resultaba dolorosa. No sabía qué había pasado en el bosque y le daba demasiado miedo preguntar. Esa era la primera vez que se habían separado en años y se había creado una línea que no conseguían cruzar. Aun así, ya había plantado las semillas de su separación cuando no le había contado que su padre se estaba muriendo y lo que eso significaba para Akola.

Su amigo quería regresar a casa y ella no podía seguirlo. Si la dejaba ahora, se le rompería el corazón, pero no lo detendría.

—Dame algo, cualquier cosa —pidió Katya—. No soy tu enemiga. Solo quiero evitar un conflicto internacional.

—Akola sabe lo que he hecho y por qué me he ido. Lo que no saben es por qué he elegido quedarme aquí. Akola no se va a enfrentar con Kalyazin ni Tranavia, confía en mí. Tenemos nuestros propios problemas. Pero, si quieres darle a tu corte una excusa, diles parte de la verdad. Estoy aquí para ayudaros a arreglar vuestros desastrosos reinos.

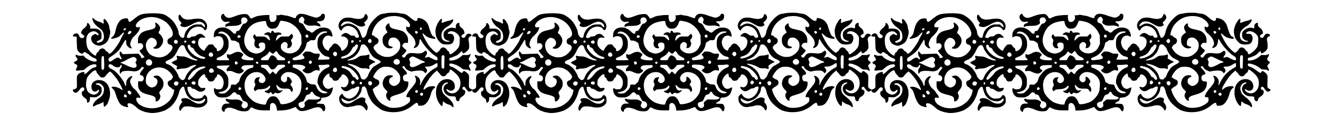
—Pero ¿eso es solo una parte?

Parijahan sintió los ojos oscuros de Rashid centrados en su rostro.

—Es suficiente.

El tiempo de Parijahan en ese maldito bosque había sido raro e incómodo y ahora estaba marcada, como sus amigos, algo de lo que no sería fácil

escapar. Sabía lo que había visto, lo que requerían de ella, aunque no estaba segura de cómo sería posible nada de aquello sin… Tragó saliva con fuerza. No importaba.



7

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Un horror embravecido e infinito que regresa a su interior mientras se alimenta de lo que encuentra, incluso de su propio cuerpo.

El Volokhtazníkon

No podía dejar de temblar. Por mucho que lo intentara, no era capaz de entrar en calor ni de detener los temblores ansiosos que se habían asentado junto con un estremecimiento lo bastante fuerte para hacer que le repiquetearan los huesos.

Taszni nem Malachiasz Czechowicz. Otra vez no. Por favor, más no. Haría lo que hiciera falta, cualquier cosa. No podía escapar del hecho de que quería vivir y aferrarse a un fragmento de sí mismo. No necesitaba demasiado, solo un pedazo, y ese dios había amenazado con arrancárselo todo, más de lo que nunca pensó que tenía para perder. Le estaba arrebatando todo lo que era «Malachiasz» hasta que no fuera nada más que un receptáculo sin alma.

No lo toleraría. Malachiasz era un dios con derecho propio y no lo controlarían así. Si era necesario cooperar, que así fuera. Sufriría, pero sobreviviría. Si estaba vivo, podría cambiar cosas.

Claro que esa había sido su filosofía durante una eternidad y nada había cambiado. Tranavia y Kalyazin seguían enfrentados en esa guerra eterna porque eso era lo que conocían. Era incluso reconfortante. Ambos bandos hacían peticiones que el otro no estaba dispuesto a conceder. No encontraba una solución.

Tal vez en el pasado habría considerado a Nadya como una posibilidad, alguien que deseaba un acuerdo. Creían en cosas distintas, pero se sentía atraído por ella y viceversa. Su compañía era un consuelo que nunca había conocido. Le gustaba su cercanía, discutir sobre teología y lo que eso

significaba para el mundo. Hacía que se planteara cosas que nunca antes se había planteado y, por mucho que quisiera resistirse, lo encontraba fascinante, igual que a ella.

Y la relación entre ambos ya estaba bastante destrozada. Nadya solo empeoraría las cosas, no las mejoraría, no tal y como era, quien era.

—*¿Estás tan seguro de saber qué es esa chica?* —preguntó la voz con un toque de curiosidad.

Malachiasz se estremeció, pero acabó por ignorarlo. ¿Lo? ¿En masculino? ¿Era correcto? ¿Sería eso posible? ¿Era tan fácil y simple atribuirle rasgos humanos a ese ser?

—*No* —dijo la voz, divertida—, *pero no me importa*.

El Buitre Negro se había despertado en un santuario de la iglesia, uno invadido por el bosque. La hierba gruesa y venenosa crecía y rodeaba los restos de los bancos. Los huesos se extendían entre la maleza y las larvas infestaban la vegetación como si también hubiera seres muertos esparcidos por aquel lugar. Malachiasz se puso en pie, temblando y sacudiéndose las larvas de la piel.

Se pasó una mano por el pelo y con los dedos percibió las cuentas y reliquias enredadas en los mechones. Pensó en arrancarse los huesos (demasiado caos proveniente de cosas tan pequeñas), pero quizás aún podría utilizarlos y le había costado mucho conseguirlos.

Se le constriñó el pecho y tosió. El dolor en sus pulmones (en una parte oscura de su ser) aumentó durante un segundo antes de menguar. Escupió sangre. Sintió un temblor que lo llenó de ojos, dientes y huesos. Luego, todo se relajó. Una paz pasajera.

Lo único que quería era dormir y dejar que los gusanos y las larvas lo consumieran porque eso sería mejor que lo que le quedaba. Supuso que salir del bosque era el primer paso. Entender cómo acabar con el resto del panteón sin desmoronarse podría esperar hasta que se liberara de dicho bosque, que no dejaba de intentar curiosear en su interior.

La última vez que había comido o incluso bebido agua había sido antes de despertarse en la montaña. Estaba continuamente mareado, aturdido. No había mucho que pudiera hacer excepto esperar encontrarse con un riachuelo que no estuviera envenenado cuando se hubiera ido el sol y por fin pudiera marcharse de ese maldito lugar. No iba a comer nada de allí. Todo estaba infectado.

Trató de no entrar en pánico ante la idea de no volver a sentir la luz del sol. Sin saber qué lo había poseído, se aventuró hacia el extraño estanque en el altar. Las flores pálidas se habían marchitado y convertido en grotescas

cáscaras mustias. Encontró su chaqueta hecha un ovillo en un rincón y la cogió con un suspiro antes de estirarla. No quería pensar en el momento en el que la había cogido, aterrado, la noche que había huido de Tranavia.

No muchos Buitres le habían tenido aprecio. Lo habían subestimado, habían asumido que su nerviosismo lo convertía en un inútil, pero, al final, se había ganado su respeto. Eso era lo que de verdad le importaba al culto. Rozá había intentado debilitarlo a cada paso, igual que él había hecho con Łucja hasta el día en el que la había retado y asesinado. Sin embargo, a él Rozá nunca lo había retado abiertamente. No era como Malachiasz. Para este, el instante en el que le había separado a Łucja la cabeza de los hombros había sido muy dulce.

Łucja, la última Buitre Negra, había guiado al culto durante mucho tiempo, destruyendo de manera sistemática a cualquier Buitre que se atreviera a oponerse. Había sido calculadora y despiadada, pero no tenía ambición.

Tranavia había pasado a conocer a Malachiasz como el Buitre Negro más despiadado y calculador que había tenido el culto. Lo recordarían, no como a ella.

¿No había sido ese su propósito? Todas aquellas noches ideando planes, mostrándose torpe ante ella, una y otra vez, hasta convencerla de que era débil, inútil y solo rentable como saco de boxeo. Cuanto más lo viera como un chico fracasado y patético, apenas un Buitre, más fácil sería derrotarla. Y había estado en lo cierto.

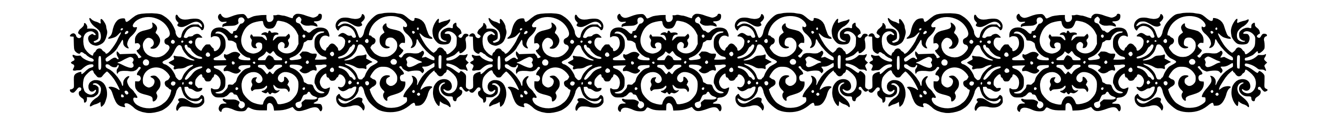
No lo había hecho para conseguir notoriedad, aunque era agradable. Lo había hecho porque quería cambiar las cosas, porque le frustraba la pasividad de la orden, la de Tranavia y la del mundo, y no podía tolerar la inactividad de Łucja durante más tiempo.

Le sorprendió el repentino deseo de volver a ese maldito trono y tratar con insignificantes asuntos de la corte. No había pedido convertirse en el monstruo que era y, durante mucho tiempo, lo había odiado. Se pasó los dedos por las cicatrices que le recorrían los antebrazos. No sabía cuándo habían cambiado sus sentimientos, cuándo había aceptado lo que era.

Se encontró en el borde de un estanque de sangre, observando la incómoda e inmóvil superficie. ¿Habría sabido Nadya qué iba a ocurrir al meterse en él? Pasó la mano por la superficie sin atreverse a tocarla. ¿Podría revertir lo que había hecho?

Debía haber estado allí. Tenía lagunas. No sabía qué le había sucedido entre la caída del muro y la llegada al templo, pero en ese lugar era donde todo se había desmoronado.

Buscó el libro de hechizos. Un latido de pánico le constriñó el pecho y le presionó los pulmones con tanta fuerza que comenzó a toser cuando sus dedos no encontraron nada. No había manera de acostumbrarse. Ese libro de hechizos era su vida entera y ya no estaba. Una crónica de cada hechizo que había escrito, cada boceto que había dibujado de Nadya y sus amigos, todo. Si lo tuviera, habría una oportunidad de revertir lo que había hecho Nadya o, al menos, un punto de partida para entenderlo. Lo único que necesitaba era algo con lo que comenzar. Todo lo roto se podía arreglar, creía en eso, aunque solo fuera por su propio bien.



8

NADEZHDA LAPTEVA

Lev volvió anoche. De Tachïlvnïk, supuestamente. No lo sé. No habla. No puede. Según ha garabateado en un pedazo de papel, no hay nadie allí, excepto los dioses, pero luego me lo ha mostrado… Le han cortado la lengua.

Fragmento de los diarios personales de Sofka Greshneva

Nadya no disfrutaba cabalgando, sobre todo por los caminos del bosque, sin nada que hacer, excepto sentir los cambios del mundo a su alrededor. Intentó obviarlos, pero los árboles tenían un aspecto distinto, de una manera que no podía expresar con palabras, y el aire sabía diferente. Todo estaba roto, mal. Seguía esperando… ¿qué? ¿El fin del mundo?

—Cuando lleguemos a Komyazalov, podemos reagrupamos —dijo Katya, confiada, cuando Nadya le preguntó cuál era el plan, y esta vez no parecía falsa seguridad.

Nadya se quedó callada como toda respuesta, mirando hacia arriba, hacia los árboles. La última vez que les había prestado atención, se esforzaban por liberarse de ese largo y duro invierno, con un tenue verde que deseaba aumentar su luminosidad con desesperación. Ahora estaban oscurecidos, muertos, y de ellos colgaban telarañas como fragmentos de piel atrapados en las ramas.

Cerró los ojos y se presionó las manos contra ellos. Respiró con lentitud, esperando una voz que no fuera la suya, cualquier cosa, pero solo recibió un silencio ensordecedor. Cuando los abrió, los árboles volvían a ser verdes, pero sabía que no era verdad. Aquello era solo el principio. El extraño moho de los árboles no era una ilusión, igual que las telarañas. Estaba observando otro

territorio que existía entrelazado con los límites del suyo. Y esos límites se habían desdibujado.

No quería esperar a llegar a Komyazalov para conseguir respuestas. No creía que fuera a encontrarlas allí, donde residía la Matriarca. La mujer que casi con total seguridad era la culpable de ocultarle información a Nadya durante toda su vida no iba ayudarla. Tampoco estaría a salvo en un lugar donde condenaban a muerte a los que eran como ella.

Sin embargo, tal vez tuvieran razón al sentenciarla. Cada hora que pasaba, sentía cómo se iba acercando a esa agua oscura. Usarla en el bosque, con ese lobo, no se había parecido a nada que hubiera conocido antes. Había sido incluso bueno. Por aterrador que sonara, era inevitable. Siempre iba a acabar allí, eso era lo que tenía que suceder.

Tal vez esa era la razón por la que la Iglesia le había mentido, por la que habían tratado de ocultarle datos con tanto ahínco. Sospechaban lo que era, algo más oscuro que urna clériga, peor que una maga. Otra cosa. La magia de ese pozo de agua oscura desprendía una sensación diferente, peor a lo que sentía cerca de Ljubica. Si eso era posible.

Había rumores sobre cosas peores que los dioses caídos. Seres más antiguos. El claro y las estatuas…, eso era lo que sentía cuando usaba ese poder, el mismo horror y miedo, la misma inevitabilidad terrible. Ahora sabía quiénes eran cinco de esas estatuas, pero quedaban quince. Quince seres inexplicables y desconocidos, lo que no la hacía sentir cómoda. ¿Estaban muertos?

¿O estaban ganando tiempo? ¿Los dioses caídos liberarían algo más antiguo y oscuro? ¿Acaso era eso lo que ella era?

El pensamiento era demasiado abrumador, lejano. Sin embargo, no podía negar que había estado conectada a ese claro, aunque ya no. Tras un largo día de viaje, montaron el campamento para pasar la noche. Nadya deambuló por allí, observando cómo cambiaba el bosque ante su visión, volviéndose más oscuro mientras los sonidos normales se convertían en gritos. Se estremeció y miró a los demás, pero no lo percibían…, excepto Rashid. Él sentía un escalofrío cada vez que algo en el bosque gritaba. El chico captó su mirada y ella inclinó la cabeza. Él se levantó y la siguió por el bosque.

—Puedes sentirlo, ¿verdad? —preguntó ella.

Rashid contempló los árboles en silencio antes de hablar con un tono ronco.

—Quizás ha llegado la hora de contarte la verdad.

A Nadya le dio un vuelco el corazón. Él no, él no podía estar mintiéndole también. No podría aceptar otra traición. Rashid percibió la expresión de su rostro y su propio semblante se vio atravesado por una emoción que Nadya no logró descifrar…; algo que rápidamente mutó en cauto consuelo.

—No, no, no te preocupes. Esas no eran las palabras correctas. Yo… —Se calló, observándose las manos antes de flexionar los dedos—. Me aceptaron en la *Travasha* Siroosi cuando mostré indicios de poder. La magia es común en mi familia, pero tendemos a ignorarla porque siempre ha sido fácil hacerlo.

—¿Qué tipo de magia?

—Bueno, esa es la cuestión, ¿no? Los norteños lo tenéis todo organizado: magia de los dioses o magia de sangre y, aunque eso es casi cierto (incluso los magos de Akola extraen poder de su sangre, aunque los kalyazi no os habéis dado cuenta por que no se aventuran a salir de las profundidades del desierto), no funciona de la manera que ha decidido el norte. Supimos mantenerlo en secreto cuando Kalyazin la tomó con Tranavia porque cualquier discrepancia sobre cómo funciona nuestro poder nos marcaría como objetivos también.

Nadya se estremeció.

—Sin embargo, es fácil ignorar la chispa de poder, dejar que duerma y desaparezca. Eso es lo que hizo mi familia, porque mi abuelo cometió un error que le arrebató a mi tío y, en última instancia, a mí. Y como resultado, acabamos en una *Travasha* que ha estado envenenando el país durante años. Porque dicha *Travasha* quería magos, todos los posibles, antes de que acabaran en el desierto, escondidos como es tradición.

—Pero la magia está cambiando —susurró Nadya al darse cuenta de lo que le estaba contando.

Rashid asintió.

—Los caminos se han destruido. Katya tiene una magia que no coincide con el orden norteño, igual que la tuya. Mucho de lo que ha ocurrido…

—No coincide —dijo la chica con suavidad. Era algo que estaba esforzándose por aceptar. Si todo su mundo estaba basado en mentiras, ¿cómo había acabado la magia, algo que se suponía que estaba basado en verdades inmutables que no cambiaban, siendo tan diferente, salvaje e impredecible? —. ¿Crees que es porque se han liberado los dioses?

Rashid se encogió de hombros.

—No podía sentirlo hasta ahora. Mi poder estaba dormido porque lo obligué a permanecer así, y ese bosque… —Se estremeció—. Apenas me entrenaron, y realmente no sé qué ocurriría si usara mi magia. Parijahan lo sabía, siempre lo ha sabido, pero, cuando me cogieron en su *Travasha*,

convenció a su abuela de que necesitaba un guardián, ¿y quién mejor que el mago recién llegado de Yanzin Zadar? No quería usar mi poder, no quería que me entrenaran, por lo que no ocurrió. Creo que cometí un grave error.

Nadya pensó en la manera en la que se había comportado Parijahan en el último año. Con tanto secretismo, nerviosa, alejando a Malachiasz del grupo como si estuviera planeando algo.

—¿Querían magos, pero estuvieron de acuerdo en no entrenarte?

—No se trataba de la magia —respondió—. Se trataba de asegurarles a las otras *Travashas* que tenían un ejército de magos. Si pidieran pruebas, habría suficientes para hacer algo ostentoso y ser convincentes. No me necesitaban.

—Nunca debí pediros a ninguno que entrarais conmigo en ese bosque —musitó Nadya.

—Probablemente no —confirmó Rashid—, aunque Malachiasz te hubiera seguido de todas maneras.

—No si le hubiera contado la verdad.

Rashid le dedicó una larga mirada.

—Incluso así.

—No, no intentes fingir que había algo entre nosotros aparte de traiciones constantes ahora que ya no está. Ya no se trata de él. ¿Qué le pasa a Parijahan?

Rashid suspiró y, con eso, dijo más de lo que deseaba.

—Su familia la está buscando.

—Ya lo suponía.

—No sé cuánto tiempo más puede seguir huyendo sin que tomen medidas drásticas.

—Claro.

—La menor de tus preocupaciones —comentó Rashid de forma sarcástica.

—No, no es eso, es solo… otro problema que no sé cómo resolver.

—Nadya, ¿no has pensado que quizás no tengas que arreglar el mundo tú sola? —La chica gimió—. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho? ¿Por qué deberías ser responsable de todo el mundo?

—Porque fui yo quien lo rompió.

—No, no es verdad. Se ha roto y seguirá estándolo porque las personas están rotas, criaturas locas que siempre harán cosas horribles.

—No es tan fácil.

—No lo es, tienes razón, porque las personas son muy complicadas y son capaces de hacer cosas maravillosas también.

Las lágrimas inundaron los ojos de Nadya.

—No sé qué más se supone que tengo que hacer —musitó—. He perdido a mi diosa y a Malachiasz. Creo que peor que verme empujada en dos direcciones diferentes es que ambas desaparezcan de repente. No me queda nada. —Se restregó, furiosa, los ojos. No iba a llorar.

Rashid le rodeó las muñecas con los dedos.

—Puedes vivir tu duelo —dijo—. Yo lo hago.

—No se lo merece. —Marzenya tampoco, pero esa no era una conversación que debiera tener con Rashid.

—Tal vez no, pero adoraba a ese chico, y eso tampoco se lo merecía. No creo que ese sea el tema. El amor no se puede merecer.

—Deja de intentar arreglar la situación. Nada va a mejorar.

—No es cierto, Nadya.

Le dedicó una mirada seca, pero apreció su incesante optimismo a pesar de todo. Otro grito cruzó el bosque y Rashid se estremeció, temblando violentamente.

—Te acostumbrarás —comentó Nadya.

—No estoy seguro de querer acostumbrarme.

—¿Lo sabía Malachiasz?

Rashid frunció el ceño y el enfado inundó sus facciones.

—Parijahan dice que nunca se lo dijo, pero creo que miente. —Hizo una pausa para esbozar una sonrisa triste—. Maldita sea, aún no sé qué puedo hacer y no hay nadie que pueda ayudarme.

—¿Y Ostyia?

—¿Querría?

Nadya reflexionó sobre aquello. Ostyia nunca se había mostrado demasiado hostil hacia ella o hacia Parijahan, según recordaba, y no parecía importarle la compañía de Rashid.

—Es difícil saberlo, pero creo que sí, aunque supongo que eso haría que Katya se enterara.

—¿Cómo ha pasado eso?

—No creo que haya ocurrido nada todavía, pero, si haces una apuesta con Parj, yo apostaría mi dinero a que lo que más le gustaría a Katya sería un buen escándalo al liarse con una general tranaviana.

—Oye…

—Nunca permitiré que superes la vergüenza de haber hecho esas apuestas. —Se produjo una pausa entre ambos mientras reflexionaban—. Te ayudaré si puedo, pero dudo que tu magia funcione como la mía.

—La chica a la que conocí en las montañas me habría matado por atreverme a tener un poder distinto al suyo.

—La chica de las montañas lo había entendido todo mal —contestó Nadya, tratando de alejar, sin conseguirlo, la aguda melancolía en su voz—. Y murió hace mucho tiempo.

* * *

Nadya no podía dormir. Dejó que una guardia se solapara con la siguiente sin molestarse en despertar a nadie. El bosque estaba casi en calma, excepto por los gritos, pero no parecía que nada fuera a por ellos. De repente, el sabor de la magia se volvió denso en el aire y se vio presionada contra el suelo antes de poder ponerse en pie.

—Aquí estás. —Unas garras de hierro le rodearon el cuello, sintió un gran peso en el pecho y una voz, caótica y perversa, le siseó al oído—: ¿Qué has hecho, pequeña clériga?

Una cortina de pelo negro sobre piel blanca hizo que a Nadya le diera un vuelco el corazón, aunque sabía que no era él.

—Zywia.

—¿Dónde está? —Zywia aterrizó en el pecho de Nadya, con los ojos negros como el azabache y los dientes como agujas de hierro en la boca.

Nadya resopló.

—Aléjate de mí —susurró con fiereza—. Y cállate antes de que despiertes a todos. —Katya la mataría nada más verla.

Zywia se quedó muy quieta mientras le estudiaba el rostro. Nadya trató de no pensar en que la Buitre se parecía tanto a Malachiasz que podría ser su hermana, aunque, al parecer, ese honor le pertenecía a Serefin.

Y Nadya no había dicho nada. Había juntado las piezas mucho antes de que el bosque destrozara a Malachiasz. Podría habérselo contado, debería haberlo hecho. Sabía que no conocer quién era su familia lo consumía. Sin embargo, a él no le gustaba Serefin y no habría reaccionado bien a sus sospechas, por lo que se lo había guardado para sí hasta que fue demasiado tarde.

El miedo traspasó la expresión de Zywia.

—¿Dónde está? —preguntó. Su confianza se había desmoronado y parecía perdida y asustada.

Nadya dejó caer la cabeza contra el suelo. Zywia la soltó y ella se incorporó.

—Aquí no —dijo la clériga, poniéndose en pie.

La Buitre la observó con cautela cuando le tendió la mano. Nadya no sabía qué estaba haciendo, pero ya le había hecho suficiente daño a Tranavia, cualquier cosa más sería crueldad sin fundamentos. Malachiasz era amigo de Zywia y tenía que contarle que había muerto. Era solo un castigo.

La Buitre aceptó la mano después de ocultar con lentitud las garras de hierro. Nadya tiró de ella para que se pusiera en pie y la guio hacia el bosque.

—Ve —susurró—. Me reuniré contigo dentro de poco. —Después de que desapareciera entre los árboles, Nadya despertó a Rashid para que se ocupara de la guardia y sé alejó cuando no estaba mirando, aunque no dudaba de que era consciente de que se marchaba.

El bosque a su alrededor formaba una oscuridad aterradora y sofocante que le presionaba el pecho. No estaba del todo segura de la distancia que había recorrido Zywia hasta que algo crujió en las ramas sobre ella.

—Alejarte del suelo no era necesario —comentó—. No voy a hacerte daño.

Zywia se deslizó de la rama en la que estaba posada hasta aparecer ante ella boca abajo.

—No confío en ti.

—No deberías.

Una gota de sangre le recorrió la cara a la Buitre, procedente de la comisura de la boca. ¿Podría seguir usando la magia? ¿Qué significaba para los Buitres que le hubiera arrebatado la magia de sangre a Tranavia cuando ellos estaban compuestos de magia?

—Hay algo malo en el aire —comentó Zywia mientras en su voz se filtraba ese toque caótico de perversidad que surgía cada vez que los Buitres se parecían más a un monstruo que a una persona—. Algo se ha roto y nuestro Buitre Negro ha desaparecido. Será mejor que hables rápido, pequeña clériga, porque no me siento especialmente amable y me gustaría mucho matarte.

Nadya alzó la barbilla. No podía desmoronarse ante su mención.

—Tu rey tranaviano mató a su hermano —anunció.

Zywia frunció el ceño e inclinó la cabeza antes de que la comprensión se le reflejara en los ojos. Los cerró durante un segundo.

—Claro que lo son.

—Tenían los mismos ojos —musitó Nadya, incapaz de ocultar el temblor temeroso en su voz mientras esperaba la reacción de la Buitre.

Zywia se presionó las sienes con las manos, aún colgada.

—¿Cómo ocurrió?

—Lo apuñaló en el corazón con una reliquia.

La Buitre frunció el ceño. Abrió los ojos y miró a la clériga durante mucho tiempo. Con cuidado, se hizo un corte en el dorso de la mano con una garra de hierro. Nadya trató de no estremecerse.

—Eso es imposible —dijo Zywia.

«Ojalá». Pero ¿de verdad lo deseaba? No había existido otra manera de acabar con aquello. Daba igual la fuerza con la que su corazón la empujara hacia él, era todo lo que ella estaba destinada a destruir por nacimiento, y eso había hecho.

—Sé que vosotros, los Buitres, sois casi inmortales…

Zywia resopló y Nadya la ignoró. Sentía la calidez de los dedos sangrientos de Malachiasz sobre sus labios.

—Está muerto, Zywia. —Se le rompió la voz. La Buitre abrió los ojos de repente ante el sonido.

Nadya solo tuvo unos segundos antes de que la Buitre atacara. Se movió rápido, incorporándose y alejándose justo cuando su rival saltó. Zywia dio media vuelta, agachada, y le enseñó los dientes de hierro fila tras fila. La clériga tragó saliva con fuerza. No tuvo tanta suerte la segunda vez, Zywia chocó contra ella y la lanzó al suelo. Nadya le presionó la mano corrompida y la Buitre siseó antes de alejarse a toda velocidad mientras se le escapaba un gemido de dolor. La kalyazi observó horrorizada cómo le temblaba la piel desgarrada y cómo le aparecían ojos en el brazo. Zywia se colocó una mano sobre los cortes y la observó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué eres?

Nadya negó despacio con la cabeza. La tranaviana apretó el puño hasta clavarse las garras en la palma, por lo que la sangre se le filtró entre los dedos. Una serie de cortes sangrientos se le extendieron por el brazo desde el hombro, pero ya no le aparecieron más ojos. ¿Qué había sido eso?

—No tiene sentido —murmuró—. No es así como morimos.

Nadya no sabía cómo matar a un Buitre, pero morir a causa de una reliquia le parecía lógico.

—¿Qué les está pasando a los Buitres?

Zywia la fulminó con la mirada y una pizca de ansiedad se le filtró en la expresión. Aunque todos los Buitres se habían pervertido hasta convertirse en monstruos, seguían siendo dolorosamente humanos. Zywia negó con la cabeza.

—¿Por qué debería contártelo?

—Porque la guerra ya no decide nuestro destino —contestó Nadya, deseando poder decir que había tratado de salvar a Malachiasz, deseando haberlo hecho.

Zywia levantó la barbilla y Nadya reconoció algo en su expresión que se le hundió en los huesos. Una chica de luto. ¿Qué había hecho él para que tantas cayeran bajo su hechizo de tal manera que sus vidas se vieran tan alteradas por su muerte? No parecía adecuado que ese chico tan terrible se marchara dejando atrás tanto dolor.

—Otro giro de la guerra asoma por el horizonte —dijo al final Zywia—. No seré capaz de detenerlo. No sé si quiero. Los Buitres siempre se han mantenido con esfuerzo en los límites del caos y ahora…

Se oyó un ruido procedente del campamento. Nadya se puso en pie.

—Sal de aquí. Tenemos a una *Voldah Gorovni* en nuestro grupo.

Zywia le dedicó una mirada turbia.

—Claro que sí.

Nadya suspiró. Era inútil explicarle que no tenía nada que ver con la presencia de Katya. Nada de eso importaba. Zywia se contempló los cortes en el brazo, titubeante. Entonces, paseó la mirada entre Nadya y su mano corrupta antes de desaparecer en la oscuridad.

La clériga se tiró del extremo de la trenza mientras se mordía el labio inferior. La divinidad afectaba a la piel mortal, pero los Buitres no eran del todo mortales, así que… ¿qué había sido eso? No era mejor que ellos, a quienes llevaba toda la vida considerando abominaciones. Katya salió de entre los árboles con la mano en la empuñadura de su arma.

—No deberías estar aquí —comentó.

—Puedo ocuparme de lo que sea que me envíe el bosque —contestó Nadya, cansada.

—Aun así —replicó Katya con suavidad. Entornó los ojos para mirarle la mano.

Tal vez Malachiasz tenía razón y la mano fuera el producto de una divinidad corrompida, un regalo por haber soltado a Velyos. Esa noche había liberado a una parte de su ser que nunca habría conocido si no hubiera sangrado buscando poder y se hubiese involucrado en herejías. Había descubierto el agua oscura en un lugar al que nunca debería haber entrado. Cuando reflexionaba sobre todas las partes de su ser que eran distintas, erróneas, todas procedían de haber forzado las estructuras de su vida que se le habían presentado como una verdad inmutable. Si solo supiera qué hacer con esas revelaciones…

—Si voy a Komyazalov, ¿puedes garantizarme tu protección? —preguntó Nadya. Era demasiado cautelosa como para pensar que tendría otro hermano Ivan en el futuro. La Matriarca y la capital no serían tan amables con sus transgresiones.

—¿Por qué la ibas a necesitar? —dijo Katya.

Nadya le dedicó una mirada desabrida.

—No finjas. No soy la clériga que se le prometió a Kalyazin. No soy la que va a acabar con este caos.

«Como mucho, lo he empeorado».

Katya resopló.

—Has liberado al mundo de la magia herética.

—Y causado la muerte de una diosa.

—Y la del peor Buitre Negro jamás conocido. —Nadya se estremeció, pero Katya la ignoró—. El Buitre mató a Marzenya y ahora está muerto.

«Pero la mató con mi ayuda». Estaba harta de que le mintieran y la controlaran, y había querido salir del puño de Marzenya.

Un trueno retumbó en el cielo. Katya alzó la cabeza.

—¿Aún puedes sentirlos?

—¿A los dioses?

Katya asintió.

—Sí y no. Me han dado la espalda. No me hablan. Creo que están… preparando algo. No es como cuando mi acceso a ellos estaba bloqueado, esto es a propósito. ¿Los dioses caídos de verdad son tan letales?

—Ojalá lo supiera —contestó Katya—. Ojalá tuviéramos algo más que unos textos apócrifos vagos como mucho e ilógicos como poco. No sé, Nadya, no sé qué va a pasar a continuación. —Una expresión extraña le cruzó la cara—. ¿Estabas hablando aquí fuera con alguien?

—No.

Era evidente que Katya no la creía.

—¿Cómo es la Matriarca? —preguntó Nadya.

Katya alzó una ceja. La observó en silencio, decidiendo si quería hablar de eso con ella o no, si merecía la pena. Le dolía saber que la *tsarevna no se* fiaba de ella, pero tampoco se había ganado su confianza.

—¿Por eso me pides protección? —preguntó al final.

Nadya dudó antes de asentir levemente.

—Ya veo. —La *tsarevna* se reclinó contra el mismo árbol en el que se había colgado Zywia—. No nos llevamos muy bien.

Nadya notó un nudo en la boca del estómago. No era eso lo que quería oír.

—Puede ser… draconiana. Es la mayor portavoz de los dioses, sus palabras son ley para la Iglesia. —Katya estudió el rostro de Nadya—. Le ha gustado mucho que se erradicara toda la magia no divina de Kalyazin.

Ahí estaba, la confirmación que Nadya necesitaba. Katya posó la mirada en su mano.

—Crees que irá a por ti —comentó la *tsarevna*.

—Katya… No… —Nadya suspiró—. Sí.

Katya lo asimiló con una cuidadosa expresión neutra. Nadya no tenía ni idea de qué opinaba realmente sobre ella.

—¿Es por lo del Buitre Negro? —preguntó—. ¿Es él la razón por la que te has desviado tanto que piensas que la Matriarca te va a ahorcar?

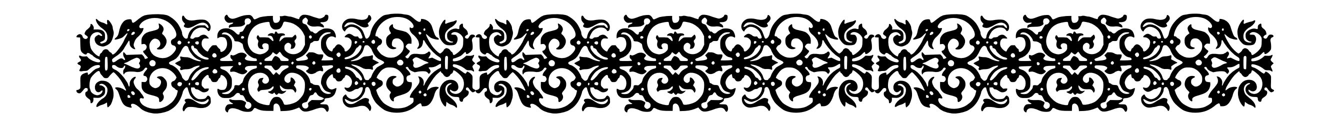
—En realidad, creo que ardería en la hoguera —respondió Nadya—. No, aunque Malachiasz ayudó. Se lo permití. Me hizo algunas preguntas muy mordaces que no pude responder, pero… habría acabado igual sin él.

Nadya no tenía ni idea de si eso era cierto, pero lo creía. Si no, le daba demasiado poder a un chico que ya tenía bastante.

No obstante, habría acabado haciéndose las mismas preguntas ella sola. Era muy curiosa y esa era su ruina.

—Haré lo que pueda, Nadya —le aseguró Katya después de que una larga pausa entre ellas se extendiera en medio del aire frío.

Katya se dio media vuelta hacia el campamento mientras el brillo del amanecer comenzaba a filtrarse entre los árboles. Nadya se tocó la mancha negra de la piel de la mano izquierda, temiendo lo que iba a pasar en el futuro.



9

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Sus dedos arañando, aferrando, rayando cualquier cosa que pueda meterse entre las fauces para saciar su hambre infinita.

El Volokhtaznikon

Malachiasz no estaba acostumbrado a estar solo. Incluso en las Minas de sal, tenía a los otros Buitres, más allá de la soledad de las propias minas. En cualquier otro momento, siempre se había rodeado de personas. Nunca dejaba de sentirse solo del todo, pero aplacaba el sentimiento: los Buitres, Rashid, Parijahan y un grupo extraño de kalyazi renegados, Nadya…

Cerró los ojos y de forma abrupta se dejó caer entre las flores acres y pútridas al fallarle las rodillas. No se atrevió a incitar la magia que los unía, pero dudaba que su muerte hubiera roto la conexión. Había demasiada magia que no era suya y no podía controlar. El hilo de Nadya tenía un poder extraño y oscuro. El roce de Chyrnog pesaba sobre él. Todo era lo mismo y no entendía por qué.

Se pasó las manos por el pelo. Debería estar muerto. Había muerto. Una parte de su ser seguía en esa montaña y nunca la recuperaría. ¿Y cuál era el coste de su regreso? ¿Qué edad tenía el dios que lo había elegido? ¿Qué había visto, hecho? ¿Qué había consumido?

El pensamiento lo sorprendió como un trueno. «Consumir». Pensó en su hambre, constante, destructora y eterna. Pensó en la oscuridad, total y absoluta. Malachiasz se preguntó en qué se había convertido.

A juzgar por el silencio, el dios no siempre le prestaba atención. No estaba siempre escuchando. Eso era importante.

¿Y si no podía resistirse? No era completamente suyo. Se preguntó si dormir tanto tiempo lo habría debilitado. «Débil». Quizás esa no fuera la

palabra, pero aún no había aniquilado a Malachiasz. Necesitaba respuestas. Necesitaba…

—Empezar por salir de aquí —anunció, poniéndose en pie.

Ignorando los cambios de su cuerpo, subió las escaleras. Fuera había oscuridad, por suerte, y, aunque no quería alejarse de la iglesia porque estaba a salvo allí, protegido del bosque, sabía que debía hacerlo. «¿Cómo he llegado siquiera aquí?», pensó. Lo habían arrastrado hacia ese sinsentido divino. Debería haberse quedado en Grazyk. No debería haber salido de las minas. No debería haber escuchado a Nadya. No debería haberla querido.

«Bueno, se acabó».

Necesitaba dejar de pensar en ella, lo último que quería era que supiera que estaba vivo. Mejor que pensara que estaba muerto. Mejor que viviera con esa más que justificada (o eso pensaba ella) rabia. Estaba muy cansado, pero le quedaba mucho por caminar, por caer.

El hambre devoradora que le roía las entrañas iba más allá, de alguna manera, del simple hecho de que no hubiera comido hacía tiempo. Era antigua, vieja y demasiado familiar. Debía ignorarla o se iba a volver loco.

El bosque no lo molestó cuando por fin salió del santuario de la iglesia. Había demasiada oscuridad, los árboles eran opresivos y estaban demasiado próximos entre sí. El viento frío le traspasaba la chaqueta y se le filtraba en los huesos.

Cuando apareció en un claro con una pequeña cabaña en el centro, soltó un fuerte suspiro al reconocerla. Pensó en darse la vuelta y seguir adentrándose en el bosque, pero, con una especia de resignación cansada, supo que no había forma de evitarlo. Aquello era por lo que el bosque había sido tan indulgente.

La cabaña parecía moverse a medida que se acercaba, como si estuviera respirando. Pasó una cancela con cráneos clavados en la estrecha valla. Se detuvo y los miró (algunos eran demasiado recientes para su gusto) antes de continuar a través de un pequeño jardín de lo que seguramente eran dedos introducidos en el barro, aunque no quería seguir investigándolo, hasta que llamó a la puerta.

Se abrió por sí misma y dio paso a la oscuridad. Cerró los ojos, casi deseando no saber qué iba a ocurrir. Negó con la cabeza, mejor enfrentarse a eso con dignidad.

—*Czijow*, Pelageya —anunció tras pasar—. ¿Por qué estás siempre donde no quiero que estés?

—Estaba disfrutando bastante viéndote dar vueltas por el bosque.

Malachiasz se encontraba en su sala de estar (¿la de la torre de Grazyk?), pero era diferente. Algunos cráneos allí tenían piel y algo burbujeaba en un caldero al fuego. La bruja parecía anciana, con los rizos blancos atados en la nuca y la cara surcada de arrugas. Lo observó sobre su hombro antes de girarse hacia el fuego.

—Ah, traes contigo un regusto vil. Cierra la puerta.

¿Era demasiado tarde para marcharse? La puerta se cerró antes de que pudiera tocarla. Bueno, eso respondía a la pregunta.

—¿Solo tú? —Arrugó la cara—. Siéntate, chico. Tú y yo tenemos mucho de lo que hablar.

Eso no era lo que quería Malachiasz.

—Tampoco es que quieras tener algo que ver conmigo —observó el chico, aun así sentándose. La bruja y él nunca se habían llevado bien. Había buscado respuestas en la magia y Pelageya se había negado a darle alguna, así que él la odiaba por eso. Malachiasz era volátil y cambiaba el orden del mundo, así que ella lo odiaba por eso.

—Traes la muerte contigo, no, no, peor que eso. Algo más. —Inclinó la cabeza, pensativa—. ¿Qué has hecho?

Malachiasz abrió la boca, sin saber qué contestar, pero la bruja lo desestimó con la mano. Tras llenar un bol con algo del caldero, se lo ofreció.

—¿Sopa?

Un gemido le surgió del pecho. Se moría de hambre. No tuvo el control suficiente para evitar coger con desesperación el bol. Ella lo observó mientras el chico ignoraba el calor abrasador y se bebía el denso caldo.

—Ah, eso pensaba —comentó con suavidad.

Terminó el bol, pero aun así se sintió vacío. Voraz. El hambre lo consumía desde el interior. Le supo la boca a hierro, sangre, piel y necesidad. El bol repiqueteó en el suelo. Malachiasz se tiró del pelo y, después de presionarse las palmas de las manos contra la frente, dejó escapar un largo suspiro entre dientes. No se había convertido en eso, ¿verdad?

—Tu verdadera naturaleza ha acabado por salir a la luz —comentó Pelageya—. Pensaba que quizás escaparías, que vencerías a lo que eres, pero todos sucumbimos a nosotros mismos al final.

El Buitre Negro se aovilló sobre las rodillas, las lágrimas le resbalaban por las manos mientras se frotaba los ojos con las palmas.

—¿Qué me has hecho? —Dolía y, junto con el dolor, estaba también el conocimiento de que nada podía saciar esa hambre, de que lo que le consumía las entrañas, lo que había alimentado de manera lenta y cuidadosa para

mantenerlo a raya, se había convertido al final en una bestia que lo estaba devastando.

—Ah, niño…, no he hecho nada. —Cogió el bol y lo llenó de nuevo antes de agazaparse frente a él—. Esto no ayudará con eso, pero acabará con el hambre mortal. Percibo el roce de ese hueso de espinilla en ti y me imagino lo que ha pasado. No era lo que esperaba, pensé que esa chica lo utilizaría contra… otra persona, pero se necesita mucho para morir y revivir, ¿no?

Malachiasz levantó la cabeza con lentitud. Se pasó el dorso de la mano temblorosa sobre los ojos y cogió con cautela el bol.

—¿Por qué me parece tan sospechoso que me estés ayudando? —preguntó, intentando no devorar el segundo bol a tanta velocidad como el primero.

Pelageya se echó hacia atrás para observarle las reliquias del pelo.

—No sería la primera vez.

El silencio se instaló entre ellos mientras, en esta ocasión, comía con una tranquilidad casi dolorosa. Y tenía razón, no ayudaba, pero los temblores disminuyeron cuando vació el bol.

—¿Qué es esto? —preguntó el chico.

—Ya lo sabes, *sterevyani bolen*, siempre lo has sabido. Llevas toda la vida acallándolo, alimentándolo con magia y progreso y prometiendo que algún día llegarías allí, que un día las cosas no serían tan malas.

Era lo que siempre había guardado en el corazón: que en algún momento quizás conocería una vida en la que no sintiera dolor, desastre y el anhelo constante del hambre. Cerró los ojos unos segundos y se pellizcó el puente de la nariz.

—Le has facilitado que tome los fragmentos de tu alma, lo poco que quedaba de ti, y los destruya. —Pelageya miró a través de Malachiasz, como si no lo viera—. Pequeña deidad, pequeño dios del caos, pequeño chico lejos de casa. Chyrnog no tuvo siquiera que intentarlo. Te rendiste. Después de todo, me entregaste partes enteras de tu ser. —Malachiasz se estremeció. Pelageya continuó—: Pero ¿eso importa? Quieres libertad total de los dioses. Aun así, ¿qué eres?

—Un dios no —contestó el chico con voz áspera.

—No, no, no y sí. Sí, hijo. Eres ambos, todo y nada a la vez. ¿Cuánto vas a consumir antes de acabar? ¿Cuánto vas a destruir?

—Solo quiero paz —susurró.

—¿También te mientes a ti mismo? Me sorprende.

Malachiasz tenía un nombre, al menos, que vincular al dios. Para él no significaba nada. Apenas recordaba a Katya hablarle a Nadya de Chyrnog, pero no había prestado atención. Había estado observando cómo la luz del bosque jugueteaba con los mechones pálidos del pelo de Nadya: oro, miel y nieve.

—¿De verdad estás aquí o me estoy muriendo y es así como se me castiga continuamente?

Pelageya se echó a reír.

—Soy tan real como tú.

—Solo me estaba asegurando.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, sentándose por fin en una silla frente a él—. Nunca has querido mi ayuda. No creo que vayas a quererla ahora.

Malachiasz frunció el ceño.

—Estoy aquí porque la cabaña ha aparecido ante mí, ¿no? No lo entiendo.

—No se muestra a las personas que no la desean.

¿Eso era lo que quería? Necesitaba ayuda, pero no de una bruja kalyazi antagonista.

—No creo que me quieras ayudar, visto lo visto —contestó. Chyrnog no parecía ser la mejor de las noticias.

—¿Cómo has llegado tan lejos sin darte cuenta de que mi voluntad y mis deseos son míos y no están atados a ningún lugar o propósito fanático? Deberías pensar un poco menos en tu país y un poco más en el hecho de que trece, no, quince ojos te acaban de aparecer de golpe en la piel.

—¡Qué maleducado me parece ese comentario! —observó él con remilgo.

Pelageya se incorporó de repente.

—¿Más visitantes? —Gruñó—. Necesito más cabezas para poner en la valla y espantarlos. ¿Puedo quedarme con la tuya?

—No. —Malachiasz intentó no entrar en pánico. ¿Quién más estaría allí? Se dio cuenta de que no sabía en qué punto del bosque se encontraba y era probable que estuviera lo bastante cerca de un pueblo kalyazi para que la bruja recibiera a viajeros errantes todo el tiempo. Aun así, quizás debería esconderse.

—Ah, quédate donde estás —dijo Pelageya, desestimando la idea con un gesto de la mano—. Llevo mucho tiempo queriendo hablar contigo y ahora por fin puedo.

A Malachiasz no le gustaba cómo sonaba eso, para nada, y se preparó para huir. Casi se relajó cuando la puerta se abrió y se topó con la figura de una chica alta, con la cara desgastada por el clima y exhausta. No consiguió

entender las palabras que intercambió con la bruja, pero entró hecha una furia. Empujó dentro a otra figura.

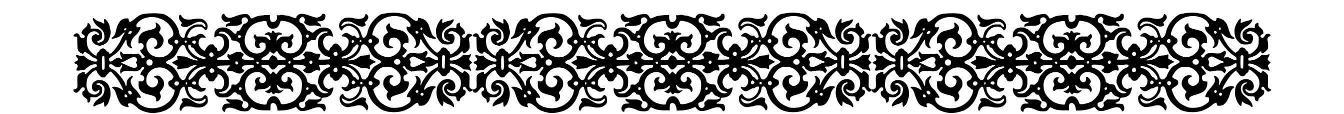
«Maldita sea».

—Maldita sea —dijo Serefin mientras lo observaba detrás de Pelageya.

Serefin Meleski se quedó ahí, alto, pálido y con aspecto de que lo hubieran arrastrado al infierno. Llevaba el pelo castaño enmarañado y demasiado largo, una venda en el ojo izquierdo que le cubría la mitad de la cara y la otra mitad llena de dolorosos cortes. Una extraña sacudida lo sorprendió al pensar que ese príncipe («rey») exasperante e idiota fuera su hermano. Su hermano mayor. Tenía un hermano mayor, uno que lo había apuñalado en el pecho y lo había dejado morir en una montaña.

Pelageya, feliz, dio una palmada y de repente pareció tener la misma edad que ellos.

—Bueno, ¡esto va a ser muy divertido!



10

SEREFIN MELESKI

Algo va mal. Los dioses hablan a veces, pero de manera distinta a la de antes, algo ha cambiado. Estoy reuniendo relatos, intentando juntar las piezas, pero… Falta algo. Algo se ha borrado.

Fragmento de los diarios personales de Innokentiy Tamarkin

A pesar de que Serefin murió y luego revivió, en realidad el concepto de la muerte nunca cambió para él. La gente seguía muriendo. La singularidad de sus circunstancias no cambiaba el eje del mundo porque su situación había sido tan rara que no esperaba que pudiera sucederle a nadie más. La muerte era muerte y punto. Sin embargo, ahí estaba Malachiasz, con el mismo aspecto demacrado que Serefin sentía.

Tenía el largo pelo negro convertido en una maraña salvaje. Llevaba la chaqueta militar sobre la túnica hecha jirones con la que había muerto. A Serefin se le revolvió el estómago al ver la mancha de sangre en su pecho. Si no tuviera las manos atadas, quizás hubiera tratado de correr en dirección opuesta, pero, como las terna y no quería caerse de cara en el jardín de dedos de Pelageya, permaneció donde estaba, paralizado por la sorpresa.

A medida que Olya hablaba sobre sus planes, Serefin se imaginó ante quién lo iba a llevar. No parecía contenta de quela bruja no quisiera tener nada que ver con ella y solo deseara hablar con el tranaviano que tenía como prisionero.

«Malachiasz está vivo».

Siguió regodeándose en el pensamiento, rechazándolo, dejando que regresara para poder considerarlo y alejándolo de nuevo. Había matado a su

hermano y debía vivir con el arrepentimiento de haberlo hecho. No había segundas oportunidades. Pero Malachiasz estaba vivo.

Si lo estaba, querría venganza. Antes de que Serefin pudiera alejarse, Pelageya lo sujetó, le cortó la cuerda de las muñecas y lo empujó hacia la habitación. La puerta se cerró tras él con un golpe estrepitoso. Serefin tragó saliva con fuerza.

—Tengo una pregunta —dijo con voz ahogada.

Malachiasz se tensó como un arco y Serefin no quiso pensar en que le podía atravesar el pecho con esas garras. Debía doler mucho y moriría lentamente. «¿Cuánto tiempo tardó Malachiasz en morir?».

—¿Sí? —preguntó Pelageya.

—¿Cómo puedes estar aquí si estás en Tranavia?

Un extraño siseo, mezclado con un gemido, emergió del pecho de Malachiasz. Se reclinó en la silla y a Serefin le alivió que no lo atravesara de inmediato. Pelageya se echó a reír.

—¿Cómo os llevó vuestro amigo Velyos a través del continente en un parpadeo? Se puede hacer mucho con la magia.

—Aún me duele todo el cuerpo por esa locura —contestó Serefin sin apartar el ojo de la mirada de Malachiasz. Necesitaba que su hermano dijera algo, incluso aunque lo destrozara, porque no podía creer que estuviera ante él, vivo. «No quería matarte, no quería hacerlo».

—¿Qué os habéis hecho en el ojo? —preguntó Pelageya.

Serefin presionó la mano contra la venda, cohibido.

—Me ocupé del problema con el dios —murmuró.

—¿Y funcionó?

Se quedó paralizado y tomó aliento. ¿Cómo podía saberlo? Sí, Velyos aún le hablaba, pero el otro no, y era ese el que más miedo le daba. Titubeante, se sentó tras lanzarle a Malachiasz una mirada de soslayo, esperando que… No sabía qué. Que lo apuñalase, para ser sincero. Pelageya cerró los ojos y tamborileó con los dedos sobre el cráneo de ciervo de la mesilla. El sonido le retumbó en la cabeza. Tap, tap, tap.

—Todo mal, nada bien, nada como se planeó.

—No podemos seguir ningún plan ilógico de los dioses si no lo conocemos —observó Malachiasz. Serefin se relajó un poco ante el sonido de su voz.

—Cállate, chico estúpido —replicó Pelageya.

El aludido se tensó y un velo le cubrió la expresión.

—El ojo —le dijo Pelageya a Serefin—. ¡El ojo! ¿Dónde está?

—Sangre y hueso, no lo sé. Me lo quité de la cara y lo dejé en la cima de la montaña junto a él. —Hizo un gesto hacia Malachiasz.

Pelageya asintió con lentitud.

—Eso explica por qué ambos oléis a muerte.

—Las personas no vuelven de entre los muertos —se lamentó Serefin.

—Aun así, los dos lo habéis hecho. Dos tranavianos elegidos por dioses contra los que os rebeláis. ¡Menuda ironía!

—Yo no… —comenzó a decir Malachiasz, pero Pelageya lo interrumpió:

—¿Y ahora qué? ¿Qué planeáis hacer, *sterevyani bolen? ¿Koshlo bovilgy?* Todo ese poder encerrado. Sé lo que quiere. ¿Y tú?

Malachiasz frunció el ceño, arrogante. Serefin no estaba seguro de haber visto alguna vez a su hermano admitir que no sabía algo y era evidente que no iba a empezar a hacerlo ante Pelageya. Negó despacio con la cabeza.

—Un dios de la entropía, antiguo, loco… —dijo la bruja.

—Debilitado.

—Quizás, pero ¿cuánto tiempo pasará hasta que recupere su fuerza? Y le vas a ayudar, creo, porque sientes la misma necesidad de consumir, devorar y destruir. Incluso antes de que te hiciera así, antes de que tú mismo te volvieras peor, siempre estuvo ahí el hambre, ese deseo de caos. —Malachiasz cerró los ojos—. Se han despertado muchos. Pequeños *bovilgy* siguiendo la estela de la muerte de uno muy antiguo y poderoso. ¿Los vas a consumir? —continuó Pelageya.

Malachiasz abrió los ojos y frunció el ceño.

—¿*Bòwycz*?

Serefin estaba igual de confuso por la palabra que estaba usando. Pelageya paseó la mirada entre ambos y suspiró.

—Dime lo que sabes de la magia tal y como es ahora, después de las grietas y las roturas.

—¡No! —dijo Serefin con énfasis cuando a Malachiasz se le iluminó la expresión.

—Bueno…

—No —le interrumpió Serefin—. No participes en este juego.

Malachiasz lo fulminó con la mirada.

—¿Lo que se rompió? —le preguntó a Pelageya—. Sigue conectado, ¿no?

La bruja asintió levemente y cerró los ojos.

—Fracturado, sí. Una barrera se rompió, culpa tuya, y ahora veremos cómo cada grieta rompe otra cosa, cómo la magia cobra vida en aquellos que nunca deberían haberla tocado. ¿Qué aspecto tendrá el mundo cuando no

puedas encerrar ese poder en dos pequeños y pulcros caminos? ¿Cuánto se deteriorará cuando ese poder se extienda?

Malachiasz tenía los ojos brillantes con un deleite casi maníaco, pero tuvo la decencia de parecer un poco preocupado.

—Tanta magia con tan poco control. ¿A qué conducirá eso? A ti, una nueva criatura, un *bovilgy* de caos. A esa chica kalyazi, una pesadilla esperando hacerse realidad. —Movió una mano hacia Serefin—. Y vos no escapasteis indemne, aunque creo que la divinidad completa no os pega.

—Genial —musitó Serefin.

Observó a Malachiasz. El velo del Buitre Negro había caído rápido, estaba sentado aovillado sobre sí mismo, pequeño. Un chico pálido al que le habían mostrado lo monstruoso que era. Serefin no estaba seguro de que la lástima fuera la emoción correcta, pero era lo que sentía en ese momento.

—Os ocupasteis del problema de los dioses, o eso decís, pero sigue hablando con vos, ¿no? —le preguntó la bruja a Serefin, quien asintió—. ¿Sabéis lo que hicisteis? —preguntó Pelageya—. En el bosque que consume, consume, consume. De hecho, el mismo bosque en el que nos encontramos, aunque se alimentó tanto que descansa temporalmente, esperando a tener hambre de nuevo…

—Li… Liberé a Velyos —contestó Serefin. No entendía qué significaba eso ni nada de lo relacionado con los dioses kalyazi. No quería verlo hecho realidad, pero no había sido lo bastante fuerte para resistirse a ellos. No era lo bastante fuerte para casi nada. Tal vez sería mejor que nunca volviera a Tranavia, que le dejara el trono a quien luchara por él con más ímpetu porque nunca sería lo bastante bueno.

—Sí, la pequeña pesadilla kalyazi lo comenzó y vos lo terminasteis.

—No entiendo lo que significa eso.

—No, claro. Los chicos tranavianos empujáis, mordéis y atacáis al mundo, pero no sabéis, no sabéis nada de nada.

—Pero tú sí. ¿Qué hay de esas profecías fragmentadas de las que no dejabas de hablamos?

—Ah, hace mucho que las habéis cambiado. Las predicciones o profecías nunca están escritas en piedra. Son meras sugerencias de lo que le puede ocurrir al mundo si todas las piezas se alinean de manera correcta. Nunca cuentan con que un chico quiera matar a su hermano ni con que otro desee asesinar a una diosa.

Serefin se estremeció. Malachiasz no.

—No era yo mismo —susurró Serefin.

—No es a mí a quien debéis convencer, pequeño rey —contestó Pelageya.

Serefin no miró a Malachiasz. «¿Por qué está vivo?». Tratar con Pelageya siempre lo dejaba más agitado y confuso que antes y sin respuesta alguna. Solo quería entender lo que había hecho.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Depende de en lo que queráis que se convierta este mundo cuando todo se desmorone. Si deseáis dejar a un lado la venganza a cambio de algo diferente o si estáis muy decididos a caminar por esa vía. Si deseáis trabajar con los kalyazi o insistís en destruirlos.

Malachiasz esbozó una expresión neutra de una manera que Serefin sabía que era peligrosa. ¿Qué deseaba él? Desaparecer, volver a Tranavia y dejar a los kalyazi a su suerte ante los dioses caídos. Deseaba hacer lo que se le daba mejor, huir de sus problemas. Se le daba muy bien.

Sin embargo, había llegado la hora de que Serefin Meleski dejara de correr. Había llegado el momento de que fuera el tipo de rey que no se le daba demasiado bien ser.

—¿Y si quisiera detener a esos dioses que he liberado?

Pelageya le dedicó una pequeña sonrisa antes de mirar a Malachiasz. Tenía la barbilla sobre las manos y parecía pensativo.

—No creo que yo tenga elección —comentó con un temblor en la voz. Aquel era Malachiasz asustado de verdad, sin fingirlo para reforzar una imagen que no podía mantener más.

—No, no la tienes, pero ¿interferirás en el objetivo de tu hermano o se alinearán vuestros planes?

—¿Y si…? —comenzó a decir Serefin.

—No lo sé —dijo Pelageya—. Ya no sé dónde entra ella en todo esto. Pensaba que era una bruja que esperaba a revelarse, pero no es una bruja, una clériga ni nada que sepa nadie. Ya no veo sus hilos, solo los vuestros.

Serefin no pudo evitar mirar a Malachiasz, quien palideció bastante antes de endurecer la expresión.

—Ya ha hecho suficiente —musitó.

Pelageya inclinó la cabeza.

—Sí, ¿verdad? Pero ¿tú no? —El chico no respondió—. Ya nada permanece en el filo de un cuchillo. Has inclinado la balanza. Velyos se queda, pero ¿adónde ha ido el resto? ¿Dónde se supone que está Zvezdan? ¿Por qué se iba a quedar en Kalyazin cuando los lagos se encuentran en las profundidades de Tranavia?

Serefin tragó saliva.

—No se va a parar aquí.

—Os lo he intentado decir. Una y otra vez. La chica, el monstruo, el príncipe, la reina. Había cuatro entonces y hay cuatro ahora. Habéis destruido vuestros roles a lo grande, pero seguís siendo cuatro, siempre cuatro. El mundo se ha convertido en una vorágine tras el nacimiento de un dios de caos y no hay forma de recoger los pedazos, pero podéis intentarlo, ah, sí, intentarlo. Fracaso, éxito, ¿qué será de todos nosotros?

—¿Dios? —preguntó Malachiasz.

—¿Eres un chico, un monstruo o un dios?

Negó con la cabeza.

—No lo sé —dijo en voz baja.

—No, claro que no. Como si no fuera todo lo mismo.

Malachiasz se frotó las cicatrices de los antebrazos, ausente.

—Tengo mucha hambre —susurró.

Pelageya lo miró casi con tristeza.

—Se está volviendo más fuerte. Los va a consumir a todos. Conseguirás lo que deseas. Vas a derribar ese imperio divino. ¿Le ayudaréis? —le dijo de repente a Serefin.

—¿Ayudar…? ¿Ayudar a Malachiasz? —preguntó Serefin, sobresaltado.

La bruja asintió, despreocupada.

—¿No son Kalyazin y sus dioses vuestros enemigos? ¿No os arrebataron la magia? ¿No responderéis a la afrenta con venganza?

Sí, sí, sí. «Eso nunca acabaría».

No había querido matar a Malachiasz. Se merecía cualquier venganza que este pudiera prepararle, incluso la esperaba. No había forma de que fuera a dejar impune lo ocurrido. Así eran ellos, eso era lo único que había entre los dos, a ese círculo pertenecían ambos.

—Sí —contestó al final. Ayudaría a Malachiasz, significara lo que significase.

Pelageya pestañeó como si esa no fuera la respuesta que esperaba. Malachiasz no dijo nada, solo miró al suelo con el ceño fruncido durante mucho tiempo.

—No sabéis lo que estáis diciendo —dijo al final.

Era verdad, pero había perdido su poder y su reino y trabajar junto con el Buitre Negro era la única manera de recuperarlos.

—¿Qué van a hacer los dioses? —preguntó Serefin. Necesitaba saber la respuesta antes de continuar—. Pensaba que no podían interactuar directamente con el mundo. Por eso Velyos se comportó así.

Pelageya, en silencio, le hizo un gesto a Malachiasz, que tenía mal aspecto.

—No pensáis en ellos de la forma correcta. ¿Es él consciente del caos que deja su despertar? ¿Sabe de manera activa qué le hace al mundo con su mera existencia? Claro que no. Así son la divinidad y los dioses. Habéis estado en ese bosque. Sabéis que se está moviendo fuera de sus fronteras. El mundo se va a llenar de los horrores de Tachilvnik. Los dioses de las profundidades sacarán a la superficie lo que se encuentra bajo el agua oscura. ¿Eso es lo que deseáis? ¿Queréis enfrentaros en una guerra contra cosas mucho más antiguas que vos? Hacia eso se precipita el mundo cada día que pasa.

—Los pájaros —murmuró Serefin.

—¿Mmm?

—Mientras caminábamos… Los pájaros chillaban y a los árboles los consumía la putrefacción. Ha sido horrible.

—Los horrores no tienen mucho camino que recorrer, pero se extenderán y dilatarán hasta hacerse con todo. Vuestro país no se salvará, aunque ya se enfrente a sus propios horrores.

—Vaya —musitó Malachiasz.

—Los Buitres no han descansado durante la ausencia del Buitre Negro y has estado muy ausente. ¿Cuándo fue la última vez que supieron de ti? ¿Las oleadas de tu muerte se extienden como el agua oscura? ¿Quién tomará el relevo?

Malachiasz pareció retraerse con un profundo ceño fruncido. Ausente, se hizo un corte en el antebrazo con el extremo de una garra de hierro. La sangre le brotó y le recorrió la piel pálida. ¿Podía usar aún la magia de sangre? No tenía ningún libro de hechizos, que Serefin supiera, así que aquello era algo más. ¿Estaban los Buitres por encima de lo que había ocurrido? Tendría sentido, iría acorde a todo lo demás que sabía sobre ellos.

—Aún puedo tirar de sus hilos —comentó Malachiasz, distante—. Así que no, no hay un nuevo líder ni una auténtica posibilidad de que exista. Un nuevo Buitre Negro se elige cuando mata al anterior. Es un ciclo.

—Renacimiento —dijo Pelageya—. Un ciclo que tú has roto. Retienes el poder, pero el culto se desmorona a tu paso. ¿Hacia dónde se dirigirá a continuación?

Malachiasz cerró los ojos y dejó escapar un lento suspiro.

—Grazyk.

Un sudor frío se le extendió por la piel a Serefin. Si los Buitres habían invadido la capital y la habían tomado como propia, no estaba seguro de qué

podía hacer, ni siquiera con Malachiasz. No confiaba en que le fuera a ayudar a recuperar el trono si lo tenía otro Buitre. Malachiasz se lo quedaría para sí.

—Es fascinante cómo las cosas se han desmoronado en vuestra ausencia, ¿no creéis? Dos chicos tan importantes para que el mundo siga girando. Habéis pasado vuestros días en tierras enemigas y ¿qué habéis conseguido a cambio?

—¿Nos vamos a casa? —le preguntó Serefin a Pelageya, desesperado.

—¿Sí? ¿Qué otra opción se presenta ante vosotros? No saldréis vivos de esta a no ser que colaboréis. Y sí, habéis probado la muerte, pesa con fuerza sobre vuestros hombros, pero todo está dispuesto para que vuelva a alcanzaros.

—¿Qué ocurrió cuando maté a esa diosa? —preguntó Malachiasz de repente.

—Era lo que Velyos quería, que Marzenya muriera —contestó Serefin antes de que pudiera hacerlo Pelageya.

—Sí, ¿verdad? ¿Qué se siente al saber que otro ser que no eras tú impulsaba todas y cada una de tus acciones? Qué poco control sobre vosotros mismos teníais incluso cuando pensabais que estabais actuando según vuestros intereses.

—Debía morir —replicó Malachiasz.

—¿Sí?

El chico abrió la boca y la cerró. Con lentitud, respondió:

—Iba a matar a Nadya.

—Ah, volvemos a la chica.

—Ya no.

—No, no te vas a escapar con tanta facilidad. Su papel es… —Pelageya se interrumpió. Pestañeó varias veces, sorprendida. No terminó la frase.

A Serefin no le gustaba la idea de que algo asombrara a Pelageya.

—Vaya —susurró la bruja—. Muchas partes girando, columnas vertebrales fracturadas bajo el peso de elecciones terribles. —Alzó la voz hasta volverse frenética—. Dioses muertos que se despiertan, dioses vivos que mueren, magia, sangre y un ente devorador tan grande que consumirá el mundo y nos ahogará en sombras. Algo ha cambiado. Alguien se ha despertado, ha accedido a algo, ha decidido un camino, pero la oscuridad… es eterna, inmóvil. Métete en la boca las cenizas de las consecuencias divinas.

Malachiasz abrió mucho los ojos y palideció.

—¿Qué? —Se le rompió la voz.

Una energía frenética llenó la sala. Las llamas de la chimenea comenzaron a brillar con una luz verde nauseabunda.

—Había justicia y providencia divina, caminos por los que andar y vosotros, niños, los habéis destruido. Una maldición, una condena, una mancha negra en cada uno de vosotros, los que habéis tocado la oscuridad y tragado la luz. No es cuestión de detener nada —musitó—. No puedes detenerlo. ¿Qué eres? Un chico, un niño, *bovilgy*, pequeño y frágil bajo su pulgar.

—Te lo he dicho, está débil —dijo Malachiasz, desesperado.

Serefin no quería estar allí.

—¿Débil? —exclamó Pelageya—. Incluso débil sigue siendo la condena del mundo. ¿Quién lo liberó? ¿Quién lo dejó salir? —Fijó los ojos en Serefin —. Fuisteis vos. El ojo. ¡El ojo! ¿Dónde está?

—Bruja, no lo tengo en la cara. ¿Cómo voy a saberlo?

La aludida se giró hacia Malachiasz, quien de repente se estremeció y apretó el puño.

—Lo tienes tú —siseó Pelageya.

Un horror temeroso se le instaló a Serefin en la boca del estómago. Malachiasz alzó las cejas, con lo que se le tensaron los tatuajes de la frente. Con lentitud, abrió los dedos de la mano izquierda, e incrustado en el centro de la palma había un ojo, azul como la medianoche, con estrellas esparcidas por él.

—Vaya —dijo Malachiasz con mucha suavidad, con aspecto de sentirse enfermo.

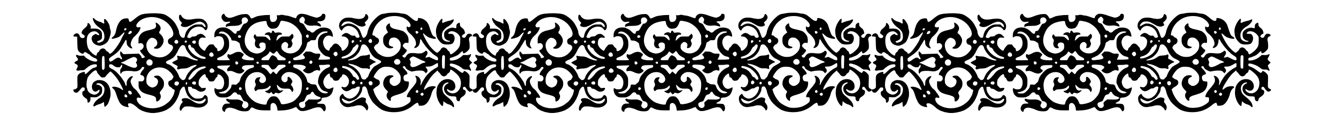
—¿Cómo es posible? —preguntó Serefin.

Su hermano negó con la cabeza, sin palabras.

—Un ente devorador —musitó Pelageya—. Ah, no, ah, esto es peor de lo que imaginaba. Esto es peor que en mis sueños. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis hecho los dos?

—¿Lo…? —Malachiasz tocó el ojo con un dedo. Serefin se estaba acercando peligrosamente a devolver el contenido de su estómago—. ¿Lo quieres?

Serefin se levantó y, sin más palabras, abandonó la cabaña y vomitó.



11

NADEZHDA LAPTEVA

Bajo el agua más oscura y profunda están enterradas las cosas antiguas que Zvezdan ha atraído hacia sí. Una reserva de magia nauseabunda.

Los Libros de Innokentiy

Nadya estaba acostumbrada a la soledad. Estaba acostumbrada a las montañas, bosques y pueblos diminutos y desolados de Kalyazin. Sin embargo, a medida que avanzaban hacia el oeste, pasaron por ciudades y su vida diaria se llenó de ojos curiosos. Le habían pedido que se dejara el guante puesto en todo momento, incluso cuando los *boyar* se mostraban hospitalarios con Katya y los arrastraban a balnearios.

—No te lo quites —le susurraba la *tsarevna*—. Te quemarán en diez minutos.

Por eso, Nadya mantenía alejada la mano. Para su sorpresa, Katya se mostró despreocupada ante la situación, aunque Nadya por fin había podido descubrir cuál era el plan, a pesar de ser muy vago. El mundo pensaba que era la clériga y así debía continuar. Esta quería saber la verdad. Casi deseaba poder hablar con Pelageya sobre el tema. También esperaba encontrarse en Komyazalov personas de confianza que no le prendieran fuego de inmediato.

Estaban en la ciudad de Voczi Dovorik, situada en un extenso claro, un alto en el bosque. Solo quedaban unos días más de viaje para llegar, pero Katya se mostraba recelosa a marcharse. Parecía que todos tenían problemas con volver a casa.

Los *boyar* se habían mostrado más que deseosos de abrir sus casas a la *tsarevna* durante el viaje, pero Nadya había percibido no pocas miradas incómodas hacia Parijahan y Rashid y una hostilidad directa hacia Ostyia.

Estaban deambulando sin objetivo alguno por la ciudad. Nadya no podía permanecer encerrada en el extravagante hogar del *boyar*. Necesitaba salir. Se estaba dirigiendo hacia la periferia y Ostyia se decidió a seguirla. Habían cruzado un mercado decadente. El invierno estaba asfixiando al país, matándolo de hambre. Aun así, Voczi Dovorik estaba algo mejor, el mercado seguía funcionando y Nadya había visto a unos cuantos extranjeros del norte vender sus bienes y pieles. La ciudad estaba viva, pero ¿durante cuánto tiempo?

—¿Sabes? Siempre quise conocer vuestras ciudades, aunque me imaginaba sujetando una antorcha.

Hablaban en kalyazi y a Ostyia no se le daba demasiado bien, aunque se defendía. Aun así, tenía un acento horrible y recibía miradas de soslayo cada vez que hablaba.

—¿De verdad pensabas que Tranavia penetraría tanto en Kalyazin?

Ostyia se encogió de hombros.

—Te aterras a tus sueños más vacíos para sobrevivir a la guerra.

—Ostyia, vas a volver a casa.

—Te comportas como una persona demasiado optimista para ser alguien que apenas puede levantar la cabeza por su propia depresión la mayoría de los días.

—El optimismo en exceso es lo único que me queda.

Ostyia no respondió, quizás para evitar confirmar de forma inevitable lo que había dicho Nadya. A esta le alegraba que la chica hubiera dejado de amenazarla. No era culpa suya que Serefin hubiera entrado en ese bosque.

Nadya intentó esforzarse al máximo para ignorar que la gente se alejaba de su camino al pasar. Desoyó los murmullos respetuosos. La gente hablaba de los dioses y de la chica que podía hablar con ellos. Echaba de menos la época en la que eso era verdad.

La nieve congelada y derretida había embarrado los caminos, entre los amplios surcos permanentes de ruedas de vagones. La nieve antigua permanecía, pesada, sobre los tejados de los edificios. Casi todos estaban hechos de madera en la zona por la que caminaban. Los edificios de piedra eran escasos, reservados a los más ricos en lo alto de la colina. La gente pasaba junto a ellas, cansada y con frío, con bufandas de pelo y gorros. Para Nadya, había demasiadas personas y echaba de menos la soledad. Le tentó una iglesia cercana, pero no quería arrastrar allí a Ostyia en contra de su voluntad.

—No me importa a dónde vayas —dijo su acompañante cuando lo mencionó, distraída—. Solo quería alejarme de ese *boyar*. No paraba de mirarme. Si no nos vamos pronto, estoy segura de que me va a asesinar mientras duermo. Ni siquiera sabe que soy una maga de sangre, solo que soy tranaviana.

—¿No basta con eso?

Ostyia le dedicó a Nadya una mirada de incredulidad cuando giró de forma brusca hacia el sur, donde se encontraba la iglesia, en las afueras de la ciudad. Aquello le había parecido un poco extraño, pero Katya le había explicado que eran los restos del pueblo del que había surgido la ciudad y, como esta se había extendido más allá de la iglesia, dicha construcción había permanecido al final de una colina, junto al cementerio.

—Ostyia, si hubieras sabido que era kalyazi cuando aparecí en Grazyk por primera vez, me habrías matado en el acto, sin hacer preguntas.

Ostyia se mostró reflexiva, pero no se lo confirmó. Ambas conocían sus orígenes.

La iglesia era vieja, de madera, cercada con tablones consumidos por los gusanos y pintura descascarillada. Era más pequeña de lo que esperaba al pensar en el tamaño de la ciudad. Evocaba cosas arcaicas, de otros tiempos, olvidados y enterrados en polvo. Hizo que Nadya se sintiera muy triste. Incluso después de todo lo que sabía y había roto, la noción de una iglesia abandonada mientras el mundo continuaba le partía el corazón. Una lágrima le recorrió la mejilla y se apresuró a limpiársela. Ostyia dejó escapar un pequeño bufido cuando entraron.

—No eres la única que ha perdido a alguien —comentó Ostyia con la voz más suave de lo que Nadya se merecía.

—Lo he perdido todo —replicó.

Pasó junto a Ostyia, cruzó la desolada nave y entró en el santuario. Era pequeño y estaba deteriorado, como el exterior. No había bancos, se esperaba que los devotos estuvieran de pie durante toda la misa, y la mayoría de las iglesias aún no habían decidido dar a su pueblo un respiro. El santuario del monasterio al que Nadya había llevado a Malachiasz tenía bancos, lo cual, suponía, era bastante moderno por su parte. Se quedó de pie en medio del silencio, deseando poder deshacerse de todo, en lugar de sufrir tanto, antes de que Ostyia la siguiera.

—No lo has perdido todo —continuó la tranaviana—. Sigues aquí, eso es más de lo que pueden decir muchos. Y sí, duele, y sí, quieres rendirte, pero no puedes. Eres la única de nosotros con magia…

—Katya…

—Es tan buena como una curandera. Tiene muchos dones, pero la magia no es uno de ellos —contestó Ostyia.

Nadya frunció el ceño.

—No lo entiendes…

—No, Nadya, no lo entiendes tú. Lo has pasado mal, no lo niego, pero he estado los últimos tres años de mi vida en un campo de batalla perdiendo a todos los que he amado día tras día. No sabes lo que es encontrarte en una encrucijada: salvar a la amiga a la que has llegado a querer o proteger a tu príncipe. No había otra opción: siempre elegía a Serefin. Siempre lo elegiré.

Nadya titubeó. Ostyia la había sorprendido porque parecía intocable, pero, bajo la tenue luz de la iglesia, el corte de pelo irregular de la chica más mayor de repente no le pareció tan despreocupado y Nadya vio la desesperación tras él. El cansancio que le impregnaba las facciones parecía arraigado.

—Serefin está bien —dijo Nadya en voz baja.

—No necesito que me mientas —contestó Ostyia—, pero tampoco debes decírtelo a ti misma como excusa para no hacer nada porque es evidente que él arreglará este problema.

—Ese chico no tiene muy buena reputación a la hora de resolver conflictos.

Ostyia se echó a reír, lo que hizo que Nadya esbozara una sonrisa. Había pasado tanto tiempo sin hacerlo que el movimiento le pareció extraño.

—Supongo que no —aceptó Ostyia—. Llegará a tenerla algún día. Debe hacerlo, es el rey. —Nadya emitió un bufido de indiferencia—. Pero… —continuó Ostyia antes de interrumpirse, observando los iconos en las paredes—. Nos has llevado a la ruina porque ahora él tampoco tiene magia.

La clériga ni siquiera se estremeció. Era cierto. Lo había destruido todo.

—No puedo tener el peso de todo el mundo sobre los hombros —musitó Nadya.

—Deberías haberlo considerado antes de destruirlo —observó Ostyia.

Nadya se estremeció ante eso.

—Esperaba más de ti después de lo que hiciste en Grazyk.

Si Nadya pudiera volver a ser la chica de entonces, llena de una rabia justiciera, una curiosidad sin límites y la capacidad de retenerlas a ambas, en vez de esta pena abrumadora sin fin, lo haría en un abrir y cerrar de ojos. Desharía todo lo que había hecho, encontraría otra manera de demostrar su valía ante Marzenya y le diría la verdad a Malachiasz, en lugar de participar

en su propio juego en su contra. Sin embargo, la vida era una serie de malas decisiones tomadas por desesperación y no había vuelta atrás.

—Hice lo que debía —respondió Nadya con suavidad—. No fue suficiente.

Ostyia reflexionó sobre aquello.

—Cuando era pequeña, mi familia me hizo tomar una decisión que no era tal, como solían hacer todas las familias nobles de Tranavia.

Nadya se preguntó si deberían hablar de forma tan abierta sobre Tranavia allí, pero Katya había hablado de manera estrepitosa y obvia de la «prisionera tranaviana» que mantenía cautiva, por lo que solo tendrían que llamar a Katya para que apareciera con su título y protección si lo necesitaban.

—Mis padres solo me tenían a mí, lo que no era una situación ideal porque se necesita a un hijo para que vaya al frente y a otro para que se quede en la corte. Asumieron que elegiría la segunda opción, ¿por qué iba a ir a la guerra con solo dieciséis años si me estaban diciendo que no tenía que hacerlo? Sin embargo, obligaron a Serefin a marcharse al frente. Mis padres suponían que no me había enterado o, en caso contrario, que no sería suficiente influencia para llevarme a esa condena. —Ostyia esbozó una pequeña sonrisa—. Dejé clara mi preferencia desde muy pequeña. —Nadya resopló con suavidad—. Al final, marcharme no tuvo que ver con la lealtad. Esa preferencia, tal y como era, frustraba a mis padres porque cerraba puertas que la buena nobleza tranaviana quería que permanecieran abiertas. Si quería vivir mi vida, debía ir a la guerra, con la esperanza de durar al menos unos cuantos años. —Nadya frunció el ceño sin estar segura de por qué le estaba contando aquello—. No quiero que nadie se encuentre en la misma encrucijada que yo: quedarme en casa y fingir ser alguien que no soy por el bien de un viejo nombre tranaviano o ir a la guerra y morir de una manera bastante terrible porque al menos allí a nadie le importará que no me interesen los hombres.

—¿Habría importado si no fueras una *slavhka*? —preguntó Nadya.

—No, son viejos ideales de la corte. Linajes, hijos y esas cosas.

Nadya emitió un sonido, pensativa. La puerta del santuario se abrió y un joven se acercó al altar, pero no hizo nada que indicara que se hubiera percatado de la presencia de las dos chicas en la sala, por lo que Nadya lo ignoró.

—No quiero dejar al mundo condenado a otro tipo muy distinto de guerra —comentó Ostyia—. Y esa es la vía por la que nos estamos precipitando.

—Por mi culpa.

Ostyia no lo negó. Nadya sabía que tenía razón y que tanto ella como Rashid podían estar en lo cierto. No le correspondía a ella arreglar todos y cada uno de los problemas del mundo, pero dependía de ella intentar enmendar alguno de sus errores.

—En lugar de pensar en que unos dioses antiguos condenarán el mundo, ¿podemos volver a hablar de tu infancia? Es mucho más apetecible.

El joven se tensó un poco, pero no se giró. Pronto, por toda la ciudad correrían rumores sobre los dioses antiguos. Ostyia se echó a reír.

—Por supuesto que no. La guerra fue horrible, la corte peor, excepto por el *Rawalyk*. Me gustó mucho atraer hacia Grazyk a todas las chicas preciosas y poderosas. Fue muy buena idea.

—Estaba demasiado muerta de miedo como para apreciarlo.

—¿Tu gusto en chicas es tan malo como tu gusto en chicos?

Nadya arrugó la nariz.

—Casi seguro.

La puerta se abrió y el joven huyó de la sala cuando Katya irrumpió dentro.

—¡Viktor! —gritó con un específico tono de deleite que Nadya había descubierto que significaba que la otra persona se iba a sentir muy incómoda y Katya lo iba a disfrutar muchísimo—. No sabía que habías abandonado Komyazalov.

—Sí —comentó Ostyia con suavidad, observando a Katya—. Yo también tengo un gusto horrible.

* * *

—Esto va… mal —dijo Ostyia.

Aquello era quedarse inmensamente corta.

—Ah, ¿sí? No estaba segura. Quería que me lo confirmaras —respondió con lentitud Katya.

Nadya puso los ojos en blanco. La *tsarevna* las había guiado fuera del cementerio. La mitad de las tumbas parecían estar bien, cuidadas a la perfección. La otra mitad estaba devastada, como si hubieran enterrado los cadáveres de cualquier manera o estos hubieran salido arañando la tierra.

Nadya pasó un dedo por una lápida y, cuando lo separó, estaba negro por el moho. Miró hacia atrás, hacia donde los pantanos acechaban en la distancia. Katya siguió su mirada.

—El sacerdote dice que se está acercando —comentó.

—¿Toda la ciénaga? —Nadya no pudo alejar el escepticismo de su voz.

Katya solo asintió.

—¿Y cómo se supone que está pasando algo así?

—No seas tan intensa de manera deliberada, querida, no te pega —replicó Katya, ausente. Nadya suspiró—. Fuiste tú quien hizo que ese Buitre rompiera una pared que llevaba siglos en su sitio.

Lo último que Nadya necesitaba era el recordatorio de otra cosa que era culpa suya. Apretó los puños. Ostyia le sostuvo la mirada y negó levemente con la cabeza.

—Malachiasz lo habría hecho, aunque Nadya no se lo hubiera pedido —observó Ostyia.

—¿En serio? —respondió Katya con el ceño fruncido.

—En serio —confirmó Ostyia—. Así ha ocurrido. Entonces, ¿dónde crees que están los cuerpos?

—¿Y dónde está el sacerdote? —preguntó Nadya.

Se acercó a una tumba vacía para inspeccionarla. Su primera opción era incorrecta, era evidente que algo había salido de allí arañando la tierra.

«Primero, Serefin vuelve de entre los muertos. ¿Y ahora esto?». La muerte era el terreno de Marzenya. ¿Qué ocurría cuando la diosa que se ocupaba de él moría? Al parecer, la muerte no tenía tanta fuerza.

Nadya estuvo a punto de perderse cómo Katya se removía incómoda. Observó sobre su hombro a la *tsarevna*, quien evitó sostenerle la mirada.

—¿El sacerdote? —repitió.

—No quiere hablar contigo —respondió Katya.

Nadya pestañeó.

—¿Qué?

—Al parecer, desde que has llegado, los iconos han estado llorando. —Katya sostenía en el puño varios papeles arrugados.

Un escalofrío le recorrió la columna a Nadya. No había notado nada fuera de lugar en el santuario. Katya siguió sin sostenerle la mirada. En lugar de eso, se agazapó para inspeccionar otra tumba.

—Llevo reuniendo informes de todas las ciudades y pueblos por los que pasamos y son todos iguales. Iconos llorando, normalmente lágrimas, pero no siempre. En Gazhden'viya, las estatuas dedicadas a Veceslav, Bozidarka, Myesta y Alena lloraban sangre, lo que es nuevo. La de Marzenya ha comenzado a desgastarse.

Una sensación nauseabunda se apoderó de la boca del estómago de Nadya.

—Aún hay más —comentó Katya, apoyándose en los talones y mirando a la clériga.

—Continúa —susurró.

—El antiguo álamo que protegía la ciudad de Czezechni desde hacía siglos se ha incendiado. Los cadáveres de todo un culto de monjes han sido hallados en las colinas de Voltek y nadie sabe cómo han muerto. Los granjeros de las tierras cercanas a los lagos de Yevesh'tiri afirman que algo procedente del lago más grande ha ahogado a todo el ganado.

Nadya recibió cada informe como si fuera un puñetazo.

—Y el invierno —susurró.

—Y el invierno —le confirmó Katya—. Sin embargo, hay algo que sigue tus pasos, las lágrimas de los iconos. —Observó la mano mancillada de Nadya, escondida bajo el largo guante de cuero que había sido demasiado caro, pero que había corrido a cuenta de Katya—. Creía que eras una clériga, pero comienzo a dudarlo.

—Lo era —respondió Nadya con suavidad—. Lo soy. —Sin embargo, era también algo más. Había demasiadas cosas que Katya no le estaba contando, muchas más, sospechaba, y no sabía cuánto podría asimilar su corazón.

—Los Buitres ahora están en el frente —continuó la *tsarevna*—. Hiciste algo con la magia de sangre, sí, pero no tuvo el efecto deseado. A ellos no les afectó.

Sin embargo, había desaparecido su conocimiento, como si nunca hubiera existido. Nadya miró a Ostyia, quien pareció estar dándole vueltas a algo.

—Los Buitres están hechos de magia —dijo—. Son más que magos de sangre. Quitarles la magia sería como desarmarlos.

—Entonces, ¿por qué no están desarmados? —preguntó Katya.

—Malachiasz lo sabría —murmuró Nadya. No se había percatado de que lo había dicho en voz alta hasta que se giró y vio a las otras chicas mirándola. Se encogió de hombros.

—Te avisé sobre hablar de él —le recordó Katya.

—Nadie en Kalyazin sabe cómo se llama, maldita sea —replicó Nadya—. No importa. —Quizás Zywia lo supiera. Nadya no quería que se acercara a Katya, pero valía la pena intentarlo—. ¿Qué tienes ahí?

Katya miró los papeles que llevaba en la mano.

—Panfletos de la iglesia. Parece que la era de la magia se ha acabado. El tiempo de la clériga ha terminado. Lo único que podemos hacer es apoyamos en la Iglesia en busca de guía.

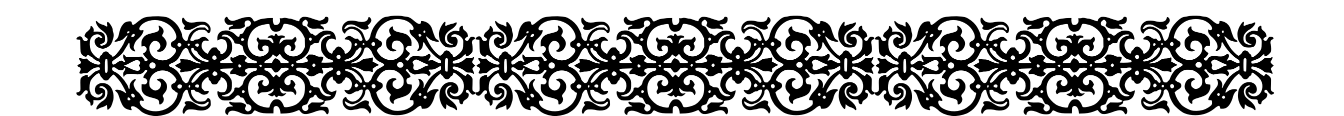
Nadya tragó saliva. Debería haber esperado algo así.

—Voy a volver a la iglesia —dijo—. Os alcanzaré más tarde.

Katya asintió con brusquedad. Ostyia no parecía convencida de dejarla allí, pero, al final, se marchó con Katya.

«Muy bien, que uno de vosotros hable conmigo, me da igual quién sea».

Nadya se abrió paso hacia el santuario. Estaba vado, el aire denso y la luz… más tenue. Los iconos lloraban lágrimas de sangre.



12

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Oigo susurros en la noche. Pensaba que eran un sueño, nada más, pero se están volviendo muy insistentes y las cosas que dicen… ¿son ciertas? ¿Es cierto lo que Odeta ha dicho? ¿Estamos luchando por una mentira?

Fragmento de los diarios personales de Celestyna Privalova

Cuando Serefin volvió, tenía la piel tan gris que casi rozaba el verde. Sin palabras, volvió a sentarse. Pelageya se había pasado casi toda la ausencia de Serefin murmurando cosas sin sentido para sí y fulminando con la mirada a Malachiasz como si fuera a matarlo en el acto si pudiera. Era un cambio bastante inquietante en la atmósfera.

—Ah —dijo Serefin—. Ha desaparecido.

Malachiasz se frotó la palma.

—Suele ocurrir. Ya volverá. No siguen ningún patrón. Serefin parecía a punto de vomitar otra vez.

—Salid, los dos —exclamó Pelageya—. Necesito pensar. Planificar. No me miréis así —le replicó a Serefin—. Si os necesito, os encontraré. Tenéis problemas mayores de los que preocuparos. No soy yo la única que sabe lo que se ha despertado y esa brujita de ahí fuera tiene una compañía bastante desagradable.

De repente, la cabaña había desaparecido y Malachiasz y Serefin estaban solos en un claro a oscuras. Serefin se puso a duras penas en pie para dejar una distancia significativa entre ellos. Malachiasz se percató de ello justo antes de caer con la cara contra la hierba y quedarse muy quieto. El único sonido en el claro era el crujido ocasional de las hojas bajo el viento.

—Esperaba que estuvieras más enfadado —comentó Serefin.

¿Estaba enfadado Malachiasz? Sí, mucho. No había sido justo que Serefin lo hubiera apuñalado en el momento en que comenzaba a recordar todo lo que le habían arrebatado. No había sido justo que lo apuñalara en el corazón, para nada, ahora que lo pensaba. Sin embargo, estaba vivo y, fuera a donde fuese que lo estaban guiando, no quería ir solo. Todo era muy confuso y estridente. Estaba acostumbrado a que las emociones fueran abrumadoras y fuertes, pero ahora parecía ser incluso peor. Y su rabia no se manifestaba como destrucción, nunca había sido así, por lo que la idea de atacar a su hermano le parecía vacía. Se planteó su defensa habitual, planear la caída de Serefin de alguna manera, pero alejó el pensamiento. Quizás la venganza fuera necesaria más tarde, dado que ya no tenía ni idea de lo que estaba dispuesto a hacer Serefin, y asesinar a Malachiasz, al parecer, era una opción.

—Por favor, no me vuelvas a apuñalar —suplicó, más para el barro que para Serefin.

Oyó un suspiro de parte del rey tranaviano y el sonido de este cayendo con pesadez junto a su cabeza.

—Yo… —Serefin dudó—. Acabo de darme cuenta de que estaba dispuesto a llorar tu pérdida.

Malachiasz se tumbó sobre la espalda. No tenía posibilidades de sobrevivir, por lo que Serefin mantendría de nuevo ese debate interno.

—No creo que haya nada que pueda decir para arreglarlo.

—No —le confirmó Malachiasz, ausente. Volvía a tener hambre.

Serefin se reclinó hacia atrás sobre las manos y miró hacia la cúpula de ramas.

—Me alegra que estés vivo, si sirve de algo.

—Pareces sorprendido.

—Bueno, no me gustas demasiado.

—El sentimiento es mutuo.

Algo cruzó el rostro de Serefin.

—Sin embargo, hace mucho tiempo, sí me gustabas. Lo único que puedo decir es «Lo siento».

Malachiasz entornó los ojos para asimilar por completo los daños en la cara de Serefin. No tenía… buena pinta. Llevaba la cara cubierta con una larga costra de arañazos y la venda que le tapaba el ojo izquierdo prometía debajo un desastre de cuenca. Se había dejado crecer el pelo lo suficiente para atárselo en la nuca y el agotamiento le inundaba las facciones.

—Los *slavhki* se lo van a pasar muy bien contigo —comentó Malachiasz.

Serefin le dedicó una pequeña sonrisa.

—Kacper ha estado evitando contarme la mala pinta que tengo, lo que me dice que es horrible.

—Tengo a una Buitre en mi orden con tantas cicatrices como tú por pelearse con tres *leshy* a la vez.

Los ruidos aumentaron de forma abrupta, el sonido de algo abriéndose paso por el bosque a una velocidad alarmante. Serefin se puso en pie de un salto. Malachiasz solo se irguió. Tenía el poder de un dios recorriéndole los huesos, así que no estaba demasiado preocupado por lo que pudiera escupir el bosque. Aunque un tranaviano furioso sí que era un poco alarmante. Se alejó a trompicones del arma que se acercaba a su rostro girando.

—¡Kacper! —exclamó Serefin.

El otro chico no se detuvo. Malachiasz saltó hacia el otro lado del claro, temeroso de que, si se defendía, las cosas acabaran muy mal para Kacper. No quería darle a Serefin otra razón para matarlo. Malachiasz puso las manos en alto.

—Detén a tu general, por favor. No es un buen momento.

Serefin bloqueó a Kacper antes de que se lanzara hacia Malachiasz. Se produjo un minuto de silencio en el que el Buitre Negro pudo ver el esfuerzo en los brazos de Serefin mientras retenía al otro chico. Por fin, Kacper se relajó y dejó caer la cabeza contra el hombro de Serefin.

—No soy un general —musitó Kacper.

Serefin pestañeó.

—¿No?

—Teniente —contestó Kacper.

—No… —Kacper asintió, por lo que Serefin siguió tratando de entenderlo —. Pero Ostyia sí lo es.

—Ascendiste a Ostyia, pero a mí no.

—No puede ser.

—Estabas muy borracho cuando la ascendiste.

Serefin hizo una pausa.

—Eso… tiene sentido.

«¿Por qué está pasando esto?», pensó cansado Malachiasz. Comenzó a toquetear el fragmento descompuesto de un árbol. Aquello no iba bien. De hecho, cuanta más atención le ponía al estado del claro, peor veía la situación. El terreno estaba salpicado de cadáveres de pájaros muertos. Había pequeños huesos desperdigados por todas partes. El aire era extraño desde que se había marchado Pelageya, percibió, sobre todo para estar a tanta profundidad en el

bosque. Incluso a pesar de todo el ruido que estaban haciendo, deberían poder oír algo.

—Bueno, ¿te gustaría que te ascendiera? —preguntó Serefin.

Kacper se lo pensó.

—Voy a volver a entrar en el bosque —anunció Malachiasz—. Creo que tengo más posibilidades ahí.

—Espera, Malachiasz —comenzó a decir Serefin, pero Kacper dijo muy rápido:

—Me gustaría que me ascendieras.

Malachiasz alzó las cejas.

—¿No es aquí donde nos separamos? Antes de que alguno apuñale al otro o le corte la garganta, por así decirlo.

No esperaba aquel cambio en la expresión de Serefin, el momento en el que el chico pareció perdido porque… ¿Por qué? ¿Porque su hermano se marchaba?

—Necesitas ayuda, Malachiasz.

—No, sobre todo no de ti. —El Buitre Negro se giró para marcharse. Odiaba no saber dónde estaba. El bosque era un laberinto y sentía cómo le consumía los huesos. También se dio cuenta de que el dios llevaba mucho tiempo callado, lo que era sospechoso, ya que el silencio no significaba ausencia.

«¿No es lo que quieres? ¿Mi docilidad?», pensó de forma sarcástica.

—*¿Este eres tú siendo dócil? Qué raro, no me daba esa sensación*. —Fue como si un cuchillo le atravesara el cerebro, agujas bajo sus uñas. Cada vez que la voz hablaba, traía consigo un dolor inimaginable que Malachiasz se obligaba a superar.

«¿Es por ti por lo que me siento así?».

—*Solo es tu naturaleza. A los mortales se os da muy bien esconderos de vuestra verdadera naturaleza, pero siempre acaba alcanzándoos*.

Malachiasz no entendía qué le estaba ocurriendo.

—*Y eso es lo que te interesa, ¿no?* —Chyrnog parecía curioso—. *No qué te ha ocurrido en realidad, sino entenderlo, ¿verdad?*

«Claro que es lo que me importa», replicó. Eso era lo único que siempre había importado.

Algo más se estaba moviendo con pesadez entre los árboles. Malachiasz se estremeció cuando la magia le cosquilleó bajo la piel. No había garantías de que pudiera mantener el control si caía en las otras partes de su ser. Había

evitado averiguar cuánta magia se había perdido porque probar esas corrientes quizás le llevarían a ahogarse.

—Tenemos que irnos —comentó Serefin de repente, tomándolo del brazo.

Malachiasz sufrió un escalofrío, pero no se resistió cuando su hermano lo arrastró fuera del claro hacia el bosque.

—Espera, ¿viene con nosotros? —exclamó Kacper.

—No puedo tenerlo vigilado si dejo que se vaya, ¿no? —gritó Serefin sobre su hombro. En su voz había una diversión que sorprendió a Malachiasz.

—Ni siquiera sabemos de quién estamos huyendo —observó el Buitre Negro.

—No es algo que tenga intenciones de descubrir —respondió Serefin antes de chocarse de cara con alguien y perder la sujeción sobre Malachiasz. Este derrapó hasta detenerse mientras la maleza salía despedida de sus botas.

La alta figura iba encapuchada, tenía las facciones escondidas entre sombras, con una familiaridad sorprendente que Malachiasz no consiguió identificar hasta… Una púa de hierro atravesando una mano pálida. La de Nadya. Sus garras perforándole las manos porque ella le estaba traspasando su poder y era mucho más oscuro de lo que nunca habría podido imaginar. Pero no, ese ejemplo no, otro distinto. Aquello no había sido real, lo había descartado porque era el bosque jugando con él cuando estaba solo. Porque había estado solo, ¿verdad?

«¿Quién es?».

—*¿Creías que no tenía discípulos en este mundo?*

Un círculo pequeño de figuras encapuchadas se cerró sobre ellos. Malachiasz miró a Serefin, quien pareció entender lo que su hermano estaba a punto de hacer, por lo que abrió mucho el ojo.

—Espera, Malachiasz…

Al Buitre Negro la boca le supo a cobre. Se le fragmentó la visión, volviéndose más aguda, mejor, cuando una docena de ojos le aparecieron en la piel. Le crecieron garras de hierro de las uñas sangrientas y se le afilaron los dientes en la boca. Se detuvo ahí… o lo intentó.

«*Taszni nem Malachiasz*. No caigas demasiado lejos. No pierdas los fragmentos que te hacen humano».

—*Chico, hace mucho que los perdiste*.

Malachiasz atacó. Era mucho más rápido que los acólitos de Chymog, mucho más poderoso. Pero estaba cansado. Y tenía hambre. Estaba envuelto en la voluntad de un ser mucho más antiguo que él e incluso mientras actuaba,

atravesando las túnicas negras y arrancando la piel con los dientes, no era suficiente.

Chyrnog no quería que luchara. Quería sumisión. De repente, ya no controlaba su propio cuerpo. Se chocó contra el suelo con la fuerza suficiente para que le temblaran los huesos, y sus afilados dientes le rasgaron el labio inferior. Escupió sangre en la bota de uno de los acólitos.

—Venga, venga, déjate de tonterías —dijo una voz calmada y suave, rítmica y delicada de una manera que llevaba a engaño—. No queremos destruiros ni a ti ni a tus acompañantes. —Alguien se arrodilló frente a Malachiasz y le levantó la barbilla con una mano enguantada—. Vaya criatura. —Se incorporó.

Malachiasz se arrepintió de haber desperdiciado la sangre de la boca en el zapato. Todo se movía demasiado rápido y lento a la vez y no conseguía formar las palabras.

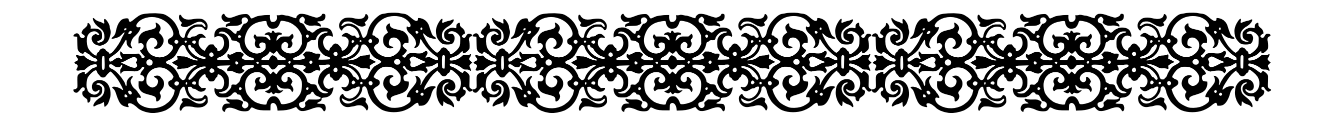
—Dejadlos inconscientes. Nos queda mucho camino por delante y no quiero que se resistan.

El Buitre Negro trató de luchar, pero su cuerpo no le hacía caso.

«¿Qué me está pasando?».

—*Has asumido demasiadas cosas sobre lo que voy a permitir, pero nunca se te ha ocurrido pensar cómo funciona de verdad nuestro acuerdo. No eres nada, mera carne, un gusano, solo un receptáculo que actúa a mi voluntad, y esta es destrucción, hambre. Puedes resistirte o ser dócil, nada de eso importa. Ganaré. Siempre gano. Y necesitas que te empujen en la dirección correcta. Mis acólitos han capturado a uno de los que se han despertado y necesito que lo destruyas. ¿No tienes hambre?*

Se sentía voraz.



13

NADEZHDA LAPTEVA

Los ríos de Kalyazin se sentían atraídos por las uñas de Ljubica cuando ella las introducía en el suelo, movida por la pena.

Los Libros de Innokentiy

Nadya había hablado con muchos dioses durante su vida.

Otros niños del monasterio tenían amigos, hermanos o familiares imaginarios, pero ella tenía las voces en su cabeza que le hablaban del mundo. Marzenya siempre estaba por encima del resto. Una mano amiga sobre una chica nacida en el corazón del caos. Le hablaba entre susurros de magia y guerra. También le contaba una y otra vez lo mucho que amaba a la chica que había elegido, la chica cuyo pelo había perdido todo color por el contacto de los dioses, la chica que se sentaba, escuchaba y tenía magia entre las manos, la chica que soñaba con la guerra.

¿La habría asfixiado tanto amor? ¿Ese amor le habría pedido a la chica que se arrancara el corazón y lo ofreciera, roto y sangriento, por una posible pizca de perdón, que eligiera entre la diosa y los amigos que había hecho y el chico al que había amado? ¿Le habría pedido el amor que lo perdiera todo para no ganar nada? Nadya no entendía el amor.

El santuario estaba vacío, por lo que nadie la molestaría. Ningún tranaviano ni *boyar* kalyazi en busca de rumores. Sería ahí, en un lugar donde la atmósfera estaba contaminada y profanada, donde llevaría a cabo su siguiente movimiento. Se acercó a los iconos de las paredes y tocó las lágrimas que le caían por las mejillas a Svoyatova Celestyna Samonova. No le sorprendió que, al separar los dedos, los tuviera llenos de sangre.

«¿Qué está pasando?». No sabía quién esperaba que le contestara. Nadie, en última instancia. Quizás Ljubica, la única divinidad que le había hablado

desde la escena en la cima de la montaña. Sin embargo, era una deidad caída y Nadya quería con desesperación hablar con alguno de los dioses que siempre había conocido.

«Sé que me oís. Sé que Marzenya mentía». Lo que no entendía era por qué. Nadya podía haber hecho mucho más si hubiera sabido la verdad (estaba haciendo justo lo que Marzenya quería hasta el final).

Salvar a Malachiasz había sido lo único importante, aunque había sabido con toda seguridad lo que iba a hacer con su magia. Le había dado el poder de hacer lo que ella no podía. Marzenya le había posado los dedos en la nuca, preparados para destruirla, y nunca habría sido capaz de alejarse del roce de la diosa. Marzenya estaba lista para matarla. ¿Una vida de devoción a cambio de qué? Una vida de manipulación.

Tomó el icono de la pared y lo llevó al centro del santuario antes de sentarse y quitarse el guante de la mano. Seguían allí la piel mancillada y las uñas afiladas y, entonces, ahí, en el centro donde una cicatriz formaba una espiral en tomo a su palma, se le abrió un ojo. Nadya tragó saliva con fuerza, flexionó la mano y esperó a que se cerrara y desapareciera, pero no lo hizo.

Pensaba que los ojos, los cambios constantes del cuerpo de Malachiasz, se debían a su transformación durante el ritual.

Un dios del caos filtrándose por las grietas de la mortalidad. Pero aquello significaba que no había estado del todo en lo cierto. «La divinidad pervierte la mortalidad». Tenía sentido, explicaba la manera en la que se le agrietaba, Asuraba, manchaba y retorcía la piel. La cicatriz en la palma de Malachiasz se había curado porque gran parte de él ya estaba corrompido por la divinidad. No tenía por qué reaccionar del mismo modo. No obstante, lo que le estuviera ocurriendo a ella se estaba volviendo más perceptible. ¿Se extendería aún más la corrupción, o la bendición, o se detendría? No había avanzado desde que se había hecho pedazos a sí misma y los había vuelto a juntar. Olvido y coherencia. Le supo la boca a sangre y escupió antes de limpiársela con el dorso de la mano.

Tocó la piel cerca del ojo. Ya no le dolía, pero lo notaba extraño. Con cuidado, cerró los dedos. ¿Le habría ocurrido aquello si no hubiera derramado sangre a cambio de poder en Grazyk o era inevitable? Nadya se humedeció las yemas de los dedos con la sangre del icono.

—Seguid ignorándome, vale. Os obligaré a que me prestéis atención. —Sacó el libro de hechizos de Malachiasz de la bolsa.

Había leído la mayoría en las últimas semanas, descifrando su casi incoherente caligrafía. Incluso en las páginas con hechizos creados con sumo

cuidado, encontró bocetos esparcidos. Era una parte de él que había pasado por alto hasta que había sido demasiado tarde, aquella necesidad frenética y constante de crear. Aun así, había apuntado con pulcritud en cada página qué hechizos eran experimentales y cuáles había probado en detalle. Había páginas y más páginas con reflexiones sobre la divinidad y hechizos experimentales entre medias. Junto a la investigación sobre la magnificencia, había hechizos de un horror inexplicable. La intensidad de su capacidad de crueldad era mayor de lo que Nadya había imaginado. Malachiasz podía ser muy peligroso, pero la clériga no pudo evitar pensar, a medida que ojeaba su obra pasional, que podía crear tanto maravillas como pesadillas. Había sido complicado, más bonito y terrible de lo que nadie podía imaginarse, y el mundo era mejor y peor tras su paso.

No obstante, Nadya descubrió lo que deseaba en esas páginas. El conocimiento de la magia de sangre quizás hubiera desaparecido, pero, de alguna manera, podía leer los hechizos que había creado. Se preguntó qué había hecho. Había excepciones que sugerían que la habían empujado en una dirección más específica que hacia un golpe mortal que acabara con la magia de sangre. Marzenya tenía algún plan mayor que incluía a Nadya de una manera de la que no podía escapar. O existía un poder en la sangre que no desaparecería nunca.

Cruzó las piernas y apoyó el libro abierto en el suelo ante ella. Con las yemas llenas de sangre, de forma cuidadosa, copió un hechizo en el suelo ante ella. No tenía sentido del todo. Parecía fragmentado, así que incluso en su interior algo había tomado forma alrededor de la destrucción de la magia de sangre, pero le servía para el propósito que buscaba.

—Sé que me estáis escuchando —dijo en voz alta—. Lo sé, lo siento. Os voy a obligar a que me oigáis. No me importa quién, pero uno de vosotros va a hablar conmigo. —«Soy más que una clériga y no vais a seguir ignorándome».

Sacó su *voryen* del cinturón y, con suma cautela, se hizo un corte en el dorso de la mano mancillada. Mancillada o… ¿divina?

Fuera lo que fuese, sangró de la misma manera. «Derramar la sangre es la parte difícil. Usarla es la fácil».

Profanar aquel lugar sagrado con magia herética era sencillo. Si iba a salvar el mundo de la destrucción, aquello era lo que debía hacer. El hechizo funcionó. Nadya echó la cabeza hacia atrás y se le arqueó la espalda. Algo se presionó contra ella, un peso, una presencia, y se le nubló la visión. No veía nada excepto un manto blanco.

—*Eres insistente*.

No conocía esa voz. Debía ser uno de los caídos. Sintió una punzada de decepción porque su panteón la estuviera ignorando, pero hablaría a quien le contestara.

«Me han dicho cosas peores».

Ya no estaba en el pequeño santuario y la nieve caía en aquel lugar. Tenía los pies desnudos y tras ella había huellas sangrientas. Era gracioso que la sangre siempre estuviera presente en sus tratos con los dioses.

«¿Dónde estoy?».

—*No donde perteneces, no por donde pisan los mortales. ¿Quién eres?*

«Buena pregunta».

—*No has contestado*.

«No, tú primero».

La diversión impregnaba el aire. Estaba muy cerca de ver a un dios y no había preparación posible para eso, en realidad no. Se acercó al borde del lago y no hubo manera de que fuera menos aterrador cuando lo tuvo frente a ella.

Algo se agitaba dentro del agua oscura. Se movía cerca, siempre más cerca, hasta que un tentáculo empapado y retorcido se acurrucó en la orilla junto a los pies de Nadya. Y más, docenas de ellos, hasta que una figura enorme salió del agua. Tenía una forma casi humana, pero no lo suficiente, se retorcía mientras los tentáculos no dejaban de moverse, buscar, investigar. Tenía los ojos cubiertos de harapos sucios, con percebes aferrados a su piel y colgados de mechones chorreantes de pelo desaliñado. Le dedicó una sonrisa, salpicada de dientes rotos.

—Zvezdan. Y aún sigues en pie.

—Aún sigo en pie.

—¿Todavía no te has vuelto loca?

—No más de lo habitual, debo decir.

—Interesante.

Ese debería haber sido su destino. Su cerebro estaba racionalizando la forma de Zvezdan. Igual que se había resistido con Malachiasz y solo había asimilado los fragmentos que tenían sentido, protegiéndose de todo lo que no lo tenía. Cerró los dedos sobre el ojo en la palma, deseando tener el guante.

—Ni siquiera mis sacerdotes ahogados han sobrevivido a esto —observó Zvezdan.

Nadya no tenía interés alguno en los sacerdotes de ese dios, caído, pero dios igualmente, ¿no? ¿Cuánto tiempo había estado encerrado? ¿Habían

continuado ejerciendo sus sacerdotes en su ausencia? Bueno, quizás tenía algunas preguntas sobre por qué ser fiel a un dios que ya no existía.

Sin embargo, Zvezdan no había muerto, solo llevaba siglos encerrado. Para ella, no había esperanzas con Marzenya.

Era consciente de que el dios la estaba observando con atención, de alguna manera, a pesar de llevar los ojos tapados, aunque sospechaba que tras los harapos solo había cuencas.

—¿Eres tú la que nos liberó? —preguntó el dios.

Nadya se había acercado al borde del agua y casi permitía que las olas le acariciaran los dedos de los pies desnudos.

—No —contestó con suavidad—. ¿Qué planeas hacer con tu libertad?

—Hay demasiadas cosas. Muchos han caído en la herejía en mi ausencia. Muchos han olvidado el horror de las profundidades. Tengo la intención de hacerles recordar.

Nadya entornó los ojos. No alejó la mirada del agua.

—¿Ninguna venganza por haber estado prisionero? ¿Por qué te encerraron?

El agua le salpicó cuando Zvezdan se revolvió, con los tentáculos en una agitación constante.

—¿Contra quién podría vengarme? Es mucho más fácil ejercer mi voluntad en este mundo que en el otro, así que eso haré.

—¿Hay más que piensen como tú? ¿Algunos de los que estuvieron encerrados?

—Pregúntaselo tú misma. Seguro que vendrán cuando los llames, pequeña clériga, el brillo de algo que nunca hemos probado es demasiado fuerte dentro de ti como para resistirnos. —Estaba muy cerca—. ¿Qué eres? —preguntó, curioso.

Podía oler la descomposición en su aliento y sentir el hielo extraño de su presencia. No se movió. No tenía respuesta para esa pregunta que no dejaban de hacerle. ¿Qué tipo de poder tenía un dios caído? Querían consumirla, ¿cómo podía defenderse? Ella, que había utilizado el poder de los dioses toda su vida, que había reunido más de lo que debería soportar cualquier mortal, que lo había anhelado en su ausencia de una manera en la que no debería hacerlo ningún humano.

Estiró los dedos de la mano izquierda y el ojo se abrió. Luego, le presionó la palma contra la frente a Zvezdan, quien se quedó paralizado, todo su ser permaneció inmóvil y el aire se le bloqueó en la garganta. La chica se

preguntó si necesitaría respirar, si los dioses necesitaban tener aire en los pulmones.

A Nadya la visión se le quedó en blanco y vio el océano de agua oscura, de poder oscuro. Podía introducir la mano en el agua, llevarse todo lo que deseara. Podía ser al revés: aunque los dioses le dieran poder, ella también podía arrebatárselo. No sabía qué debía hacer todavía, pero ¿cuánto poder necesitaría para conseguirlo? Se arrodilló en el borde del agua negra y bebió largos sorbos.

* * *

La oscuridad en la piel le llegaba hasta el hombro. ¿Había sido inteligente lo que le había hecho a Zvezdan? Casi seguro que no, pero eso no la había detenido. No había mucho que pudiera hacerlo.

—No podemos irnos, aún no —dijo Katya, dejando una botella llena de vino sobre la mesa antes de tomar asiento.

Nadya puso los ojos en blanco. Katya se parecía a veces tanto a Serefin, que era sorprendente.

—¿Por qué no? —preguntó Nadya. Se sintió nerviosa y extraña. La luz le había hecho daño en los ojos cuando había abandonado el santuario. Al menos, ya no estaban en el hogar de ningún *boyar*. Nadya podía relajarse. La posada estaba más abarrotada de lo que le gustaría, pero el fuego desprendía calor en la chimenea y el escalofrío que quedaba como remanente tras la magia que había hecho comenzaba a abandonarle los huesos.

—Tenemos que descubrir qué ha ocurrido en esas tumbas vacías.

Rashid, quien estaba a punto de sentarse junto a Nadya, frunció ligeramente el ceño y se incorporó.

—Ahora que lo pienso, creo que esta no es una conversación en la que quiera participar. Dejadme vivir en mi dulce ignorancia sin tanta tumba.

—Un puñado de tumbas del cementerio están vacías —comentó Ostyia.

—¿Ves? Ya lo has arruinado todo. —Rashid soltó un suspiro de agotamiento y se sentó.

Nadya observó su plato.

—¿Tienen arenques?

—No puedes comer de mi bandeja, monstruo.

—Es difícil abandonar los antiguos hábitos del monasterio —dijo Nadya, cogiendo un trozo de pan y un arenque de su plato cuando no miraba. Él fingió no darse cuenta.

Rashid posó el antebrazo a su lado. No tenía ningún tatuaje, que ella supiera, pero parecía que le hubieran pintado vides en la piel, atravesadas por extraños cortes que aparentemente no estaban sanando. Katya y Ostyia estaban hablando de las tumbas vacías, y Nadya apenas las escuchaba cuando tomó a Rashid por la muñeca y le dio la vuelta a su brazo. Él siguió su mirada e hizo una mueca.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—No lo sé.

Parijahan se unió a ellos, vio las extrañas marcas que Nadya y Rashid estaban inspeccionando y abrió mucho los ojos.

—No… —susurró.

Rashid miró hacia la mesa. Katya y Ostyia no les estaban prestando atención.

—Lo sabe, no pasa nada.

Parijahan soltó un suspiro entre dientes.

—Aquí no.

Nadya observó las vides del brazo del chico y frunció aún más el ceño. No sabía qué tipo de magia haría algo así, salvo… Se estremeció al pensar en su propio brazo. Divinidad y corrupción, todo era lo mismo. Le sostuvo la mirada a Rashid y su preocupación se le clavó en el pecho. Había estado huyendo de aquello toda su vida y al final lo había atrapado. Le cogió la mano y se la apretó.

—Lo lograremos.

—No puedo creer que te hayas comido mi comida cuando te he dicho que no lo hagas —replicó. La clériga sonrió y de inmediato a él se le iluminó la expresión—. Tienes razón, lo lograremos. De alguna manera.

Katya dio un golpe a la superficie de la mesa.

—Vuelta al trabajo.

—¿Cuándo ha comenzado? —preguntó Nadya. Si no iban a moverse hasta que se hubiera solucionado el problema, intentaría arreglarlo.

—Creo que lo sabes —contestó Katya con sequedad.

—Hace varias semanas —dijo una nueva voz cuando un chico delgado con el pelo rubio y rizado se sentó frente a Nadya. Era el joven de la iglesia. ¿Cómo había dicho Katya que se llamaba? Viktor.

—¿Dónde has estado? —preguntó la *tsarevna*.

—Haciendo mi trabajo. Me trasladé aquí por una razón, ya lo sabes —replicó el chico con sequedad.

Tenía más o menos la edad de Katya, quizás unos años más. Llevaba ropa de buena calidad, con su *kosovortka* adornado en el dobladillo y el cuello. Tenía el abrigo cubierto de un pelaje tan abundante que debía ser de oso. Llevaba un semirrecogido en el pelo, que le llegaba más allá de los hombros. Era un *boyar*, aunque Nadya debería haberlo esperado de alguien que Katya conociera.

—Nadie ha visto nada excepto una anciana conocida por delirar.

—Bueno, eso dicen —observó Ostyia.

Viktor se tensó de inmediato al percibir el fuerte acento de Ostyia hablando kalyazi. Katya se encogió de hombros ante su expresión de incredulidad.

—¿Qué? ¿No tienes ningún prisionero tranaviano que pasear por ahí?

Nadya esperaba que Ostyia replicara, pero esta solo puso el ojo azul en blanco. «Está metida en el mismo lío que yo el año pasado». Escapar de lo imposible y caer en lo inevitable. Una táctica de supervivencia, una que la clériga no deseaba ver a nadie más usar.

—Ostyia tiene razón —dijo Nadya. Los kalyazi eran un puñado de supersticiosos y captar un retazo de un vecino muerto no sería necesariamente un acontecimiento destacable. Se habrían ido a casa y dejado comida en los baños y el homo mientras murmuraban algo sobre que los espíritus tenían un poco más de fuerza de lo normal, pero que no había que pensar mucho en ello —. Si los cadáveres no se mostraban malévolos, ¿por qué iban a informar del tema? —Viktor alzó una ceja—. ¿Ha habido un repunte de personas que han asistido a la iglesia? —comentó Nadya.

—Habría que preguntárselo al sacerdote —contestó Viktor.

—Ah, bueno, al parecer, eso es un caso perdido para mí.

—¿Por qué? ¿Cómo te llamas?

—Nadya y…

—Nadezhda es demasiado humilde —la interrumpió Katya—. No todos los días se conoce a nuestra famosa clériga.

En los ojos azules de Viktor se reflejó una chispa de reconocimiento. Eso y algo que Nadya conocía demasiado. La gente siempre quería quedar bien con los dioses y a estos nunca les había importado demasiado oír sus insignificantes quejas.

—*No es que no nos importe, pero ¿por qué iba a querer oírlo de segunda mano? Me hace sentir que no quieren mi ayuda*.

Nadya no se sobresaltó por la voz, pero no la reconoció. ¿Otro dios caído?

«¿Quién eres?».

—*Ah, ¿no lo sabes? Una pena. ¿Se han olvidado todos de mí? Qué lástima*.

Nadya se centró en la conversación de la mesa, pero descubrió que fluía sin ella. Parijahan le dedicó una mirada comprensiva y, a propósito, redirigió la atención de Viktor lejos de ella.

No era obvio cuando los dioses hablaban con ella, eso lo tenía claro, pero quizás Parijahan la conociera lo bastante bien para sentir cuándo su amiga no estaba del todo presente. Era un pensamiento agradable que alguien la conociera tanto. Nunca se había imaginado que llegaría a tener algo así de nuevo.

«No has contestado a mi pregunta», observó Nadya.

—*Esperaba que llegaras a la conclusión adecuada por ti misma, pero supongo que eso es esperar demasiado de un mortal. Me llamo Zlatana*.

«Solo por cortesía te preguntaré cuál es tu dominio».

—*¿Sí? Eres encantadora. Habito en las sombras y las aguas poco profundas, las marismas. Susurro a las criaturas de la oscuridad y ellas me escuchan*.

«Qué interesante que aparezcas ahora».

—*Ah, ¿sí?*

—¿Hay pantanos por aquí? —preguntó Nadya de repente y todos se quedaron en silencio. No tenía ni idea en qué punto de la conversación había irrumpido—. Perdón —dijo—. Se me ha ocurrido una idea.

—Eso parece —contestó Viktor con sarcasmo—. Sí, hay ciénagas a kilómetro y medio hacia el sur.

Katya apoyó la barbilla en las manos.

—¿Qué piensas, *kovoishka*?

—Serefin liberó a la diosa caída de las marismas y ahora cualquier lugar cercano a ellas va a tener problemas.

Ostyia soltó una risa cortante.

—Todo Tranavia, entonces.

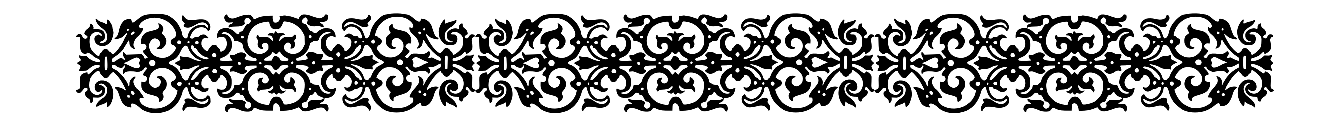
Nadya le sostuvo la mirada y se encogió de hombros. Ostyia palideció al darse cuenta de la gravedad de la situación y de que Tranavia no estaba a salvo de esos dioses caídos. Ya no tenían el velo de magia que Malachiasz había fortalecido para protegerlos. Esos herejes eran vulnerables…

Nadya nunca había buscado la razón. Incluso después de conocer a los tranavianos, nunca se había detenido a pensar por qué a esas personas se las aborrecía tanto más allá de que derramaran sangre sobre pergaminos. Casi como si no hubiera un porqué real.

—¿Qué deberíamos hacer? —le preguntó Viktor a Katya.

Esta no respondió, solo fijó los ojos verdes en Nadya con una firmeza incómoda. La clériga se tiró del guante.

—Deberíamos ir a los pantanos esta noche.



14

SEREFIN MELESKI

De alguna manera, Lev hizo un descubrimiento, pero todo lo que escribe no tiene sentido. Innokentiy está desconcertado. Creo que Sofka ha perdido la cabeza. Estamos condenados.

Fragmento de los diarios personales de Milyena Shishova

Serefin no podía desprenderse de la sensación de que estaba muy lejos del claro y de la cabaña de Pelageya cuando se despertó. Le palpitaba la cabeza como si le hubieran clavado uñas en las cuencas.

Estaba oscuro. Solo contaba con una tenue antorcha en la pared para asimilar los alrededores. No sabía dónde se encontraba. ¿Estaba solo? Sangre y hueso, esperaba que no. Palpó a su alrededor y enredó los dedos en mucho pelo. Malachiasz. Lo sacudió con fuerza por el hombro.

—Despiértate, desastre esquelético —siseó.

Si Malachiasz estaba allí, con suerte Kacper también lo estaría. Le dio una patada a Malachiasz por si acaso y este gimió como respuesta antes de removerse al fin. Serefin aplacó la necesidad de hacerse un corte en la mano en busca de magia. Allí solo encontraría decepción. Aun así, tenía las estrellas. Si las buscaba, podía acceder a ellas, en ese lugar fuera de su consciencia, el lugar donde habitaba la otra magia. Esta vez fue fácil, natural.

—*Eso es lo que ocurre cuando te eligen los dioses* —observó Velyos.

«Magia divina». Se estaba volviendo cada vez más difícil alejarse de aquello en lo que se había convertido. Lanzó un puñado de estrellas que iluminaron la sala.

Malachiasz gimió de nuevo, con más suavidad, y se aovilló. Luego, todo su cuerpo convulsionó y empezó a cambiar de repente, fuera de control.

Frenético, Serefin examinó la sala y encontró a Kacper, inconsciente, en el rincón opuesto. Indeciso, titubeó. Sin embargo, había poco que pudiera hacer por Malachiasz, excepto permitirle vencer aquel ataque de caos. Serefin se dirigió hacia Kacper, pero las piernas le fallaron. Se arrastró antes de derrumbarse en el suelo y sacudir con suavidad a Kacper por el hombro. El pánico lo atenazó cuando no recibió una respuesta inmediata.

—Kacper —susurró. Le besó en la sien y le presionó los dedos contra el cuello. Tenía pulso, estaba respirando.

Serefin se apoyó en los talones, deseando con desesperación que aquello no fuera magia. Miró sobre su hombro hacia donde estaba convulsionando su hermano en el suelo (sangre y hueso, estaba vivo). Dejó escapar un suspiro y besó a Kacper en la frente antes de regresar con Malachiasz, dudando sobre qué hacer.

Era inquietante observarlo. Serefin había visto algo así en las montañas, aquella pérdida de control, el dios en el que se había convertido Malachiasz sobrepasando su mortalidad. Había rotura de huesos, piel arrancada, dientes, garras y horror. La bilis le ascendía por la garganta y tuvo que tragársela.

De forma abrupta, se encendió una luz en lo alto y Serefin se dio cuenta de que estaban en un sótano con las escaleras muy lejos. La puerta se cerró de golpe y la luz desapareció. Unos segundos después, una antorcha distante titiló.

Serefin quería contener a Malachiasz de alguna manera, evitar que se arrancara la mejilla con un diente afilado, pero no podía acercarse lo suficiente.

«¿Qué te ha pasado?». Aquello era más que ojos y temblores, y Serefin sintió un cosquilleo de inesperada compasión. Al final, sus problemas divinos solo se habían manifestado en la pérdida de un ojo. Tras ver aquello, parecía un intercambio insignificante. Oyó pisadas acercándose y se tensó cuando una figura encapuchada, iluminada por la antorcha, apareció junto a él.

—Interesante —murmuró al ver a Malachiasz. Movió la cabeza y estudió a Serefin—. ¿Quién es?

Hacía meses, le habría dicho que nadie, el Buitre Negro, un monstruo, nada más. Ahora no estaba seguro de cómo aceptar ese cambio de relación entre él y un chico al que no apreciaba desde que eran unos críos.

—Mi hermano —respondió al fin Serefin—. ¿Dónde estamos?

—Ah, seguro que tienes muchas preguntas. Y disculpa por… —Hizo un gesto con la mano hacia el sótano—. Todo esto. Debíais purificaros antes de entrar en el templo.

A Serefin no le gustó cómo sonaba aquello.

—¿Perdón?

—Tú ni te enteraste, pero él parece estar reaccionando bastante mal.

El cambio se había ralentizado, convirtiéndose en temblores y fisuras que, para Serefin, eran la nueva normalidad de Malachiasz. Ojos, bocas y dientes. Su respiración era superficial y se le abrían ojos por todas partes, pero parecían vidriosos y ciegos, como si algo se hubiera apoderado de él y quisiera tener la última palabra. Arqueó la columna, con lo que se golpeó con fuerza la cabeza contra el suelo duro antes de que el ataque cesara y se relajara. Cuando alzó la cabeza, tenía los ojos negros como el ónice.

Serefin se sobresalto y se alejó a toda velocidad. La figura no se movió. Malachiasz los miró con la cabeza inclinada y el pelo suelto y negro de una oscuridad distinta a la de aquel lugar.

Aquello iba a acabar mal. Serefin había conocido a suficientes Buitres para saber cuándo no estaban del todo presentes, y a Malachiasz no parecía preocuparle especialmente sentirse humano.

—Debo decir —comentó Serefin— que no parece que tengáis los recursos necesarios para lidiar con alguien como él.

Malachiasz atacó. Se movió más rápido de lo que Serefin creía posible. La figura permaneció inmóvil. Se le cayó la capucha y reveló al chico extraño y nervioso del grupo de Olya. Aquello explicaba cómo los habían encontrado. El chico ahora se mostraba estoico ante una muerte segura.

El Buitre Negro se chocó con una barrera de magia. Luego, se agazapó, apenas desconcertado. Serefin observó al joven. No había utilizado nada para hacer magia, ¿la usaría de manera inherente? Imposible.

«Bueno, no del todo». Serefin podía hacer algo sin su libro de hechizos, y Malachiasz también. Sin embargo, se habían convertido en algo más que magos de sangre y las reglas se habían corrompido a su alrededor. Era desconcertante. Las reglas del universo no estaban hechas para romperse, y su hermano había roto un buen número de ellas.

—No te preocupes —dijo el chico—. Nos han proporcionado formas de contener a alguien como él.

Serefin entornó el ojo. Malachiasz extendió una mano y en sus yemas revoloteó la magia. Esbozó una sonrisa torcida. La sangre le caía por el lagrimal. Presionó la mano contra la pared de magia y se rompió. El chico dio un paso atrás, sorprendido.

—Como he dicho —comentó Serefin, alejándose otro paso más—, no estoy seguro de que entiendas a qué te estás enfrentando.

El joven le dedicó una mirada de preocupación a Serefin cuando este habló. Un error. Malachiasz se lanzó hacia delante y le clavó las garras en el pecho. El chico se ahogó y la sangre le cayó por los labios. Serefin se estremeció.

—Intenté avisarte.

Malachiasz retiró la mano, lo que hizo que el joven cayera de bruces. Luego, se giró para mirar a Serefin. Mientras este lo esquivaba un segundo demasiado tarde y sentía el roce de las garras afiladas de Malachiasz, comprendió que lo último que deseaba era estar con su hermano mientras este solo escuchaba a sus instintos más primitivos, incluidas sus ganas de venganza.

—Malachiasz, necesito que reacciones —dijo Serefin. Alzó las manos, suplicante, consciente de que aquel era un intento desesperado.

Su hermano se estremeció al oír su nombre, algo dentro de él lo reconoció. Sin embargo, no era suficiente. No estaban igualados. Así no. De repente, Malachiasz se sobresaltó y una expresión extraña le cruzó la cara. Unas cadenas, moviéndose solas, le envolvieron el torso y las muñecas y cayó de rodillas. El chico se colocó tras él con una sonrisa sarcástica en la cara y la sangre cubriéndole la mejilla y el pecho donde lo había herido. Debería estar muerto. Dejó escapar un suspiro de dolor entre dientes.

—Te lo dije. Tenemos modos de contenerlo.

—¿Malachiasz? —Serefin ignoró al chico.

Los ojos color ónice del Buitre titilaron antes de que el negro diera paso a un azul pálido y casi incoloro. Frunció el ceño mientras trataba de deshacerse de las cadenas antes de sentarse sobre los talones, perplejo.

—¿Recuerdas lo que ocurre cuando te pones así? —preguntó curioso Serefin. Siempre había querido saberlo.

—A veces —contestó su hermano con una voz chirriante y extraña. Se aclaró la garganta, lo que le provocó un ataque de tos y escupió sangre—. Esta vez, sí.

—Ah, entonces sabrás que has estado a punto de matarme.

Malachiasz trató de encogerse de hombros, las cadenas le pesaban sobre los brazos lo suficiente para que apenas fuera capaz de hacerlo. Inclinó la cabeza para mirar al chico.

—Supongo que tendrás preguntas —comentó alegre el joven.

Kacper se despertó al fin en ese momento. Serefin trató de no montar escándalo por todos los medios, pero no pudo evitar atraerlo hacia sí y besarlo como si se estuviera ahogando.

—Tengo un dolor horrible de cabeza —dijo Kacper cuando Serefin se separó de él y el chico comenzó a encadenarlo también.

—Tú y todos nosotros —musitó Malachiasz.

Kacper lo fulminó con la mirada, como si se hubiera olvidado de que estaba allí y el recordatorio repentino hubiera sido desagradable. El chico se movió para encadenar a Kacper; parecía casi arrepentido.

—Hasta que sepa que puedo confiar en vosotros, esta es la manera en la que haremos las cosas —anunció.

Serefin y Kacper intercambiaron una mirada. Malachiasz miró al techo.

—Es una secta —murmuró.

El chico terminó con las cadenas de Kacper y dio un paso atrás. Sin más palabras, regresó a las escaleras y los dejó en la oscuridad una vez más. Serefin liberó algunas estrellas más.

—Vaya truco de magia —dijo Malachiasz con un innecesario toque de desprecio.

Serefin pensó en lo que las estrellas le habían hecho al Buitre que lo había atacado en la posada, pero no dijo nada. Permitiría que el Buitre Negro lo subestimara.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Serefin con un tono monótono.

Malachiasz puso los ojos en blanco.

—¿Qué quieres que te diga?

—«Perdona por estar a punto de asesinarte» sería un buen comienzo.

—Sería mentira.

—Y estás muy por encima de eso. —Aquello hizo que Malachiasz esbozara una sonrisa, lo que era inquietante—. ¿Cómo ha sobrevivido el chico después de que lo apuñalaras? —preguntó Serefin.

—Esa sí que es una buena pregunta. —Serefin se había olvidado de lo condescendiente que era su hermano—. Aunque las hemorragias internas no hubieran acabado con él, debería haberlo hecho el veneno —continuó Malachiasz.

—¿Te envenenas las garras? —dijo Serefin. Se suponía que era una pregunta, pero la idea era tan ridícula, aunque a la vez tan poco sorprendente, que no sabía qué esperar como respuesta.

—No quieras saber los detalles por los que los Buitres somos como somos —replicó Malachiasz.

Era cierto, no quería.

—No importa.

—En serio, lo odio —dijo Kacper.

Malachiasz esbozó una sonrisa radiante antes de que una expresión extraña le traspasara el rostro y se doblara sobre sí, tosiendo. Era patético. Unos momentos después, se incorporó con esfuerzo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Serefin.

—¿Cómo lo iba a saber? Haces demasiadas preguntas. —No podía limpiarse la sangre que le caía por la barbilla y cada vez que hablaba se le veían los dientes, más afilados de lo normal.

—Sabes algo.

Malachiasz inclinó la cabeza.

—Sean quienes sean, siguen al dios que me ha elegido.

—Vaya —jadeó Serefin.

Kacper le dedicó una mirada inquisitiva. Claro. ¡Claro que era por eso por lo que Malachiasz seguía vivo! No sería como Velyos porque este era, en última instancia, un ser travieso, pero nada demasiado destructivo.

—*Ese chico crea demasiados problemas* —observó Velyos.

«¿Quién es el dios?», preguntó Serefin.

—*Ya lo sabes. Trataste con él y saliste con vida, que es más de lo que la mayoría, más que cualquiera, puede decir. Así es como supo que era posible, ¿sabes? La sangre es la misma. Si un ser tan antiguo, retorcido y malo puede poseer al hermano mayor, entonces también puede hacerlo con el más joven, que es mucho peor y está más loco. Además, era al joven al que quería en realidad*.

«Chyrnog». A Serefin le dio un vuelco el estómago.

—Él es la razón por la que perdí el ojo —dijo en voz baja.

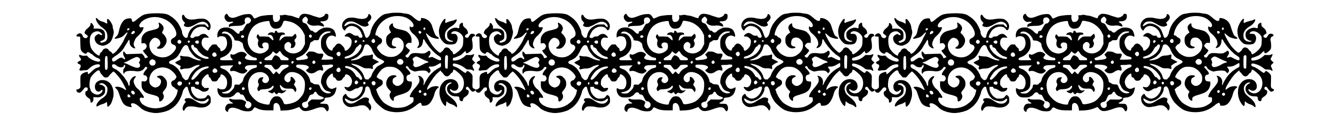
—¿Esto es culpa tuya? —preguntó Malachiasz incrédulo, como si no creyera que Serefin fuera capaz de nada, mucho menos de algo que le afectaba.

Serefin abrió la boca y la cerró. Sí. Sí, no, sí. Se encogió de hombros, desesperado.

—No…, no quería…

Se interrumpió cuando la puerta se abrió de golpe. Malachiasz se tensó y se agazapó como si se estuviera preparando para atacar, aunque su hermano no creía que pudiera hacer mucho encadenado.

Serefin había liberado a un dios antiguo y este había elegido a la persona más poderosa que existía, que a la vez no tenía ni una pizca de conciencia. Si el mundo se estaba desmoronando, era culpa suya.



15

MALACHIASZ CZECHOWICZ

A Svoyatovi Dimitry Teterev le cortaron las orejas, le quemaron los ojos y le arrancaron la lengua, pero aun así nada de eso le detuvo, nada pudo pararlo y acabó él solo con la ciudad de Kowat.

Libro de los Santos de Vasiliev

El chico regresó con una mujer muy alta que Malachiasz pensó que podía ser la líder del culto…, pero entonces la desconocida lo levantó para que se quedara ante el joven.

—Si esperas que esté asustado y confuso, siento decepcionarte —dijo el Buitre Negro.

El chico esbozó una sonrisa. Tenía el pelo negro, como si fueran plumas, y la piel dorada, con las prominentes facciones de alguien del norte de Kalyazin. Una de sus pupilas tenía una forma extraña, un corte horizontal negro dentro del marrón. Levantó una mano para colocarse un mechón tras la oreja. Le faltaban dos de los dedos, además de un trozo de la oreja.

—Tengo pocas expectativas, te lo aseguro.

—¡Todavía mejor!

Esperaba poder descifrar a ese joven que había sobrevivido a sus garras, pero no conseguía ninguna reacción por su parte y un temblor ansioso le cosquilleaba en las manos. Se toqueteó un padrastro del dedo corazón tras la espalda.

—¿Estás seguro de que es este? —preguntó la mujer—. El otro tiene en el ojo la marca de los dioses.

Serefin se sobresaltó y trató de cubrírselo, pero se le olvidó que tenía los brazos atados. Malachiasz sabía lo que no estaba diciendo la mujer. Reprimió un suspiro.

—Quieres una demostración —dijo con voz monótona.

Mantener a raya el caos agitado era un esfuerzo constante y, por lo tanto, un descanso permitir que su cuerpo sucumbiera. Cerró los ojos, aunque veía a través de todos los malditos ojos que se le abrieron en la piel, un auténtico ataque para sus frágiles sentidos. Está vez no le salieron extremidades, lo que era raro porque eso había ocurrido antes, en el episodio en el suelo. Supuso que no había predicción en el caos. Tras lo que parecía suficiente, con cautela, lo recogió todo, sofocándolo, sabiendo que, cada vez que dejaba caer el escudo, se volvía un poco más difícil volver a colocarlo.

Abrió los ojos y observó cómo se le dilataban las pupilas al chico y se le contraía la respiración en la garganta. El pulso se le aceleró tanto que Malachiasz casi podía notárselo contra la piel.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Buitre Negro, como si fuera el que guiara la conversación.

El chico entornó los ojos, pero, tras una pausa, aceptó.

—Ruslan Yedemsky.

A Malachiasz le gustó aquel momento de rendición. Cuando alguien le daba su nombre, no advertía qué le estaba otorgando. Solo unos pocos comprendían el poder que tenían los nombres, sobre todo los no kalyazi.

Serefin frunció un poco el ceño, con la cara pálida y el sudor perlándole la piel. Necesitaba que le trataran el ojo o iba a matarlo. Malachiasz se sorprendió al descubrir que aquello no era lo que quería, que deseaba a Serefin vivo.

—Tienes sangre de los dioses bajo las uñas —observó Ruslan.

—Y la tuya.

Ruslan no dejaba de toquetearse un anillo del dedo, una joya voluminosa que, según sospechaba Malachiasz, debía contener una reliquia. El Buitre Negro captó una fea herida abierta en la palma, como si una púa de hierro le hubiera traspasado la piel.

«¿Eso pasó de verdad?». ¿Quién era ese chico? Una expresión relampagueante le cruzó la cara a Ruslan. Malachiasz no pudo descifrarla. Interesante.

—¿Qué querías decir con lo de purificamos? —preguntó Serefin.

Ruslan le lanzó una mirada.

—Quería estar seguro de haber encontrado lo que buscaba.

—¿A mí? Me halagas —se burló Malachiasz—. ¿Qué quieres? —preguntó, aunque ya lo sabía. Alguien se había despertado, fuera lo que fuese lo que significaba aquello, y aquel culto deseaba que él lo matara.

Decidió que luego se centraría en ese dilema moral en concreto porque aún no sabía si iba a ayudar a ese dios o a luchar contra él. Si Serefin pudo liberarse, seguro que él también podría.

—*Permití que el chico se fuera* —dijo Chyrnog—. *Tú no tendrás tanta suerte*.

Malachiasz se estremeció. Ruslan no se dignó a contestar a su pregunta.

—Llevemos arriba a nuestro invitado.

—¿Ya los otros dos? —preguntó la mujer.

Ruslan miró a Serefin y Kacper antes de centrarse en el primero y recorrerle las facciones con los ojos.

—¿Hermanos, dijiste? Os mantendré a los dos como incentivo para que este coopere. Además —le levantó la barbilla a Serefin—, podemos usarte.

—No creo que sea de mucha utilidad —comentó Serefin—. Estamos muy distanciados.

Los llevaron escaleras arriba. De las ventanas emergía una luz que se derramaba por el lóbrego pasillo como cuchillos dentados. Malachiasz tuvo una vaga sensación de que aquello era una cámara de tortura. Tembló y el corazón se le aceleró en el pecho. Sin embargo, Ruslan lo guio por un pasillo distinto.

—Bueno, eso responde a una pregunta —comentó el cultista—. A los sacerdotes y profetas de Chyrnog no les puede tocar la luz sin que les queme.

—No soy ni un sacerdote ni un profeta —replicó Malachiasz.

—Aun así, estás bendecido.

No era una bendición. Malachiasz no sabía siquiera cómo convertir aquello en algo que pudiera usar. Se tambaleó cuando una punzada de hambre lo sobresaltó. Siseó entre dientes y en voz baja, mareado de repente.

—Entonces, ¿ha sido el dios quien te ha dicho que me encadenes? —preguntó, ignorando la agitación de su pecho. Se iba a desmayar—. ¿No tendría más sentido que te gustara encontrar a alguien como yo?

—Llevamos esperando a Chyrnog mucho tiempo —dijo Ruslan—. No imaginábamos que fuera a elegir a un tranaviano, ¿sabes?

—¿A un hereje, te refieres? No pasa nada, no me importa. —La palabra nunca le había molestado en realidad y Nadya la había usado contra él lo suficiente para cogerle cariño al término.

Ruslan frunció ligeramente el ceño, como si dudara sobre qué hacer con él. Bien, quería inestabilizar al chico, que se preguntara si Malachiasz no era tan malo después de todo, si tal vez sí que tenía los intereses de Chyrnog como prioridad.

Por supuesto, no era así. Solo tenía los suyos y los de Tranavia. Los de esta última sobre todos los demás. Sin embargo, ¿no había sido justo eso lo que le había metido en este lío? Debería haber tenido más tacto, haberse mostrado más cuidadoso. No debería haberle facilitado a Nadya que lo destruyera todo. Debería haberse cuestionado sus intenciones. No esperaba que fuera tan diestra a la hora de mentir.

Había sido un ingenuo por voluntad propia porque, por supuesto, la clériga ya no era la chica asustada e inocente de Kalyazin que él había manipulado. Si lo hubiera sido, nunca…, bueno, no le habría importado mucho. Sin embargo, dado que era inteligente, astuta y despiadada, se había encariñado con ella, maldita sea. Daba muchos más problemas de los que se merecía, aunque a él le gustaban los problemas. Soltó un suspiro mientras la alejaba de su mente.

El edificio en el que estaban era enorme, una especie de fuerte. Malachiasz no conseguía imaginarse qué estructura tenía, pero no era una iglesia, demasiado grande. Los sacaron a un espacio abierto y ventoso. Un enorme árbol oscuro y de aspecto quebradizo se erguía en el centro del inmenso patio. Era evidente que estaba muerto, con las ramas secas y delgadas, extendidas hasta el techo.

«Interesante».

Una sola flor blanca que había crecido en una de las ramas llamó la atención de Malachiasz. Su aspecto era benigno, pero, cuando se le fragmentó la visión, la flor estaba repleta de gusanos. Encadenado al árbol había un joven, solo unos años mayor que él. Le pasaba algo malo. A Malachiasz le costó un segundo darse cuenta de que, en realidad, no estaba atado en absoluto.

Serefin dejó escapar un sonido suave de inquietud. El árbol había crecido dentro y alrededor del hombre. Las raíces le penetraban la piel y esta se convertía en raíces. Tenía los ojos cerrados. Malachiasz sintió un tipo especial de hambre.

—*Bien, ya sabes lo que debes hacer*.

Ruslan dio un paso hacia el hombre del árbol y le levantó la barbilla. No abrió los ojos.

—En el pasado, era uno de los nuestros —anunció con un tono lastimero—. Nos percatamos de que algo iba mal hace un año, pero no le dimos mayor importancia. Su vida diaria no se vio afectada. No obstante, hace unas semanas, algo irrumpió en el mundo.

La pared que había roto. La magia que le habían arrebatado a Tranavia. La muerte de la diosa de Nadya. Demasiado había cambiado. Pelageya había dicho que las cosas se estaban despertando. ¿Cómo los había llamado Chymog? «Los seres despiertos». Malachiasz tragó con fuerza cuando la boca se le inundó de saliva.

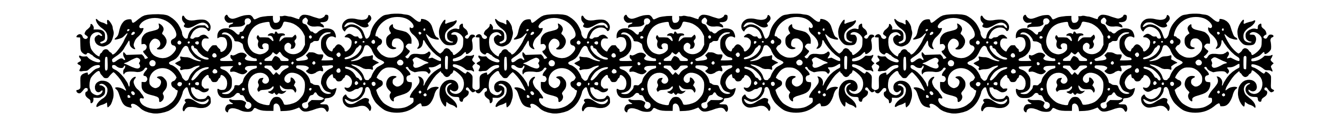
—¿Cómo se llama? —preguntó.

Ruslan alzó una ceja.

—Ivan.

Malachiasz estaba muy muy hambriento.

—*Ya sabes lo que debes hacer*.



16

NADEZHDA LAPTEVA

Zlatana y Omunitsa siempre han mantenido una amarga rivalidad. Hermanas en el pasado, pero ya no.

Códice de las Divinidades 866:73

Nadya se cubrió el pelo con la capucha mientras se arrepentía en parte de haber sugerido ir allí. Hacía mucho frío. ¿Cuánto tiempo sobrevivirían así? Tal vez ni siquiera tenían que preocuparse de los dioses caídos, el invierno los mataría primero.

—Está todo demasiado silencioso —gruñó Katya. Deberían poder oír las ranas, los insectos, los pájaros, algo, pero todo estaba en silencio.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Viktor.

A Nadya le había sorprendido que quisiera ir con ellos, pero no solo se había ofrecido a unirse, sino que le había dado una excusa bastante buena al *boyar* que les servía de anfitrión sobre lo que estaban haciendo esa noche. No obstante, ella misma no sabía muy bien cómo explicar lo que estaban a punto de hacer. No estaba siquiera segura del todo.

—¿Qué sabéis sobre la diosa Zlatana? —preguntó.

Katya frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Solo conozco su nombre. Es uno de los caídos, eso es todo.

Por desgracia. A Nadya le hubiera venido bien tener más información.

—¿Y de Zvezdan?

Viktor abrió mucho los ojos y le lanzó una mirada acusatoria a Katya.

—Dijiste que era clériga.

—Lo es.

—Lo soy —anunció Nadya.

—Esos dioses no son nuestros.

«Lo fueron en el pasado», pensó Nadya. ¿Qué había ocurrido en realidad para que los expulsaran? En última instancia, no importaba. Zlatana estaba haciendo algo perjudicial allí, y ella era la prueba de que todos los dioses caídos actuarían igual.

—*Eso me parece un poco sentencioso. No todos hacemos lo mismo*.

Nadya reconoció la débil voz aflautada de inmediato. «Velyos».

—*Hola, pajarillo*.

«No me llames así».

Se alejó unos pasos de los demás al sentir que iba a ser una conversación intensa.

«Si no queréis todos lo mismo, ¿tú qué deseas?».

—*Ah, yo ya he conseguido lo que quería*.

«¿Por qué esta es la primera vez que hablas conmigo?».

—*Ya tengo un pequeño mortal del que cuidar*.

«Serefin».

—*El encantador chico tranaviano, sí*.

Nadya saltó un tocón tras asegurarse de no pisar una serpiente al otro lado.

«¿Está vivo?».

—*Sí*.

Velyos no le ofreció más información sobre Serefin y Nadya no preguntó. Con eso le bastaba. Podía contárselo a Ostyia y eso la haría sentir mejor. Nadya podía formularle la pregunta más obvia. ¿Qué estaba haciendo Velyos allí? Pero no le interesaba demasiado. Lo que deseaba saber era mucho más específico.

«Si ahora eres libre, ¿eso significa que puedes acceder a los otros dioses?». Velyos hizo una pausa. Esa duda significaba que iba a sufrir una decepción con la siguiente pregunta. «Todos existís en el mismo plano, ¿no?».

—*¿Qué me estás preguntando, niña?*

«Solo tengo curiosidad sobre los otros. No importa. No tienes que responderme. No espero que lo hagas».

—*Tienes curiosidad porque no te hablan*.

Obviamente. ¿Dónde estaba Serefin? ¿Por qué no estaba con él? ¿De verdad le importaba? Había matado a Malachiasz con tanta facilidad…

«Igual que tú mataste a Malachiasz con tanta facilidad», se recordó.

«Si estás aquí, quizás puedas ayudarme», le dijo a Velyos.

—*Bueno, no necesito darte poder. Tienes bastante con el tuyo propio*.

«¿Dónde está Zlatana? ¿Cerca?».

—*Bastante. ¿Vas a detenerla?*

Solo quería saber qué tramaba Zlatana, para qué necesitaban prepararse en la ciudad. ¿Iba a liberar a esos cadáveres por todo el mundo? ¿Los estaba reuniendo para un propósito en concreto? Nadya quería respuestas. No sabía qué esperaban conseguir Viktor y Katya con esa excursión.

Parijahan se había negado a ir y, tras una profunda reflexión, Rashid había decidido quedarse con ella. Ostyia también había permanecido allí, alegando algo sobre demasiadas tonterías divinas. Nadya solo podía estar de acuerdo.

—*Tienes el aroma de la sal y el poder en ti* —observó Velyos—. *¿En qué has estado ocupada?*

«No es de tu incumbencia».

—*El mundo parece mucho más grande sin Marzenya, ¿verdad?*

«No pronuncies su nombre».

—*¿Por qué estás de luto, hija de la muerte? Es una diosa de ciclos*. —Nadya jadeó y el pecho se le agitó de manera incómoda cuando Velyos se marchó. La clériga tropezó y Katya la cogió del brazo para estabilizarla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la *tsarevna* con un susurro.

—Tonterías divinas —respondió.

Katya acarició el collar de dientes. Nadya entornó los ojos. Katya llevaba una pulsera con los iconos de los santos grabados en ella e incontables reliquias menores. La chica podía hacer magia gracias a drogas y sueños, pero ¿qué clase de poder era aquel comparado con el que Nadya podía ejercer incluso sin los dioses?

«O con ellos». Pensó en el poder que les había robado a Zvezdan y Malachiasz. ¿Eso era lo único que podía hacer? ¿Usar el poder de los demás porque en realidad no tenía poder propio? Sin embargo, no era cierto, aunque casi deseaba que así fuera. Sería una verdad más fácil de asimilar.

El dolor en su pecho, compuesto por la falta, la culpa, la ausencia y todo lo erróneo que representaba la muerte de Marzenya, seguía ahí, demasiado real y en carne viva, chocando de forma horrible con la agonía de perder a Malachiasz y… Nadya se topó de cara con algo duro. Katya también lo hizo tras ella.

—¿Por qué os habéis parado? —preguntó Viktor, unos pasos más atrás.

Nadya presionó las manos contra el bloque sólido de magia. Frunció el ceño y se quitó el guante. Había demasiada oscuridad para que alguien viera el ojo en su palma o lo que le pasaba en la piel. Apretó los dedos contra el poder puro.

—Es como el muro de Dozvlatovya —observó Katya.

—Parecido —comentó Nadya. Lo presionó con el poder. Un pozo oscuro. Agua oscura. «Hija de la muerte»—. No es tan antiguo, para nada. Se ha colocado hace poco y no es divino.

—¿Magia de sangre? —preguntó Viktor.

Nadya indagó un poco más. No. Aquello no era magia de sangre. No quería alentar una inquisición, pero conocía esta magia. La sentía cada vez que Pelageya la llevaba a su hogar. Terrenal, profunda y pesada.

—Magia de bruja —anunció con suavidad.

Viktor se tensó. Estaba de pie demasiado cerca de Nadya. La clériga podía oler el incienso en su ropa, por lo que se alejó un poco y toqueteó el collar de oración.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que estamos en una ciénaga de brujas, *moy gorlovky* —contestó con sequedad.

El chico le lanzó una mirada de soslayo. Nadya frotó las yemas de los dedos contra la magia y tiró de los hilos de poder que le había robado a Zvezdan. Sería fácil echarlo abajo.

—Un segundo —dijo Katya tras tomar a Nadya por la muñeca—. ¿Se liberará algo si haces esto?

Nadya frunció el ceño.

—No lo sé —respondió—. A veces se tiene que actuar.

—No quiero que provoques otro acontecimiento —le avisó Katya con un tono que le escoció.

Había muchas cosas que habían salido mal y ¿para qué? Nadya había perdido la conexión con los dioses y quería que se la devolvieran. Había sido una egoísta al llevar a Malachiasz a su perdición con la promesa del perdón, al enviar a Serefin a la oscuridad en lugar de ayudarlo cuando era una de las únicas personas que podían hacerlo. ¿Quiénes estarían vivos si no fuera por ella?

—Katya, no puedo prometerte que no vaya a suceder algo, pero esta pared está hecha para mantener fuera a la gente, no dentro.

—Pensaba que estábamos aquí por una diosa.

—Todos los dioses tienen acólitos —replicó Nadya—. Incluso los que llevan siglos desaparecidos. —Seguramente los caídos tuvieran a los seguidores más fervientes. ¿Quién si no iba a creer que un dios que no había hablado en siglos iba a volver?

«¿Qué quería decir Velyos? ¿Una diosa de ciclos?». Marzenya era la diosa del invierno. En primavera, sus estatuas se quemaban para acabar con la estación y atraer a la siguiente. Al final del otoño, esas estatuas volvían a medida que el dominio de Marzenya regresaba a la tierra. Aquellos eran ciclos naturales. Lo que le había ocurrido a ella no lo era. Nadya alejó el pensamiento de su mente cuando Katya la soltó y dio un paso atrás.

—Haz lo que debas —dijo.

Nadya tiró de esos hilos de poder que mantenían la pared en su lugar y la empujó. Se produjo una corriente de aire estancado cuando cayó.

—¿Deberíamos llamar a un sacerdote? —preguntó con amabilidad Viktor mientras pasaban junto a un cuerpo medio sumergido en el fango.

—Tenemos a Nadya —le recordó Katya.

—No creo que sea lo mismo.

Nadya se encorvó para inspeccionar el cuerpo de cerca. Gracias a la ciénaga, se había conservado bien. No era uno de los cadáveres de la ciudad. Este llevaba allí mucho más tiempo. Frunció el ceño. Había muchos cuerpos esparcidos a su alrededor.

—Katyusha, *melunishna*, se me olvidaba que tú siempre dabas las mejores fiestas de Komyazalov.

—Cállate, Viktor —contestó Katya.

—¿Y bien, *kovoishka*? —preguntó él sin inmutarse.

—Creo… —dijo Nadya antes de apoyarse en los talones—. Esto no me gusta.

—¿Qué decías sobre los acólitos?

—Eso es lo que me preocupa.

Podían continuar y toparse con lo que fuera que hubiese decidido que necesitaba todos esos cuerpos. Pero tendrían que meterse en el agua, y con eso se arriesgarían a alertar a un *utopnik*. Había visto antes el brillo de los ojos de rano. Estaban cerca, observando.

—Ojalá supiera cómo funciona esta magia —comentó en voz baja Nadya. Tocó una de las cuentas del collar con el pulgar sin esperar en realidad ninguna respuesta de Omunitsa.

—*Eres muy insistente*.

Nadya se quedó paralizada y sin aliento. Katya se acercó a ella, alarmada, pero la alejó con un movimiento de la mano.

«Eres tú».

—*Soy yo* —dijo Omunitsa con voz monótona—. *Quieres algo*.

«¿Por qué hablas conmigo?».

—*No importa. Sorpresa mortal y cualquier emoción humana a la que quieras echarle la culpa. Dime lo que quieres*.

Nadya vaciló. ¿Había ocurrido algo? ¿Qué los había llevado del silencio forzado y deliberado a aquello? ¿O estaba Omunitsa rompiendo las reglas? Ella era así. Nadya no solía hablarle, pero sabía cómo era la diosa de las aguas, protectora con su territorio.

«Zlatana te está poniendo nerviosa, ¿verdad?».

—*No me gustan tus suposiciones, niña*.

Sin embargo, Nadya sabía que los dioses se veían amenazados por los caídos y los terrenos de Zlatana eran las ciénagas, uno de los lugares de los que Omunitsa se había apoderado.

«¿Hay brujas cerca?».

—*Arpías de las ciénagas, sí*.

Nadya se estremeció. Se lo comentó a Katya, quien palideció y se llevó la mano a la empuñadura de la daga.

«¿Pedir poder sería ir demasiado lejos?».

—*No necesitas mi poder*. —Omunitsa parecía sarcástica.

¿Qué significaba aquello?

«Quédate cerca, por favor», dijo la clériga, en lugar de discutir.

Aceptó, malhumorada. Nadya estaría encantada con ese giro de los acontecimientos si no estuviera tan aterrada.

—¿Con qué estamos lidiando aquí? —preguntó Viktor.

Nadya presionó a Omunitsa para que le diera un poco más de información, que le concedió con recelo.

—Han estado alimentándose de estos cuerpos durante un tiempo, pero han descubierto que no era suficiente cuando la diosa ha comenzado a hablar de nuevo.

—Y ahora van a la ciudad —intervino Katya.

Nadya asintió.

—Sacan a los cadáveres del cementerio para alimentarse.

—¿Qué planean hacer? —preguntó Viktor. Parecía nervioso. Sin embargo, Nadya esperaba esa reacción de alguien racional que se enfrenta de repente con unas brujas que roban cadáveres.

La clériga se puso en pie con lentitud.

—Tenemos que volver. —No podía luchar con las brujas dentro de su terreno. No era lo bastante fuerte—. Deberíamos hacer una barricada en la ciudad.

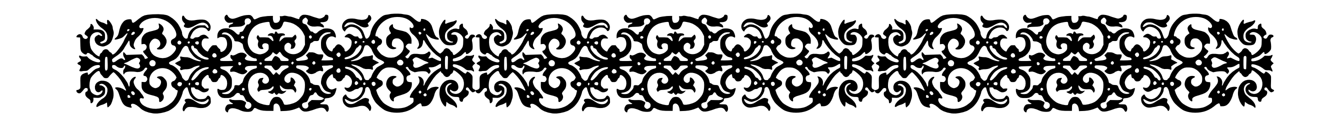
Katya alzó las cejas.

—¿Crees que nos van a atacar?

—Te dije que la guerra era la última de nuestras preocupaciones —susurró Nadya—. Para Voczi Dovorik, eso es incluso más cierto. Zlatana no está contenta con el tamaño de su dominio. Quiere más. Sus acólitos estarán encantados de satisfacer sus demandas.

—¿Y quiere ir más allá de los límites de la ciénaga? —preguntó Viktor.

—Quiere que la ciénaga se trague la ciudad entera.



17

SEREFIN MELESKI

Las curvas de sus tentáculos reptan por el océano oscuro, acercándose cada vez más a la superficie, y, cuando Zvezdan por fin se libere, el mundo se inundará de agua salada.

Los Libros de Innokentiy

El silencio era inquietante. Los cultistas los habían dejado en la extraña sala de la capilla tras soltarles las cadenas a Serefin y a Kacper, pero no a Malachiasz, y cerrar la puerta tras de sí. El Buitre Negro enseguida se escondió en las sombras. Tenía la piel color ceniza y gotas de sudor en las sienes. Kacper tenía mal aspecto.

—¿Qué es lo que quieren? —murmuró.

—No lo sé —contestó Serefin. El hombre contra (¿en?) el árbol no se había movido, pero sentía el poder que irradiaba de él en forma de frías olas.

Kacper miró hacia donde estaba aovillado Malachiasz en la esquina, con los ojos fijos en el hombre.

—¿Ya este qué le pasa?

—De todo. Voy a tratar de ayudarle.

—Mala idea —comentó Kacper.

—Lo sé.

—Intentó que te mataran. —Kacper centró la mirada en la larga cicatriz del cuello de Serefin—. Bueno, no lo intentó —musitó.

—Y yo lo asesiné por eso. Estamos en paz.

—No funciona así.

—Estamos bastante lejos de saber cómo funciona nada de esto, diría yo.

Kacper frunció el ceño y Serefin le besó la mejilla.

—Nos encontramos aquí por él —se quejó—. No se merece tu ayuda.

Serefin dejó escapar el aire en una carcajada.

—La verdad es que no, pero ¿quién lo va a hacer si no?

Kacper puso los ojos en blanco. El rey se acercó a Malachiasz, quien no se movió cuando se sentó a su lado.

—¿Lo oyes? —preguntó Malachiasz con voz monótona.

Serefin se tensó.

—No.

—El canto. Está cantando.

No percibía la canción. No había nada, excepto el suave sonido de las cadenas cuando Kacper se quitó las suyas y se sentó, apoyado en la pared opuesta.

«¿Qué le pasa?», le preguntó Serefin a Velyos.

—*El ser despierto lo volverá loco*.

«¿Qué? ¿Qué significa eso?».

—*La necesidad, la llamada. Chyrnog es entropía, solo consume: poder, carne, le da igual*.

—Voy a hacerle daño —dijo Malachiasz con un hilo de voz. Tenía los ojos claros vidriosos por las lágrimas.

—No parece que sea algo que te inquiete demasiado —contestó Serefin.

Malachiasz tragó saliva con fuerza.

—No te lo crees, ¿no?

Serefin entrecerró el ojo. ¿Qué quería en realidad ese culto de Malachiasz?

—Canta muy fuerte, ¿cómo no vas a oírlo?

—No oigo nada.

«¿Qué va a hacer?», le preguntó frenético a Velyos. «¿Qué está a punto de desencadenar?».

—No debería estar aquí —susurró Malachiasz—. No soy lo bastante fuerte para detenerlo. Pensé que podía luchar contra él, pero no puedo. Tengo… tengo mucha hambre.

—*Todo* —contestó Velyos.

NADEZHDA LAPTEVA

Una gota de lluvia le cayó a Nadya en la mejilla y una parte de su ser se sorprendió al ver que solo era agua, no sangre. La ciudad se congregó a toda

prisa gracias a la *tsarevna*. Los *boyar* no pudieron negarse, sobre todo cuando tenían a la clériga dando vueltas por ahí como prueba de que algo iba mal. Sin embargo, Nadya no podía quitarse de encima la sensación de que todo aquello era una distracción ante algo más grande.

Mantuvo su preocupación para sí. Por una vez, quiso dejarles esa batalla a los soldados entrenados para luchar, aunque no fuera fácil. Sabía qué se esperaba de ella. Era el soldadito bonito que utilizarían para una destrucción masiva cuando Kalyazin lo deseara. Ese era su destino. Se tuvo que contener para no dar media vuelta y huir.

La oscuridad cayó rápido y cubrió el mundo con su manto asfixiante. Era evidente que aquello tenía su origen en la magia y era algo artificial. Incluso con las antorchas encendidas a lo largo del muro frente a la ciénaga, no era suficiente. Nada lo sería.

—Dime lo que va a suceder —le pidió Katya cuando se acercó a ella en la pared.

—Zlatana fue expulsada y quiere que le devuelvan su dominio —dijo Nadya.

—Utilizando a las brujas de las ciénagas.

Nadya asintió.

—Debería ser fácil tratar con ellas.

—Posiblemente, si no contaran con un ejército de cadáveres a los que enfrentamos —observó Nadya.

Rashid llegó a tiempo para captar aquello y soltó un suave ruido de inquietud.

—Tenía muchas esperanzas puestas en que los cadáveres no estuvieran involucrados.

—No tendremos tanta suerte —respondió Nadya—. ¿Qué pasará si no podemos contenerlos sin magia?

Katya le lanzó una mirada de soslayo.

—Entonces, nos alegraremos de tenerte.

El poder de Zvezdan seguía caliente dentro de ella. Nadya se preguntó qué ocurriría si derramara su propia sangre. ¿Cuánto poder conseguiría reunir? No valía la pena arriesgarse, no en Kalyazin, pero la idea era tentadora.

En las profundidades de la ciénaga, algo gritó. Rashid se removió junto a Nadya.

—¿Dónde está Parj? —preguntó.

—Al otro lado de la pared con Ostyia.

Otro grito desgarrador y lamentable que fracturaba de forma irregular los límites de la noche. Se produjo movimiento en la linde de la ciénaga. Ella reunió el poder en sus manos y una luz caliente se le derramó entre los dedos.

—¿Qué hacemos aquí, Nadya? —dijo Rashid en voz baja.

Fijó la mirada en sus ojos inundados de terror y susurró:

—No lo sé.

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Era bonito, eterno, transitorio, infinito, infinito, infinito… Y, si no dejaba de cantar, moriría. El canto retrocedía y comenzaba de nuevo. Lo estaba volviendo loco. O quizás, cuando se había despertado en la nieve, con lentitud y calma, cuando la vida había regresado despacio a sus extremidades, su mente no había vuelto con el resto. Tal vez aquello era normal. Tanto frío. Tanta hambre.

Y el canto, ¡el canto!, lo estaba desgarrando. Conocía esa sensación. Era el bosque el que le había hecho pedazos la mente e intentado con todas sus fuerzas consumir las partes que le quedaban. Sin embargo, no lo había logrado. Bueno, sí lo había consumido. Y él también consumiría.

Era distante. Todo era distante. Se puso en pie y caminó hasta el centro de la sala. Muy lejos, oyó que Serefin trataba de hacerlo volver, pero lo único que importaba era la persona en el árbol. Lo único que importaba era probar el poder que los destrozaría.

Malachiasz lo necesitaba. Le pertenecía. Sería tan fácil. Solo había raíces del árbol, flores devoradas por los gusanos y el canturreo de poder. Necesitaba parar ese canto. Si no, ese canto lo iba a matar. La boca se le inundó de saliva y se le afilaron los dientes como uñas de hierro.

Notó que unos dedos lo asían de la manga. Se los sacudió. Se encontraba al borde de un precipicio. Oyó su nombre e intentó alcanzarlo. Si perdía su nombre, no habría vuelta atrás. Cerró los ojos. No tenía control, nunca lo había tenido. No era lo bastante fuerte para resistirse. No quería. Deseaba que el canto cesara. Quería probar el veneno del poder.

SEREFIN MELESKI

Al final de todo, Serefin recordaría que lo había intentado. Había hecho todo lo posible, pero nada alcanzaba los oídos de su hermano. Fue apenas consciente de que Kacper tiraba de él y se lo permitió, ya que no quería estar cerca cuando ocurriera lo siguiente.

Malachiasz se había quitado las cadenas que lo ataban y estaba cerca del árbol. No había nada humano en la forma en la que se movía. Un monstruo preparándose para atacar. La tensión se le enroscaba en cada línea del cuerpo.

Ivan abrió los ojos. Malachiasz lo tomó por la cabeza, le clavó las uñas en la piel y lo besó con fuerza. Había sangre. Mucha sangre. Serefin no sabía de dónde procedía. Kacper emitió un pequeño gemido, se giró y presionó la cara contra el cuello de Serefin. Sin embargo, este no desvió la mirada. Cuando Malachiasz le arrancó la garganta al hombre con los dientes, Serefin no pestañeó. Cuando hizo justo lo que el dios de la entropía deseaba que hiciera, Serefin se obligó a mirar. Alguien necesitaba presenciar esa profanación.

«No es Malachiasz», pensó. Sin embargo, no estaba del todo seguro de que fuera cierto.

NADEZHDA LAPTEVA

El número de cadáveres que salió de la ciénaga los abrumó. No tenían un ejército que protegiera la ciudad y justo eso era lo que estaba emergiendo de la oscuridad. Rashid dejó escapar un jadeo, horrorizado. Nadya apretó los *voryens* con más fuerza.

Después de eso, todo saltó por los aires rápidamente. Los cadáveres infestaron los muros de la ciudad, lo que distrajo a los soldados de las brujas de la ciénaga cuando atacaron. Nadya ya había estado en el campo de batalla. Tenía las manos manchadas de sangre enemiga. Había luchado contra los Buitres y sobrevivido, pero aquello era diferente. Algo allí iba en contra de los kalyazi, de ella.

Rashid y Nadya se alejaron de la pared por orden de Katya para que se ocuparan de las brujas o buscaran un lugar seguro. Lo último apenas era una

opción, por lo que se dispusieron a ir tras las brujas que habían penetrado a través de los muros de la ciudad.

Se encontraban en un callejón cuya tierra notaban embarrada y densa por la lluvia bajo sus pies. Unas afiladas vides surgieron de manera abrupta de las paredes y les cortaron el camino. Fuego. Nadya necesitaba fuego. Sin embargo, Krsnik nunca respondería de nuevo a una de sus oraciones. Por eso, lo sacó de sí misma con la esperanza de que no la matara.

Sintió una desconcertante sensación de que se rompía en pedazos y le recolocaban las entrañas. Con una chispa, las manos se le convirtieron en llamas.

Rashid, tras golpear las vides con el cuchillo, dio un paso atrás para que Nadya pudiera introducir las manos en la maraña de espinas. Sisearon como protesta, al mismo tiempo que la lluvia se empeñaba en disminuir su efecto, pero las presionó con más fuerza hasta que las vides se convirtieron en un infierno.

Observó a Rashid y retrocedió por el callejón. La bruja encargada de aquello se haría ver muy pronto. Mientras los ruidos de la batalla repiqueteaban en la noche, Nadya se dio cuenta rápidamente de que estaban jugando con ella. Un abismo se abrió ante ellos y se cerró detrás. Al recorrer de nuevo el callejón, lo encontraron infestado de ratas. Daba igual a dónde miraran, siempre había algo más, algo mágico, y ninguna bruja tras esas acciones.

La ciudad se había convertido en un laberinto y estaban atrapados dentro. Los sonidos de una escaramuza provenían de una edificación cercana y Nadya la buscó, frustrada, antes de acabar metida de cabeza en la oscuridad.

La lluvia había desaparecido. Las luces de las antorchas también, igual que los gritos, los chillidos y el chocar del hierro. Una artificialidad lo consumía todo tanto que hizo que Nadya titubeara.

Una risa resonó, suave y juguetona, en su oreja. Se movió hacia atrás, pero no golpeó nada con el filo del *voryen*. Cerró los ojos, trató de ralentizar el latido de su corazón en la garganta e intentó acceder a algo en la nada.

Se produjo un cambio. Nadya se tropezó y se sintió mareada por una oleada de poder que no era suya y que no pertenecía a la artificialidad que la rodeaba. Negó con la cabeza. La conocía. La había alejado, olvidado, dejado que se pudriera en desuso. Aun así, el poder inundó el hilo de conexión, imposible de ignorar. No podía ser.

«Está vivo».

Alguien la estaba llamando. Se giró en un intento por encontrar la voz porque se parecía a la de Rashid, pero ¿adónde había ido? Sentía a Malachiasz, lo bastante cerca para tocarlo. No quería presionarlo, no había tiempo. Algo le rozó el brazo y el dolor lo recorrió hasta la mano. El chico estaba tan frío, asustado, atemorizado y… y…

Nadya se alejó y el estómago le dio un vuelco. Necesitaba abrirse paso a través de la oscuridad, sacar luz de algún lugar, pronto, pero no sabía cómo amoldar los hilos amorfos de poder a lo que necesitaba. El fuego era fácil, por lo que se centró en eso y se le prendieron las palmas.

Otro roce indirecto, esta vez en el estómago. Se dobló por la mitad debido al dolor y la calidez le creció en las entrañas. Una risa. Un susurro de palabras que no entendía y otra llamarada de dolor.

Tenía demasiado calor y frío a la vez. Un estallido de dolor le golpeó en la espalda y se tambaleó. Algo afilado y hecho de hierro le salió del pecho. Distracción… Necesitaba centrarse, necesitaba…

Nadya tropezó. La artificialidad cayó y el sonido de la violencia resultaba ensordecedor en tomo a ella hasta que dejó de serlo. Todo estaba volviendo a caer en la oscuridad. Pestañeó con fuerza e intentó centrarse, pero dolía, todo le dolía. Alguien gritó su nombre, pero no pudo, no había… Cayó de rodillas al suelo. Tenía mucho frío. Había demasiada oscuridad. Y la lluvia parecía sangre.

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Cobre, hierro y cenizas. Ya había probado ese poder, la divinidad, la locura. Había llegado a pensar que podía participar en ese juego igual que los dioses. Se había apoderado de ese tipo de poder y sobrevivido. Había matado a uno. Debían temerlo. Estaba sobrepasado y se iba a ahogar.

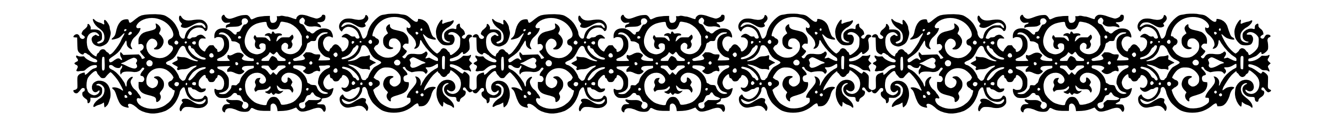
Aquello era más antiguo, oscuro y poderoso. Eran las raíces de los árboles enterradas en la tierra. Eran las profundidades del agua que nunca habían tocado los mortales. Era el espacio entre estrellas que caía en cascada eternamente y volvía sobre sí. Malachiasz era solo un chico. Se ahogó con la sangre y el poder. Perdió su nombre y el control, todo lo que quedaba de él sin que nadie pudiera hacerlo regresar.

El hombre no había luchado. Estaba demasiado entumecido por el poder que no estaba acostumbrado a sentir. Había sido demasiado fácil. El cuerpo

entero se le agitaba por la magia.

Si eso era lo que Chymog quería de Malachiasz, no sabía si debía sentir horror o euforia, si ese era el poder que llevaba toda la vida buscando y por fin había conseguido o si estaba demasiado lejos y era demasiado abrumador, si no valía la pena todo lo que estaba destruyendo en el proceso. Pero ¿qué quería hacer con ese poder? No le correspondía a él utilizarlo y lo sabía, de verdad, pero era tan delicioso y llevaba tanto tiempo deseándolo…

No le importaba el horror. La sangre le manchaba los dientes. Tenía piel bajo las uñas. Sabía que debería importarle, que lo necesitaba. Pero no era lo bastante fuerte para luchar contra la voluntad de Chyrnog, así que ¿por qué no disfrutarlo? Entonces, algo se rompió. Malachiasz volvió a una especie de consciencia. Cuatro palabras devastadoras, solitarias, que se repetían una y otra vez en su mente: «Ella ya no está».



18

SEREFIN MELESKI

Una lengua mentirosa, un espíritu travieso, un deseo de sembrar el caos, de todas esas cosas se compone Velyos.

Los Libros de Innokentiy

Era pleno día cuando las convulsiones de Malachiasz cesaron. Serefin no dejaba de limpiarse la sangre del ojo que le quedaba y de alejar polillas, a la vez que mantenía distancia con el caos de Malachiasz y deseaba poder hacer algo. Entendía la desesperación de perderlo todo cuando un dios decidía que su voluntad era más importante que la tuya.

El chico kalyazi regresó y observó lo que quedaba a los pies del árbol con una ligera sonrisa salvaje. Le tendió una pila de mantas a Serefin y le dirigió una mirada insondable a Malachiasz antes de marcharse y cerrar la puerta tras de sí con un golpe estrepitoso.

Cuando las convulsiones de Malachiasz se convirtieron en simples temblores, Serefin, con cuidado, envolvió su delgada figura antes de regresar a la seguridad del lado contrario de la sala. Kacper estaba sentado ahí, observando el árbol sin verlo, con una manta mordisqueada por las polillas sobre los hombros.

—Nos vamos a arrepentir de esto —comentó Kacper.

—Lo dices como si no me estuviese arrepintiendo ya —contestó Serefin tras sentarse junto a él y tirar de la manta para cubrirse los hombros. Estiró los brazos con el ceño fruncido. Kacper lo miró y alzó las cejas—. Nada, me acabo de percatar de lo que me ha provocado todo este trauma. —Nunca había sido una persona especialmente voluminosa, pero se había vuelto bastante delgado. No recordaba la última vez que había tomado una comida de verdad.

Kacper torció la expresión.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que se vuelva contra nosotros?

—Ninguno tiene nada que quiera el dios.

—Eso implicaría que Malachiasz no tiene nada que ver con lo que ha pasado.

Serefin dudó. Malachiasz era lo bastante despiadado para aceptar lo que Chymog quería, para actuar de esa manera, sobre todo cuando se trataba de poder. Dejó que el silencio se alargara hasta que Kacper suspiró.

—Es una carga.

—Kacper, no podremos lidiar con lo que nos encontremos cuando volvamos a Tranavia.

Malachiasz aún podía usar la magia. Lo que fuera que estaba volviendo la magia de sangre inaccesible no parecía afectarle.

—Tendrás que tratar con los Buitres.

Malachiasz se estaba poniendo en pie ante ellos, con la piel pálida y una expresión vacía que Serefin no consiguió interpretar. Se tambaleó y cayó al suelo con la manta sobre los hombros. Era incómodo mirarlo más de unos segundos cada vez que el cuerpo se le contorsionaba.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Serefin, sintiendo una extraña compasión. Malachiasz tenía un aspecto miserable.

—¿Te acuerdas de cuando Elżbieta nos dio unas setas que resultaron ser venenosas? Algo parecido.

—¿Te acuerdas de eso?

Malachiasz se estremeció por otro cambio.

—A veces… capto retazos.

—Estuviste enfermo durante una semana. Vomitaste sobre todo, incluido el gato.

—No recuerdo a ningún gato.

—Piotr. Padre lo odiaba. Era un gato de establo con carácter. Yo no dejaba de meterlo en palacio, para consternación de todos a mi alrededor.

Malachiasz esbozó una débil sonrisa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kacper con un tono áspero, claramente poco impresionado por aquella unión filial.

—La destrucción de uno de los… seres despiertos —dijo Malachiasz mientras se tambaleaba antes de caer de costado—. He decidido que tener más poder es malo.

—Ah, ¿lo has decidido al fin? —preguntó Serefin.

Asintió y escondió la cara en el hueco del codo.

—Sin embargo, eso cambiará en cuanto te encuentres mejor, ¿verdad?

—Probablemente —musitó.

Kacper puso los ojos en blanco.

—No sabemos qué quieren estos cultistas ahora que Malachiasz ha hecho lo que le han pedido. No sabemos si podremos salir de aquí para volver a Tranavia. No sabemos siquiera dónde estamos.

Malachiasz inclinó la cabeza y abrió un ojo.

—¿Siempre es así? —le preguntó a Serefin.

—Ah, sí —contestó su hermano con calidez, ignorando la mirada de sufrimiento que le estaba dedicando Kacper—. Habría muerto muchas veces más si no fuera por él.

Malachiasz respondió con un sonido de incredulidad antes de esconderse de la tenue luz de las antorchas de nuevo. El amanecer comenzaba a filtrarse por las ventanas mugrientas, pero era demasiado pronto para que sirviera de algo.

—¿Y qué significa la destrucción de un ser despierto? —continuó Kacper.

Malachiasz se sentó con un gruñido y se acarició la cabeza con los dedos largos y pálidos antes de dejar caer las manos despacio. Observó el árbol mientras presionaba las yemas de la mano derecha contra la palma izquierda. Serefin frunció el ceño al darse cuenta del brillo metálico de las garras de su hermano al clavárselas en su propia piel.

—No lo sé —susurró Malachiasz, levantándose tembloroso—. Sabía a cenizas. La divinidad sabe a cobre y cenizas. Tenía… poder.

—Bueno, eso es lo que ha quedado, así que no le podemos hacer ninguna pregunta útil —observó Kacper.

Malachiasz ni se inmutó. A Serefin no le debería sorprender que no estuviera horrorizado por lo que había hecho. ¿Qué cosas peores habría cometido durante su reinado como el Buitre Negro?

—Para esa pregunta necesitaremos respuesta, en cualquier caso —comentó ausente—. Si la magia no es como pensábamos, si puede aparecer en alguien que no la haya usado antes…, eso cambia las cosas, lo cambia todo.

Malachiasz fijó los ojos en la cadera de Kacper.

—¿Puedo ver tu libro de hechizos?

Serefin fulminó a Kacper con la mirada. No debería haberlo llevado cuando los kalyazi los habían capturado. Era demasiado peligroso. Kacper se mordió el labio inferior. Se desabrochó el cinturón y se lo tendió, dudando antes de que Malachiasz lo cogiera. Este último suavizó la expresión.

—No te lo pediría si no fuera importante.

Kacper renunció al libro y Malachiasz, con una delicadeza que Serefin pocas veces había visto en él, lo abrió. Ojeó los hechizos y frunció el ceño, lo que le arrugó los tatuajes de la frente.

—¿Los puedes leer? —preguntó Kacper esperanzado.

Malachiasz se detuvo en una página para inspeccionarla en profundidad. Cerró los ojos y se meció como si le sobreviniera un mareo.

—No del todo. No sé qué hizo Nadya. No sé cómo arreglarlo.

—¿Esto es culpa de Nadya? —preguntó Kacper, y Malachiasz se estremeció ante la mención de su nombre.

—Sí —contestó con un hilo de voz. Se aclaró la garganta—. Sin embargo, si la magia de sangre se hubiera erradicado de verdad, yo no estaría aquí. Una parte demasiado grande de mí está compuesta de ella. Los Buitres están hechos de esa magia y aún los siento, aunque débilmente. Se supone que nuestro vínculo se corta cuando un Buitre Negro fallece, pero no creo que haya estado muerto lo suficiente. Si intentaran elegir a uno nuevo, fracasarían. Son míos.

—Entonces, ¿puedes hacer que abandonen?

Malachiasz asintió despacio. No estaban encadenados, pero seguían siendo prisioneros. El Buitre Negro le tendió el libro de hechizos a Kacper y se sentó en el suelo. Se hizo un ovillo, lo que le proporcionó un aspecto juvenil y frágil, antes de taparse la cabeza con la manta e intentar dormir.

—Van a obligarle a que lo haga de nuevo —comentó Serefin con el ceño fruncido.

—¿Con qué propósito? —preguntó Kacper.

Eso era lo que Serefin no entendía. ¿Qué deseaba Chyrnog? ¿Destrucción? ¿Algo más cósmico que no podían imaginar? El rey tranaviano pensó en el templo al que le había llevado Velyos, los brazos que se habían estirado a por él, esa sensación de macabra inevitabilidad.

—Es desesperante —suspiró Serefin—. Chymog siempre pretendió aferrarse al alma de Malachiasz. No había forma de pararlo.

—No la tengo —murmuró Malachiasz.

—¿Perdón? —preguntó Kacper.

Serefin inclinó la cabeza, alarmado. Estiró la pierna y golpeó a Malachiasz con la punta de la bota.

—¿Qué acabas de decir?

Su hermano gruñó con suavidad.

—Quiero dormir.

—Repite lo que has dicho.

Abrió un ojo.

—Le di a Pelageya los pedazos. No sé qué hizo con ellos.

—¿Por qué lo hiciste? —exclamó Serefin.

Malachiasz se incorporó despacio con el peso de la derrota sobre sus hombros. El Buitre Negro aterrador y calculador aún no estaba en casa y había dejado en su lugar al chico destrozado.

—Era lo único que me quedaba por dar —dijo de modo inexpresivo—. El ritual no fue suficiente. No calculé bien y aún necesitaba otra pieza más, pero no sabía a quién dirigirme. No sé qué hizo con mi alma.

—Si no lo hubieras hecho, ¿estaríamos lidiando con este viejo dios? —preguntó Kacper, comenzando a parecer desesperado.

Malachiasz se encogió de hombros sin energía.

—Me tuvo un tiempo —recordó Serefin.

—Pero te deshiciste de él —observó Malachiasz.

Serefin se tocó la piel bajo la cuenca izquierda. Era cierto.

Kacper apoyó la barbilla en las manos.

—Si pudieras recuperarla, ¿te librarías de él?

—Ah, sí, iré a buscar mi alma. Seguro que será fácil —se burló Malachiasz.

Pero Kacper tenía razón.

—Después hablaremos más del tema —propuso Serefin con lentitud porque necesitaba pensar. El concepto de alma era complejo para la cultura tranaviana, ya que estaba conectado con la teología kalyazi en la que no pensaban mucho los tranavianos. Su concepto de vida después de la muerte era distinto, más calmado, un renacimiento y una renovación. No se apoyaba tanto en la idea de alma. Que Malachiasz se hubiera involucrado con la bruja kalyazi era impropio.

—¿Funcionó?

Malachiasz se mostró pensativo mientras tiraba de uno de los trozos de hueso que tenía enredado en el pelo.

—Supongo. Los ojos comenzaron a aparecer poco después, aunque es solo una suposición. Apenas estaba lúcido tras lo de la catedral. Entonces, fui… a algún lugar de esa montaña kalyazi y no creo que lo hubiera podido hacer si no hubiera contado con Pelageya. —Suspiró—. No lo sé. Pensaba que podía resistirme a él, pero creo que no puedo.

¿No podía o no quería? Malachiasz siempre había dejado claro que no había ningún límite que no fuera a cruzar, nada demasiado terrorífico que no fuera a plantearse y hacer realidad. Serefin no se mentiría sobre su hermano:

era un monstruo de pies a cabeza. Quería pensar que Malachiasz podía ser mejor, volver a ser humano, al menos un poco, pero no sabía si podía creerlo.

Malachiasz estaba observando un haz de luz que se filtraba por las ventanas. Con cuidado, se movió a una esquina a la que no llegaría la luz.

—Duerme —le ordenó Serefin sin querer saber más—. Nuestros problemas seguirán aquí por la mañana.

—Esa no es la versión reconfortante del dicho kalyazi —musitó Malachiasz, haciéndose un ovillo.

—Pues no. —Estaba amaneciendo.

—Uf, tranavianos.

Serefin sonrió.

* * *

Al día siguiente, o se olvidaron de ellos, o les dejaron abandonados a propósito para que pensaran en lo que había ocurrido en el extraño santuario. En cualquier caso, Serefin tenía hambre y estaba aburrido. Se echó hacia atrás hasta acabar tumbado y se pasó un brazo por el ojo. Le dolía la cabeza, un latido detrás de la cuenca izquierda. Dejó escapar un suspiro cuando Kacper se tumbó sobre él.

—Estás deprimido.

—No, aunque me lo merecería si lo estuviera. Me duele la cabeza, eso es todo.

Malachiasz soltó un bufido de irritación, se puso en pie y caminó. Kacper levantó la mirada para observarlo.

—Estamos incomodando a tu hermano —observó.

Serefin se echó hacia atrás para ver el lugar en el que Malachiasz estaba observando el árbol, evitando el desastre, pero tensándose igual.

—No, no es eso.

Kacper frunció el ceño. Tenía una mano cerca de la cabeza de Serefin y le pasó los dedos por el cabello.

—Me parece difícil creer que Malachiasz sea tan cerrado de miras.

—Sangre y hueso —musitó el aludido—. Para. —Se giró y se sentó cerca antes de cerrar los ojos cuando el caos se extendió por su cuerpo, lo que le hizo toser en el hueco del codo—. No me importa lo que hagáis vosotros dos. —Torció la boca—. Y no, no lo soy.

Kacper apoyó la barbilla en el esternón de Serefin, relajándose sobre él.

—Por favor, dime que tienes sórdidas historias de los Buitres.

Serefin alzó las cejas ante el inesperado cambio de actitud de Kacper hacia Malachiasz. Kacper lo miró y se encogió levemente de hombros, como si dijera: «Bueno, nos tenemos que quedar con él, así que saquémosle partido a la situación».

Malachiasz se llevó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos.

—Son Buitres, todo es sórdido. —También él pareció sorprenderse por la falta de frío desdén de Kacper, quien soltó una carcajada—. Cuando era pequeño, había uno llamado Lukasz —continuó Malachiasz—. Era brillante, pero las cosas cambiaron cuando llegué al trono.

—Suele pasar con los tronos —comentó Serefin.

Malachiasz resopló con suavidad.

—Y ahora… —Se interrumpió.

—¿Sabías lo que estaba planeando Nadya?

El Buitre negó con la cabeza.

—Fui un inocente al pensar que decía la verdad, que quería recuperar su poder. Era una actitud demasiado tranaviana, debería haber imaginado que quería algo más.

—Tú también la estabas engañando —observó Kacper.

—Vi la oportunidad.

—¿Habrías matado a esa diosa si Nadya no…? —Serefin se calló. Si no les hubiera quitado el poder. Si no hubieran pasado de ser tres de los magos de sangre más poderosos de Tranavia a tres chicos rotos en un país enemigo.

—No lo sé —murmuró Malachiasz.

Serefin sospechaba que sí, que lo hubiera hecho. Muy poco podía detener a Malachiasz una vez que ideaba un plan de acción y, en cuanto se dio cuenta de lo que Nadya pretendía, había tomado una decisión.

De manera despreocupada, Kacper le pasó los dedos por la oreja a Serefin. Se topó con la venda y torció la expresión. Se alejó de él y este se sintió aún más triste por la pérdida de su calidez.

—Quiero ver cómo llevas el ojo —comentó Kacper, incorporándose—. ¿Te sigue doliendo la cabeza?

—Solo un poco.

—Te lo dije. Depresión.

Serefin decidió ignorarlo y le permitió a Kacper que le retirara la venda de la cabeza. Malachiasz se acercó, curioso, y palideció.

—¡Qué desastre!

—Se te acaba de abrir una boca en el cuello, así que habla por ti.

Kacper negó con la cabeza.

—No me puedo creer que no nos diéramos cuenta de que erais hermanos —musitó—. Sois insufribles.

Serefin le sostuvo la mirada a Malachiasz sobre el hombro de Kacper. En la expresión de su hermano había un mundo de conflictos.

—No creo que necesitemos volver a taparlo —continuó Kacper—. La hinchazón casi ha desaparecido, pero tienes un moratón impresionante. Dejaré los puntos, pero veamos qué tal va sin la venda.

Kacper besó a Serefin en la mejilla y se alejó mientras el rey tranaviano se reclinaba sobre las manos. Malachiasz, de manera despiadada, comenzó a toquetearse las cutículas para evitar mirarlo.

—¿Desde cuándo lo sabías? —preguntó Malachiasz.

—Creía que éramos primos, aunque no te había visto desde hacía tiempo. O eso pensaba. Descubrí que no era el caso unos meses después, tras la noche en la catedral.

Malachiasz frunció el ceño.

—¿Lo mantenemos en secreto?

—Habrá ya bastantes rumores en Grazyk si se nos ve juntos en el mismo lugar en algún momento —comentó Serefin.

Kacper asintió y paseó la mirada entre ambos.

—Definitivamente parecéis familia de una manera en la que hasta el *slavhka* más atontado se dará cuenta.

—Pero yo soy más guapo —gimoteó Serefin.

—Siento ser yo el que lo diga, de verdad, siento las palabras ácidas en la lengua, pero él también lo es —contestó Kacper de manera solemne.

Serefin se llevó una mano al pecho. Malachiasz sonrió.

* * *

Habían caído en un sueño intranquilo cuando empujaron a Olya dentro. No entró en silencio, pero los cultistas no se quedaron para oír su riachuelo de maldiciones. La puerta se cerró tras ella.

Olya miró el árbol en el centro de la sala con los ojos muy abiertos. Serefin la observó. Él era el único que se había despertado, por sorprendente que pareciera. La chica dio un paso titubeante hacia la luz. Tenía una cantidad significativa de sangre en los brazos, como si los cultistas la hubieran desangrado. Contemplaba el árbol con algo parecido al respeto. Su rostro adoptó un color grisáceo cuando se percató de la sangre en la corteza blanca.

—No quieras saber lo que ha ocurrido ahí —comentó Serefin.

La chica se giró hacia él, quien se levantó, con cuidado se apartó de Kacper y cruzó la sala. Captó la tensión en los hombros del Buitre cuando pasó junto a él. Estaba despierto y, por lo tanto, escuchando.

—Tú —dijo Olya con voz monótona.

Serefin la saludó.

—Tu amigo ha resultado pertenecer a una secta. A mí también me ha pasado. —Serefin señaló a Malachiasz—. En cierto modo, es todo culpa tuya.

Una punzada de miedo le cruzó el semblante a la chica antes de tambalearse hacia atrás. Un ligero temblor se apoderó de su labio inferior. Era más joven de lo que pensaba, de la edad de Nadya, quizás, o menos.

—Ni que vosotros hubierais dejado en paz a un par de kalyazi indefensos estando en Tranavia.

—Cierto —afirmó Serefin—. He matado a bastantes kalyazi que deambulaban por ahí.

Olya se llevó la mano a un *voryen* que no tenía. Esbozó una mueca y la sangre le recorrió el brazo. Era una visión tan normal para Serefin que casi no captó la profunda señal de alarma en su rostro. La chica miró de nuevo al árbol.

—Es el árbol de Svoyatova Varvara Brezhneva. Un lugar sagrado y expiatorio. —Serefin alzó las cejas, pero no dijo nada. Ella añadió—: No es su árbol, por supuesto, sino un rito antiguo. ¿Dónde estamos?

Ojalá Serefin lo supiera.

—Somos invitados de un culto a un dios muy antiguo.

Olya se estremeció.

—¿Y la profanación?

—Mejor no preguntes. ¿Qué te han hecho? —Señaló los cortes con la cabeza.

Ella dudó con la desconfianza pintada en la mirada. Sin embargo, estaba en el mismo lío que los demás, por lo que Serefin decidió no mostrarse demasiado cruel por todo lo del secuestro.

—Por si no te has dado cuenta —continuó el rey tranaviano—, los cultistas son kalyazi, aunque no tienes más posibilidades con ellos. Adoran a un dios antiguo, así que también son herejes, ¿no? Pero ¿a ti qué más te da? ¿No eres una bruja? —Olya alzó la barbilla, desafiante, y él levantó las manos —. No tengo nada en contra de las brujas.

—Puedes ser una de ellas y mantener la fe —dijo la chica.

—Literalmente todos mis conocimientos sobre la religión kalyazi me dicen que en realidad no puedes.

—No si haces caso a la Iglesia —replicó Olya.

—Apostasía, muy bien, en realidad no me importa ni una cosa ni la otra.

—Dijeron que me estaban haciendo pruebas —comentó con rapidez—. No sé para qué.

Malachiasz se removió. Claro, aquello había captado su atención.

—Eres muy predecible —le dijo Serefin a su hermano cuando se puso en pie y pasó junto a él para detenerse a unos centímetros del parche de luz sobre el que se encontraba Olya.

—Y tú no sirves para nada —contestó, pero titubeó cuando se giró hacia la chica—. Me… me gustaría ver los cortes. ^Tengo una idea de lo que quizás estaban buscando, pero ¿podrías alejarte de la luz?

—¿Por qué?

Malachiasz la analizó. Era alta, no tanto como él, pero sí lo suficiente para que solo tuviera que inclinar levemente la cabeza para sostenerle la mirada ardiente en sus ojos oscuros.

Serefin no sabía por qué seguían luchando contra aquellas personas. Sí, sus religiosos eran intolerantes y estaba lo de la llamada herejía de los tranavíanos y su magia de sangre, pero… cuando pensaba en Nadya, tan entusiasta, astuta y cansada, y en Katya, tan mandona e irreverente, creía que quizás hubiera una oportunidad entre ambos reinos. Sin embargo, Nadya le había quitado la base a Tranavia. Kalyazin siempre vería su magia como algo horrible y él nunca se rendiría, ni siquiera si se viera obligado.

Malachiasz abrió la boca y dudó.

—Es demasiado difícil de explicar —dijo al fin y extendió la mano hacia la luz. Su piel comenzó a chisporrotear.

Olya dejó escapar un jadeo aterrorizado. Serefin reaccionó rápido, tomó a Malachiasz por la muñeca y le devolvió la mano a la sombra. El tumulto despertó a Kacper. La mano de Malachiasz había adoptado un feo tono rojo chamuscado. Serefin le soltó la muñeca y lo observó horrorizado, pero su hermano solo se encogió de hombros.

—Chyrnog —dijo, como si fuera simple.

Malachiasz estaba ocultando algo. Miedo, ansiedad, desesperación, lo que fuera, pero se estaba obligando a ignorarlo. Serefin entendía a su hermano lo suficiente para saber que no había forma de que estuviera aceptando aquello con tanta deportividad. Solo estaba interpretando un papel. Eso era lo único que sabía hacer. Mentir. Fingir. Hacer creer que todo iba a la perfección. Y, cuando los demás bajaban la guardia, los apuñalaba por la espalda. Aunque

Serefin había sido quien lo había apuñalado a él, así que suponía que tampoco era mejor.

—Por favor, aléjate de la luz —le pidió Malachiasz a Olya.

Serefin observó cómo recorría al Buitre con la mirada. Una serie de ojos se le abrieron en la piel y el horror cruzó las facciones de la chica. Sin embargo, salió a las sombras.

Malachiasz le pidió permiso en silencio para cogerle el brazo e inspeccionar los cortes que le cubrían la piel. Habló con suavidad, preguntándole con tacto sobre los métodos que habían usado los cultistas para extraerle la sangre.

—Hay muchas personas tratando de descubrir nuevas formas de hacer magia —dijo Malachiasz tras recibir la respuesta—. Está cambiando, expandiéndose como las raíces de un árbol. —Señaló con la cabeza al árbol pálido y sangriento y Olya esbozó una mueca—. ¿Te entrenaron?

La chica negó con la cabeza.

—Fui autodidacta.

—¿Una bruja del bosque?

Ella asintió.

—¿Utilizas sangre para hacer magia?

Olya se removió, incómoda.

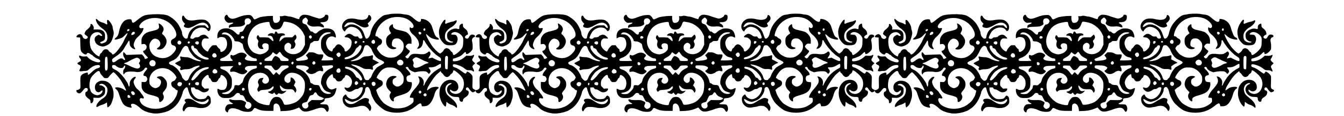
—A veces —confesó en voz baja.

—¿Fue así cómo empezó?

Dudó antes de asentir.

—Interesante —contestó Malachiasz. La puerta se abrió. De inmediato, se tensó y se hizo un ovillo sobre sí mismo, como si lo hubieran golpeado.

—Bueno —dijo Ruslan—. ¡Has sobrevivido! Parece que tenemos mucho de lo que hablar.



19

NADEZHDA LAPTEVA

Más allá de la seguridad de los muros del pueblo habitan las brujas de las ciénagas cuya magia puede confundir y corromper.

Las Cartas de Wlodzimierz

Sus pisadas dejaban marcas sangrientas en la nieve caída.

Había demasiada luminosidad y cubrirse los ojos no servía de nada. No estaba sola, pero lo único que veía era un blanco cegador.

—Hola, niña —dijo alguien. Nadya nunca había oído esa voz y, aun así, la reconoció—. Ha pasado mucho tiempo hasta que has llegado a un punto en el que puedes oírme.

Nadya cerró los ojos, buscando.

—¿Estoy muerta?

—Sí.

Pestañeó rápidamente cuando una repentina oleada de lágrimas la obligó a abrir los ojos. Se le debilitaron las rodillas, pero permaneció en pie. Ese destino había estado esperando para alcanzarla desde hacía mucho tiempo. Ningún clérigo iba más allá de su propósito. Todo acababa en una muerte terrenal. Nadya no era diferente. ¿Por qué iba a escapar ella de algo de lo que nadie podía huir? Sin embargo, no estaba preparada. Había demasiadas cosas que se podían salvar aún.

Y lo que había sentido mientras caía… Tal vez era apropiado. Él había vivido y ella había muerto. Un giro curioso de ironía. Habían desperdiciado todas las oportunidades de ser felices al pasarse su corta vida intentando con todas sus fuerzas despedazarse.

—¿Se acabó, entonces?

Fuera quien fuese con quien estaba hablando se echó a reír. A Nadya la visión se le volvió más nítida, como si distinguiera más. Algo le cosquilleó en la frente.

Había dos, parecidas pero diferentes, y era imposible mirarlas más de un segundo. Luz, oscuridad, la agonía de la eternidad retorciéndolas más allá de la razón y la coherencia. ¿A una le estaban saliendo cuernos de la cabeza? ¿Astas a la otra? ¿A ninguna? No lo sabía. Y, mientras las miraba, en cuanto les cambiaban las facciones, se olvidaba de cómo habían sido antes. La trascendencia de la continuidad. Alena y Myesta. Diosas que nunca hablaban con los mortales. ¿Por qué lo estaban haciendo con ella?

—Podías oír a los demás, pero no a nosotras. Todavía no —anunció Myesta—. Tu mente mortal no está acostumbrada al tormento particular de nuestras voces. Son demasiado antiguas, ¿sabes? Pero podría estarlo.

—¿Me habéis traído aquí? —preguntó Nadya.

—Esa arma no tenía que haberte alcanzado. Veceslav observa inmóvil y todo esto lo está enfureciendo. Es muy blando.

—El hierro se debe probar —dijo Nadya.

—Tu hierro se probó hace mucho tiempo.

—Y se descubrió que no era digno.

—¿Fue esa la conclusión? —preguntó Alena. En el pasado, le había garantizado poder a Nadya, no como Myesta, perola clériga nunca había oído su voz. No era como esperaba. Más suave, musical, pero con una intensidad peligrosa.

Nadya se encogió de hombros, desesperada.

—Esa fue la conclusión de Marzenya. —Si las diosas tuvieran caras que se pudieran percibir, habría jurado que intercambiaban el equivalente a una mirada sarcástica—. Creía que eso era lo que pensaban todos los demás —continuó Nadya— porque ya nadie habla conmigo.

—No quieres escuchar. —Myesta se encogió de hombros—. Y, durante un tiempo, no pudimos. Ese Buitre trae problemas, pero Marzenya tenía miedo de ti. Creo que tenemos mucho de lo que hablar, ¿verdad?

Nadya frunció el ceño y se sentó a los pies de las diosas.

—¿Por qué me lo decís ahora?

—Antes no estabas preparada. Te habrías resistido ante el pozo de magia, lo que eras y podías ser. Aún puedes, pero las cosas han cambiado. Tus enemigos son mucho mayores que un país de herejes —dijo Myesta—. Marzenya quería mantenerte en silencio, pequeña, y eso le funcionó un

tiempo. Sabía de lo que eras capaz y cómo podías sacudir los cimientos del mundo si decidías ir en su contra.

—Pero hice lo que me pidió. La elegí a ella.

—¿Sí?

«¿Sí?».

—No parecéis demasiado turbadas por su muerte —percibió Nadya.

—Morimos. A veces nuestras muertes son tranquilas y otras no —respondió Alena—. Marzenya es la diosa del renacimiento. Encontrará su camino de vuelta a tiempo.

Un pensamiento aterrador.

—En ocasiones, los que creemos que estaban muertos vuelven a la superficie. Los antiguos, que hace mucho tiempo que se alejaron del mundo, deciden que quieren un pedazo de él una vez más.

Nadya frunció el ceño.

—¿Los dioses caídos?

—Una molestia. Peloyin y Marzenya los echaron por una razón —contestó Myesta mientras desestimaba la pregunta con un gesto de la mano.

—Nunca he conocido a Peloyin —dijo Nadya. Nunca le había hablado.

De nuevo, esa extraña sensación de que las diosas se intercambiaban una mirada. En ocasiones, tenían extremidades semihumanas, pero casi nunca. Nadya vio a todos los animales de la creación agitarse en sus profundidades.

—No, hablamos de dioses más antiguos que esos.

—¿Chymog?

—El consumidor de mundos —dijo Myesta con un suave tarareo—. No es el único, pero sí quien ha reclamado a un mortal y puede actuar en contra de tu mundo.

—¿Por qué me lo contáis si estoy muerta?

Alena se echó a reír.

—Me olvidaba de lo lentos que erais los mortales.

Nadya no recordaba lo enrevesado que podía ser hablar con los dioses.

—Marzenya te tenía miedo porque tú y el consumidor de mundos estáis hechos de la misma pasta —dijo con voz monótona Myesta, como si le estuviera dando a Nadya un dato que ya conociera.

Esta sospechaba que, si no estuviera muerta ya, sentiría que el mundo se desmoronaba bajo sus pies.

—Una hija nacida mortal con sangre de los dioses. Su poder se retorció y, con cuidado, se modeló para usarse solo cuando Marzenya lo permitía.

—¿Qué soy?

Alena se encogió de hombros, si eso era posible.

—Un enigma. Un problema. Una niña. No eres la primera que nació así, ha habido otros clérigos como tú, pero esos nunca liberaron su poder. Los otros nunca derramaron su sangre divina a cambio de magia.

No había asco en sus palabras, como si a la diosa le importaran poco las herejías de los tranavianos. Nadya había pensado que a todos los dioses les importaba mucho la magia de sangre y que lo consideraban una abominación. Incluso allí, muerta, su mano era monstruosa.

—¿Por qué me lo estáis contando? —susurró Nadya.

—Porque, si no detenemos la entropía, no quedará nada. Podemos luchar contra el dios en nuestro plano de realidad, pero puede llamar a sus hermanos, tan antiguos y horribles como él, y estaremos perdidos. Si nuestro mundo cae, el tuyo también lo hará. Si el vuestro cae, nosotros no duraremos mucho.

¿Cómo iba a detener Nadya a un dios antiguo? No había sido capaz de evitar que Serefin liberara a un dios caído. Es más, ella había incluso liberado a un dios caído de su prisión. No le tocaba salvar el mundo, sino llevarlo a la ruina.

—Hija de la muerte, has llegado muy lejos —dijo Myesta—. Quizás falles en esto.

—Además, estoy muerta.

La ignoraron.

—Pero ¿por qué no darte la oportunidad? No puedes hacerlo sola. Necesitarás ayuda. Por suerte, tenemos a muchos mortales corriendo por ahí, con la sangre tintada de divinidad.

Nadya frunció el ceño.

—Pero ¿y todo lo demás? ¿La guerra? ¿Tranavia?

—¿Crees que me importan Tranavia y sus errores? ¿Crees que me importa lo que hacen los akolanos cuando derraman sangre por la arena? ¿Crees que me importa lo que los manos amables les hagan a los magos de Česke Zin y Rumenovać? ¿Lo que haga esa gente con nuestros huesos? Vosotros, mortales, y vuestra magia sois vuestros propios problemas, todos insignificantes —replicó Alena.

—Entonces, ¿por qué le importaba tanto a Marzenya? ¿Y a los otros dioses?

—Porque actuamos por imitación —dijo simplemente Myesta, como si fuera obvio.

Su respuesta dejó a Nadya descolocada y tambaleante. Sin embargo, no importaba. No podía cambiar cómo Kalyazin y Tranavia veían a los dioses.

Para los primeros eran un consuelo, y sus sacerdotes e iglesias, puntos de apoyo estables en un mundo de caos. Sin embargo, los segundos los veían como algo sofocante. Obligarlos a entender no cambiaría nada, igual que mostrarle a Kalyazin que los dioses a los que veneraban eran tan monstruosos como las abominaciones a las que los tranavianos llamaban Buitres tampoco cambiaría nada.

Enterró la cara entre las manos. No estaba preparada para irse. Todo eso era inútil, mera información en retrospectiva, algo que ya había descubierto por sí misma. Un recordatorio de sus fracasos. Era una tontería pensar que las diosas no podían oír sus pensamientos.

—Fracasos, sí —dijo Alena—, pero eso es lo que esperamos de los mortales. Son los fracasos los que hacen que todo sea mucho más fascinante.

—El resto de los dioses no estarían de acuerdo con vosotras —musitó Nadya.

—Aún son jóvenes. Sus ideales todavía se están moldeando.

—Si Chyrnog cumple su propósito, vuestro mundo se consumirá —dijo Myesta, volviendo a la tarea que tenía entre manos—. Es muy simple. Lleva mucho tiempo esperando algo así, devorar a Alena.

—Pero no es el único dios antiguo, ¿verdad?

Recibió lo que casi se podía interpretar como un encogimiento de hombros.

—Había otros. Se desvanecieron, murieron, huyeron. Había otros mucho más terribles y los que eran todo luz. Ninguno importa.

—¿Porque Chyrnog es el problema actual? —preguntó Nadya.

—Exacto.

La clériga tragó saliva.

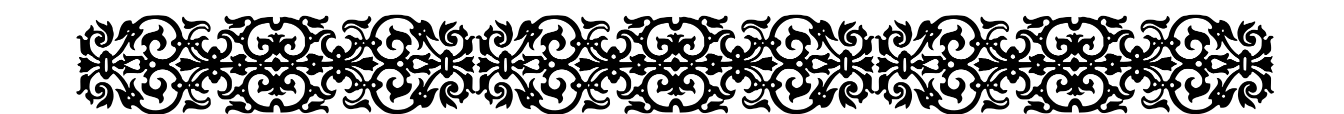
—Quien quede que trate con él, supongo.

Myesta se echó a reír y Nadya se estremeció. No era un sonido agradable. La diosa se movió y le rozó la frente con los dedos. Un dolor exquisito.

—¿Será una bendición o una maldición? —preguntó Alena, un poco reticente.

—Seguramente ambas —contestó Myesta.

Si dijeron algo más, Nadya no las oyó. Todo cayó en una oscuridad pesada y devastadora a su alrededor.



Interludio

PARIJAHAN SIROOSI

Parijahan nunca olvidaría la expresión de conmoción en la cara de Rashid mientras resguardaba el cuerpo de Nadya de la lluvia. La clériga parecía joven y frágil entre sus brazos. Al tumbarla con delicadeza sobre la cama en casa del *boyar*, daba la impresión de ser muy pequeña. Con cuidado, el chico le apartó el pelo de la cara.

Mordiéndose el labio inferior para evitar que la oleada de pena la sobrepasara, Parijahan se esforzó en bloquearla, en colocarla en la estantería junto a la muerte de Malachiasz. No podía asimilarlo. No podían haberse muerto los dos.

La *tsarevna* siguió a Rashid dentro de la sala, pero, cuando él se alejó de la cama con los ojos oscuros vidriosos por las lágrimas, fue evidente que ella quería huir. Katya tocó la frente de Nadya, con las yemas de los dedos le cerró los ojos con una dulzura dolorosa y abandonó la habitación apresuradamente.

Había ocurrido muy rápido; Nadya había caído en silencio. Parijahan lo había visto desde la distancia, incapaz de detenerlo, y la situación había sido muy parecida a cuando Malachiasz había caído mientras seguía luchando por subir la montaña. El arma le había regalado una cuidadosa caricia al resbalársele a una mujer contra la espalda de Nadya. Antes deque Parijahan pudiera cruzar la plaza cubierta de barro, ya estaba muerta.

Nadya había sobrevivido a mucho. Parecía inmune. Parijahan se acercó a Rashid, que miraba al cadáver sin verlo. Le envolvió la cadera con los brazos y le apoyó la frente contra la nuca.

«Es hora de decir la verdad».

—Se acabó todo esto. No más muerte.

—Parj…

—Nunca me preguntaste qué estaba haciendo la noche que nos marchamos de Akola. Tras todo este tiempo, todos estos años, nunca me has preguntado de qué huíamos, lo que quiere mi familia que le devuelva con tantas ganas, lo que hace que sea imposible que vuelva a casa.

Le había pedido que la acompañara y lo había hecho. Le había pedido que la siguiera a Kalyazin y lo había hecho. La había visto reunir a un grupo de inadaptados y renegados y nunca le había preguntado qué estaba haciendo. La escuchaba contar la historia de Taraneh, aunque sabía que estaba narrando una verdad a medias, pero nunca le había preguntado qué escondía.

—Jamás te lo conté —continuó— por razones ingenuas y mezquinas, igual que no lo hice con Nadya, aunque debería haberlo hecho.

«No más secretos. Hablamos después», había dicho Nadya antes de ir con Katya a defender la ciudad. Y ahora era tarde. Tensó los brazos alrededor de Rashid.

—Demasiados secretos, demasiadas muertes.

—Están intentando recuperarte —comentó Rashid.

—Acababa de perder a Taraneh y estaba asustada y confusa. Arman no iba a volver. Se había ido con los magos del desierto y sabía lo que eso significaba. También sabía de lo que eras capaz. —Rashid se tensó—. Era imposible vivir en ese palacio, escuchando conversaciones sobre cómo lidiar con el problema del oeste.

«¡Qué manera tan benigna de hablar sobre qué se necesitaba para intentar acabar con su pueblo!», pensó vagamente.

—Y charlas sobre el norte… ¿Alguna vez escuchaste cómo hablaban de estos países? Como si fueran bárbaros, locos, ese era el problema con el poder. Por eso Akola quería encerrar a los magos.

Habría sido su destino. Los magos de la *Travasha* solo vivían unos años en la corte antes de encarcelarlos, encadenados con cerrojos irrompibles hechos por algún mago muerto hacía mucho tiempo. Solo los atraían para recibir muerte y dolor antes de devolverlos a la oscuridad, lejos de la vista y del recuerdo.

—Hablaban de ti constantemente. El pequeño sirviente contratado, procedente de Yanzin Zadar, que tenía poder. ¿Recuerdas qué pruebas te hicieron?

Rashid se quedó en silencio durante mucho tiempo antes de emitir un suave «Sí». Ella tragó saliva al verse sobrepasada por las lágrimas.

—Rashid, siento mucho no haber confiado en ti.

El chico le apartó los brazos y se giró para mirarla.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué hiciste?

Parijahan cerró los ojos.

—Es lo que no hice. No sé cómo las misivas no dejaban de llegarme, cómo lo sabían. No dejaban de suplicarme que regresara, pero las súplicas se convirtieron en amenazas, que se volvieron mucho más oscuras y yo…, yo…, eras tú. Sé lo que significa para mí no volver a Akola, pero es por mucho más que ser la *prasīt*, es… Tiene mucho más que ver con todas estas tonterías divinas. Lo siento, pero… —Estiró la mano y le cogió de la muñeca para levantarle la manga. Le pasó los dedos por el antebrazo, por las marcas de vid. De repente, de su piel brotaron flores.

A Rashid se le paralizó la respiración. Parijahan odiaba hacerle aquello, sabía lo mucho que no deseaba usar su poder.

—Sabía lo que traerte aquí te haría porque soy como tú. Sabía que las estrellas en tu sangre estallarían en esta tierra de dioses y poder. En Akola, era solo magia del desierto, pero aquí es diferente. Los dioses que caminan por estas tierras no son los nuestros. Son mucho peores, codiciosos y caprichosos, y nuestros inocentes amigos los han liberado. —Cerró los ojos—. En el bosque, decidí quedarme aquí, sabiendo lo que eso significaría. Todo esto nos va a consumir por mi culpa. Sin Nadya… estamos condenados.

Las flores qué brotaban de su piel eran blancas y carmesí antes de pasar al morado. Serían preciosas si no fueran tan horribles.

Rashid tenía mil preguntas. Parijahan no sabía cómo las iba a contestar todas, lo había mantenido oculto demasiado tiempo. Malachiasz conocía una parte: que tenía magia, un tipo diferente al que se usaba en Kalyazin o Tranavia, pero había muerto y se había llevado la verdad con él.

El chico no tuvo oportunidad de hacer ninguna pregunta. La voz de Nadya, débil y cansada, los sobresaltó.

—Voy a tener que escuchar todo eso de nuevo, pero en kalyazi —dijo.

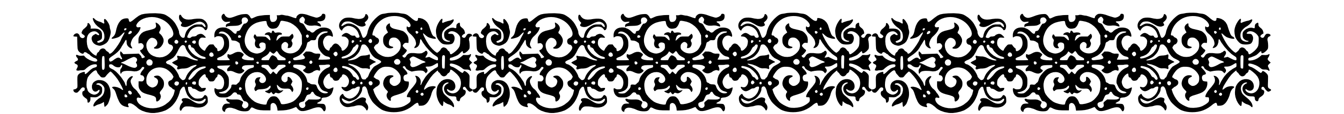
El mundo se tambaleó para Parijahan y Rashid la sostuvo cuando le fallaron las rodillas. Nadya levantó una mano con mucha lentitud, los ojos aún cerrados y el ceño fruncido.

—Dioses, me siento…, bueno, como si hubiera muerto. Dadme un segundo para que me vuelvan a funcionar las extremidades.

Parijahan se alejó de los brazos del chico para arrodillarse a su lado. Estiró las manos con mucho cuidado y tocó la de Nadya, quien abrió los ojos por el contacto. Tenía la piel gélida. Una polilla apareció y se le posó en el pelo rubio, casi blanco. ¿Cómo había vuelto? La clériga resopló, cerró los

ojos de nuevo y se los frotó con las manos. Se produjo un largo momento de silencio.

—Vale, bueno, ahora puedo decir que morir es muy desagradable, por si os lo estabais preguntando.



20

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Comenzó con un dedo. Un hilo irrisorio de magia. Me lo arrebató con un corte limpio, entero, poco doloroso. No pestañeé cuando me quitó otro. Me falta la mano entera, pero era la izquierda. Caminar se volvió complicado cuando se llevó la pierna. Que tome lo que desee.

Fragmento de una entrada del diario de un fiel anónimo de Chyrnog

Malachiasz se sintió mejor después de dormir, lo que era sospechoso. Que hubiera dormido también lo era. No lo había hecho en meses.

—Es *sorprendente lo diferentes que son las cosas cuando me obedeces* —dijo Chyrnog.

Malachiasz no respondió. Había mucho en lo que trataba de no pensar. Cómo se había sentido cuando le había clavado los dientes en la garganta al chico. El beso. Había mucho que no deseaba recordar. Cada vez que pensaba que había caído lo máximo posible, acababa por no ser verdad.

Sin embargo, lo que más lo aterraba era el escalofrío que había sufrido cuando, en algún lugar, la chica del pelo como la nieve había caído para siempre. Su muerte era un océano en el que se ahogaría. Era mejor que estuviera viva para que él pudiera odiarla en silencio desde lejos. El tranaviano se permitiría vivir rechazando la idea.

—¿Esperabas algo que no fuera supervivencia? —preguntó con amabilidad.

Ruslan le dedicó una pequeña sonrisa e inclinó la cabeza. Malachiasz era mejor, más astuto y fuerte, aptitudes que suponían una mala noticia para esas personas.

—Querías que destruyera al chico, ¿no? Espero que esa fuera tu intención porque es lo que ha ocurrido. —Hizo un vago gesto hacia el árbol y se incorporó por completo—. Tú y yo tenemos cosas de las que hablar —comentó con una sonrisa. Ruslan se estremeció apenas, casi de forma imperceptible, cuando captó sus dientes—. Solo los dos —continuó Malachiasz, dando la vuelta al círculo de luz para acercarse a él, lejos de su hermano. Era extraño pensar en Serefin así, pero… correcto.

—Espera…, ¿qué? —El rey tranaviano pareció inquieto.

Malachiasz le dedicó una mirada mientras contenía un suspiro. Esperaba que Serefin se hubiera enterado ya de cuál era su estrategia.

—Soy el receptáculo de su dios renacido —le recordó en un tono monótono—. No necesitan hablar contigo.

«Confía en mí», pensó, aunque sabía que Serefin no lo haría. No tenía razones para ello. ¿Qué había hecho Malachiasz excepto subestimar su poder e ignorar su autoridad?

—¿Solo hablar? —preguntó Serefin con cautela. Observó a Kacper, que tenía los puños apretados. Por lo que sabía, su hermano podía irse con los cultistas y dejarlos allí para que murieran. Malachiasz había descubierto que las personas jugaban su papel con total honestidad cuando estaban desesperadas.

—Bueno, si llegamos a entendernos durante la charla, no será tan malo —contestó el Buitre, encogiéndose de hombros.

Sin embargo, esta vez el engaño no le estaba dejando una sensación demasiado buena. Descubrió, con cierta sorpresa, que no quería que Serefin pensara que lo estaba traicionando.

Había cometido un acto horrible y su hermano lo había tratado con amabilidad después. No se lo merecía. Por mucho que odiara lo que Chyrnog le había obligado a hacer, lo había disfrutado igual. Se parecía demasiado a un monstruo como para resistirse cuando Chyrnog apelaba a su instinto más básico.

Una expresión de aflicción le cruzó el rostro a Serefin. Malachiasz se mordió el labio.

—Malachiasz, no te atrevas —dijo su hermano con un tono peligrosamente suave.

Ruslan le mantuvo la puerta abierta y giró la cabeza para ver si Malachiasz lo seguía. Lo hizo, sintiéndose destrozado todo el camino.

* * *

—¿Cuánto tiempo habéis estado esperando su regreso? —preguntó Malachiasz, incapaz de alejar la curiosidad de su voz. Entrelazó las manos tras su espalda mientras seguía a Ruslan.

Se encontraban en una iglesia de piedra, quizás un monasterio, pero Malachiasz no estaba del todo seguro. Le producía la misma sensación que el que había visitado con Nadya, aunque este era más frío. Vacío y hostil. Con cuidado, rodeó la luz del sol que se filtraba por las hendiduras de las ventanas, aunque no siempre era posible y a veces se veía obligado a apretar los dientes y continuar. Supuso que Ruslan le había guiado por esa ruta a propósito.

—La orden lleva en pie desde el principio de los tiempos —contestó.

—No es una respuesta. Muy bien, es información que no sirve para nada, de todas formas.

Dio un paso atrás esperando que Ruslan se girara hacia él. Este se acercó y le presionó un cuchillo contra la mandíbula a Malachiasz. Interesante. Quería magia. Su piel no reaccionó ante el filo, lo que lo alivió. No era una reliquia. Podía sobrevivir a todas las heridas de cuchillo que le hiciera (excepto a la decapitación, la única manera de matar de verdad a un Buitre), pero no a una reliquia, según había descubierto de manera tan dolorosa.

—No tientes a la suerte —siseó Ruslan.

Tenía mucha práctica pensando rápido con un arma en su garganta gracias a Nadya. Además, tenía mucha práctica tentando a la suerte.

«¿Cuánto control sobre mí tienes en realidad?», se aventuró a preguntarle a Chyrnog. No quería una demostración, pero tenía una teoría y le gustaba la idea de probarla.

—*Eres mío* —replicó Chyrnog.

«Eso no responde a mi pregunta». Daba igual. Malachiasz había aprendido suficiente jerga religiosa y sin sentido de Nadya como para mantenerse firme.

Reticente, el Buitre dejó escapar un hilo de control. Sus cambios se volvieron más rápidos y caóticos cuando se rindió, preparándose para la visión caleidoscópica cuando se fragmentaba y recomponía para volver a fragmentarse.

—Soy la voz de tu dios hecho carne y hueso —dijo, abandonando su voz y hablando a través de los dientes de hierro—. Mi génesis es irrelevante. No os necesito a ti ni a tu orden si decides tratarme sin el respeto que me merezco. Soy la entropía. Soy el caos. Te doblegarás a mi voluntad o te dejaré convertido en los mismos pedazos de piel y tuétano que quedan de tu último

acólito. ¿Qué te hace pensar que puedes encadenarme, atarme, romperme y arrastrarme como a un idiota por los pasillos de luz?

Tenía entre los dedos la mandíbula de Ruslan y se giró para presionarla contra la pared antes de que tuviera oportunidad de pestañear.

—Piensa en detalle cómo has decidido tratar este tema y cómo planeas proceder —susurró—. Podríamos ser aliados. Podrías tener la gloria de mi ascensión mientras hago pedazos el cielo y se lo cedo todo a Chyrnog. O podría matarte ahora mismo.

Un músculo se tensó bajo sus yemas cuando Ruslan tragó saliva. Malachiasz esbozó una diminuta sonrisa. Ese era un juego al que sabía jugar muy bien.

—*Pero ¿cuánto tiempo pasará hasta que deje de ser un juego?* —reflexionó Chyrnog—. *¿Crees que te elegí sin razón alguna? ¿Que no me he tomado mi tiempo, esperándote? Me he pasado eones tentando a Velyos para que fuera mi esclavo, para que eligiera por fin un receptáculo que lo acercara a ti*. —Malachiasz se negaba a creer que lo que estaba ocurriendo allí estuviera predeterminado. Aquello provocaba demasiadas preguntas en las que no quería pensar—. *Permitiré que sigas fingiendo, pero ay, espera el día en el que dejes de fingir*.

Malachiasz soltó a Ruslan y lo miró con indiferencia.

—¿Nos entendemos? —preguntó, recuperando el control y guardando el caos con cuidado, mientras adoptaba un tono alegre.

Ruslan lo miró a través de las pestañas oscuras. ¿Eso que había en sus ojos era odio o respeto? ¿Veneración? A Malachiasz le servía cualquiera de los tres. Todos podrían transformarse en fanatismo. El otro chico sonrió con los dientes manchados de sangre.

—Sí —dijo—. Creo que sí.

—Por favor —respondió Malachiasz, haciéndole un gesto—. Guía el camino. Y, te lo suplico, vamos por los pasillos interiores porque tengo la piel muy sensible.

Lo guio a un estudio que parecía hacer las veces de biblioteca. Aunque sabía que la mayoría de los textos eran de naturaleza religiosa y, por lo tanto, ridículos, Malachiasz no consiguió desprenderse del deseo que le produjo la visión. Lo echaba de menos. Echaba de menos estar a solas en su estudio, con sus libros y cuadros. Echaba de menos vivir sin el peso de la desesperación y la sensación de que se le acababa el tiempo aferrada al pecho. Echaba de menos sus sueños imposibles de refugiarse en su estudio con Nadya y

mostrarle qué podían conseguir si trabajaban juntos con su magia igual de enigmática. Echaba de menos a Nadya.

«Está en un lugar mejor». El pensamiento era venenoso. Si debía confiar en las ideas kalyazi sobre la vida después de la muerte, la noción era verdadera. Si lo hacía en las tranavianas, bueno, las cosas se complicaban un poco más. Se merecía paz, pero deseaba haberla visto una última vez. ¿De verdad? No lo sabía.

Tal vez pensar en retrospectiva de manera idealista era lo único que le quedaba para evitar volverse loco por la pena. No podía pensar en eso. El pensamiento era muy distante, irreal. Cuanto más evitara ese hilo roto, más tiempo podría fingir. Debía lidiar con ese dios y ese culto cuando lo único que le apetecía era desmoronarse y hacerse pedazos.

Ruslan estaba hablando, pero Malachiasz no le prestaba atención. Había perdido la práctica. Incluso cuando había mentido a Nadya, no lo había hecho, en realidad no. Le había ocultado parte de la verdad, pero le había resultado casi imposible ocultar todo lo demás. Esa chica atraía sus partes más ansiosas y confusas, las que intentaba con todas sus fuerzas esconderle al mundo. Debía dejar de pensar en ella.

—¿Perdón? —preguntó de forma monótona.

Ruslan se acercó al escritorio y se sentó detrás. Malachiasz permaneció de pie. No iba a sentarse ante el chico como un estudiante que se fuera a examinar. Se acercó a una estantería tras la silla. Ruslan se tensó. Era resistente, lo que le provocaba curiosidad. ¿Había pensado que quizás él era el receptáculo de Chymog? ¿Habría hablado el dios alguna vez a sus seguidores?

—*¿Por qué iba a hablar con gusanos?*

«Seguro que les encantaría saber lo que piensas de ellos», contestó Malachiasz. Aunque no creía que les importara. Supuso que era necesario ser de cierta manera para rendir fidelidad a un dios de la entropía muerto.

—Seguro que tienes preguntas —comentó Ruslan.

—¿Por qué? ¿Porque soy tranaviano? —replicó Malachiasz. Pero era cierto. Lo que sabía sobre los dioses kalyazi de sus años de estudio se había alineado con lo que Nadya le había contado. Sin embargo, esta parecía estar descartando datos dudosos, como mínimo, a pesar de ser alguien que podía hablar literalmente con ellos—. No te molestes con lo básico del panteón. Demasiado tedioso. Entiendo todo eso. Si tienes más, dame más, ve más al fondo.

Ruslan alzó una ceja y una sonrisa le curvó los labios.

—Te estás refiriendo a los dioses antiguos.

Ah, bien. Chymog tenía amigos.

—Hay demasiadas cosas del mundo que no entendemos —dijo Ruslan—. Se ha destruido mucho en esa guerra sin fin. Se ha quemado gran cantidad de conocimientos porque danzaban demasiado cerca de lo que un consejo mortal consideraba herejía. —Malachiasz se giró y se apoyó en la estantería—. Venerar a los dioses caídos es una herejía. Venerar a los dioses antiguos es peor —continuó Ruslan.

—Pero ¿no son todos vuestros dioses? —Eso era lo que Malachiasz no entendía, esa línea entre divinidades—. ¿O depende de dónde procede cada uno?

—¿Conocemos la génesis de los dioses? —preguntó Ruslan, alzando las cejas.

Malachiasz pensó en las páginas y páginas de hechizos en su estudio de Grazyk. En la pérdida de sangre procedente de muchas venas. En la que se había derramado del cuello de Serefin cuando había muerto y que le había dado a Malachiasz el elemento clave para entender muchas partes de poder interconectadas. En el sabor del cobre al bebería. No recordaba mucho más después de aquello.

—Diría que es fácil adivinar la del panteón actual —dijo Malachiasz, avanzando con cuidado.

—Y por eso damos la bienvenida al regreso de Chymog. Uno de los poderes antiguos. Un dios verdadero. Sin ascensión ni tiempo antes de la conciencia. Siempre ha existido y a nosotros siempre se nos ha creado para servir de terreno bajo sus pies.

Malachiasz emitió un sonido, pensativo. A Ruslan se le oscureció la expresión. Observó la estantería sobre el hombro de Malachiasz.

—Hubo una guerra —musitó—. No aquí, sino allí, aunque se extendió hasta nuestro mundo de igual manera.

—¿Cómo pierde un dios de la entropía una guerra?

Ruslan entornó los ojos. Malachiasz estaba contando demasiado, pero no había demostrado ser resistente a la voluntad de Chyrnog frente a ese chico, por lo que apenas se estaba arriesgando.

—Cuando una guerra divina se extiende, atrae a mortales a la batalla. Los viejos clérigos se volvieron santos. Nuestra magia siempre procede de los dioses, pero no siempre de fuentes divinas santificadas. —Pasó la mano por el anillo del dedo índice. Era claramente una reliquia.

—Entonces, ¿para qué queréis a la chica? —preguntó Malachiasz, distraído.

Ruslan hizo un gesto con la mano.

—¿Olya? Porque pasó de ser una bruja horrible a una con auténtico poder en cuestión de meses y quiero saber cómo.

De forma vaga, Malachiasz pensó en que había matado a la diosa de la magia, en que habían aparecido nuevas maneras de que surgiera la magia y en la intromisión de Nadya, en que algo se había roto y en que todas las reglas por las que habían vivido y luchado se habían convertido en cenizas. Su nueva realidad era una en la que la magia no estaba tan controlada. ¿Cómo iban a sobrevivir a aquello?

Bueno, se suponía que no lo conseguirían si Chymog se salía con la suya.

—Perdona por el cambio de tema. ¿Y los clérigos?

Ruslan no pareció inquietarse.

—Había cuatro: Innokentiy Tamarkin, Milyena Shishova, Lev Milekhin y Sofka Greshneva. —Se puso en pie y se pasó las manos por el pelo, que se dejó de punta por un lado cuando apartó a Malachiasz de en medio para buscar un volumen pequeño en la estantería. Se lo tendió al Buitre Negro con fervor en la mirada—. *Los Libros de Innokentiy* son lo único que tenemos que habla de lo que ocurrió. Cuatro clérigos que, de una manera u otra, perdieron el contacto con sus dioses patrones. Había más volúmenes, pero se han perdido. Una persona de la orden ha oído rumores de que hay más en Komyazalov, pero todavía no ha encontrado nada. Son los que inclinaron la balanza en contra de Chymog. Son los que consiguieron lo imposible.

Malachiasz abrió el libro y hojeó las páginas.

—Bueno, ahora no tenemos que preocuparnos por eso, ¿no? Ya no vivimos en la época de los clérigos.

Ruslan sonrió.

—Exacto.

Era un fanático movido por el deseo de entender el pasado, pero se había agrietado, fracturado de tal manera que solo podía mirar atrás. Todo iría bien si la situación volvía a cómo era antes de que todo fuera mal.

—Por supuesto —comentó el chico—. Contarte esto acaba con la vida de tu hermano.

El miedo le recorrió la columna a Malachiasz.

—¿Qué?

Ruslan se toqueteó el anillo del dedo.

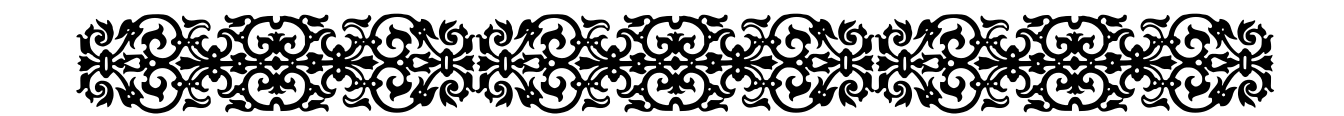
—¿No lo sentiste? Supongo que no. No si de verdad eres el receptáculo de Chymog. No serías capaz de sentir su poder sobre ti, pero sé que ahora eres como dices y que tu hermano desobedeció la voluntad de Chymog, por lo que debe morir. No pasa nada. No haré que mires a menos que lo desees. —Observó a Malachiasz y alzó una ceja oscura.

Malachiasz se dio cuenta con una claridad cristalina de que no quería que Serefin muriera. Había vivido demasiado tiempo con la idea de que nadie le quería, que no tenía familia, que procedía de los Buitres y que no había nada más esperándolo. Descubrir que había alguien, aunque fuera Serefin, significaba algo y no estaba dispuesto a usarlo como sacrificio por su propio orgullo.

—Haré lo que quieras —dijo Malachiasz—. Déjalo en paz.

Ruslan soltó una carcajada.

—Por supuesto que no. —El anillo del dedo le brilló con una luz nauseabunda.



21

NADEZHDA LAPTEVA

Cuando un campo de batalla se inundó, Svoyatova Nyura Zlobina, una clériga de Omunitsa, dio forma al agua para ahogar a un ejército.

Libro de los Santos de Vasiliev

Era como resurgir de debajo de un río helado. Nadya no conseguía entrar en calor, daba igual lo mucho que lo intentara, incluso a pesar de sostener entre las manos una taza de té casi hirviendo. Le dolía la espalda (estaba harta de que la apuñalaran). Y los abrazos de Rashid y Parijahan, por muy cálidos que fueran, no conseguían apagar el frío de sus huesos.

Katya había entrado en la habitación, le había dedicado una mirada a Nadya y había suspirado mientras el alivio le relajaba los hombros tensos.

—Das demasiados problemas.

—Eso me han dicho. —Nadya se sentó en el borde de la cama y se tapó con una manta. Tumbarse se parecía demasiado a la muerte.

—¿Qué ha pasado?

Nadya se sintió distinta, más ligera, como si le hubieran quitado un peso de encima. ¿Lo había reemplazado otra cosa?

—Los dioses vuelven a hablar conmigo.

Katya alzó una ceja.

—¿Qué ha cambiado?

—Chymog se ha despertado.

Katya palideció y de inmediato se dejó caer en una silla cercana.

—Vaya.

—Tenemos que detenerlo, encerrarlo. Es la única manera —continuó la clériga.

Katya abrió la boca, pero después solo apretó los labios y negó con la cabeza. Nadya tampoco sabía cómo hacerlo. Ese era el siguiente paso. Tal vez ir a Komyazalov funcionara. Si había algún lugar con esa clase de conocimiento esotérico, era la capital de Kalyazin.

La *tsarevna* se tiró de un rizo oscuro.

—Muy bien —dijo con un hilo de voz—. Hablaré con Viktor. Aseguraos de que la ciudad sigue en pie, aunque parece que hemos ahuyentado a las brujas.

—*Zlatana seguirá devorando la ciudad* —anunció Zvezdan.

«¿Sin rencor por lo de antes, entonces?», pensó Nadya.

—*Tengo curiosidad por saber qué planeas hacer*.

«¿Alguno de vosotros se ha aliado con Chyrnog?».

—*Aliarse sería una descripción simple para una relación complicada. Zlatana siempre le ha tenido aprecio, igual que Cvjetko*.

«¿Y Velyos?».

—*Velyos hace lo que quiere cuando quiere y con quien quiere*.

Parecía cierto. Nadya hizo un gesto a su lado y Parijahan suspiró antes de sentarse.

—¿Qué planeabas hacer con Malachiasz?

Parijahan se estremeció. Nadya no quería tirar de ese hilo, pero conocía la desesperación, el hambre. ¿Por qué no se había roto esa magia al morir el chico? La implicación de que quizás hubiera sobrevivido era inquietante. ¿Lo buscaría si sobrevivía a aquello, si él lo hacía, si no eran rivales, como presentía?

«No», decidió. Lo que tuvieran antes se había acabado. No podía esperar nada más, no después de lo que ambos habían hecho.

—¿Qué me estás ocultando, Parj? He captado fragmentos, pero mi paalmideshi no es muy bueno todavía. —Había intentado aprender con Parijahan, pero iba muy lenta. La lengua no tenía tanto en común con el kalyazi como el tranaviano y Nadya no avanzaba con facilidad.

—Muchas cosas —contestó la chica con una falsa alegría—. Además… Además, no es que no confiara en ti o en Rashid… —Enterró la cara entre las manos.

—¿Qué tal si comienzas por el principio? —sugirió Nadya.

—No puedo resumir la historia de Akola en pocas palabras —respondió Parijahan de manera sarcástica. Miro a Nadya, pensativa—. Sin embargo, sabes más de los tecnicismos de la magia de lo que dejas entrever.

Nadya esbozó una débil sonrisa.

—¿De eso se trata?

Parijahan se movió por la cama para acercar las rodillas al pecho.

—De eso se trata todo. Los cambios en la magia llevan ocurriendo desde hace mucho más tiempo que esa noche en Grazyk. Recuerdo escuchar a escondidos una reunión de mi hermano, Arman, con un grupo de magos de las dunas del sur. Hablaban de cómo estaban cambiando las estrellas, lo que es… imposible.

—No sabía que tenías un hermano.

—Se marchó para unirse a los magos. Murió hace mucho. —Su voz reflejaba dolor, envuelto en un cuidadoso velo. No hablaba del tema, nunca. Nadya lo entendía.

—Tú también tienes magia, ¿no? —Eso explicaría el miedo de Parijahan, por qué lo había ocultado y no se lo había contado a nadie, rodeada como estaba por personas que de manera constante destruían el mundo a causa de la magia. La clériga miró a Rashid—. Ambos.

Parijahan se mordió el labio inferior. Rashid alzó una ceja.

—Es complicado —dijo la chica—. Mi magia no es igual que la de Malachiasz, Rashid o la tuya, pero nací bajo una estrella sangrienta, así que algo hay. Además, ser un mago en Akola no es como aquí o en Tranavia. En este último, es banal. Y aquí, se venera.

—Bueno —comentó Nadya.

Parijahan hizo un gesto con la mano.

—En el antiguo Paalmidesh, eres una herramienta. Un arma. En Rashnit, estás maldito. En Tahbni, eres como un dios.

—¿Y en Yanzin Zadar? —preguntó Nadya.

—Lo escondes con la esperanza de que no te vendan a una *Travasha* en otra parte del país —susurró Rashid.

Ah, eso también explicaba muchas cosas.

—No viniste a Kalyazin para vengar a tu hermana, entonces —dijo Nadya.

Parijahan tenía la mirada gris acero centrada con firmeza en la de Rashid.

—No, no del todo —murmuró—. En Akola, se está llevando a cabo una investigación para ir más allá con la magia, hacer más, y mi familia no es una *Travasha* que se quede atrás.

A Rashid el rostro se le tornó ceniciento.

—Nunca sabré si Arman fue con los magos por voluntad propia, pero… —Parijahan se interrumpió y tragó saliva con fuerza—. Me contó lo que los

magos de nuestra *Travasha* le estaban haciendo. «Pidiendo», como decían ellos, de manera muy cortés, aunque no tuviera otra opción.

Nadya se sintió mareada.

—Ahora que lo pienso, me sorprende un poco que fueras tan amiga de Malachiasz.

Parijahan se encogió de hombros sin negarlo. Sin embargo, ambas habían mirado a otro lado tras conocer lo que Malachiasz les había hecho a otras personas en su búsqueda de poder.

—Los magos de la corte iban a ir a por Rashid. Nunca lo volvería a ver. Fue una decisión egoísta. Mi familia me mantenía oculta por las estrellas bajo las que nací. Había una cámara bajo el trono, bajo la sala del consejo, y me metían allí, encerrada en la oscuridad, para que influyera en las decisiones a su favor. Porque había cosas que ocurrían en torno a mí. A veces buenas, otras malas. No puedo controlarlas, es un tipo de magia inútil. En Akola, hablan de cómo los dioses del norte son viciosos y están locos, tan envueltos en una guerra que no tienen en cuenta a los mortales de la misma manera en la que lo hacen los dioses akolanos.

—¿Cómo son vuestros dioses? —preguntó Nadya, intentando asimilar que encerraran a una niña en la oscuridad para que el poder sobre el que no tenía control funcionara. ¿Era peor que aislar a una niña en las montañas para prepararla para la guerra? Suponía que no.

—Es difícil de explicar. Lo que he presenciado aquí no es igual. A nuestros dioses les preocupa el colectivo mientras que los vuestros se unen a individuos. Sin embargo, pensé que, al venir, estaría a salvo. No era una elegida, por lo que a los dioses de aquí no les importaría.

Nadya no entendía a dónde quería ir a parar.

—Entonces, te encontraste conmigo.

Parijahan se encogió de hombros.

—Tenía curiosidad. Y quería venganza. Hacer que Tranavia sufriera.

—¿Sigue siendo así?

—No lo sé.

Nadya la entendía.

—¿Qué ha cambiado?

—Mi familia quiere que vuelva. Mi padre se está muriendo, por lo que la *Travasha* debe presentar un candidato al trono. Soy la siguiente en la línea de sucesión para la casa Siroosi y, con mi influencia…

—Vaya —musitó Nadya.

Parijahan asintió.

—Quería que Malachiasz me ayudara a salir de ahí, por así decirlo. Sin embargo, él quería que regresara y les dijera que abdicaba. No creo que entendiera que en cuanto cruzara la frontera con Akola, se acabaría, permanecería allí hasta mi muerte.

Rashid suspiró.

—¿Tan mala sería esa opción?

Parijahan echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un suspiro nervioso.

—Eso es lo que me costó tanto explicarle a Malachiasz. No quiero la *Travasha*. Dásela a alguien que la quiera, que desee gobernar. Yo no, nunca la he querido.

—¿Y tú qué deseas?

Parijahan observó a Rashid.

—Akola me importa, de verdad. No quiero gobernarlo, pero deseo ayudar. No creo que pueda hacerlo hasta que no se haya calmado lo que está ocurriendo aquí. Todo esto va a afectar a Akola. Cuando mi padre muera, no habrá ningún proceso cuidadoso a través del cual elegir a la siguiente *Travasha* gobernante. Estamos al borde de una guerra civil.

Nadya alzó una ceja y miró a Rashid, quien gimió y extendió el antebrazo. La clériga lo contempló mientras las flores le estallaban en la piel. Suspiró.

—¿Y aún no sabes qué puedes hacer? ¿Has hablado ya con Ostyia?

—No ha habido tiempo con todo lo de tu muerte y eso —contestó Rashid.

Nadya se estremeció.

—No obstante, tenéis dioses diferentes porque, de momento, hay demasiados desperdigados por ahí —comentó, y le tembló la voz un poco al ofrecer un dato seguro cuando no estaba segura de casi nada en los últimos tiempos—. Es uno de los peligros a los que nos enfrentamos ahora, que esos dioses caídos decidan que sería más beneficioso ocuparse de algo que ya controla un dios diferente y provoquen una guerra.

—Pero ¿quién sabe? Tal vez lo que ha ocurrido aquí también pueda pasar allí —observó Parijahan.

Nadya cerró los ojos.

—¿Algo más? —No sabía si podía asimilar mucho más.

—Un poco, pero ya hablaremos después. Has pasado por mucho.

—Todos lo hemos hecho.

—Sí, bueno, no todos hemos añadido literalmente nuestra muerte a la lista.

«¿Quién iba a pensar que algún día tendría tanto en común con dos tranavianos?». Nadya se frotó la cara con las manos.

—No hay tiempo para descansar —susurró.

Todo se iba a descontrolar a una velocidad mucho mayor de la que ellos podían afrontar. Dudaba que el ataque a la ciudad fuera el único de ese estilo que hubiera ocurrido en Kalyazin. Habría más, en otros lugares menos preparados. Bosques estirándose más allá de las fronteras y consumiendo, monstruos saliendo de los rincones oscuros para devorar.

Nadya no sabía cómo detener a un dios antiguo. No sabía qué le habían dado Myesta y Alena. No sabía aún qué era, aunque estaba a punto de encontrar la respuesta. Era aterrador y emocionante. ¡Había muerto!

Nadya se puso en pie, pero Parijahan tiró de ella con suavidad.

—No —dijo—. La pesadilla seguirá por aquí cuando te despiertes. ¡Descansa! —Le presionó la mano contra un lado de la cara y la kalyazi se inclinó contra su calidez. Rashid salió de la habitación.

—Me duele… todo —musitó Nadya.

—Así es la vida —contestó Parijahan. Le besó la coronilla—. Me alegro mucho de que estés bien.

—Creo que es una exageración.

—Estás viva, con eso me basta.

* * *

No había manera de quedarse para ayudar con los daños. Nadya se negó incluso a permanecer allí lo suficiente para recuperarse. No tenían tiempo que perder. La situación les producía mayor desesperación ahora que sabían a lo que se enfrentaban. Se dirigieron a la capital.

—Si necesitas un descanso, dímelo y haré que Katya se detenga —le aseguró Ostyia a Nadya tras acercar el caballo al suyo y dedicarle una mirada de soslayo—. No me puedo creer que vaya a decir esto, pero me alegra que estés viva.

—¡Ostyia! ¿Qué?

—¡Lo sé!

La clériga se echó a reír y todo el cuerpo le dolió.

—Serefin está bien —comentó—. Quería decírtelo antes, pero no he tenido tiempo y bueno…

Ostyia cerró el ojo y dejó escapar un suave suspiro.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con Velyos. Supongo que sigue dando vueltas alrededor de Serefin, pero me aseguró que estaba vivo, por lo menos.

—¿Eso significa que toda esa tontería en la montaña fue en vano? —Era imposible saberlo—. ¿Y Kacper…? —Nadya negó con la cabeza y Ostyia se mordió el labio—. Saber que Serefin está vivo ayuda. Gracias. Sé que probablemente tendrás… sentimientos encontrados hacia él.

Nadya y Serefin se habían hecho amigos durante el tiempo que había pasado en Grazyk y no sabía cómo expresar con palabras lo que significaba ahora para ella. Nadya había guiado a Malachiasz a la montaña a pesar de saber que lo destrozaría. Lo había salvado sabiendo que eso llevaría a su destrucción. Que Serefin fuera el que dio el golpe final fue una sorpresa dolorosa, pero ¿no era inevitable?

—Desearía que no lo hubiera hecho, pero entiendo el porqué. Quiero que la guerra se acabe. Estoy cansada de luchar. A lo que nos enfrentamos ahora es mucho peor que una contienda de un siglo de duración que, al final, es insignificante y ha destrozado demasiadas cosas. Me da la impresión de que piensas lo mismo o hubieras matado a Katya en cuanto tuviste la oportunidad.

La *tsarevna*, que era evidente que estaba escuchando, miró hacia atrás y les guiñó un ojo. De inmediato, Ostyia enrojeció. Nadya sonrió.

—Es un desastre político.

—No me puedo creer que me lo diga la chica que se lio con el Buitre Negro.

Nadya se echó a reír. A punto estuvo de tirar del hilo que los unía. Era fácil ignorarlo, más que al principio cuando había aparecido. Se había desenredado, quedaba poco a la espera. ¿Y si estaba equivocada? Había muerto en sus brazos y no había manera de volver de la muerte. Aunque ella lo había hecho y Serefin también.

—¿Sabías lo de Serefin y Malachiasz? —preguntó.

Una oleada de desagrado inundó el rostro de Ostyia.

—Sí. Es un bastardo.

—Es verdad.

Ostyia se echó a reír.

—No, literalmente. Son hermanastros. Malachiasz no es legítimo, lo que, para ser sinceros, si no hubiera sido tan… —Se interrumpió.

—¿Terrible?

—Malvado, no habría supuesto un problema para Serefin. No tiene derecho al trono.

Nadya soltó un suave resoplido. ¿Cómo habrían sido en un mundo distinto? Tal vez no tan rotos, quizás mucho peores.

—Serefin se habría mostrado sentimental sobre el tema, lo que habría sido un error. Quiero dejar claro que no me gusta Malachiasz. Es malo para Tranavia y los Buitres, y sé lo que sientes por él, pero lo conozco desde que éramos niños y siempre ha sido tóxico. —Nadya apretó los labios—. Sin embargo, a Serefin le importa porque así es como es.

—Aun así, lo asesinó —contraatacó la clériga.

—Serefin sabe lo que es mejor para Tranavia.

Nadya puso los ojos en blanco. No obstante, en última instancia, no sabía lo que Malachiasz había significado para Tranavia, lo que había hecho como el Buitre Negro más allá de torturar a su pueblo. A lo mejor Ostyia tenía razón, tal vez no importaba, quizás se había acabado.

«O tal vez esté vivo». Aquel pensamiento era estresante porque no lo sabía con seguridad y no podía comprobarlo. Si tiraba del hilo que los unía, él lo sabría. Y, si estaba vivo, bueno, Nadya no quería tal cosa. Si estaba muerto, no importaría porque lo muerto, muerto estaba.

Le dolió el corazón, como el resto del cuerpo, y no estaba segura de si podía tener esperanzas de que estuviera vivo o si solo se le permitía llorar su muerte. Porque lo sabía. Sabía qué era y lo que había hecho. Tenía su libro de hechizos. Su crueldad era inimaginable.

—¿Qué más da que sean hermanos? —preguntó Ostyia.

Nadya se quedó callada, dudando entre si debía o no compartir la verdad de Malachiasz.

—A él le importa mucho —musitó— la familia a la que no conoció. Quería con desesperación conocerla. Ojalá hubiera tenido oportunidad.

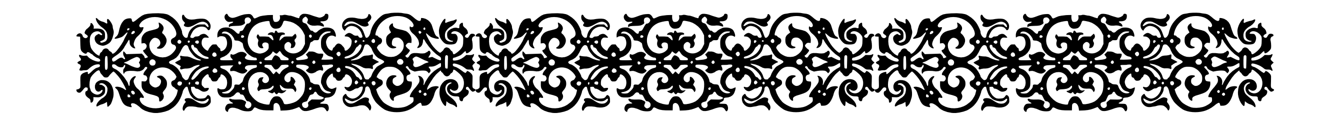
Un fogonazo le cruzó la cara a Ostyia, un latido de duda y empatía, pero lo apartó. Miró hacia donde cabalgaba Katya. La *tsarevna* ya no las escuchaba y era probable que no lo hubiera hecho desde que empezaron a hablar de Malachiasz.

No ignoraba las dudas que habían provocado en la *tsarevna* sus sentimientos por Malachiasz. Sin embargo, si estaba vivo, no iba a regresar con ella, por lo que el desliz de Nadya al enamorarse acabaría siendo nada más que eso, un error.

Parecía fácil. No contaba con cómo de repente se daba cuenta de que quería contarle algo antes de recordar que nunca volvería a dedicarle esa media sonrisa tierna mientras la escuchaba hablar. Echaba de menos la calmada intensidad con la que discutía con ella sobre auténticas trivialidades. Le encantaban sus discusiones. A él también.

Debía pasar página. Esa idea a medio comprobar, el secreto de que quizás estuviera vivo, debía permanecer así, mantenerla cerca de su corazón sin liberarla, como un pájaro enjaulado.

Se había enamorado de la forma equivocada de la persona incorrecta. Eso era. Había aprendido la lección. No entendía el amor.



22

SEREFIN MELESKI

El único clérigo al que llevaron a las Minas de sal y sobrevivió fue Svoyatovi Lukyan Starodubtsev. Cuando volvió, no le dejaban de sangrar los ojos.

Libro de los Santos de Vasiliev

No era otra traición. No podía serlo. Malachiasz, la noche anterior, temblando y enfermo, no podía estar actuando. Su expresión neutra y sus ojos fríos al abandonarlos habían sido un farol, seguro. Sin embargo, Serefin no estaba convencido y las apuestas no estaban muy a su favor. Como con todo, las dos opciones eran posibles. Malachiasz los habría dejado atrás por voluntad propia, pero, vaya, se sentiría mal por ello.

Kacper había gruñido, malhumorado, con la aspereza de una discusión inminente.

—Supongo que esperaremos para ver qué ha hecho tu maldito hermano.

Su maldito hermano, como decía él, los había traicionado. Serefin se quedó perplejo al descubrir que escocía. Debía haberlo esperado de Malachiasz. Lo esperaba, pero, al parecer, una parte de él había tenido la esperanza de estar equivocado.

Incluso sin magia, Serefin sentía el poder a su alrededor. Notaba cómo fluía a través de Olya, del árbol en el centro de la sala y bajo sus pies. Cuando desapareció, lo percibió como si le hubieran quitado todo el aire a la sala. Un latido y el mundo se puso patas arriba.

Olya se tambaleó como si estuviera mareada. No habló, sino que de ella salió un ruido áspero que le raspó la garganta antes de desplomarse, con la sangre saliéndole de la nariz y de la boca.

Kacper se puso en pie. Tuvo el tiempo suficiente para girarse hacia Serefin con una chispa de pánico en los ojos oscuros antes de que le

empezaran a sangrar. Serefin pestañeó, sorprendido. A los magos de sangre se les solían romper los vasos sanguíneos de los ojos o les sangraba la nariz, pero nunca había visto a Kacper llegar a ese nivel de poder. Serefin abrió la boca para decir algo cuando sintió cómo una roca le golpeaba la cabeza.

Había un claro, un altar, una puerta. Sombras absorbentes. Amplias, negras, profundas. Arrastrándose, agitándose, hirviendo. De nuevo, en este sitio. De nuevo, el terror arañándole el pecho, aovillándose en sus huesos. De nuevo, de nuevo, de nuevo.

Serefin se habría arrancado el otro ojo en vez de pasar por aquello, pero ahí estaba y no había forma de escapar cuando la puerta se abrió ante él. Larvas, serpientes, mil manos estiradas. Demasiadas encontrando su objetivo, demasiados dedos largos haciéndole pedazos, apoderándose de ellos. Pensó que había escapado. La ruptura, la fractura, el momento en el que había perdido mucho, pero había ganado… ¿qué? ¿Una fracción de coherencia que ya estaba quebrada? Hijo de su padre. Solo otro rey tranaviano loco. Alguien para forjar un camino de sangre y acero y mantener el mundo girando en el caos que tan bien le sentaba.

Antes tenía poder, ganas de luchar, pero eso había desaparecido y Serefin no era lo bastante fuerte. No podía enfrentarse a la entropía. No de nuevo.

La boca se le llenó de sangre, de amargor cobrizo, por lo que trató de escupirla, pero solo encontró más ocupando su lugar. Sintió que le recorría la cara, húmeda y resbaladiza como cuando se había arrancado el ojo… Tanta sangre.

¿Cómo lo destrozaría? Una aniquilación silenciosa sería demasiado dulce para Serefin. Había tratado de negarse a la voluntad de Chyrnog. ¿Despedazado por miles de manos? ¿Esparcido por el viento como ceniza? ¿Aplastado por la tierra como había estado a punto de ocurrirle en el bosque? ¿Cuántas veces le pasaría la muerte los dedos pálidos por la garganta? No podía seguir escapando de ella. Debía haber un final. Ahí fue el momento en el que todo cesó. Silencio. Por fin.

* * *

Si estuviera muerto, no le dolería tanto la cabeza. Serefin gruñó, se giró y escupió sangre.

—Ah, muy bien, gracias.

Justo sobre las botas de Malachiasz. La rabia le produjo la adrenalina que le proporcionó a Serefin la energía suficiente para… sentarse, aunque no para

ponerse en pie de un salto y golpear a Malachiasz tan fuerte como deseaba. Sintió náuseas.

—No vomites sobre mis zapatos. Kacper está bien, antes de que entres en pánico. Había mucha sangre, pero parece estar ileso. La bruja… —Se interrumpió. Serefin miró hacia donde estaba agachado Malachiasz, apoyado sobre los talones, con expresión distante—. Bueno, está viva.

A Serefin no le gustó aquello.

—*¿To raszitak?* —Fue incapaz de alejar el veneno de su voz.

Malachiasz se incorporó mientras el dolor le cruzaba el rostro.

—*Uwaczem ty* —replicó. Caminó sin rumbo para inspeccionar el árbol y darle la espalda a Serefin.

«¿A salvo?». Se pasó las manos por la cara y se detuvo cuando las bajó. Las tenía cubiertas de sangre. Se puso en pie para comprobar que Kacper estaba bien. Parecía intacto, solo inconsciente. Se acercó a Olya y se paró de golpe. Le habían desaparecido las manos. Esta vez sí vomitó.

—Entropía —lo resumió Malachiasz sin alejarse del árbol—. Sobrevivirá.

Era como si se las hubieran serrado y separado de las muñecas. Serefin soltó una maldición y examinó la estancia en busca de algo con lo que cosérselas. Sin embargo, no sangraban. Las heridas estaban secas como si se hubieran producido hacía mucho tiempo.

—No seas cruel —musitó.

Malachiasz le dedicó una mirada de incredulidad sobre su hombro. Serefin lo ignoró, rasgando la última manta y usando los dientes para hacerla tiras. Con cuidado, le envolvió las muñecas.

—Ha sido a la que ha golpeado con más fuerza —comentó Malachiasz, girándose para mirar a la chica inconsciente—. Supongo que porque era la única con magia propia. Perder la magia de sangre te ha salvado.

—¿De quién?

—De Chyrnog.

Serefin le apretó las vendas y temió el momento en el que la chica kalyazi despertara.

—Tienes que contarme lo que está ocurriendo.

Malachiasz tocó con la mano el árbol de aspecto retorcido y erróneo y le clavó las garras de hierro. Se le abrieron unos ojos en la mejilla, de colores extraños, unos pálidos y llenos de sangre, otros oscuros y similares al vacío, y, después, le desaparecieron.

—Iba a luchar contra él —dijo con suavidad—. No hay nada que me dé más miedo que perderme por completo y, si este dios consigue lo que desea,

así ocurrirá. Sin embargo… —A Serefin no le gustó que esa afirmación tuviera un «pero»—. No vale la pena luchar. Que arda el mundo. Intentamos arreglarlo…

—*Sznecz*.

—No funcionó. Nada va a funcionar.

—Probaste con extremos, Malachiasz —comentó Serefin.

—Podría decirse que tú también —contestó, presionándose una mano contra el pecho.

Serefin hizo una mueca.

—Era Chymog —dijo—. No…, no podía detenerlo.

—Quiero decir que eso me hace sentir mejor, pero ibas acompañado de una *Voldah Gorovni* —respondió Malachiasz.

Su hermano suspiró.

—Lo de Katya fue un encuentro casual. Hice lo que pude para que no me matara.

—¿Tus intenciones importaban cuando el propósito final era que me asesinaras?

—¿Tus intenciones importaban cuando convenciste a mi padre de que me matara? —Serefin se tocó la cicatriz del cuello.

Malachiasz esbozó una pequeña sonrisa. Algo extraño le cruzó el rostro.

—Espera, él es…

—No —contestó Serefin, anticipándose a la pregunta—. Klarysa, una mujer enferma cuyas maquinaciones son un enigma, tiene el honor de ser nuestra madre. No sé quién es tu padre.

—Ah —dijo Malachiasz con suavidad—. Recuerdo fragmentos de ella, pero también de alguien más.

—Sylwia, seguro. La hermana de Klarysa. Fingió ser tu madre cuando éramos niños.

Malachiasz frunció el ceño. No había mirado a Serefin ni una vez durante toda la conversación.

—¿Qué planeas, Malachiasz?

—No te lo diré —respondió con suavidad—. Nunca. Ni una vez. No se lo dije a Zywia. Ni a Parijahan ni a Rashid. Tampoco a… —hizo una pausa antes de decir, con decisión—. Nadezhda.

—En detrimento tuyo, diría yo.

—No sé qué hacer. No veo una salida. No creo que haya esperanza para nosotros. Ya lo hemos intentado todo.

—Vas a dejar que ese viejo dios se salga con la suya —comentó Serefin de forma monótona.

—Este viejo dios quiere destruir el imperio divino de Kalyazin —dijo Malachiasz.

—¿Sigues con eso?

Malachiasz por fin miró a Serefin con expresión frenética.

—No hay nada más. Van a destruirnos si no los detenemos. Lo sabes. Estabas tan desesperado por salir de entre las garras de Velyos…

—No me esperaba eso de ti.

—No me conoces.

Era una afirmación muy simple y quizás Malachiasz no había pretendido que sonara tan cortante. Era la verdad, algo bastante obvio. Lo único que conocían en realidad el uno del otro eran sus traiciones. Serefin alejó de manera ausente una polilla de la hombrera de la chaqueta. Desearía tener unas malditas mangas, pero Katya se las había cortado.

—Supongo que no.

¿Quería conocer a su hermano? Sospechaba que el verdadero Malachiasz solo se podía percibir en los retazos que aparecían cuando estaba con Nadya.

—Es muy conveniente que culpes de mi muerte a Chyrnog —dijo el Buitre con suavidad.

—Si quieres que seamos enemigos, vale. Puedo dejarte solo con tu destino, irme a casa y hacer lo que pueda para disolver a los Buitres. Puedes quemar el mundo, pero cogeré todo lo que te queda y lo haré arder también.

Malachiasz cerró los ojos y suspiró. Se reclinó sobre el árbol. Un estremecimiento le traspasó.

—No, no es lo que quiero.

—A mí sí que me lo parece.

Malachiasz se deslizó por el tronco para sentarse a sus pies.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Serefin.

Al fruncir su hermano levemente el ceño, se le tensaron los tatuajes de la frente.

—Pensaba que estaba llegando a algún sitio. Luego, el chico desplegó su magia sobre todos vosotros. Intentó matarte porque te resististe a Chyrnog.

—No creo que lo lograra y ya he muerto varias veces —contestó Serefin, dubitativo—. ¿Y después?

—¿Después? —preguntó Malachiasz, perplejo—. Ah, lo dejé inconsciente y volví para neutralizar el poder de Chyrnog.

—¿Puedes hacer eso?

Malachiasz esbozó una mueca. Con cuidado, se levantó la manga para revelar una serie de cortes, como si todas las heridas que el Buitre Negro se hubiera hecho en el antebrazo se le hubieran abierto de nuevo. Serefin esbozó una mueca.

—Chyrnog tiene su propia manera de demostrar su desaprobación. —Inclinó la cabeza—. Y su favor. El chico perdió otro dedo usando ese poder sobre vosotros tres.

—Espera… ¿Eso significa que ya no estamos encerrados aquí?

Malachiasz no respondió. Serefin quería gritar.

—¿Dejaste inconsciente al líder del culto en algún lugar del edificio y no hemos comenzado a huir?

—¿Para ir a dónde? ¿A hacer qué?

—¡A casa! ¡Para sobrevivir!

Serefin dio una vuelta, frustrado, antes de sentarse frente a Malachiasz. No podían dejar a Kacper inconsciente y no sabía si deseaba abandonar a la chica kalyazi. ¡Maldito sentimentalismo el suyo! Mantuvo la distancia con el árbol. El recuerdo de que lo arrastraran hacia la tierra y le crecieran raíces sobre el cuerpo era demasiado cercano para sentirse cómodo.

—Muy bien —escupió—. Está claro que tienes un plan. Veamos la estrategia.

—¿Qué?

—Estamos juntos en esto de alguna manera, en contra de nuestro propio juicio —replicó Serefin.

—No podemos planear nada sin que Chyrnog lo sepa.

—¿Y?

Malachiasz se pasó las manos por la cara.

—¿Y si hace que me vuelva contra ti?

—Quemaremos esa carta cuando lleguemos allí y me parece sospechoso que pienses que no lo disfrutarías.

Malachiasz hizo un gesto de desdén con la mano.

—¿Qué ocurrió cuando… —Serefin dudó— mataste al chico?

Malachiasz se miró las manos temblorosas. Su hermano se preguntó si alguna vez pararían.

—Por fin he encontrado lo que buscaba —susurró Malachiasz—. He pasado mucho tiempo deseando algo que fuera correcto y tengo la impresión de que por fin lo he encontrado.

—¿Y ya está? ¿Eso es lo que quieres? ¿Poder? Estoy tratando de entenderlo.

—No sé. Sí, también poder, por supuesto.

Serefin no podía desprenderse de la sensación de que colaborar con los cultistas, hacer lo que Chyrnog deseaba, no era la opción correcta. Necesitaban detenerlo, no ayudarle.

—Malachiasz, cuando este dios destruya el imperio divino de Kalyazin, se volverá contra nosotros. Sabes que no se detendrá. Todo se convertirá en cenizas. No es algo que puedas manipular en tu beneficio. Es más grande que todo eso.

—No puedo detenerlo —musitó Malachiasz, y dejó caer la cabeza sobre las manos—. No creo que quiera.

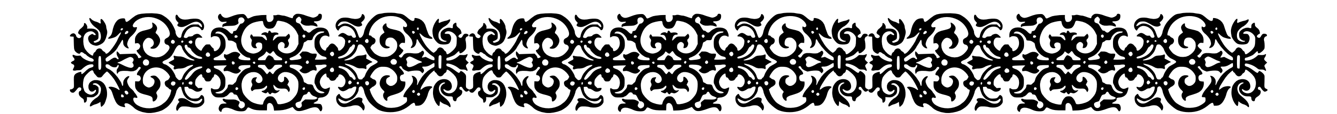
Una tormenta de caos en forma de chico esperaba hacer pedazos el mundo. Serefin no sabía cómo detenerlo y tenía el presentimiento de que iba a necesitar hacerlo.

—Me niego a creer que no tienes un plan.

Malachiasz permaneció callado antes de que la tensión en los hombros se redujera una fracción.

—Jugaremos a lo que quiera el culto por el momento. Les haremos pedazos cuando muestren debilidad.

Aquello no hizo que Serefin se sintiera mejor.



23

NADEZHDA LAPTEVA

Marzenya conoce el sabor de la sangre.

Las Cartas de Wlodzimier

Komyazalov era una ciudad construida sobre una ciénaga.

Nadya no lo sabía cuando habían hablado de Zlatana y sus brujas de los pantanos. Eso explicaba por qué Viktor los había acompañado y Nadya aún no había decidido qué pensar del *boyar*. Le recordaba a los *slavhka* que había conocido en Grazyk: corto de miras, fuera de su alcance y detestable sin esperanza.

—Construida con los huesos de muchas personas —había murmurado Parijahan, lejos de Katya para que no la escuchara, cuando se acercaban a la ciudad.

El puente de entrada era enorme, capaz de sostener a múltiples carruajes y carretillas en fila, con la ciénaga acechando debajo. Aquello puso de los nervios a Nadya, como si el pantano estuviera esperando para tragarse toda la ciudad. ¿Estaría fuera del alcance de Zlatana? ¿Cómo se tomaría que hubieran profanado sus ciénagas de esa manera?

Sin embargo, sería solo un desastre más en la serie de tormentas inminentes, «Pequeñas fatalidades, una detrás de otra», musitaría Katya. No sería una sola cosa, sino muchas a la vez que no podrían detener. No obstante, no tenía tiempo de pensar en eso. Katya los había llevado a la ciudad y Nadya ya estaba abrumada por el ruido.

—¿Por qué es peor que Grazyk? —le preguntó a Parijahan, quien se mostró compasiva.

Nadya era consciente de lo desubicada que parecía cada vez que viajaba a algún lugar más grande que un pueblo. Bulliciosos edificios de madera flanqueaban la amplia carretera. Había demasiadas personas, procedentes de lugares de Kalyazin que Nadya apenas conseguía imaginar. Pasaron junto a un grupo vestido con sorprendentes túnicas largas. Las de los hombres estaban bordadas con piel de lobo y las mujeres llevaban pañuelos coloridos sobre el pelo, no como los que tenía Nadya, sino de seda suave y refinada. Katya emitió un sonido al seguir su mirada.

—Chelnyans, del oeste. No suelen aventurarse tan al este. Demasiadas discrepancias religiosas.

Nadya alzó las cejas y Katya le devolvió el gesto encogiéndose de hombros.

—Quizás adoren a los mismos dioses con otros nombres. ¿Crees que a la Iglesia le importa?

Nadya absorbía con los ojos todo a su alrededor. Zhariks, del sur, con monedas cosidas a los sombreros y en tomo al cuello. Hombres con abrigos inundados de joyas, con águilas sobre los hombros, procedentes del norte. Aquello era un crudo recordatorio de lo poco que sabía Nadya de su propio país. Había demasiados aspectos que conocer sobre la tierra y sus pueblos, demasiadas personas que vivían sin que la guerra lo pintara todo de rojo. Tal vez no les importaba cómo acabaría la guerra. Quizás Katya tuviera razón y sus dioses fueran los mismos con otros nombres.

No lo sabría. Solo recibía la información que la empujaba en dirección a las ideas de la Iglesia. Y Alena había dicho que los dioses actuaban por imitación. Era un pensamiento inquietante. Algunas cosas eran demasiado grandes y raras, y algunas preguntas estaban hechas para no recibir respuestas. ¿Y si todo aquello era en realidad un caos de su propia invención?

Un grupo de personas con los mejores caballos que Nadya había visto nunca cabalgaron junto a ellos y Katya se tensó.

—Aecii —musitó—. Interesante.

Nadya sabía que había problemas fraguándose en algún sitio. Al menos sabía algo.

Se sintió aún más agitada cuando llegaron al enorme muro de piedra y se dio cuenta de que la parte que habían recorrido no era siquiera la ciudad en sí. Aquello le resultaba impensable. Todas esas personas y animales, los malos olores que se mezclaban en el aire con el aroma ocasional del pan fresco…

—Me harán mil preguntas si aparezco con todos vosotros —comentó Katya. El palacio estaba a la vista, una enorme estructura en expansión con

altas cúpulas bulbosas—. Nadya, ven conmigo. Viktor, ¿me puedes hacer otro favor?

—Mi casa podrá soportar unos cuantos huéspedes —contestó Viktor, anticipándose a la pregunta—. No es un favor, Katya.

La *tsarevna* tocó a Ostyia en el brazo.

—Que no te vean. Prefiero no tener que explicar tu presencia aquí si puedo evitarlo.

Ostyia frunció el ceño.

—Si supiera lo que me conviene, escaparía.

—¿Y perderte mi exquisita compañía? Claro que no.

Ostyia puso el ojo en blanco, con una mueca de sufrimiento, cuando Katya se inclinó para besarle la mejilla, pero sonrió cuando se alejó con Viktor.

Era evidente que Parijahan no deseaba alejarse de Nadya, pero Katya no quería discusión alguna.

—Si pensamos en el estado actual de tu país, lo último que necesitamos es que lleguen esas cartas de tu *Travasha* a palacio, preguntando por ti —le explicó Katya. Al final, Parijahan se marchó con Viktor, resoplando, con Rashid pegado a sus talones.

—¿Nos alojamos en palacio? —chilló Nadya mientras se apresuraba tras Katya.

—Por supuesto —contestó la *tsarevna* sobre su hombro.

¿Por qué no podía quedarse con Viktor también? Ya había tenido suficientes palacios. Demasiado grandes y llenos de gente, lugares en los que Nadya se perdía con facilidad.

Como el resto de la ciudad, estaba hecho de madera, pero era mucho más grande que cualquier cosa que hubiera visto Nadya. Su extensión era incluso mayor que el de Grazyk, pintado de forma mucho más alegre, con colores luminosos, altas arcadas y cúpulas.

Nadya advirtió que, mientras se había detenido para contemplarlo, Katya ya estaba a medio camino por el patio. La siguió apresurada cuando dos delgados y agitados perros con morros finos se lanzaron a por ella. Nadya no sabía si la estaban saludando o tratando de comérsela. Decidió mantener la distancia hasta que uno se le lanzó, desenfrenado.

—¡Quiere saludarte! —exclamó Katya, ahora en el suelo al final de la lengua frenética del otro.

De forma dubitativa, le dio unos golpecitos al perro, que casi temblaba. Cuando el animal emitió un entusiasta gemido, Nadya se echó a reír y se

agachó para que la bestia le dedicara el saludo que deseaba.

—Ese es Barhat y este, Groznyi.

Nadya frunció el ceño.

—¿Es malo?

—El peor —anunció con alegría Katya, acariciándole el pelaje al perro—. Muy bien, déjala en paz —dijo, alejando a Barhat de Nadya—. Seguro que ni siquiera debíais estar en el patio.

—*Vashnya Delich'niy*, no os esperábamos. —Una mujer alta con un comportamiento severo y una larga trenza dorada se estaba acercando desde el otro lado del patio. Su *letnik* era el más refinado de todos los que había visto Nadya, de un intenso bermellón con bordados en la parte frontal y puños de pelo. Su *kokoshnik* era simple, pero Nadya tuvo la impresión de que era así solo porque lo utilizaba para el día a día. No lucía joyas en el tocado, pero la tela de color crema estaba bordada minuciosamente con hilo carmesí.

Nadya se puso en pie, agradecida cuando uno de los perros se acercó a ella de nuevo porque le servía de escudo. Katya le miró la mano, enguantada, y una chispa de alivio le recorrió las facciones. Nadya no se iba a lanzar a la hoguera el primer día en la capital. Esperaría, al menos, al tercero o cuarto.

—Iryna, *dozleyena* —exclamó Katya. Entornó los ojos por el sol que se reflejaba en las piedras pálidas del patio—. Quería mandaros un mensaje, pero perdí a mi compañía en algún lugar de las provincias orientales.

Nadya experimentó un recuerdo abrasador de Malachiasz diciéndole con timidez a un soldado tranaviano que había perdido a su compañía en las montañas. Lo alejó.

La mujer alzó una ceja.

—Seguro que sí. Vuestro padre no está.

Algo cruzó el rostro de Katya, algo que Nadya no llegó a reconocer, pero que le recordó a la expresión que ponía Serefin cada vez que se mencionaba a su padre.

—¿No? —La clériga percibió una pizca de incertidumbre que nunca había escuchado en Katya.

—Se ha ido a Torvishk. Volverá en unas semanas.

Katya suspiró.

—¿Las termas?

La mujer asintió.

—¿Qué tal está?

—No es una conversación que podamos tener en el patio y lo sabéis.

Katya se quedó callada antes de continuar.

—Ah, Iryna. Esta… —dudó de forma casi imperceptible— es Nadezhda.

La mujer asintió de manera despectiva. Nadya alzó la barbilla, negándose a empequeñecerse. Sabía lo que estaba viendo esa mujer. Llevaba la túnica rota en el cuello y sucio el cinturón carmesí de la cintura. Tenía abierto al frío el abrigo y no llevaba pañuelo en la cabeza. Además, en lugar de su habitual trenza enrollada, se le habían soltado los mechones desordenados. Llevaban cabalgando todo el día. Estaba agotada, derrotada y los moratones le amarilleaban la piel. Era pequeña, estaba rota, nada parecida a la chica que debía salvar al país de la guerra que lo consumía.

Luego, lo comprendió. Katya no le había dado a la mujer su nombre completo. Iryna no tenía ni idea de quién era. Pestañeó, pero Katya ya se apresuraba delante.

—Nadya, esta es Iryna Chernikova. Se asegura de que todo esto no se venga abajo.

—Eso es resumirlo demasiado —comentó Iryna. Inclinó levemente la cabeza hacia Nadya—. Bien, venga conmigo.

Nadya, sorprendida porque no quisiera saber nada más que su nombre, la siguió a palacio, donde se vio acometida de repente.

—¡Naden’ka!

Nadya no tardó demasiado tiempo en entender quién se había lanzado hacia ella, oliendo a incienso y manzanas, ni sus ojos en inundarse de lágrimas cuando ambas cayeron al suelo.

—Ay, dioses, Annushka. —Abrazó con fuerza a la sacerdotisa y enterró la cara en su cuello—. Nunca creí que volvería a verte.

Anna se echó hacia atrás con lágrimas en los ojos oscuros. Le tocó el pelo, la cara y le cogió las manos.

—Lo has logrado. Nunca pensé… Hemos oído lo que has hecho, pero luego todo se volvió negro y pensé… pensé… que habías muerto. —Sujetó a Nadya y la atrajo para volver a abrazarla—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti —susurró Nadya con voz temblorosa. Aquello sería lo que acabaría por romperla, porque la alegría de encontrar a Anna decayó de inmediato ante la idea de que tendría que contarle todo. Había ido tan mal con Kostya que no podía imaginarse que fuera a ir bien con ella.

—Ah, seguro que estás agotada. Debería dejar que te guíen hasta tus aposentos.

Nadya soltó a Anna, reticente. La sacerdotisa se puso en pie y estiró las manos para levantarla. Frunció el ceño al ver el guante de su mano izquierda, dado que no llevaba uno en la derecha, pero no dijo nada.

Anna tenía el pelo cubierto por un pañuelo, con anillos de hierro a cada lado. Le dedicó un largo vistazo a Nadya, y esta esperó que se le desmoronara la expresión al percatarse de su mirada de cansancio, pero Anna solo sonrió y presionó la frente contra la suya.

—Quiero que me lo cuentes todo.

—Annushka…

—Incluso lo malo, Nadya. Bueno, han pasado muchas cosas y no creo que nada me pille por sorpresa. —La clériga negó con la cabeza—. Eso pensaba.

—Ah, Parijahan y Rashid están aquí. No sé dónde, se fueron con un *boyar* con el que viajamos, pero seguramente les gustará verte.

Anna sonrió.

—Me encantaría. —La curiosidad le inundó los ojos—. ¿Y…?

—Una larga historia —contestó Nadya—. Ese chico está…

Katya se aclaró la garganta.

—No.

Nadya puso los ojos en blanco.

—Ten algo de tacto, Nadezhda —dijo Katya a modo de respuesta.

Anna soltó una suave carcajada.

—Ya hablaremos, lo prometo.

De repente, la perspectiva no la llenó de pavor como había ocurrido con Kostya. Nadya lo echaba mucho de menos. Apreciaba los momentos en los que las cosas habían ido mejor entre ellos. Cuando Malachiasz había estado en otro lugar y Kostya y ella podían hablar sin tensión. No obstante, el Buitre Negro volvía de manera inevitable y Kostya se ensombrecía.

Ahora parecía obvio por qué él se había molestado tanto. Quería algo que Nadya no deseaba. Y ella se había alejado y enamorado de un monstruo.

Le apretó las manos a Anna.

—¿Vienes conmigo? —preguntó Nadya.

—Por supuesto.

Katya, que se había acercado a ellas con Iryna mientras seguían en el suelo, soltó un suspiro, muy ofendida.

—Ah, y esta es Katya, la *tsarevna*.

—*Dozleyena, Vashnya Delich'niy* —contestó Anna.

Siempre persuadida por una cara bonita, Katya sonrió.

—Anna, ¿verdad?

—Sí.

—Encantada de conocerte. Lo siento, pero hemos pasado mucho tiempo en camino. Quiero una copa de vino y dormir en una cama de verdad.

—¿Me vas a necesitar? —le preguntó Nadya.

Aún seguían en la entrada y todavía no habían guiado a la clériga por palacio. Se había percatado de las lujosas alfombras, pero ahora veía los muchos iconos colgados en las paredes y el temor le constriñó el corazón. ¿Y si comenzaban a llorar como los demás?

—Para ser sincera, me voy a la cama. Si quieres hacerlo también, me puedo asegurar de que nadie te moleste.

La idea de dormir en una cama de verdad era tan agradable que Nadya estuvo a punto de desmoronarse allí mismo. El último tramo del viaje había sido bastante duro. Asintió con énfasis.

—Por favor.

—Iryna, ya la has oído.

—Me aseguraré de que no la molesten —dijo Iryna en un tono divertido —. También haré que le lleven comida a sus aposentos.

Katya cogió a los vigorosos perros y desapareció por los pasillos de palacio. Nadya intentó descubrir la ubicación de la *tsarevna*, pero pronto se perdió. Iryna la guio a unos aposentos que no eran tan espaciosos como los de Grazyk, pero que destilaban suficiente lujo como para ser abrumadores. La mujer se marchó y Anna cerró la puerta con el pie.

Había una sala de estar conectada a una habitación. El suelo de piedra estaba cubierto de alfombras de pelo para ahuyentar el frío y las escaleras estaban tapizadas con un brocado azul oscuro. No había ninguna pintura adornando las paredes ni el techo, pero a Nadya le pareció cómoda esa relativa simplicidad. Echaba de menos la celda del monasterio.

La clériga dejó caer la mochila, que se abrió. Fuera se deslizó el cuaderno de hechizos de Malachiasz. Anna alzó una ceja y lo cogió.

—Ah, es…

—Sé lo que es —comentó Anna, hojeándolo—. Ya lo he visto.

Nadya no dijo nada, solo permitió que su amiga examinara el libro. Encontró algunos de los bocetos de Malachiasz y frunció el ceño.

—¿Por qué lo tienes tú? —preguntó al fin. Se lo tendió a Nadya, quien lo cogió y lo abrazó contra el pecho.

—Está muerto.

Esperaba la reacción que había obtenido de Katya, pero Anna solo se mostró triste.

—Vaya… —susurró—. Yo…, dioses, era terrible, pero sé que viste algo en él que yo no percibí. Lo siento.

—Quizás esté vivo —continuó—. Murió en mis brazos, pero… todo es tan confuso y complicado…

Anna pestañeó.

—¿Qué?

—Es… bueno. A ver, la muerte no es temporal, sino permanente, pero no lo ha sido para… —Se interrumpió—. Serefin, Malachiasz y yo. —Anna, sorprendida, esperó a que continuara—. Todos hemos muerto y vuelto a la vida.

—¿Has muerto? Naden'ka, ¿cómo? Y, espera, ¿el príncipe?

—Ahora es rey —contestó con un susurro—. Yo… —Se detuvo—. Pasaron muchas cosas la noche que matamos al rey. Después, estuve atrapada en Grazyk, pero Serefin se aseguró de que no me ocurriera nada. Cuando los *slavhki* comprendieron quién era, me sacó de la ciudad. Podría haber hecho que me colgaran y evitarse un montón de problemas, pero no lo hizo. Con él en el trono, creo… No sé, pero quizás haya una oportunidad.

Él había matado a Malachiasz, pero Nadya se percató de que todo lo que le había contado a Ostyia era verdad. No lo odiaba. Como mucho, entendía lo que había hecho.

Anna levantó las cejas. Acercó una silla y se sentó. Con el cansancio penetrándole en los huesos, la clériga se dejó caer sobre la silla junto a Anna.

—Malachiasz era el Buitre Negro…

—¡No! —Anna palideció—. Le golpeé —susurró—. Ni siquiera contraatacó, sino que huyó.

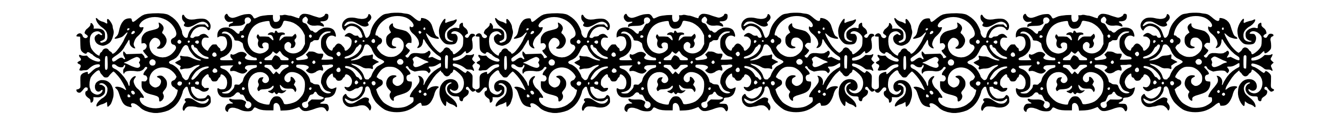
—Así era él. —No había contraatacado porque nadie esperaba que lo hiciera. Cada oportunidad que encontraba de ser Malachiasz en vez del chico con el peso de un antiguo culto sobre sus frágiles hombros, la aprovechaba.

Anna negó con la cabeza.

—Va a ser duro, ¿verdad? ¿Quieres descansar primero?

Nadya posó las piernas sobre la silla y se las abrazó. Había colocado el libro de hechizos de Malachiasz entre su corazón y las rodillas. No debería tenerlo al descubierto, pero no podía soltarlo.

No había pausas para vacilar ni momentos de duda en los que aclararse las ideas. En lugar de eso, se quitó el guante y le contó todo a Anna.



24

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Me enseña cómo renovará este mundo. Lo dulce que sabrá la diosa del sol. Me quita un pequeño fragmento cada vez. No pueden detenernos. No hay nadie que nos detenga.

Fragmento de un informe anónimo de un devoto de Chymog

Tranavia ardería si Chymog se saliera con la suya, devorada junto a Kalyazin. Malachiasz no podía detenerlo, no había esperanza. Chymog se había apoderado de él en todos los aspectos importantes. Con cada ser despierto devorado, se volvería más fuerte. Sin embargo, Malachiasz también. Le gustaba pensar que el dios lo estaba subestimando como todos los demás.

Había pensado en dejar a Serefin tras el ataque de Ruslan. No le había costado nada derrotar al sacerdote de Chyrnog y dejarlo inconsciente en su estudio. Había considerado matarlo, pero la idea de que el dios contraatacaría lo había detenido. Matarlo tampoco habría evitado el hechizo que había puesto en marcha. Malachiasz debería haber huido, pero había regresado al santuario de suelo de mármol y paredes agrietadas, donde había observado cómo algo hacía pedazos a la bruja.

Sin embargo, hasta el momento aquello escapaba a su comprensión. Aún tenía el libro que Ruslan le había mostrado, se lo había metido en el bolsillo con la esperanza de que el chico no notara su ausencia. No planeaba devolvérselo.

Ruslan se había recuperado rápido y entró en el santuario, aparentemente desconcertado porque su intento de asesinar a todos hubiera fracasado.

—¿Ha quedado clara mi postura? —le preguntó con un tono amable a Malachiasz. Mecía la mano ensangrentada con un dedo menos.

Olya aún no se había despertado y Malachiasz temía el momento en que lo hiciera. Tragó saliva, comprendiendo totalmente lo que podía hacer Chyrnog. Si hubiera dudado, la bruja estaría muerta y su hermano y el teniente habrían sido los siguientes. Ruslan había dejado clara su postura.

—¿Y ahora qué? —preguntó, ignorando la mirada de desesperación que Serefin le había dedicado.

Malachiasz no tuvo que preocuparse más por la reacción que tendría la bruja al ver que había perdido las manos, porque los cultistas la sacaron del santuario por orden de Ruslan, quien esbozó una expresión de tristeza. El tranaviano no logró descifrar si era real.

—La consideraba una amiga cuando viajaba con su grupo —comentó Ruslan—. Supongo que ya no. Ah, bueno, las cosas que uno hace por su dios.

—¿Qué le va a pasar? —preguntó Malachiasz.

Ruslan frunció el ceño.

—Se suponía que no debería haberse visto involucrada en esto, pero era la voluntad de Chymog. Haré que vuelva a su pueblo.

«Donde tendrá que vivir sin manos». Malachiasz se resistió a soltar ese comentario. Muchas personas perdían las extremidades en el frente y regresaban a casa para vivir sin esas partes que antes les parecían tan necesarias. Había algunos Buitres con complejos garfios como manos o tocones atados a los muñones de las piernas que funcionaban igual de bien. No era relevante. Lo que importaba es que no debería haberse encontrado en esa situación. Ruslan jamás debería haber sido capaz de utilizar el poder de Chymog porque este nunca debería haber despertado.

—Hemos encontrado otro ser despierto. Venid conmigo —dijo Ruslan.

Y, dado que Malachiasz no quería arriesgarse a que el chico se volviera contra Serefin, aceptó y trató de no pensar en lo que se iba a ver obligado a hacer.

* * *

Al parecer, el segundo ser despierto estaba cerca. Viajarían durante toda la noche para evitar el sol. Malachiasz lo odiaba.

La nieve se acumulaba tanto que era difícil andar. Se encontraban tan lejos de la civilización que los caminos no estaban allanados por las pisadas de los viajeros. Habían dejado atrás el oscuro bosque para adentrarse en las amplias llanuras intactas y muertas.

—¿Cómo funciona? —preguntó Malachiasz.

—¿El qué? —Ruslan le dedicó una mirada de soslayo.

El cultista había hecho algún hechizo complejo del que Serefin se había quejado todo el camino, asegurándoles que era como estar encadenado.

Malachiasz entrelazó los dedos tras la espalda.

—La magia.

Deseaba tener su libro de hechizos. Quería tomar nota de esas divergencias extrañas de poder, pero también le resultaba fascinante la cara de Ruslan y quería dibujarla. Además, tenía muchos esbozos de Nadya en esas páginas y deseaba con desesperación aferrarse a su recuerdo.

Una fractura, otro fragmento hecho polvo, otra pérdida. La chica era inteligente y fuerte, su poder se asemejaba en cierto sentido al sabor del poder de Chyrnog. ¿Cómo la habían derribado? ¿Qué había ocurrido?

«¿Y si…?». Pero no. Su propia muerte no hubiera sido suficiente para empujarla a nada. Habría pasado página sin él, habría estado bien. Prácticamente había sido ella quien le había clavado el cuchillo en el pecho. Era más fuerte de lo que él sería nunca y menos sentimental.

Ruslan seguía hablando y Malachiasz trató de centrarse mientras el chico explicaba el mismo escenario que describía Nadya cuando usaba su poder divino. «Interesante». Si Ruslan era capaz de canalizar el poder de Chyrnog, entonces, ¿para qué necesitaba a Malachiasz?

No esperó a que el dios interviniera. Conocía la respuesta. Habían aparecido múltiples vías de poder después de que solo hubiera habido dos. ¿Qué significaba aquello? El cambio era inevitable, pero algunas cosas permanecían fijas. ¿Qué había llevado a esta a existir?

—*¿Eres tan arrogante como para creer que fuiste tú?* —preguntó Chyrnog.

«Lo soy, pero dudo que sea así», contestó Malachiasz. Había provocado un terremoto en el mundo cuando había superado los límites mortales de poder. Nadya había provocado otro cuando había acabado con la magia de sangre. Y se había producido un tercero cuando Serefin había lidiado con su ojo. Pequeñas oleadas de caos que él, como un dios menor del caos, había causado, creando en conjunto una catástrofe mucho mayor.

Fue el primero en percatarse del sonido de cascos en la distancia. Segundos después, Serefin lo miró con una ceja levantada. ¿Se lo decían a Ruslan, quien se había quedado callado, concentrado en su destino y en otra muerte violenta? Malachiasz negó levemente con la cabeza.

Estaban en Kalyazin. No había forma de que aquello acabara bien para ninguno de ellos.

Ruslan no se percató hasta que el ruido se hizo lo bastante fuerte para que no se pudiera evitar y perdieran la esperanza de escapar de quien fuera que se acercaba. Serefin sonrió.

—Intercambiemos un captor por otro.

Ruslan se tocó el anillo. Malachiasz estiró la mano, rápido como un rayo, y lo cogió por la muñeca, apartándole el brazo.

—Nada de eso —susurró con una sonrisa sarcástica ante la mirada fulminante del chico.

—Conseguí que la *tsarevna* no me asesinara, así que me arriesgaré ante el ejército —dijo Serefin.

—Eres idiota —contestó Malachiasz.

Su hermano se encogió de hombros. No obstante, ninguno huyó. Malachiasz reconoció los uniformes. Realmente era el ejército. Permitieron que los soldados llegaran y los rodearan. Serefin soltó una carcajada cuando uno de ellos descendió del caballo.

—¡Milomir! ¡Qué agradable sorpresa!

Malachiasz reconoció apenas al chico de su época con la *tsarevna*. Pelo y ojos oscuros y la cara más triste que había visto. El chico melancólico le dedicó una mirada cansada a Serefin y no les dio ninguna orden a los soldados para que levantaran los arpones.

—*Ona Delich'niya* lleva semanas persiguiéndote gracias a un hechizo —dijo en un tono aburrido. A Malachiasz le dio la impresión de que así era su voz.

—Ah, ¿de verdad? —preguntó Serefin, tocándose la chaqueta como si buscara algo perdido en el bolsillo—. No tenía ni idea. ¿Dónde está?

—En Komyazalov. A donde te voy a llevar.

Serefin palideció como un fantasma.

—¿Qué?

Malachiasz se removió, incómodo. Komyazalov significaba «el *tsar*». ¿Podría Serefin mantener firme su postura? ¿Sin magia?

—*Vashne Cholevistne*, te pediría que vinieras sin resistirte —le solicitó con deferencia a Serefin—. Pero, si protestas, te llevaré por la fuerza.

Kacper estiró la mano para coger la de Serefin. Se le tensaron los nudillos. El comportamiento de este último cambió. Alzó la barbilla y le desapareció la incertidumbre. Asintió una vez.

—Viajaremos por la noche —dijo—. Mi hermano no tolera el sol.

Malachiasz no encontró las palabras para describir el sentimiento que le floreció en el pecho al oír a Serefin llamarlo su hermano. Milomir asintió con

el ceño fruncido. Malachiasz cerró los ojos unos instantes.

—*Esto no durará. Encontraré a otro para que lo devores. Me volveré más fuerte. No puedes esconderte. Hay muchos seres despertándose*.

Le sobrevino una sensación apabullante. ¿Cuánto tiempo le quedaba?

—La *tsarevna* no hará que nos asesinen en el momento en el que pisemos Komyazalov, ¿verdad? —preguntó Serefin.

—Hasta donde sé, no es lo que planea —comentó Milomir.

Serefin miró a Malachiasz con algo cauteloso e íntimo en el rostro que este reconoció. Aquello podía condenarlos. Aquello podía condenar a Tranavia. Sin embargo, esta ya estaba condenada. Sus Buitres buscarían poder sin que él estuviera allí para contenerlos. No se contentarían con quedarse en las minas e investigar la magia igual que él. Así eran ellos. Solo lograría recuperar el control de su orden si estaba ahí, si podía tirar de los hilos de magia, pero…

Dudó, perplejo. Los notaba más cerca que la última vez que había tirado de las cuerdas. Por fin, asintió. Lina chispa de alivio recorrió el rostro de Serefin.

—No perdamos más oscuridad, entonces —pidió el rey tranaviano—. Además, ponerle un arpón en el corazón a ese chico, por favor.

Milomir levantó una ceja, pero le hizo un gesto a uno de sus soldados. De inmediato, presionaron una espada contra el pecho de Ruslan. El cultista abrió mucho los ojos. Malachiasz casi podía saborear la sal del sudor que le perlaba las sienes y oír el rápido aleteo de su corazón.

—Yo… Yo… Por favor, dejadme marchar.

—Ah, claro que no —dijo Serefin, disfrutándolo.

Malachiasz dio un paso al frente y le colocó una mano en el hombro al chico antes de tirar de él para susurrarle al oído:

—El anillo.

—No.

Malachiasz hizo que le crecieran garras en las uñas hasta presionarlas contra la camisa de Ruslan, con apenas una pizca de fuerza le perforaría la piel.

—No me hagas pedírtelo «por favor» —musitó el Buitre Negro—. No te gustará.

Ruslan apretó el anillo entre los dedos antes de sacárselo y tendérselo a Malachiasz.

—Gracias —dijo este último—. Tú y yo podríamos ser amigos, pero, si alguna vez vuelves a lanzarle un hechizo así a mi hermano, te haré pedazos

poquito a poco y me comeré tu corazón.

Soltó al chico, empujándolo lo suficiente para que la espada le hiciera un pequeño corte en el pecho.

—Muy bien —dijo Serefin.

—Has tomado la decisión correcta —le murmuró Milomir a Serefin.

—Seguramente no, pero ya lo veremos, ¿verdad? —contestó el rey tranaviano de forma relajada.

La compañía era pequeña y era evidente que no esperaban a Ruslan. Cansado, Milomir hizo que algunos soldados se subieran de dos en dos en los caballos, lo que prometía ralentizarlos a todos.

—Pero, si cabalgamos de noche, vamos a ir igual de lentos —comentó, taciturno—. No me gustan los gritos que se oyen, incluso cuando estamos lejos del bosque.

Chymog se instaló, un tenso hilo de rabia predominante en el subconsciente de Malachiasz. Notaba el hambre del dios (él también se sentía voraz) y sabía que Chyrnog había apostado por la comida que Ruslan había prometido, a pesar de que no hubiera pasado demasiado tiempo desde la última. Entropía, hambre, todas esas cosas eran eternas y una sola comida apenas lo saciaría, ni siquiera durante un día.

—Bueno, no me esperaba algo así —le dijo Serefin cuando Milomir reorganizó al pequeño grupo.

Malachiasz comenzaba a sentirse ansioso e inquieto, ya que el hambre lo estaba atenazando por dentro de una manera difícil de ignorar. Serefin se percató.

—No te verás empujado a… —Hizo una pausa para mirar a los kalyazi.

—¡No lo sé!

—¡Malachiasz!

—Tengo un mínimo control, Serefin. Es mucho más antiguo y fuerte que nada a lo que nos hayamos enfrentado y cada destrucción lo vuelve más poderoso.

—Dijiste que esto era lo que querías hacer.

—No sé qué quiero, maldita sea —replicó Malachiasz.

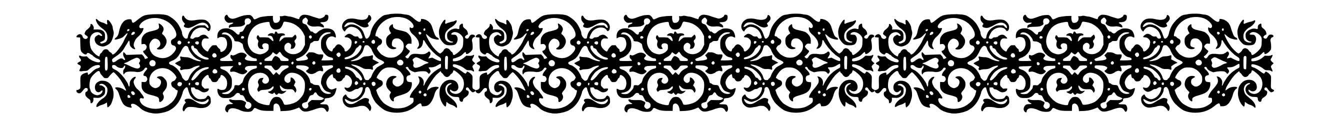
Ya no era tan simple. No sabía por qué estaba luchando, si quedaba algo por lo que luchar. Nadya lo había traicionado y ya no estaba. ¿Qué razón había para vivir y resistirse en un mundo sin ella?

Serefin suspiró. Se pasó una mano por el pelo para apartárselo de la cara.

—Bueno, supongo que veremos qué nos espera en Komyazalov.

—Cada día que pasamos lejos de Tranavia…

—Lo sé, Malachiasz, pero tenemos un problema kalyazi que no creo que podamos resolver con soluciones tranavianas.



25

SEREFIN MELESKI

¿Recordará el mundo lo que hemos hecho si sobrevivimos? ¿Algo de esto importará al final?

Fragmento de los diarios personales de Innokentiy Tamarkin

Ya había visto desmoronarse a su hermano, pero aquello era diferente. Más profundo, de alguna manera. Malachiasz se estaba fracturando. Se mostraba susceptible, Serefin tenía que lidiar con cuidado con él o se arriesgaba a que le arrancara la cabeza, y parecía… triste. Sin esperanzas. Serefin no quería suponer nada porque, como él solía estar siempre dispuesto a recordarle, no conocía a su hermano, pero no se parecía al Malachiasz que sí conocía.

Los vigilaban con atención, pero, tras dejar claro que iba por voluntad propia, los soldados kalyazi no parecían demasiado preocupados por tener que llevar por el campo al rey de Tranavia.

—Toma —dijo Malachiasz mientras le depositaba sobre el regazo un parche de seda negra para el ojo—. Uno de los soldados me lo ha dado para ti. Con esa cara asustarás a los niños.

—Oh —dijo Serefin, cogiendo el parche—. Qué agradable.

—No está tan mal —protestó Kacper. Se giró hacia Serefin—. No está tan mal.

Serefin inclinó la cabeza hacia él para que le atara el parche. Comenzó a recogerse también el pelo en la nuca.

—Supongo que así se te reconocerá menos —susurró Kacper—. Sin embargo, el pelo no ayuda.

El Buitre Negro, quien también estaba a punto de atarse el pelo en la nuca, dejó caer las manos en silencio. Ese sencillo tira y afloja entre los tres era casi

agradable. Kacper se había resignado a que Malachiasz estuviera con ellos, y este no se mostraba hostil a conciencia. Serefin esperaba que pudieran mantener esa frágil alianza.

La situación parecía bastante tranquila a medida que progresaban por el camino. Durmieron durante todo el día y cruzaron un mundo lleno de oscuridad, gritos y llantos que reverberaban por las llanuras. La oscuridad compensaba lo que habría sido una travesía muy aburrida si no fuera por los sonidos que surgían alrededor del charco de luz de las antorchas. Serefin cabalgaba junto a Milomir, aunque solo para que estuviera seguro de que no se iba a escapar.

—No voy a preguntar por ese hermano tuyo —dijo Milomir.

—Bien.

—Katya lo va a matar si lo llevas a la ciudad.

Serefin observó a Malachiasz a su otro lado. Tenía aspecto pensativo y retraído, destrozándose de forma inconsciente las uñas mientras miraba a la oscuridad, ausente.

—¿No llevarlo a la ciudad es una opción? No tiene que saber que está vivo.

—¿Por qué iba a ayudarte a amparar a un criminal de guerra?

—Claro —contestó Serefin con un suspiro.

Milomir se pasó una mano por el pelo oscuro. Era un tipo guapo, aunque demasiado lúgubre para su gusto.

—¿Nos lleváis siguiendo desde que estuvimos en las montañas? —preguntó, cambiando de tema a uno en el que el kalyazi se mostrara más charlatán.

—Más o menos.

—¿Cómo?

Milomir sacó un pequeño disco de metal del bolsillo de la chaqueta. Se lo tendió a Serefin. Estaba caliente. El tranaviano nunca había visto nada así.

—¿Cómo narices se usa esto?

—No es fácil, sobre todo cuando creíamos que habías desaparecido del mapa.

Serefin no estaba seguro si «había desaparecido del mapa» en la cabaña de Pelageya o en el templo de los cultistas. Le pasó el disco a Malachiasz, quien lo tomó con un ligero ceño fruncido y le dio vueltas entre los dedos pálidos. Serefin no tenía ni idea de qué estaba hecho, pero quizás Malachiasz sí. ¿Qué poseía de él la *tsarevna* que le permitía tenerlo controlado?

Quería saber más. ¿Había más sectas cultistas como esa con la que se habían topado o era un problema aislado? Por muy religioso y devoto que Kalyazin pareciera ser, había descubierto mucha oscuridad acechando bajo el revestimiento dorado.

—¿Por qué está tan desesperada por encontrarme nuestra *tsarevna* favorita? ¿O soy un prisionero político? En ese caso, creo que tendré que intentar escapar —observó Serefin.

—Gracias por el aviso.

—Sin problemas.

—Aún no entiendo cómo funciona la mente de la *tsarevna*, pero sospecho que es difícil hacer nada mientras el rey de Tranavia está vagando por Kalyazin —contestó Milomir.

—Ah, sus intenciones son nobles, entonces, —respondió Serefin. El kalyazi levantó una ceja, por lo que añadió—: Ah, está bien, se lo diré a la cara.

Milomir pareció estar a punto de echarse a reír, lo que Serefin no creyó posible.

Un temblor sacudió los terrenos poco profundos. La escarcha bajo sus pies pareció agrietarse y Serefin frunció el ceño, removiéndose en la silla de montar. Una presencia los cubrió. Ruslan se tensó y levantó la cabeza. Malachiasz emitió un extraño gemido áspero. Serefin lo observó. Tenía los ojos turbios y de uno de ellos comenzaba a salir sangre. La nariz empezó a sangrarle y se la tocó con los dedos con suavidad, de manera ausente. Un presentimiento se le aovilló a Serefin en la boca del estómago, frío como el hielo.

Malachiasz sufrió una fuerte convulsión antes de caer de la montura. Ya no era él. «¡Maldita sea!». Serefin desmontó del caballo con torpeza, ya que desde que había perdido el ojo todo parecía distinto. Aterrizó en el barro con un fuerte golpe. Ignoró los gritos de alarma de los soldados kalyazi y los arpones que le dirigieron al pecho. Azuzó a un caballo cercano en el flanco, lo que lo sobresaltó, y cogió la daga de un soldado de su cintura cuando pasó junto a él. No le serviría de nada, pero necesitaba algo. Echaba de menos la magia. Las polillas volaron en una nube a su alrededor mientras Milomir trataba de restablecer el orden, al mismo tiempo que Malachiasz cambiaba.

«Maldita sea, ¿qué ha ocurrido? Estaba bien».

—*No mucho* —contestó Velyos—. *Apenas tiene control sobre sí mismo*.

«¿Por qué yo conseguí romper la conexión con Chymog y él no?».

—*Tienes alma y entregaste una parte de tu ser como distracción. Además, Chymog no te quería a ti en realidad. Anhelaba al Buitre*.

Malachiasz no había dado muchos detalles sobre la pérdida de su alma, pero ¿y si eso era lo que necesitaban? ¿Quería Serefin ayudar a recomponer a Malachiasz? ¿O solo estaba esperando para destruirlo? ¿Para que alguien lo obligara a atacar a su hermano por segunda vez? Detener a Chymog significaba detener a Malachiasz. Sin embargo…, no podía destruirlo de nuevo, así no.

Espinas de hierro empapadas de sangre surgían de la piel de Malachiasz y le atravesaban la ropa. Su boca se llenó de dientes de hierro afilados como uñas y sus ojos se volvieron negro ónice. Serefin se dio cuenta vagamente de que nunca había visto a su hermano así, solo en los estados intermedios en los que había tenido un mínimo de control. Unas pesadas y oscuras alas le agujerearon la espalda del abrigo y unos cuernos negros le salieron del pelo. La sangre le caía del rabillo del ojo y la comisura de la boca. Además, tenía demasiados ojos.

Milomir colocó el caballo frente a Serefin con el arpón dirigido hacia Malachiasz. Serefin soltó un suspiro de irritación. El Buitre Negro lo partió por la mitad con las manos, con lo que tiró a Milomir del caballo. Su hermano se tambaleó entre las pezuñas del caballo aterrado para coger a Malachiasz por la parte trasera del abrigo y alejarlo del kalyazi antes de que le atacara. De inmediato, cayó al suelo.

—Maldito idiota, estás haciendo que sea muy difícil querer ayudarte —refunfuñó Serefin entre dientes.

Metió las piernas bajo Malachiasz para derribarlo. Su hermano aterrizó sobre sus pies y se movió para atacar. Un soldado kalyazi se colocó entre ellos y Serefin no tuvo tiempo de gritar una señal de aviso. Debían alejarse, no podían luchar contra un Buitre, mucho menos contra lo que era Malachiasz, un horror caótico y revuelto.

Vio cómo la sangre salía como un aerosol húmedo y el soldado cayó frente a él. Malachiasz inclinó la cabeza y tragó saliva con fuerza. «Ay, no». Serefin saltó sobre el soldado muerto para chocar con Malachiasz antes de que hiciera algo que no pudieran explicar ante los kalyazi. Le hundió una rodilla en el pecho al monstruo y le colocó la daga en la garganta, consciente de que no serviría para detenerlo, pero que le daría un respiro.

—Malachiasz, necesito que salgas de ahí. Estoy intentando con todas mis fuerzas protegerte y no sé cuánto más puedo soportar.

Un pequeño gruñido se extendió por el pecho de Malachiasz. Serefin le golpeó la cara con el codo.

—No soy tu preciada clériga. No voy a sacarte de aquí por las buenas. —Volvió a golpearle la cara con el codo y el siseo de dolor entre los dientes de Malachiasz solo sirvió como indicación de que sentía algo—. Vendiste tu maldita alma por un retazo de poder. Mataste a un dios y empeoraste una situación mala de por sí. Si los kalyazi quieren ahorcarte, no los detendré, Malachiasz.

La expresión de este cambió. Se le aclararon los ojos, convirtiéndose en una extraña oscuridad grisácea.

—Serefin.

—*Czijow*, hermano mío.

Malachiasz se retorció, dislocándose el brazo, y le presionó contra el pecho el disco de metal.

—Suéltame —susurró—. Tienes que confiar en mí.

Serefin cerró los dedos en torno al disco. Milomir no se lo había pedido y lo notaba caliente entre las manos. Podía averiguar cómo hacer que funcionara. Dejó escapar un suspiro de resignación.

—Confía en mí —repitió Malachiasz.

—Desgraciado —musitó Serefin. Le volvió a golpear, con menos fuerza esta vez, por si acaso.

A Malachiasz se le tiñeron de ónice los ojos y le enseñó los dientes a Serefin antes de escupir sangre y quitárselo de encima.

Le dio una fuerte patada en las costillas y se marchó, utilizando las poderosas alas negras para escapar en la distancia.

Serefin permaneció en el suelo mientras todo se asentaba a su alrededor. Se presionó una mano contra el ojo y soltó una suave maldición. Alguien le dio un golpe con la punta de la bota y, al abrir el ojo, se topó con Kacper, quien le tendió una mano, compasivo. Serefin permitió que el chico lo levantara.

—No me gustaría acabar en un campo de batalla con él en el otro bando —comentó Serefin. Kacper asintió—. Quizás sea inevitable —continuó Serefin, contemplando el lugar por donde había desaparecido Malachiasz.

Había decidido confiar en su hermano. Esperaba no arrepentirse. Serefin tocó el disco de metal, que se enfriaba bajo sus dedos a medida que Malachiasz se alejaba. Su hermano no le habría dado el medio para encontrarlo si no quisiera que lo descubrieran. Serefin se preparó antes de

girarse. Un soldado había muerto y cualquier buena voluntad de los kalyazi había desaparecido. La cara de Milomir se había tornado cenicienta.

—Ahora iremos más rápido —anunció el soldado.

—Supongo que eso contesta a todas las preguntas anteriores —replicó Serefin con un hilo de voz. No recibió respuesta, pero sí miradas fulminantes.

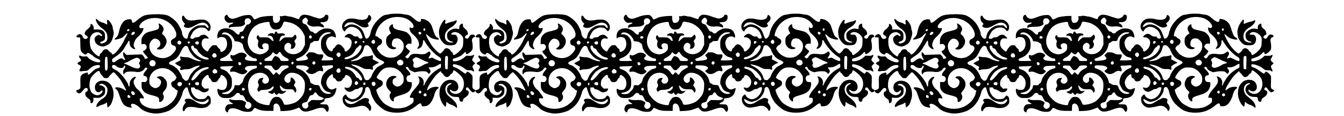
—¿Qué pasa con Timur? —preguntó un soldado.

—Nos quedaremos aquí hasta mañana —dijo Milomir—. Lo enterraremos. Recordaremos por qué luchamos. —Le dedicó una mirada a Serefin—. Y contra quién.

El rey tranaviano tuvo que resistir la necesidad de tomar a Kacper de la mano. Los aislaron y vigilaron mientras los kalyazi montaban el campamento y enterraban al soldado muerto. Kacper se sentó con pesadez en el suelo junto a Serefin, quien se había quitado el parche del ojo y se estaba masajeando la cuenca.

Empujaron a Ruslan hacia ellos. Serefin no tenía energía para enfrentarse al chico. Le dolía el costado donde Malachiasz le había dado una patada, más fuerte de lo necesario, pero él tampoco debía haberle golpeado con el codo por tercera vez en la cara. Se apoyó en el suelo y se presionó el ojo con la mano. Kacper entrelazó los dedos con los suyos y le dibujó suaves círculos en la muñeca.

El viaje a Komyazalov iba a ser una odisea.



26

NADEZHDA LAPTEVA

Con la ayuda de un Buitre, Svoyatova Yulka Lokteva se dirigió a sus fétidas Minas de sal con la esperanza de persuadirlos, aunque solo fuera a uno. Nadie la volvió a ver.

Libro de los Santos de Vasiliev

No hubo comprensión total, solo miedo, confusión y perplejidad. Sin embargo, al final apareció la calma. Nadya no lloró mientras contaba la historia, no sabía si podía. Había superado ese sentimiento.

Anna se quitó el pañuelo a mitad de la narración. Se había cortado el pelo negro y liso a la altura del hombro. Se pasó una mano por él antes de tomar la de Nadya entre las suyas para recorrerle la piel manchada y las garras de las uñas.

—Ay, Naden’ka —dijo con voz suave.

—Esta soy yo —contestó de modo inexpresivo—. No sé lo que soy, pero… —Alejó la mano y flexionó los dedos. Un ojo se le abrió en el centro de la palma. Anna jadeó. Nadya se puso rápidamente el guante de nuevo.

—¿Lo sabe la *tsarevna*?

—Sí, pero no puede enterarse nadie más. La Matriarca no puede saberlo. Si nunca se enterara de que he estado aquí, sería lo mejor.

Anna asintió.

—Los de la Iglesia hablan entre susurros. Hay augurios por todas partes. Señales del final. Iconos llorando…

—Mmm —le confirmó Nadya. Arrastró una silla hasta el umbral y se subió a ella para quitar de la pared un icono que había sobre la puerta. Se lo tendió a Anna después de arrastrar la silla tras ella. Era Svoyatovi Viktoria Kholodova llorando lágrimas de sangre.

Anna cogió el icono con el horror cruzándole la cara.

—Los dioses caídos se han levantado y no puedo dirigirme a nuestros dioses en busca de ayuda —le anunció Nadya—. Estamos solos.

—No solo los dioses caídos —añadió Anna.

Nadya se incorporó. Le quitó el icono de las manos a Anna y lo colocó en la mesilla. El pavor era un sentimiento que se le había asentado en lo más profundo de los huesos, siendo casi habitual, pero repuntó tras las palabras de Anna.

Nadya indagó en el tema, dubitativa, con lentitud, buscando lo que había ignorado desde que habían dejado las montañas, esa cosa que había desvanecido el color del mundo y estaba consumiendo los árboles como una negra decadencia. No podía vivir día tras día con ese sentimiento, aunque existiera en los límites de su consciencia. Era un hambre que quería devorarlo todo, alimentarse una y otra y otra vez hasta que no quedara nada, que apagaría el sol e inundaría el mundo de oscuridad.

—Ha habido rumores —continuó Anna— de sus devotos alzándose en las sombras. Hay… personas con magia, poder, pero no como el tuyo ni como la magia de sangre, sino algo más, diferente. Y esas personas tienen dos destinos ante ellas: que la Iglesia las atrape o convertirse en devotos de Chyrnog.

Nadya abrió los ojos. Anna tenía el rostro ceniciento.

—Personas que… se despertaron con magia. Se llaman los pecadores silenciosos. La Iglesia… Yo… —Anna cerró los ojos—. Los ejecutan. Rápidamente. Mejor que mueran en pecado a que los devotos de Chyrnog los capten.

—¿Con qué fin? ¿Para qué los quieren los devotos de Chyrnog?

Anna negó con la cabeza.

—No lo sé, pero la manera en la que se manifiesta su poder es… extraña.

Nadya pensó en las flores que surgían de los brazos de Rashid. Él ya poseía magia, pero ¿y si las flores eran otra cosa? Dijo que aquello era nuevo. La desolación en la voz de Anna era reveladora. Parecía que su amiga se había encontrado con la misma decepción que había afectado a Nadya.

—Los líderes de la Iglesia están asustados —comentó Anna—. No es una amenaza a la que sepan enfrentarse porque es lo que se suponía que evitaríamos según nuestra fe. Si seguíamos siendo fieles, la magia nunca se mancillaría. ¿No hemos hecho lo correcto por los dioses? ¿No hemos luchado en esta guerra por ellos? ¿Qué hemos hecho mal para que permitan que resurja un ser que destruirá el mundo? En el pasado, había profecías sobre el fin del mundo, pero nunca algo parecido a esto. El fin del mundo en el Códice de las Divinidades no se asemeja para nada a esto. ¿Qué hemos hecho?

Nadya observó a su amiga mientras palidecía. Era culpa suya, ella había puesto en marcha todo ese proceso. Y no podía permitir que nadie lo supiera.

* * *

Era presuntuoso y había recibido una extraña mirada por parte del sirviente cuando lo había parado para pedírselo, pero a la mañana siguiente Katya entró contoneándose en los aposentos de Nadya vestida con unas mallas y un refinado *kosovortka* carmesí. Llevaba los rizos salvajes sin peinar y uno de los perros estaba con ella, aunque Nadya no sabía cuál. Sin embargo, esta vez se mostró más calmado, aovillado a los pies de la silla de Katya cuando esta se sentó.

—Has estado evitando hablar conmigo desde lo de las montañas, por lo que supongo que es importante —comentó la *tsarevna*.

Se oyó otro golpe en la puerta de Nadya, quien frunció el ceño.

—Ah, he hecho que Nina nos traiga el té, eso es todo.

Nadya permitió que la chica pasara, colocara la bandeja con las tazas y el samovar y se marchara.

—No parece lo bastante fuerte para ti —observó la clériga.

—Acaba de amanecer —contestó Katya—. Espera unas horas para que me emborrache.

—Te pareces mucho a Serefin en ese sentido.

Katya alzó una ceja. Suspiró e inclinó la cabeza.

—Estuvo en el frente más tiempo que yo y a una edad mucho más temprana. Apenas me hicieron daño, pero estuve unos meses allí y lo que vi… nunca se olvida. La bebida aplaca los recuerdos, al menos algunos.

—¿Él te gusta?

Katya se lo pensó un momento.

—Le tengo cariño.

—Pero te gusta Ostyia, ¿no? —Nadya no solía provocar a Katya, por lo que fue inesperado y esta se sonrojó.

—No creo que sea para eso para lo que me has llamado al alba —comentó con voz ahogada.

—Necesito hablar con quien sepa algo de esto —respondió Nadya con un suspiro, a la vez que se quitaba el guante. Le mostró a Katya el ojo en el centro y esta palideció.

—La Matriarca…

—La Matriarca no.

La *tsarevna* le dio un largo sorbo al té, observando la mano de Nadya. La habitación se quedó en silencio mucho tiempo. Nadya oía cómo poco a poco el palacio volvía a la vida en el exterior. Katya miró el techo, haciendo cálculos.

—Dioses, tenía razón, ¿verdad?

—He descubierto que Malachiasz no solía estar equivocado.

Katya tamborileó sobre el reposabrazos de la silla.

—Katya, sé que no somos del mismo parecer. Crees que soy sospechosa. Sin embargo, para ser sincera, que yo viajara con el Buitre Negro fue tan raro como que tú lo hicieras con el rey de Tranavia. No soy la clériga que os prometieron y lo siento, pero esto es más grande que la guerra y lo sabes.

—No es que te considere sospechosa, querida, es que eres muy terca, maldita sea, y no quieres colaborar conmigo —dijo Katya, arrastrando las palabras como alguien que quisiera evitar los argumentos de Nadya—. Y no creo que vayas a entregarle Kalyazin a los tranavianos a los que tanto amas. Demostraste tu lealtad en esa montaña.

Nadya se estremeció.

—Anna me habló de los pecadores silenciosos.

La *tsarevna* gruñó.

—Katya…

—No voy a defender a la Iglesia.

—Lo sé, solo, por favor, dile a Viktor que cuide de Rashid.

A Nadya no se le escapó la forma en la que la *tsarevna* abrió mucho los ojos.

—Vaya. —Se quedó en silencio antes de continuar—. Viktor no es tan devoto como quiere hacerte creer. Podemos confiar en él.

«Confiar». Así eran las cosas ahora, debía descubrir de quién podían fiarse porque aquella ya no era la Iglesia a la que había querido tanto en el pasado. Si supieran lo que ella era, la matarían.

—¿Dónde aprendiste sobre los dioses caídos? ¿Y sobre los antiguos? Sé que sabes, Katya, lo que significa la decadencia, que el bosque se mueva más allá de sus lindes. Va a ser el final. Todo se va a acabar. ¿Con quién podemos hablar?

—Pelageya.

—Otra persona —gruñó Nadya—. No tenemos tiempo de perseguirla. —Nadya cogió el icono de la mesa y se lo tendió a Katya, quien lo tomó con el ceño fruncido—. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que los otros iconos de

palacio hagan lo mismo? Cuanto más permanezca aquí, más probable es que ocurra y, después, ninguna mentira ocultará lo que soy.

—Eres un monstruo —susurró la *tsarevna*. No lo decía acusándola, solo como declaración de la verdad.

—Supongo que depende de cómo se mire.

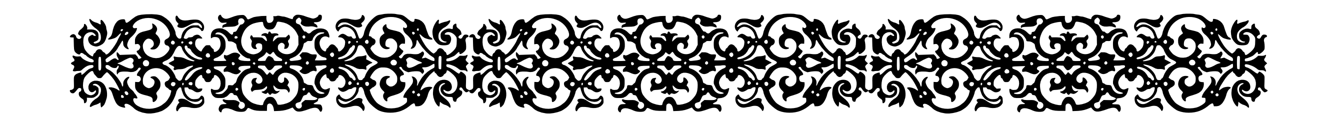
—Pero tú no liberaste al dios antiguo.

—No, fue otra persona, no sé si Serefin, Malachiasz u otro.

—Ni siquiera los antiguos pueden actuar sin receptáculo.

—¿Cómo sabemos que no tiene uno? Los cultistas, las sectas dedicadas a estos dioses… ¿Cómo sabemos que no ha reclamado a uno de ellos? ¿O a alguien en quien haya despertado el poder? Katya, necesito saber qué soy. No puedo pararlo si no obtengo respuestas.

—No creo que haya forma de detenerlo.



27

MALACHIASZ CZECHOWICZ

No lo despiertes. No lo despiertes. No lo despiertes. No lo despiertes. No lo despiertes. No lo despiertes. ¡No lo despiertes! ¡No lo despiertes!

Fragmento de los diarios personales de Innokentiy Tamarkin

No había querido perder el control. Bueno, sí. Sí y no. Una reprimenda a tiempo de Chyrnog le daba los medios para escapar. Había descubierto pronto el funcionamiento del rudimentario hechizo de rastreo kalyazi. Serefin podía encontrarlo si lo necesitaba y él tenía un plan.

No, no lo tenía. No tenía un plan. Necesitaba ayuda. Una ayuda que su hermano no podía proporcionarle, todavía no. Nadie podía. Se había metido en ese lío y tenía que salir de él solo. Sin embargo, aún no sabía si quería, solo que la idea de ejercer la voluntad de un dios le parecía tan detestable que prefería luchar contra él, a pesar de estar solo.

Cuando Nadya había lanzado la acusación, totalmente cierta en esa época, de que elegiría a los Buitres y a Tranavia por encima de ella, algo dentro de él había cambiado. Podía elegir a su orden y a su país, pero no significaba nada si no la elegía a ella también. Y ahora estaba muerta.

Le dolía el rostro. Serefin era fuerte de una manera que Malachiasz sentía que significaba que siempre se estaba conteniendo, pero lo había intentado. Nadie había tratado nunca de hacerlo regresar cuando perdía el control. Durante toda su vida, otros Buitres le habían dicho que aceptara la parte de su ser sobre la que no tenía control, pero estos no tenían los mismos problemas. Otros eran totalmente capaces de controlarse. Él siempre había sido diferente, demasiado volátil.

Así, todos lo ignoraban cuando se desmoronaba. Menos Nadya, quien había descendido al infierno para hacerlo volver en sí; menos Serefin, quien se había subido a su pecho y le había golpeado la cara con el codo intentando por todos los medios que regresara a sí mismo.

—*Puedes huir de ellos. ¿Crees que te resultará igual de fácil huir de mí?*

Ignoró a Chyrnog. El dios era débil. Mientras Malachiasz se alejara de los otros seres despiertos, permanecería así.

—*¿Crees que es tan simple? ¿Crees que serás capaz de alejarte de ellos? Subestimas cuántos se han despertado, los pocos que necesito consumir antes de hacerte pedazos*.

«Pero, hasta entonces, me necesitas. ¿Qué ocurrirá cuando hayas consumido todo lo que te hace falta? ¿Qué ocurrirá después de que te alimentes de su poder?».

No entendía por qué se lo estaba preguntando si ya lo sabía: el fin del sol, el fin de todo. Malachiasz no quería que todo terminara. Acabar con varias dinastías y destruir algunos imperios, vale, pero ¿convertir el mundo en cenizas? Se negaba a ser un rey de huesos carbonizados y restos. Chyrnog no respondió, lo que era bueno. No quería hablar con él en realidad.

Sin embargo, acercarse a la bruja se asemejaba a rendirse.

* * *

—Deberías ser capaz de arreglarlo por ti mismo. ¿Quieres que arregle todos tus errores?

No iba tan bien como Malachiasz había esperado.

—¿Qué me está ocurriendo? —preguntó, decidido a hacer lo correcto sin alterarse, aunque deseaba hacerlo con desesperación. Echaba de menos a Nadya.

Había encontrado la extraña cabaña de Pelageya de manera repentina. Luego, se había esforzado por traspasar la verja y tenía la sensación de que la bruja estaba jugando con él solo porque podía hacerlo. No tenía tiempo para sus tonterías.

Malachiasz había entrado en su sala de estar y se había percatado de que estaba más desordenada que la última vez: había huesos apilados en las esquinas, las alfombras de pelo que cubrían el suelo estaban manchadas de sangre, algo que no eran plantas colgaba del techo, algo que Malachiasz no deseaba investigar.

—Cada momento de rendición te ata aún más a él. Poco a poco, él se está convirtiendo en ti y tú en él.

—No quiero —respondió Malachiasz con rapidez.

—¿No? ¿No te has movido siempre por la búsqueda de poder? Ahora lo tienes. Tú y él sois en realidad muy parecidos. Por eso te ha elegido.

—He destruido a uno de ellos. Los… como se llamen.

—¿*Bovilgy*? —Pelageya alzó una ceja—. Entonces, vas por buen camino para destruir el mundo.

—No es lo que quiero —gruñó.

—¿No?

El chico se dejó caer en una silla y posó la cabeza entre las manos.

—No.

La bruja emitió un vago sonido de incredulidad.

—¿Y qué hay de los grandes planes para destruir a los dioses? Te has dado cuenta de que todo lleva a lo mismo, como una serpiente que se muerde la cola, conectada durante la eternidad. No puedes tener uno sin el otro. No puedes destruir uno sin destruirlo todo. Lo sé, lo sé, te has quemado con este fuego con el que juegas y ahora has entrado en pánico porque no sabes cómo evitar que se expanda.

Malachiasz cerró los ojos. Había sabido que el hecho de acudir a Pelageya implicaría que ella lo regañaría, pero lo odiaba igualmente.

—No puedo arreglarlo, ¿verdad? —Abrió los ojos para contemplarla.

—¿No puedes?

El chico suspiró.

—¿Hasta dónde te tengo que llevar de la mano, *Chelvyanik Sterevyani*? ¿Cuánto tiempo va a pasar hasta que te des cuenta de que las piezas que necesitas están ante ti, que solo tienes que buscarlas?

Malachiasz jugueteó con los huesos de su pelo, desenrolló uno y lo hizo rodar entre los dedos. Pelageya inclinó la cabeza y una lenta sonrisa le recorrió los labios.

—¿Qué has hecho con ella?

—¿Con qué? —preguntó de manera inocente la bruja.

Malachiasz no quería nombrarla y odiaba que le fuera a obligar a hacerlo, que lo empujara a reconocer su error, estar a su merced.

—Te di los últimos pedazos…

—¿De?

—Mi alma —musitó entre dientes—. ¿Qué has hecho con ellos?

Pelageya lo miró a través de sus ojos negro ónice durante un largo momento que se hizo eterno.

—¿Qué te dije cuando la acepté?

—¿Es una prueba?

La bruja se encogió de hombros. Malachiasz no lo sabía. No podía recordar casi nada, pero sobre todo no se acordaba de la conversación que había tenido cuando no estaba del todo allí.

—Vaya cosa para regalar de forma tan frívola. ¿Valió la pena?

—En su momento, sí.

—Ay, vaya, *a posteriori*.

—Pelageya, ¿qué quieres de mí? ¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Alguna vez has admitido haberte equivocado? —preguntó, señalándolo con el cuchillo. Hablar con ella era como correr en círculos.

—¿Es lo que quieres? ¿Quieres que admita que me equivoqué? —preguntó incrédulo.

—Te resulta muy difícil.

Se reclinó en la silla y la observó. Pocas veces se confundía, pero sabía que había cometido errores. Había hecho cosas que no debería haber hecho en su despiadado propósito de solucionar algo, cualquier cosa.

—No debería haberte dado poder sobre mí —dijo, encogiéndose de hombros—. No… lo pensé bien.

—No ha sido una concesión demasiado buena y cierta, pero supongo que vale. Me pregunto si serás lo bastante fuerte. ¿Pedirás la ayuda que necesitas o llevarás la carga sobre tus propios hombros y fracasarás?

Malachiasz frunció el ceño.

—Ya no tengo los pedazos, querido. Tendrás que recuperarlos tú solito y dudo que disfrutes de lo que se pide de ti.

—Discúlpame, no me ha gustado nada de esto. Lo que se me pida no será nada nuevo. —Pelageya sonrió ante aquello, lo que era bastante alarmante—. Vas a darme vueltas antes de lanzarme contra la puerta y esperar a que pare la destrucción del mundo sin saber cómo hacerlo —continuó cansado.

Pelageya se puso en pie. Malachiasz se tensó, preparado para huir.

—Este mundo lleva mucho tiempo girando. Siempre ha habido personas como tú en él, personas que han llegado demasiado lejos, que quieren cambiar, quemar, destruir y salvar al mundo. ¿Qué crees que les ha quedado? Nada, nada, nada. ¿Qué te hace pensar que eres tan distinto como para tener éxito donde todos los demás han fracasado? ¿Por qué eres tan especial? ¿Por qué deberías tú, un chico que vendió los únicos pedazos de humanidad que le

quedaban a cambio de insignificantes fragmentos de poder, tener una segunda oportunidad? Me importan poco los límites entre los kalyazi y los tranavianos, pero soy kalyazi, chico, y sé lo que les has hecho a los habitantes de este país.

—Así que ¿preferirías que muriera por mis transgresiones?

—¿Crees que podrás mantener el ritmo? ¿Quieres hacerlo?

—Quiero intentarlo —musitó Malachiasz.

Lo observó, lo que lo inquietó. No le gustaba que lo miraran. Era un monstruo. Se le abrieron ojos en la piel. Era consciente de su horror. Pero, incluso antes de esto, incluso cuando era un chico entre los Buitres, no le gustaba llamar la atención, destacar. Había cambiado un poco cuando se había dado cuenta de lo mucho en lo que podría influir si le arrebataba el trono a Łucja y cuando se había percatado de lo bueno que era haciendo que el resto lo escuchara al ser él el que ocupaba dicho trono. Sin embargo, esa sutil ansiedad nunca había desaparecido. Había permanecido y se había delatado cada vez que se encontraba bajo la fija mirada de Nadya. Siempre lo había mirado demasiado. Incluso al principio, cuando había hecho todo lo posible por esconder ciertos aspectos, nunca había conseguido deshacerse de la sensación de que ella lo veía todo, de que sabía que estaba intentando manipularla, pero, aun así, lo hizo igualmente.

—Me pregunto si será suficiente —musitó.

Debía serlo.

—Por supuesto, sabe que estás aquí. No hay forma de esconderse de él. Y tienes razón, algunos fragmentos de tu alma despedazada quizás te aten al mundo, pero no puedes hacerlo solo y se ha acabado mi momento de contarte lo que tienes que escuchar. Te he avisado, igual que a tu hermano y a esa clériga, pero todos me habéis ignorado.

Malachiasz entrecerró los ojos.

—¿Qué has hecho con mi alma?

—La he escondido. No puedo decir que recuerde dónde.

—Claro que no. —Malachiasz echó la cabeza hacia atrás con un gruñido mientras Pelageya comenzaba a hurgar entre las colecciones de su desordenada cabaña.

—No está aquí, las almas son demasiado liosas, piden demasiado. Me gusta ponerlas lejos de la vista y la mente. Sí, sí, en otro sitio, un lugar distinto a este. Necesitas cuatro, sabes. Hace mucho tiempo, se lo dije a uno de vosotros, pero no recuerdo a quién. —Contó con los dedos para ella—. Sí, cuatro, había cuatro antes y ahora tiene que haber cuatro.

«Antes…». Ahí estaba: el dios había estado encerrado en el pasado, podía volver a encerrarlo. Malachiasz acarició el libro en su bolsillo.

—¿No fueron los otros dioses quienes encerraron a Chyrnog? —preguntó.

—¿Otros dioses? No, no, un cuento, una historia, una verdad olvidada. No pueden tocar el mundo mortal sin que un humano actúe por ellos. Eso no ha cambiado.

—Pero, si mato como Chymog desea que haga…

—Entonces, sí, sería el punto final de ese desastre concreto.

Malachiasz se estremeció.

—Te destruiría. Él se convertiría en ti y tú, en él. Ya ha comenzado.

El chico cogió una calavera de la mesa junto a su silla. No sabía qué era, una especie de animalillo. Pasó los dedos por ella.

—¿Quién eres, Pelageya?

No esperaba que respondiera, mucho menos que contestara a la pregunta. Se sorprendió cuando le guiñó un ojo.

—Nadie importante.

Aquello le produjo un anhelo.

—Tal vez, si reúnes lo que necesitas, podrás conseguirlo.

—Pero ¿y…?

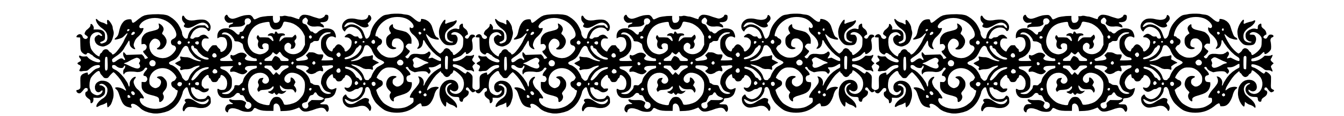
—¿El asunto del alma? Bueno, quizás ellos puedan ayudarte con eso también.

Malachiasz se quedó en silencio. ¿Quiénes eran los otros tres?

—¿Uno de ellos es mi hermano?

Pelageya sonrió.

—Será mejor que te des prisa.



28

SEREFIN MELESKI

Cuando cantaba, las estrellas se desprendían de los ojos y los labios de Svoyatova Eugenia Grafova.

Libro de los Santos de Vasiliev

Tenemos que hablar de esto.

Serefin entrecerró los ojos hacia donde Kacper estaba en pie, con el sol poniente a su espalda. Habían acampado para pasar la noche y él y los demás estaban allí, vigilados. Le lanzó una mirada fulminante a un soldado cercano. No le estaba prestando nada de atención. Con sequedad, Kacper lo observó. Serefin suspiró.

—Muy bien, siéntate al menos.

El rey tranaviano se apoyó sobre las manos mientras Kacper obedecía. Sabía en qué desembocaría aquello.

—¿Vas a criticar mi decisión? —preguntó.

Kacper palideció al recordar la discusión que había tenido con Ostyia, la que se había salido de control de una manera que ninguno se hubiera imaginado.

—Me preocupa que la decisión que has tomado termine con tu muerte. ¿Es un problema? No tenemos protección. No tenemos nada que ofrecer a cambio. No hay nada que impida que el *tsar* te mate, de manera encubierta o a las claras, si lo haces. —Serefin asintió levemente, pero no dijo nada al sentir que Kacper no había acabado—. La situación con Yekaterina fue extraña, pero nada nos puede asegurar que se vaya a repetir. No tienen razones para mantenerte con vida, ninguna razón para hablar contigo sobre tratados de paz cuando lo último que supimos del frente es que no nos iba muy bien porque ha desaparecido la magia de sangre.

Serefin se estremeció. ¿Cuántos habrían muerto aquel día? ¿O se había pedido un alto el fuego cuando los tranavianos se habían visto obligados a reorganizarse? No saberlo lo estaba matando.

—He pensado en todo esto, Kacper.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

Serefin se incorporó y estiró las manos para tomar las del chico, quien se ablandó, como si olvidara que debía estar enfadado con él.

—No estoy diciendo que tengas que estar de acuerdo con todo lo que hago. No eres mi súbdito, quiero que seamos iguales.

—*Sznecz*.

Serefin puso el ojo en blanco.

—Muy bien, vale, todo lo posible teniendo en cuenta las circunstancias.

—Eres el rey.

—¡Eso es justo a lo que me refiero!

Serefin le dedicó una mirada. El soldado deambulaba aún más lejos. Milomir los observó desde la distancia, pero no parecía dispuesto a acercarse. Habían dejado claro que no iban a ninguna parte y que no se iban a resistir, por lo que el kalyazi no había tomado medidas drásticas. El rey tranaviano creía que sí deberían hacerlo contra Ruslan, pero aún no había ocurrido.

No podía deshacerse de la sensación de que llevar a ese chico a la capital iba en detrimento de todos ellos.

—Kacper, sé cómo he actuado en el pasado. La mitad de Tranavia cree que no es esto lo que quiero.

—Más de la mitad.

—No estás ayudando —dijo—. Pero sí. En el pasado, no, pero ahora sí y estoy intentándolo con todas mis fuerzas. A veces, voy a tomar decisiones que te parecerán extrañas e ingenuas y vas a tener que confiar en mí.

Kacper se las ingenió para parecer animado e inquieto a la vez. Serefin soltó un suspiro triste.

—¿Al menos puedo saber por qué piensas que esto va a funcionar? ¿O me estás pidiendo una confianza ciega total y completa? —preguntó Kacper.

—¡Qué maleducado!

Kacper miró a Serefin al ojo izquierdo y se estremeció.

—Lo siento.

Serefin lo desestimó con un gesto de la mano.

—No, por supuesto que no. Solo…

—No voy a desautorizarte en público, si es lo que te preocupa. He estado en la corte, Serefin, sé cómo funciona, pero voy a necesitar que me lo

expliques en privado.

—No hay apenas privacidad, Kacper.

—Ya sabes a lo que me refiero. No me lo pongas difícil.

—Lo único que sé es poner difíciles las cosas.

—Eso es muy cierto. Sin embargo, confío en ti, por supuesto que sí, y quiero que tú te fíes de mí lo suficiente para contarme cuál es el plan.

Había un defecto monumental en esa opinión totalmente razonable.

—¿Y si no tengo un plan?

—Serefin…

—¡Buena charla! —Kacper gruñó—. Nos están escuchando, ¿sabes? —observó Serefin.

Kacper no se molestó en echar un vistazo sobre su hombro.

—Lo sé.

—Hablar de planes hace que se pongan nerviosos.

—Así es —vociferó Milomir.

—Oír a hurtadillas es de mala educación —gritó Serefin.

Kacper le estaba dedicando una mirada muy concreta y él sabía por qué. Eran prisioneros, Kacper tenía razón. No había nada que pudiera evitar que el *tsar* matara a Serefin en cuanto pisara Komyazalov. Debería preocuparse, estar aterrado. Pero… no lo estaba.

¿Puro agotamiento? ¿U otra cosa? Estaba claro que no era esperanza. Sin embargo, Katya, aparte de abrirle el pecho por la mitad, nunca había dado señales de hostilidad hacia Serefin. Se había mostrado sincera sobre que, si fuera por ella, habría redactado ya un tratado de paz porque lo que tuvieran que decir sus respectivas cortes podía irse al diablo. Sin embargo, no dependía de ella, sino de su padre.

Y el *tsar* era una variable para la que no sabía qué planear. Conocía sorprendentemente poco acerca de Yulian Vodyanov. Ahora que lo pensaba, había averiguado más cosas sobre Katya porque era a la que se podía encontrar en un campo de batalla. Lo único que sabía de Yulian era su profunda devoción, hasta el punto de que nunca se había rendido ante los herejes. Eso le preocupaba, pero un hombre tan devoto había acabado con una hija como Katya, por lo que quizás hubiera aún esperanza para el mundo.

No había muchas historias de la guerra sobre el actual *tsar*. Se contentaba con refugiarse entre los sacerdotes de su Iglesia, en vez de centrarse en lo que ocurría en el frente.

—No es que no tenga un plan ni que confíe en ellos —dijo Serefin en voz baja—. Es que, si vamos allí y me matan, ¿qué más da? Vamos a morir

igualmente. No es una opción, es inevitable.

—Por culpa de tu hermano.

—Por culpa de Chyrnog —aclaró Serefin, aunque Kacper no pareció apreciarlo. Seguía sujetándole las manos y no quería soltárselas nunca.

Ruslan estaba con uno de los soldados, hablando entre susurros, lo que preocupó al tranaviano. ¿Sería muy persuasivo? Le recordaba a Malachiasz, pero sin la franqueza ansiosa con la que este solía ganarse sin esfuerzo a la gente. Era más evidente que Ruslan estaba conspirando.

¿Qué ocurriría si convencía a esos soldados de que un dios antiguo se había despertado y necesitaba devotos? ¿Podría corromperlos para que hicieran algo?

Serefin deseaba que Malachiasz no se hubiera marchado. Milomir había contemplado la posibilidad de enviar a alguien tras él hasta que el rey tranaviano había observado que su hermano mataría a cualquiera del grupo sin pensárselo demasiado ni esforzarse mucho. Había recibido a cambio una mirada ponzoñosa, ya que, a decir verdad, era un poco cruel, y Milomir había decidido dejarlo marchar. Serefin esperaba que no fuera en detrimento suyo. Quería confiar en Malachiasz con toda su alma.

Kacper había estado jugueteando con sus dedos en silencio.

—Gracias —susurró.

Serefin inclinó la cabeza.

—¿Por no responderte a las preguntas y decirte que estamos condenados, en lugar de consolarte?

Kacper se encogió de hombros.

—Por dejarme entrar en tu mente. No lo sueles hacer mucho.

Le dolió escuchar aquello, pero se dio cuenta de que tenía razón. No se esforzaba por ser así, no sabía cómo dejar de serlo.

—Ah —dijo con un hilo de voz.

Kacper le apretó la mano.

—No me sorprende.

Serefin frunció el ceño.

—Te has pasado gran parte de tu vida viendo cómo todos a tu alrededor morían.

—Tú también.

—Yo no tengo que soportar el peso de un país sobre mis hombros. En realidad, a nadie le interesa lo que haga con mi vida, lo que es liberador.

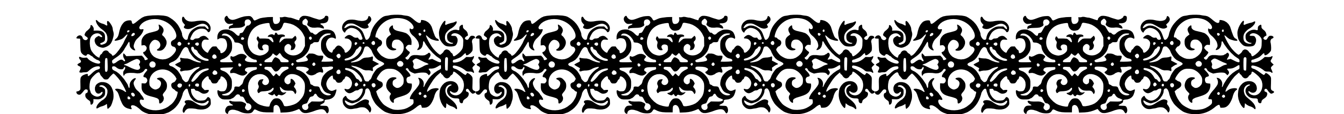
—A mí sí me importa —musitó Serefin.

Kacper le sonrió.

* * *

Durante el resto del viaje, no ocurrió nada remarcable. Los gritos al otro lado de los campos procedían de la nada y de todas partes a la vez, inofensivos. Más de una vez Milomir tuvo que enviar a los soldados a matar… algo. Siempre regresaban demacrados y traumatizados. Los monstruos de Kalyazin ya no estaban dormidos.

Sin embargo, todo estaba pasando muy rápido. Demasiado rápido. En realidad, nunca había tenido que ejercer como rey y ahora todo pendía de un hilo y no había nada que hacer, excepto avanzar. Hacia Komyazalov. Hacia el corazón de sus enemigos.



Interludio

RASHID KHAJOUTI

O Víktor era rico o los *boyar* kalyazi se podían permitir más de un hogar. Rashid sospechaba que lo segundo. Y no le gustaba ni un pelo ese lugar. Había algo malo en el aire de Komyazalov. No era como Grazyk…, o tal vez era justo como Grazyk.

Rashid nunca había creído a Nadya cuando esta insistía en que los kalyazi no experimentaban con magia como los tranavianos. La *tsarevna* era prueba suficiente de que Nadya estaba equivocada.

Se dejó caer en un sillón de la sala de estar de Viktor mientras Parijahan lanzaba un tronco al fuego antes de que alguien pudiera regañarla. A los sirvientes no les hacía gracia que los dos akolanos hicieran sus tareas. Parijahan debería estar acostumbrada dada su posición en Akola, pero le gustaba ser autosuficiente. Mientras tanto, un flujo constante de personas que requerían su atención no dejaba de arrastrar lejos a Viktor.

Parijahan lo observó marcharse por cuarta vez posiblemente y dijo:

—¿Por qué alguien querría algo así?

—Por dinero para no morir de hambre —susurró Rashid.

La chica torció el gesto, como siempre hacía ante el recuerdo de que en su vida lo había tenido todo mientras que a él lo habían vendido como criado siendo un niño. No era esclavitud, pero casi.

—No me gusta este sitio —comentó el akolano.

—No —le confirmó Parijahan, observando el fuego—. A mí tampoco. Y no me gusta que Nadya esté sola.

—Si alguien puede defenderse sola, esa es Nadya —le recordó Ostyia desde donde estaba sentada en una alfombra lujosa, con la espalda contra un sillón. Parijahan pasó por encima de ella para llegar al asiento. Ostyia hojeaba distraída su libro de hechizos—. Además, ahora mismo se supone que viene hacia aquí. Viktor me ha entregado un mensaje suyo de pánico en el que

hablaba de que se la iban a comer los perros y que estaba perdida en un laberinto de iconos.

—Entonces, ¿le va bien?

Ostyia se encogió de hombros.

—Incluso aunque pueda defenderse sola —comentó Parijahan—, no quería venir.

Ostyia inclinó la cabeza para dedicarle a la chica una mirada de perplejidad. Nadya apareció poco después, acompañada por uno de los siervos de Viktor y aparentemente cansada por ello. En cuanto el hombre desapareció, se arrancó el pañuelo para revelar su desordenado pelo rubio blanquecino. Se dejó caer de cara sobre la alfombra junto a Ostyia. Murmuró algo ininteligible.

—¿Qué has dicho, cariño? —preguntó Ostyia.

La clériga se dio media vuelta.

—Esto nos supera.

—Cierto.

—Katya no le ha dicho a nadie quién soy, por lo que viviré un día más.

A Rashid le picaban los antebrazos bajo las mangas. Las flores iban y venían con total libertad ahora, lo que no era muy adecuado. Sin embargo, Nadya había sugerido que hablara con Ostyia sobre el tema… Se los rascó, ausente.

Parijahan volvió a ponerse en pie para sentarse en el reposabrazos del sillón de Rashid, quien apoyó la cabeza sobre su costado. Nadya continuó observando fijamente el techo.

—Odio sentirme así —susurró el chico.

—Lo sé —contestó ella, pasándole una mano por el pelo.

Quizás, si no hubiera enterrado su poder tan hondo, no estaría arrastrándose para llegar a la superficie, destrozándolo a su paso. Tal vez estarían en Akola y todo iría bien. Sin embargo, no era cierto. Había sabido en qué se estaba involucrando desde la noche en que Parijahan había irrumpido en sus aposentos y lo había despertado con una sacudida para susurrarle que tenían que irse, que iba a buscar venganza, que debían marcharse. No se había dado cuenta de que lo estaba salvando. No había creído que fuera importante.

—¿Nunca piensas en volver? —preguntó.

Parijahan suspiró e inclinó la cabeza sobre la de él.

—A veces. Sin embargo, no creo que me vaya a sentir allí como en casa.

—¿No?

La chica emitió un sonido, pensativa.

—Solo si estuvieras tú allí, pero, si volvemos…

Encerrado. Quemado.

—La magia no funciona así aquí —comentó Rashid con el ceño fruncido—. ¿Por qué en Akola sí?

Ostyia alzó la cabeza.

—Dejad de susurrar cuando estoy intentando escuchar a hurtadillas.

—¿Es escuchar a hurtadillas si estás en la misma habitación? —preguntó Parijahan.

—¿Se suponía que era un secreto que los dos tuvierais magia? —inquirió la tranaviana—. Lo sé desde hace meses.

Parijahan abrió mucho los ojos y Rashid tragó saliva con dificultad, temblando como si todo en su interior se hubiera congelado. Nadya por fin se incorporó y se apoyó en el sillón.

—¿Qué? —preguntó Parijahan con voz ahogada. Ostyia inclinó la cabeza—. ¿Cómo lo has sabido?

—Lo habéis escondido bien, pero es mi misión asegurarme de que nadie tenga una magia demasiado potente y desconocida cuando Serefin está cerca.

—Entonces, nos consideraste inofensivos.

—No erais una amenaza para su vida, por lo que pude entender. Es algo difuso, imperfecto. —Hizo un gesto con la mano—. Supuse que, si nunca la usabais o hablabais de ella, no querríais que nadie lo supiera, por lo que lo mantuve en secreto. No obstante, no puedo decir que no sienta curiosidad. No se conocen muchos magos akolanos.

Rashid frunció el ceño. No le agradaba que lo considerara inofensivo.

—Porque no hay muchos magos akolanos —comentó—. Se queman.

Ostyia frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Nadya se incorporó, interesada. Rashid paseó la mirada entre ambas magas.

—Son herramientas. Cuando la *Travasha* los ha exprimido al máximo, mueren.

Ostyia observó a Nadya.

—¿Eso puede ocurrirles a los clérigos?

—Los dioses solo le dan a un clérigo la cantidad de magia que puede soportar —contestó Nadya—. Sin embargo, siempre podemos buscar más. —Se estremeció—. No obstante, es un canal y los dioses pueden interrumpir el flujo de poder. No creo que los clérigos suelan morir por la magia.

Ostyia asintió.

—Si, digamos, Kacper tuviera que lanzar un hechizo de mi libro, probablemente le dolería la cabeza y la magia fallaría. Yo no podía lanzar hechizos del libro de Serefin, es más fuerte que nosotros dos. No creo que haya un mago de sangre vivo que pueda utilizar el libro de hechizos de Malachiasz.

Una expresión nauseabunda le recorrió el rostro a Nadya, lo que no pasó desapercibido para Rashid.

—Hay una razón por la que compramos los libros de hechizos con ellos ya escritos. Los escritores crean los hechizos para controlar el flujo de poder de modo que no intentes lanzar uno que, bueno, acabe matándote.

—Conocemos el concepto, pero tenemos distintas palabras para el proceso —propuso Nadya.

—Tenemos distintas maneras de lidiar con él, sí. Intentamos evitarlo, pero la magia puede matarte si te excedes. ¿Sabes lo que puedes hacer? —le preguntó Ostyia a Rashid, quien dudó y negó con la cabeza.

—Ella tiene influencia sobre las cosas. —Señaló a Parijahan, quien le dedicó un ceño fruncido.

—¿En el buen sentido? —preguntó Ostyia.

—Es difícil saberlo —respondió la akolana.

—¿Crees que estabas contrarrestando la locura del Buitre Negro?

Rashid alzó una ceja. A Nadya parecía que un ladrillo le hubiera caído en la cabeza.

—Las cosas malas relacionadas con él ocurrieron cuando no estábamos juntos —comentó Parijahan—, pero es imposible saberlo.

—Sería una prueba interesante de hacer —comentó Ostyia, pensativa.

Parijahan puso los ojos en blanco.

—Todos los malditos tranavianos sois iguales.

Rashid soltó un suave resoplido, aunque no rechazó el comentario de Ostyia. Suponía que esa era la razón por la que Nadya le había recomendado hablar con ella. Ostyia no mencionaba tanto su magia como los demás tranavianos, pero Rashid sabía que se le daba especialmente bien.

—¿Y tú? —le preguntó Ostyia.

—Me gustaría probar su alcance —contestó con lentitud—. Con cuidado, porque no sé cómo se manifestará.

Ostyia asintió. Observó el libro durante un momento y la tristeza le traspasó el ojo azul. Nadya estiró la mano para cogerle la suya.

—Lo siento —susurró.

Apenas podía disculparse por eso, algo de lo que parecía ser consciente. Rashid se subió las mangas y se movió para sentarse frente a Ostyia, en el suelo.

—Sin embargo, no recuerdas cómo funciona la magia —comentó, inseguro.

—La magia de sangre. Y no es que no lo recuerde, es… es como si hubieran borrado el camino.

Parijahan se deslizó en el sillón de Rashid.

—La magia pasa por diferentes vías.

—Y la que conozco ya no está disponible. Sería cuestión de encontrar un ramal distinto. Tengo afinidad para la magia, pero en Tranavia ninguna otra manera de utilizarla es válida.

—¿Conoces otras formas?

Ostyia se encogió de hombros.

—Me dio clases un antiguo Buitre a quien los rumores sobre la magia de los akolanos y los aecii le fascinaban, quien pagaba unas cantidades exorbitantes para conseguir pasar los libros de Rumenovać a través de las fronteras. Está todo ahí. Sin embargo, en Kalyazin, lo demás es herejía y, en Tranavia, bueno, ¿por qué utilizar otra cosa cuando sabemos lo lejos que puede llevamos la magia de sangre si se intenta con la fuerza suficiente? Tenemos a los Buitres, muestra de lo lejos que puede llegar. Tal vez otros países también tengan a sus propios Buitres.

Era imposible saberlo. La guerra había bloqueado a los dos países a la vez durante tanto tiempo que cualquier esperanza de aprender sin que se produjera una matanza se había perdido.

Ostyia cerró el libro de hechizos.

—Dudo que a Viktor le guste que lo hagamos aquí, pero, si queréis, podemos ver qué escondes.

Rashid le dedicó una mirada a Parijahan. No podía evitarlo. Era decisión suya, pero había caminado por esa vía con ella tanto tiempo que quería asegurarse de que estaba preparada para lo que significara aquello. Parijahan tuvo cuidado de mantener neutra su expresión, pero falló. Rashid vio cómo el miedo la inundaba mientras se esforzaba al máximo por bloquearlo.

—No te detendré —dijo Parijahan—. Sabía que este día llegaría. Solo… me preocupa que atraigas una atención que no queremos.

Ostyia se colocó un mechón negro tras la oreja y se ajustó el parche del ojo.

—No tenemos tiempo para pensar así —recordó—. No actúes como si no hubiéramos visto a Nadya —hizo un gesto— luchar porque ella y esos malditos chicos hicieron algo demasiado grande para que cualquiera de nosotros lo detuviera. ¿De verdad crees que Akola enviaría a alguien hasta aquí cuando la amenaza de aniquilación cósmica asoma por el horizonte?

—Subestimas lo lejos que quiere llegar Akola en busca de recursos que cree que le pertenecen.

—Pero ¿qué parte de Akola? —contraatacó Ostyia—. Sois de distintos territorios, lo sé por el acento. Y no puedo decir que Tehran me dé demasiado miedo.

Rashid siempre había pensado que Ostyia era más astuta de lo que dejaba que el resto pensara, pero le sorprendió que se hubiera percatado de las diferencias entre Parijahan y él. Era… poco común que alguien del norte se diera cuenta. No obstante, tenía sentido. Era la mano derecha del rey. Sus juegos flirteando con chicas y ocupándose de pocas cosas en el mundo eran solo una máscara para evitar que el resto sospechara de todo lo que percibía.

—Paalmidesh —respondió Parijahan con el ceño ligeramente fruncido—. Él es de Yanzin Zadar.

Ostyia levantó las cejas.

—¿En serio?

—En realidad, me sorprende que nuestras tensiones particulares hayan llegado hasta aquí.

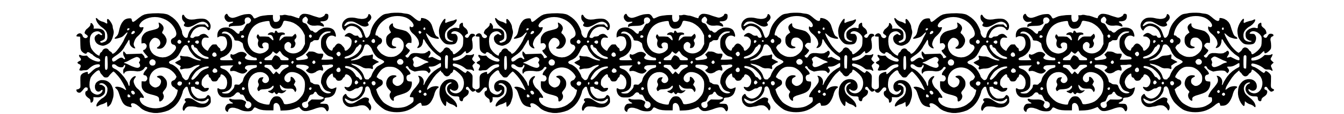
—Compartimos bastantes fronteras con Akola como para ignorar cuando una parte del país se enfrenta a la otra —observó Ostyia—. Además, ¿qué te preocupa? Pasaría un año largo antes de que llegaran tan al oeste.

Parijahan no parecía convencida. Ostyia se giró hacia Rashid.

—Cierra los ojos —le ordenó.

El chico suspiró y obedeció.

—Muy bien, tenemos que hacerlo con cuidado. No quiero lanzar por los aires la casita de este *boyar* estirado y…, bueno, en realidad, ¿a quién le importa si lo hacemos? ¡Vamos!



29

NADEZHDA LAPTEVA

Zlatek inundó un campo de batalla con su silencio y el horror fue inmenso.

Códice de las Divinidades 44:867

Nadya se trenzó el pelo con lentitud. Quería causar buena impresión. No planeaba hablar con la Matriarca, sabía a dónde la llevaría aquello, pero se dirigiría a la catedral a encerrarse en la biblioteca y quería al menos tener buen aspecto mientras se movía a hurtadillas ante las narices de la Iglesia.

Era como idear una estrategia de guerra en la que cualquiera podría ser el enemigo y atacar en cualquier momento, según se había quejado Katya. Sin embargo, había respuestas en Komyazalov por encontrar y Nadya pretendía hacerlo. Necesitaba saber quién era la mujer que le había entregado a Kostya el colgante en el que estaba atrapado Velyos y le había advertido sobre ella. Dioses, ¿qué habría cambiado si no hubiera sangrado sobre ese maldito amuleto, si hubiera abandonado la misión de asesinar al rey como se suponía que debía haber hecho?

Sin embargo, el plan lo había urdido un chico que buscaba poder desesperadamente e, incluso aunque no hubiera usado el poder de Velyos, Malachiasz se habría salido de igual forma con la suya. No obstante, no hubiera tenido razón alguna para ir al único lugar donde era posible matar a un dios si Nadya no… Era inútil. Tenía que parar. Dejó caer las manos cuando llevaba la mitad del pelo trenzado y echó la cabeza hacia atrás.

Algo se le escapaba. Había demasiadas piezas, demasiadas variables. ¿Adónde había ido Serefin? ¿Qué le había ocurrido? Lo único que sabía era que estaba vivo y que Velyos se encontraba con él, lo que significaba que

Serefin no había tenido éxito en lo que se disponía a hacer. Parecía divertido ver cómo todos eran, a su modo, unos tristes fracasados.

Habían enviado mensajes al frente gracias a que Katya había usado su extraño y débil poder de los santos para hablar con otro *Voldah Gorovni*, pero Serefin no estaba por ninguna parte. Nadya se preguntó si se habría rendido como siempre había deseado hacer. Ella misma había estado presente en su coronación y ese había sido el único momento fulminante en el que había pensado que tal vez podía ser rey. Desde entonces, había demostrado que solo era un chico que bebía demasiado y huía de sus problemas.

Eso significaba que la guerra no terminaría. Nadie en la maldita corte de Grazyk lo quería. No les importaban las tierras desoladas, la mano de la muerte en el frente, los niños que enviaban al ejército y volvían a casa destrozados…, si es que volvían alguna vez.

Nadya le había contado sus preocupaciones a Katya, pero se había mostrado tan arrogante como siempre. Sospechaba que a la *tsarevna* le aterraba la idea de que Serefin pudiera estar muerto o hubiera renunciado al trono. Era la única esperanza de conseguir un tratado de paz.

«Un tratado de paz que nunca firmará después de lo que hiciste», pensó Nadya, observando el alto techo de madera.

Escuchar a Marzenya había sido un error. Deshacerse de la magia de sangre había sido un error. Aun así, encontrar a Serefin solo provocaría más problemas.

Conocía la oscuridad que escondía el rey de Tranavia. Él y su hermano eran más parecidos de lo que el resto percibía. Serefin optaría por la venganza mucho antes que firmar un tratado después de que Nadya les hubiera herido de una manera tan grave.

La clériga perdió el equilibrio y se tambaleó hasta golpearse la cadera con la cómoda frente a la que se encontraba. Al suelo cayó un cepillo. Suspiró con pesadez.

Además, Serefin ya la había sorprendido. Tal vez ocurriera de nuevo. Echaba de menos a ese chico ridículo. Se arrepentía mucho de lo que le había hecho.

—*Los tranavianos se lo merecían.* —La voz la sobresaltó y le llevó un momento entender a quién estaba escuchando. Kazimiera, una diosa que le había hablado muy poco antes de que sucediera todo.

«¿Dónde has estado?», preguntó Nadya.

—*Por ahí. Observando. Registrando. Los otros estaban muy enfadados contigo. Luego, nadie podía acceder a ti. Después, la diosa de la muerte nos*

dijo que no podíamos hablarte, que habías pecado y te merecías un castigo, que ya no eras sagrada, pero es una tontería. Tú siempre y nunca lo fuiste.

Nadya dio un paso tembloroso hacia atrás y se sentó despacio antes de cerrar los ojos. Sabía que la primera vez que los dioses habían dejado de hablar era por ese maldito velo que cortaba el acceso hasta ella, fortalecido por la minuciosa y exacta mejora de Malachiasz. Nunca había admitido usar la magia sobre ella sin su consentimiento, pero sabía que lo había hecho.

Sin embargo, el resto… El aislamiento forzoso. No quería pensar así de Marzenya, aunque sabía que era cierto. Podía recordar el roce helado de los dedos de la diosa sobre ella, los moratones que le había producido, los cortes que le había abierto en la piel por su cercanía. Siempre y nunca sagrada.

«¿Por lo que soy?», preguntó Nadya.

—Por *supuesto* —respondió Kazimiera—. *Lo tengo todo escrito*.

«¿Los dioses lleváis un registro?».

—*No como crees*.

«¿Los tranavianos se merecen de verdad esta guerra? ¿Qué han hecho ellos que no hayamos hecho nosotros también?». Kazimiera se quedó en silencio. «No controláis el país situado al sur. Los dioses sois muy caprichosos con las fronteras. ¿Por qué no renunciáis a Tranavia totalmente y la dejáis a merced del destino que haya elegido?».

—*Hubo guerras* —contestó Kazimiera—. *Aquí arriba, no allí abajo. Muchos de los nuestros murieron y no volvieron. Demasiadas pérdidas. Otros dioses nos arrebataron el oeste y nadie quería perder a más personas cuando Tranavia comenzó a aventurarse en la herejía*.

Nadya frunció el ceño. De repente, mucho de lo que había descubierto cobró sentido. Los dioses habían sido mortales en el pasado, mucho antes de lo que aparecía en los anales. Eso explicaba por qué Akola tenía dioses distintos, por qué Kalyazin nunca había mirado hacia el oeste, aunque quizás lo hiciera algún día.

«¿A qué te referías con que era y no era sagrada?».

—*¿Marzenya no te lo contó?*

«Marzenya no me contó nada».

Un golpe en la puerta hizo que Nadya se pusiera en pie de un salto y cortó la conexión.

—Maldita sea —musitó, atusándose el pelo enmarañado. Se dirigió a la puerta.

Anna estaba al otro lado. La contempló, mirándola de arriba abajo.

—¿Te encuentras bien?

—No, digo, sí. Sí, estoy bien. Dame un minuto, ¿vale?

Nadya actuó rápido, se trenzó el pelo y se lo recogió en la nuca. Cogió el guante y se lo colocó bajo la manga del vestido. Mucho más presentable. Estaba nerviosa.

Los dioses hablaban como si sus muertes fueran habituales, pero lo que había ocurrido con Marzenya era algo nuevo. Los dioses se mataban entre sí, pero ningún mortal había… Bueno, Malachiasz había sido un dios, ¿no? Un dios del caos. Por lo general, los otros dioses solían detener a los de este tipo, pero esta vez no.

—Tienes… —Anna estiró la mano y le frotó la mejilla—. Lo siento. —Nadya esbozó una sonrisa cansada—. Tal vez deberías llevar un guante en la otra mano también. Llama la atención y alguien podría preguntar.

—¿Crees que debería mentir sobre esto? —Sería una mentira por omisión y Nadya apenas creía que esa sacerdotisa amiga suya, tan devota como era, estuviera animándole a cometer ese tipo de pecado.

—Claro —dijo en voz baja Anna.

Nadya negó con la cabeza.

—Con dos sería más difícil de explicar. Con uno, me puedo inventar una historia que suene lo bastante creíble.

Anna no parecía convencida, pero solo dijo:

—Ten cuidado.

—Annushka, me parece sospechoso que no te fíes de la Iglesia.

Anna se sonrojó.

—Aquí todo es raro, no se parece en nada al monasterio. Te he echado de menos… —Se quedó en silencio con el ceño fruncido, distante.

Se reunieron con Parijahan cerca de la catedral. Estaba aburrida y quería ayudar. Se quejaba de que Rashid y Ostyia se hubieran pasado todo el tiempo tratando de entender la magia del chico. La akolana llevaba una insulsa capa gris, típica de su país, pero no lo suficiente para destacar.

Nadya nunca se olvidaría del día que había visto la enorme catedral negra de Grazyk, y un miedo parecido la invadió cuando Anna la guio por las escaleras de esta. No era tan siniestra como la tranaviana. No la habían vandalizado, medio destruido y vuelto a pintar. Esta era, como mucho, lo opuesto en todos los sentidos. Se erigía alta, eso sí, pero las arcadas eran luminosas y bajas y contaba con cúpulas bulbosas coloridas que cubrían sus puntos más altos. El oro brillaba desde algunas de estas últimas mientras las otras estaban pintadas de brillantes azules y rojos que resplandecían en contraste con el tono carmesí de los ladrillos de la catedral. No obstante, había

algo que inquietaba a Nadya, que hacía que le picara la mano y le molestara el hombro, que le provocó un dolor en la frente como si tuviera jaqueca. Se detuvo y Anna le dedicó una mirada de preocupación sobre su hombro.

—Si entro y los iconos empiezan a llorar… —Se calló, incapaz de completar la frase.

Anna palideció.

—¿Crees que es posible?

—Si no lo es ahora, lo será en unos días —contestó Parijahan por ella con una mueca.

Anna tomó a Nadya por la mano.

—No sabrán que es culpa tuya. El mundo se está desmoronando.

—Katya sabe que es por mí.

—Pero *Ona Delich'niya* no se lo contará a la Matriarca, ¿verdad?

Nadya dudó, pero asintió. Se fiaba de Katya. Tenía que hacerlo. La expresión de Anna desprendía determinación y miedo. Nadya recordaba que la total confianza de la sacerdotisa solía asustarla. Pensaba que era por la conexión con los dioses. Para Kostya, la conexión había jugado un papel más importante del que pensaba, pero con Anna quizás solo se tratara de ella misma. Tal vez quería mantenerla a salvo porque sí, porque confiaba en Nadya. Esta nunca había pensado que pudiera conseguir ese tipo de confianza de un kalyazi. Las lágrimas le inundaron los ojos.

—¿Naden'ka?

—Estoy bien. —Se pasó el dorso de la mano sobre los ojos—. Lo siento. Me encuentro bien, preparada.

Se alejó de Anna y caminó hacia la iglesia. Los grabados de inscripciones sagradas se alineaban en las vastas puertas de madera. No había estatuas de santos, pero sí múltiples menciones en el texto tallado en las rocas. Nadya abrió la puerta y entró. A medida que pasaba por el umbral, le sorprendió el peso de algo enorme. Cambiante. Evidente. Algo gruñía, despierto, tras permanecer dormido mucho tiempo.

Nadya odiaba esa sensación y lo habitual que se estaba volviendo. Se preparó mientras la divinidad, la magia y la oscuridad caían sobre sus hombros y lo único que pudo hacer fue esperar la tormenta.

La iglesia era antigua, más que la ciudad, tanto como la ciénaga sobre la que estaba construida Komyazalov. Esta iglesia era un altar de piedra con la sangre acumulada en las grietas, una daga hecha de hueso incrustado en la piel, húmeda por la sangre. Era sacrificio, santidad, oscuridad, violencia y muerte.

Algo dormitaba bajo la iglesia. Algo que se removió ante la presencia de Nadya.

—¿Naden'ka?

Anna le acarició los dedos, lo que la sobresaltó. Estaba de pie en la entrada, observando el alto techo. Los iconos se alineaban en las paredes, tan amontonados que no había espacio entre ellos. Tantos santos. Tantos mártires. Tantos muertos. Todo desprendía demasiado color y ruido. Cada centímetro del interior estaba decorado con iconos y rodeado de oro. Los colores eran preciosos, pero reflejaban agonía.

—Dame un segundo —pidió la clériga con voz entrecortada. Era abrumador. Sentía algo que no hubiera sido posible si solo fuera una clériga. Se trataba de algo innato en su interior que se sentía atraído por la oscuridad, un pozo de agua agitada, una tormenta en la piel de la chica. Después de todo, quizás allí encontrara respuestas.

—¿Qué pasa?

Nadya negó con la cabeza. Oyó que Anna emitía un pequeño jadeo, pero seguro que no significaba nada. Debía controlarlo. Oyó pisadas en el suelo alicatado y notó ausente que formaban un mosaico. Le costó unos segundos entender que un acólito les estaba preguntando si necesitaban ayuda.

Anna le pasó las manos por los hombros para alejarla. Antes de que se percatara, le había recogido el pelo con un pañuelo y le estaba atando una banda en la frente. Los anillos pesaban. Cerró los ojos, algo la estaba destrozando por dentro y el dolor la empujó a sisear entre dientes. Algo en su interior estaba cambiando.

—*Dozleyena* —dijo Anna, animada—. Perdona, mi amiga ha estado en el bosque demasiado tiempo y se le ha olvidado cómo se viste la gente civilizada.

Nadya tragó saliva y abrió los ojos. La sacerdotisa le apretó la mano. Sus entrañas se estaban retorciendo incluso cuando se giró hacia el chico. Unos cinco años más joven que ella, se estaba acercando sin precaución. Tenía el pelo castaño enmarañado y ojos oscuros. Saludó a Anna y, antes de pestañear, preguntó qué hacía allí.

—Perdón, hermana Vadimovna, no te había reconocido. ¿Necesitáis ayuda? —Observó con curiosidad a Nadya y a Parijahan.

—No, gracias, Andrei, vamos a la biblioteca.

El chico sonrió.

—La hermana Belovicha se preguntaba dónde te habías metido, pero le dije que estabas dando un paseo por el bosque. Sé lo mucho que disfrutas de

esas caminatas.

Anna pareció turbada, pero sonrió, aliviada.

—Gracias por eso también.

Nadya agradeció que no entraran en el santuario. No estaba segura de querer saber qué ocurriría allí si el vestíbulo ya había sido suficiente para desconcertarla. Sintió la mano de Anna fría y húmeda sobre la suya, pero no la soltó mientras el chico daba media vuelta y las guiaba a través de un pasillo al este hacia la enorme biblioteca. Nadya dejó escapar un largo suspiro cuando algo se desprendió en su corazón. Se había alejado de lo que fuera que se había apoderado de ella.

La biblioteca era enorme. Había múltiples niveles con escaleras desvencijadas que los conectaban y una escalera de caracol ornamentada en el centro que llevaba al segundo piso, donde se erigían los libros hasta el techo abovedado.

—¿Cómo se llega a esos? —le preguntó Nadya a Andrei. Seguramente los libros sobre temas cuestionables se encontrarían en las alturas inalcanzables.

—Escaleras y ganchos. Puedo ayudarte si me cuentas qué estás buscando —canturreó el chico.

Nadya abrió la boca, pero Anna contestó antes de que ella pudiera decir una palabra.

—No pasa nada, Andrei. Es un trabajo sobre el linaje, muy aburrido.

Pareció decepcionado.

—Bueno, llamadme si necesitáis algo —dijo antes de alejarse.

Nadya observó la habitación, abrumada.

—¿Por dónde empezamos?

Anna se mordió el labio inferior.

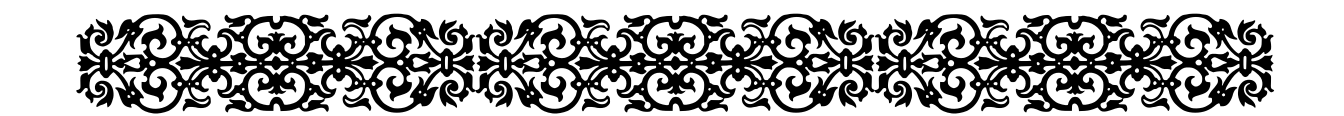
—Evitando a la supervisora de las bibliotecarias y rezando para que nos topemos con algo pronto.

—Ah, como en casa.

Anna sonrió. Durante un momento, Nadya olvidó que estaban en el corazón de Kalyazin y que el mundo se estaba desmoronando a su alrededor.

—Bueno —dijo Parijahan, contemplándolas con los ojos muy abiertos, antes de dirigirse a las escaleras—. Lo que daría por tener a nuestro tímido académico por aquí.

—Lo encontraría en cuestión de segundos y se mostraría condescendiente durante meses —contestó Nadya—. Nos las apañaremos sin él. Buscad… textos apócrifos.



Interludio

RASHID KHAJOUTI

—Sé poco sobre la magia akolana —le recordó Ostyia—, pero explícame cómo se ha manifestado en tu linaje familiar. La magia no se suele heredar, pero puede ocurrir.

Era una pregunta difícil y Rashid agradecía que Ostyia se la hubiera formulado después de que Parijahan se hubiera marchado para reunirse con Nadya. Las cosas que ella le había ocultado pesaban mucho entre los dos.

—¿Es tu caso?

La tranaviana asintió.

—Un asunto familiar.

—Mi abuelo y mi tío poseían magia. Si mis padres también la tenían, nunca me lo contaron.

—¿Cómo se manifestaba en ellos? —le preguntó Ostyia. Estaban en la sala de estar de Viktor, y Rashid tenía el libro de hechizos de Ostyia sobre el regazo mientras ella caminaba de un lado a otro frente a la chimenea. No obstante, no sabía muy bien qué podía hacer su tío, ya que había muerto antes de que Rashid lo pudiera conocer. Su abuelo trabajaba con pequeñas profecías. Ostyia emitió un sonido de frustración.

—No es muy útil. La magia de los videntes es fácil de descubrir. Tendrías sueños extraños y sería cuestión de acceder a ellos estando consciente. Eso no es lo que está ocurriendo. Las flores son raras. ¿Puedes manifestar poder?

—Puedo manifestar flores raras.

La tranaviana dejó escapar un suave resoplido.

—Debería… Bueno, hay muchas metáforas para lo que se siente: un hilo, un río, una canción, una sensación apacible de que algo es distinto en un rincón del cerebro… Para algunas personas con poder como Malachiasz, sería una tormenta. ¿Algo así?

—¿Para ti cómo es?

—Una espada, afilada por todas partes, y, si accedo a ella por el lado equivocado, me puede cortar. Siempre está ahí. Incluso ahora, la magia no ha ido a ninguna parte.

—Si la hubieras ignorado, ¿qué habría pasado?

—Reprimirla es peligroso.

Rashid se encogió de hombros y cerró los ojos. La metáfora del hilo tenía mucho sentido y había algo allí que había estado evitando, un lugar en su interior que siempre apartaba. Accedió a él y tiró, sintiendo la luminosa chispa del poder ignorado durante mucho tiempo.

Cuando abrió los ojos, se le contrajo la respiración. Tenía un montón de flores en el regazo. Ostyia entornó los ojos. Se inclinó y tomó una. Era roja, con los pétalos curvados hacia fuera.

—Nunca había visto nada igual —musitó—. Me pregunto…

Ostyia giró un *szitelka* entre los dedos. Lo desenfundó con un rápido movimiento y se hizo un corte en el brazo. Rashid no se alteró, acostumbrado a que los tranavianos se hicieran heridas por cualquier cosa. La chica se agazapó en el suelo frente a él de manera fluida y extendió el brazo ensangrentado.

—Cúramelo.

—¿Cómo? —Ostyia alzó las cejas, por lo que Rashid añadió—: Incluso yo sé lo rara que es la magia de curación.

—Cierto. La magia de sangre no puede hacerlo. Por lo que sé, solo hay un puñado de clérigos kalyazi que han sido sanadores. La magia puede hacer cosas extrañas y maravillosas, pero hay algunos límites, y la curación es uno de ellos.

Rashid se echó a reír.

—Puedes acabar cayendo en la teología kalyazi con ese tema.

—Son solo distintas ideologías explicando los mismos problemas injustificables. Nadya ha utilizado la magia de curación, ¿no?

—Nadya puede comunicarse con la diosa kalyazi de la sanación, así que sí. ¿Cómo se curan las heridas los tranavianos?

—Con medicinas. Plantas y ciencia. Como vosotros, ¿no? Nadya dijo que eras el encargado de curar a todos en vuestra pequeña banda de ingenuos.

Rashid asintió. Había visto a Nadya y a Malachiasz sobrevivir a cosas imposibles y la única explicación que había aceptado era que su magia los había mantenido con vida contra todo pronóstico. Sin embargo, si lo que Ostyia estaba sugiriendo era verdad, quizás tuviera buena mano con ese asunto.

—La magia de sangre es, bueno, un poco liosa. Es muy fácil que vaya mal. Somos destructivos, no sanadores —le aclaró Ostyia con una ligera sonrisa melancólica.

—Me da la impresión de que tú y yo estamos acercándonos a algo.

—Si pudieras curarme, tendrías una cualidad que todos y cada uno de estos malditos países quieren —dijo Ostyia muy seria—. Y eso explicaría por qué Parijahan también se ha estado acercando a algo. —El akolano inhaló con brusquedad—. Y quizás eso signifique que puedes hacer mucho más —añadió la chica.

Sin embargo, no lo explicaba todo.

—Nadya le rompió la mandíbula a Malachiasz una vez y estaba hablando pasadas unas horas.

—Los Buitres se curan increíblemente rápido. Los Buitres son, a todos los efectos, indestructibles.

—¿Por qué no ha descubierto Tranavia la manera de que todos tengan esa magia?

La chica lo observó.

—La tenemos, así lo consiguen los Buitres. Lo que les hacen los transforma de esa manera.

«Vaya». La tortura. Metal y hueso. Piel, sal y oscuridad. Malachiasz nunca hablaba del tema, excepto de soslayo. Decía que no recordaba nada de una forma que revelaba que tenía siempre muy presente cada tormento en las manos de su culto.

Con lentitud, Rashid estiró las manos y tomó el pálido antebrazo de la chica. Alzó la cabeza. Ostyia entornó el ojo para mirarle a la cara con mucha atención. El chico accedió a esa parte durmiente e inactiva de su interior y tiró de ella. Se le calentaron las manos y, con cuidado, las posó sobre el corte. Una pequeña flor negra le surgió de las yemas de los dedos. Cuando retiró la mano, el corte estaba curado. Ostyia soltó una pequeña carcajada.

—Rashid, creo que tenemos mucho que investigar.

El akolano asintió.

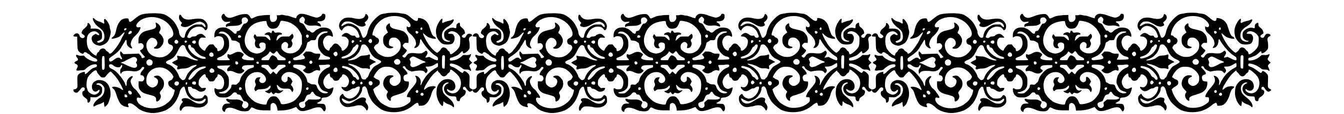
—¿Sabes algo?

—¿Mmm? —Ambos observaron el antebrazo curado con la misma sorpresa y desesperación.

—Esto es mucho mejor que descubrir que se me da bien, no sé, hacer explotar a la gente.

Ostyia lo miró con tristeza.

—Pero mucho más peligroso para ti.



30

NADEZHDA LAPTEVA

Peloyin gobernaba a los dioses con una mano que no era benevolente.

Los Libros de Innokentiy

La aventura en la biblioteca no resultó del todo inútil. Ahora Nadya conocía más nombres de antiguos dioses de los que preocuparse: Rohzlav, Nyrokosha, Valyashreva, Morokosh y Chyrnog. Era una perspectiva deliciosa saber que, incluso si paraban a uno, quizás hubiera más en el horizonte. Se les consideraba los dioses más puros, los más antiguos. Unos pocos habían sido expulsados durante la última guerra divina. A otros los habían enterrado bajo tierra, atados con cadenas, a la espera de liberarse. Y a otros tantos los habían matado, pero, según había leído Nadya, lo divino no permanecía muerto mucho tiempo.

Volvieron a palacio, donde se encontraron a Katya, quien se libró de un grupo de *boyar* cuando se toparon con ella en un amplio pasillo y las guio hacia sus aposentos. Los perros le pisaban los talones. Tenía mala cara y un trozo de papel en la mano que agitó frente a Nadya.

Esta lo tomó y el corazón le dio un vuelco mientras lo leía. Era un largo texto que destilaba rabia contra ella. Hablaba de cómo Kalyazin no podía esperar que los clérigos los salvaran, de cómo ella se iba a la cama con los Buitres (algo por lo que se sonrojó) y de que era una falsa clériga. «Una loca que oye las voces de diablos, no de nuestros dioses. Una chica perdida y rota».

Era un documento para que se encomendaran a la Iglesia, la única que los salvaría. También afirmaba que se estaba venciendo a los herejes, pero que regresarían en su búsqueda asesina de sangre kalyazi.

—¿Qué es eso? —preguntó Anna. Nadya movió un poco la nota para que la sacerdotisa pudiera leerla. Palideció—. Nadya.

—Lo sé —replicó.

—Lleva el sello de la Iglesia por todas partes —comentó Katya de forma monótona.

—Lo sé. ¿Cómo han descubierto lo de Malachiasz? —preguntó Nadya.

La *tsarevna* se encogió de hombros.

—Atravesasteis Kalyazin sin esconderos. ¿No os detuvisteis en un monasterio?

Nadya sintió cómo palidecía.

—¿Y eso es todo?

Katya se mordió el labio.

—Aparte de todo lo demás, sí. Me han abordado muchos *boyar* aquí, de distintos territorios, por lo que está ocurriendo ahí fuera.

Los ataques de monstruos y las cosas extrañas que estaban ocurriendo con la iconografía religiosa iba a desembocar con seguridad en el caos hasta que llegara el momento final en el que Chyrnog atacaría.

Nadya pestañeó para alejar las lágrimas. Sentía esa cosa oscura de antes presionándose contra sus pensamientos. Talvez la publicación tuviera razón. «Solo una chica que habla con monstruos». ¿Qué habitaba allí, bajo la ciudad, eso que la había reconocido? ¿Qué habitaba en las ciénagas?

—¿Sabías algo de esto? —le preguntó Parijahan a Anna.

La sacerdotisa negó con vehemencia.

—Sabía que la Iglesia había enviado decretos. Y… que había rumores sobre la clériga, pero… Nadya, por favor.

La aludida se sentó con pesadez. Todos sus miedos irracionales se habían hecho realidad.

—Algunos *boyar* me han traído otros, así como el adulador favorito de mi padre, un devoto llamado Dimitry. —El asco impregnó la voz de Katya—. Llevan un tiempo circulando —musitó—. Buscan a alguien a quien culpar.

Se produjo un golpe en la puerta y Katya pidió que quien fuera pasara. Un criado entró y le tendió una hoja de papel. Una lenta sonrisa le cruzó el rostro mientras lo leía.

—Ve a buscar a Viktor Artamonov. Dile que necesito hablar con la chica de un solo ojo. Luego, envíala al jardín del este.

Nadya alzó la cabeza al escuchar aquello. Katya dio una palmada.

—¡Nueva crisis! Debemos esconder a un rey antes de que se extiendan los rumores y me meta en un buen lío. —De forma abrupta, se levantó y salió de

la sala.

El silencio se alargó. Nadya, Parijahan y Anna se miraron entre sí, asombradas.

—¿Qué? —preguntó Nadya, incrédula, mientras los pensamientos se le aceleraban—. Katya, ¿qué ocurre? —Corrió tras ella.

La *tsarevna* caminaba rápido por palacio y entró en un ala que Nadya no había visto aún. Se perdería si no mantenía su ritmo. Por fin, llegaron a un patio trasero inaccesible desde el exterior.

Una pequeña compañía de soldados kalyazi las esperaba allí. Entre ellos, Nadya reconoció a Milomir. Era muy raro que la clériga estuviera buscando a Serefin. Después de lo que había hecho, después de todo. Sin embargo, se abrió paso para acercarse al rey de Tranavia. Solo habían pasado unos meses, pero los arañazos de la cara se le habían curado, convertidos en cicatrices, y parecían haber aumentado en número. Además, llevaba un parche en el ojo. Tenía el pelo moreno atado en la nuca, lo que le hacía asemejarse más a Malachiasz de lo que Nadya recordaba. Era una tontería que no se hubieran dado cuenta de que eran hermanos. Los dos tenían los mismos pómulos afilados y los ojos pálidos y gélidos, aunque el único ojo de Serefin fuera ahora de un azul oscuro sin pupila. El tranaviano se tensó al verla y se llevó la mano involuntariamente hacia el libro de hechizos que no tenía.

Antes de que se percatara de lo que estaba haciendo, se lanzó hacia él. El chico dejó escapar un suspiro de sorpresa antes de echarse a reír, devolviéndole el abrazo.

—No sabía que éramos tan amigos —comentó.

La clériga enterró la cara en el pelaje de su ropa. Ella tampoco, a decir verdad. Sin embargo, no podía culparle por lo que había ocurrido en esa montaña.

—Eres idiota.

—Cierto.

La chica sintió cómo le daba un beso en la sien.

—No me había dado cuenta de que éramos tan amigos —dijo sarcástica Nadya.

—No te soporto. —Se quedó en silencio antes de murmurar—: Lo siento.

La kalyazi tensó los brazos en torno a su cuello. Luego, se echó hacia atrás y le tomó el rostro entre las manos. Le pasó el pulgar por la cicatriz que le cruzaba la cara y le rozó el parche del ojo.

—Tiene mala pinta, ¿eh? —preguntó Serefin.

—¿Qué ha ocurrido? —Las cicatrices en su cara tenían una disposición extraña, como si se hubieran hecho con uñas humanas.

—Me libré de Chyrnog.

Le sorprendió de repente que no llevara el parche por su mala visión.

—Vaya —musitó la clériga.

Él se encogió de hombros.

—No me servía de mucho igualmente.

Nadya se giró para mirar a Katya.

—Tengo el presentimiento de que sé quién es la responsable de que estés aquí.

—La única e inigualable. Espero poder escaparme antes de que se entere su padre. ¿Crees que funcionará? —contestó Serefin.

—Me encanta imaginar al rey de Tranavia huyendo en la noche para evitar un encuentro incómodo.

—¿Qué dices? Justo por eso me marché de Tranavia. Quiero discutir los términos y condiciones y será horrible.

A Nadya se le retorcieron las entrañas.

—¿En serio?

Serefin estaba observando la actividad a su alrededor mientras los soldados comenzaban a dispersarse.

—¿Eh?

—Serefin, ¿un tratado de paz?

Dudó.

—Si lo acepta… Me inclino a creer que no y podría llevarnos… años acabar la guerra.

—Pero ¿lo vas a intentar? —Le cogió la mano con fuerza.

Serefin levantó las cejas, pero Nadya no lo soltó.

—Voy a intentarlo.

La clériga lo abrazó.

—Muy bien, estás sobrepasando el cupo. Basta ya de abrazos —dijo él con una carcajada.

—Te encanta. Te gusta cualquiera que te recuerde que solo eres Serefin.

El chico se quedó inmóvil antes de devolverle el gesto, cálido, fuerte y sincero.

—Sigo sin aguantarte.

—El sentimiento es mutuo.

Dio un paso atrás para sostenerle la mirada a Katya.

—Tú —dijo.

—¡Yo! —La *tsarevna* sonrió. Se giró hacia Milomir—. ¿Cómo habéis entrado en la ciudad?

—De incógnito —la tranquilizó el soldado—. No creo que nos hayan visto, pero no hay garantías.

—No, deberíamos asumir que alguien os ha visto, es mejor así. No hay forma real de evitar que esto salga de aquí.

—¡Serefin!

De repente, una chica baja con un feo corte de pelo se lanzó contra él y ambos cayeron.

—Sangre y hueso, ¡tu cara! —exclamó Ostyia con los brazos alrededor del cuello de Serefin. La expresión de este se desmoronó unos instantes, antes de sonreír y devolverle el abrazo a la chica.

—¡Estaba tan preocupado!

—¿Por mí? —preguntó Ostyia.

—Cállate.

La tranaviana se alejó de él para lanzarse hacia Kacper, a quien también derribó.

Nadya contempló a un chico nervudo con el pelo negro y una expresión inquieta, aún en guardia.

—¿Quién es? —le preguntó a Milomir, quien se movió incómodo.

—Es difícil de explicar. Además… —Observó a Serefin—. Teníamos a su hermano, pero lo perdimos.

—¿Cómo? —A Katya se le rompió la voz en mitad de la palabra.

La visión de Nadya se contrajo y se tambaleó, mareada. Lo sabía, pero se había convencido de que no era verdad.

—¡Se suponía que no debías contárselo! —se quejó Serefin.

Milomir frunció el ceño. Katya apretó el puño con tanta fuerza que los nudillos se le tomaron blancos.

—Pensaba que lo habías matado —dijo entre dientes.

—Lo hice. —La *tsarevna* alzó una ceja y Serefin casi pareció sonreír—. Es resistente. Lo lleva en la sangre.

Nadya entendió de golpe lo que había sucedido, lo que se le había pasado. Cerró los ojos. La conversación continuó a su alrededor. Cuando los abrió, Serefin la observaba.

—Chyrnog —musitó la kalyazi.

Katya dejó escapar un bufido de incredulidad.

—¡Imposible!

Serefin frunció el ceño y señaló la línea de tejido cicatrizado que le cruzaba el cuello. Katya aceptó el argumento con un suspiro. No podían actuar como si los dioses no quisieran reclamar a los tranavianos.

—Debemos descubrir qué hacer con ellos —le susurró Milomir a Katya.

—Mi padre no está en la ciudad, así que tenemos tiempo.

El rey tranaviano suspiró con aspecto indignado. Observó a Nadya después de que Katya alejara a Milomir para hablar del otro prisionero.

—Te lo iba a contar —dijo Serefin en voz baja.

—Lo sabía —contestó la chica—. Pensaba que me lo había imaginado, pero… lo sabía.

—No pareces segura.

—No lo estoy.

Serefin asintió.

—Sin embargo, explica tu saludo. Tenía claro que me ibas a apuñalar.

—¿Estaba…? ¿Cómo…? —No, no podía hacerlo. Debía ser el final, acabarse.

Serefin la contempló, debatiéndose con la respuesta.

—No se encuentra bien, pero está vivo.

Con eso bastaría. No podía pedir más.

—¿Tú cómo te sientes? —preguntó la clériga.

Serefin se mostró pensativo. Algo en él había cambiado. Vio a un rey ante ella, el cansancio de una eternidad sobre sus hombros. Había llevado a cabo una elección consciente para dejar de huir.

—Aliviado —respondió—. Chyrnog tenía el control cuando ocurrió y el remordimiento me habría matado.

Nadya inclinó la cabeza, curiosa. Serefin posó la mirada en Katya y su expresión cambió.

—¿Podemos seguir después? Mejor no hablar de él cerca de la *tsarevna*. No quería que supiera que estaba vivo, pero, con suerte, tendrá la atención puesta en otra cosa. Tenemos ya bastantes asuntos de los que preocupamos.

Nadya estaba de acuerdo. Le sostuvo la mirada a Anna desde donde estaba, de pie en el patio, aturdida. La clériga dejó escapar un suspiro y se giró hacia Serefin. Una de las cicatrices le creaba una expresión permanente de desdén. Coincidía con la imagen que tenía del príncipe sanguinario, no con la del chico que conocía en realidad.

—Deberías estar enfadado conmigo —comentó.

De nuevo, Serefin se llevó la mano al hueco vacío de su cintura.

—Debería, sí.

—¿Lo estás?

—¿Me estás preguntando si estoy esperando para clavarte una daga en el corazón?

—Más o menos.

Serefin se encogió de hombros.

—Debería.

—Deberías.

—¿Esa era tu intención en todo momento? ¿Destruir Tranavia así?

—No. —Había querido dar un golpe, sí. Si hubiera sabido lo que Marzenya tenía planeado, ¿lo habría hecho igual? Le gustaba pensar que no, aunque solo fuera porque conocía las verdaderas repercusiones de hacer desaparecer la magia de sangre. La que utilizaban en el día a día no hacía daño a nadie y, sin ella, quizás no podrían sobrevivir. Ya no se trataba solo de acabar con una guerra.

—¿Por qué debería creerte cuando me has mentido durante tanto tiempo?

—¿Por qué debería creer que no tenías intenciones de matar a tu hermano?

Serefin sonrió.

—Ahí está el misterio.

—No creo que podamos intercambiar atrocidades y quedar en tablas —dijo dudosa Nadya.

—¿No? Bueno, por supuesto que estoy enfadado. Y ahora tenemos que colaborar antes de que no existan países por los que discutir. Tu castigo es lidiar conmigo.

A decir verdad, sería una prueba. Nadya asintió despacio.

—Otra cosa.

Serefin levantó una ceja. Nadya miró hacia atrás. Anna estaba observando al rey tranaviano con el rostro pálido y demacrado. Serefin siguió la mirada de la clériga y su expresión se desmoronó. No esperaba que reconociera a Anna del día que atacó el monasterio. Ella no podía recordar las caras de las personas con las que había acabado en la batalla, por mucho que se lo merecieran.

—Crecí con ella —dijo Nadya con un hilo de voz—. Ese día estaba allí, conmigo, en los túneles.

—Ah —contestó Serefin de forma monótona.

Nadya no esperaba que el chico pasara junto a ella para acercarse a la sacerdotisa. Esta se quedó paralizada y abrió mucho los ojos, preparada para huir. Nadya siguió a Serefin y lo observó cuando inclinó la cabeza ante Anna,

una reverencia que ningún rey debería hacer y dijo algo en voz baja que no consiguió captar. La expresión de la mujer perdió intensidad.

—Eso no arregla nada —replicó.

—No —respondió Serefin—. No hay forma de arreglar lo que ocurre en el campo de batalla. Lo único que nos queda es lo que elijamos a continuación, y estoy cansado de la guerra.

Katya se giró desde donde estaba hablando con Milomir para mirar a Serefin con admiración.

—Nada de lo que diga devolverá las vidas que quité —continuó el tranaviano—. Sin embargo, la clériga, la *tsarevna* y… lo que sea él —comentó, haciendo un gesto hacia Milomir, quien emitió un ruido, ofendido— me han arrastrado por todo Kalyazin y lo único que he visto ha sido un país tan cansado y roto como el mío. Tan infestado de monstruos, tan devastado. No tienes que perdonarme, no lo espero, pero quería ofrecerte todo lo que tengo ahora mismo.

Nadya intercambió una mirada con Katya, quien alzó las cejas. Era evidente que pensaba lo mismo. ¿Cuándo había decidido el principito borracho convertirse en rey? Tal vez cuando se había dado cuenta, como el resto, de que estaban luchando en una guerra en la que ya nadie creía.

Nadya se había pasado demasiado tiempo luchando por una causa que no le había dado nada a cambio. La decisión que tomó en la cima de la montaña había sido errónea y solo le quedaba la esperanza de encontrar en el futuro una solución a la situación. Sin embargo, quizás no fuera posible.

Era mediodía, pero el cielo había comenzado a oscurecerse a su alrededor. Nadya frunció el ceño. Serefin se giró para sostenerle la mirada a Kacper. Parecía perplejo.

—¿Serefin? —preguntó Nadya, distraída, mientras unas nubes oscuras y acres se agitaban sobre ellos, formándose con lentitud hasta que se hizo evidente que iban a cubrir todo el cielo.

—¿Mmm?

—¿Qué has traído contigo?

—Bueno, esa es la cuestión: ya no lo sé —contestó. Sacó el disco de metal y lo giró entre los dedos—. Eh, no es él, aunque no está tan lejos como esperaba. Es otra cosa. —Milomir dejó escapar un sonido ahogado y Serefin se presionó el disco contra el pecho.

Nadya trató de fingir que no sabía de quién estaba hablando. Katya soltó una maldición en voz alta.

—*Vashny Koroshvik*, te odio.

Serefin le dedicó una sonrisa.

—Ojalá fuera culpa mía. —Soltó la mochila y sacó el libro de hechizos mientras extendía la otra mano hacia Nadya.

Esta frunció el ceño, dubitativa, pero le tendió un *voryen*, ignorando las protestas de Katya. Serefin se hizo un corte en el antebrazo y sangró sobre el libro de hechizos abierto.

No ocurrió nada.

—Por si estabais preocupados —dijo.

Kacper puso los ojos en blanco. Serefin se giró hacia el chico de pelo oscuro.

—¿Es cosa tuya?

—Tu hermano se llevó el anillo —le recordó Ruslan, pero la forma en la que observaba el cielo hizo que Nadya se detuviera.

—Ah, es cierto. ¿Puedes sobrevivir a otro agujero en el pecho sin él?

El chico se llevó una mano al pecho y palideció.

—Entonces, Rusya… —dijo Serefin.

—No me llames así.

—… Sugiero que nos ayudes todo lo que puedas.

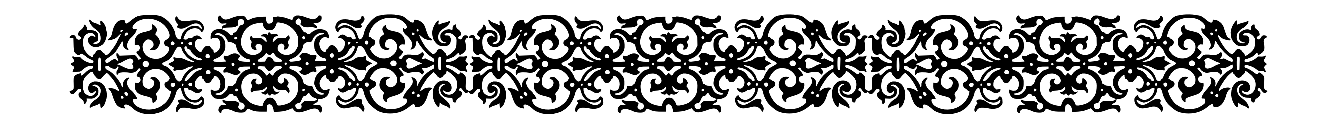
Un trueno retumbó, ominoso, y con él algo penetró en la columna de Nadya.

—Ah, maldita sea —dijo con voz monótona—. Serefin, ahora que somos amigos, ¿me puedes hacer un favor?

—Depende —contestó—. No sé si somos tan amigos.

—Bien, bueno, estoy a punto de desmayarme. No permitas que me rompa la cabeza contra los adoquines.

—Ah, de eso me puedo encargar.



31

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Cerca, tan cerca. Lo único que falta es unos últimos bocados más, unos cuantos pasos hacia la ascensión. La siento, la puedo saborear.

Fragmento de una entrada del diario de un fiel anónimo de Chyrnog

—¿Crees que será tan fácil como eso?

Malachiasz titubeó, se tambaleó y cayó con fuerza en el barro. No había caminado mucho. Necesitaba tener cuidado al haberse adentrado tanto en Kalyazin. Escupió barro y se arrastró para ponerse en pie, sonriendo a través de la suciedad. Chyrnog estaba nervioso porque Malachiasz tenía algo. Era imposible, demasiado grande, demasiado difícil volver a unir las piezas, pero algo había. Los cuatro, el libro, lo que necesitaría para devolver a Chyrnog a la tierra.

Estaba oscuro. Debía estarlo porque no soportaba la luz. «Destruye el sol y el dolor se acabará». El pensamiento era malicioso, traicionero y muy suyo. ¿O no? Chyrnog y él serían lo mismo, algún día. Moldea el mundo, en lugar de cambiar por él. ¿Cuántas veces lo había vapuleado el mundo para convertirlo en la imagen que mejor se adaptaba a su forma? ¿Por qué debería doblegarse de nuevo cuando por fin tenía la oportunidad de conseguir para sí todo en lo que había estado trabajando? ¿Por qué salvar un mundo que merecía que lo quemaran? ¿O, en ese caso, que se desvaneciera dolorosamente hacia la nada más fría y oscura?

Estaba en la linde de un bosque, al lado de un río congelado. Su aliento aparecía ante él en el aire gélido como un fantasma y tenía los dedos rígidos bajo los suaves guantes. El hambre lo tenía entre sus garras de acero, tirando de él en una dirección en la que no deseaba ir.

—*¿Crees que no puedo hacer nada sin ti? Chico, no sobrestimes tu importancia. No soy la diosa con la que acabaste. No creas que no he empezado ya lo que causará tu caída si te resistes.*

«Cualquier cosa se puede matar», replicó Malachiasz. «Maté a la muerte».

—*Marzenya deseaba lo que yo tengo.*

El pánico le revoloteó en el pecho al Buitre Negro.

—*¿Durante cuánto tiempo podrás ignorar tu hambre, hijo? ¿Durante cuánto tiempo fingirás que no te está comiendo por dentro?*

Malachiasz tragó saliva cuando esta le inundó la boca. No, otra vez no.

—*Haces que sea tan fácil… Tu resistencia es un juego. Anhelas saber qué ocurriría si continúas, si te presionas, si te rindes.*

«No».

—*Mientes con demasiada facilidad. Una mentira, igualmente.*

Malachiasz tosió al asfixiarse con la sangre. Escupió y se la limpió de los ojos y la nariz. No había nada que pudiera hacer mientras el control desaparecía y el caos se apoderaba de él. No siempre estaba consciente cuando esto ocurría. Por lo general, se escondía hasta que se acababa y luego investigaba el daño que había causado. Esta vez era diferente. Chyrnog quería que fuera testigo, que viera lo que era, lo que haría bajo la influencia del dios. No podía cerrar los ojos ni detenerlo.

Había un pueblo cercano y alguien despertándose. No era un soldado, un cultista ni nadie que hubiera elegido esa vida de horrores, sino alguien que se había despertado en el fin del mundo y descubierto que algo había cambiado, alguien que nunca había tocado la magia y solo escuchaba las fábulas de los santos.

En el pasado, Svoyatovi Igor mató a un dragón de tres cabezas y le robó las escamas para hacerse una armadura que no pudiera romperse con arpones ni espadas. *Delizvik dela* Svoyatova Kataryn se tejió estrellas en el pelo, bailó en el bosque y besó a un dios. *Delizvik dela*. En el pasado, la magia era una cosa que se acurrucaba bajo las raíces de los árboles y en el cielo y se podía conseguir con la facilidad con la que se susurra una plegaria.

¿Cómo sabía todo aquello? No debería saberlo. Nadya inclinaba la cabeza contra su hombro y leía en voz alta historias imaginarias de santos que mantenían a raya la oscuridad del bosque. Su voz, suave y rítmica, cuyo hielo se derretía por la calidez del fuego. De alguna manera, había conservado las historias.

En el pasado, había un chico que había ayudado a liberar la magia de su prisión. Sin embargo, con ella, había escapado también la entropía. Y una

devoraría a la otra hasta que solo quedara oscuridad. El fin.

Por eso los kalyazi habían escondido su magia y la habían mantenido sagrada, a salvo. Y por eso se preocuparon tanto cuando sus vecinos fueron demasiado lejos. Dejaron que la preocupación se transformara en miedo, odio y, por último, guerra. Sabían lo que podía ocurrir. ¿Tranavia habría ido tan lejos sin la guerra? No lo sabía. Sin embargo, Malachiasz había visto el modo en el que la guerra dictaba el uso de la magia. En la oscuridad de las Minas de sal. En la sal que le había recorrido la garganta, el hierro en sus huesos, la sangre, la sangre, la sangre. Era demasiado tarde para detenerlo.

Y allí había una mujer, sola. Vivía lejos del pueblo. Siempre habían existido rumores de brujería, pero nada que requiriera una inquisición. Malachiasz trató de detenerse con desesperación, pero no tenía control, no tenía nada.

—*Te resistes como si te importara* —observó Chyrnog—. *Te resistes como si no hubieras asesinado a miles de inocentes*.

Malachiasz no podía rebatírselo. Sabía lo que había hecho, pero eso era diferente, esto era diferente. No, no lo era. No obstante, no tenía otra opción y no podía desviar la mirada. Por mucho que quisiera un olvido tranquilo e ignorar la promesa de la sangre de la mujer en su boca, los gritos y el entusiasmo del poder, al final lo que le cautivó fue el canto, constante y provocador, enterrándose en sus huesos hasta que quiso arrancarse la piel para sacarlo de allí. Así, se rindió.

Había algo en su sangre que vibraba contra la piel de Malachiasz y quería más, mucho más de lo que podría saciarlo. ¿Qué haría si se dejaba ir? ¿Dónde acabaría aquello? En la oscuridad al final de todo. Conocía esas respuestas. ¿Cuánto tiempo lo mandaría Chyrnog en contra de inocentes cualesquiera? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que él se lanzara…?

Serefin, elegido por un dios y poderoso. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que Chyrnog decidiera que quería ese poder extraño de estrellas, polillas y bosques que Serefin conservaba? Su hermano había apartado al dios de una manera en la que Malachiasz no podía hacerlo. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Chyrnog buscara venganza? Al menos, Nadya había muerto. Ese sería un horror al que nunca tendría que enfrentarse.

Aún no se podía despertar, volver. Se sentó en un charco de sangre en el suelo de barro de la diminuta cabaña de la mujer. Oyó las voces en la distancia cuando el pueblo se despertó por el sonido de sus gritos.

SERefin MELESKI

Serefin atrapó a Nadya cuando esta cayó. Era demasiado ligera, como si tuviera los huesos hechos de aire. Dejó escapar un suspiro y lanzó otra mirada al cielo oscurecido.

—¿Y bien, *tsarevna*? —preguntó.

Katya palideció.

—Co… Conozco esta sensación.

Serefin también. Escupió sangre hacia atrás. Era como si el aire estuviera presurizado. Había tanta magia en el aire que podía saborearla.

—No se atreverían… —musitó.

Serefin acomodó a Nadya entre sus brazos. La clériga movió los ojos a toda prisa bajo los finos párpados cerrados. De repente, se le tensó el cuerpo.

—Maldita sea —dijo, dejándose caer sobre una rodilla y apoyando con delicadeza a Nadya sobre las piedras del patio. Kacper apareció pronto a su lado.

—No es distinto a lo que te ocurrió a ti —dijo Kacper.

—Sí, pero se supone que Nadya puede soportar todas estas locuras divinas —respondió Serefin.

La chica kalyazi se arrodilló junto a Nadya, con aspecto consternado. Parijahan le susurró algo a Katya antes de cruzar el patio.

—Llama a Eugeni —le gritó Katya a Milomir—. No tengo ni idea de cuántos soldados tenemos en la ciudad, pero los quiero preparados. ¿Está Danulka por aquí o cualquiera de mi orden? Los necesito a todos.

Serefin apoyó la cabeza de Nadya sobre su regazo para que no se hiciera daño.

—¿Serefin? —preguntó Katya.

—Estoy ocupado —contestó el chico. Katya le giró la cabeza hacia ella y se agachó a su lado.

—¿Puedo confiar en ti?

La observó durante una milésima de segundo antes de mirar al cielo.

—Katya, querida, no voy a usar tu distracción por nuestra muerte inminente para hacerme con tu capital, si es lo que me estás preguntando.

—Es justo lo que te estoy preguntando. ¿Esto es cosa tuya?

—No, no creo que tampoco sea cosa de él, pero no…, no lo sé.

—¿Confías tanto en tu hermano?

Serefin dudó. No debería, pero de verdad creía que aquello no tenía nada que ver con Malachiasz.

—Sí.

Katya contempló a Nadya, pálida.

—¿Qué es?

La extraña mancha en la mano de Nadya se había extendido, dirigiéndose hacia su clavícula y parte de su cara. Se le abrió un ojo en la frente. Luego, abrió los suyos, de color blanco lechoso y ciegos. Arqueó la columna cuando su cuerpo convulsionó.

—Ni idea —musitó—, pero es lo mejor que tenemos.

«Ella y Malachiasz», añadió en silencio.

Katya dudó durante un momento antes de echar a correr. Serefin intercambió una mirada con Kacper. En el pasado, esta habría sido la oportunidad de su vida. Los kalyazi habían dejado a los tres tranavianos más poderosos en el patio de palacio sin vigilancia. Sin embargo, ya no tenían magia y lo único que Serefin deseaba era mantener a salvo a Nadya y sobrevivir al desastre que estaba a punto de suceder.

—Son los Buitres, ¿verdad? —preguntó Ostyia, insegura.

Serefin hizo una mueca y asintió.

—Pero… —Ostyia se interrumpió.

—Malachiasz dijo que podría recuperar el control, pero debía estar en Tranavia para lograrlo —comentó Kacper en voz baja—. Y no está aquí. Eso significa que esto es otra cosa.

Serefin lo miró.

—Ruminski. —Dudó. Ruslan estaba observando el cielo, extasiado. Serefin lo señaló con la barbilla. Kacper frunció el ceño.

Nadya tenía la piel caliente al tacto. Las polillas alrededor de Serefin revoloteaban con frenesí, asustadas, alimentándose de su ansiedad. Odiaba sentirse inútil.

—¿Por qué? —preguntó Ostyia.

Serefin cerró el ojo.

—Consigue un trono y después otro. Además, ¿quién dice que no saben dónde estoy? Dos pájaros de un tiro.

Ostyia soltó una maldición.

—Podría ser más fácil que eso, pero… —Serefin se calló cuando Nadya soltó un grito ahogado con los dientes apretados—. ¿Le ha ocurrido algo así antes? —le preguntó a Ostyia, quien se arrodilló frente a él.

La chica negó con la cabeza.

—Todo ha sido muy raro, como si estuviera mal. Ha estado actuando de manera extraña, pero nada parecido a esto.

Serefin no sabía qué le haría a alguien como ella estar en esa montaña. Miró a Ostyia.

—¿Debería ayudarla? —La tranaviana inclinó la cabeza. Anna dejó escapar un suspiro irregular. Serefin la ignoró y añadió—: Llevas meses con ellos. Te lo estoy preguntando.

—Serefin, sí, claro. ¿Qué tipo de pregunta es esa?

Del tipo que necesitaba formular. No, no iba a hacer nada drástico mientras Katya no estuviera allí, y sí, se había sentido aliviado al ver a Nadya, pero la clériga le había quitado la magia de sangre a Tranavia, los había debilitado, y Serefin no podía olvidarlo.

Sin embargo, Ostyia siempre había sido un poco más sanguinaria y lenta a la hora de perdonar que él. Si Kacper era la voz de la razón, Ostyia era la que lo empujaba hacia delante. Que no pensara que Nadya se mereciera ese destino fue un alivio.

Serefin solo tenía una idea y no era muy buena. Expulsó un puñado de estrellas, sacándolas del aire. Con un rápido movimiento, presionó la luz ardiente contra los labios de la clériga y esperó no haber cometido un error. Un golpe sonó cerca, aterrador. Ostyia se tensó, preparada para luchar.

—Ahora vuelvo —dijo Kacper, rozándole la mejilla a Serefin con los labios.

—Espera. —Serefin tomó al chico por la manga para tirar de él y le dio un beso intenso—. ¿Adónde vas?

—No serviré de nada contra los Buitres. Voy a buscar a Katya. Ahí sí puedo ayudar.

Serefin asintió.

—Ten cuidado.

—¡Siempre! —contestó Kacper, animado, antes de partir.

La sangre le salía a Nadya de los ojos, pero había dejado de temblar. Serefin no sabía si era buena señal. Los dedos de su mano corrompida se movían, inútiles, a su lado. De repente, tosió. Ostyia se puso en pie a toda velocidad para apartarse cuando Nadya se bajó del regazo de Serefin y vomitó. Se incorporó y se apoyó sobre los talones, limpiándose la sangre de la cara.

—¡Bienvenida! —dijo Serefin—. Los Buitres van a asesinarnos.

Nadya se echó a reír con tanta fuerza que pareció estar a punto de sufrir otro ataque. Ostyia intercambió una mirada con Serefin. La clériga escupió

sangre y soltó una maldición.

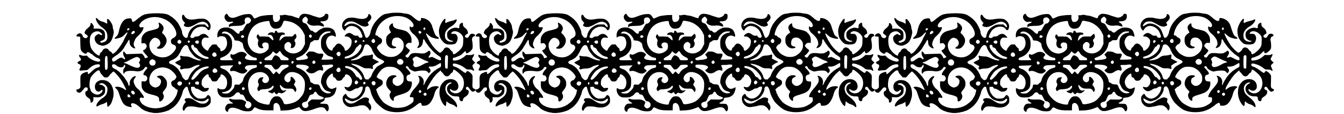
—Hay una diosa antigua bajo la iglesia —dijo.

A Serefin le llevó un momento procesar aquello.

—Tú, ¿qué…? ¿Cómo lo sabes?

El ojo en la frente se le había cerrado, pero la extraña mancha negra le seguía impregnando el cuello y la mandíbula.

—He hablado con ella. Algunas cosas tienen más sentido ahora. —Serefin esperó y Anna se aclaró la garganta, por lo que Nadya continuó—: Yo también tengo dentro de mí la oscuridad de los dioses antiguos.



32

NADEZHDA LAPTEVA

Sin Alena, no habría calidez ni luz. Solo existiría el ámbito de Nyrokosha y la oscuridad sofocante.

Códice de las Divinidades 835:99

¿Durante cuánto tiempo más podría huir de la verdad, ignorar los pedazos que le habían dado Pelageya, Marzenya, Malachiasz y Ljubica? Todos le decían lo mismo, que era demasiado terca como para escuchar porque era imposible. Pero no lo era.

Lo único que sabía era que Nyrokosha, la diosa antigua encerrada bajo la catedral de Komyazalov, había tirado de ella hacia las profundidades para susurrarle, azuzarla y recordarle que era diferente, para decirle que debería ayudarlos a ella, a Chymog y a los demás que no deseaban estar encerrados.

Sin embargo, ¿cómo los habían apresado? Nadya no había tenido la oportunidad de preguntar antes de que Serefin tirara de ella, pero se había alejado con una certeza: estaba hecha del mismo material que los antiguos dioses encerrados.

—*Aférrate a tu mortalidad porque es lo que no quieres perder* —le recordó Ljubica con un tono alegre, las mismas palabras que le había dicho en lo alto de la montaña y ahora entendía por qué, la razón por la que era tan importante, por la qué se perdería tanto si caía.

—No tenemos tiempo para esa revelación sorprendente —comentó Serefin, observándola. Cogió su *szitelka* del suelo y se lo metió en el cinturón antes de ponerse en pie—. ¿Puedes luchar?

Nadya asintió. Tenía magia, si eso era lo que estaba preguntándole.

—¿Deberíamos —Serefin hizo una pausa, dubitativo— mantenerlo en secreto?

Nadya observó a Anna.

—Katya lo sospecha, pero no creo que los demás vayan tan lejos.

Serefin tiró de ella para ponerla en pie. Le colocó una mano en la cabeza y le presionó ligeramente los dedos sobre el pelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con cautela.

—No lo sé. —La clériga se miró la mano, agrietada y desagradable. Odiaba no saberlo.

El cielo tenía una oscuridad inimaginable y estaba empezando a llover sangre. Por supuesto que era sangre. Era el fin del mundo y se habían quedado sin tiempo, pero… el final no sería estrepitoso, sino silencioso, la muerte lenta del sol y un mundo cubierto por la oscuridad. Eso era lo que Chyrnog quería, lo que tendría. Aquello no era cosa suya.

El chico (¿cómo lo había llamado Serefin en broma, Rusya?, Ruslan, entonces) observaba a Nadya con una curiosidad que le hizo sentir incómoda.

La voz de Nyrokosha había sido fría y delicada mientras la hacía pedazos, la dividía en partes, descubría lo que eran y se debatía entre volver a reconstruirla o no. Se había despertado frente a una enorme catedral como la de esa mañana, pero distinta, errónea. Estaba retorcida, como si solo una parte estuviera allí y las otras, en otro lugar. Había cuerpos empalados en lo alto de las cúpulas, colgando de los bordes y aferrándose a las garras de las gárgolas. Algo acre crecía entre las piedras.

Ya había estado allí, en el templo de piedra de Chyrnog. Miles de manos estirándose hacia ella. Pequeñas e insignificantes, aunque con una sensación de familiaridad de la que no consiguió desprenderse ante ese horror innombrable que podría aplastarla con facilidad. Un océano de agua negra. Subió las escaleras, cruzó la puerta y encontró una oscuridad total que todo lo consumía.

Así, se paró y esperó hasta que apareció un punto de luz hacia el que caminar. No quería saber lo que encontraría, pero siguió hacia delante igualmente hasta que se topó con un estanque agitado de sangre y se dio cuenta de que todas esas piezas significaban algo. Nada actuaba por sí solo. Todo lo familiar, lo asombroso, estaba conectado. No había forma de esquivarlo y sabía que era mejor no entrar allí. Por eso esperó un poco más hasta que las paredes del santuario se fundieron a su alrededor y los iconos se convirtieron en riachuelos de sangre que fluían hasta el estanque, cada vez más rápidos y profundos, hasta que Nadya se encontró ante un abismo sin fin, cubierto de oro, que dividía el santuario en dos. Los gritos hacían eco desde abajo, penetrándole en el cráneo.

Se encontraba en el borde de una prisión para los dioses. Tras un abrir y cerrar de ojos, se sentó y descolgó los pies sobre el abismo.

—*Ahí estás, hija de la muerte*. —La voz surgía de la oscuridad, más suave y ligera de lo que Nadya había esperado—. *Te has alejado de mí demasiado tiempo*.

Nadya inclinó la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó.

—*Nyrokosha. Me conoces. Siempre lo has hecho. Tengo mil nombres y caras, incluso mientras estoy encadenada. Has pasado demasiado tiempo con la mano de Marzenya tapándote los ojos, cubriéndote la boca, los oídos, para que no vieras, oyeras ni supieras. Ella una vez fue mía también. Todos eran míos en el pasado. Sin embargo, Marzenya tomó otro camino y tú te escondiste de eso para lo que naciste*.

Siempre había tenido ese signo de interrogación revoloteando sobre ella, pero nunca había pensado demasiado en él. Era una huérfana como muchos otros, por lo que le había parecido estúpido preguntar por sus padres. No obstante, no podía evitar pensar en ellos allí. ¿De dónde procedía en realidad? ¿Era todo aleatorio? ¿Era producto del azar y la divinidad, formada por piezas de mundos diferentes sin que nunca conectara con ninguno?

—*Me vas a soltar, niña de la oscuridad, hija de la muerte. Estás encadenada a la mortalidad, pero te puedo liberar. Acepta la divinidad de tu sangre*.

Nadya apoyó las yemas sobre el suelo dorado que se abría a la nada. Algo se escabulló de allí. La chica se quedó paralizada y apartó las piernas cuando las arañas comenzaron a salir de los bordes del abismo, escapando por la parte superior hacia la iglesia. Ninguna de ellas la tocó, aunque se acercaban antes de desviarse en el último momento. Se apresuró a ponerse en pie cuando oyó otra cosa, más grande, procedente de la oscuridad infinita.

—*Para esto te crearon* —gritó Nyrokosha, y de repente su voz perdió su suavidad—. *Para liberarme, liberarnos a todos*.

Entonces, tiraron de Nadya hacia el mundo en el que estaba de pie junto al chico al que había planeado matar en el pasado; el que el cielo se oscurecía a su alrededor.

—¿Nadya?

Se dio cuenta de que Serefin llevaba un tiempo tratando de captar su atención. Parecía preocupado. La sangre del cielo le caía por la cara y le enmarañaba el pelo. Nadya se sacó del cinturón los *voryens*. Cerró los ojos para acceder a ese pozo de agua negra, las entrañas oscurecidas de su ser, las

partes creadas para liberar a los antiguos dioses. ¿Podría resistirse? ¿Cuánto tiempo tenía antes de que la despedazaran?

Una llama surgió del borde de una daga, algo negro y venenoso cayó de la otra. Abrió los ojos y observó a Anna.

—Entra, quédate dentro. Por favor, no quiero perderte —le pidió Nadya.

—Puedo luchar —replicó Anna.

—Contra estos, no. —Se puso de puntillas para darle un beso en la frente.

La otra chica parecía contrariada, pero rápidamente desapareció en el interior de palacio.

Nadya le dedicó una sonrisa a Serefin.

—¿A qué estás esperando? —le preguntó antes de partir, cruzar el patio y adentrarse en la ciudad. Con una maldición, él la siguió.

Nadya se abrió paso entre los grupos de personas que estaban entrando en pánico, pidiéndoles que se escondieran, que se alejaran a cualquier parte. ¿Por qué estaban de pie bajo la lluvia de sangre? ¿No sabían lo que significaba?

Algo la traspasó, un golpe en la cabeza, un dolor al rojo vivo tras los ojos. Vaya, no solo eran los Buitres, también había un dios, aunque no sabía cuál. Seguramente uno de los caídos. ¿Con quién no había hablado? Cvjetko, con su extraña forma nebulosa. Nunca le habían contado sobre qué ejercía poder.

—*Ah, ¿no lo sabías?* —canturreó Kazimiera—. *Es la tormenta que viene a la de tres. Los horrores y los dientes. La peor pesadilla de la mortalidad*.

«Kaz, si te soy sincera, eso no ayuda».

Kazimiera se echó a reír. ¿De verdad se aliarían los Buitres con un dios si Malachiasz no estuviera allí para guiarlos?

—*Las bestias de Tranavia están heridas y buscan sangre. Su mundo se desmorona y atacan. Su rey ha muerto y no pueden coronar a otro, aunque no saben por qué. No obstante, no todos están enfadados. No todos quieren esto*.

Zywia. Si estaba allí… Si Nadya pudiera encontrarla, quizás tuviera una oportunidad. En su búsqueda, se escabulló por callejuelas y a través de caminos embarrados, deteriorados por el desastre proveniente del cielo. Se encontraba en las puertas de la parte baja de la ciudad cuando una figura aterrizó ante ella, agazapada y desgarbada. Una máscara de hierro le cubría la cara entera de Buitre. Tenía las garras al descubierto.

—Vas muy rápido para ser alguien que ha estado inconsciente hace nada —comentó Serefin, derrapando hasta detenerse al lado de Nadya. En algún lugar, había encontrado una espada.

—No sabía que conocieras la forma de luchar contra uno de estos —replicó la kalyazi, dando un paso atrás a medida que el Buitre avanzaba.

—Querida, puedo luchar contra todo. Se me da muy bien —contestó.

Los Buitres parecían más interesados en Serefin que en ella. ¿Qué estaba pasando? El Buitre la atacó mientras otro se lanzaba hacia Serefin. De inmediato, Nadya lo perdió de vista cuando se centró en sí misma y el Buitre. Paró el ataque con el *voryen* antes de golpearle el pecho con el pie y empujarlo. Deslizó un *voryen* contra otro y la magia relampagueó, estallando en un revoltijo acre y extraño que golpeó al Buitre y le abrasó la ligera armadura. El olor a piel quemada le inundó la nariz. Intentó obviar los gritos antes de girarse hacia otro Buitre.

Había… muchos. Demasiados. Y Serefin y Ostyia no tenían magia de sangre. Los Buitres tampoco estaban utilizando la magia, no como los había visto luchar en el pasado. Se estaban sirviendo de dientes, garras y algún poder que parecía conectarlos, lo que fuera que les hubieran cedido tras torturarlos. Presionó la espalda con la de Serefin cuando los Buitres la lanzaron contra él.

—Me voy a indignar mucho como muera en Komyazalov —comentó Serefin.

Antes de que Nadya pudiera responder, algo tiró de los hilos que amenazaban con abrumarlos. Había dos, ninguno con máscara. Nadya reconoció a Zywia, pero le llevó un momento comprender quién era la segunda. Zaneta.

Serefin la contempló tras evitar por los pelos morir empalado. Parecía estar mucho mejor que la última vez que Nadya la había visto. Un monstruo, pero sin desmoronarse. Les dedicó una sonrisa de dientes afilados, le guiñó un ojo a Serefin y se giró hacia los otros Buitres.

—¿Qué está pasando? —preguntó el rey tranaviano.

—Tu antigua novia te está salvando.

—Creo que eso me deja en mal lugar —comentó el chico, aturdido.

Nadya soltó un suave resoplido y le empujó hacia un Buitre al que Zaneta estaba distrayendo. No fue una misión rápida, sino confusa y sangrienta. Había más Buitres de los que Nadya pensaba que tenía la orden y carecían de la magia que los llevaba a resistir los golpes físicos. Clavarle un *voryen* en la garganta a un Buitre lo derribaba como a cualquier mortal.

Nadya no creía que estuvieran muertos, pero sus cuerpos caídos inundaban el suelo. Hubo un momento de silencio, una calma pasajera. Zywia

se giró para sonreír a Nadya con sus dientes blancos y afilados como cuchillos.

—Les dije que no lo hicieran, pero no me escucharon. Sigo siendo la mano derecha del Buitre Negro, pero nadie me hace caso —anunció. Llevaba el pelo negro enmarañado y cubierto de sangre. Sus ojos color ónice se volvieron azules con lentitud. Dejó escapar un suspiro y se arrodilló junto a un Buitre inconsciente para comprobarle el pulso—. Idiotas. Si Malachiasz estuviera vivo…

—Lo está —la interrumpió Serefin, ante lo que ella alzó la cabeza—. ¿No lo sabías? —preguntó el rey tranaviano—. Creía que estabais conectados.

—Ese imbécil —replicó Zywia, incorporándose—. Voy a matarlo. ¿Está aquí? Entonces, habrá cortado él mismo la conexión.

—No, murió —contestó Serefin—. Dijo que los hilos eran demasiado débiles cuando volvió.

Zywia negó con la cabeza, incrédula.

—¡Mentiroso! No quería que lo supiéramos.

—No está aquí —dijo Serefin—, pero tenemos otros problemas de los que preocupamos.

—¿Y el dios? —preguntó Nadya.

Zywia frunció el ceño.

—¿Qué? No, los Buitres han venido a por él. —Hizo un gesto hacia Serefin. Ay, dioses, no tenía ni idea.

—Cvjetko está aquí, en alguna parte.

—No puedes luchar contra un dios —comenzó a decir Serefin, pero se detuvo cuando Nadya lo miró—. ¡Atiende!

—Serefin, en serio.

El tranaviano estaba intentando hacer contacto visual con Zaneta, quien parecía a punto de estrangularlo. Su áspera nube de rizos negros parecía lacia y apagada por la sangre. Dio un paso al frente y él se tensó.

—*Czijow* —dijo en voz muy muy baja.

Zaneta se llevó las manos a la cabeza.

—Maldito idiota, eso es lo que eres.

—Sí.

La chica le echó la cabeza hacia atrás y esbozó una mueca ante la cicatriz que le recorría el cuello.

—¿Eso es culpa mía?

—En realidad, me empujaste escaleras abajo y, luego, me rajaste la garganta.

—Supongo que ya tuviste tu venganza.

Serefin suspiró.

—Eso no fue elección mía, Zaneta.

—Demasiado tarde para disculparse —comentó, pero lo acercó y le dio un beso en la frente. Después, arrugó la nariz—. ¡Qué asco!

—Estoy cubierto de sangre. ¿Por qué has hecho eso?

—Uf. —Se limpió la boca—. ¡Qué desagradable!

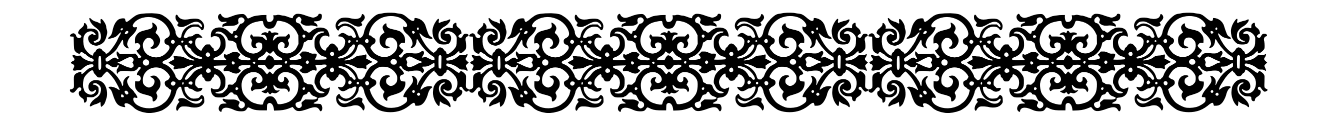
—Me alegra que vuelvas a ser tú de nuevo —susurró Serefin—. Lo siento.

—¡Qué sentimental! —lo interrumpió Zywia—. Muy bonito. Nadya se giró hacia ella. Señaló, inexpresiva, hacia el camino que serpenteaba sobre el enorme puente hasta la ciudad, donde una bestia enorme se arrastraba. Un dios en carne y hueso. Le puso una mano en el brazo a la Buitre cuando esta comenzó a moverse.

—Deberías irte. Por aquí hay *Voldah Gorovni*.

Zywia le dedicó una sonrisa.

—¿Y perderme toda la diversión? Mejor no.



33

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Todas las cabezas de Cvjetko están en desacuerdo con las demás.

Los Libros de Innokentiy

Chyrnog mantenía un puño tan firme en tomo a Malachiasz que parecía que se le iban a romper las costillas. Quería cerrar los ojos, pero, en su lugar, se veía forzado a esperar con tranquilidad mientras el pueblo se agitaba, las antorchas ardían cada vez más cerca y los habitantes se preparaban para enfrentarse al monstruo.

«No lo hagas». Quería que le dejara huir a la oscuridad para que ese fuera el final.

—*Cada muerte me proporciona fuerza* —contestó Chyrnog con un tono divertido.

«No son nada. No conseguirás nada de ellos».

—*Loco estúpido, lo conseguiré todo.*

«Solo soy una persona. Aún me puedes dominar». Chyrnog no se dignó a responder porque no importaba. Daba igual cuántos fueran a por Malachiasz, nunca sería suficiente. Tenía un ejército en su interior. Era demasiado peligroso para vivir. Aquello lo destrozaría. La sangre, el desmembramiento y la devastación. Sin embargo, no le llevó demasiado tiempo. Eran meros mortales y Malachiasz era mucho más y peor. No sabía a cuántos derribó en la oscuridad. Por cada uno que caía, había otro blandiendo una guadaña oxidada. Lo intentaron, en vano, pero no fueron suficientes. Nunca lo serían.

Se acabó antes de comenzar. Malachiasz quería morir. Necesitaba que lo detuvieran y no sabía si podía hacerlo él mismo. No era lo bastante fuerte. Aquello era culpa suya. No se habrían destruido tantas cosas si hubiera…

parado. Si hubiera parado cuando Izak le pidió el poder de un dios. Si hubiera parado cuando huyó, el único momento en el que había tomado la decisión correcta. No sabía cómo iba a romper con aquello, cómo debía encontrar los fragmentos de su alma que había intercambiado.

El respiro no duró. El pánico le creció en el pecho, tan rápido y pesado que le llevó un momento darse cuenta de que no era suyo. Rebuscó entre los hilos de magia que tenía fluyendo y se percató de que no había tirado de ese desde hacía tiempo. ¿Qué estaban haciendo sus Buitres? ¿Qué habían hecho?

Estaban más cerca de lo que habría imaginado; habían viajado más de lo que pensaba. Se encontraba muy cerca de Komyazalov. ¿Sus Buitres estaban allí?

«¡Maldita sea!». Se puso en pie. Estaba cubierto de sangre y rodeado de cadáveres. Cerró los ojos cuando la turbación amenazó con sobrepasarle. Ninguna de aquellas personas se merecía ese destino.

Necesitaba moverse, detener a sus Buitres antes de que murieran entre las paredes de Komyazalov. No sabía quién estaba detrás de eso. Rozá debía haber encontrado el coraje al fin para luchar contra él. Había mantenido ese hilo de poder sobre ellos cerrado, aunque había despertado junto a él. No podía centrarse en todo y Chyrnog era un asunto más importante.

Malachiasz tiró de los hilos que lo conectaban con los Buitres. Le había dicho a Serefin que necesitaba estar en Tranavia para fortalecerlos, lo que no se alejaba de la realidad. En las Minas de sal, su poder sobre ellos estaría en lo más alto, pero la desesperación le obligaría a hacer cosas increíbles. Lanzó su poder a través de esos hilos y sintió el temblor de los que se habían aprovechado de su ausencia.

Debía detenerlos. Sus Buitres eran poderosos, pero esto…, fuera lo que fuese, era una locura. Sin embargo, estaba muy cansado. Quería dormir, aunque solo fueran unos minutos. No muchos. Se tumbó en el suelo de la cabaña, resbaladizo por la sangre, y se sumergió en la oscuridad.

NADEZHDA LAPTEVA

Nadya tuvo que cerrar los ojos ante la oleada de desesperación que la recorrió al encontrarse ante el dios caído. La sensación de inevitabilidad, de ser tan pequeña e inútil… Respiró hondo. Serefin estaba cerca y Zywia a su lado. Esta se dobló por la mitad, sujetándose la cabeza.

—Vaya —jadeó—. Malachiasz está enfadado.

Nadya se tragó el corazón cuando este se le subió a la garganta. Tenía otras cosas de las que preocuparse.

Cvjetko tenía el aspecto de un dragón. «Bueno», pensó Nadya, «de un dragón de tres cabezas: de león, oso y lobo». Mirarlo era aterrador, pero de una manera distinta a los otros dioses caídos. Su cerebro se alejaba de la verdadera comprensión, pero quería con todas sus ganas racionalizarlo. Un temblor de horror, mil ojos, luego nada. Un temblor de dientes afilados, gritos, bocas abiertas, luego nada. Se tambaleó por el peso de la comprensión.

Zywia se deshizo de lo que fuera que estaba haciendo Malachiasz y se lanzó hacia el dios con dientes, garras y el pelo negro y enmarañado.

«¿Cuál es el plan?», preguntó Nadya. «¿Cómo te convencieron los Buitres para venir hasta aquí?».

—*¿Convencerme?* —La voz de Cvjetko era como si tres seres hablaran a la vez. Resultaba profundamente inquietante y de inmediato le provocó dolor de cabeza—. *¿Convencerme? Para nada. Lo único que tuve que hacer fue susurrar, provocar y persuadir a estas bestias de que esto era lo que deseaban*.

Serefin le dedicó una mirada de preocupación antes de colocarle con delicadeza las manos en los hombros y guiarla hasta el suelo. Se agazapó frente a ella. Allí, en las sombras de un edificio en llamas, estarían a salvo por el momento.

El rey tranaviano abrió la boca, pero Nadya le puso una mano sobre los labios. Su expresión desprendía cansancio cuando ella lo acalló, ausente.

—Déjame hablar —musitó.

—No tienes mucho tiempo —dijo Serefin, a su lado. Nadya estuvo a punto de pedirle que se fuera. Los Buitres que no estaban tratando de matarlo necesitarían su ayuda. Sin embargo, se mantuvo fuerte y decidido y sus manos sobre sus hombros eran el peso que necesitaba. La clériga quería que se quedara allí.

«¿Por qué has venido?», preguntó. «¿Qué podemos tener nosotros que le sea útil a alguien como tú?».

—*¿Quién eres, pajarillo?* —Una de las cabezas de Cvjetko comenzó a buscarla.

Nadya no pestañeó. No era el primer dios que la llamaba por ese apodo y no sería el último.

«La hija de la oscuridad, la hija de la muerte», contestó. De repente, se había dado cuenta de por qué estaba allí el dios.

Era muy simple. «Quieres liberar a Nyrokosha». Eso explicaba por qué la diosa se había removido, al sentir la libertad tan cerca. Si Nadya no la liberaba, alguien lo haría.

—*Eres lista. ¡Qué novedad! Hueles distinta a los demás. ¿Por qué?*

«¡Qué condescendiente!».

No quería liberar a la diosa, no cuando ya debían detener a Chyrnog. No podían sobrevivir a ambos. ¿Por qué a este dios caído le preocupaba el destino de un dios antiguo cuando a los demás no? ¿Sería por las viejas alianzas?

Se puso en pie. Necesitaba detener a Cvjetko antes de que liberara a Nyrokosha. Serefin se tambaleó tras ella.

—¿Cuál es el plan?

—Matar a un dios —contestó la clériga secamente.

—Pero…

—Utilizar a un dios para matar a otro. —Se introdujo por completo en el agua oscura.

SEREFIN MELESKI

Serefin retrocedió a trompicones cuando Nadya arrancó el escudo sobre su poder. Prácticamente brillaba por la magia. Sus ojos, ya de por sí oscuros, se volvieron sombríos y la piel se le inundó de poder como el hierro fundido.

Zaneta cayó al suelo junto a él con un fuerte golpe, observando a la clériga mientras escupía sangre. Nadya extendió una mano y una serie de lanzas abandonadas comenzaron a revolotear a su lado.

—Esa chica estuvo a punto de ganar el *Rawalyk* —observó Zaneta con voz monótona—. Supongo que habría sido una reina impresionante de ver.

—Zaneta, te he echado de menos —contestó Serefin.

—Ah, príncipe idiota, yo no he estado consciente el tiempo suficiente para echarte de menos. ¿La ayudamos?

Cvjetko bajó la pata con garras hacia donde estaba Nadya, pero esta la esquivó con facilidad. Chasqueó los dedos y una lanza se le clavó en el hombro al dios. La cabeza de oso rugió. Serefin no conseguía vencer la sensación de desesperación total. Aquello iba a destrozarlos a todos.

—Creo que es mejor que nos quitemos de en medio. —Vio a Katya acercándose a ellos y recordó el collar de dientes—. Transfórmate —le

susurró.

Zaneta le dedicó una mirada de soslayo.

—¿Qué?

—La *tsarevna* es una cazadora de Buitres.

Abrió mucho los ojos. Un instante después, le habían desaparecido las garras y los ojos color ónice se le volvieron marrones. Parecía tener los dientes un poco más afilados de lo normal, pero para eso podían encontrar justificación. Volvía a ser Zaneta y, aunque Katya seguramente sabía que una tranaviana había entrado en la capital, Serefin esperaba que estuviera lo bastante distraída para dejarla marchar sin percatarse.

Los Buitres se habían detenido después de lo que fuera que había hecho Malachiasz, pero este dios, ay, este dios era más de lo que cualquiera de ellos podría detener.

NADEZHDA
LAPTEVA

Era demasiado. No importaba que Nadya fuera una criatura con una divinidad extraña, que albergara el poder robado de muchas fuentes. Malachiasz, Marzenya, Zvezdan, ¿de quién más adquiriría poder antes de que por fin fuera suficiente?

«Supongo que podría robárselo a este», pensó, aunque de forma extraña y remota, cuando, por los pelos, evitó los dientes afilados de las mandíbulas del lobo. Las garras le abrieron la piel, cada una lo bastante larga para hacerla pedazos ella sola.

Ya había superado los límites de su capacidad. Podía presionar aún más, pero acabaría siendo un montón de huesos chamuscados porque seguía siendo mortal.

—*Podrías… no existir, ¿sabes?* —Había demasiadas voces hablando y no tenía ni idea de quién era esa.

Arrojó una lanza contra el pecho de Cvjetko, a la vez que esquivaba uno de sus pies. Demasiado cerca. No era lo bastante rápida.

—*Sería tan fácil tomar cada vez más hasta que dejaras todo atrás, hasta que no quedara nada. Te hicieron para convertirte en uno de nosotros. Lo único que debes hacer es continuar. Quítale el poder, prueba a ver en qué te transformas*.

A Nadya solo le quedaban tres lanzas y había demasiada sangre brotando del extraño cuerpo de Cvjetko. Volvió a atacarle y dio en el blanco. El dios la apartó como a un mosquito y se golpeó con tanta fuerza contra un edificio que algo se rompió. Todo el aire se le escapó de los pulmones. Se quedó tumbada en el suelo. Pasaron unos segundos frenéticos en los que no conseguía respirar. Un latido, otro, otro.

—*Patético. Podrías hacer mucho más*.

Una respiración jadeante. Se esforzó por ponerse en pie, accedió a su poder y encontró las dos últimas lanzas. Dos más. Cvjetko la golpeó de nuevo contra la pared. Iba a morir. A pesar de todo ese poder, no sería suficiente.

—*Lo único que tienes que hacer es ir un poco más allá…*

No quería morir así. Se rindió, presionó con más fuerza. Rodeó con su poder ambas lanzas y las envió contra las fauces del león y el oso. La sangre brotó a borbotones de la bestia y Nadya sintió la magia escapándose del dios mientras este se doblaba sobre sí, una supernova, una estrella muerta. Podía alimentarse de ella, dejar que se llevara ese dolor. Solo debía alcanzarla.

SEREFIN MELESKI

Mientras la muerte del dios le quitaba el aire a la noche, Serefin corrió para alejar a una temblorosa Nadya del desastre. La sangre le salía por la boca. Abrió los ojos, totalmente blancos, con la piel tan caliente que el tranaviano pensó que se iba a quemar. Entonces, el cuerpo de la chica se quedó flácido.

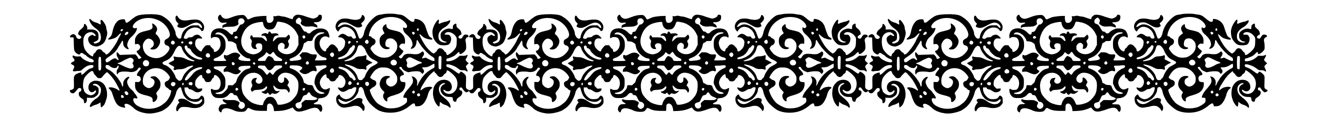
Todo permaneció en silencio, extraño. A Serefin le temblaban los brazos mientras sostenía a Nadya porque no creía que fueran a salir de aquella, porque estaba tratando con todas sus fuerzas de no centrarse en la total devastación a su alrededor.

Zywia se echó hacia atrás el pelo con una mano, cansada, y se giró hacia donde Serefin se encontraba, al otro lado de la calzada. O lo que quedaba de ella. Se detuvo, le sostuvo la mirada y a él le dio un vuelco el estómago. La Buitre lo miraba sin verlo y tenía una expresión algo perpleja. La parte frontal de su camisa se abultaba de forma extraña, y Serefin se percató de que le surgía la punta de una daga del pecho.

—¡Espera! —dijo. Habría dejado caer a Nadya si no se hubiera despertado, resistiéndose. La puso en pie y la clériga jadeó.

—¡No! —Corrió hacia la Buitre mientras caía.

La *tsarevna* permaneció tras ella con la cara impasible. Serefin reconoció el pálido filo en sus manos con una familiaridad íntima. Él se lo había clavado en el pecho a su hermano. El rey tocó, ausente, el disco de metal y a punto estuvo de soltarlo cuando se le quemaron los dedos. Malachiasz estaba allí. Y Katya acababa de matar a su mano derecha.



34

MALACHIASZ CZECHOWICZ

El absorbe más y más y puedo sentir cómo me desmorono. Tengo mucha hambre, pero el poder que me da a cambio hace que el hambre merezca la pena. La capacidad de evitar cada ley mágica creada por los dioses hace que cada pedazo de carne que reclama valga la pena.

Fragmento de una entrada del diario de un fiel anónimo de Chyrnog

Cuando el hilo de Zywia se rompió, cien mil recuerdos amenazaron con enterrar a Malachiasz bajo su peso. Una joven asustada, llorando, aovillada junto a él en las Minas de sal. Le habían arrancado su nombre y, cuando volvieron a buscarlo, había desaparecido. Malachiasz conservaba el suyo, pero no pudieron encontrar el de la chica.

—¿Voy a ser un monstruo siempre? —había susurrado.

—No —había contestado él mientras se vendaba la rodilla destrozada, intentando decidir de qué herida hacerse cargo a continuación—. Elige tu propio nombre. Mantenlo en secreto y nunca podrán quitártelo.

Era la chica que había permanecido a su lado cuando la orden lo había considerado inútil. Era la única en la que había confiado cuando se había dado cuenta de que iba a acabar con Łucja, ponerse al mando y cambiarlo todo. No había intentado convencerlo de lo contrario. Había inclinado la cabeza, haciendo que sus rizos negros cayeran hacia un lado, y lo había mirado con esos oscuros ojos azules antes de encogerse de hombros. «Es tu cabeza la que cortará, no la mía».

A los Buitres les gustaba provocarlos, atormentarlos, porque en otra vida podrían haberlos tomado por hermanos y, para Malachiasz, eso era Zywia. ¿Qué le quedaba al Buitre Negro? Nada, nada, nada.

Irrumpió en el desastre, en la calzada en la que había caído su cuerpo, y derribó a alguien. Seguía respirando con dificultad, dolorida, casi muerta. Él conocía el sabor del poder que se desprendía de la herida de su espalda e iba a quemar ese mundo hasta destruir todas las reliquias que podían hacerles eso a sus Buitres.

—Zyw —susurró, apenas capaz de recomponerse lo suficiente para hablar. Le acarició la cabeza, quitándole el pelo ensangrentado de la cara.

La Buitre abrió los ojos ante el sonido de su voz, nublados y confusos.

—¿Malachiasz? ¡Maldita sea! Llegas un poco tarde.

El chico le tocó la mejilla donde le había caído algo húmedo. Vaya, era él, estaba llorando. Todo lo que había tenido se lo estaban arrebatando pedazo a pedazo. Alguien se aproximó, pero lo apartó. Apenas tenía control y nadie iba a tocar a Zywia.

Sin inmutarse, una mano pequeña, con la piel manchada y garras en las uñas, acarició con suavidad el punto ensangrentado del pecho de Zywia. Malachiasz frunció el ceño, alzó la cabeza y su mundo se desmoronó y reconstruyó en el mismo doloroso segundo.

Esa chica había muerto. Sabía lo que había sentido. Tenía el pelo rubio manchado de óxido y el rostro cubierto de barro y más sangre. Había creído que nunca volvería a ver esos cálidos ojos marrones. Aquello no podía estar pasando. La culpa era de Chyrnog. Todo era culpa suya, se despertaría y estaría en ese maldito bosque. Nada de eso era real.

Zywia comenzó a respirar con mayor dificultad. No podía perderla a ella también.

—Malachiasz —dijo Nadya—. No sé si puedes oírme…, si sigues siendo tú. Malachiasz, ¿cómo se mata a un Buitre en realidad?

No podía contárselo a Nadya. Era una clériga, la enemiga.

—Cortándole la cabeza —contestó en voz tan baja que era probable que no lo hubiera oído.

Percibió un sonido que indicaba reflexión, sintió la magia en el pequeño espacio entre ellos, como un incendio en el corazón de una tormenta, un océano de agua agitada, arremolinada y oscura. Se estaba estrechando, concentrándose en un punto singular, en una herida abierta. Zywia dejó de respirar.

—Espera —dijo él con voz ahogada, abrazándola—. Espera, Zyw…

«Déjala ir». No en alto, sino a través de la conexión mágica que había creado al robarle su poder. «No puedo hacer ninguna promesa, pero…».

Malachiasz le sostuvo la mirada a Nadya. No podía encontrar una salida en todo ese caos.

NADEZHDA LAPTEVA

Estaba vivo. Antes había estado a punto de arrancarle la garganta a Nadya y ahora la única amiga que Malachiasz había tenido durante tanto tiempo estaba probablemente muerta. El Buitre Negro tenía los ojos oscuros y el caos se arremolinaba en su interior. Si volvía a rebelarse, la clériga no sabía si podría defenderse. Había matado a su diosa, pero ella también había matado a un dios. Y no sabía qué sentía en el pecho. Pensaba que el corazón le latía tan rápido que quizás explotara. Nadya no estaba segura de si él la había reconocido, si había reconocido su nombre. Si había regresado a ese punto tan lejano, no habría manera de salvarlo.

Chymog se había apoderado de él. Si tenía alguna duda, esta se fue con una mirada. Un caos estremecedor que no conseguía controlar, una descomposición entrópica que se aferraba a él de la manera más extraña. No se percibía cuando lo mirabas de frente, pero Nadya lo vio en la periferia de su visión. Tenía un temblor extraño y nervioso a su alrededor. Ojos, ojos y bocas en la piel. Tenía el labio inferior destrozado por los dientes demasiado afilados.

Se tensó, preparado para atacar, y se detuvo. Nadya notó la punta de una lanza en la nuca. Estaban rodeados. Con mucha lentitud, a Malachiasz comenzaron a aclarársele los ojos hasta que se volvieron de color azul claro, inundados por las lágrimas.

—*Dozleyena*, Malachiasz —susurró la chica.

—¡Nadya! —Había demasiado en su voz que la clériga no alcanzaba a entender. ¿Qué le había ocurrido?

Tuvo que esforzarse para mantener quietas las manos. Quería tocarlo. Se hallaba muy cerca y había pasado demasiado tiempo. Estaba enfadada con él, pero estaba vivo, allí y… Se encontraba en Komyazalov. Iban a morir. Malachiasz miró sobre el hombro de ella y entornó los ojos.

—Bueno. —Nadya no conocía esa voz. Una expresión extraña de perplejidad le recorrió el rostro al tranaviano—. Nadie me ha informado de que nuestra *kovoishka* estaba en la ciudad.

Despacio, la kalyazi se apoyó sobre los talones. La punta de la lanza le daba el espacio justo para no atravesarla. Malachiasz estiró los dedos hacia ella para acariciarle la mandíbula.

Esbozó una mueca cuando le clavaron en la piel la punta de otra de las lanzas.

Nadya sentía ardiendo el lugar donde el chico la había tocado. No se movió. Katya se colocó cerca con la decepción en la cara.

«No puedo protegerte cuando se trata de él», le había advertido la *tsarevna*. En realidad, no había creído que sería un problema.

—¿Alguien sabe qué ha sucedido aquí? —La Matriarca, Magdalena. Debía ser ella—. Aunque una parte me parece bastante obvia. *Dozleyena, Vashny Koroshvik*.

Serefin seguía allí. ¡Maldita sea!

—Pero sobre el resto no estoy segura. —Magdalena se acercó y le colocó él filo de una espada bajo la barbilla a Malachiasz—. He oído muchas cosas de ti, *Chelvyanik Sterevyani*.

Nadya esperaba que la máscara del Buitre Negro cubriera la expresión de Malachiasz, pero esta permaneció rota y vulnerable. Magdalena lo observó antes de dirigir la atención a la kalyazi.

—¿Y qué eres, en realidad? Todos decían que serías la clériga que nos salvaría, pero yo sabía la verdad. Tu madre ardió como la bruja que era y mi único arrepentimiento es no haberla matado cuando éramos niñas.

«Espera. ¿Qué?».

Malachiasz estiró la mano hacia ella hasta cubrirle la suya y entrelazar los dedos de ambos. Nadya no podía, no había… Eso no era… Tragó saliva con fuerza. Durante un instante, se arrepintió de alejarse del poder que Cvjetko había dejado para que ella lo tomara. Se arrepintió de aferrarse a su mortalidad. No quería oír hablar de una madre a la que nunca había conocido.

Inclinó la cabeza y la punta de la lanza se le clavó en la piel. Dioses, sería tan fácil… Acabar con la maldita clériga y el Buitre Negro en un solo golpe. Nadya retuvo las lágrimas que amenazaban con sobrepasarla. Se aferró a la mano de Malachiasz.

Magdalena emitió un sonido, asqueada. Comenzó a gritar órdenes, pero alguien se aclaró la garganta.

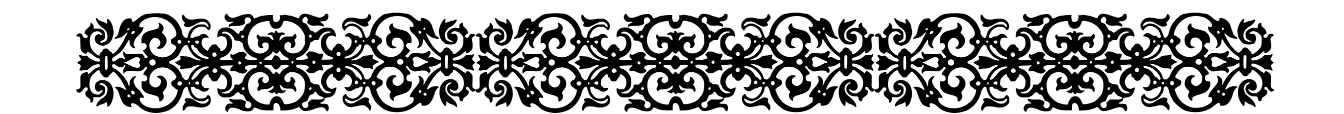
—Madre Fedoseyeva, por favor —pidió Katya con un tono más suave de lo normal—. Permítame. —Se acercó a Malachiasz, le pasó los dedos por el pelo y tiró de su cabeza hacia atrás, ignorando la lanza que se le hundió en la

columna y su gemido de dolor—. He estado esperando la oportunidad de sacarle los dientes yo misma.

Se produjo un momento de silencio mientras la Matriarca reflexionaba.

—Tu padre regresará tras oír lo ocurrido. Hasta entonces, puedes encerrarlos en prisión. —Lo pensó mejor—. Encarcela también a los tranavianos y al rey. No quiero que causen más problemas.

Distante, Nadya oyó el resoplido de exasperación de Serefin. Sintió frío cuando apartaron a Malachiasz de ella. Cerró los ojos porque la había recorrido demasiada magia. Malachiasz estaba vivo e iba a volver a perderlo. No había nada que pudiera hacer.



35

SEREFIN MELESKI

Los dioses son avariciosos, toman, luchan y lo que queda es cosa de los habitantes del mundo, que deben sufrir sus errores.

Los Libros de Innokentiy

—Hemos pasado de «las cosas podrían ir peor, pero nos las arreglaremos» a «las cosas no podrían ir peor» en cuestión de qué, ¿cuatro horas? ¿Cinco? ¿Es nuestro récord?

Serefin inclinó la cabeza hasta posarla en el regazo de Kacper, quien no permitió que eso lo disuadiera de decirle con todo lujo de detalles a Serefin lo mal que pintaba la cosa.

—¿Quién era esa religiosa tan aterradora? Parecía que conocía a Nadya y a su madre. Yo ni siquiera estaba al tanto de que supiéramos quién era la madre de Nadya.

—No lo sabemos —susurró Ostyia.

—¡No lo sabemos! ¡Genial! ¿Hay algo que sepamos?

—Kacper —le suplicó Serefin.

—Porque a mí me parece que nos han metido en la prisión de Komyazalov mientras el *tsar* vuelve y nos van a cortar la cabeza a todos.

—¡Kacper, cállate! —Gruñó Nadya desde algún lugar cercano.

Bueno, al menos estaban en el mismo bloque de celdas. Serefin supuso que sería más fácil reunirlos para la ejecución. Suspiró y se toqueteó el parche del ojo. Le dolía la cabeza.

—No juguetees con eso —le dijo Ostyia, apartándole la mano con delicadeza—. Va a hacer de las suyas y vas a tener que aguantarte hasta que dejes de notarlo.

Serefin la miró y ella le dedicó una sonrisa triste.

—Siento que ahora tengamos eso en común —dijo la chica.

—¡Vamos a juego! —contestó.

—Sangre y hueso, cómo te he extrañado.

Al menos, Kacper se había calmado lo suficiente para pasar el tiempo dibujándole a Serefin lentos círculos en un punto tras la oreja. Un consuelo diminuto. El rey tranaviano se incorporó, le pasó una mano por la cabeza a Kacper y tiró de él hasta presionar la frente con la suya.

—No voy a permitir que nos ejecuten en Komyazalov —susurró—. Podemos morir en cualquier otro sitio, pero aquí no.

Kacper dejó escapar una carcajada ansiosa. Serefin le dio un beso, una suave presión sobre su boca. Era difícil no continuar, no besarlo con mayor intensidad, dejar que la desesperación tomara el control. Debía mantenerse en calma.

Cuanto más tiempo permitieran que Malachiasz se pudriera en una celda con Chymog agitándose en su interior, mayor era el peligro que corrían. Serefin esperaba que Katya lo comprendiera. Confiaba en la *tsarevna*, pero no mucho, para ser sincero, aunque su situación habría sido peor si la líder de la Iglesia los hubiera encerrado. No obstante, Katya la había manipulado para recuperar el control. Sin embargo, había matado a Zywia, lo que era innecesario porque había estado ayudándolos. Y… ¡mierda!

Serefin se puso en pie tan rápido que Kacper se sobresaltó.

—¿Dónde está Zaneta? —preguntó, tratando de alejar el pánico de su voz, aunque fracasando.

Kacper le dedicó una mirada dolida. Ay, no, no estaba… No podía… ¿Estaba celoso? ¿Pensaba que Serefin quería a la chica que lo había traicionado? ¿Quién se creía que era? ¿Nadya?

—No seas tonto —murmuró—. Si la *tsarevna* le pone las manos encima a Zaneta, la matará y Ruminski…

—¿Cómo te atreves a hablar de mi padre? —El alivio inundó al rey de Tranavia—. Maldita sea, das muchas voces. ¡Cállate y déjame dormir hasta que me ejecuten, por favor!

—No van a ejecutar a nadie —musitó Serefin.

Nadya y Ostyia emitieron el mismo sonido de incredulidad. Durante un fugaz instante, el tranaviano se había olvidado de que la segunda se había pasado los últimos meses con la primera. Aquello era una pesadilla.

La celda en la que estaban encerrados era pequeña, compuesta de una pesada puerta de madera y, en el centro, una sola ventana con barrotes. Veía

otra puerta al otro lado del pasillo. Nadya debía estar allí. La voz de Zaneta procedía de la misma dirección. ¿Dónde estaba Malachiasz?

—Dudo que vayamos a tener una conversación útil mientras estemos así —comentó Nadya con un tono cansado—. Tenemos unos diez minutos antes de que llegue el siguiente tumo de guardia y nos diga que nos callemos.

—Eso me resultará familiar —observó Kacper.

—¿Sabemos dónde ha acabado Malachiasz? —preguntó Serefin con amabilidad.

—Ah, está aquí —contestó Nadya con voz suave—. Está inconsciente.

Serefin consideró el espacio de las celdas.

—Ten cuidado si empieza a sufrir un ataque.

—Por supuesto —musitó Nadya.

—¿Por qué no nos han separado? —preguntó Kacper.

—La dramática amante de Ostyia está intentando ayudarnos mientras nos traiciona —dijo Nadya.

—Te voy a matar —le respondió Ostyia.

Ah, Serefin se había preguntado si eso había progresado en su ausencia. Observó a su amiga y esta se encogió de hombros.

—Por favor…

Sin embargo, Nadya tenía razón. Katya era consciente de que no podían permanecer atrapados porque se quedaban sin tiempo.

—Callaos todos. —Katya abrió las puertas de las celdas con un movimiento fluido impresionante—. No, no podéis ir a ninguna parte. Sí, la Iglesia quiere la ejecución de, bueno, todos vosotros. Estoy manejando la situación lo mejor que puedo y mi padre volverá en cuestión de días.

Katya miró el interior de la celda en la que se encontraba Malachiasz, con la cabeza sobre el regazo de Nadya, quien estaba sentada con la espalda contra la pared.

—¿Acabaría si lo matáramos? —le preguntó Katya a la clériga.

—Chyrnog encontraría otro receptáculo. No intentamos matar a Serefin cuando Velyos se apoderó de él, ¿verdad?

—Velyos es inofensivo en comparación.

—*¡Qué maleducada!*

«¿Dónde has estado?».

—*Tenías la situación bajo control. Cvjetko no estaba destinado a durar mucho en este nuevo mundo audaz.*

Serefin se acercó a la puerta. La figura de Nadya parecía temblar, extraña, como si no estuviera del todo en el mismo plano de realidad.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él.

La chica cerró los ojos.

—No, quiero saber de qué hablaba la Matriarca.

—Magdalena les ha dicho a todos que eres una hereje, una bruja y que te van a quemar —anunció Katya—. Y, teniendo en cuenta la exhibición de antes, le ha resultado fácil influir en la opinión pública. —Nadya suspiró, pero Katya continuó—: Yo misma tengo preguntas. ¿Qué eres?

—No lo sé. —Katya inclinó la cabeza, así que Nadya repitió—: No lo sé.

—No puedo deshacerme de la sensación de que necesitamos pararte a ti también.

—Bueno, nos van a ejecutar —observó Serefin.

—¿De verdad crees que voy a permitirlo?

—Katya, es muy difícil saber si quieres o no ayudamos. No tenías por qué matar a esa Buitre.

Katya alzó la barbilla.

—Sí, debía, con él también acabaría si tuviera oportunidad.

Serefin suspiró. No había forma de agrietar esa capa de fanatismo. La *tsarevna* se pasó una mano por la cara.

—Solo tengo unos minutos más; se supone que no debería estar aquí. Uf, sois lo peor que me ha pasado.

—Lo tomaré como un cumplido. —Ostyia sonrió.

Katya le dedicó una mirada muy seca.

—Calmaos, ya encontraremos una salida.

Serefin intercambió una mirada con Nadya. ¿Qué sabía ella que él desconocía? ¿Se habría enterado de los seres despiertos? ¿Y de lo que Chyrnog quería que hiciera Malachiasz? Se incorporó, alarmado.

—Saca a Malachiasz de esa celda.

Katya frunció el ceño. Nadya emitió un pequeño ruido y se aovilló sobre Malachiasz a modo de protección.

—No, Nadya, no quieres estar ahí con él si se despierta. No es… —Se escucharon unas pisadas en la distancia—. No puedo explicarlo, no hay tiempo. Katya…

—Ya estoy en ello —anunció la *tsarevna*.

Kacper se apresuró a ayudarla a arrastrar más lejos al desgarbado mago de sangre mientras Nadya protestaba.

—Callaos y volved a vuestras celdas. Regresaré pronto. —Katya cerró las puertas de un golpe y desapareció por el pasillo. Un grupo de guardias pasó por allí momentos después.

—¿Qué diablos ocurre, Serefin? —gritó Nadya cuando hubieron desaparecido.

—No sé cómo decirlo de manera más elegante: él te comería, Nadya.

Se produjo un segundo de silencio.

—¿Qué?

—Ah, no estamos hablando en un sentido divert…

—Zaneta, gracias por tu contribución, pero voy a tener que pedirte que pares. —Serefin apoyó la frente contra la pared—. No tiene control. Chyrnog lo obliga a, bueno, consumir seres con mucha magia, y tú entrarías dentro de ese saco.

—¿Y tú?

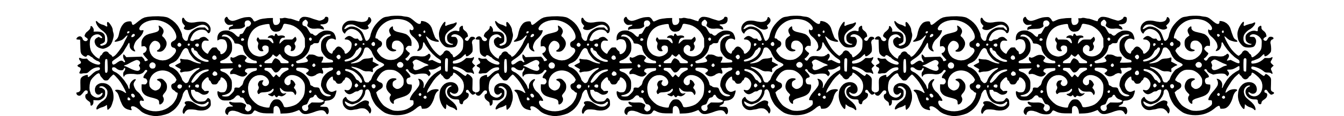
—Me han dicho que yo soy «algo más» y, por lo tanto, aún no estoy en el menú.

Nadya suspiró.

No había nada más que hacer. El tiempo pasó. Un día, menos, más, ¿quién sabía? Malachiasz se despertó, pero solo le dedicó a Serefin unas palabras tensas antes de quedarse en silencio. Su hermano no lo presionó. Le permitió vivir el luto. Oyó que Nadya le susurraba algo, pero a ella también la ignoró.

—¿Katya estará esperando a su padre? —musitó en un momento dado Kacper y el pensamiento aterrorizó a Serefin.

Cuando los soldados llegaron para llevarse a Nadya, Serefin entendió que algo se había torcido en los planes de Katya.



Interludio

TSAREVNA
YEKATERINA VODYANOVA

—No puedes encerrarme en mi habitación y decirme que he sido una mala *tsarevna* —dijo Katya, frustrada.

—La Matriarca os ha advertido que no fuerais a las mazmorras —comentó Iryna con la misma tranquilidad indiferente de siempre.

No había tiempo para aquello. Habían arrasado un sector entero de la ciudad y estaban aún tratando de determinar cuántas vidas se habían perdido. Lanzar al rey de Tranavia a una celda y planear su ejecución no era lo que se debía hacer.

—Todos estaban ayudando —observó Katya.

—Trajeron a los Buitres hasta nuestra ciudad —contraatacó un príncipe menor, Kirill Balakin—. Es un acto de guerra.

Katya estaba rodeada de *boyar* y de la baja nobleza. Iba a gritar. Se giró hacia Kirill.

—Ya estamos en guerra contra ellos —replicó—. ¿Qué se supone que vamos a hacer? ¿Represalias constantes? ¿No crees que es un poco raro que los Buitres vinieran a asesinar al rey de Tranavia?

Y aún más raro había sido que apareciera el Buitre Negro. Katya pensó en la propaganda que llevaba doblada en el bolsillo y se sintió tan abrumada que creyó que se convertiría en polvo allí mismo. Tenía que sacar a sus amigos de ahí antes de que la Matriarca diera el siguiente paso. Y, maldita sea, eso eran: sus amigos. No confiaba en Nadya y debía tener cuidado con Serefin por quién era y, bueno, Malachiasz no contaba porque lo odiaba y deseaba que estuviera muerto, pero era consciente de que los problemas inminentes no se acabarían a menos que pudiera contar con los tres. Su vida había sido mucho más fácil cuando no tenía amigos.

Una *nize'ravta tayzhirefta* de voz suave, Zinaida Nekrasova, se acercó a Katya. La general le tendió una misiva doblada con las oscuras cejas

arqueadas. A juzgar por el sello, era una nota militar. Katya la examinó antes de guardársela en el bolsillo y dedicarle a Zinaida un breve asentimiento.

¿Cómo había conseguido el ejército tranaviano entrar en Kalyazin si no tenía magia de sangre? Algo debía haber ido mal en el frente. Alguien se había vuelto complaciente. Sin embargo, Katya no tenía tiempo de preocuparse por eso porque estaban hablando de una hoguera y sabía con exactitud para quién era. Se alejó del grupo de la manera más elegante posible y huyó de la estancia. Se encontró con Anna en los pasillos.

—Tú —dijo, tomando a la chica por el brazo—. ¿Estás preparada para desobedecer a lo grande a la Iglesia?

—No —contestó Anna—. Espera, ¿está bien Nadya?

—No.

—Ah, entonces sí.

Katya no pudo evitar reírse. Necesitaba encontrar a los akolanos. Solo esperaba que estuvieran con Viktor.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha pasado?

—Nos ha atacado un dios caído —respondió Katya— que estaba usando a los Buitres tranavianos con un fin dudoso. Me pareció que estaban intentando asesinar a Serefin. Es todo muy complicado. Nadya se vino demasiado arriba y ahora la Matriarca sabe que nuestra querida amiga es más monstruo que otra cosa. Para añadir leña al fuego, el maldito Buitre Negro ha vuelto.

—Espera… ¿Malachiasz?

—¿Tú también lo conoces?

Katya esquivó a sirvientes y *boyar* sin soltar del brazo a la sacerdotisa.

—Se mueve mucho.

—Eso parece.

Cruzaron la verja de palacio ante los guardias, ignorando sus protestas. Se suponía que la *tsarevna* no podía marcharse. ¿Creían que otro dios caído se desplomaría del cielo? Improbable.

Dioses, menudo lío. No había creído que las cosas fluirían con normalidad cuando llegara a Komyazalov con su grupo de desastres miserables, pero eso era mucho peor de lo que esperaba. Antes estaba segura de que convencería a su padre para que escuchara lo que Serefin tenía que decir. Ahora sabía que no sería así. Su padre era demasiado devoto y confiaba en Magdalena. Aunque Katya esperaba que la Matriarca fuera un ligero obstáculo, no había pensado que pudiera convertirse en su enemiga. Debería haberlo sabido. ¿Cuántas conversaciones había compartido con Nadya sobre las cosas que la Iglesia había ocultado? Había sido sincera con sus preocupaciones y Katya las

había desestimado. ¿Sabían en todo momento lo que era Nadya? Eso parecía, por lo que había dado a entender Magdalena. Pero ¿cómo? Había crecido en un monasterio, alejada del mundo.

Katya llamó a la puerta de Viktor tras pasar junto a un sirviente. El *boyar* salió al pasillo central, nervioso.

—No tengo tiempo —dijo, alzando una mano—. ¿Están aquí los akolanos?

—Por supuesto. Katya, cariño, ¿qué está pasando?

—Un desastre. ¡Parj, necesito tu ayuda!

Parijahan sacó la cabeza de la sala de estar, seguida de Rashid. Katya se explicó lo más rápido posible. La akolana había estado en una parte distinta de la ciudad durante el ataque y no había visto el odio en los ojos de la Matriarca. Debían derrotarla por Nadya.

Parijahan palideció.

—Creía que lo tenías controlado.

—Sí, bueno, esta vez no.

Al darse cuenta de que Anna vagabundeaba en la distancia, Rashid la saludó. Una sonrisa le recorrió el rostro a la sacerdotisa. Katya no tenía tiempo de pensar en eso.

—Debemos sacarlos de allí, rápido.

Parijahan miró a Rashid y una lenta sonrisa le cruzó la cara.

—Bueno —dijo—. Ostyia y Rashid se han pasado algún tiempo investigando lo que podía hacer la magia akolana benévola.

«¿Cómo?». Katya frunció el ceño.

—¿Están todos juntos? —preguntó Rashid.

—En el mismo bloque, pero no en la misma celda. Tuvimos que aislar al Buitre Negro por petición del rey.

—¿Malachiasz está aquí?

—¿Por qué nos sorprende? —preguntó Katya, cansada—. Y lo más importante: ¿tenéis magia? Entonces, ¿quieres ser una distracción? —le preguntó a Parijahan.

La akolana esbozó una sonrisa.

—Me encantaría.

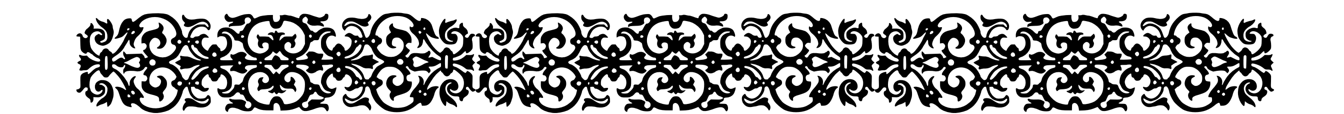
—Yo os ayudo —anunció Anna.

Katya miró a Rashid.

—Dejad que arrase los armarios de Viktor en busca de los ingredientes que necesito. Voy con vosotros.

Rashid asintió y movió una daga entre los largos dedos bronceados. Reflejaba una gran relajación para acabar de descubrir su propia magia ese mismo día.

—Bueno, entonces, ha llegado el momento de hacemos enemigos de la Iglesia.



36

NADEZHDA LAPTEVA

La sangre inundaba cada lugar que tocaban sus manos.

Informe anónimo escrito sobre Celestyna Privalova

La agonía se había apoderado de cada parte de Nadya y lo único que quería era oír la voz de Malachiasz. Zaneta estaba en la otra esquina, con los ojos cerrados. A modo de tentativa, Nadya tiró del frágil hilo de magia que la conectaba a él. Sintió cómo se sobresaltaba.

«No tienes que hablar conmigo si no quieres», dijo la clériga. «Lo entiendo. Solo…».

—*¿Estás bien?*

«¿Yo?». Casi se echó a reír. «Creo que tengo algunas costillas rotas. Y, al parecer, estoy loca y nunca he oído a los dioses. He estado mejor».

—*Nadezhda…*

Deseaba poder verlo, tocarlo. Deseaba tenerlo cerca.

«Lo siento, por todo. Nunca tuve la oportunidad de decírtelo. Fue un error».

Permaneció callado. No era difícil imaginárselo sentado contra la pared, con la cabeza hacia atrás, toqueteándose las cutículas y sangrando.

—*Cuando me desperté, pensé que sería mejor si no descubrías que estaba vivo. Mejor que pensaras que todo se había acabado en la montaña.*

Nadya se abrazó con fuerza. Las palabras se le clavaron en el corazón. Se lo merecía.

—*Y no estás loca*, towy dżimyka. *No más que yo.*

«No es una medida reconfortante».

—*Lo que nos hemos hecho el uno al otro no es tan simple como para que lo puedan arreglar las palabras*.

«No, no lo es».

Hablar con él no parecía real. Iban a separarlo de ella y Nadya volvería a ese vacío frío e inimaginable que era la vida tras su muerte.

—*¿Nadya?*

«Estoy aquí».

—*No te vayas* —dijo con un hilo de voz—. *Tengo miedo. No creo que haya una salida para esto. Hemos extinguido todas nuestras oportunidades*.

Se le rompió el corazón de nuevo por el chico monstruoso al que tantas cosas habían destrozado.

«Te he echado de menos».

—*A decir verdad, después de que se me pasara la frustración de una traición tan profunda, tengo que admitir que me gustó tu estilo. Estuvo muy bien*.

Nadya no sabía si iba a llorar o reír. «Aprendí del mejor».

—*Cierto. Yo también te he echado de menos*, towy dżimyka.

Los interrumpió el ruido metálico de la puerta de su celda al abrirse. No tuvo tiempo de cerrar el vínculo antes de que tiraran de ella con fuerza. El pánico de Malachiasz la recorrió. Sabían dónde acabaría aquello. No iba a volver tras eso.

Dejaron caer a la clériga ante la Matriarca en una nueva celda, como una chica pequeña, patética y rota. La mujer era más joven de lo que Nadya esperaba. Unos cuarenta años, no más. Llevaba la melena cubierta, pero se le habían liberado algunos mechones, pelo rubio en contraste con las cejas y los ojos oscuros. Una sensación nauseabunda se apoderó de la boca del estómago de Nadya. Magdalena se agachó ante ella y le levantó la barbilla con los dedos, evaluándola.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Nadya, alejando la cabeza—. Chyrnog está libre y Nyrokosha lo estará pronto. Tenemos que pararlos. Si de verdad te importa Kalyazin, me ayudarás.

Magdalena emitió una carcajada áspera.

—Todo esto es culpa tuya. Si te hubiéramos ahogado en el río como sugerí… —Hizo una pausa—. Tu madre era mi hermana, ¿sabes? Una sacerdotisa de aquí, de Komyazalov. Una bruja. En aquel entonces, era mucho más sencillo erradicarlas, aunque contigo ha sido fácil conocer tu herejía.

«¿Qué?».

—Solo he hecho lo que los dioses querían —replicó Nadya, incapaz de mantener la voz firme ante la mentira. Había desencadenado todo ese torbellino oscuro de terror y lo sabía. Pero ¿por qué Magdalena no quería que evitara lo que vendría?

—Habéis arrasado la mitad de la ciudad y hay abominaciones en las calles. ¿Crees que esa es la voluntad de los dioses? Ay, niña, los dioses no se dignarían a hablar contigo. Mira los horrores que has causado atendiendo a los rumores de la locura.

«¡No!». Nadya había hablado con Alena y Myesta y los dioses más antiguos del panteón. Había robado poder de Zvezdan y Velyos. Había caminado con Marzenya. Se había enamorado de un chico convertido en dios. Ella misma era divina.

—No escuchamos los desvaríos de una loca y lo llamamos doctrina divina —dijo Magdalena—. Quemamos a los que cometen herejía. Deberías saberlo, Nadezhda, era lo único que tenías que hacer y has fracasado por completo.

Sin embargo, eso no era lo que querían los dioses. Marzenya sí, claro, pero, según iban volviendo poco a poco a ella, había descubierto que la rabia en contra de los tranavianos se había atemperado a medida que había crecido el peligro de Chymog. Los dioses actuaban por imitación.

—Sabía que nunca serías lo que necesitábamos para acabar con los herejes —continuó Magdalena—. Mi hermana trató de huir, esconderte. Su error fue regresar después de dejarte en ese monasterio. Sin embargo, ahora morirás como te mereces y la Iglesia mantendrá el poder que siempre debió tener.

Nadya sabía que no encontraría respuestas allí, pero la confirmación seguía escociendo.

—Lo destruirás todo si haces que eso se convierta en realidad —contestó.

—No necesito escuchar a una chica que se alía con los Buitres —dijo Magdalena, incorporándose. Abrió la puerta de la celda y les hizo un gesto a los guardias del exterior—. ¿Preparados?

Se había acabado.

—¡Espera! ¿Cómo se llamaba? Mi madre —preguntó Nadya.

Magdalena se giró y la miró durante mucho tiempo.

—Lilya —respondió al final—. Te pareces mucho a ella. Es una pena que tú también hayas caído en la oscuridad.

Nadya se echó a reír. La sacaron de la estancia y de palacio hacia un amplio patio. Lo habían organizado rápido, eso lo tenía que reconocer. La hoguera ya estaba preparada para quemar a la hereje.

—Una pregunta más —pidió después de que el guardia la hubiera lanzado sobre la tarima de madera ante los vítores dela multitud a la espera—. ¿Por qué me quemáis a mí primero si tenéis al Buitre Negro?

—Queremos destrozarlo y mostrarlo con orgullo antes de matarlo. Tú, bueno, cualquiera ha visto de lo que eres capaz. Necesitamos acabar contigo de inmediato.

A Nadya le palpitó el corazón en la garganta. No podía morir allí. Desesperada, rebuscó entre el poder que tenía mientras la ataban a la madera, con las manos a la espalda. Magdalena le pasó el pulgar por la frente y le cubrió la piel con una especie de aceite. Parecía que el suelo se abría a los pies de Nadya.

«Vaya».

Tenían una manera de neutralizar su magia: cortándole el acceso a lo divino, a ella misma. Se revolvió, buscando, pero era como intentar agarrar el agua. Se le resbalaba entre los dedos, desvaneciéndose. Iba a morir. La muerte no sería tan agradable una segunda vez.

La visión se le contrajo cuando el pánico se apoderó de ella. Oyó el siseo del fuego al encenderse. Oyó la leña al dejarla a sus pies. Sintió el calor contra las piernas. El miedo la atrapó por fin, sujetándola por la caja torácica. Había huido de tanto, sobrevivido a tanto, para acabar así…

No permitiría que la vieran llorar. No dejaría que vieran cómo se rompía. Las llamas le acariciaban las botas, no lo bastante calientes para prenderlas, pero ocurriría pronto. Cerró los ojos.

Algo ocurrió en el aire. Oyó el tumulto de la multitud, un cambio de tono, el paso de unas coléricas ganas de sangre a algo parecido al terror. Algo agitó la hoguera tras caer con fuerza y Nadya abrió los ojos.

—¡Siempre he querido rescatar a alguien! —dijo Malachiasz, feliz—. ¡Vaya cambio tan novedoso de patrón!

Era un caos frenético y totalmente cubierto de sangre. Tenía los ojos nublados: apenas se estaba conteniendo. Le sonrió con dientes afilados y la expresión iluminada de forma parpadeante por las llamas que le rozaban las botas. Utilizó una de sus pesadas alas negras para alejar el fuego y la irritación le cruzó las facciones cuando la flecha de una ballesta atravesó el aire ante sus caras. Malachiasz rasgó con las garras las cuerdas con las que la habían atado.

—Cuidado, alguien podría pensar que tienes un poco de decencia —comentó Nadya, temblorosa. No sentía su poder. El dobladillo de su falda se

prendió fuego. Otra flecha voló cerca de ellos y estuvo a punto de alcanzar a Malachiasz.

—La idea me ofende. ¿Nos vamos? Te aviso de que te va a doler una barbaridad.

Iba a sacarlos de allí con magia. «¿Aún puede hacerlo?».

—Preferiría morir a que me saquen de aquí en volandas.

—Bueno, supongo que vas a morir. —La apretó contra sí y el poder de su magia cayó sobre ella.

* * *

—Déjala dormir. El mundo puede esperar unas horas más.

Nadya se removió ante el sonido de susurros tan cercanos. Pensó que había reconocido una voz, pero Malachiasz estaba muerto. Un sueño, entonces.

—¿Sí? Tú deberías saber cuánto tiempo tenemos en realidad, ¿no?

—No funciona así.

—Malachiasz… —Espera, no. Estaba muerto. Y esa era la voz de Serefin, el que lo había matado—. ¿Está en peligro contigo?

Un largo momento de silencio.

—No…, aún no.

—Una pausa reconfortante.

—Hablaremos por la mañana cuando se despierte. Ahora, durmamos.

Oyó que se cerraba la puerta. La cama en la que se encontraba se inclinó ligeramente hacia un lado.

—¿Cuánto has oído? —Unos dedos fríos le acariciaron un lateral de la cara y le colocaron un mechón tras la oreja.

Nadya no abrió los ojos, pero estiró la mano hacia la imposibilidad que le estaba susurrando con suavidad.

—No me gustan los fantasmas —musitó.

Malachiasz soltó una suave carcajada.

—No, muy inteligente por tu parte.

La clériga abrió los ojos con lentitud, preparada para decepcionarse. Sin embargo, el pecho sobre el que había posado la mano era sólido y todo se le vino encima a la vez. Era un monstruo. La Iglesia pedía su cabeza. Su tía era la Matriarca y la odiaba. Iban a morir todos y el mundo se iba a acabar.

«Malachiasz está vivo».

Se apoyó sobre el codo, ignorando la increíble punzada de dolor. Se estiró para tocarle la cara. Había roto demasiadas cosas. Se habían hecho mucho el uno al otro. Quizás hubiera sido mejor que todo eso terminara en la montaña. Dejó caer la mano.

—No te fuerces. Aunque no se te han roto las costillas, se te han astillado, lo que no será agradable —dijo, diligente—. El fuego te rozó la pantorrilla, pero las quemaduras son menores. Lo siento, llegué un poco tarde a rescatarte.

Estaba hecho un desastre. Tenía enmarañado y revuelto el pelo negro. Unas impresionantes ojeras de agotamiento le oscurecían los ojos pálidos. Se notaba que apenas controlaba el caos que era su cuerpo. Ojos, bocas, horror. Parecía que lo hubieran roto en un millón de pedazos y vuelto a colocar en el orden incorrecto. Era hermoso.

—Malachiasz —dijo sin aliento.

El chico se estremeció. Nadya no sabía qué decir. Había mil cosas que contarle, pero se le fueron de la mente enseguida.

—Tienes un aspecto horrible.

Malachiasz se pasó una mano por los ojos entre carcajadas y Nadya alargó el brazo para cogerle de la muñeca. Sintió los huesos frágiles bajo la piel. ¿Cómo era tan fuerte y, a la vez, tan quebradizo?

—¿Por qué piensa Serefin que me vas a hacer daño?

—No tengo control sobre mí mismo. Chymog se ha apoderado de todo.

Era imposible que él estuviera allí y ella hubiera sobrevivido a la hoguera. La idea de que se la considerara enemiga de la Iglesia era demoledora. Temblorosa, se incorporó, un poco delirante por el dolor, y dio un golpecito a su lado en el colchón. Malachiasz dudó, pero se dirigió al borde de la cama antes de avanzar un poco por ella y sentarse con las piernas cruzadas.

Fuera había oscuridad y la habitación en la que se encontraban estaba vacía. Solo había una cama con un arcón a sus pies y una mesilla a un lado. Un montoncito de salvia estaba pegado a la puerta. Olía a incienso y encontró el incensario en la mesa, ardiendo con suavidad.

Nadya le cogió la mano entre las suyas. Estaba temblando. ¿Qué había dicho?

—Cuando me traicionaste la primera vez, ¿lo habías planeado en todo momento? —preguntó la clériga.

Un puñado de ojos se le abrieron en la garganta. Llevaba una camisa holgada, negra, con las cintas del cuello sueltas y abiertas, mostrando gran parte del pálido pecho. Se había aseado un poco, pero las cenizas y la sangre

aún le manchaban la piel en algunos lugares. Dejó escapar una carcajada sin aliento.

—Eh…, bueno, sí y no. —Nadya jugueteó con sus dedos. Tenía las uñas destrozadas y la piel a su alrededor roja e irritada. Malachiasz continuó—: No sabía qué hacer cuando te encontramos. Nunca…, bueno, casi nunca te mentí. No quería darle a Meleski el poder que me estaba pidiendo y por eso hui. Cuando nos conocimos, sabía que podrías ser esencial a la hora de equilibrar la balanza a mi favor. Sin embargo, estabas cubierta de sangre, furiosa, y lo único que pude hacer fue decirte cómo me llamaba y darme cuenta, desesperado, de que me hacías sentir cosas que no creía posibles.

—Sin embargo, no fue suficiente para pararte.

—Pocas cosas lo son. —Nadya se echó a reír y Malachiasz añadió—: Me la devolviste.

—¿Sospechaste de mí?

Malachiasz inclinó la cabeza.

—Ahora contesto, pero ¿y tú?

—Me pasé todo el tiempo en Grazyk sospechándolo y esperando estar equivocada. Siempre habías sido demasiado bueno para ser verdad. Demasiado agradable, delicado, guapo. Y estuve tratando de entender un mundo para el que no estaba nada preparada mientras un chico demasiado inteligente para su propio bien me manipulaba.

—De ti no lo sospeché, no. Y nunca he sido bueno.

—No, es verdad. No creo que puedas. Pero se reducía a elecciones imposibles. Sabía lo que el bosque te haría. Lo sabía cuando bajé a las minas a por ti. Lo único que nos queda al uno del otro es la traición. —Se quedó callada y presionó las yemas de sus dedos contra las de él—. Tenemos mucho de lo que hablar.

Malachiasz asintió.

—Más de lo que se puede arreglar con palabras. —Paseó la mirada antes de centrarla en ella—. Nadya, ¿me puedo quedar? —La chica frunció el ceño antes de darse cuenta de lo que le estaba pidiendo. «¡Vaya!». Malachiasz se apresuró a añadir, agobiado—: No, me iré. Necesitas descansar. No tenemos… No. No quiero ponerte en peligro y…

Ella le agarró la mano con fuerza.

—No te vayas —susurró—. Podemos pelearnos después porque mataras a mi diosa.

—Solo si nos peleamos también porque hayas destruido mi país.

Nadya se removió, consciente de que nada de eso era fácil de perdonar. Esbozó una mueca por el dolor en su costado mientras permitía que Malachiasz se deslizara en la cama junto a ella, dejando un cuidadoso espacio entre ambos. Quería besarlo, sentir la presión del cuerpo del chico contra el suyo, pero no consiguió convencerse de estirarse hacia él. No sabía cómo cruzar el abismo que se había abierto entre los dos.

—¿Dónde estamos? —preguntó, decidiendo que las preguntas banales eran espacios seguros.

Malachiasz se pasó un brazo sobre la frente. Ella apoyó la cabeza en el codo y alargó la otra mano para entrelazar los dedos de ambos. Estaban a salvo si lo cogía de la mano.

—No tengo ni idea. A unos días de Komyazalov, en las profundidades del bosque. En una fortaleza abandonada o algo así.

—¿Días?

—Llevas tres días inconsciente, Nadya.

—¿Cómo?

Una pizca de vergüenza le cruzó el rostro.

—Bueno, la única manera de sacarte fue con magia caótica, lo único que tengo, y resulta que, si no fueras tú también una sobrecogedora creación, te habría hecho trizas.

—¡Malachiasz!

—¡Estás bien! ¡De una pieza! Rashid casi me arranca la cabeza. ¿Sabías que es un sanador?

—No te creo.

—¡Te estaba ayudando!

—¿Están todos los demás bien? —preguntó Nadya.

—A distintos niveles, pero vivos, sí.

—Qué reconfortante.

—Es evidente que eso no se me da bien. —Le pasó el pulgar por los nudillos.

Nadya permaneció pensativa.

—¿Crees que es una fortaleza de los cazadores de Buitres?

—Oh. —Parecía que no se le había ocurrido—. Sí, seguramente tengas razón.

—Ve con cuidado.

—Mató a Zywia, debería ser Katya quien vigilara su espalda —dijo Malachiasz, sombrío—. ¿Por qué sigue teniendo esa reliquia?

—No podía soportar tenerla cerca de mí —susurró Nadya. No sabía qué había visto en su expresión, pero la hizo sentir triste e incómoda—. ¿Te dejó cicatriz?

—¿Qué?

Tenía el dobladillo de la túnica del chico en la mano y tiró de ella. A medio camino, comenzó a sonrojarse.

—Sangre y hueso, para, déjame a mí —dijo él con una carcajada. Se pasó la túnica sobre la cabeza y la tiró al suelo.

La cicatriz parecía reciente e irritada, con la piel levantada y tirante sobre el corazón. Le pasó los dedos por ella, de repente consciente de su calor y de lo cerca que estaba, lo fácil que sería inclinar la cabeza y besarlo. Ignoró los cambios y las convulsiones de su cuerpo. Se había convertido en un tipo de horror insignificante. Lo observó a través de sus pestañas. Malachiasz tenía los ojos negros y las pupilas dilatadas, que le ocultaban los iris pálidos.

—Espera, me tienes que contar qué aspecto tiene la cicatriz de mi espalda —dijo Nadya, acabando por completo con el momento. Se tumbó sobre el estómago y dejó escapar una respiración jadeante por el dolor en las costillas, pero lo ignoró.

Él se echó a reír, incrédulo, lo que agradeció.

—¿Cómo?

—Una bruja de las ciénagas me apuñaló por la espalda. Fue muy dramático, morí unas horas. Te has perdido muchas cosas.

Se produjo un largo silencio. Giró la cabeza y se lo encontró observándola con una expresión agonizante y delicada.

—¿Malachiasz?

—Lo sentí. Pensé que habías muerto —dijo con voz temblorosa—. Estuve a punto de rendirme.

Nadya apoyó la mejilla sobre la almohada.

—Pero no lo hiciste, ¿no?

El Buitre negó con la cabeza ligeramente.

—No sé, supongo que el mundo entero no debería sufrir por mis errores. Serefin se ha mostrado bastante amenazador.

Nadya se echó a reír. Dioses, ¡cómo dolía! Él estiró la mano y con mucha delicadeza se la pasó por el borde de la túnica. La chica sintió sus yemas cálidas sobre la espalda al recorrerle la columna.

—Maldita sea —dijo, aplanando la mano contra el punto en el que la habían apuñalado. A Nadya, el cuerpo entero se le calentó cuando él extendió los dedos—. ¿Te golpearon con una hoja de sierra oxidada? Es impresionante.

—¡Me mató!

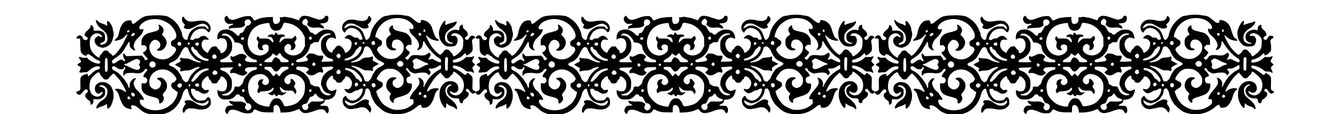
—Ah, no te muestres tan indiferente con esas cosas. —Su voz destilaba dolor. Necesitaba llorar. Que hubieran escapado de la muerte era una bendición (o una maldición, si pensaban en el papel que tenía Chyrnog en todo eso), pero no duraría. Nadya había tratado de salvar a Zywia, pero las reliquias eran demasiado poderosas.

Con timidez, Malachiasz trazó las cicatrices que le habían producido sus garras en los costados.

—*Prszystem, towy dżimyka* —susurró.

Palabras que nunca pensó que le oiría decir. Las disculpas no eran algo normal para una persona sin remordimientos. Se inclinó y la besó en el omóplato, lo que prendió fuego a cada nervio de su cuerpo. Le bajó la túnica.

—Duerme, Nadezhda. No tendremos oportunidad de hacerlo demasiado en el futuro.



37

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Hay un ciclo, una secuencia, dioses que mueren y dioses que renacen, se renuevan, se reconstruyen. Los que sobreviven, los que son eternos, son los que están corrompidos, locos, mal, los que destruirán lo que les obstaculice el camino para llegar a donde desean.

El Volokhtaznikon

Amaneció demasiado pronto. Malachiasz acababa de quedarse dormido cuando alguien, probablemente Serefin, llamó a la puerta. En algún momento durante la noche, Nadya había acortado el espacio entre ellos y presionado el cuerpo contra el suyo. Después, había permanecido despierto durante horas. Su mente se encontraba tranquila de forma milagrosa, pero no podía ignorar el hambre que le producía la magia que se desprendía de ella. Con suavidad, le pasó los dedos por el pelo. Era solo cuestión de tiempo que Chymog hiciera que aquello fuera imposible.

Nadya se removió y se incorporó, adormilada. Dejó caer la cabeza entre las manos y gruñó con suavidad.

—Me duele todo el cuerpo —susurró.

—Ya tenemos algo en común —dijo él.

Alzó la cabeza rápidamente y miró hacia atrás como si se hubiera olvidado de que estaba allí. Con firmeza, le presionó una mano contra el rostro.

—No es una alucinación —musitó.

—No estabas alucinando cuando me arrancaste la camisa, no.

Nadya enrojeció, con lo que las pálidas pecas que le cubrían la piel desaparecieron bajo la oleada de sangre.

—Vaya —gimió. Dejó caer la mirada hacia el pecho—. Es una cicatriz impresionante —murmuró.

Salió rápidamente de la cama y Malachiasz contuvo un suspiro. No podía culparla por guardar las distancias. Por muy agradecido, aliviado o entusiasmado que estuviera de encontrarla viva, había demasiadas traiciones entre ellos.

—Eh… —comenzó a decir Nadya y se detuvo. Después, se giró hacia él —. Antes de que salgamos y tengamos que hablar de cosas para las que ninguno de los dos tiene una buena explicación, me alegra que estés aquí. —Torció el gesto—. Me… me alegra que estés luchando por esto.

—¿Creías que no lo haría?

—A decir verdad, sí. Sus objetivos no parecen muy diferentes a los tuyos.

Era un ataque y Nadya lo sabía.

—Bien —dijo Malachiasz con voz monótona y fuego recorriéndole las venas. Había olvidado lo exasperante que era—. Estoy disfrutando bastante de arrasar pueblos y consumir a aquellos con un toque de magia divina. Está siendo una pasada.

La clériga se estremeció.

—Solo para derribar a un imperio divino.

—¿Me estás contando que lo quieres en pie? ¿Después de todo? —Se levantó y, enfadado, se pasó la túnica sobre la cabeza—. ¿No ha cambiado nada? ¿Vas a seguir con esa ilusión divina?

La expresión de la chica se endureció y él odió lo mucho que le atrajo. Era inocente, pero apasionada.

—No es tan simple —replicó.

—A mí sí me lo parece. Tu diosa iba a asesinarte. Volviste su poder en su contra…

—¡No sabía que ibas a matarla! —exclamó Nadya. Agarraba con fuerza el collar de oración y las lágrimas le inundaron los ojos oscuros—. Estaba permitiendo que te escaparas. No…

Malachiasz se pasó una mano por el pelo y se sintió un poco inquieto por lo enmarañado que lo tenía. Con cuidado, se echó hacia atrás el desastre y se hizo una coleta.

—Lo sabías, Nadezhda —dijo mientras se peinaba—. No voy a dejar que te aferres a todas esas fantasías. Tú ya habías cumplido tu función.

A la clériga las lágrimas le cayeron por las mejillas sucias. Malachiasz sintió una punzada de arrepentimiento porque no quería hacerla llorar. Sin

embargo, las lágrimas no estaban dirigidas a él, era evidente. Nadya se limpió la cara con el dorso de la mano.

—No lo sabía —musitó.

—No sabías muchas cosas, al parecer, eso ha quedado claro.

—No sabía qué iba a ocurrir con tu magia.

A Malachiasz le resultó difícil creérselo. Todo eran mentiras.

—Claro, Nadya. —Utilizó un tono más inapelable del que pretendía. Ella se estremeció, negó con la cabeza y salió de la habitación. El Buitre Negro suspiró y se dejó caer en la cama. Seguía caliente donde la chica había estado tumbada. Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. Con ella todo era muy difícil.

La puerta se abrió unos minutos después y alguien se subió a la cama. Agua de rosas y algo penetrante que nunca había sabido identificar le inundaron la nariz.

—Parj —dijo.

—¿Ya estáis peleándoos?

—Es lo único que sabemos hacer.

Malachiasz abrió los ojos y se pasó la mano por la cara. La akolana se sentó con las piernas cruzadas a los pies de la cama, ataviada con un apagado vestido carmesí de estilo kalyazi. Llevaba el grueso pelo negro trenzado sobre un hombro. Sonrió. En las manos sostenía una taza de la que salía vaho.

—Serefin dice que te sientes un poco menos humano estos días —continuó la chica.

—Eso es decir poco —comentó Malachiasz, tenso.

—¿Qué ocurre cuando toma el control?

El tranaviano negó con la cabeza. No era una sensación que pudiera describir. Era una violación, un tormento. Parijahan emitió un suave sonido.

—Pregunta errónea, lo siento. Supongo que será mejor preguntarte cuánto tiempo esperas poder estar así de lúcido.

Era imposible saberlo, sobre todo con Nadya tan cerca. Se imaginaba que debía sentirse bien a su lado, no esa… hambre voraz.

—No lo sé, Parj.

—Malachiasz, aquí no tenemos a nadie que pueda controlarte si te vuelves contra nosotros.

Se incorporó y le dedicó una mirada dolida mientras alcanzaba el té. La chica le colocó la taza en las manos.

—No me vengas con esas. Somos totalmente conscientes de que tenerte aquí es como dejar a un tigre sin correa y esperar que no pase nada.

—¿Tenéis tigres en Akola? —preguntó tras dar un sorbo. Era penetrante, casi picante.

—No, están más al sur. Creo que en la parte norte de Kalyazin, ¿no? No estoy segura, pero aun así…

Aun así, entendía su postura.

—Nadya podría detenerme —musitó.

Parijahan alzó una ceja.

—Asumes que Nadya entiende la amplitud de su poder.

—Parj, mírate, hablando como una maga. ¿Por fin lo has aceptado?

—No deberías saberlo.

—Muy atrevido por tu parte asumir que no puedo sentir tu magia racional empujándose contra mi caos.

La chica levantó las cejas.

—¿En serio?

Malachiasz asintió.

—Me di cuenta en algún punto del bosque. Me duele un poco que no me lo contaras, pero más que Rashid no me hablara de su magia.

—Esa es una conversación que debes tener con él.

Probablemente. Explicaba muchas cosas sobre los akolanos que nunca había llegado a entender, como las lagunas en la historia de Parijahan.

—Por eso quieren que vuelvas, ¿no? No porque seas la heredera, sino porque puedes garantizarles que conseguirán lo que quieren.

—Me encanta no ser nada más que una mercancía por un poder que ni siquiera puedo controlar.

—Yo también me escaparía si fuera tú.

—¿Ya no quieres que haga lo correcto?

—¡Que le den a lo correcto!

Parijahan se echó a reír.

—No, Malachiasz, quizás no deberías ir tan lejos.

Él le dedicó una sonrisa. Que su asombrosa capacidad para relajarlo se pudiera explicar con magia le hacía sentir mejor. Le gustaba cuando las cosas tenían una explicación racional.

—Has esquivado la pregunta sobre qué se supone que deberíamos hacer si nos atacas —observó.

—Claro —dijo con un tono desenfadado, dejó el té en la mesilla y se puso en pie.

Ella gruñó de forma dramática y se levantó para rodearle con los brazos. Un segundo después (no sabía qué hacer con todo ese afecto), le devolvió el

abrazo.

—Me alegra que estés vivo —susurró la chica—. Dejarte en esa montaña fue lo peor que he hecho.

—Es verdad. Hacía un frío increíble cuando me desperté, lo mínimo que podríais haber hecho es arrastrar mi cuerpo lejos de la cima.

Parijahan presionó la cara contra su pecho y soltó una carcajada.

—Una pesadilla, eso es lo que eres. —Lo soltó.

—¿Dónde está Rashid? —preguntó, recuperando el té.

—En la cocina.

Le dio un beso a Parijahan en la cabeza. No entendía por qué era su amiga. No comprendía por qué lo era cualquiera de ellos. No se los merecía.

Asomó la cabeza fuera de la habitación y encontró un pequeño pasillo.

—¿Qué es este lugar? —preguntó. Había llegado la noche anterior con Nadya, ya que se había pasado los últimos días tratando de llevarla allí de una pieza. Los demás se habían adelantado después de que la hubiera sacado de la ciudad.

La expresión de su rostro cuando la había visto en aquella hoguera sería algo que le atormentaría durante mucho tiempo. Una fría resignación.

—¿Un monasterio, quizás, convertido en fortaleza y abandonado? No estoy segura. Hay muchas habitaciones, un santuario y una biblioteca en la torre.

Malachiasz observó los iconos en las paredes al pasar. La hoja dorada se conservaba muy bien, aunque el resto delos iconos estaban desvaídos y casi indescifrables. Parijahan se alejó, diciendo algo sobre encontrar a Nadya. Caminó hacia la cocina. Estaba hambriento. No recordaba la última vez que había comido algo y le hizo sentir mejor saber que era una sensación humana normal.

La cocina era pequeña. Rashid levantó la mirada cuando entró y su expresión desprendió de pronto tanto alivio y alegría que casi se sobresaltó. El akolano tenía un cuchillo en la mano y se lo clavó a una manzana.

—Debería hacerlo contigo.

—Para ser sincero, lo soportaría mejor que cualquier otro hu…

Rashid se lanzó contra él para abrazarlo. Malachiasz tuvo que tragarse la oleada de hambre ante la proximidad del chico. «Ay, no».

—Hazme un favor. Ya basta de morir, ¿vale? —le pidió Rashid, soltándolo.

—Haré lo que pueda —contestó Malachiasz con voz ahogada. Cogió una manzana madura y le dio un mordisco mientras se sentaba a la mesa—. ¿De

dónde ha salido esta comida?

—Pregúntale a Katya.

No importaba, entonces. Rashid llenó un bol de *kasha* y se lo puso a Malachiasz enfrente. Este dejó escapar un suspiro de agradecimiento.

—Entonces… —dijo con la boca llena. Rashid tenía las mangas enrolladas hasta los codos y, en los brazos, marcas visibles.

El akolano suspiró.

—¿Cuándo te lo ha dicho Parj?

Malachiasz pestañeó.

—Espera, ¿qué?

—Lo de mi magia. —Rashid inclinó la cabeza.

El Buitre alzó las cejas.

—Eh…, nadie me ha dicho nada más allá de lo que he descubierto en los últimos días —comentó—. Esperaba que tuviéramos esa conversación.

—¿Te vas a poner insufrible con el tema?

—Seguramente.

Rashid se echó a reír. Malachiasz tomó otra cucharada de *kasha*, escuchándolo paciente mientras le explicaba por partes lo que podía hacer, a la vez que cortaba una rebanada de pan negro sin hacer contacto visual.

—Rashid, eso es increíble —comentó.

—Tu reacción hace que sea aún más aterrador. Nunca quise que alguien que se pasa la vida yendo más allá de los límites de la magia me considerara increíble.

Malachiasz pensó en el peligro en el que los ponía al estar allí, sobre todo a Rashid, porque su poder estaba encendiendo algo dentro de él que no estaba seguro de poder resistir durante mucho tiempo. No quería hacer daño a sus amigos.

—Gracias por contármelo —dijo—. Puedo ayudarte si lo necesitas.

—Mmm, te mostrarás condescendiente.

El tranaviano sonrió.

—¡Vale! Le dejaré las lecciones de magia a Ostyia. No está mal.

Rashid le devolvió una sonrisa y algo se removió en el pecho de Malachiasz, como si una parte de su corazón roto hubiera vuelto a su lugar. Le tendió el bol y Rashid le sirvió un poco más de *kasha*.

—Voy a buscar a mi hermano —dijo el Buitre.

—¿Es raro decirlo en voz alta?

—Mucho.

Tardó un poco en encontrar a Serefin en el salón principal. Era una amplia sala con una larga mesa en el centro y bancos a cada lado. Una enorme hoguera se encontraba en un extremo de la estancia e irradiaba calor. Había más iconos y Malachiasz los observó con interés. Esperaba que comenzaran a llorar, dada la cercanía de Nadya, lo que le pareció que sonaba macabro de una manera encantadora.

—¿Qué pasó con el cultista? —le preguntó a Serefin cuando se sentó frente a él.

Su hermano abrió mucho el ojo.

—Ay, no.

—¿Perdiste al cultista?

—¡Perdí al cultista!

Malachiasz puso los ojos en blanco.

—Estaba con nosotros cuando los Buitres nos atacaron, pero…

—¿Crees que tuvo algo que ver con el ataque del dios? —preguntó Malachiasz con la boca llena.

—Quizás.

—Seguro que está en una prisión en Komyazalov —intervino Kacper. Malachiasz miró por encima de la mesa y lo vio tumbado en un banco con la cabeza en el regazo de Serefin.

—En realidad, hay un chico que le susurra al oído al *tsar* y que probablemente sea parte de ese culto —dijo una nueva voz. Malachiasz frunció el ceño al reconocerla de algo—. Así que está bien.

Una joven kalyazi con un puñado de fruta de la cocina se sentó a una distancia prudencial de Serefin. Se colocó un mechón de pelo negro y liso tras la oreja.

—¡Anna! —exclamó Malachiasz. Nunca se mostró demasiado cálida con él, pero le tenía aprecio. Lo había golpeado en la cara cuando pensaba que estaba poniendo en peligro a Nadya. Era difícil no respetarla.

Se sorprendió cuando ella le sonrió.

—Nadya me dijo que habías muerto.

—Así es.

Rashid llegó con más comida y la dejó sobre la mesa antes de sentarse junto a Anna. Parijahan apareció tras él con el pan y se deslizó junto a Malachiasz. Serefin les dio las gracias con un hilo de voz.

—¿Puedo hacer una pregunta totalmente fuera de contexto, *Vashny Koroshvik*? —le preguntó Anna a Serefin.

—Solo si no me llamas por un título honorífico ante los aquí presentes —contestó en un tono desenfadado.

Anna asintió, pensativa.

—¿Cómo perdiste el ojo?

—Me lo arranqué.

Anna palideció.

—Vaya.

—Ahora está casi curado, ¿no? —Miró a Kacper.

—No te quites el parche. Quizás se esté curando, pero sigue dando asco —contestó el chico.

Serefin se encogió de hombros. Fue con ese nivel de relajación con el que se encontró Katya cuando entró en la sala. Ostyia se unió no mucho después.

—Ah, no voy a dejarla en paz —oyó Malachiasz que le decía Kacper a Serefin en voz baja.

Malachiasz se tensó cuando Nadya entró en el salón. Era evidente que había estado en el baño. La sangre y la suciedad le habían desaparecido y tenía el pelo claro mojado. Se había cambiado las ropas destrozadas por un vestido azul oscuro con complejos bordados de flores moradas en el dobladillo. Llevaba también un cinturón marrón en la cintura. Alzó las cejas cuando entró.

—Dioses —musitó—. No vamos a poder seguir ocultándonos mucho tiempo si somos tantos.

Parijahan se movió y Nadya se sentó entre ellos, acercándose a Malachiasz. La chica le lanzó una mirada con una frialdad que le indicó que seguían enfadados. Él deslizó una taza de té hacia ella. Frunció el ceño durante mucho tiempo antes de aceptarla. Cuando se estremeció, poco después, él se quitó la chaqueta militar y se la colocó con suavidad sobre los hombros, lo que también aceptó. Katya miró a todos y se frotó las sienes.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

Serefin y Malachiasz intercambiaron una mirada.

—¿Queréis primero las malas noticias o las malas noticias? —bromeó Serefin.

—Eres insufrible.

—Soy un encanto —contestó—. El ataque de los Buitres parecía ser un intento en parte para arrebatarme la vida. —Serefin le lanzó una mirada acusatoria a Zaneta cuando entró. Esta se encogió de hombros y se sentó al otro lado de Malachiasz, quien debía hablar con ella después. Necesitaba saber cuántos Buitres había conseguido Zywia que se aliaran con ella. No era

lo bastante optimista como para tener esperanzas de que fuera una cantidad significativa.

Zaneta no parecía decidir si le daba más miedo la respuesta de Serefin o la de Malachiasz ante lo que iba a decir, por lo que paseó la mirada entre ambos.

—Depende de a cuál de nosotros quieras decepcionar primero —comentó Serefin con sequedad.

Se introdujo las manos en los rizos rebeldes y dejó escapar un suspiro entre dientes.

—Mi padre ha tomado el trono como regente —dijo con suavidad.

Malachiasz observó a Serefin. Se produjo una ligera fractura en su calma, pero la ocultó bien. Le hizo un gesto a Zaneta para que continuara.

—Era… de esperar. ¿La razón?

—Competencia. Había bastantes pruebas que mostraban que tu estado mental era muy frágil y muchas excusas sobre por qué no se te veía por la corte. Que habías perdido la cabeza era lo más evidente.

—¿Y mi madre?

—Se quitó de en medio. —Serefin frunció el ceño, por lo que Zaneta añadió—: No tenía otra opción.

—Entonces, ¿el intento de asesinato?

Zaneta le lanzó una mirada nerviosa a Malachiasz. Serefin la siguió.

—Estabas con Zywia, así que estás en el bando correcto.

—Espera. —Katya se centró en Zaneta—. ¿Qué eres?

La Buitre abrió mucho los ojos y se colocó más cerca de Malachiasz en el banco. «Interesante». Había esperado que quisiera venganza. Con suavidad, él le tocó la mano sobre la mesa.

—No te hará daño.

—¿Eres una de ellos? —preguntó Katya.

Zaneta empequeñeció. Malachiasz sabía que ambos estaban pensando en el cuerpo sin vida de Zywia, en su sangre en las manos de la *tsarevna*.

—Vas a tener que vivir con ello, Katya —dijo Serefin, cansado.

—No.

—Esto es una pérdida de tiempo —comentó Nadya.

Zaneta lo tomó como una señal para ignorar a Katya.

—Rozá y Walentyn. No dejaban de intentar coronar a un nuevo Buitre Negro. Cuando no funcionó, trataron de crear una nueva orden. Muchos de los Buitres se fueron con ellos. Zywia permaneció en las Minas de sal, en comunión con los Buitres más antiguos. Se produjo una ruptura. Los que

tenían dudas sobre ti tras el asunto de Izak se fueron con Rozá. Los que te eran leales siguieron siéndolo.

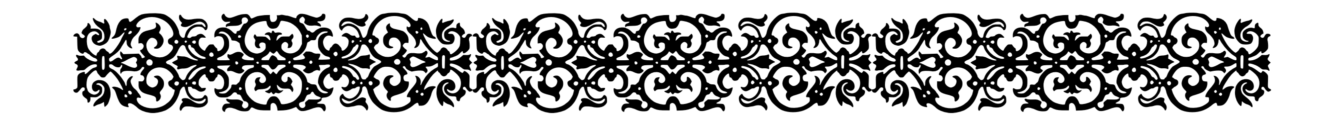
No estaba tan mal como Malachiasz esperaba, la verdad.

—El ataque fue un esfuerzo conjunto de los Buitres y mi padre —continuó—. Querían lanzarse contra Kalyazin, a quien culpan de la pérdida de la magia. Y habían oído que te estabas dirigiendo hacia la capital.

—De alguna manera, lograron cruzar Kalyazin con un ejército —dijo Katya, sacando una raída y preocupante carta del bolsillo.

Bajo la mesa, Nadya buscó la mano de Malachiasz hasta encontrarla en la rodilla, donde la había posado.

—Esta guerra no va a acabar nunca —susurró.



38

SEREFIN MELESKI

¿Por qué se espera que arreglemos los errores de los dioses? ¿Fuimos nosotros los que produjimos este horror en el mundo o fue la negligencia de los dioses, su arrogancia, su creencia de que habían enviado a los antiguos a un lugar del que nunca regresarían? Sabemos ahora que esa creencia era falsa.

Los Libros de Innokentiy

Era desmoralizador que todos sus miedos se confirmaran.

Era muy fácil pensar en rendirse por completo. Kacper le cogió la mano y se la apretó con delicadeza.

—No entres en ese pozo oscuro —le susurró en el oído a Serefin antes de besarle la mandíbula.

Quería hacerlo. Quería volver a la cama donde había tenido unas horas de paz, con Kacper sobre él (el chico dormía como un tornado), y donde no todo era apocalíptico. Había sentido calidez y suavidad y, durante un breve instante, había pensado que todo podría solucionarse. Ya no era tan optimista.

A Malachiasz se le desmoronó la expresión. Dejó caer la cabeza y se presionó las sienes con los dedos. Nadya le giró la cara hacia la suya con un ligero ceño fruncido. La piel de Malachiasz se había perlado de sudor. Serefin se tensó.

—Estoy bien —susurró el Buitre Negro.

—No me mientas —contestó Nadya.

El chico tensó la mandíbula y se apartó.

—Estoy bien —repitió con firmeza.

Katya posó la mano contra esa maldita reliquia. Serefin necesitaba alejarse de ella.

—Iba a decir que mi trono era la mínima de nuestras preocupaciones —comentó—. Ahora no estoy tan seguro.

Malachiasz apoyó con cautela la cabeza sobre las manos.

—Chyrnog es el problema.

—¿También estaba Chyrnog detrás de lo ocurrido en Komyazalov? —preguntó Katya.

Nadya negó con la cabeza y se tiró del collar de perlas.

—Cvjetko quería liberar a Nyrokosha, la diosa antigua bajo la catedral de Komyazalov.

—Me voy a lanzar al río —musitó Katya—. Es… —Se interrumpió con una carcajada de desesperación—. Ni siquiera sé por dónde comenzar.

—Tiene que haber cuatro —dijo con suavidad Malachiasz. De repente, se puso en pie y a punto estuvo de tirar a Nadya del banco—. Pelageya nos lo dijo…, ¿no?

Miró a Serefin en busca de confirmación. Lo observó, impasible.

—Ah —jadeó Kacper—. La chica, el monstruo, el príncipe y la reina.

Parecía que hacía una eternidad que había oído ese augurio en la torre de Pelageya, que hacía una eternidad que se lo había contado a Malachiasz mientras esperaban a que los cultistas los matasen.

—¿Qué? —dijo Katya de forma monótona—. Eso no tiene sentido.

En silencio, Malachiasz se señaló a sí mismo, a Serefin y a Nadya. Dudó un poco, paseando la mirada entre Katya y Parijahan.

—No es una reina —musitó Serefin y señaló a Parijahan.

—¿Desde cuándo formo parte de los desvaríos de una bruja loca? —preguntó la aludida.

—Pelageya no es la más comunicativa, pero… —Nadya hizo una pausa. Le sostuvo la mirada a Serefin desde el otro lado de la mesa. Iba doce pasos por detrás del resto—. ¿Cómo liberaste a los dioses caídos y a Chymog?

Serefin se estremeció de manera involuntaria. No le gustaba recordarlo. La tierra cerrándose sobre él, el musgo creciéndole en la piel.

—Me rendí.

Malachiasz inclinó la cabeza. Estaba muy pálido. Algo iba mal, aunque lo negara. Se movió a una distancia significativa de Nadya… ¡Vaya! Serefin cogió un panecillo y se lo lanzó. Lo cogió con una sonrisa de agradecimiento apenas visible en el rostro.

—Y rompiste la conexión con Velyos… —comenzó a decir Nadya.

—Y Chyrnog… ¡Espera! —Serefin jadeó. Se giró hacia Katya—. Fuiste tú.

La chica abrió mucho los ojos.

—¿Perdona?

—Ese altar. Ahí fue cuando Chymog me habló por primera vez, cuando me obligó a dar un paseo por el bosque para liberarlo. ¿Qué estabas haciendo?

La *tsarevna* lo observó durante mucho tiempo antes de alargar la mano y tirar de las cintas de su túnica.

—Por favor, no lo desnudes en la mesa —le pidió Kacper.

Malachiasz miró a Nadya, pero de forma intencionada ella no le devolvió la mirada.

—¿Puedo preguntarte qué estás haciendo? —le preguntó Serefin a Katya con serenidad.

Le abrió el cuello de la túnica sobre la cicatriz del pecho.

—No era… nada, en realidad. Quería asustarte y encontrarle sentido a por qué tenías los ojos tan raros. Era magia menor. No debía abrir canales de comunicación entre antiguos dioses y tú. ¿Qué os pasa a todos?

La cicatriz del pecho estaba casi curada. Katya, satisfecha porque nada espeluznante estuviera a punto de salir de la piel de Serefin (al menos todavía), se echó hacia atrás.

—*Bovilgy* —dijo Malachiasz.

—Esa es la palabra que usó Pelageya —comentó Serefin.

—No… No tiene sentido.

—Eres literalmente un dios, Malachiasz —observó Nadya con sequedad.

El chico movió la mano para desestimar el comentario.

—Ahora ya sabemos que no tiene nada que ver con la divinidad y sí con la amplitud del poder. —Nadya puso los ojos en blanco, pero él continuó—: ¿Y qué es todo esto si no los dioses poniéndose nerviosos porque la magia ha cambiado? Ella no utiliza la magia como quiere la Iglesia. —Hizo un gesto hacia Katya, quien pareció dudar antes de aceptar que tenía razón—. Tú tampoco.

—¿Crees que de eso se trata? ¿De aferrarse de manera cruel al poder?

—*Sznecz*.

—Ay, cállate.

—¿Y tu alma? —preguntó Serefin.

El rostro de Malachiasz se tornó color ceniza. Era probable que Serefin no debiera haber compartido aquello de esa manera, pero, si su hermano iba a quedarse con ellos, el resto necesitaba saber a qué se enfrentaban, lo lejos que se habían adentrado en lo imposible. Conocía a Malachiasz, lo hostil que se podía mostrar, cómo se podía volver contra ellos en cualquier momento, pero

también sabía que quería liberarse de las garras de Chymog y haría cualquier cosa para que ocurriera.

Parijahan pestañeó, confusa, mientras Nadya dejaba escapar un suspiro de cansancio y apoyaba la frente sobre sus dedos extendidos.

—Pelageya dijo que necesitaría ayuda. Para… para recuperarla —anunció Malachiasz con voz queda—. No creo que podamos hacer nada con Chyrnog si no encuentro las piezas.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le preguntó Serefin.

El Buitre Negro miró a la clériga.

—No lo sé… Devoré a otro. No sé cuántos necesitará, pero no son muchos más.

Nadya por fin levantó la cabeza para sostenerle la mirada. El cabello se le había secado, convirtiéndose en ondas pálidas de color blanco y oro sobre los hombros.

—¿Qué significa eso?

—Estamos dándole muchas vueltas al hecho de que come personas —comentó Katya con voz monótona antes de clavar la reliquia, el cuchillo, en la mesa. Malachiasz se estremeció—. Matamos monstruos, no intentamos salvarlos.

Serefin puso los dedos sobre la empuñadura de la daga. Katya le permitió arrancarla de la madera. La mantuvo sin fuerza en la mano.

—Si matas a Malachiasz, liberas a Chymog.

—Cada vez es más difícil distinguir a Chymog de él —replicó Katya.

—Actuemos rápido, entonces.

Katya flexionó un músculo de la mandíbula. No iban a llegar a ninguna parte. Serefin suspiró.

—Muy bien —dijo, tomando el control de la situación y arrebatándoselo a la *tsarevna*, quien parecía estar a la vez tan perpleja y furiosa que se iba a hundir bajo la mesa—. Repasemos lo que sabemos y veamos si conseguimos una imagen coherente.

Sin embargo, cuando juntaron los fragmentos individuales, había demasiadas lagunas. Malachiasz sacó el libro que le había quitado a Ruslan y lo dejó en la mesa.

—Ah, encontré muchos en Komyazalov —dijo Nadya, decepcionada.

—Los he traído —contestó Anna—. Recogí tus cosas antes de que escapáramos.

A Nadya se le iluminó visiblemente la expresión. Tocó la mano de Malachiasz antes de salir de la sala a toda velocidad. Al poco tiempo, volvió

con un puñado de libros.

—¿Quiénes eran los cuatro que encerraron a los dioses antiguos la última vez? —preguntó Nadya—. ¿Cómo lo lograron?

—Tengo sus nombres —anunció Malachiasz, hojeando el libro. Los recitó, mirando a Nadya con esperanza.

—Me resultan vagamente familiares —respondió ella con suavidad—. Espera, Sofka…, abandonada por Marzenya.

Katya alzó las cejas.

—Eso sería significativo.

—Ruslan mencionó que su culto estaba en Komyazalov —dijo Malachiasz. Rashid se inclinó sobre la mesa para coger dos libros antes de tendérselos a Malachiasz. En la cubierta tenían estampado el mismo símbolo.

—Entonces, debemos recuperar su alma y, después, los cuatro tendremos que encerrar a los dioses antiguos, ¿no? —preguntó Parijahan.

—Simple —contestó Serefin, despreocupado.

—¿Deberíamos empezar con lo del alma, entonces?

Malachiasz pareció algo inquieto, pero asintió con lentitud.

—Pelageya dijo que no conservaba los fragmentos. Solo son fragmentos. No me queda mucho más.

—Mi preocupación es que el ataque en Komyazalov fue solo el comienzo —dijo Serefin.

—Comenzó hace meses —le rebatió Nadya—. Pero no nos han llegado noticias de todas las tragedias. Las brujas de las ciénagas, el dragón del oeste… Está ocurriendo en todas partes. Nos quedamos sin tiempo.

* * *

Serefin volvió a la habitación en la que había dormido la noche anterior. Estaba deseando tener algo que lanzar con todas sus fuerzas contra una pared cuando la puerta se abrió y se cerró a sus espaldas.

—No ha sido divertido —dijo Kacper, reclinándose contra la pared.

Serefin lo fulminó con la mirada. Tenía la túnica arrugada y el pelo enmarañado, pero se preguntó si siempre había sido tan encantador.

Cruzó la habitación y posó la frente contra la clavícula de Kacper. A Serefin el cerebro no paraba de darle vueltas y necesitaba una distracción.

—¿Y si te digo que había muchas cosas así esperándote en el horizonte?

Kacper lo tomó por la cintura y metió los dedos en el dobladillo de la túnica de Serefin.

—No —gimió con suavidad.

—Cenas de estado, reuniones con diplomáticos…

—Soy tu jefe de espionaje. Me tengo que quedar en segundo plano —protestó Kacper.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó con un tono inocente Serefin.

—Eres una pesadilla.

—Es cierto.

Kacper echó la cabeza hacia atrás con un grave quejido.

—¿Dudabas que fuera a hacerlo público?

—Eres el maldito rey y yo crecí en Zowecz.

—Miran, bueno. —Serefin inclinó la cabeza y besó a Kacper en el cuello—. Por desgracia para ti, supongo.

Kacper se echó a reír.

—No tengo intenciones de mantener esto en secreto. No… —Serefin hizo una pausa y frunció el ceño—. Dímelo si parezco condescendiente, pero no me importa dónde crecieras.

—Un poco condescendiente, sigue intentándolo.

—No me importa que seas de Zowecz.

—No, de alguna manera lo estás empeorando.

—No me importa lo que digan los *slavhki*.

—Vas bien, menos sobre mí y más sobre tu corte de pesadilla.

Serefin se echó a reír. Kacper sonrió y lo besó, con rapidez y suavidad.

—Habrá rumores. —Serefin pasó los dedos por el borde de la camisa de Kacper—. No será fácil. Sería difícil eligiera a quien eligiera. Yo elijo estar contigo.

—¡Grandioso!

—Te gusta.

—Por desgracia, sí, lo que solo sirve para darte alas.

—Y no necesito mucho para eso. Soy una amenaza.

—Lo eres. —Kacper apoyó la cabeza en el hombro de Serefin—. No sé si estoy preparado para enfrentarme a tu corte.

—De acuerdo, mira el lado bueno, no sé si recuperaré alguna vez mi trono. ¡Quizás permanezcamos aquí para siempre!

—No seas catastrofista.

—No lo soy.

Kacper le besó en la garganta. Serefin sintió cómo perdía un poco el equilibrio. Ni siquiera se había tomado una copa.

Bueno, algo de vino en el desayuno, pero no demasiado. El chico le besó la mandíbula, la mejilla y la sien.

—Lo eres —musitó Kacper y le recorrió la piel con los labios—. Es lo que sabes hacer. —Besó con suavidad a Serefin en la boca—. Es cierto. Estoy aquí para recordarte que las cosas van mal, pero seguimos vivos y eso significa que hay esperanza.

Del pecho de Serefin surgió un dulce sonido que le provocó una sonrisa a Kacper.

—Si no quieres que te reconozcan, no tienes por qué hacerlo. Solo… Sé que hay desequilibrio de poder y… —comentó Serefin.

—Ah, ¿eso también?

—Sí…, sí. —Serefin acunó la cara de Kacper con las manos.

—¿Recuerdas cuando dijimos que deberíamos hablar? —Serefin resopló —. Habla conmigo. —Kacper le soltó la coleta, permitiendo que el pelo le enmarcara la cara, y enseguida se distrajo—. No sé qué pensar de esto. —Le acarició la melena.

El pelo le llegaba más allá de la barbilla, lo bastante largo para llevarlo normalmente recogido lejos de la cara. Serefin contuvo una sonrisa.

—¿No?

Kacper emitió un sonido, pensativo. Le pasó las manos por el cabello y se lo echó a un lado.

—Como mecanismo de supervivencia, no está mal.

Le dolía un poco lo sincero que era Kacper. Se alejó. Pensó en todas las pequeñas cosas que no sabía de él. Tal vez tenía razón. Tal vez deberían hablar.

—Me aterra lo bueno que eres conmigo —dijo Serefin—. A veces parece que estoy esperando descubrir tus intenciones ocultas, como si fuera cuestión de tiempo antes de que todo se desmorone a mi alrededor porque nadie se queda, a nadie le importo. —Las palabras salieron de él como una oleada que de inmediato quiso retirar. —Kacper permaneció en silencio, con el ceño fruncido—. La he cagado en Tranavia. ¿Se supone que soy el rey? ¿Qué tengo que liderar un país? —Su voz se tornó un poco estridente—. No podría soportar ni a un noble presionándome antes de hundirme. No puedo hacerlo, pero supongo que no importa porque alguien me matará, quizás Malachiasz, y todo esto va a acabar de igual manera. Mereces algo mejor que estar apoyándome en todo momento. Soy un borracho autodestructivo. No me lo merezco. No te merezco.

Dio media vuelta, incapaz de soportar la reacción de Kacper. Tras una pausa, el chico entrelazó los dedos con los suyos para girarlo. Tiró de Serefin con movimientos cuidadosos.

—¿Recuerdas cuando lanzamos una emboscada en Rzenski? No la emboscada, lo que ocurrió después. —Serefin había sufrido una grave lesión—. Cómo te sentaste en la cama con Izabela cuando estabas a punto de desangrarte.

—Fui yo el que os metió en esa emboscada y ella salió herida —musitó Serefin—. Fue culpa mía.

—Apenas tenía un rasguño mientras que tú estuviste a punto de morir. Sin embargo, te preocupaste por una soldado de un pelotón de cientos, a veces miles. Observé cómo te interesabas por cada persona bajo tu mando durante tres años. Te importé yo cuando solo era un chico de una granja sin nada que ofrecer. No te quiero porque desee algo de ti. Hago lo que hago porque necesitas ayuda y no la pides. No me importa que me reconozcan. Tienes razón, entre nosotros hay cierto desequilibrio de poder. A veces puedes ser un insensible. En realidad, muchas veces. Eres un poco imbécil, a decir verdad.

Serefin pestañeó, preguntándose si debería sentirse dolido, pero Kacper le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Que reconozcas el desequilibrio significa que puedes trabajar en él. —Dudó—. ¿Quieres ser rey, Serefin?

La pregunta fue como un rayo recorriéndole la espalda. Nunca se había sentido más aterrado que el día en el que le habían colocado la corona en la cabeza. Sin embargo, sí que quería. Quería ser mejor rey que su padre, salvar a Tranavia.

—Sí —susurró con voz áspera.

Kacper cogió la cara de Serefin y lo besó con intensidad. Él cerró el ojo, pensativo, y todo el cuerpo se le relajó bajo las manos seguras del otro chico. Había algo distinto en la manera en la que lo estaba besando. Se habían adentrado en una relación que era delicada, casi dedicada por completo al bien de Serefin. Aquello era cálido, intenso y desordenado.

—Odio cuando te pones pesimista —dijo con gravedad Kacper—. Y es verdad que soy demasiado bueno para ti.

—Odio cuando me atormentas con mi pesimismo inocente —replicó Serefin—. Y lo eres. En serio.

Kacper rompió a reír con la cabeza echada hacia atrás. Serefin aprovechó la oportunidad para presionarle la boca contra la garganta y lanzarlo contra la puerta. Sintió las manos de Kacper cálidas bajo su camisa mientras las movía

por su espalda. Entonces, con un movimiento impresionante y habilidoso, le quitó la túnica. Serefin pestañeó y Kacper le dedicó una sonrisa.

—Vaya, eso ha sido interesante.

—Cállate, Serefin.

—Bueno, es justo que…

—Serefin. —Kacper ya tenía la túnica a medio quitar.

El rey se maravilló ante las líneas tersas del pecho de Kacper. Lo cogió de los hombros y lo besó en la larga cicatriz que le cubría la clavícula. Recordó cuándo se la había hecho debido a una lanza kalyazi que le había alcanzado. Había tanta sangre que Serefin estaba convencido de que iba a morir en el campo de batalla. Fue un día horrible. No querría volver a sentirse así.

Kacper tomó el rostro de Serefin entre sus manos.

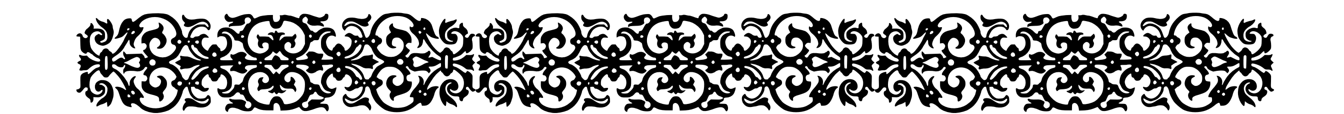
—Los dos podemos participar en este juego —musitó, regalándole, a veces con cuidado y otras de forma desordenada, besos en las muchas cicatrices que le cubrían la cara.

Con cautela, le pasó los dedos por la cinta del parche del ojo y los enterró en el pelo. Se lo quitó e hizo una pausa para ver si protestaba. Cuando permaneció callado, le recorrió con el pulgar una cicatriz que terminaba en el extremo de la barbilla mientras dejaba caer el parche.

Serefin cerró el ojo mientras Kacper pasaba la yema del pulgar por su cicatriz más antigua. Con delicadeza, le besó el párpado, manteniendo en todo momento una cantidad de ternura tan abusiva que era casi agonizante. El rey, hambriento de afecto durante toda su vida, quería más.

—Mmm, se me había olvidado esta —musitó Kacper y le presionó la boca contra la cicatriz de la garganta.

Después de eso, Serefin no consiguió seguir el hilo de sus pensamientos.



39

NADEZHDA LAPTEVA

Peloyin gobernaba sobre los otros dioses, pero eso no significaba que su poder tuviera un gran alcance, que no pudiera ser derrocado.

Los libros de Innokentiy

Malachiasz iba a marcharse del salón, pero Nadya lo sujetó por la muñeca. Se detuvo, calmándose de una manera que a la chica le pareció preocupante. No era una calma del todo humana.

Con suavidad, él giró su muñeca para cogerle la mano. Nadya tenía su libro de hechizos. Él lo querría de vuelta. Algo así como una bandera blanca que duraría unos noventa segundos antes de comenzar otra discusión.

Serefin casi había huido de la sala, claramente nervioso por las noticias procedentes de Tranavia. Kacper lo había seguido, Parijahan se había escabullido de allí y Rashid y Ostyia habían limpiado la mesa antes de desaparecer.

—¿Nadya? —Katya acabó con cualquier oportunidad que Nadya hubiera podido tener de preguntarle a Malachiasz por su alma.

El Buitre esbozó una expresión de irritación.

—Tu *tsarevna* desea hablar contigo —dijo con voz fría, y se alejó de su alcance.

—Tenemos una pelea que terminar —gruñó Nadya.

Él la miró y una sonrisa acarició la comisura de sus labios.

—No voy a ninguna parte —comentó.

Sus palabras la sobresaltaron de una manera extraña. Nadya pestañeó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Él dudó, pero la chica lo alejó con un gesto de la mano. Zaneta lo siguió, murmurando algo sobre si necesitaba ayuda. Nadya fulminó a Katya con la mirada, pero esta permaneció impasible.

—¿Podemos hablar? —Pronunció la frase sin que pareciera una pregunta. Nadya miró a Anna—. Contigo también —le dijo la *tsarevna* a la sacerdotisa —. No me siento bien después de eso. Me gustaría… —Se calló y miró hacia la puerta por la que había salido Malachiasz.

—Desearías poder hacerlo sin él —concluyó Anna.

—Desearía que estuviera muerto —musitó Katya.

Anna se giró hacia Nadya.

—¿Cómo lo vas a resolver?

Nadya cogió el libro que Malachiasz había dejado, aunque se había llevado los demás. Ya se los habría leído todos cuando se volvieran a ver.

—No puedo —dijo—. Lo que ha hecho… Lo que está pasándole no hace que sea aceptable, pero explica su comportamiento. Está solo, roto y no creo que se pueda arreglar. —Se encogió de hombros—. Sin embargo, está tratando de solucionarlo.

—Lo quieres, ¿no?

Katya puso los ojos en blanco. Nadya luchó contra el impulso de negarlo. Se preguntó si era posible que el corazón le estallara por todos esos sentimientos raros, complicados y desordenados que tenía por ese chico. Lo amaba, lo que le resultaba aterrador, espantoso y le iba a arruinar la vida. Era estúpido, inteligente, cruel, delicado y una maraña de contradicciones que hacían que le doliera el corazón. Por eso, lo único que dijo en voz muy baja fue: «Sí».

—Muy bien, vale —dijo Anna.

Katya le dedicó una mirada de incredulidad a Anna.

—¿Ya está?

La sacerdotisa se encogió de hombros.

—Ya está.

Nadya estuvo a punto de echarse a llorar. Anna le dedicó una suave sonrisa y, con cuidado, le cogió la mano corrompida.

—Es tu corazón y tu decisión. Después de escucharte hablar de todo lo ocurrido, no puedo decir que lo entienda, pero veo lo mucho que te importa. No me sorprende, porque os hicisteis amigos muy poco después de conoceros.

Nadya había querido clavarle un cuchillo en el corazón desde ese primer encuentro hasta que lo había besado por primera vez. Aun así, seguía queriendo clavárselo después de la mayoría de las conversaciones. Eso dijo.

Katya emitió un sonido de asco profundo.

—Todos esos ojos —musitó—. Si eso es a lo que nos vamos a dedicar, ¿por dónde empezamos? ¿Cómo pierde alguien el alma? Esperaba que esos

chicos fueran más listos.

Nadya tuvo que darle la razón. No le gustaba el aspecto que había tenido Malachiasz durante casi toda la conversación. Su piel estaba demasiado pálida e inundada en sudor, las pupilas, demasiado grandes.

—¿Alguna vez has oído que alguien usara el término *bovilgy*? —preguntó Katya.

—¿En el bosque, tal vez? —dijo Nadya.

—Es… sacrílego —contestó Anna con el ceño fruncido, pensativa.

Estaban caminando por un pasillo vacío. Había iconos ocasionales en las paredes de los que Nadya rehuía. No quería ver lo que provocaba su presencia. Katya le hizo un gesto a Anna para que continuara mientras abría la puerta al exterior.

—La Iglesia ha estado pidiendo la muerte de esos seres. Es lo único que sé. —Anna hizo una pausa—. ¿Malachiasz es de verdad un dios?

Nadya se tomó su tiempo en contestar mientras se alejaban de los muros de la edificación que definitivamente había sido un monasterio en el pasado. Hacía frío fuera, quizás nunca dejara de hacerlo. La nieve había caído durante la noche y se acumulaba con pesadez sobre las ramas de los árboles y el camino ante ellas.

—Eso lleva a la pregunta de qué es lo que consideramos dioses, ¿no? —comentó. Que estuviera hecha del mismo material que los dioses antiguos era maravilloso, pero no entendía qué significaba. ¿Era su destino perder los frágiles fragmentos de humanidad y convertirse en algo parecido a aquellos con los que hablaba? ¿Le ocurriría a Malachiasz también?

—Malachiasz es una especie de dios del caos —continuó Nadya—, pero es humano, todavía. Creo que sabe algo, pero le falta un fragmento, algo en lo que no pensó y lo mantiene atado.

Katya emitió un sonido de asco y le dio una patada a un montón de nieve.

—¿Tú, quizás? —propuso Anna.

Nadya nunca lo había pensado. ¿Podría ser ella la razón por la que no había conseguido ascender del todo?

La entropía en su ser, los ojos y los cambios en su piel infectada de oscuridad… Katya tenía razón. Cuanto más tiempo pasara así, más se fundirían Chyrnog y él. El pensamiento era aterrador.

—Y queremos… salvar al Buitre Negro de Tranavia —dijo Anna.

—Dioses, me parece aún más ridículo al decirlo en voz alta —comentó Katya.

—Se tiene que salvar él mismo.

—Estás poniendo mucha fe en un chico que ha demostrado una y otra vez que desea cometer atrocidades en busca de poder —observó Katya.

—Él es lo único que está evitando que el mundo se acabe —le recordó Nadya.

—¿Cómo sabemos que no está esperando para volverse contra nosotros? Ya lo ha hecho antes.

Llegaron a una pequeña cabaña en la nieve alrededor de la cual picoteaban las gallinas. Katya golpeó la puerta con confianza, sin pensarlo. La puerta se abrió bajo su mano. La *tsarevna* frunció el ceño.

—¿Lavrentiy? —vociferó. Dio un paso hacia el interior, cautelosa.

Nadya la siguió. En cuanto cruzó el umbral, suspiró. Conocía el sabor de ese poder.

—Pelageya —dijo, pasando junto a Katya hacia la sala de estar.

—Espera —le pidió Katya, volviendo al exterior para mirar la cabaña—. Espera, ¿cómo?

La bruja se echó a reír y dio una palmada.

—¡Vosotras! ¡Qué inesperado!

Nadya se dejó caer en una silla, exhausta. Frunció el ceño y sacó de debajo de ella una pequeña calavera que dejó en una mesa cercana.

—¿Cómo lo haces?

—Voy a donde se me busca. Así de simple.

Katya entró en la habitación, titubeante, seguida de Anna.

—¿Fuiste tú?

—No sé de qué hablas, niña —dijo Pelageya de una manera que solo confirmaba las sospechas crecientes de Nadya sobre la persona que le había dado a Kostya el colgante de Velyos—. ¿Té? ¿No te has traído a los chicos tranavianos? Una pena, les estoy cogiendo cariño. Son tan ingenuos.

—¿Por qué? —dijo Nadya, ignorando las evasivas de Pelageya, pero aceptando el té (a la bruja le salía muy bueno)—. ¿Por qué le diste a Kostya el colgante? ¿Cuál es la razón para todas esas profecías sin sentido y para mareamos tanto? ¿Quién eres?

Pelageya alzó las cejas.

—Sabes quién soy.

—Una bruja —comentó Katya.

—Soy la bruja —dijo Pelageya, tocándose un lado de la nariz—. ¿Y qué eres tú, pequeña bestia espeluznante que actúa como algo sagrado?

Nadya suspiró.

—¿Por qué no podía ser solo una clériga? —musitó.

—¡Lo eres! Hablas con los dioses y ellos contigo. Eres mortal, puedes morir.

—Entonces, ¿por qué todo el mundo me dice que no?

Pelageya inclinó la cabeza.

—Ah, ¿disfrutaste de Komyazalov?

Nadya se removió en la silla.

—No sé quién fue peor, Nyrokosha o Magdalena.

Anna resopló con suavidad.

—Magdalena —dijo Pelageya pensativa—. Al menos, con una diosa antigua como Nyrokosha, conocemos sus intenciones de inmediato.

—¿Cómo haces todo esto, Pelageya? —preguntó Nadya.

La bruja observó a Katya y a Anna antes de volver a centrarse en ella.

—Solo es magia, niña.

—Así no funciona la magia.

—No, es verdad. Ya no. La magia ha cambiado y sus hilos se extienden por todo el mundo. Infecta, bendice, consume, destruye y crea. ¿Habría sido esto posible sin ti, el Buitre, el rey y la *prasīt*? Yo creo que no. Alterasteis el curso del mundo, aunque siempre estuvo destinado a cambiar, la cuestión era quién lo iba a hacer.

—¿Crees que nuestro sino está escrito? —preguntó Katya.

Pelageya soltó una carcajada estrepitosa.

—Por supuesto que no. Sin embargo —observó a Katya—, tú quizás seas diferente.

La *tsarevna* se sonrojó.

—Y tú, querida niña, hija de la oscuridad, hija de la muerte, tú, quien permitió que la desarmaran para descubrir su verdadero yo, ¿has entendido ya lo que eso significa? Elegida por los dioses, pero no como los otros clérigos, no, porque ya había divinidad en tus venas. Ya te había elegido algo mucho más oscuro.

Nadya frunció el ceño. Encogió las piernas y se las abrazó.

—Pero mis padres…

—Humanos. Eres mortal, querida, o al menos posees mortalidad.

La clériga se estremeció. No le gustaba cómo sonaba aquello.

—Las piezas de este juego llevan moviéndose mucho tiempo. Hay más dioses antiguos de los que conocéis. ¿Todos desean libertad? No creo. Muchos están contentos con vivir en las profundidades del universo. Sin embargo, hay otros tantos que desean ser libres. Chymog. Nyrokosha. Valyashreva. Morokosh. Y unos pocos que han perdido su nombre y, por lo

tanto, la razón. ¿Qué pasaría si supieran que su momento se está acercando? ¿Y si han intentado una y otra vez tenderle también la mano a cada niño que los dioses elegían?

Nadya tomó aliento con brusquedad.

—¿Nunca te has preguntado por qué los clérigos se largaron, Nadezhda? ¿Por qué eres la única que queda? ¿Por qué los dioses hablarían a través de una joven frágil cuando podrían elegir a sus propios clérigos? ¿Por qué la vengativa y mezquina Marzenya deseaba compartirte?

—Porque sabían lo que estaban haciendo los dioses antiguos —susurró Nadya.

Pelageya asintió.

—La consagración cesó porque no había forma de saber si un dios antiguo tenía al niño entre sus garras.

Nadya había sido una niña elegida por la oscuridad. Se abrazó con fuerza.

—¿Sabes qué dios antiguo, Pelageya?

—No importa —dijo la bruja—. Todos están compuestos de terror y rabia. Sus manos te han modelado igual que las de los dioses. Eres una criatura de oscuridad, caos y luz de estrellas, y te he observado intentando mantener al mundo lejos de la locura de forma muy valiente, aunque no sé si lo lograrás o fracasarás. Pero se está volviendo cada vez más difícil, ¿verdad, niña? Ignorar los susurros, no querer la magia y el poder que los alimentan.

Nadya pensó en el poder que le había robado a Zvezdan.

—¿Por qué no me lo contaste hace un año?

Pelageya inclinó la cabeza.

—Niña, hace un año no me habrías creído. Estabas encerrada entre las garras de la Iglesia y creías que la magia debería proceder solo de los dioses. Por eso no hago profecías. Solo te ofrezco lo que veo porque no sé en qué dirección te moverás.

—¿Y ha sido en la dirección esperada? —preguntó Nadya, quien, hacía un año, era incapaz de tocar el libro de hechizos de Malachiasz sin sentirse sucia; quien, ahora, se había hecho cortes en los brazos, lanzado magia de ese mismo libro y besado a un chico mucho peor que todo lo que había aprendido a odiar.

—¡Nunca sé qué esperar! —exclamó Pelageya divertida. Nadya no podía mirar a Katya ni a Anna. Esa conversación no se había acabado, pero no podía soportarlo más.

—Si vuelvo, ¿estarás aquí?

—Por supuesto, niña. Trae a los tranavianos. Chicos maravillosos. Un desastre absoluto.

Nadya huyó.

* * *

Nadya no esperó a Anna ni a Katya. Quería ver a Malachiasz. Para pelearse, para hablar. Estaba nerviosa, condenada y se quedaban sin tiempo. Deseaba disfrutar de los momentos robados que pudieran conseguir juntos.

Sacó el libro de hechizos de la mochila y se lo apretó contra el pecho mientras iba en su búsqueda. Aún llevaba su chaqueta y se bajó las mangas hasta las manos.

—¡Justo a quien estaba buscando!

Nadya se detuvo y se giró hacia Parijahan con las cejas levantadas.

—Quiero encontrar a Malachiasz, pero supongo que puede esperar, ¿no? —En realidad, la clériga no deseaba rememorar su discusión. La mitad de lo que le había dicho solo era a causa de verle tan seguro de sí mismo.

—Está en la biblioteca.

—Por supuesto.

—Y es de él de quien quiero hablar. —Parijahan entrelazó el brazo con el suyo y tiró de Nadya en la dirección opuesta.

—Creo que ya hemos pasado la fase «no es bueno para ti».

—¿Te han dado muchas de esas charlas? —preguntó de forma amigable Parijahan.

—Está implícito en todo lo que me dicen ahora que no está muerto.

—Estoy segura de que puedes tomar tus propias decisiones, aunque sean malas.

Nadya resopló. Parijahan le dedicó una mirada de soslayo.

—Debo avisarte… de que lo que te voy a preguntar es posible que te lleve a desear que te trague la tierra.

—¡Inquietante! Espera, voy a tomar un té. —Se separó de ella cuando llegaron a la cocina y sirvió una taza del samovar para cada una. Los carbones de su base se habían avivado hacía poco.

—¡Me preocupas! No puedo evitarlo. Tu educación fue…

—¿Especializada? —le propuso Nadya.

—Por utilizar una palabra bonita. Tú y Malachiasz compartís una habitación y yo…

«¡Vaya!». Nadya se detuvo a medio camino hacia la mesa.

—¡Parj! —dijo con voz ahogada.

—¿Estás fundiéndote con el suelo?

—Estoy al menos a dos metros de profundidad.

—No hay de qué avergonzarse.

Nadya estaba segura de que nunca había notado el rostro tan caliente. Posó las tazas de té en la mesa y escondió la cara entre las manos. Parijahan soltó una pequeña carcajada.

—No lo hemos hecho —musitó Nadya.

—¿No?

Negó con la cabeza a toda prisa. Y, como si no estuviera viviendo ya el momento más bochornoso de su vida, llegó Kacper.

—Perdonad, ¿interrumpo algo? —preguntó con una ceja levantada.

—No —chilló Nadya antes de sentarse y esconder el rostro tras el vapor del té.

—¿Qué tipos de veneno tienes? —le preguntó Parijahan. Aquel era el peor día de la vida de Nadya.

Kacper se detuvo a medio camino mientras se servía un té y miró hacia atrás.

—¿Planeas envenenar a alguien? Quitando a Serefin y a Ostyia, los demás son todos vuestros.

—¿Eso es un sí?

—Parijahan, querida, siempre llevo conmigo gran variedad de venenos.

—¿Raíz de cardo?

El chico frunció ligeramente el ceño, terminó de llenarse la taza y se giró.

—Sí.

—Es anticonceptiva en pequeñas dosis.

—Lo sé —contestó—. Puedo conseguiros un poco, pero, sangre y hueso, no me contéis más.

—Espera, Kacper —le pidió Nadya. Ahora tenía una idea de cómo conseguir información sin que Malachiasz lo supiera—. ¿Tienes…? —Se interrumpió con el ceño fruncido—. ¿Tienes algo para dormir a una persona?

El tranaviano torció un poco la boca.

—Bueno, algo tengo, pero actúa despacio. Te deja fuera de combate, pero tarda unas horas en funcionar.

—Sería perfecto. ¿Se te da bien echar droga en el té de alguien?

—Me ofende la pregunta —dijo Kacper.

—¿Podrías echársela a Malachiasz en el té de esta noche?

Una sonrisa lenta le cruzó el rostro.

—No hay nada que desee más.

—Preocupante, pero merecido, supongo.

El chico sonrió.

—Y te conseguiré la raíz de cardo.

—Ah, gracias…, espera… —Dejó caer la cara entre las manos cuando Kacper se echó a reír.

—Nadie necesita preocuparse de ese tipo de problemas —comentó el tranaviano.

Nadya soltó un suave gruñido.

—Volvamos al punto en el que todos fingimos con amabilidad que nadie es consciente del estado de las relaciones del otro.

—No eres una persona demasiado recatada cuando se trata de ti y de ese Buitre. Siento ser el portador de malas noticias.

—Déjame vivir en la ignorancia.

El chico sonrió antes de marcharse de la sala. Nadya decidió que moriría allí mismo, con la cara entre las manos. Parijahan le apretó con suavidad el hombro.

—Personalmente creo que deberías aferrarte a toda la felicidad que puedas.

—No sé si usaré ese té —comentó con suavidad. Era un paso aterrador. Sabía que se debía a su educación impregnándolo todo, pero era algo que quería, aunque le daba miedo el hecho de desearlo, como si no se le permitiera.

—¡Nunca lo sabré! A menos que quieras contármelo. Me preocupabas sobre todo tú. Los dos sois tan… intensos.

Nadya le dio un largo sorbo al té.

—¿Yo?

—Nadya, eres mi amiga. —Pestañeó, confusa, por lo que Parijahan inclinó la cabeza, observándola—. ¿Estás bien?

—No estoy acostumbrada a que la gente se preocupe por mí. Por la clériga, sí, claro, por supuesto, pero no por mí.

—Quizás te dé la impresión de que la gente se preocupa de la clériga cuando en realidad lo hacen por ti.

Nadya emitió un sonido, poco convencida. Claro, quizás, pero eso se acababa cuando la mayoría se desviaba del camino para traicionarla. Malachiasz deseaba su poder. Serefin la mantenía cerca porque le era útil políticamente. Se lo contó a Parijahan, quien frunció el ceño.

—Malachiasz está loco por ti. Serefin ignora a la gente que no le importa y a ti no. Admito que me cuesta entender las motivaciones de Katya, pero estarías convertida en cenizas en una hoguera si no le importaras. Nadya… —Parijahan la cogió de las manos—. Somos tus amigos. —La clériga se mordió el labio inferior para no llorar—. ¡Genial, entonces! Ahora que te he disuadido sobre tus miedos y te he avergonzado, me quitaré de en medio —dijo Parijahan con un tono alegre, poniéndose en pie. La besó en la cabeza.

—Le voy a pedir un veneno suave a Kacper para verterlo en tu té —musitó Nadya.

—No esperaba menos.

Nadya se marchó de la cocina poco después, con el rostro aún encendido. Que Kacper la encontrara en el pasillo y le tendiera una bolsita con una sonrisa insufrible en el rostro lo empeoró todo.

—Si le dices algo a Serefin…

—¡Seré discreto! —exclamó antes de girar sobre los talones y desaparecer por el pasillo adyacente.

—Esto es una pesadilla —musitó. Necesitaba que la conversación anterior no arruinara todo lo que tenía que hablar con Malachiasz.

Se preguntó si debería preocuparse de que estuviera él solo, vagando por la pequeña biblioteca, en lo alto de la torre. El tranaviano no se giró cuando se acercó, pero se le tensaron de forma visible los hombros.

—¿Podemos hablar? —preguntó Nadya, extendiéndole el libro de hechizos. Había leído todas las páginas y mirado cada boceto. Sabía lo que significaba para él. Malachiasz abrió mucho los ojos y se movió con una sacudida hacia ella, como si quisiera arrebatárselo. Nadya se lo puso con suavidad en las manos. Luego, cogió su daga y se la dio también.

El Buitre permaneció en silencio mientras acariciaba con los dedos el cuero gastado y observaba los iconos aún sobre él. Estaba manchado de sangre y algunas páginas se habían soltado por el número de veces que lo había atado y desatado para añadir más. Lo hojeó y un ligero ceño fruncido le tensó los tatuajes. ¿Podía leer los hechizos que había escrito? Nadya temió preguntarle.

—Gracias —dijo con voz temblorosa y densa. Se movió de repente, se pasó tanto la daga como el libro a una mano y la tomó de la cara con la otra antes de inclinarse para besarla.

«Vaya». Se había olvidado de cómo era besarlo. Un cálido rayo de sol, como ahogarse. Quería más, pero, cuando él se separó, lo dejó ir. Sus

traiciones pendían sobre ella como un cuchillo sobre un hilo deshilachado encima de su garganta.

Malachiasz abrazó el libro de hechizos contra su pecho, tan feliz que Nadya sintió como si la hubieran golpeado en el corazón.

—Nunca creí que lo volvería a ver, Nadya. ¡Gracias! ¿Por qué te lo quedaste?

—Porque moriste. —Agarró el pelo del chico y tiró de él hasta que su frente quedó presionada contra la de ella—. Moriste después de que te traicionara de esa manera y se acabó. No más segundas oportunidades. La muerte y resurrección de cualquiera de nosotros no es una segunda oportunidad. Son los dioses jugando porque la mejor manera de controlar a un mortal es atraerlo cuando su mortalidad se ha desvanecido y enviarlo al mundo retorcido, roto, en el orden equivocado.

Él contuvo el aliento. Retrocedió y se metió un dedo en el oído.

—¿Malachiasz?

—Perdona, creía que habías admitido que tus dioses nos manipulaban. Quizás esté oyendo cosas raras.

Nadya gruñó.

—No quiero admitir que tenías razón.

—¡Tengo razón!

—Te odio.

Malachiasz sonrió. Seguía aferrándose al libro de hechizos, pero había posado la otra mano con suavidad en la cintura de ella. Nadya le rodeó el cuello con los brazos y le enredó los dedos en el pelo.

—Eres insufrible. Te he echado mucho de menos y me da la impresión de que no se me permite. No hay palabras para expresar lo feliz que me siento de que estés vivo, pero… no va a durar. Todos morimos en esa montaña. —Nadya se quedó callada, escuchando el suave sonido de su respiración y sintiendo la calidez del cuerpo de Malachiasz cerca del suyo.

Él levantó una mano; sus dedos eran tan suaves como un suspiro sobre la mandíbula de la chica.

—¿Estás preparada para rendirte?

—No hay esperanza, Malachiasz.

El tranaviano gruñó con suavidad e inclinó la cabeza.

—¿Qué es eso? —musitó. Le recorrió la garganta con un dedo antes de cogerla de la mano izquierda. Paseó la mirada entre su mano y su rostro y le tocó con delicadeza la frente. A Nadya se le contrajo la respiración cuando

notó una oleada de pavor y horror inundándola. Se le abrió un ojo en la mano. El chico lo miró y levantó una ceja.

—Tienes uno en la frente también —comentó—. Vaya, vaya, Nadezhda, ¿qué eres? —Cuando bajó la voz, la joven sintió un escalofrío—. ¿No te dije que tu poder procedía de fuentes más oscuras?

La clériga se negaba a admitir que tuviera razón.

—No procede de ellas, soy yo.

—¿Me estás diciendo que tengo delante un ser con un poder inimaginable que controla mis acciones y de alguna manera también una persona que mide la mitad que yo y que está aterrada? —Le recorrió el rostro con la mirada—. ¿Cómo es posible?

—Es… complicado.

—Tengo tiempo.

—¿Sí? —Malachiasz cerró los ojos—. Si vas a saltar sobre mí, me gustaría que me avisaras —añadió Nadya.

—Ah, lo sabrás.

—Es cierto, eres un monstruo espeluznante y aterrador, lleno de caos, ¿no?

Malachiasz sonrió.

—¿Aún no te he asustado?

—¿Lo estás intentando?

—Me parece que entra en el saco de ser, por lo general, desagradable y antipático.

El chico le había cortado la respiración.

—¿Eso es lo que piensas de ti mismo?

—Nadya, por favor. —No le dio la oportunidad de responder porque se movió a una mesa cercana. Dejó el libro de hechizos y le pidió que se aproximara con un gesto antes de tomarla con destreza por las caderas para dejarla en el borde de la mesa. Ahora estaba casi a su mismo nivel. Le gustaba. Malachiasz se colocó entre sus rodillas y echó la cabeza hacia atrás —. La luz aquí es pésima —musitó, mirando con atención el ojo en su frente —. ¿Qué eres, amor mío? —preguntó. Luego, pestañeó al darse cuenta de lo que había dicho. Ella también pestañeó con los ojos desorbitados. Malachiasz se estaba ruborizando—. Nadya —se corrigió.

—Mmm —respondió la clériga.

—¿Ves a través de él? —preguntó, y dio un tironcito de una de las hombreras de esa chaqueta suya que Nadya seguía llevando puesta, con una sonrisa en los labios.

—¿Tú ves a través de todos tus ojos asquerosos?

El chico miró más allá de su hombro con los ojos entornados.

—Sí.

—Ah. —No se lo esperaba. Dioses, debía ser nauseabundo—. Pues yo no, no puedo.

Malachiasz emitió un sonido, pensativo.

—¿Te gustaría intentarlo?

Nadya lo cogió por el dobladillo de la túnica negra y pasó los dedos por el bordado.

—¿Qué propones?

—Propongo —dijo él con cautela— ayudarte. Nunca llegamos a probar el vínculo que creaste al robarme poder. —Su piel pálida se ruborizó aún más.

—También le robé poder a un dios —susurró Nadya.

—¿Sí? —preguntó, ausente, como si estuviera tratando de hacer un puzle mientras hablaba con ella.

La clériga tiró de su túnica sin sostenerle la mirada y se lo contó todo. Lo de utilizar su libro de hechizos, lo de los iconos llorando, el agua oscura y el sabor de la magia de Zvezdan. Malachiasz se quedó inmóvil mientras hablaba, tan callado como si hubiera dejado de respirar.

—Nadya —musitó, con la voz inundada de una emoción que ella no identificó. Se dio cuenta de que era porque nunca la había oído. Era miedo—. Lo que me estás contando es imposible.

La clériga se estremeció.

—¿No me crees? —preguntó con un hilo de voz. Quizás Magdalena tenía razón. Tal vez estaba loca.

—¿Por qué no iba a creerte? —La miró a la cara—. Por supuesto que te creo.

—A lo mejor nunca he oído a los dioses —musitó ella. Esperaba otro comentario sarcástico, otra observación divertida sobre que él tenía razón en todo momento. En lugar de eso, Malachiasz le acarició la mejilla con los dedos.

—Te he visto apagar las estrellas, quemar un campo de batalla, atraer un plano de realidad que no es el nuestro, robarme la magia y utilizarla con tanta facilidad como si fuera tuya. Usaste mi libro de hechizos, algo que mataría a cualquier mago de sangre que lo intentara. Nadya, te creo. Has hecho cosas imposibles desde que nos conocimos.

—¿Qué querías decir antes con lo de tu alma? —A él se le desmoronó la expresión y Nadya apretó los puños en torno a su túnica—. No sabía que los

tranavianos creíais en eso.

—Es complicado —dijo con un gemido. Ella entendió que eso significaba que no lo era, solo que se acercaba demasiado a la teología kalyazi.

—Es tu conciencia, lo que nunca has tenido, tu esencia, los pedazos inherentes a ti que te convierten en quien eres. —Nadya deslizó una mano por su cuerpo antes de posarla sobre su corazón. Él se removió incómodo entre los muslos de la chica—. El ancla de tu nombre. Tu habilidad para mantener el control. Tu poder, tu corazón, tu mente avispada e inteligente. ¿Cierto? —Malachiasz asintió, triste—. Y te quedó tan poco después de estar con los Buitres… La habían deteriorado hasta el mínimo y ese mínimo se lo diste a una bruja. —El tranaviano abrió los labios y dejó escapar un suave suspiro—. Y así es como Chyrnog se apoderó de ti.

—Sí —susurró.

—Pero está cambiándote poco porque ya quieres lo que él desea.

Malachiasz cerró los ojos. Estaba temblando con violencia.

—Quiere que ponga la boca en tu garganta y te la arranque —dijo—. Tienes mucho poder. Sabría como el vino hasta disolverse en cenizas. —Con los dedos convertidos en garras, le recorrió la cara con suavidad—. Quiere que me coma primero tus ojos. —Le tocó el corazón y le presionó una uña contra él, la punta de la garra sobre su piel—. Quiere que después me coma tu corazón. Sería adecuado, según dice, que yo fuera tu última imagen, que tu último latido lo sintiera en mis manos. Quiere que destruya cada parte de tu ser.

A Nadya le martilleaba el miedo en la garganta.

—¿Y tú qué quieres?

—A ti —susurró, y algo en su voz hizo que la chica tensara los muslos de manera involuntaria contra su cadera. Un sonido extraño surgió del pecho de Malachiasz. Le dedicó una pequeña sonrisa y continuó—: Viva. Lejos de mí si es necesario.

Hizo desaparecer las garras y se desmoronó contra ella. Dejó escapar un largo suspiro. Nadya le besó el pelo.

—Aún quieres hacer magia, ¿no?

Malachiasz alzó la cabeza.

—¿Tú quieres?

—¿Qué estamos haciendo exactamente?

El Buitre dudó y, con cuidado, le acunó el rostro antes de pasarle los pulgares por las sienes. Nadya se volvió muy consciente de lo grandes que tenía las manos y lo largos que eran los dedos que se le entrelazaban en el

pelo. La perspectiva de usar magia, de descubrir algo, era suficiente para alejarlo del borde del precipicio. No duraría, y el miedo de ese momento vibraba en su interior, pero había un calor que no podía negar y, si él podía ayudarla, no lo iba a detener.

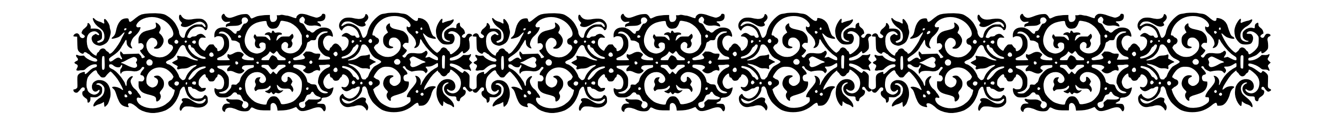
—Yo…, nosotros… —Malachiasz titubeó antes de enderezar los hombros — vamos a comprobar lo que puedes ver a través de ese ojo tuyo tan inquietante.

—¿Me va a doler?

Algo travieso y sombrío le cruzó el rostro.

—La manera en la que pienso hacerlo hará que te sientas muy bien.

Luego, la besó con intensidad y ella se rompió en pedazos.



40

NADEZHDA LAPTEVA

Si sangro lo suficiente, si sudo lo suficiente en el altar de piedra de las cavernas, tal vez me escuche, tal vez me oiga de nuevo, tal vez me diga qué hice mal, tal vez me cuente por qué ahora solo hay arañas.

Fragmento de los diarios personales de Sofka Greshneva

Todos esos momentos confusos y codiciosos de usurpación, las mareas apresuradas al arrojarse poder el uno al otro en instantes de desesperación no eran nada comparado con aquello. Cada parte del ser de Nadya se relajó bajo los dedos fríos de Malachiasz cuando este, con cuidado, la hizo pedazos con una magia delicada, pero, a la vez, tóxica y oscura.

Allí encontró familiaridad, una pizca de algo conocido, algo propio desde la noche que le había quitado un hilo de poder y se lo había quedado para sí misma. Sentía calor y frío intermitentemente, hasta que el primero se impuso a causa de la cercanía del cuerpo cálido de Malachiasz, la boca con la que la besaba con tanta lentitud y seguridad, la magia con la que la envolvía, abriéndola ante él.

No necesitaron palabras. Nadya sabía lo que Malachiasz quería, con qué magia necesitaba rodear la suya mientras él la presionaba y empujaba, usando un poder que no se parecía a la magia de sangre, sino que era más grande, vasto, interminable y cambiante. Era caos perfeccionado en ciertos puntos de calor corrosivo cuando le deslizaba las manos por la piel mientras ella le rodeaba las caderas con las piernas y le acariciaba el pelo.

Nadya se arqueó y dejó caer la cabeza hacia atrás. Lo sintió buscando, la suave presión contra cada puerta cerrada de su interior. Algunas se abrían, otras las mantenía cerradas y él pasaba a la siguiente. Sabía lo que estaba

buscando, pero no sabía dónde lo encontraría. Agradeció la búsqueda. Sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que… ¡ah!

Un titubeo, una pausa, cuando encontró el océano de agua oscura. La chica lo sintió jadear, sintió que tensaba la mano sobre su cintura. Notó su aliento cálido contra el cuello cuando él bajó la cabeza y lo pensó durante un momento.

Nadya susurró su nombre, le besó un lado de la mandíbula y esperó a que pasara el momento de reflexión. Abrió los ojos y lo observó con párpados pesados. Tenía los ojos claros ciegos, atrapado en la agonía de la magia. Era un océano formado por las manos de los dioses antiguos. Ella nunca debería haber existido, pero allí estaba ahora, cautiva entre la magia oscura y la más oscura. Al final no era más que una chica que se había dado cuenta de que el poder que tenía le pertenecía.

Lo sintió a través de lo que fuera aquello, sus emociones, su penetrante aguijón. Eran estrepitosas e intensas. No le extrañaba que fuera como era (abrumador, a veces cruel y otras amable) si así percibía el mundo, con violentas oleadas y apasionados relámpagos. Allí, en ese momento, la curiosidad y el calor lo sobrepasaron.

Nadya no sabía qué había cambiado excepto que Malachiasz había renovado sus esfuerzos. Se acercó a ella con una sacudida, la besó con intensidad con un calor tan penetrante que la iba a consumir totalmente.

Había encontrado lo que buscaba. Su magia unida a la de ella, frenéticas, alzándose con cada respiración, cada beso de sus labios en los suyos, en su piel. No se detenía, seguía estirándose hasta que algo… cedió. Una exquisita oleada de tormento.

No pudo evitar soltar un áspero grito cuando tensó las manos a su alrededor, aferrándose a él. Un poder apabullante la recorrió como una oleada hasta que… hasta que percibió una imagen muy diferente.

—Vaya —susurró. Le temblaba todo el cuerpo, consciente de la forma en la que le había levantado la falda hasta los muslos y de la mano caliente, convertida en un punto de ardor cegador, mucho más arriba, debajo de la tela.

Malachiasz soltó un largo suspiro tembloroso y una sonrisa se le dibujó en la boca. Le dio un beso con los labios entreabiertos en el interior del muslo y soltó una pequeña carcajada ante el siseo que le cruzó los dientes a Nadya. Esta se mordió el labio inferior y cerró los ojos, pero seguía siendo capaz de ver.

—Espera —dijo, tensando los brazos alrededor del chico.

Cuando estaba en el plano de los dioses, el mundo parecía distinto. Texturas, tonalidades, siempre un poco confuso. La tenue biblioteca en la que estaban seguía siendo solo una biblioteca, pero la luz tenía un aspecto nauseabundo y enfermizo. Había putrefacción en el suelo que se extendía desde donde se encontraba Malachiasz.

Lo había visto sin su cuidadosa máscara de magia con la que conservaba su forma humana. Lo había visto como era, un monstruo, un dios. No había miedo al caos agitado, las extremidades, los dientes y el horror doloroso y enmarañado. Sin embargo, algo extraño se filtraba de los libros, una oscuridad profunda con la textura de la sangre. Envenenada, descomponiéndose.

La entropía se filtraba en el mundo con cada paso que daba Malachiasz. Se quedaban sin tiempo.

—¿Ha funcionado? —preguntó el joven sin aliento.

—Ha funcionado —murmuró.

—No ha dolido, ¿no? —Parecía preocupado de verdad.

—No, chico maravilloso.

—Ah, eso es nuevo. Nunca me habían llamado maravilloso.

No sabía si lo decía en serio o en broma. Sospechaba que lo segundo. Malachiasz enterró la cara en su cuello y ella le acarició el pelo con los dedos.

—¿Dónde narices aprendiste a hacer algo así? —preguntó Nadya.

El chico levantó la cabeza lo suficiente para dedicarle una sonrisa ladina.

—Sé hacer muchas cosas. —Nadya era demasiado consciente de cómo le ardía la cara, de esa maldita bolsita haciéndole un agujero en el bolsillo. Malachiasz añadió con voz grave—: Tal vez, si sobrevivimos a esto, pueda enseñártelas.

Intentó con todas sus fuerzas evitar que un suave sonido quejumbroso se le escapara de la garganta, pero no lo consiguió. Él esbozó una sonrisa.

Sonreía mucho. Era una de las primeras cosas en las que Nadya había reparado, pero solían ser máscaras cuidadosas para que la gente dejara de estar alerta. Nunca sonreía mostrando los dientes a no ser que quisiera asustar a alguien. Sin embargo, sus sonrisas amplias con los dientes al descubierto, esas en las que cerraba los ojos y le hacían asemejarse al chico de diecinueve años que era, le parecían reales.

La besó. Movió la boca hasta su mandíbula, su garganta. Nadya dejó escapar un gemido. Un dolor intenso. El mundo pareció ralentizarse cuando le presionó la mano contra el pecho para alejarlo mientras ella se lanzaba al lado

contrario de la mesa. Malachiasz la observó con ojos desorbitados y su sangre recorriéndole la barbilla.

—Maldita sea —susurró. Un miedo puro y auténtico le cruzó la cara, lo que Nadya sabía que solo podía significar una cosa.

Los ojos de Malachiasz se volvieron negros. «No, no, no». Nadya no quería ver cómo comenzaba a manifestarse lo que había visto su ojo divino. Se bajó de la mesa y le dio una patada para lanzarla contra él y ganar tiempo. No tenía armas. Se había dejado los *voryens* en el cinturón sobre la cama, una tontería por su parte.

«No entres en pánico», pensó, captando un retazo aterrador de las filas de dientes de hierro. De las uñas le surgieron garras que le dieron una idea a la clériga.

Con una chispa de entusiasmo, sacó sus propias garras. Una parte de ella esperaba sentir el asco de Marzenya y se inquietó al no notar nada. Solo era una chica con poder propio. Sin embargo, no le vendría mal conseguir refuerzos.

—Malachiasz, *sterevyani bolen*, cariño, sé que me puedes oír —dijo, y retrocedió un paso con cautela cuando él se acercó. Sus movimientos eran demasiado ágiles, inhumanos de una manera desconcertante. No había nada detrás de esos ojos color ónice y los cambios monstruosos parecían distorsionados, contaminados. Aquel era Chyrnog.

Se lanzó hacia delante y Nadya lo esquivó. Empujó con el hombro una estantería de libros hasta derribarla con la esperanza de que el ruido hiciera que alguien fuera a investigar. No pasó mucho tiempo antes de que la puerta se abriera para dejar paso a un perplejo rey de Tranavia.

—Nadya, te lo juro, esto me resulta demasiado familiar —dijo.

Hacía una eternidad.

—Has viajado con él… ¿Cómo conseguiste detenerlo?

—¿Con fuerza bruta en la cara? —sugirió Serefin, observando cómo Malachiasz acercaba de manera peligrosa las garras a la garganta de Nadya.

—¿Por qué no pareces preocupado?

—Bloqueé el sentido del miedo cuando tenía dieciséis años y no he vuelto a mirar atrás —dijo con indiferencia Serefin.

Nadya volcó una silla frente a Malachiasz y aprovechó ese momento de pausa para darle una patada en la cara, que se le giró hacia un lado. Serefin entró en la sala, lo que atrajo brevemente la atención de Malachiasz antes de que esta volviera a la clériga. La deseaba. Primero, sus ojos. Luego, su corazón.

—Nadya, si alguien puede detenerlo, esa eres tú —comentó Serefin.

Tenía razón. ¿De qué valía todo ese poder si no lo usaba cuando lo necesitaba? Se introdujo en un diminuto charco de agua oscura sin querer sentirse abrumada. Era una oleada atrayente y embriagadora a la que se podía acostumbrar con facilidad.

—Bueno, al menos entra aquí y sigue siendo una irritante fuente de distracción —le pidió.

—Estoy aquí como tu escudo humano, señorita —dijo Serefin con una pequeña reverencia.

—Te voy a matar.

—Eso sería contraproducente si debo ser tu escudo humano.

—No te necesito vivo para que seas su saco de boxeo.

—Me ofendes.

A Nadya el corazón se le aceleró demasiado, palpitándole en la garganta. No dejaba de usar los muebles como barricada para esconderse, pero eran intentos vanos. No había manera delicada de razonar ni de sacarlo de su estado. Permitió que la magia le inundara las manos y le calentara las yemas de los dedos. Esperó a que se lanzara contra ella, convertido en un caos rugiente con dientes ásperos y sangre, y extendió la mano, lo que le paralizó en el sitio.

El Buitre se resistió de inmediato, contraatacando con su propio poder, lo que formó una lluvia oscura de chispas que Nadya apenas pudo soportar. Serefin cogió una silla por la pata y la lanzó contra la nuca de Malachiasz. No sirvió de nada.

—Ah, eh… —dijo sorprendido—. Eso funcionó la última vez.

El Buitre Negro embistió a su hermano y ambos cayeron contra una estantería que se derribó. Nadya cogió la pata de una silla rota y la levantó un poco. No pasaría nada por intentarlo de nuevo, supuso, y la bajó con fuerza. Malachiasz se escabulló, pero aquello le dio tiempo suficiente a Serefin para quitárselo de encima con una patada cuando las garras de su hermano se acercaban a él de forma terrorífica.

—Mi cara ya ha sufrido bastante —musitó Serefin mientras en sus manos aparecía una especie de luz que lanzó contra el pecho de Malachiasz.

Este soltó un chillido aterrado, arañándose. Nadya reunió su magia y presionó su voluntad contra la del tranaviano (la de Chyrnog) hasta que lo derribó.

El pozo de poder era abrumador y Nadya apenas sabía cómo convertirlo en nada que no fueran amplias pinceladas de magia pura, pero eso era lo que

necesitaba. La envió contra Malachiasz, lo que le dejó inconsciente, convertido en un chico roto a sus pies, sangrando por la herida de la cabeza.

—Tenemos problemas —dijo Serefin tras dejar escapar un largo suspiro—. ¿Qué estabais haciendo aquí?

Nadya sintió que enrojecía. Serefin le lanzó una mirada y cerró el ojo.

—Sangre y hueso —musitó.

—Solo estábamos…

—Preferiría arrancarme el otro ojo antes que oírte decir lo que estabas haciendo con mi hermano. Olvida la pregunta.

Nadya permaneció en silencio. Comenzó a poner en pie los muebles. Serefin le tendió una mano.

—Vamos, siéntate. Podemos arreglarlo después.

La clériga no quería hacerlo. Recoger aquel desastre era lo único que la distraía de la desesperanza. Igualmente se sentó con un suspiro. Serefin le colocó un brazo sobre los hombros.

—No podemos luchar contra esto —susurró la kalyazi, inclinándose contra él—. No va a salir vivo de esta. Y creo que yo tampoco.

Serefin le acarició el hombro con la mano y le dio un beso en la cabeza. Nadya la apoyó contra él. Olía bien, a un ligero toque de cobre, pero sobre todo a vino.

—Siempre hay una oportunidad —musitó el chico—. Siempre tendremos una oportunidad.

—¿Desde cuándo eres tan optimista?

—Solo cuando alguien es más pesimista que yo. —Hizo una pausa—. Estás temblando.

Serefin la acercó aún más. Se quedó ahí sentado, con ella aovillada contra él, en silencio, durante mucho tiempo. No había nada que decir para hacerles sentir mejor. Al final, un gruñido interrumpió la calma. Malachiasz se incorporó, agitó la cabeza y se arrastró unos pasos antes de caer sobre ellos.

—Esto no me gusta —dijo Serefin.

Malachiasz murmuró algo incoherente sobre Nadya. Ella se inclinó para presionar la cara contra su pelo. El chico se movió para darse la vuelta, golpeando con fuerza a Serefin en el estómago casi definitivamente a propósito.

—Se está volviendo mucho más fuerte —comentó Malachiasz con voz áspera.

—Se está volviendo más difícil traerte de vuelta —observó Serefin—. Te van a salir unos moratones aterradores, aunque quizás eso sería una mejora,

¿no?

Malachiasz lo fulminó con la mirada. Estiró el brazo y tocó a Nadya en el cuello. Cuando retiró los dedos, los tenía manchados de sangre.

—Necesito alejarme de ti —musitó.

—Puedo apañármelas sola —contestó la clériga.

—Por muy cierto que sea eso —dijo Serefin—. Malachiasz es un reloj cuya arena está a punto de acabarse.

Nadya suspiró y les contó la conversación que había tenido con Pelageya. Malachiasz frunció el ceño.

—No creo que sea el único del que nos tenemos que preocupar —susurró Nadya.

—¿Qué hacemos con esa información? Seguro que el dios tiene alguna debilidad, seguro que puedes…

—Espera —dijo Malachiasz, moviéndose para sentarse frente a ellos—. Dijiste que la Iglesia te tenía miedo, igual que tus dioses.

—Sí, todo ese lío de que «me moldearon los antiguos dioses antes de que Marzenya me reclamara» ha causado cierta alarma.

—¿Por qué?

Lo de la Iglesia era fácil de explicar. Nadya era la prueba de que todas sus enseñanzas no eran ciertas. Podía sacudir las bases de la institución. Respecto a los dioses, bueno, ¿no era también culpa suya que Marzenya estuviera muerta? Tras una larga pausa, eso fue lo que dijo.

—No habría podido matarla sin ti, Nadya —contestó Malachiasz con seriedad.

—Los antiguos dioses me moldearon. No puedo ser su debilidad.

—Bueno, no solo tú —comentó Serefin—, pero era lo que decía Pelageya, ¿no? No solo se trata de ti, sino de una clériga moldeada por los dioses antiguos, un Buitre convertido en dios del caos, un mago de sangre…

—¿Qué eres exactamente, Serefin? —le preguntó Malachiasz con amabilidad.

Su hermano estiró una mano y una nube de polillas se dispersó alrededor de los dedos.

—No estoy seguro.

—Un elegido por los dioses —musitó Nadya.

Serefin se encogió de hombros.

—Y una *prasīt* con una magia racional influyente —concluyó Malachiasz.

—Eso no lo entiendo —dijo Nadya.

—No, yo tampoco. —Sin embargo, parecía tener un deseo desesperante de investigar qué podía hacer Parijahan sin ser consciente siquiera.

—Serefin, me parece que decías que debíamos trabajar juntos, ¿no? —preguntó Nadya con sequedad.

—Una sugerencia desconcertante tras todas las puñaladas traperas, lo sé.

Permanecieron en silencio durante bastante tiempo. Malachiasz miró sobre el hombro de Nadya.

—Me sorprende que no me lanzaras por esa ventana —murmuró.

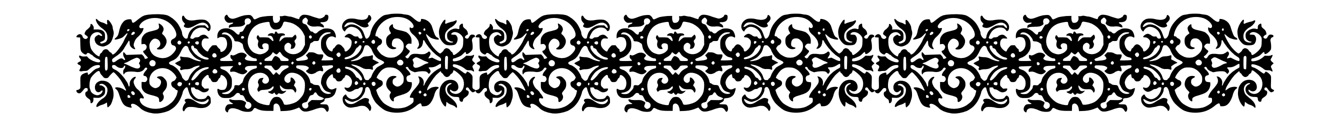
Nadya jadeó.

—Podría haberte defenestrado con mucha facilidad. Una oportunidad perdida.

Serefin puso el ojo en blanco.

—Bueno…, ¿dónde nos deja esto? —preguntó.

Nadya pensó en el mundo que podía ver, las cosas que era capaz de hacer. Seguro que había un lugar al que podían ir para enfrentarse al fin del mundo. Incluso si estaban malditos, debían intentarlo.



41

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Morokosh introducía los dedos como carámbanos en la mente de los mortales, volviéndolos tan histéricos que una joven podría asesinar a un pueblo entero ella sola.

El Volokhtaznikon

Malachiasz necesitaba alejarse de Nadya. No obstante, era evidente que la kalyazi no iba a perderle de vista.

El Buitre Negro estaba inquieto por todo lo ocurrido en la biblioteca: la cercanía, la calidez, la sensación de las piernas de la chica en torno a sus caderas, la manera en la que formulaba las preguntas que sabía que él no quería contestar mientras lo observaba con tanta atención, contemplándolo, la sensación de sus propios dientes al penetrarle en la piel, el sabor de su sangre, dulce, amarga y desastrosa. Aún podía sentirla.

Había seguido a su hermano hasta la cocina, desesperado por desprenderse de esa dulzura. Serefin, encantado de una manera preocupante cuando Malachiasz le había pedido alcohol en un intento desesperado por olvidar todos los sentimientos que no conseguía controlar, trajo una botella de vodka con una floritura. Nadya pareció titubeante.

—Los dos tenéis unos mecanismos muy poco saludables para lidiar con los problemas —musitó. Tocó a Malachiasz en el costado y él se estremeció de manera involuntaria—. Vaya. —Retiró la mano como si se hubiera quemado. Frunció las cejas con expresión confundida—. Muy bien —dijo—, debería haber entendido que el hecho de que me mordieras en el cuello era un mal indicio.

Malachiasz alargó la mano hacia ella. La pena de perderla seguía muy presente y no podía evitarla. Con delicadeza, le colocó el pelo sobre el hombro. El mordisco no era profundo, pero tenía un aspecto feo.

—Maldita sea —musitó Serefin, frunciendo el ceño ante el vodka derramado—. Puedo golpearte con una sartén si lo necesitas —propuso, alzando la mirada.

Malachiasz sentía lo mucho que había crecido el dios, lo fácil que sería. Tenía mucha hambre.

—¿Duele? —le preguntó a Nadya.

La chica negó con la cabeza.

—No me habría importado si no hubiera sabido lo que significaba para ti.

«Ah, bueno, entonces». Aquello lo distrajo. Nadya le quitó la mano de su propio cuello y le apretó los dedos con suavidad. Serefin soltó otra maldición y el Buitre Negro suspiró.

—Déjame a mí. —Le quitó la botella al darse cuenta de que nada había acabado dentro del vaso y de que Serefin estaba pasando la mano del vaso al líquido derramado en la mesa con un profundo ceño fruncido.

—Es por el ojo —dijo Serefin—. Percepción de la profundidad. Eh…, no, no es suficiente, más.

Malachiasz le dio un sorbo al vodka mientras le tendía un vaso a su hermano. Le bajó por la garganta con un ardor satisfactorio. Serefin tomó el vaso y la botella y se marchó de la sala. Nadya y Malachiasz intercambiaron una mirada. La primera se encogió de hombros antes de seguirle. El tranaviano dudó, inseguro.

Debería irse antes de que hiciera daño a todos. Nunca había tenido a nadie en su vida que le importara lo suficiente para no hacerle daño. Era extraño y aterrador. No le gustaba que vieran su interior, prefería sus máscaras y mentiras. Era algo seguro, no como aquello.

Nadya volvió a asomar la cabeza. Llevaba el pelo sobre el hombro, formándole una pálida cortina cuando se inclinó hacia delante.

—¿Malachiasz? Si no vienes, Serefin se va a beber la botella entera y no debería.

La chica aún tenía la manga izquierda subida, lo que mostraba la extraña marca oscura en su piel que le llegaba hasta el cuello, así como las uñas convertidas en garras. El ojo en la frente estaba cerrado. Si la habían moldeado los dioses antiguos y le habían garantizado un poder inimaginable que le había quitado el aliento, ¿por qué la deseaba con tantas ganas Chymog? ¿O no era ese el caso? No era un receptáculo, quizás fuera una creación en sí misma, algo que podría empujar el mundo hasta derrumbarlo.

Pensó en la chica de la nieve, temblorosa, mientras le ofrecía su brazo, su sangre para que pudieran escapar de los Buitres, la chica que había estado a

punto de lanzar el libro de hechizos al río, la chica que ahora estaba ante él, sin el pelo recogido en una trenza, suelto sobre los hombros, con la oscuridad manchándole la piel y el alma. ¿Y si estaban mirando en la dirección incorrecta?

Chyrnog se agitó.

—*Conseguiré su poder también. Se creó para que nos liberara a mi y a los de mi especie, para abrir nuestras cadenas. Es solo cuestión de tiempo*.

«A ella no».

Se sobresaltó cuando Nadya le cogió la mano.

—Vamos, *sterevyani bolen* —dijo, tirando de él para salir de la cocina—. Sabía que el vodka era una mala idea.

Lo empujó por los fríos pasillos hasta la sala de estar. Tenía peor aspecto que las otras habitaciones. Contaba con apagadas alfombras de pelo en el suelo y algunos sillones harapientos junto a un diván muy desgastado. En la pared había más iconos, que Nadya contempló con un suspiro.

—Podemos darles la vuelta —propuso Serefin. Bebió directamente de la botella y le dio un golpe a la estufa de la esquina, tratando de caldear la habitación. Kacper lo había encontrado y lo observaba con preocupación desde un sillón cercano. Por fin, Serefin logró que funcionara y de inmediato se desplomó contra él.

—Quiero ver cómo empiezan a llorar —dijo Malachiasz, observando un icono.

Nadya puso los ojos en blanco. Abrió un arcón, sacó una vieja manta y se la colocó sobre los hombros.

—¿Has leído los libros que he traído? —preguntó, sentándose en el diván. Los libros estaban sobre la mesa. Debía haberlos llevado hasta allí, junto al libro de hechizos olvidado de Malachiasz, que le tendió.

Había leído dos y tenía algunas ideas, pero, si todo se reducía a encontrar su alma hecha pedazos, estaba perdido.

—¿Aún tienes el collar? —le preguntó a Serefin.

El rey de Tranavia pestañeó, sorprendido, tocándose el pecho.

—Sí —dijo mientras tiraba del collar para sacarlo de debajo de la camisa. Se lo lanzó a Malachiasz, quien le dio vueltas entre los dedos, a la vez que se sentaba en un sillón.

—¿Puedo hablar de mis dudas sobre hacer planes con la persona poseída por un dios antiguo? —preguntó Kacper.

—No vamos a hacer planes —dijo Nadya—. Estamos hablando de precedentes históricos.

Malachiasz esbozó una pequeña sonrisa. Nadya se inclinó sobre el reposabrazos del sillón y se llevó uno de los libros al regazo. Él abrió su libro de hechizos. No sabía si tenerlo ayudaría, pero esperaba que sí. Si no, siempre podía dibujar a la kalyazi con el lápiz que llevaba en el bolsillo, ya que la luz se reflejaba en la caída de su pelo de una manera que hacía que le cosquillearan los dedos.

—¿Puedes leerlo? —preguntó Serefin.

Malachiasz ojeó unas páginas hasta que encontró un hechizo. Era inquietante. Lo había escrito él, sabía exactamente lo que se suponía que debía decir, pero había una terrible desconexión y no conseguía procesarlo.

—¿Tú? —le preguntó a Nadya, quien se encogió en el diván.

—No entiendo el proceso, pero sí.

«Interesante». Volvió a la página anterior y a las primeras líneas de un boceto aleatorio de Nadya. Había echado de menos la seguridad de su libro, la idea de que todo lo que era se encontraba encerrado cuidadosamente en esas páginas.

—A Sofka la abandonó Marzenya —dijo Nadya con el ceño fruncido ante el libro que tenía en el regazo—. A Lev lo eligió un dios, no dice cuál, y volvió de las montañas, pero no podía hablar y supuestamente pasó a manos de Peloyin. Ah, qué raro.

—¿Qué pasa? —preguntó Serefin.

Parijahan entró en la habitación y se sentó junto a Nadya en el diván. Zaneta la siguió con un bostezo. Le tendió a Malachiasz media rebanada de pan negro y una taza de té antes de sentarse a su lado con su propia taza. El chico la observó.

—Serefin dijo que la comida ayudaba con el…

—¿Hambre cósmica? —propuso Malachiasz, pero le dio un sorbo al té, agradecido. Haría poco ante la incomodidad de estar cerca de Nadya, pero lo entumecería un tiempo—. ¿Dónde está Katya?

—Es probable que no sepamos de Ostyia ni de Katya —comentó Kacper.

Nadya dio una palmada.

—¿Dónde está Rashid? Acabo de ganar una apuesta.

—¡No me digas! —exclamó Malachiasz al recordar las muchas apuestas que habían hecho Rashid y Parijahan a expensas suyas.

—Ya te digo que sí. Bueno, Peloyin no deja de aparecer, pero es el único dios que no ha hablado nunca conmigo. Los otros dioses siempre evitan nombrarlo y la información es escasa por alguna razón. —Pasó de página—.

Los cuatro originales eran todos clérigos que perdieron el contacto con sus dioses patrones o fueron a algún lugar y regresaron transformados.

—¿Como, por ejemplo, muriendo y volviendo a la vida? —preguntó Serefin.

—Sin embargo, con Parijahan no ha sido así —contestó Nadya—. Aún no entiendo cómo has acabado metida en esto —le comentó a la akolana.

—Ah —musitó la aludida.

Malachiasz alzó la cabeza. Conocía ese tono. «¡Vaya!».

—Fue antes de que vinieras a Kalyazin.

—Éramos niños. Tenía hambre y no quise esperar a nuestro catador. —Parijahan se apoyó sobre las rodillas de Nadya—. El veneno actuó rápido. Mori antes de que nadie se diera cuenta de lo que había ocurrido. Rashid estaba allí, pero no sabía que había muerto. Pensaba que era un veneno suave. Si no hubiera estado allí…, todo se habría acabado.

Kacper apoyó la barbilla en el hombro de Serefin.

—¿La mayoría de la magia akolana es así?

—Akola tiene mucho poder —observó Malachiasz— y es cierto que lo esconden, pero también es verdad que no lo manifiestan igual que nosotros o los kalyazi.

Parijahan asintió.

—Hay muchas cosas que no sabemos porque los magos se aíslan en el desierto. Y los de la corte son sobre todo una pantomima.

Malachiasz quería con desesperación saber cómo funcionaba la magia de Rashid y Parijahan. Deseaba que no estuvieran allí al final de todo. Masticó el pan, pero no parecía estar ayudando. Se sentía enfermo.

—*No puedes resistirte. Si no consumes a uno de ellos, te obligaré a hacerlo en otro sitio. No hay forma de detenerme.*

Malachiasz dejó escapar un áspero suspiro. Nadya lo observó. Se levantó, vertió un poco de vodka en su vaso y cruzó la sala, aún envuelta en la manta, antes de cogerlo de la mano.

—Necesitas dormir —dijo.

Era verdad, pero no quería hacerlo. Le dolía la cabeza donde le habían golpeado y era más fácil para Chyrnog tomar el control cuando tenía bajas las defensas. Sin embargo, Nadya lo llevó a su habitación. Necesitaban mantener la distancia. No obstante, no sabía cómo decirle que no porque no tenía claro cuánto tiempo les quedaba.

—No debería estar aquí —dijo.

Ella le dio un golpecito en el pecho, decidida.

—No quiero estar sola y tú tampoco.

—Te he hecho daño.

—No tienes que fingir que eso te importa.

Retrocedió, dolido. Nadya lo fulminó con la mirada.

—Eh…, por supuesto que sí —contestó Malachiasz.

—Pero te gustó también.

El chico se sonrojó y desvió la mirada.

—Sé lo que soy. —Hizo una pausa y añadió—. Si te voy a morder, preferiría que fuera algo que disfrutaras.

Nadya se echó a reír. El sonido hizo que le diera un vuelco el corazón. La kalyazi se sentó en el borde de la cama y se llevó las rodillas al pecho.

—Siempre podríamos… no dormir —propuso.

Malachiasz estaba a punto de quitarse la túnica, pero se quedó paralizado. La prenda se deslizó de nuevo hacia abajo. Tenía el cerebro embotado.

—¿Perdona?

La joven inclinó la cabeza.

—Es muy probable que muramos.

—¿Sí?

Nadya se sonrojó.

—No…, no quiero morir sin saber qué se siente, sin haber estado contigo.

—¿Estar conmigo? —preguntó, y la voz se le quebró. Sabía de qué estaba hablando. Ella frunció el ceño y se abrazó a sí misma.

—Te estás riendo de mí, la pobre, protegida y reprimida Nadezhda.

—¡No me estoy riendo de ti! —exclamó el chico con firmeza antes de afirmar—: Aunque sí que estás reprimida.

—¡Cállate! —Gruñó ella, y se tumbó en la cama—. Solo… —Se interrumpió y dejó escapar el aliento.

Malachiasz cerró los ojos porque tenía incendiado cada nervio y su cuerpo traicionero lo estaba delatando. ¡Maldita sea!

—Nadya —dijo con voz ahogada—. No hace ni tres horas que he intentado arrancarte la garganta.

Nadya emitió un sonido, pensativa. Sangre y hueso, iba a matarlo.

—No puedo creer que seas tan razonable —dijo la chica.

—Estoy siendo razonable porque no quiero que mueras.

—No voy a morir por acostarme contigo.

Malachiasz se llevó las manos a la cara antes de ceder en una derrota parcial y arrodillarse junto a ella. Nadya extendió una mano, lánguida de una

manera que denotaba que sabía lo que le estaba haciendo. Él entrelazó los dedos con los suyos.

—Si te preocupan las repercusiones…

—¿Y si vivimos? —susurró Malachiasz.

—Kacper tiene un té para evitarlo.

Aquello le hizo detenerse.

—¿Por qué iba a tener Kacper algo así?

—En mayores cantidades, es venenoso.

—No quiero saber cómo lo sabes. —Pestañeó—. ¿Has hablado con Kacper sobre esto?

—¡No! —Nadya arrugó la nariz—. Se lo conté a Par… —musitó—, y ella habló con Kacper.

—¡Nadya!

—¡Como si no supusieran que eso es lo que hacemos aquí! Además, es posible que fueran los cinco minutos más horribles de mi vida. Por encima de mi muerte, así de bochornoso fue.

Malachiasz no pudo evitar echarse a reír. Nadya tiró de sus manos unidas, con lo que le obligó a tumbarse sobre ella.

—¡Malachiasz!

—A ver, has intentado quitarme la ropa desde que estuvimos en las Minas de sal —dijo, e inclinó la cabeza para rozarle la frente con los labios. Nadya se echó a reír de nuevo. Un sonido bonito. Quería pasarse el resto de su vida oyéndolo, aunque no le quedara mucho. Reía en muy pocas ocasiones y, cuando lo hacía, era como un baño de luz solar. Malachiasz continuó—: Lo que es inquietante, Nadya. Con todos estos ojos… —Pero estaba sonriendo.

—No están tan mal —contestó la chica. El joven alzó las cejas—. Bueno, sí, es asqueroso. Malachiasz, eres un horror. —Levantó la cabeza y lo besó. Él cerró los ojos, alargando el beso.

—¿Te he hecho daño en las costillas? —musitó contra la comisura de su boca.

—¡Cállate, Malachiasz! —exclamó. Metió las manos bajo la túnica del chico, cálidas contra su piel—. No más «quizás si sobrevivimos». Estamos aquí, ahora, vivos.

Le rozó la garganta con los labios y él se estremeció, aceptando la derrota.

Nadya se despertó mucho antes que el sol. Malachiasz estaba dormido, con el cuerpo acurrucado contra ella. Cerró los ojos, aferrándose brevemente al recuerdo de su calor y su suave roce antes de alejarse con precaución. Se le había permitido tener las cosas que deseaba, a aquel chico, pero era el momento de seguir adelante.

La sala estaba inundada por la tenue luz de la luna y Nadya se arriesgó a rozarle los labios con las yemas de los dedos. Malachiasz no se removió. Esa había sido su preocupación. Sabía lo mal que dormía y necesitaba hacer aquello sin que él lo supiera.

Antes de que estuviera lo bastante despierta para ser consciente de ello, se había vestido y estaba llamando a la puerta de Serefin. Tras oír algo de ruido al otro lado, la puerta se abrió. La expresión de Serefin se tomó cansada cuando la vio.

—Nadya —dijo con la voz áspera por el sueño—. ¿Tienes idea de qué hora es, maldita sea?

Iba descamisado, se percató Nadya sin pensar demasiado en ello, y nada le cubría el ojo izquierdo. Estaba cerrado, pero el párpado tenía una forma extraña, plano al no tener ojo que cubrir.

—Muy tarde. O muy temprano. Ponte la ropa, tenemos que ir a hablar con Pelageya los dos solos.

La miró con desconfianza. Se produjo movimiento en la cama y Kacper se incorporó.

—¿Dónde está Malachiasz? —preguntó Serefin.

—Dormido. Tenemos que hablar de él con ella.

Serefin entornó el ojo.

—Es imposible que no se despertara cuando te marchaste.

Kacper murmuró algo antes de hundirse con lentitud en la cama.

—¿Qué?

—Le eché droga en el té.

Serefin se giró.

—¿Qué?

—Se lo pedí yo —dijo Nadya—. ¿Tienes la reliquia?

A Serefin se le contrajo la expresión. Ya no era el chico que había pasado a considerar su amigo. Allí estaba el rey, el general, el mago de sangre.

—¿Para qué la quieres? Pensaba que íbamos a colaborar.

—Sí, bueno…

—Merece una vida miserable, pero no estoy seguro de que se merezca otra traición por tu parte.

Nadya negó con la cabeza. Era difícil de explicar.

—No… —Se detuvo—. No podemos dejar que conozca esta parte del plan. Chyrnog lo detendría.

La comprensión le inundó la cara al tranaviano. Asintió con brusquedad, se giró y se puso unas prendas al azar. Observó cómo se inclinaba sobre el lugar en el que Kacper estaba aovillado bajo las sábanas y le tocaba la cabeza.

—Ya lo he oído —musitó Kacper—. Déjame dormir.

Serefin volvió junto a Nadya y le tendió la reliquia.

—No, quédatela. Sabrá que algo va mal si la tengo yo.

Serefin no parecía querer metérsela en el cinturón, pero lo hizo igualmente. Le dedicó un gesto apremiante. Era demasiado temprano para estar enfadada de verdad con él.

* * *

Salieron al gélido aire matutino. Cuando llegaron a la pequeña cabaña, Nadya se apresuró a llamar, pero Serefin pasó a su lado y abrió la puerta.

—¿Cómo es posible que siempre esté cerca? —musitó.

Nadya lo pensó.

—Creo que es más que una bruja. Sin embargo, ¿dónde estaríamos nosotros sin ella?

Serefin emitió un gruñido cuando entró que la chica interpretó como una afirmación.

—Bueno —dijo Pelageya—, parece que estáis merodeando por aquí.

Nadya suspiró y siguió a Serefin.

—Idea suya —musitó el tranaviano antes de dejarse caer en un sillón.

Nadya le tendió una mano a Serefin, quien frunció el ceño antes de tirar de la reliquia que llevaba en el cinturón y dársela.

—¿Por qué me la diste? —le preguntó la clériga a la bruja—. ¿Qué querías que hiciera con ella si no era matar a Malachiasz?

Pelageya alzó una ceja.

—¿Y si esa era mi intención?

—No me encontraba en situación para hacer algo así cuando hablamos.

—Pero querías llevarle a un lugar que sabías que lo destrozaría.

Nadya sintió la mirada de Serefin fija en su cara. Cerró un segundo los ojos antes de dejar escapar un suspiro.

—Era más fácil fingir que sobreviviría —comentó la kalyazi.

Pelageya resopló.

—Bueno, tienes razón, no te la di por él. No sabía qué harías con ella si tu diosa te asfixiaba.

Nadya se sentó con lentitud. Se había esforzado en no pensar en la muerte de Marzenya. No sabía cómo categorizar sus complejos sentimientos, por lo que los había reprimido.

—Iba a matarme —musitó— si Malachiasz no la hubiera matado.

—Eras un experimento divino que fracasó de forma espectacular.

Nadya tragó saliva, dándole vueltas a la reliquia entre las manos, y tensó los dedos sobre la empuñadura.

—¿Hay alguna manera de liberar a Malachiasz?

Pelageya se sentó.

—¿Qué magia hay entre vosotros dos?

—Cuando liberé a Velyos, le robé poder a Malachiasz…

—¿Es el único poder que has robado?

Nadya negó con la cabeza.

—También el de Zvezdan.

Pelageya dejó escapar un sonido, pensativa, y le hizo un gesto a Nadya para que continuara.

—Con Malachiasz, fue como… como si hubiera cosido su poder al mío, pero las costuras hubieran desaparecido. No podría romper la unión, aunque quisiera. La muerte no pudo romperla.

—¿Qué surgió de aquello?

—Esto me está causando mucha curiosidad —dijo Serefin.

Nadya esbozó una débil sonrisa.

—Es…, bueno, puedo hablar con él a través de la conexión. Si lo intento, puedo leerle los pensamientos. Siento sus emociones si son muy fuertes y, como es Malachiasz, todas lo son. Para alguien que habla tan bajo, su volumen es muy alto. Si lo necesitara, podría tomar más poder de él, una perspectiva bastante inquietante.

—¿Hay alguna manera de liberarlo de Chymog? —preguntó Serefin—. ¿O no tenemos esa suerte?

Pelageya paseó la mirada entre los dos. Una extraña sonrisa le curvó los labios.

—Es una de las fuerzas más destructivas que ha visto este mundo desde hace mucho tiempo. Y los dos queréis salvarlo.

Nadya y Serefin intercambiaron una mirada. El segundo asintió con firmeza.

—Al final depende de él, pero es posible escindir el control de Chymog, debilitarlo. Se necesita esa reliquia. Sin embargo, os arriesgáis a liberar del todo al dios antiguo. —Serefin frunció el ceño—. Ahora está atado al interior del chico. Os arriesgáis a liberar a Chymog si liberáis a Malachiasz. La muerte debe tocarlo por segunda vez.

—No puedo hacerlo de nuevo —susurró Serefin—. Lo siento.

Nadya se acercó la empuñadura de la daga al pecho.

—¿No hay otra manera?

Pelageya se encogió de hombros.

—Hay otras vías, pero no con eso que tienes en la mano y no con el tiempo que nos queda.

—Chyrnog y él se están… fundiendo —comentó en voz baja Nadya.

—Chymog no solo quiere tener una mano en el mundo. Quiere estar presente. Si puede soldarse a los huesos del Buitre hasta que no se dé cuenta de que sus pensamientos no son suyos…, bueno…

Nadya le dedicó una mirada de desesperación a Serefin.

—Haremos lo que podamos —la tranquilizó.

Nadya cerró los ojos con fuerza cuando se le llenaron de lágrimas y asintió. Una mano sobre la suya hizo que levantara la mirada. La bruja se encontraba ante ella.

—Debes ser tú, no puede ser el rey. Le has robado la magia y sabes qué forma tiene. Debes cortar solo los pedazos que no sean del Buitre. Será peligroso. Su segunda muerte quizás sea permanente, pero, si deseas salvarlo, debes intentarlo.

MALACHIASZ<
CZECHOWICZ

La caída había sido muy rápida. Se había centrado tanto en su magia y en Nadya que no se había dado cuenta de que el hambre lo erosionaba por dentro, ya que Chymog la utilizaba para recordarle con todo lujo de detalles que conseguir el poder de la clériga sería suficiente para que se acabara. Liberaría a Chymog. Pararía todo aquello.

—Te dejaría en paz, ¿sabes? Podrías continuar con tus modos violentos. Sería muy fácil. Una vida a cambio del resto de la eternidad. Te he mostrado el verdadero poder y aún te resistes, aún luchas. ¿Merece la pena?

Chyrnog le arrebató la voluntad a Malachiasz, haciéndolo pedazos, exponiendo los huesos de su columna para seleccionar los que le parecieron más agradables. No había escapatoria para él en ese lugar. Malachiasz sabía que no debía resistirse.

—*Estás listo para aliarte conmigo*.

«No la voy a matar. Tengo pocos límites, pero ese es uno».

—*En realidad, no morirá* —contestó Chymog—. *Está más allá de eso, es casi inmortal*.

Tal vez el dios dijera la verdad. No lo sabía, pero estaba cansado de luchar y era mucho más fácil pensar que estaba haciendo lo que mejor se le daba: volverse en contra de todos. Quizás solo tenía que hacer lo de siempre.

—*Exacto. ¿Quieres ser noble? Te estoy dando una causa noble. Esa chica destruirá el mundo. Los otros de mi especie la llaman con canciones muy dulces. Se ha pasado toda la vida oyendo las voces de los dioses. No conoce nada más y hará lo que ellos deseen. Yo solo quiero una cosa: cubrir el mundo de oscuridad, nada más. ¿Es mucho pedir?*

Malachiasz ni siquiera podía salir a la luz del sol. Odiaba lo atractivas que sonaban las palabras de Chyrnog. Por supuesto que Nadya caería. Ya lo había hecho antes. ¿Y si debía detenerla?

—*Siempre hay otra opción. Permíteme tener su poder y será ella quien sobreviva*.

* * *

Malachiasz no podía hacer nada sin su alma fragmentada. Nadya actuaba como si pudiera encontrarla. Serefin, aunque reticente, parecía estar de acuerdo. La kalyazi arrastró a Malachiasz, Serefin y Parijahan fuera del refugio al día siguiente para dirigirse a una cabaña cercana en el bosque. Malachiasz captó un retazo de la edificación y se detuvo.

—¡No!

—Malachiasz…

—No voy a pasar por eso de nuevo.

—Nos ha pedido que la veamos. Deberíamos escucharla.

—No puedo quitarme de encima la sensación de que todo esto es culpa suya —contestó con amargura Malachiasz.

—Es probable —musitó Parijahan, entrando igualmente.

Serefin observó a Malachiasz y se encogió de hombros antes de seguir a la akolana. Nadya le dedicó una mirada suplicante de tal manera que le resultó

complicado oponerse.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—He dormido —respondió. Al ver su insatisfacción, suspiró—. No demasiado, pero nunca duermo bien. Que haya dormido ya es una especie de milagro.

Intentó recordar qué había ocurrido con Chymog, pero todo se veía borroso bajo la luz del día. Había sido difícil convencerlo para salir, pero Nadya le había lanzado una capa a la cara. Estaba incómodo, pero no le quemaba la piel, por lo que al menos eso iba bien.

—Nadya…

La chica lo miró y cogió su mano. Él ignoró el hambre agitada que le inundaba cada vez que le tocaba la piel, el deseo de hacerse con ese océano de poder. Tenía demasiado y no podía evitar imaginar qué podría hacer con él. La siguió dentro de la cabaña.

Esta se encontraba más ordenada que la última, lo que era extraño porque estaba bastante seguro de que todas eran iguales. Parijahan, sentada en un sillón con una taza de té, tenía una expresión de deleite y placer.

—Té akolano —dijo Malachiasz con voz monótona.

—¡Tiene té akolano! —canturreó Parijahan, alegre.

—Los sobornos no te pegan, Pelageya —comentó el Buitre mientras se dejaba caer en el reposabrazos del sillón que había elegido Nadya.

La bruja se encogió de hombros.

—¿Has admitido ya que estabas equivocado?

—No me puedes decir que el equilibrio del mundo depende de que diga que cometí algunos errores.

Pelageya le enseñó los dientes. La odiaba. Parecía joven, con el pelo completamente negro, salvo por un mechón blanco que no se correspondía con sus suaves facciones.

—«Errores» es una palabra muy suave para lo que ha hecho —dijo Parijahan.

—Cagadas catastróficas —propuso Serefin.

—Atrocidades —ofreció Nadya.

—Ha quedado claro, gracias —dijo Malachiasz, besándole la cabeza.

—Dime dónde podemos encontrar los fragmentos de su alma —le pidió la clériga a la bruja con un cambio de tema intencionado—. Eso es lo que necesitamos, ¿no? Eso es lo que nos llevará a Chymog. Están en el mismo sitio.

—No piensas de forma lo bastante abstracta. Están en una piedra, un huevo, un pato, una liebre, un árbol, una isla, un bosque o una montaña.

A Nadya se le encendió el rostro.

—Las historias infantiles no nos van a llevar a ninguna parte.

—Niña, ¿crees que trabajo con cuentos? —le preguntó con sequedad. Levantó una taza de té y una ceja ante Serefin, quien asintió, y chasqueó los dedos—. Esperad, esto es lo que necesitáis. —Le lanzó una botella.

—Sigue siendo un soborno —comentó Malachiasz.

—Por favor, hermano, este es un soborno que aceptaré —dijo Serefin.

—No me consuela saber que una fuerza extranjera te puede sobornar con un poco de alcohol.

—Un segundo —pidió Serefin, se quitó el sello del dedo y se lo guardó—. Ahora solo soy Serefin.

—Idiota.

Su hermano le guiñó un ojo, aunque su efecto se redujo al tener uno solo.

—He perdido el trono ante el padre de Zaneta, un belicista. Has perdido a tus Buitres también ante más belicistas. Tranavia es horrible, aunque la echo mucho de menos. Por favor, permíteme al menos tener esto.

—¿Es un problema que queréis arreglar ahora mismo? —le preguntó Pelageya.

—Estamos en medio de Kalyazin.

La bruja puso los ojos en blanco.

—Abrid la puerta.

Serefin gruñó, pero hizo lo que le pedía. La puerta se abrió a un balcón que Malachiasz reconoció enseguida. «¿Qué?». Se levantó y siguió a Serefin. El balcón se conectaba por unas escaleras en espiral al piso inferior del palacio de Grazyk. Los dos tranavianos intercambiaron una mirada.

—¿Te parecería bien que cerráramos la puerta y nos olvidáramos de todas esas tonterías divinas? —le susurró Serefin.

—Exacto —contestó Malachiasz. Sin embargo, también quería saber cómo podía la bruja hacer todo aquello.

—Muy bien —dijo el rey, dando un paso atrás—. La idea se está volviendo más atractiva cada segundo que paso aquí. —Entró en la cabaña.

Malachiasz dudó. Sin embargo, Chymog seguiría controlándolo, incluso en Tranavia. Suspiró y siguió a Serefin al interior. La puerta se cerró a sus espaldas. Cuando la volvió a abrir, encontró la nieve y el bosque kalyazi.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Malachiasz.

—Magia —contestó Pelageya, solícita.

—¿Podría hacerlo yo?

—Solo las personas que admiten sus errores pueden hacer grandes trucos como ese.

—Te odio.

La bruja le dedicó una sonrisa, le tendió una taza de té a Nadya y se puso en pie. La clériga se lo ofreció a Malachiasz.

—No te va a hacer una —susurró. El Buitre Negro estuvo a punto de echarse a reír.

—¡Niños! Sois todos unos niños. Sin embargo, aquí estáis, en el fin del mundo, un final que habéis conseguido acelerar, aunque también habéis evitado que os consuma.

—Tenemos un talento salvaje —comentó Malachiasz con sequedad, volviendo a su sitio junto a Nadya.

—Me habéis pedido ayuda —contestó Pelageya con la misma sequedad —. Os la daré. Quizás aún haya esperanza para vosotros.

—¿Debemos ir a algún sitio? —preguntó Nadya.

—¿Por qué? La batalla se libra a vuestro alrededor. Ahora lo veis, ¿verdad? El flujo de vuestro poder ha cambiado.

Nadya se ruborizó.

—Sin embargo, no tenéis mucho tiempo —continuó Pelageya—. Hay alguien más compitiendo por esos fragmentos y, aunque los escondí bien, quizás no sea suficiente.

—¿Qué? —preguntó Parijahan entonces—. ¿Se lo has dicho a alguien?

—¿Yo? No, pero Chymog no solo habla con él. Tiene a otros entrenados para sobrevivir al sonido de su voz.

Malachiasz sintió cómo palidecía.

—Ruslan.

Nadya frunció el ceño.

—¿Por qué nunca supe nada de Chymog?

—Los kalyazi normales no suelen saberlo —comentó Pelageya, encogiendo los hombros—. Sin embargo, ¿un kalyazi disgustado con la Iglesia, que piensa que los dioses le han abandonado porque ya no hay clérigos y estamos en una guerra incesante y ruinosa? Bueno, quizás lo haya buscado. Quizás haya aprendido sobre los dioses antiguos que gobernaban con un puño de hierro diferente.

—Ese problema con la religión es el que impregna todo el país —musitó Malachiasz.

—¡Cállate! —exclamaron Nadya y Parijahan. Ambas se sonrieron y el chico frunció el ceño, un poco ofendido.

—Tendrás que correr para hacerte con tu alma primero. Construyeron Komyazalov muy cerca del lugar donde están enterrados los dioses muertos, del fin de la eternidad. Podría ser peor, ¿verdad? Podríais estar al otro lado del continente con un reino que se cae a vuestro alrededor —dijo Pelageya.

Serefin esbozó una mueca. Miró a la puerta.

—Pelageya… —Se interrumpió.

La bruja pareció saber lo que no podía preguntar.

—No os mentiré, a vos no, que habéis acudido a mí para tanto. Sois hijo de vuestra madre, más que ese. —Hizo un gesto de desdén hacia Malachiasz —. La situación es urgente. Los dioses antiguos se están despertando y los de Tranavia quizás también se despierten si no los detenéis.

Nadya dejó escapar un largo suspiro.

—Vaya —susurró—. Tiene sentido.

—En el pasado, estaban por todas partes —continuó Pelageya—. En todas partes y en ninguna. Vivían, morían, llenaban de sal la tierra y la hacían fértil. Este mundo lleva girando mucho tiempo. Lucháis contra poderes que han visto una eternidad y quizás no lo logréis, pero debéis hacerlo o todo caerá. Este dios cogerá el sol y lo aplastará.

—Para ser sincero, creo que seré yo quien se lo coma, tal y como van las cosas —musitó Malachiasz.

Pelageya soltó una carcajada, sorprendida. El tranaviano parecía un poco alarmado.

—¿A cuántos te ha obligado a consumir? ¿Lo has disfrutado?

Malachiasz se removió. Nadya estiró la mano para tocar la suya, situada detrás de ella.

—No importa.

—Sí, *sterevyani bolen*. En ti ha encontrado a un igual, el único mortal que es un poco menos y un poco más, que tiene hambre, siempre la ha tenido, que busca un poco más, más lejos, más alto y, con un poco de insistencia, caerá. No debes hacerlo porque todos falleceremos.

—Lo sé —replicó Malachiasz.

—Tengo una pregunta —dijo Parijahan con delicadeza—. Quizás no sepas la respuesta, pero…

—¿Por qué tú? ¿Por qué una chica del territorio del sur que nunca se ha interesado por la magia, por lo divino? —preguntó Pelageya.

—No diría «nunca». —Parijahan se encogió de hombros—. Sabía qué estaba haciendo cuando elegí a un chico inteligente de Yanzin Zadar para que fuera mi guardia, cuando lo saqué de palacio los días en los que los magos querían hacerle pruebas. Sabía lo que estaba haciendo cuando huimos.

—En realidad no, porque nunca supiste qué podía hacer el chico. O tú.

—Lo mantengo a raya —dijo Parijahan, dubitativa, antes de mirar a Malachiasz. Él podía sentirlo, su propio poder frenético acallándose ante la firme presencia de Parijahan.

—Y ni siquiera te diste cuenta, aunque podías. Nunca tendrás una clara manifestación como estos magos, pero podrías cambiar números y fórmulas por la suerte y la providencia —siguió Pelageya.

—No tenemos tiempo para eso —dijo con un toque de tristeza en la voz.

Si sobrevivían a aquello, Malachiasz deseaba con desesperación poder ayudar a Parijahan a que aprovechara su magia. Nadya le posó una mano en la muñeca.

—Ese no es el puzle que tenemos que resolver ahora —comentó la clériga.

—Quizás nunca —dijo Parijahan decidida, pero le sostuvo la mirada a Malachiasz. Quería hacerlo. Si sobrevivían (un «si» muy pesado), debían intentarlo—. ¿Y Rashid?

—Debería estar aquí para tener esta conversación, ¿no? —preguntó Malachiasz.

—¿Por qué no lo está? —inquirió Pelageya—. Ya vos nunca os he visto sin vuestro pequeño séquito —le dijo a Serefin.

—Puedo sobrevivir sin ellos una hora —contestó el rey tranaviano a la defensiva.

—No podéis.

Se hundió en el sillón y, malhumorado, le dio un sorbo al vodka.

—El papel del akolano es distinto —musitó Pelageya y se enrolló un mechón de pelo sobre otro—. Sin embargo, es verdad. Tu país sabe lo que ha perdido contigo y con ese chico.

Parijahan parecía mareada.

—No puedo volver —susurró.

—Quizás no tengas que hacerlo. Seguro que morimos todos —comentó de manera desenfadada Serefin. Parijahan lo fulminó con la mirada.

—Si seguís haciendo chistes tontos, casi seguro —le riñó Pelageya, entornando los ojos.

Serefin apretó el cuello de la botella de vodka. Malachiasz odiaba sentirse inútil. Con todo lo que había hecho por Tranavia, ahora no había nada que pudiera hacer para salvarla. Nadya le dibujó con suavidad un círculo en la base de la muñeca. El Buitre Negro sintió una punzada de hambre. Pelageya dirigió los ojos hacia él.

—Con cuidado.

—Estoy bien —contestó el chico con voz tensa.

Parijahan se puso en pie, con un ligero ceño fruncido entre las cejas oscuras. Cruzó la sala y tomó la cara de Malachiasz entre las manos.

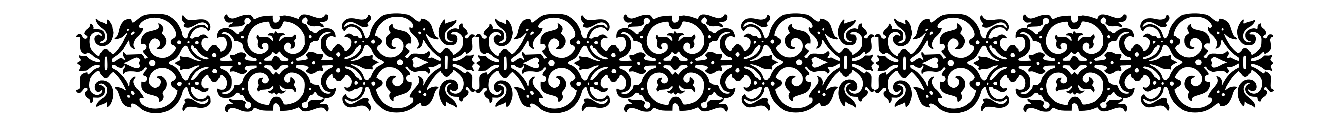
—Eres como una tormenta y me estás volviendo loca —dijo, cerrando los ojos—. Déjame que pruebe algo.

Al posarle los dedos suaves sobre las sienes, el tranaviano notó el frío de los anillos de metal sobre las mejillas. Incluso cuando lo único que tenía era magia de sangre, había siempre un elemento caótico, su poder era demasiado grande. Todo siempre era demasiado ruidoso, complicado y abrumador. Sin embargo, entre ellos dos había una cuerda cauta, frágil, pero sin roturas ni enredos. ¿Estaba… contando? No obstante, con lentitud el hambre se redujo. Chyrnog se mostró susceptible, pero se calmó.

—¿Qué acabas de hacer? —susurró.

—No tengo ni idea. —Le dedicó una sonrisa, sosteniéndole la mirada con los ojos fríos y grises.

—Aprovecha este momento de paz y corre —dijo Pelageya—. Ve al cementerio de los dioses.



42

SEREFIN MELESKI

Cuanto más tiempo pasa Peloyin en silencio, más me preocupa que algo haya ocurrido. Sin embargo, es imposible. No se puede matar a los dioses. Son dioses.

Fragmento de los diarios personales de Lev Milekhin

Perderían cualquier ventaja que tuvieran por pelearse sobre quién iba.

—Somos demasiados para viajar tan rápido como necesitamos —observó Malachiasz.

Sin embargo, Kacper y Ostyia se negaban a dejar a Serefin solo y Rashid sentía lo mismo con Parijahan. Katya se burló ante la idea de quedarse. Zaneta era la única dispuesta, pero Malachiasz se negaba a dejarla a merced de los cazadores de Buitres.

—Vamos todos —dijo Nadya, acabando la discusión—. Necesitaremos un verdadero ejército para enfrentarnos a lo que nos espera.

Las cosas eran raras con Zaneta. Se había dado cuenta enseguida de la cercanía de Kacper con Serefin y sus miradas incisivas habían sido amargas hasta que había arrinconado a Serefin para preguntarle si era feliz.

—Zaneta, me cuesta creer que te interese mi felicidad.

—Así es, Serefin —dijo, triste.

—¿Por qué lo hiciste?

Se quedó en silencio, pero no parecía que fuera algo en lo que hubiera pensado.

—Me sentí amenazada. Por Nadya, de entre todas las personas. Vi a qué jugaba enseguida y tú no parecías percatarte y, bueno, pensé que…

—Pensaste que era un idiota borracho que iba a regalarles el país a nuestros enemigos porque encontré a una kalyazi medianamente interesante

—concluyó por ella Serefin de forma monótona.

—Bueno, sí —admitió Zaneta—. Cuando estás en Grazyk, haces que sea difícil recordar lo listo que eres. Te conviertes en una persona distinta.

—¿Cuándo me has visto lejos de Grazyk? Ah, espera, ya me acuerdo. —Había estado en el frente unos meses, una formalidad necesaria como niña de la corte antes de volver a su seguridad.

—Allí estabas brillante y, cuando regresabas, te volvías…

—Un borracho —propuso Serefin—. Soy el rey, Zaneta —continuó con delicadeza—. Siento lo que tuvimos, pero me vendiste a mi padre.

—¿El soldado te hace feliz? —Lo miró de manera intencionada.

Serefin pensó en la seguridad de Kacper, su tranquilo comportamiento que se podía convertir con facilidad en ansiedad, su sonrisa sarcástica y torcida, la cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda y su pésimo sentido del humor.

—Ah, no tienes que contestar —dijo Zaneta con una pequeña sonrisa—. Me alegro, de verdad.

—¿Has hablado con tu padre? —preguntó Serefin.

A Zaneta se le contrajo la expresión.

—No —musitó—. No querría verme así.

Serefin no tenía ni idea de si eso era verdad, si la misión de Ruminski para recuperar a su hija era porque le importaba o tenía raíces políticas. Odiaba, por ella, no saberlo.

—¿Así? ¿Cómo? Estás tan radiante como siempre —dijo con un tono alegre Serefin.

—Eres un ligón.

—A Kacper no le importa.

—No estés tan seguro —dijo Zaneta, sarcástica, antes de apretarle la mano con suavidad.

—Si volvemos…, sabes lo que tengo que hacer, ¿verdad?

La agonía cruzó la expresión de la chica.

—Sí.

—Zaneta, debería haberlo hecho cuando subí al trono.

—Lo sé —susurró.

—No puedo cometer el mismo error otra vez.

Zaneta asintió.

—Lo entiendo, Serefin, de verdad. Solo intento que no me separen la cabeza de los hombros. Los errores de mi padre son suyos.

—Bueno, de todas maneras, no tengo autoridad para ejecutarte. Eso le corresponde a Malachiasz.

—¡Vaya consuelo, Serefin!

Estaban al norte de Komyazalov y necesitaban dirigirse al sur. Si iban por los caminos, pasarían demasiado cerca de la ciudad y Serefin dudaba que la Matriarca hubiera detenido la búsqueda de Nadya.

Esta observaba el mapa, impasible. Se había mostrado diferente desde que Serefin la había encontrado en la biblioteca con un Malachiasz salvaje. No sabía cómo, pero algo en ella parecía mayor, más cansado y triste. El Buitre Negro se apoyó en la mesa.

—Preferiría no ir a caballo —pidió—. No les gusto. Y Zaneta tampoco.

Serefin se había olvidado de que tenía alas escondidas bajo toda esa magia que lo mantenía con forma humana. ¿Zaneta también? La miró y ella asintió con una curva sarcástica en los labios.

—Aun así, siguen siendo muchos caballos —dijo Katya, observando el mapa con un suspiro.

—Si voy con Malachiasz, ¿qué hago si lo pierdo? —le preguntó Zaneta a Nadya.

—Golpearle lo más fuerte posible —contestó la clériga. Malachiasz se tocó con delicadeza el moratón de la cara. Tenía un aspecto amarillento, como si hubieran pasado semanas, en vez de veinticuatro horas—. Con todas tus ganas.

—Nadezhda.

—Fuerza bruta en la cara —añadió solícito Serefin.

—¡Entendido! —exclamó Zaneta, divertida.

Nadya le sonrió a Malachiasz. Sin embargo, su expresión se desmoronó, lo que le provocó una oleada de pánico a Serefin. La postura del Buitre había cambiado ligeramente. Tenía las pupilas dilatadas y el negro se filtraba en el blanco de los ojos.

—Katya, ¿a qué distancia estamos de la civilización? —preguntó la chica, nerviosa.

La *tsarevna* se giró con la cara pálida. Se llevó la mano a la cintura y gruñó cuando se dio cuenta de que no tenía la reliquia. La portaba Serefin segura en el cinturón.

—Deténlo —replicó, lo que el rey tranaviano entendió como que estaban bastante cerca.

Malachiasz miraba con atención a Nadya, hambriento, con todos los músculos en tensión. Ella se le acercó con la mano corrompida y monstruosa en alto. El chico retrocedió. Los ojos se le volvieron claros y la sangre le cayó de la nariz.

—Nadya, no puedo —susurró Malachiasz, clavando las garras en la mesa hasta hacer que la madera se astillara. Algo lo recorrió y él se agitó con un silencio extraño. Serefin lo sintió antes de lanzarse para apartar a Nadya. Un gruñido de dientes de hierro y sangre en el suelo. Después, Malachiasz desapareció.

—Claro que no —musitó Nadya y partió tras él. Se produjo un momento de silencio que Katya rompió:

—Bueno, supongo que eso resuelve…

Serefin corrió tras ellos, por lo que la *tsarevna* emitió un gemido de frustración. Cuando llegó al exterior de la edificación, Malachiasz no estaba por ninguna parte. Nadya dio una vuelta con lentitud, los ojos cerrados, murmurando algo que Serefin pensó que era un hechizo hasta percatarse de que era una verborrea impresionante de maldiciones en kalyazi y tranaviano. Parijahan apareció tras él.

Nadya se quedó muy quieta y el ojo de su mente se abrió de manera desconcertante.

—Por ahí —dijo, dirigiéndose al bosque.

—Ay, esto no me gusta —susurró Parijahan.

A Serefin tampoco, pero la siguió y esperó, por el bien de Nadya, que llegaran demasiado tarde para presenciar lo que estaba a punto de suceder.

NADEZHDA
LAPTEVA

Malachiasz seguía siendo el chico roto que había conocido, que la conocía, pero la oscuridad en su interior se estaba extendiendo a medida que Chyrnog se arrastraba cada vez más cerca. No creía que fuera a reconocer el momento final, cuando se hubiera ido para siempre. Eso era lo que más la asustaba.

Tropezó con una valla rota y entró en un camino del bosque. Los restos despedazados de una persona se esparcían a su lado. La bilis le subió por la garganta, pero se la tragó.

«Ha sido él». El chico delicado y ansioso al que amaba. «Era capaz de esto incluso sin Chyrnog». Era cierto y dolía.

Siguió el camino hasta que llegó al primer grupo de casitas, apenas un pueblo. Estaban desgastadas, las flores pintadas y los patrones en bloque que las adornaban desvaídos.

La puerta de la primera casa tenía las bisagras rotas. Había una calma mortal. Empujó la puerta para abrirla aún más y su mundo se tambaleó de manera peligrosa cuando asimiló la sangre que manchaba el suelo y los restos esparcidos en el barro compacto. Se obligó a mirar.

Oyó que se cerraba otra puerta. Un grito, rápidamente acallado. Nadya corrió hacia la casa que parecía intacta. Podía advertirles, detenerlo. Abrió la puerta con el hombro, sintiendo esa extraña sensación de irrealidad, igual que cuando había visto ese otro plano.

Llegaba justo a tiempo para presenciar lo que nunca podría olvidar. Sus garras clavadas en un hombre, los dientes arrancándole la piel. Sangre, sangre y hueso.

Con los ojos desorbitados por el horror, en el pasado había visto cómo su cuerpo se contorsionaba, pasando del de un chico al de un monstruo. Su miedo nunca había desaparecido en realidad cuando al caos se le añadían dientes, bocas, ojos, ojos, ojos, pero permanecía tranquilo, de alguna manera. Había aprendido a ver más allá del horror, de alguna manera. Se había olvidado de lo que era, de alguna manera. Los monstruos estaban hechos para la destrucción.

Cerró los ojos. No podía ver aquello. No sabía cuándo acabaría. Se estremeció al sentir una mano sobre su boca, contra su cintura, tirando de ella hacia la casa, donde resbaló con la sangre.

Aquel no era Malachiasz. O lo era, pero devastado y destrozado. A medio consumir, semidivino, monstruoso y espeluznante. Podía verle el hueso de la mandíbula bajo la piel pútrida y corroída. Tenía unos ojos extraños que no eran ónice, sino pálidos y fantasmagóricos, con las pupilas nubladas.

—Oh, no me mires así. No se ha apoderado de mí del todo —musitó, confirmando sus miedos. Nadya pestañeó—. Basta. Él y yo somos iguales, claro, pero sigo aquí.

—Malachiasz…

Se estremeció, se alejó de ella y un débil gemido le surgió del pecho.

Aún Malachiasz, aunque solo un poco. Nadya no sabía qué hacer. Miró hacia atrás. ¿Dónde estaban los demás?

—Ya lidiaremos con ellos —dijo Malachiasz, como si le leyera el pensamiento. Se preguntó si podría—. Tenemos que irnos, encontrar el alma primero. *Toivy dżimyka*, tienes que ayudarme. Necesito tu ayuda. —Aquello era extraño, algo iba mal—. ¿Recuerdas cuando mataste a esa criatura fingiendo que era yo? Soy yo, Nadya.

—Tienes a un dios antiguo controlándote. No puedo…

—Puedes oír sus canciones y sobrevivir. Nadya, somos iguales. —Había desesperación en su voz y se parecía a la de Malachiasz. Se dio cuenta de que no sabía cómo era la de Chyrnog. La tomó por la mano corrompida y se aferró a ella—. Eres tan monstruosa como yo.

Las lágrimas le inundaron los ojos.

—*Pensaron que, si te protegían, nunca sabrías lo que eras*. —La voz de Nyrokosha se oía maliciosa y suave en el subconsciente de Nadya—. *Sin embargo, todas las verdades salen a la luz al final. Hemos esperado mucho tiempo y aquí estás para liberarnos*.

—Por favor, Nadya. Quiere destruirte, robar tu poder, pero ¿por qué? Podemos trabajar juntos. Acabar juntos con esto. Los aterras, a él, a los otros, a todos… No te das cuenta de lo que puedes hacer.

¿Qué podía hacer?

—Serefin y Parj…

—No son como nosotros, Nadya. No lo entenderán. —Había una extraña luz maníaca en esos ojos fantasmagóricos.

Incluso en medio de toda esa locura divina, el escepticismo de Malachiasz por los dioses se había mantenido firme. Era inquietante oírle hablar así, como si Chyrnog tuviera razón.

—No, Malachiasz, este no es el camino.

Se giró hacia la chica y ella se quedó paralizada, inmovilizada en el sitio.

—¿No lo entiendes? Liberar a esos seres detendrá el caos. Por fin tendremos el poder para parar lo que está ocurriendo. Podrás destruir a la Iglesia que intentó ejecutarte. Podré salvar a Tranavia. Nadya, es la única manera. Por favor —le suplicó con voz densa—. No puedo hacerlo solo. Te necesito.

Tal vez, después de todo, sí que fuera Malachiasz. Tal vez estaban condenados a participar en ese ciclo terrible, una y otra vez. Sin embargo, Nadya no tenía ninguna espada a su espalda, solo la esperanza de que saldría de ese agujero que había estado excavando, que no seguiría avanzando, cada vez a mayor profundidad, de que no dejaría que lo consumieran.

—¿Este ha sido tu plan en todo momento? —le preguntó Nadya con voz ahogada—. ¿Otra traición?

—¿Qué?

—Todos morirán si hago lo que me pides, incluido Serefin. ¿Te das cuenta de lo mucho que le importas?

—Serefin no puede soportarme.

—Es tu hermano.

—No tengo a nadie —gritó Malachiasz, alejando la mano de la de Nadya—. No soy nada. Estoy compuesto de oscuridad y oscuridad es todo lo que tengo. No hay forma de salvarme. No hay final feliz. Ayúdame o morirás con el resto.

La clériga cerró los ojos.

—Tú no eres así.

—Siempre he sido así. No conoces los detalles de lo que he hecho. ¿Esto? Esto no es nada. Es una gota de agua en el océano de pecados. Dejaré que todos muráis si eso significa solucionar lo ocurrido, lo que hiciste, y por fin conseguir la paz.

No era cierto. No podía serlo. Sabía lo mucho que le importaba.

—Mientes —dijo Nadya.

Malachiasz negó con la cabeza, asqueado, y se alejó.

—No puedes actuar como si no le importaras a nadie. Serefin te ha estado arrastrando por todo el país, intentando con todas sus fuerzas, maldita sea, que siguieras vivo.

—No te atrevas…

—Parijahan y Rashid se quedaron en Grazyk después de que los abandonaras, con la esperanza de que volvieras. ¡Podían haberse ido a casa, haber sobrevivido a todo este desastre! En lugar de eso, se dirigieron a las Minas de sal. Todos fuimos hasta allí. Por ti. Puedes justificarlo como quieras, pero no te atrevas a decir que ninguno de nosotros te quiere.

El tranaviano se quedó inmóvil. Ella dio un paso al frente y le acunó la cara entre las manos.

—Malachiasz, vuelve conmigo —susurró—. No quieres que todos muramos por intentar revertir algo que no puede revertirse. Si detenemos a Chymog, podemos encontrar una manera de solucionar el error, juntos.

Todo se quedó en silencio. Aterrador, poco natural, roto solo por el sonido de la respiración jadeante de Malachiasz. Tenía los ojos cerrados, con las largas pestañas posadas sobre las pálidas mejillas. Nadya no sabía cuánto quedaba de él. Mucho menos de lo que le estaba contando, supuso, porque, a pesar de sus mil defectos, sabía que le importaba.

El chico levantó la mano y entrelazó los dedos con los suyos. Con delicadeza, le besó la palma corrompida.

—Tienes las manos cálidas —musitó sobre su piel. Se la presionó contra la mejilla.

—Y tú, la cara congelada.

Malachiasz le dedicó una pequeña sonrisa. Algo se le liberó en el pecho a Nadya. Aquello sí se parecía a él. Podía atraerlo de nuevo, mantenerlo cerca unas horas más. Le pasó el pulgar por la mejilla. Con delicadeza, lo cogió de la mano y se dirigió a la puerta, pero el Buitre Negro tiró de ella. La empujó aún más hacia la oscuridad de la casa y le soltó la mano.

—Supongo que muerte, entonces —dijo con voz fría. Se alejó de ella y se giró para marcharse de la casa.

¿Eso era todo? Después de lo que habían pasado, ¿se acababa allí? Debería haber terminado en la montaña. Allí era donde acababa. Cerró los ojos y se esforzó por percibir a alguien cerca, pero solo había un silencio incómodo.

—Muy bien —murmuró Nadya, saliendo de forma fatigosa—. Muy bien. —Debía encontrar primero su condenada alma. Si no la quería, al menos la mantendría lejos de Chymog—. Podrías haberte quedado en Kalyazin y conocer a alguien agradable, alguien que fuera a la liturgia y no intentara matarte día sí y día también, pero nooo, Nadya, no, tenía que ser Malachiasz Czechowicz, el idiota mayor de Tranavia. Dioses, lo odio. —Le dio una patada a una piedra que salió volando y aterrizó contra un árbol cerca de la cabeza de Serefin.

—El idiota mayor de Tranavia ha sido mi título durante los últimos veinte años, en realidad, y no se lo voy a dar a Malachiasz —dijo—. Entiendo que lo has encontrado.

—No me hables.

—Ha ido muy mal.

—Serefin. —Nadya se tambaleó y, con un vergonzoso ataque, estalló en lágrimas.

—Ah, maldita sea —dijo Serefin. Redujo el espacio entre ellos y se agachó para quedarse a su nivel antes de cogerle la cara entre sus manos—. Está poseído, Nadya. Lo que haya dicho…

—Va a dejar que muramos porque cree que puede usar lo que Chyrnog le esté ofreciendo para arreglarlo todo —dijo con un sollozo. La presa se había roto y todo lo que se había estado tragando iba a inundarla—. Quiere que le ayude y me da miedo, Serefin, porque quiero hacerlo. He destrozado muchas cosas y voy a empeorarlo todo.

El tranaviano la abrazó, lo que le resultó inesperado, pero muy necesario.

—¿Somos tan amigos? —murmuró ella contra su pecho.

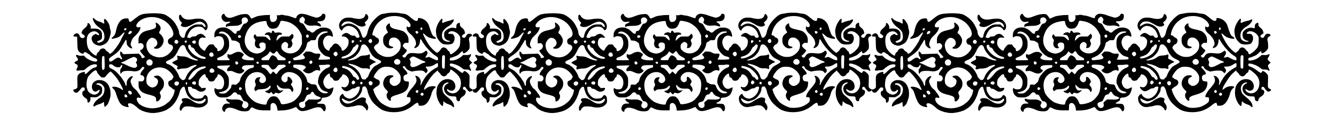
—Sí, Nadya, lo somos, y voy a decir esto de la manera más suave posible… No tenemos tiempo para que te vengas abajo.

Un fuerte altercado se oyó entre los árboles y, después de darle un rápido beso en la coronilla, Serefin la soltó y se dirigió hacia allí. Nadya se estremeció, se limpió los ojos y lo siguió. Parijahan estaba inclinada sobre un largo palo con Malachiasz a sus pies.

—Por favor, dime que lo has golpeado —dijo el rey encantado—. Dime que acabas de detener a un dios antiguo golpeándolo con un palo.

Parijahan levantó la cabeza. Alzó una mano y extendió los dedos.

—Bueno, el palo ha ayudado.



43

SEREFIN MELESKI

No hay forma de detenerlo. Nunca les hemos importado a los dioses y siento que lo único que puedo hacer es ver cómo Innokentiy y Sofka se vuelven aún más locos, buscando una solución que no existe. Nos han abandonado a nuestra suerte. Nuestros dioses no son más fuertes que los que se han despertado.

Fragmento de los diarios personales de Milyena Shishova

Encadenaron a Malachiasz. Serefin no estaba seguro de que eso fuera a detenerlo, pero era lo único con lo que contaban. Nadya regresó con Serefin al pueblo, donde lidiaron en silencio con lo poco que quedaba allí. Serefin fingió no percatarse de las lágrimas que le caían a Nadya por las mejillas.

Volvieron a la fortaleza y se encontraron a Malachiasz despierto y resistiéndose. Katya lo observaba con indiferencia. Levantó una mano cuando Parijahan trató de ir a calmarlo.

—No podéis detener lo inevitable —dijo Malachiasz con un vacío oscuro en la voz—. Ya ha comenzado. Voy a mataros a todos.

Nadya cogió aire con brusquedad. El Buitre se dio cuenta y su comportamiento cambió por completo. Abrió los ojos, aún turbios, pero más agudos, y dejó caer los hombros. Se peleó con las cadenas, pero no se trataba tanto de escapar como de acercarse a Nadya.

—¿Nadya? Nadezhda, *towy dżimyka*, mi amor, por favor, esta no es la manera de detenerlo.

Serefin le puso una mano en el hombro. Ella lo miró antes de volver a centrarse en Malachiasz.

—Tápale la boca —pidió.

Durante una milésima de segundo, a Serefin le preocupó que eso fuera a empeorar las cosas. Observó a Nadya, tratando de sopesar lo que estaba ocurriendo, a quién se suponía que debía ayudar.

—¿Nadya? —preguntó Malachiasz con un hilo de voz desolador.

La chica cerró los ojos. Le hizo un gesto a Katya con la mano.

—N… Nadya, por favor, yo no… No… Nadya, soy yo.

—Entonces, sabes por qué estoy haciéndolo, Malachiasz —replicó. Entornó los ojos y retrocedió, contemplándolo—. Amordazadlo.

—¡Nadya!

Katya lo hizo con demasiado entusiasmo.

—Tenemos que irnos —anunció la clériga.

Lo colocaron sobre un caballo, que no le gustó que le lanzaran a un Buitre sobre el lomo. Malachiasz había pasado del pánico y los ojos desorbitados a un tipo de rabia que lo enrojecía y que, a decir verdad, aterrorizaba a Serefin. Nadya no parecía preocupada.

—Necesito saber lo segura que estás sobre esto —le pidió el tranaviano a la clériga.

Se marcharon a toda prisa. La agitación de Malachiasz era la señal de que se estaban quedando sin tiempo. Aquello tenía que terminar, rápido.

—Cuando es él mismo, oír su propio nombre hace que se estremezca —respondió.

Serefin frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿No te has dado cuenta?

No podía decir que sí.

—Quizás les prestes un poco más de atención a las peculiaridades más insignificantes de mi hermano que yo.

—Escuchó su nombre sin pestañear siquiera.

Serefin no pudo evitar suspirar.

—No lo entiendo.

—Chyrnog y él son lo mismo —susurró Nadya y las palabras le helaron las entrañas al chico.

Este miró hacia atrás, hacia donde Malachiasz se preparaba para cabalgar. Parijahan, cerca y nerviosa, trataba de calmar su caos.

Malachiasz miró la nuca de Nadya con intenciones asesinas. Durante un caballeroso y extraño segundo, Serefin quiso proteger a Nadya, pero rápidamente se percató de que, si iban el uno a por el otro, o cuando sucediera, querría estar lejos.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Ir al cementerio. Encontrar su alma. Esperar que sea suficiente para detener a Chyrnog.

Serefin le dedicó una mirada de soslayo.

—No creo que baste.

Nadya se quedó callada un largo rato, debatiéndose.

—Creo que depende de él.

Serefin se estremeció. Los dos sabían lo que eso significaba.

—Si sobrevivimos a esto…, no va a ser mejor, ¿verdad?

—Eso también depende de él. Lo dudo. Si sobrevivimos y, dioses, Serefin, ese es un tremendo y aterrador «si», y seguimos estando ahí para él… Tal vez. No sé. A ver, siempre será un imbécil. —Serefin se echó a reír con suavidad—. Pero —continuó— creo que seríamos muy ingenuos si actuáramos como si nos estuviera ayudando por otra razón que no fuera su propia protección.

* * *

Los días pasados en el refugio los habían protegido más de lo que Serefin pensaba. El aire en el exterior dejaba una sensación… rara. No sabía cómo describirlo de otra manera. Los caballos que montaban estaban siempre de los nervios, lo que hizo que el viaje fuera muy desagradable.

Nadya tenía aspecto de estar a punto de vomitar a todas horas. Si alguien le preguntaba si se encontraba bien, lo desestimaba con la mano. Le había quitado el pañuelo a Anna y se lo había atado sobre el pelo de forma que una banda le cubría la frente y los medallones de las sienes se balanceaban a cada lado de su cara.

El primer día fue difícil. La nieve caía a todas horas y los caminos estaban casi intransitables. En cierto momento, su única opción era cruzar un río helado o dirigirse a un puente al oeste que los aproximaría de manera peligrosa a Komyazalov. Nadya desmontó, tomó las riendas del caballo y comenzó una tensa caminata por el hielo.

—A veces odio a esa chica —musitó Kacper mientras desmontaba—. Odio Kalyazin. Odio toda esta nieve.

Serefin se echó a reír. Él también bajó del caballo, cogió a Kacper y lo besó.

—¿A qué ha venido eso?

—Vamos a un cementerio divino donde es probable que muramos y te estás quejando de la nieve.

—Sí, bueno, todo eso parece imposible. No puedo quejarme de lo imposible.

—Piensa en las historias que les contarás a tus hermanos cuando vuelvas a casa.

Algo le cruzó el rostro a Kacper.

—No sé si querrían escucharlas.

Serefin frunció el ceño, pero el otro chico sonrió.

—Si morimos aquí, al menos nunca tendré esa incómoda conversación en la que le digo a mi familia que me he liado con el rey —comentó, optimista.

«¡Vaya!». A veces era más fácil pensar en las pequeñas batallas insignificantes con las que podían lidiar que en las que estaban a punto de enfrentar.

—Me quitaré el sello cuando los conozca. Así solo seré Serefin —dijo.

Kacper se echó a reír y le dedicó una sonrisa triste.

—Ojalá con eso bastara.

Solo quedaban unos días más de viaje, pero cruzar la nieve fue una pelea constante hasta llegar al camino visible del este. Fue desconcertante ver la nieve apisonada, hasta que Serefin comprendió lo que eso significaba.

—El ejército. Hemos encontrado a nuestros tranavíanos —dijo con una profunda sensación de tristeza.

—¿Qué están haciendo, Serefin? —preguntó Katya con voz monótona y baja.

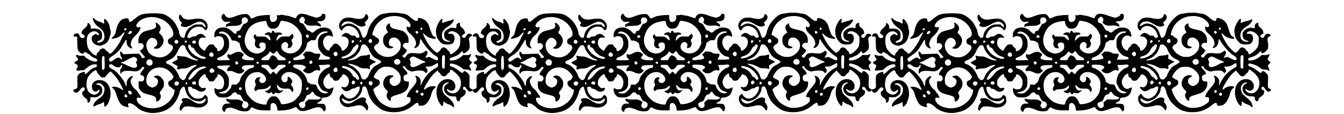
—Es Ruminski —contestó el rey—. No es un estratega. Esto es… un suicidio. —Observó los campos. Se estaban dirigiendo a Komyazalov. Sangre y hueso. A juzgar por el tamaño del área despejada, no era un ejército tan grande como para atacar con éxito la capital kalyazi.

Ruminski estaba desesperado. Ruminski estaba loco. Ruminski, pensó Serefin, no tenía magia de sangre, así que ¿qué más le quedaba? «Cualquier cosa menos esto».

—¿Qué hacemos? —preguntó Anna.

Serefin no creía que pudieran hacer nada. Tenían una batalla más importante que ganar.

—Sigamos.



44

MALACHIASZ CZECHOWICZ

No podemos matarlo. No podemos enviarlo a su lugar de origen. Los dioses nos han abandonado con este horror que han desatado.

Fragmento de los diarios personales de Lev Milekhin

Había un ser despierto cerca. Tarareaba una canción a la que no se podía resistir. El sabor a cobre le inundó la boca mientras forzaba las cadenas, aprovechando el poder de Chyrnog. Se quemó la mano, pero las cadenas se soltaron. Echó los hombros hacia atrás y miró hacia abajo. Se había destrozado la yema del meñique de la mano izquierda. Observó en la distancia y una parte inquieta de su ser se quedó en silencio.

Debía irse. Tenía hambre. Nadie en el campamento parecía haberse percatado. Ostyia estaba de guardia, pero miraba en otra dirección. Algo hizo que se detuviera, dubitativo. Le crecieron las garras y se le afilaron los dientes en la boca.

«No». No iba a hacerles daño, no si no era necesario.

Se escabulló volando en la noche, girando al este. No sabía lo mucho que había avanzado cuando algo lo arrancó del cielo y le hizo chocar contra el suelo. Se puso de pie al instante, se dio la vuelta y tiró de los hilos que hacían que su orden le escuchara porque ¿cómo se atrevía…? Algo le golpeó con fuerza en la cabeza y se desmoronó.

—Ah, funciona —dijo Zaneta—. ¿A dónde vas, Malachiasz?

«Maldita sea». Permaneció en la nieve, sintiendo cómo se le filtraba en la piel el frío, el hielo, al mismo tiempo que todas esas emociones distantes caían sobre él. Le dolía mucho la mano. No se había dado cuenta siquiera de que Chymog le estaba controlando. El dios se había vuelto traicionero y

silencioso y había tensado tanto los hilos con los que lo rodeaba que pronto lo asfixiarían por completo. No habría nada en él por lo que luchar.

Maldijo en voz baja, tragándose las lágrimas, se incorporó y se sujetó la cabeza con las manos. Alzó una cuando Zaneta levantó la rama.

—No, por favor, sangre y hueso, eres muy fuerte.

Zaneta enarcó una ceja.

—¿Sorprendido porque solo soy una *slavhka*? ¿Un error?

Malachiasz se estremeció.

—¿Sabes qué? Hazlo de nuevo. Me lo merezco.

Zaneta resopló con suavidad.

—Eso seguro. —Se sentó frente a él.

Estaban en un campo vacío. ¿De dónde había sacado la rama? No había nada, excepto la cegadora nieve blanca.

—¿Adónde ibas? —le preguntó de nuevo la Buitre.

—Estoy hambriento —susurró.

Se sentó allí, permitiendo que el hambre retrocediera, solo un poco, antes de volver a aumentar al máximo, amenazando con tragárselo. Se agachó y se cubrió la cabeza cuando el dolor intentó arrancarle la piel a tiras.

—*Deja de resistirte* —siseó Chymog—. Haz *lo que debes. No eres lo bastante fuerte para luchar contra mí, ¿no lo has aprendido ya? ¿Cuántas veces tengo que enseñarte la lección?* —Algo cambió, una consideración, y de repente comenzó a ver a Zaneta de forma muy distinta bajo la tenue luz.

La alarma cruzó la cara de la tranaviana.

—¿Malachiasz?

«*Malachiasz. Taszni nem Malachiasz Czechowicz*». Dejó escapar un suspiro largo e irregular. Nadie con magia se encontraba a salvo a su alrededor. Había ido demasiado lejos. Chymog estaba demasiado cerca. Le dio un vuelco el estómago y el caos comenzó a recorrerle el cuerpo. Zaneta retrocedió.

—Oh —susurró.

Sabía lo que estaba viendo. Las modificaciones, los cambios. Ojos, dientes, extremidades, horror. Malachiasz pensó en la magia de Parijahan. Los números.

No era suficiente, pero algo era. Cogió el hechizo y lo convirtió en un mantra. Se esforzó por ponerse en pie. No hablaba por miedo a romper el hechizo. Chymog se retorció contra él, confusión, rabia y oscuridad, oscuridad, oscuridad. Era demasiado y el corazón se le aceleró por el miedo.

Nadie antes le había dicho que no a Chyrnog. Chymog iba a destruirlo por su desobediencia. Quedaba muy poco de Malachiasz.

Caminaron. Si Malachiasz hacía algo más, iba a hacerse pedazos. El ser despierto pasó en la distancia, un ligero recuerdo, una pobre alma que la Iglesia de Kalyazin cazaría por algo que no había pedido y que seguro no quería.

¿Cuánto cambiaría el mundo por la manera en la que se había fracturado la magia? Una parte de su ser estaba entusiasmada porque hubiera tanto que aprender, tantas vías mágicas que nunca había conocido, listas para dejarse descubrir. ¿Cómo funcionaba el poder de Nadya? Ese vasto océano de agua oscura era tan aterrador como emocionante. El pedazo que le había regalado no era suficiente.

¿Y Parijahan? Los números eran nuevos. Había utilizado cálculos en los hechizos, pero no estaban relacionados con la aplicación real de su magia. Para ella, lo eran todo y existían solo en su cabeza. Sin ninguna manifestación externa. Era fascinante.

Chyrnog ardía de rabia en su interior. Mantuvo la mente fija en sus reflexiones sobre la magia, una distracción. No sabía cuánto tiempo tenía antes de…

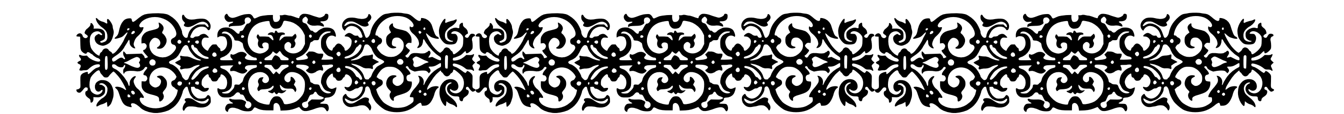
Apareció como un repentino puño desgarrador. Se asfixió y la sangre le inundó la boca. Sintió cómo se le abría la caja torácica y algo le subía por la garganta. Se tambaleó y cayó con pesadez, lo que hizo que le repiquetearan los huesos. De inmediato, vomitó sangre. Zaneta lo tocó en el hombro. Intentó alejarse, pero su cuerpo ya no lo escuchaba.

«No, no, no». Debía mantenerse firme. Estaba muy cerca y llevaba luchando mucho tiempo.

—*Eres demasiado débil para eso* —dijo Chyrnog—. *Cada día que pasa, te conviertes más en mí. No hay salida. Eres mío por completo y no habrá más resistencia. Todo se calmará. ¿No quieres paz?*

Malachiasz escupió de nuevo un torrente de sangre. Zaneta emitió un suave sonido de asco, lo que a él le pareció una tontería porque era una maldita Buitre, por él, porque lo único que sabía hacer era corromper, destruir y hacer que las cosas buenas se volvieran terribles. Chyrnog tenía razón. No quedaba mucho de Malachiasz que no fuera entropía, destrucción y oscuridad, pero nunca había habido mucho en él que no lo fuera. Lo habían creado para el caos. Lo habían creado con dolor, por dolor y para el dolor. No podía resistirlo porque no había nada por lo que luchar. Era su verdadera naturaleza

y siempre lo había sido. Lo único que le quedaba era permitir lo inevitable. Malachiasz cayó y todo se volvió oscuro a su alrededor.



45

NADEZHDA LAPTEVA

El dios de la guerra es conocido por lidiar con sus clérigos con mano blanda, una mano que se vuelve dura contra los enemigos de Kalyazin.

Códice de las Divinidades 38:76

Malachiasz había desaparecido por la mañana. Zaneta también. Era difícil no desesperarse. Serefin miró a Katya para decidir qué debían hacer. La *tsarevna* se dirigió a Nadya.

—Llegaremos primero —dijo esta al fin. Si Chyrnog estaba llevando a Malachiasz al mismo lugar, debían alcanzarlo antes de que el dios pudiera consumir los restos del alma del Buitre Negro.

Katya estimaba que les quedaban unos dos días de viaje. Avanzaron más rápido al seguir el camino del ejército, pero pronto giraron más al sur y volvieron a abrirse paso entre montones de nieve.

Montaron el campamento, sintiéndose como si estuvieran esperando el final. Nadya se sentó junto a Rashid cerca del fuego que no deberían haber encendido, pero que tuvieron que encender para sobrevivir, y se apoyó sobre él.

—Espero que esté bien —susurró, sabiendo que no lo estaba.

—¿Qué pasaría si llegara primero? —preguntó Rashid.

Nadya negó con la cabeza, pero miró a Serefin, que estaba ante ellos. Este se encogió de hombros, impotente.

—Tenemos que conservar la esperanza —dijo—. Es lo único que nos queda.

Rashid se rascó los brazos, como si le picaran a todas horas las cicatrices. Había descubierto que, si lo pensaba con mucho ímpetu, podía derretir la

nieve y hacer que la vegetación creciera, pero el frío pronto la mataba. Jugueteó con ella mientras permanecían sentados.

Parijahan se acercó para colocarse al otro lado de Nadya. Sabía que la akolana quería descubrir si tenía un plan. Todos esperaban que así fuera, pero no. Había algunas cosas de las que estaba segura, como que no había forma de razonar con los dioses antiguos (eran más poder que otra cosa) y que su conocimiento sobre las estructuras de poder y las jerarquías la ayudaría, porque en eso se basaba todo en última instancia. Sus dioses no estaban en el mismo peldaño de la escalera. Sin embargo, la habían moldeado los dioses antiguos, ¿eso la convertía en uno también?

—*No es tan fácil*.

Se estremeció ante la voz inesperada. Rashid le dedicó una mirada antes de levantarse para ayudar a Ostyia con la cena, ya que no se le daba demasiado bien cocinar.

Sin embargo, la voz había sido muy inesperada, pero altamente deseada. «Veceslav». En el panteón, solo había algunos dioses que hablaban con ella de forma tan regular como Marzenya, y al que más aprecio tenía era a Veceslav. De la guerra, la paz y el hierro. Era agradable, todo lo que podía ser un dios, ahora que lo pensaba. Su silencio había sido el que más le había dolido. Que su silencio hubiera continuado después de que los dioses hubiesen comenzado a hablarle de nuevo había sido igual de duro.

—*Hola, niña*. —La voz del dios parecía cálida y Nadya sabía que debía mostrarse precavida. Marzenya le había enseñado a ser cautelosa.

«Podría hacerte mil preguntas. Podría preguntarte por qué me has abandonado». Se levantó y tocó a Parijahan en el hombro con delicadeza.

—Voy a dar un paseo —susurró, levantando el collar de oración a modo de explicación.

Su amiga asintió.

—Quédate cerca.

«Quiero entenderlo, Veceslav. Siento que tengo algunos fragmentos, pero aún se me ocultan demasiadas cosas».

—*Cuando Marzenya te eligió, sentimos miedo. Antes que a ti, habíamos dejado de reclamar a los mortales por el que se unió con Chyrnog*.

Nadya frunció el ceño.

«¿Quién?».

—*Ah, ya has oído hablar de Celestyna Privalova. Nunca desapareció de los registros*.

Los pasajes fragmentados de libros antiguos no mostraban una imagen clara. Nadya paseó por la nieve. Se encontraban en un bosque, menos denso que los que habían recorrido para ir a Bolagvoy, pero seguía rodeada de oscuridad. Los árboles eran asfixiantes, incluso aunque no estuvieran pegados los unos a los otros.

Se decía que Celestyna era la razón por la que Kalyazin estaba perdiendo la guerra, que había sido bastante equilibrada (ningún pueblo tenía una verdadera ventaja) hasta el día en que Celestyna había traicionado al general Khartashov ante un mago de sangre tranaviano, por un mago de sangre tranaviano. El ejército sufrió derrotas devastadoras. Los clérigos murieron. Luego, solo quedó Nadya.

«Pero ¿era clériga?».

—*Era mía*.

—Vaya —musitó Nadya. Ya sabía que Veceslav tenía una clériga de la que nunca hablaba. Sin embargo, no podía haber sido hacía tanto. «¿Chyrnog estaba despierto?».

—*Siempre ha sido capaz de susurrar desde un lugar más allá del olvido, capaz de retorcer y empujar a los débiles a hacer lo que desea*.

«Crees que está volviendo a ocurrir».

—*Marzenya estaba convencida de que se te podía controlar. Pensaba que, si mantenía un puño de hierro a tu alrededor, nunca te enterarías. Si te tapaba los oídos, nunca oirías sus canciones. Si te tapaba los ojos, nunca verías la forma en la que giraba el mundo. Nunca sentirías tu propia magia y te darías cuenta de que podías actuar sin ella*.

Nadya frunció el ceño.

«Por eso me dejaste de hablar».

—*Temía otra tragedia* —contestó Veceslav.

Era… extraño hablar así de nuevo con un dios, sentir que alguien la conocía, que le importaba, aunque sabía que no debía ir tan lejos. No se podían atribuir emociones humanas a seres que no lo eran, aunque quizás lo hubieran sido en el pasado.

«Veceslav, ¿por qué me hablas ahora?».

—*Me gustaría aclarar las cosas*.

«Parece una misión para Vaclav».

—*Si tú lo dices. Él también lo desea*.

Nadya pestañeó.

«¿Qué?».

—*No es… una opinión universal. La mayoría estamos deseando transmitirte nuestras voces de nuevo para tratar de posponer lo inevitable. Todos estamos en peligro*.

«Crees que me aliaré con los dioses antiguos».

—*Ya lo has hecho. La cuestión es solo cómo se va a manifestar*.

Nadya se estremeció. Qué agradable saber que creían en ella.

«Entonces, solo has vuelto por autoprotección».

—*¿De verdad deseas oír nuestras voces?*

Cerró los ojos. Sí, sí y no. Ya no se trataba de ellos. Estaba tomando sus propias decisiones para salvar el mundo, todo, a un rey tranaviano que bebía demasiado y se había enamorado de su teniente, a una chica akolana que era calculadora y mucho más manipuladora de lo que dejaba entrever, aunque también muy amable, a un joven akolano que era agradable, bueno y estaba preparado y dispuesto a morir para salvar a sus amigos. Quería salvar a una seca tranaviana que demostraba una terrible lealtad. Quería salvar a un monstruo de garras afiladas, dientes y ojos fríos. Quería salvar a un chico con manos delicadas, voz suave y una bonita sonrisa. Sin embargo, para él no había salvación.

—*Te ha elegido la oscuridad. Veremos si eres lo bastante fuerte para resistirte. No obstante, estoy aquí para decirte que quiero ayudar*.

Se tiró del collar de cuentas y encontró con los dedos la de Marzenya. Una grieta la recorría justo sobre el símbolo de una calavera con la boca abierta. Presionó el pulgar contra la madera astillada, pensativa, reflexionando sobre cómo todo lo que había conocido acerca del mundo había cambiado, preguntándose cómo se podía salvar a un chico que odiaba mucho a los dioses, pero que había caído en manos de uno, planteándose cómo, incluso aunque los dioses volvieran a hablarle, nada volvería a ser lo que era.

«¿Qué me pediréis a cambio?».

—*Todo*.

* * *

No había ninguna marca en el mapa. Pelageya lo había llamado *Stravhkinzi'k Volushni*. Era un nombre arcaico, antiguo y extraño para la lengua. No había ninguna traducción trivial al tranaviano con la que pintar una mejor imagen de lo que verían. ¿Cómo sería el cementerio de los dioses?

Nadya pensó en el claro, el círculo de estatuas, la sensación imposible de apartar, la mala suerte que les había perseguido a ella y a Malachiasz desde

entonces. Aquello iba a ser peor.

Sin previo aviso, Serefin cayó del caballo, ahogándose. Alejó a Kacper con la mano y se puso de rodillas. Cuando se incorporó, en el ojo le habían aparecido más estrellas. Una nube de polillas se arremolinó alrededor de su cabeza. Apoyó una mano en el pecho del otro tranaviano para equilibrarse, sin mirarlo. Fuera lo que fuese Serefin, era sensible a lo divino. Se tambaleó antes de inclinarse y escupir sangre.

—Nada alarmante —comentó Katya con voz monótona.

Nadya desmontó del caballo y le lanzó los estribos a la *tsarevna*.

—Iremos a pie desde aquí. —La clériga caminó hacia Serefin y, con una mirada a Kacper, le rodeó la cadera con un brazo.

—¿Cómo es posible que no te haya derribado aún? —preguntó el rey tranaviano, soñoliento.

—Estoy hecha para esto. A ti te forzaron.

Un pie tras otro. Delante, Nadya veía la empinada caída de un desfiladero. Abrirse paso en la distancia pareció llevarles el día entero. Cuando llegaron a los límites, se encontraron con un cementerio de huesos. Se extendía varios kilómetros en todas direcciones, blanco y apagado por un milenio al sol, vasto, enorme, más grande que cualquier ciudad que hubiera visto, como una caja torácica que se alargara miles de metros, una calavera capaz de bloquear el sol.

Kacper frunció el ceño.

—Solo es otro bosque.

Serefin pestañeó. Nadya se escabulló de debajo del brazo del rey de Tranavia, que se tambaleó un poco.

—¿Quieres verlo? —le preguntó a Kacper, quien dudó.

Algo ya estaba afectando a Nadya. Oía el canto, una melodía grave, persistente y exasperante. Loca, vacía y repetitiva. Movió la cabeza como si espantara una mosca.

—Quiero conocerlo —dijo Kacper.

—Avísame cuando sea demasiado —contestó la chica. No quería destrozarlo. Los cuerpos se esparcían entre los huesos y no sabía si estaba presenciando la realidad, el pasado u otro plano totalmente distinto.

Presionó los dedos contra la frente de Kacper para compartir con él su visión. El chico se tensó y la sujetó por el codo. Tembló, agitado e inestable. Había visto suficiente. Nadya bajó las manos. La expresión del tranaviano reflejaba auténtico horror y la piel oscura se le tomó de un gris enfermizo.

—Vaya —musitó, lanzándole una mirada de desesperación a Serefin—. ¿Eso es lo que ve él?

—Creo que ahora siempre ve la influencia divina. Ese ojo es… otra cosa.

—¿Veis a alguien al otro lado del desfiladero? —preguntó a voz en grito Serefin, lo que les hizo sobresaltarse. Ostyia se acercó a ellos, pero no pidió que compartiera con ella lo que había visto Kacper.

El otro lado del desfiladero estaba demasiado lejos. La chica le lanzó una mirada de incertidumbre a Serefin, quien no dejaba de pestañear a toda velocidad mientras se toqueteaba el parche del ojo.

—No —murmuró Ostyia, tomándole de la mano—. No está, Serefin.

—Es…, ¡vaya! —susurró Serefin. Cerró el ojo—. Es ese ojo. Ahí está. Hay un ejército al otro lado del desfiladero. Dos, creo. «No».

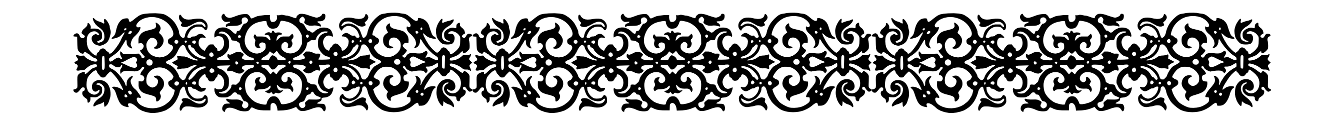
—No sé qué está haciendo Malachiasz. Creo… —Serefin se interrumpió. Nadya no lo entendía—. Es mi ojo. —Serefin contestó a la pregunta que no le había hecho—. Se quedó con él. No sé cómo. Lo dejamos en esa montaña divina que lo pervirtió. Había demasiada sangre y no importa lo que hicieras, Nadya, la sangre es poder. La sangre siempre ha sido poder.

Kacper maldijo en voz baja y cogió a Serefin de la mano.

—Oye, ven aquí. —Tiró del rey para deslizarle los dedos por la nuca y obligarle a enterrar la cabeza en su hombro—. Serefin, quédate conmigo.

A Nadya le dio un vuelco el estómago. Nunca podría volver a tocar a Malachiasz así. Serefin se retorció.

—No es Malachiasz, Nadya. Golpearle con fuerza no va a solucionar esto.



46

SEREFIN MELESKI

Han matado a Milyena y expulsado a Sofka. Innokentiy ha perdido la voz de su dios y Lev, la suya propia. ¿Quién más se alejará de la gracia de los dioses? ¿A quién más darán la espalda por un solo error?

Las Cartas de Wlodzimier

A Serefin le dio un vuelco el estómago. El aire allí era pesado y asfixiante. Se sentía mal porque Kacper se hubiera visto obligado a ver el cementerio, pero peor era pensar que necesitaban entrar en él.

—¿Por qué? —dijo Nadya, horrorizada.

—No preguntes. —Malachiasz, o Chymog, iba a atacar y no podían luchar contra un ejército. Serefin sabía, solo con mirar un campo de batalla, la estrategia para sacar de allí a la mayor cantidad de soldados con vida. Se hacían sacrificios, pero eran necesarios en una guerra. ¿Aquello era una guerra? Suponía que sí.

La bajada fue complicada, pero se las arreglaron. Nadya permaneció al lado de Serefin, consciente de que veía cosas que ella no podía ver. Sin embargo, sabía que le llegaría su momento. El cementerio estaba cambiando por su presencia, removiéndose. Se acercaba una nueva era, una que la había estado esperando a ella, la chica con la oscuridad en las venas.

—¿Ya lo hemos perdido? —preguntó en voz baja.

Se mantuvieron refugiados de la nieve bajo lo que Serefin pensaba que era una caja torácica. Era tan grande que había perdido sus articulaciones por completo. La observó antes de mirar a la chica.

—Sí.

La agonía inundó la expresión de la clériga.

—Tal vez esté ahí, enterrado en las profundidades, pero… —Serefin negó con la cabeza. Era inquietante que Malachiasz siguiera pareciéndose a sí mismo. Tal vez Chyrnog y él fueran tan parecidos que no había cambiado.

—No es probable —dijo Nadya—. Lo inevitable va a suceder.

Quizás. Quizás estaban condenados a morir en ese lugar. Quizás Pelageya había estado coordinando su caída desde el principio. Serefin no lo creía, en realidad no, pero era imposible saberlo.

—Debemos encontrar su alma —dijo Nadya.

—¿Cómo vamos a hacerlo sin él? ¿Cómo sabemos que no la tiene ya? ¿O que el dios no la ha destruido?

Nadya apretó el puño.

—Porque eso significaría que hemos fracasado.

Zaneta se topó con el grupo, lo que no era bueno porque, si ella había podido encontrarlos, el resto también podía.

—Lo siento —comentó, temblorosa—. No sé qué ha ocurrido. Estaba bien y, luego, ya no… Y ahora los tranavianos están aquí y el ejército de Kalyazin se ha movilizado. Va a haber una masacre.

Estaba sangrando por una fea herida en la cabeza y Serefin no sabía si era leve o grave. Estuvo a punto de bromear sobre que no le había dado a Malachiasz con la fuerza suficiente, pero buscó a alguien que la ayudara. Rashid se acercó a ella.

—¿Por qué están aquí? —preguntó Ostyia. Sin embargo, lo sabía, igual que su rey.

La guerra debía acabar en algún momento, aunque no se imaginaba que el último asalto sería así.

Serefin intercambió una mirada con Nadya. Esperaba que supiera qué hacer a continuación. Al rey se le revolvió el estómago y los susurros se le asentaron en el subconsciente, recordándole a su aterradora época en Tzanelivki.

«Era lo que querías», le dijo Serefin de manera acusatoria a Velyos.

—*Quería libertad. Chyrnog apareció porque deseabas al Buitre muerto*.

«Bueno, en eso fallamos, ¿no?».

—*Las cosas no siempre salen como se desea*.

«Pero tú también sufrirás si se deshace de Malachiasz, ¿no?».

Una pausa larga.

—*Ahora juegas en el plano de los dioses. Ve a encontrar el alma de tu hermano*.

Algo aterrizó a los pies de Serefin. Una flecha. Retrocedió un paso para esconderse tras la caja torácica.

—No se te ocurra decir que tenemos que… —comenzó a decir Kacper.

—Tenemos que separamos —anunció Serefin.

Kacper suspiró. Nadya parecía nerviosa. Cuanto más tiempo estaban allí, más cambiaba. Ese extraño halo tembloroso parpadeaba a su alrededor, agrietado y contaminado. Estaba casi completo cuando lo había visto Serefin por primera vez, solo con unas finas grietas, pero desde entonces unos cuchillos afilados habían penetrado en él. Se le habían curvado las garras de la mano izquierda. Llevaba el pelo rubio casi blanco en una gruesa trenza sobre el hombro y, cuando habló, tenía los dientes raros, extraños. Serefin no podía quitarse de encima la sensación de que cambiaría más cuanto más tiempo pasaran allí. Quizás él también.

—No nos vamos a separar —dijo Katya—. Será igual que en el bosque.

—Por si no te has dado cuenta, querida, volvemos al meollo de las locuras divinas que ocurrieron en el bosque —replicó Serefin.

Una lluvia de flechas aterrizó a sus pies. No podían quedarse allí más tiempo. Era evidente que nadie estaba esforzándose demasiado en matarlos, pero una flecha desviada podía llevar a cabo esa misión de igual manera.

—Cada minuto que pasamos aquí de pie, peleándonos, Chyrnog se acerca más al alma de Malachiasz —musitó Nadya. Tenía un tono extraño en la voz, como si hablara más de una persona. Al mirar a Serefin, tenía el negro de los ojos salpicado de dorado, lo que hizo que este se estremeciera—. Es tu hermano y eres tú el que puede ver cómo es este lugar. Cuando lo intento… —Titubeó y se quedó callada—. Es mejor que nos guíes tú.

Serefin deseaba huir. Era la opción más fácil. Quería a Malachiasz, incluso a pesar de todo. Podía admitir por fin que quería a su hermano, pero también se estaban precipitando de cabeza al desastre. Estaban condenados.

Sin embargo, ya no era el chico que huía. Tenía un ojo afectado por los dioses, una nube de polillas que lo seguía a cada paso y la voz de un dios al que no tenía demasiado aprecio hablándole en la cabeza. No era la misma persona que había vuelto a casa del frente. Serefin era el rey. Destrozado y vapuleado por la magia, pero un rey, al fin y al cabo. Había ayudado a empezar esa pesadilla y, de alguna manera, debía detenerla. Y sería mejor si se separaban.

—Si este lugar quisiera que nos dividiéramos, lo haría él mismo —observó Anna. La sacerdotisa había permanecido en silencio, por lo que su voz, cortante, resultó inesperada.

Tenía razón. No era igual que en el bosque. Si se alejaba, los demás no desaparecerían. Sin embargo, aquel era el cementerio de los dioses. Sería mucho peor acechar por allí, esconderse entre las pálidas esquirlas blancas. Los huesos eran demasiado grandes para pensar en ellos, tan inmensos que a veces incluso no parecían huesos, sino extraños árboles pálidos sin ramas, suaves y espeluznantes.

Nadya deslizó una mano entre las suyas, lo que le sobresaltó. La chica tenía las manos congeladas.

—Debemos permanecer juntos —musitó—. Al menos, nosotros y Parj.

Parijahan la miró al oír su nombre. Claro. Los cuatro. El extraño augurio de Pelageya. No podían hacer mucho sin Malachiasz. «Los problemas de uno en uno», pensó Serefin.

¿Dónde escondería Pelageya un alma? Sacó el disco de metal conectado con Malachiasz. El hechizo kalyazi que se extendía a su alrededor estaba estructurado de una manera que le resultaba familiar, como la magia de sangre. Hada una eternidad, había encontrado unos libros de hechizos llenos de oraciones kalyazi y se había preguntado si estos no serían tan devotos como creía. Ahora tenía más pruebas de ese hecho. Supuso que ahí estaba la respuesta.

—La sangre siempre ha sido poder —musitó Serefin.

Con suavidad, alejó la mano de la de Nadya, cogió la daga de su cinturón y, con un movimiento de cabeza, sacó el *szitelka* de Kacper de la funda de su cintura y se remangó ambos brazos. Se agachó y les hizo una señal a Nadya y a Parijahan para que hicieran lo mismo.

—Empecemos con los que sabemos que estamos metidos en esto —dijo en voz baja—. Si necesitamos más, les avisaremos.

Nadya frunció el ceño.

—Serefin, ¿qué…?

El chico movió las armas y, con un solo gesto rápido, se hizo cortes en ambos antebrazos a la vez. La inicial oleada de poder que siempre surgía cuando hacía magia no apareció. La echaba de menos. Aquello era más lento, perezoso, aumentando de intensidad hasta que algo tiró con fuerza de su corazón.

Movió las dagas de nuevo para limpiar el filo con destreza en los pantalones y se las tendió a Nadya, pero ella ya se estaba pasando los *voryens* por los antebrazos. Rápidamente Parijahan los imitó. El suelo se humedeció debajo de ellos.

Serefin permitió que su sangre se filtrara en la tierra, cerró el ojo, esperando que la sangre de un elegido de los dioses hiciera algo, lo que fuera, en aquel lugar de recuerdos divinos y muerte. Oyó cómo Nadya tomaba aire con lentitud. Cuando abrió el ojo, unas flores estaban germinando y se dirigían a los huesos.

—¿Las seguimos? —preguntó la clériga.

El rey asintió y se incorporó. Nadya tocó el hueso más cercano al levantarse y lo manchó de negro. Serefin percibió con la mirada las huellas de sus yemas. Dio un primer paso. Unos huesos diminutos se quebraron y crujieron bajo sus pies, no los de los dioses, sino los de las sencillas criaturas que se habían topado con ese horrible lugar y no habían estado a la altura. Los huesos de los dioses los rodeaban a medida que caminaban. Una mandíbula. Una caja torácica. Una calavera que superaron tras una significativa cantidad de tiempo.

Al final, llegaron a los restos esqueléticos de un dios, de alguna manera intactos, y, en el centro, donde habría estado el corazón, había un vasto lago de lo que Serefin creía que era sangre. Pequeños arroyos como venas se extendían desde el lago. Pasó sobre uno de ellos.

—¿No dijo Pelageya que estaba en una isla? —preguntó.

Nadya cerró los ojos.

—En un árbol, en un conejo, en un huevo o una tontería así. Es de un cuento para niños.

—Bueno, todos somos niños.

Nadya se echó a reír ante eso, lo que estaba bien. Serefin no creía que pudiera soportar otra crisis de la clériga. Verla quebrarse lo aterraba de una manera difícil de definir porque siempre había sido imperturbable.

—Tienes veinte años —observó la kalyazi.

—Detalles nimios.

Llegaron a la orilla del lago. No estaba hecha de arena o, si lo estaba, era de un color erróneo: negra y brillante. Sería casi bonita si no fuera tan macabra.

—Para ser un país tan aterrado por un corte con un papel, tenéis muchos lagos de sangre —comentó Kacper.

Katya se agachó a un lado.

—En realidad, llevamos metidos en esto el tiempo suficiente para darnos cuenta de que Kalyazin lo ha estado compensando en exceso.

Nadya resopló. Parijahan estiró una mano sobre el agua. Bueno, no era agua, pero Serefin no quería pensar en otra cosa.

—Tenemos que cruzarlo —dijo Nadya.

—¿Crees que este es el lugar adecuado? —intervino Rashid.

—¿Tienes una barca? —preguntó Kacper.

Nadya les dedicó una mirada fulminante y se acercó, clavando los talones en la arena. Entornó los ojos sobre el lago y metió dentro la mano. Katya se echó hacia atrás a toda velocidad y Parijahan alargó el brazo como si quisiera detenerla. Kacper dio un paso al frente, pero Serefin le colocó una mano en el pecho.

—Déjala —musitó—. Tenemos que seguir nuestros instintos y estos nos llevarán a lugares extraños.

A Nadya le comenzaron a brillar los ojos y se le filtró la luz dorada bajo la piel. Su extraño halo parpadeó y se volvió más luminoso. El terreno tembló. Serefin se giró un poco para estudiar el camino tras ellos. No podía quitarse de encima la sensación de que los estaban observando.

—*Por supuesto. Los dioses, los liberados, los nunca encerrados, los antiguos…; todos os estamos observando. Esperamos ver cómo cambiáis el eje del mundo, si lo equilibráis o lo hundís en un caos aún mayor*.

«¿Pelageya comenzó todo esto?».

Velyos se echó a reír.

—*¿La bruja? Pelageya tiene el poder suficiente para convertirse en diosa si lo desea, pero cada día se aleja más de ese camino. Pelageya es muchas cosas, pero el lugar donde estáis es tan culpa suya como puede ser tuya, de esa clériga o de ese Buitre. El mundo gira, se toman decisiones. Sí, había esperado que alguien me liberara. Sí, le pedí a la bruja que consiguiera el colgante y lo colocara en algún lugar donde fuera a usarse. Sí, ella aceptó.*

«Entonces, es culpa tuya».

—*A mí siempre me han gustado las travesuras* —contestó Velyos.

«Esto se aleja de ser una travesura. Conseguiste lo que querías. Lograste ser libre y tu venganza. ¿Qué es esa tontería de las cuatro canciones? Eso también fue cosa tuya, ¿verdad?».

—*Chyrnog ha actuado mucho más tiempo que yo. Ha estado colocando las piezas de este juego durante mil años y todos os habéis comportado como deseaba. Los mortales sois predecibles. Esto no es por venganza, esta es su naturaleza: devorar, consumir. Es lo único que conoce. Y encontró en tu hermano a un mortal hecho para el mismo fin*.

Los pilares de la piedra oscura comenzaron a elevarse del agua sangrienta, formando un puente que se perdía en la distancia. Nadya se puso en pie y el halo dorado se desvaneció con lentitud.

—¿Las cuatro canciones? Sí, eso fue cosa mía. Chyrnog siempre estuvo destinado a liberarse. Chyrnog siempre necesitó límites. Siempre ha sido así, pero ha pasado tanto tiempo desde que escapó por última vez que el mundo se ha olvidado de él. Los mortales pensáis que, si ya no habláis de los terrores de las profundidades, se verán condenados a los mitos y no asolarán el mundo. Pero no es tan fácil. Todo esto era inevitable.

«La inevitabilidad es un concepto demasiado kalyazi para mí», contestó Serefin.

—*No elegí a tranavianos con intención alguna, pero habéis hecho que el juego sea mucho más interesante, por lo que debo darte las gracias.*

Serefin puso los ojos en blanco.

«¿Qué pasa con ella?».

Nadya se tambaleó y se giró hacia él, que se acercó a la chica cuando esta dudó.

—*Nunca he visto nada parecido. Hace que las cosas sean mucho más impredecibles. Agradables, en realidad.*

A Serefin no le gustaba cómo sonaba eso.

—*Tiene el poder de ellos en sus huesos, pero no fue suficiente para hacerla como ellos. O quizás sí.*

—¿Qué creéis que vamos a encontrar? —preguntó Serefin en voz alta.

Nadya lo miró.

—Sea lo que sea, no va a ser bonito —dijo a modo de única respuesta. Luego, caminó por el puente. Serefin dejó escapar una carcajada sin aliento, incrédulo, antes de trotar para alcanzarla.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó.

—Con magia, ¿cómo si no? —respondió la clériga.

«Una magia que nunca había visto», pensó el tranaviano. No entendía lo que era Nadya, pero al parecer los dioses tampoco.

—*No confundas el que no te diga las cosas que no has preguntado con la ignorancia* —replicó Velyos—. *Esa chica es lo que ocurre cuando la divinidad más oscura se aloja en un mortal. Una chica, divina un segundo y monstruosa al siguiente. Que haya sobrevivido tanto tiempo es sorprendente. Además, los dioses antiguos deben tener para ella algo muy específico en mente. Sus voces deberían haberla vuelto loca hace mucho tiempo.*

«Pero sí que oye las voces de los dioses. Es su principal don».

—*Sí, y ningún mortal debería poder soportar tantas voces como ella. Tal vez no esté tan cuerda como se piensa.*

Serefin frunció el ceño. Le dedicó una mirada a Nadya, pero la de ella estaba fija en la isla a la que se acercaban.

—¿Y si no llegamos los primeros? —susurró Serefin mientras la clériga salía del puente a las cristalinas arenas negras.

—¿Ya estamos poniéndonos en lo peor de nuevo? —preguntó Kacper detrás de él.

Serefin debería haberles pedido a todos que esperaran al otro lado del agua extraña, pero se alegró de la presencia del chico. Allí, la playa se unía con el bosque, oscuro de una manera aterradora.

—Hablando hipotéticamente —le dijo a Nadya—, el único lugar en el que los dioses podían caminar por nuestro mundo era esa montaña, ¿verdad?

—En teoría, sí —contestó, observando el bosque, inquieta—. Pero este lugar tampoco sigue las reglas, por lo que no podemos estar seguros de eso.

Genial.

—Esperaré aquí —anunció Katya—. Sostendré el puente si es necesario. —Era evidente que no quería entrar en el bosque.

Serefin se sacó la reliquia de hueso del cinturón y la sostuvo en la mano. Nadya palideció.

—La necesito —susurró la chica, cogiéndola con dedos temblorosos.

Anna observó a Nadya, quien asintió levemente. La sacerdotisa se sentó junto a la *tsarevna*. Kacper cogió a Serefin de la mano.

—No, tú…

Serefin lo interrumpió con un beso.

—Volveré —dijo contra sus labios—. Lo prometo. Te quiero.

A Kacper se le quebró la expresión. Tomó a Serefin de la cara y lo besó con mayor intensidad.

—No te atrevas a hacer que esto suene a despedida. Te quiero y vas a volver.

Ostyia cogió a Kacper de la mano y lo alejó, dirigiéndole una mirada a Serefin que decía que, si no volvía, lo resucitaría para matarlo ella misma. Había echado de menos tenerla cerca.

—Vamos —dijo Parijahan, antes de pasar junto a Nadya y Serefin.

Al chico se le contrajo la respiración. Sabía que Parijahan estaba tan involucrada como el resto en todo aquello, pero pensaba que las grietas visuales de su mortalidad no se extenderían hasta ella. Nada parecía tener efecto sobre ella nunca realmente.

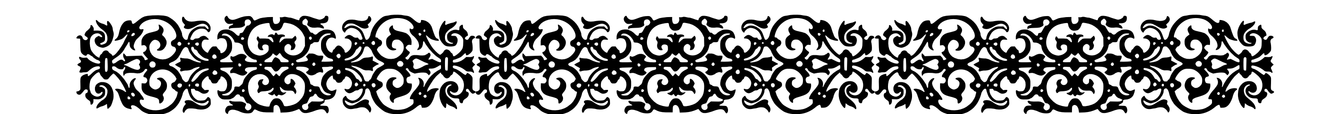
Llevaba el pelo negro atado en una trenza floja, pero pequeños cuernos triangulares le sobresalían de la frente. Los miró sobre su hombro. Tenía los

ojos grises de color dorado y las pupilas en la dirección incorrecta, rajados como una serpiente. Sonrió.

—Quiero salvar a mi amigo —dijo en tono desenfadado antes de partir hacia el bosque.

—Juro que va a ser la única que salga viva de esto —musitó Nadya, y corrió tras ella.

Era demasiado tarde para dar media vuelta, para huir. Por mucho que Serefin quisiera, por mucho que no consiguiera deshacerse de la sensación de que estaban entrando directamente en la boca del lobo, las siguió igualmente.



Interludio

TSAREVNA
YEKATERINA VODYANOVA

La clériga, el rey y la *prasīt* desaparecieron entre la hilera de árboles. Tras unos momentos de tensión y silencio, Rashid dejó escapar un resoplido, enfadado.

—No —susurró—. No lo va a hacer sola. —Y corrió hacia el bosque.

Anna lo llamó, pero Katya extendió una mano para que le dejara. Era su elección.

—¿Cómo podemos permitir que vayan solos? —preguntó Anna.

—Los has visto. Este lugar los está cambiando. No creo que podamos sobrevivir a nada ahí dentro. No creo que vayamos siquiera a sobrevivir aquí fuera, a decir verdad.

Katya miró, dubitativa, el cielo. Se había pasado toda la vida estudiando lo oculto y lo extraño, pero siempre había pensado que era una exageración. El sol se había atenuado, como si algo se encontrara a su lado, proyectando una larga sombra. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que todo el mundo se sumergiera en la oscuridad?

Apretó los dientes. No iba a morir allí. No lo permitiría. Además, su hora aún no había llegado.

—Entonces…, ¿esperamos? —preguntó Ostyia, sentándose lo bastante cerca para que sus muslos se rozaran. Tras pensarlo un momento, cogió a la *tsarevna* de la mano y se la besó con delicadeza.

Katya dejó que aquello le calentara el corazón congelado. Hacía mucho frío allí. Ostyia le pasó el pulgar por el dorso de la mano.

—Me preocupa Serefin —musitó.

Kacper las observó.

—No está tan mal como antes, cuando Velyos lo poseyó.

—No, es verdad, pero… —Ella negó despacio con la cabeza—. No es él mismo.

—Igual que Nadya —comentó Anna.

—No creo que los vayamos a volver a ver —musitó Kacper con lágrimas en los ojos oscuros.

Ostyia le apretó la mano a Katya, le besó la sien, se levantó y abrazó a Kacper. Katya se preguntó cuánto hacía que se conocían, cuánto tiempo había estado en la vida del rey. Serefin era carismático, por mucho que intentara no parecerlo. ¿Cuántas personas no habrían llegado tan lejos como ellos dos?

—Quédate aquí —le pidió Ostyia al chico de manera apasionada—. No puedo perderos a los dos. No puedo.

—¡No podemos perder a Serefin! —exclamó Kacper.

Ostyia palideció.

—No, no podemos. Pero, si no hace esto, lo perderemos igualmente. —Kacper se aovilló y escondió la cara en el hombro de Ostyia.

El aire a su alrededor se volvió más punzante. Katya se puso en pie, frunció el ceño y sacó el arma. La Buitre (dioses, había estado ignorando a esa chica) la miró, tensándose.

—¿Qué es eso? —Su kalyazi era perfecto de una manera sorprendente. No había rastro de acento tranaviano en él.

Anna alzó la cabeza.

—Yo también lo siento.

Algo pesado caía sobre ellos, asfixiándolos. Un temblor en la tierra, como si algo muy profundo se estuviera abriendo paso a arañazos hasta la superficie.

—¿Qué decían que sucedería si Malachiasz llegaba aquí primero? —preguntó Zaneta.

Katya negó con la cabeza sin palabras.

—Chymog es entropía, el fin del mundo.

El cielo se oscureció rápido, a un ritmo aterrador. El sol se atenuaba con cada segundo que pasaba. Katya apretó la empuñadura del arma y las manos comenzaron a sudarle.

—¿Ostyia?

Esta emitió un suave sonido afirmativo. Seguía sujetando las manos de Kacper, pero miraba al cielo.

—¿Recordáis cuando todos esos cadáveres atacaron Voczi Dovorik?

—Preferiría que no.

Hubo un cambio cuando algo se despertó en el horizonte. Músculo, tendones y carne sobre una pila de huesos, formando un cuerpo. Había demasiadas extremidades, un caos agitado en una forma apenas humana.

Estaba muy lejos, pero Katya supo con una certeza aterradora que estaría muy cerca pronto.

—Nunca pensé que diría esto, pero desearía que tuvierais magia de sangre —dijo la *tsarevna*.

Ostyia se alejó de Kacper y se puso en pie. Tenía el libro de hechizos en la cadera, igual que su amigo. Inútiles.

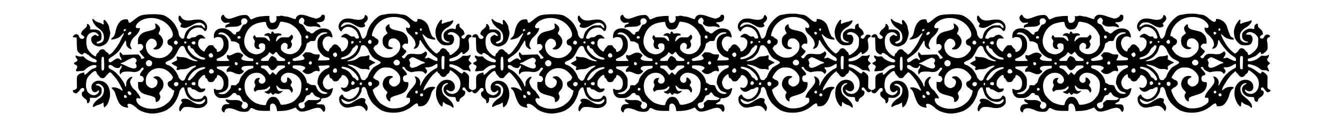
—Yo también —musitó.

Otra figura se alzó en la distancia. Grande, incomprensible, una copia retorcida de apenas vida y un horror total. Dientes rechinantes y sangre cayéndole por los huesos a medida que se convertía en otra cosa. Una cada vez, todas al mismo tiempo, otras figuras les siguieron, terroríficas e indescriptibles. Aquello ya no era un cementerio.

—¿Te sientes muy devota, Katya? —preguntó Anna con la voz bastante tranquila para alguien que parecía a punto de perder la cabeza por el miedo.

—Estoy pensando en cometer una grave herejía —contestó Katya.

—Sí —le confirmó Anna—. Yo también.



47

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Rohzlav observaba a Chyrnog desde las sombras, ya que, a medida que uno sentía hambre, el otro se deleitaba con ese acto de inanición.

El Volokhtaznikon

«Dijiste que sería fácil persuadirla», siseó para… ¿sí mismo? Espera, no, Chyrnog se lo siseó. Malachiasz era distinto, aún le quedaban algunos fragmentos rotos, piezas pequeñas. «Oye mis canciones, las de mi especie. Es oscuridad y divinidad y puede demoler el mundo hasta los cimientos. ¡Qué chica tan terca! ¿Por qué no escucha?».

Chyrnog, tan confiado como siempre, tan arrogante sobre su poder, había sido el que había hablado con la chica, apelando a sus emociones, a la vulnerabilidad de Malachiasz. Había fracasado.

La oscuridad de Nadya, por emocionante que fuera, no se había convertido en destrucción. Si hubiera sucedido, Tranavia se habría transformado en cenizas hacía un año. Serefin estaría muerto, igual que Malachiasz. El santuario en el que la había traicionado sería polvo. No se le podía convencer, pero a Chyrnog no le importaba.

Malachiasz se retiró. Por fin había encontrado una batalla que era demasiado para él. Solo podía tomar un camino. Más caos. Más dolor. Era lo único que conocía.

Siguió presionando. Sentía un impulso en su pecho y reconoció las piezas de su alma que había entregado. Las necesitaba. Sin embargo, entonces también Chyrnog las tendría y ¿qué quedaría de él? Nada, nada, nada.

—No —replicó el dios—. Están aquí.

En una isla, en un bosque, en un árbol. Malachiasz no recordaba el resto, pero ante ellos había un pequeño templo. Tallado en hueso. Los huesos

esculpidos de un dios, convertidos en puertas, ventanas y torres. Vio que Nadya se giraba con la cara pálida. Le tocó el brazo a Serefin y este siguió su mirada. El final era la destrucción, pasara lo que tuviera que pasar.

SEREFIN MELESKI

—Entra —le pidió Nadya—. Coge lo que encuentres.

Serefin le dedicó una mirada titubeante y palideció cuando vio la reliquia en sus manos. Se giró hacia Parijahan.

—Ella se queda —dijo la clériga—. Necesito lo que sea que hace para mantener a raya el caos.

Parijahan tomó aire profundamente de forma temblorosa. Con un suspiro, Serefin se recompuso y entró en el templo. En la pesadilla.

En realidad, debería haber esperado tal cosa. ¿Dónde si no se iba a esconder el alma de su hermano? El suelo era blando y extraño bajo sus botas, como si estuviera de pie en la boca de una bestia enorme. Unas velas encendidas, alzadas por manos grotescas en las paredes, proyectaban una luz nauseabunda sobre la sangre que caía del techo. Pasó junto a ellas, junto a los gritos desgarradores, locos, los ojos abiertos en las paredes de piedra, observándolo en silencio mientras caminaba. Evitó un cuerpo sin estudiarlo. ¿Quién habría venido a ese lugar tan aterrador y terrorífico? Bueno, él, supuso.

El apagado pasillo se abría a un amplio santuario, primitivo e irregular. Serefin tuvo la impresión de haber estado allí antes. Un cuchillo envenenado sobre su corazón, abriéndole el pecho. Su sangre esparcida por el altar de piedra. Era todo igual, un lugar plegado sobre sí mismo en el tiempo.

La pequeña iglesia de piedra, el claro de estatuas terroríficas y mil otros lugares donde se había sacrificado a personas para los dioses antiguos, donde se había derramado sangre en nombre de la divinidad. Ninguna diferencia con cómo la vertían a cambio de magia. Era lo mismo. Ellos eran lo mismo.

Había un árbol tallado en el altar de piedra, manchado de sangre. Serefin abrió una caja posada sobre un charco de sangre y el suelo tembló. Los dioses fijaron los ojos en él a la vez y un escalofrío le recorrió la columna. Encontró una única pluma negra con sangre en la punta y se echó a reír.

Nadya no entendía la magia de Parijahan, pero Malachiasz fallaba cada golpe que trataba de dar, cada garra que estiraba hacia su piel. No quería dar el siguiente paso, mejor luchar para siempre.

Vagamente supo que Serefin había vuelto con una caja en las manos y que había llegado la hora. Solo había una manera de hacer aquello. Pelageya le había dicho que le dolería, pero que debía separarlo de Chyrnog para que su alma se aferrara a él. Y debía desearlo.

Tomó a Malachiasz de la mano, permitiendo que le clavara las garras en la palma. Tiró de él. Esperaba que, cuando Chyrnog ganara, se quedara con el dios del caos, el monstruo, pero se había decantado por el chico. Supuso que era adecuado porque todas las atrocidades que había cometido Malachiasz coincidían con los momentos en los que más inofensivo parecía.

—*Dozleyena*, Chyrnog —susurró—. Es hora de que tú y yo hablemos.

Una lenta sonrisa se le extendió al tranaviano por la cara, pero no era la suya. Nunca llegó a esos ojos nublados y poseídos.

—Entonces, ¿estás preparada para el olvido?

Nadya había conocido el olvido. Había caminado entre los dioses. Había muerto y renacido. No había nada que este ser pudiera hacer que no hubiera hecho ya. No había nada que no hubiera perdido ya.

—Tu poder crece con cada momento que pasa, pero no es suficiente, ¿verdad? Hay demasiados dioses que lucharían contra ti, seres crueles y obstinados que aún reconocen cuándo alguien quiere hacer un daño real. Me quieres porque soy todo lo que tú no eres. No eres nada más que un triste destello de oscuridad en la eternidad.

—Yo lo soy todo —replicó Chyrnog.

—¿Sí? Se te encerró en el pasado, podemos volver a hacer lo mismo. —Nadya sonrió.

Le obligó a acercarse aún más y presionó la mano contra la frente de Malachiasz, hundiéndose a mayor profundidad. Ojalá hubiera sabido cuando le hizo el corte en la mano lo que iba a crear: una forma de saber qué era y qué no era, una manera de tirar con fuerza del vacío al que Chyrnog se aferraba y separarlo de Malachiasz. Cogió la reliquia y se la clavó en el pecho al chico.

—Lo siento, mi amor —le musitó en el oído ante su pequeño jadeo de sorpresa—. Debo hacerlo. —Giró la daga un poco más para cercenar todo lo

posible la unión con Chyrnog.

Malachiasz cayó de rodillas. Nadya se arrodilló junto a él mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

—¿Serefin? —llamó, suplicante.

Sintió una mano en su hombro. El tranaviano se tambaleó con la caja, la abrió y reveló una única pluma negra. La clériga dejó escapar una carcajada sin poder evitarlo.

—Siempre fue un Buitre de corazón —susurró Nadya. Cogió la pluma, la presionó contra los labios de Malachiasz y le sacó la daga del pecho antes de colocarle la mano sobre la herida cuando empiezo a sangrar.

Alguien posó otra mano sobre la de Nadya. Piel morena y dedos largos y cuidadosos. No debería estar allí. Rashid frunció el ceño y las flores le brotaron de las yemas.

—No, debe morir —dijo la chica—. Debe morir para que funcione.

—¿Nadya? —preguntó Malachiasz con un débil hilo de voz.

—Malachiasz. —Le tomó la cara entre las manos—. Joven alcanzado por la muerte dos veces, esto va a funcionar. Por favor, confía en mí.

Serefin emitió un sonido extraño detrás de ellos. Nadya lo miró sobre su hombro. Había una rara luz roja emanando del interior del templo. Se le fragmentó de forma brusca la visión. El templo era un claro, ese claro horrible, y el altar en el centro estaba empapado de sangre. Malachiasz dejó escapar un suspiro largo y doloroso entre dientes y se esforzó por levantarse.

—No, no, no —dijo ella, intentando mantenerlo en su lugar. No podía ir al claro, no podía ir al lugar que le había arrebatado la humanidad y le había mostrado lo que era en realidad. Debía mantenerlo allí, a salvo, libre—. Morirás para siempre.

Ignorando la mano que ella había apoyado sobre su pecho, Malachiasz se inclinó hacia delante y la besó. Nadya sintió los labios del chico suaves contra los suyos, dejándole un dolor que se le acurrucó bajo las costillas.

—Quizás sea el momento —musitó él.

—¿Qué? No. —Intentó sujetarlo, pero, tembloroso y sangrando, se puso en pie y pasó junto a ella. Con delicadeza, presionó los labios sobre la sien de Rashid. Luego, apoyó la frente contra la de Serefin y le dedicó una sonrisa triste.

«Se está despidiendo», pensó Nadya, horrorizada.

Malachiasz acarició a Parijahan en la mejilla. Ella le apartó la mano, negó con la cabeza y dijo algo, pero Nadya no consiguió oír más allá del rugido en sus oídos. Malachiasz entró en el templo.

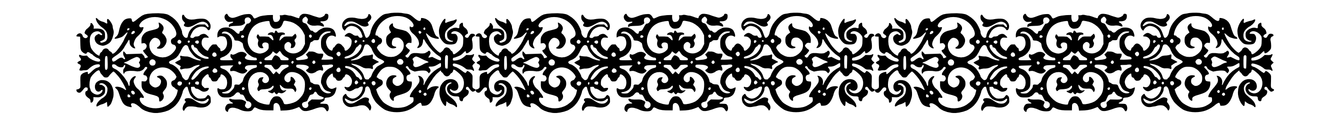
—No —jadeó Nadya, poniéndose en pie—. No es el momento de hacerse el héroe.

Serefin cerró el ojo.

—No puedo creer que vaya a hacerlo. —Con una maldición ahogada, lo siguió.

Era el claro. Era ese claro, con las estatuas y todos los dioses vivos y muertos. Iban a revelarse todos. Aquello los mataría.

Parijahan miró a Nadya y a Rashid sobre su hombro y, sin más palabras, entró también. Nadya no quiso pensar en cómo la iba a destrozar todo aquello. Entró en el templo y permitió que la devorara.



48

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Las arañas se colaban por debajo de la puerta de Sofka.

Fragmento de los diarios personales de Lev Milekhin

—Se ha liberado de ti.

Malachiasz despacio abrió los ojos y la luz lo cegó. Se estremeció, esperando que se le quemara la piel, pero no sintió nada. Se incorporó poco a poco. Seguía en el templo. La nieve cubría el suelo. Sin embargo, ya no albergaba pesadillas y se parecía más al lugar de devoción que había sido en el pasado. Frías paredes de piedra, un altar de mármol pulido, sin sangre por todas partes.

—¿Eso significa que estoy muerto? —preguntó. No reconoció la voz. Era más cálida, menos dolorosa que la de Chyrnog. Ya no oía ese maldito canto.

—Más o menos.

—¿Esta vez es definitivo? —dijo, inseguro. Levantó la cabeza y se encontró con millones de estrellas en un cielo oscuro. Se le contrajo el aliento en la garganta—. Vaya.

—Ese no es mi territorio y dudo que quieras hablar con el que las controla.

Malachiasz miró a su alrededor y retrocedió al instante. Había una figura empalada con innumerables arpones y espadas. Se encogía bajo su peso, ya no era un hombre alto y orgulloso, aunque en el pasado era evidente que sí. Malachiasz fue incapaz de identificar su rostro.

—Que puedas verme significa que no te queda demasiada humanidad.

Malachiasz se sentía diferente. Ansioso, entusiasmado y muy triste. Siempre había tenido un agujero en el corazón, pero el vacío ahora era menos

devastador. Había conseguido su alma de nuevo, lo que quisiera que significase eso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Malachiasz.

—Veceslav. —Reconoció el nombre, pero ¿por qué? Su perplejidad debió ser evidente—. Le tengo cariño a la clériga. He aceptado hacer una cosa por ella, aunque no lo desee demasiado. Sin embargo, Chymog está libre y, después de convertir en cenizas tu mundo, se volverá contra nosotros. Se llama autoprotección. Te permitiré decidir.

La voz de Nadya siempre había reflejado mayor calidez cuando hablaba de este dios que de Marzenya.

—No lo entiendo —comentó con el ceño fruncido.

—Me avisaron de que trabajar con un tranaviano sería tedioso.

—Habéis matado a muchas personas de mi pueblo —continuó Malachiasz, cruzando las piernas.

—Buitre, ¿a cuántos has destruido tú en busca de conocimiento?

Malachiasz no sabía el número exacto, pero las pérdidas eran altas.

—Eres el dios de la guerra —musitó.

—Así es. Y puedes reclamar esa divinidad que tanto deseas. Sé como yo. Divino como eres, estás solo a un pequeño paso.

Malachiasz se puso en pie.

—¿De qué hablas?

—Tu lógica mortal tenía sus defectos, pero el camino era el correcto. Solo es cuestión de llegar hasta el final.

¿Podía hacerlo? ¿Podía obtener el poder para terminar por fin con aquello? Había trabajado mucho y sacrificado demasiado. Saber que estaba solo a unos milímetros, que podía por fin tener lo que estaba buscando…

Pero… ¿qué estaba buscando? Había planeado la muerte del rey y ese ritual porque este había querido el poder de un dios y Malachiasz sabía que estaría mejor en sus manos. Sin embargo, ¿el poder de un dios sin estar atemperado por la mortalidad? Era muy diferente. No obstante, podría ponerle fin a Chyrnog, arreglarlo todo, traer la paz.

—Ah, entonces, es una decisión fácil. —Malachiasz casi aceptó, ávido por poner punto final a sus años de investigación, por acabar con todo eso. Dudó—. ¿Cuál es la otra opción?

—La mortalidad —contestó Veceslav, encogiéndose de hombros—, aunque la mortalidad con mi toque implícito. —Malachiasz retrocedió. No podía vivir así para siempre, con la voluntad menguada de manera constante —. No tengo interés en consumirte. Me interesas poco. Reclamé a un mortal

en el pasado y acabó mal, por lo que no me imagino que vaya a terminar bien en este caso. No obstante, Nadezhda me ha pedido que te lo ofrezca, así que eso hago. Los elegidos de los dioses lo son para siempre y, si logras sobrevivir a Chyrnog, te verás expuesto a otros horrores.

Malachiasz negó con la cabeza.

—Intenté destruiros a todos.

—No fuiste el primero ni serás el último.

El tranaviano se presionó una mano contra el pecho.

—¿Qué va a ocurrirme?

Veceslav permaneció impasible. Si hubiera tenido cara, quizás habría levantado una ceja. Al final, con un hilo de voz, Malachiasz dijo:

—No quiero volver a perderme.

—Lo que te hayas hecho es una carga que debes soportar. El caos, la pérdida de control. Si das los pasos siguientes, no sé qué te ocurriría.

—Pero, si elijo la mortalidad, ¿se acabó?

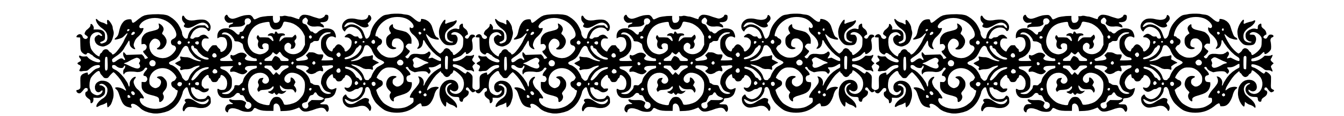
—No tendrás esas enormes reservas de poder que deseas. Mantendrás lo que has robado porque quitártelo sería perder el tiempo. El mundo ya se está derrumbando por la ruptura que Marzenya obligó a Nadezhda a llevar a cabo. No sobrevivirá a otra. ¿Sacrificarás esos ideales dorados tuyos a cambio de la vida? ¿O cortarás los últimos vínculos que te retienen?

Malachiasz no lo sabía.

—¿Y si no elijo ningún camino?

—Muerte.

Malachiasz no quería morir. Deseaba vivir. Llevar a Nadya a Tranavia cuando por fin hubiera paz y mostrarle lo bonito que podía ser su país. No eran todos monstruos, ciénagas y sangre, aunque estos formaran su corazón latiente y le encantara. No obstante, había trabajado muy duro. Había sangrado y luchado por mantener a Tranavia lejos de la influencia de los dioses. ¿Abandonaría todo eso? ¿Por qué? ¿La vida de verdad valía la pena?



49

SEREFIN MELESKI

Valyashreva espera a lanzar de nuevo su plaga sobre la tierra. Un paso en falso y nos consumirá a todos. No hay registros de su muerte o encierro.

El Volokhtaznikon

«Ah, yo ya he estado aquí». Nieve, cenizas, pisadas sangrientas, canciones, música, polillas y estrellas. Serefin conocía ese lugar. No había querido volver.

—¿Muerto de nuevo?

—¡Muerto de nuevo! —exclamó Velyos—. Comienza a ser gracioso.

—Eh. —Serefin sabía que seguir a Malachiasz a ese templo era mala idea, pero no esperaba que fuera para tanto—. Bueno, dista de ser ideal.

—Acompáñame —dijo Velyos con amabilidad y Serefin, quien se había resistido a ese dios (que no era un dios) durante tanto tiempo, se puso a su ritmo. Seguía siendo una alta figura encapuchada con una calavera de ciervo—. Decidiste cruzar al entrar en ese templo —le informó.

—Ah.

—Pensé que te gustaría esa aclaración.

—Entonces. ¿Malachiasz también está muerto?

—Ah, seguramente. Tendrá que tomar una decisión igual que tú. Hagamos que sea una noble, una sobre grandes ideales y necesidades reales. Apenas eres un rey, pero nunca es demasiado temprano o tarde para empezar a tomar decisiones complicadas. —A Serefin no le gustaba cómo sonaba eso—. Había cuatro canciones y yo las quería todas. Habría sido muy fácil con cuatro canciones. Una rápida ruptura para mí, para los encerrados, pero quizás no para Chymog, aunque nunca se sabe. ¡No puedo ver el futuro! Solo puedo

suponer y adivinar cómo vosotros, mortales predecibles, vais a actuar. Y siempre parecéis hacerlo como sospecho.

—Se necesitará a cuatro de nosotros para atar a Chyrnog a la tierra de nuevo —comentó Serefin.

—Será más difícil ahora que se ha separado del chico.

Aquello fue como un puñetazo en el estómago para Serefin. De alguna manera, parecía fácil sobrevivir cuando el dios antiguo estaba encerrado en la cabeza de su hermano. Incluso cuando pensaba en rendirse, Malachiasz seguía luchando. Serefin no había, bueno, tenido demasiadas esperanzas, pero había pensado que quizás hubiera una oportunidad.

—¿Qué va a suceder? —musitó.

—¿Por qué preguntas si ya lo sabes? Esos amigos tuyos serán los primeros en morir.

«Kacper». A Serefin se le constriñó el corazón. No, le había dicho que iba a regresar, que no iba a morir. Y ahora… estaba muerto.

—Luego, ¡el resto del mundo! ¡Y el siguiente! Los dioses caerán, se comerán a Alena y el sol se oscurecerá. Chymog por fin tendrá una destrucción total, que es lo que le corresponde desde el principio de los tiempos.

Serefin cerró el ojo.

—¿Cuál es mi elección?

—¿Quieres el poder para parar al dios antiguo, para detener todo esto?

Serefin se quedó paralizado. Velyos caminó unos pasos más antes de mirar atrás.

—Me parece una afirmación bastante sencilla. ¿Eres más bobo de lo que pensaba? —Inclinó la calavera.

Terminar con… ¿todo? ¿Tener el poder para salvar a su reino? Era abrumador, demasiado bueno, era…

—¿Qué implicaría eso?

—Ah, ah. —Velyos se golpeó un lado de la calavera con un dedo larguirucho—. No es así como funciona. Tienes dos caminos y debes elegir por el que caminar.

Serefin no confiaba en los dioses. Que le fueran a dar los medios para detener a Chyrnog no le parecía posible. Por muy bonito que sonara, por bueno que pareciera. Deseaba saber con auténtica certeza que Kacper estaba a salvo, igual que Ostyia y Zaneta, que podría dirigirse al padre de Katya y suplicarle para comenzar el arduo proceso de colaborar y preparar un tratado de paz. Quería asegurarse de que su reino tendría paz mientras existiera.

Había visto demasiada muerte. Había matado a muchos. No era algo en lo que se permitiera pensar porque sabía que, si lo hacía, se asfixiaría. ¿Podría Tranavia tener un rey como él, uno tan manchado de sangre, uno que se veía atormentado por los ecos del frente todos los días, uno que se despertaba cada noche porque la muerte de un amigo se reproducía en sus pesadillas? Así es como viviría el resto de su vida. Serefin Meleski, el de las cicatrices, el trauma y la chaqueta militar condecorada.

¿En realidad era una decisión imposible? Le encantaría poder eliminar todo lo que había hecho y todo por lo que aún tenía que pagar. Sería muy fácil alejar al mundo de los pecados de su pueblo en tiempos de guerra; sería emocionante ser el que por fin detuviera esa maldita guerra solo con auténtico poder. Sin embargo, no le gustaban los trucos que no conocía. Los dioses podrían pedirle algo a cambio que quizás no querría dar.

Serefin negó con la cabeza.

—No —murmuró—. Quiero seguir siendo yo.

—¿Tú, elegido por los dioses, con polillas, estrellas y una mente rota? —preguntó Velyos, escéptico—. Eso se podría resolver con facilidad. Igual que tu ojo. Lo tienes muy controlado. Sabemos con exactitud dónde encontrarlo.

Ah, era tentador, pero no sabía quién era sin ese desastre lleno de cicatrices, sin el trauma de guerra y las pesadillas. Lo habían acompañado tanto tiempo que eran parte de él. Y era trivial y desenfadado, pero no podía imaginar una realidad de sí mismo como la que estaba describiendo Velyos.

—Si eliges el camino mortal, es muy probable que todos a los que quieres mueran —le avisó Velyos.

—Probable —repitió Serefin—, pero no seguro, ¿no?

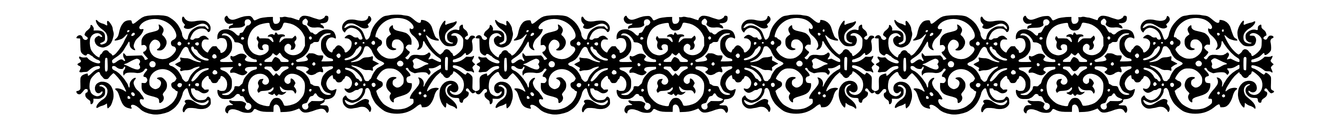
—Nada en tu mundo o en el mío es seguro de verdad —respondió Velyos.

Serefin asintió despacio.

—Entonces, nos resistiremos. Mortales como somos y rotos como estamos.

—Muy bien —dijo el dios—. ¡Menuda decisión has tomado!

Serefin habría jurado que, de alguna manera, Velyos sonreía.



Interludio

PARIJAHAN SIROOSI

—No voy a participar en este juego contigo —declaró Parijahan.

Estaba bastante cansada de que los dioses kalyazi jugaran con ella. Había seguido a Malachiasz al interior de ese maldito templo porque tenía un papel en esa locura, pero no tenía por qué gustarle.

—¿No?

La akolana se sentó con las piernas cruzadas, las manos en el regazo y los ojos cerrados.

—¿Crees que tienes ese tipo de poder? ¿Puedes negarte a mis juegos?

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó Parijahan, abriendo los ojos a regañadientes. Los cerró de nuevo con un temblor.

El ser era amorfo y fluido, con una pálida máscara sin facciones sobre la cara y alas acabadas en garras con un filo peligroso, en lugar de brazos. Parijahan pensó que hubiera sido mejor no haberlo visto.

—Me llamo Bozidarka.

Parijahan inclinó un poco la cabeza.

—¿Y por qué hablas conmigo? No soy uno de vuestros norteños.

—¿Crees que solo nos preocupamos de las personas de nuestros territorios?

—Bueno, sí. —Parijahan abrió los ojos; no podía evitarlo. Se estremeció ante el ataque visual de la apariencia de la diosa—. Ha sido el proceder habitual.

—Aun así, aquí estás.

La akolana frunció el ceño. Se presionó un poco los dedos contra el pecho y no encontró el latido del corazón.

—¿Estoy muerta?

—¿Qué pensabas que iba a pasar?

Vale, era justo. ¿Qué había esperado? Solo sabía que había querido ayudar y no sabía cómo. No conocía la manera de que su poder funcionara ni lo lejos que podía ir en realidad la magia de Rashid. «Rashid». No los habría seguido, ¿verdad? No podía engañarse a sí misma. Rashid los había seguido por ella. Suspiró.

—No entiendo qué quieres de mí.

—Lo mismo que queremos del resto de los mortales.

—¿Por qué debería obedecer cualquiera de tus deseos? Podéis decir que todo esto es culpa nuestra como mortales estúpidos, pero no podéis negar que habéis estado manipulando a Nadya desde el principio.

—Cierto —contestó Bozidarka.

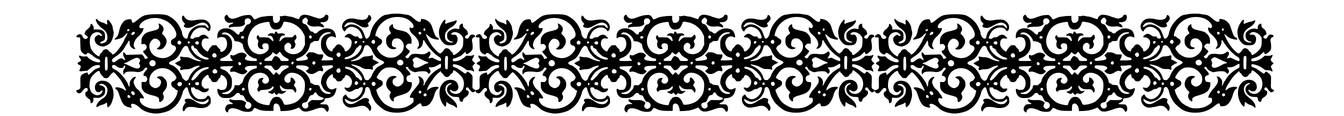
Parijahan frunció el ceño; claramente no se esperaba esa respuesta.

—Pero esto no es por Nadezhda. Es por ti, para ofrecerte el poder del que has huido tanto tiempo.

—¿Ofrecerme qué? —Parijahan se puso en pie—. No, no, no, muchas gracias, no quiero tener nada que ver con esto. He estado huyendo de este poder toda mi vida. No voy a cambiar de opinión ahora.

—Si de verdad es lo que quieres…, pero podrías salvar a ese chico que tanto te preocupa.

Parijahan dudó.



50

NADEZHDA LAPTEVA

Si hay una cosa que Horz nunca haría es ocultar las estrellas de las que está tan orgulloso.

Fragmento de los diarios personales de Leonid Barentsev

Cuando muriera, Nadya siempre había pensado que Marzenya estaría esperándola, pero Marzenya estaba muerta y Veceslav…, ocupado. Aun así, se imaginó que alguien del panteón le daría la bienvenida. En realidad, debería haberlo pensado mejor.

Nadya balanceó las piernas sobre la amplia extensión cavernosa. Algunas pequeñas arañas aparecieron y pasaron junto al lugar en el que tenía las manos. Se esforzó para no estremecerse.

—Has hecho lo que debías, hija de la oscuridad. Hija de Chyrnog, hija de Marzenya, mortal, pero mucho más, con más fuerza. ¿Estás preparada para romper con lo que te retiene?

Nadya echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sintió un estremecimiento, como una piedra al caer en el océano de agua oscura.

—He liberado a Chyrnog —musitó.

—Qué pequeña tan inteligente.

—Lo hice para que Malachiasz viviera, pero no ha ocurrido, ¿verdad?

Por supuesto que no. Los cuatro habían caído y nunca volverían a encerrar a Chyrnog.

—Ahora solo tienes que liberarme a mí —sugirió Nyrokosha, un pequeño empujón—. Sería fácil. Mis cadenas no están tan apretadas, para nada.

Nadya emitió un suave sonido de confirmación. Sabía lo que provocaría cortar los hilos entre Chyrnog y Malachiasz. No obstante, se preguntó si

alguien se daría cuenta. ¿Qué había dicho Malachiasz una vez? La venganza es un plato que se sirve frío. Pero ella no había querido venganza, solo pensaba en Malachiasz, en el chico de Tranavia con sangre en las manos, al que le encantaba el arte y la magia, quien era mucho más de lo que nadie sabía. Había sido una egoísta.

Era raro sentir tanta calma al final de todo, en el umbral de la muerte y el olvido. Nadezhda Lapteva, la salvadora de Kalyazin, había puesto en marcha su destrucción. Era extraño no sentir arrepentimiento.

Los pedazos, las adivinanzas sin sentido, la innumerable falta de respuestas, por fin se estaban alineando. Era la chica cuya magia procedía de la oscuridad, entretejida con luz. Era todo y nada.

Ese frasco de cristal con dientes atados a su cuello, hallado en ese lugar más allá del estanque de sangre, había sido su propia esencia. Ella, que había apagado las estrellas del cielo (tal vez había sido Horz o quizás Nadya lo había hecho por sí sola en todo momento). Estiró las manos ante ella y por fin abrió los ojos, ignorando los crueles susurros de Nyrokosha.

Una mano pálida, con las uñas mordidas y la palma llena de callos. La otra manchada, con largas y feas garras que se le hundían en los dedos. Una pálida, con una delgada muñeca y brazo, la otra cambiante. La magia se encendió en sus manos, algo simple. Una gota de agua en un océano. La había retenido por miedo, porque los que tenían poder, mortal y divino, la habían temido. «¿Qué haría si me daba cuenta de que el mundo no giraba como ellos deseaban? ¿Qué ocurriría si descubría que la magia era una carretera con mil direcciones? ¿Qué sucedería si escuchaba a un tranaviano explicándole por qué su modo de vida era tan importante, aunque fuera muy distinto al suyo?». La habían temido.

Era el momento de que el mundo cambiara. Lo había espoleado de maneras horribles, lo sabía. A veces se necesitaba una cosa terrible para que los que estaban en el poder se dieran cuenta de que algo iba muy mal. La muerte de una diosa, el nacimiento de un poder espeluznante.

—Podría abandonarlo todo —musitó.

—Sí —susurró Nyrokosha desde las profundidades.

—Podría romper en pedazos este mundo y crear uno nuevo. No más guerra. No más sufrimiento.

Malachiasz, lleno de sangre en un pueblo asolado, suplicándole que le ayudara a terminarlo, con el pelo enmarañado y su forma monstruosa, pero aún el chico del que se había enamorado, al que quería ayudar con tanta desesperación. Pero había muerto, ¿no? Y Serefin con él. Y la delicada y

astuta Parijahan que no merecía que la hubieran arrastrado a ese caos. Tal vez sus vidas eran sacrificios valiosos. A lo mejor así es como debía ser. Debían morir allí, los cuatro, para que el cambio sucediera.

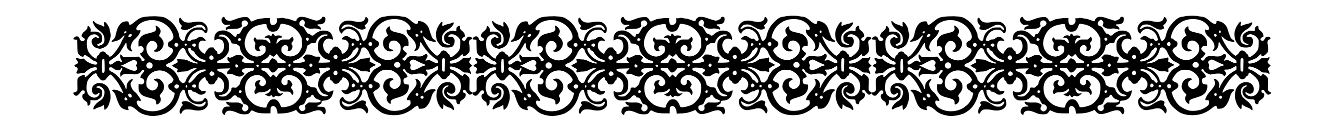
Era poético, el contenido de sus libros de mártires. Un sacrificio necesario. El amanecer de una nueva era. Menos cruel, menos fría, un poco menos sangrienta. Sin magia de sangre ni clérigos, nada excepto amplias y nuevas vías de poder que aún tenían que forjarse y descubrirse.

Nadya podía coger el manto de divinidad y arreglar muchas cosas de esa manera. No se había dado cuenta de que estaba tomando la decisión con el corazón. No se percató, hasta que las patas de una araña enorme comenzaron a surgir de la oscuridad. Nadya se alejó del saliente y algo se rompió en su interior.

«¿Qué estoy haciendo?».

No era lo que quería. Deseaba excavar en el barro, la sangre y el caos y conseguir algo bueno y bonito de la pesadilla que había ayudado a crear. Quería que Malachiasz le acariciara la nuca, que se inclinara sobre su hombro para burlarse de su Códice, ver la intensa mirada en su rostro cuando se aovillaba sobre su libro de hechizos, la mirada que ahora conocía y que sabía que significaba que estaba dibujando un esbozo. Deseaba pasar otra tarde en una biblioteca con Serefin, que él se quejara durante la primera hora de que todos los libros que cogía eran demasiado densos hasta que uno captara su atención y, por una vez, dejara a un lado el vino. Quería pasar otra velada con Parijahan, bebiendo té, mientras ella le trenzaba el pelo, suplicándole a Rashid que les contara historias si este insistía en quedarse. Momentos de calma y humanidad con aquellos a los que tanto quería. No valía la pena perderlos por poder.

Se oían huesos repiqueteando en las patas de la araña a medida que se arrastraba lejos de la grieta. Nadya retrocedió. No había querido hacer aquello. No había elegido la divinidad. Se giró y corrió, tomando su última decisión.



Interludio

RASHID KHAJOUTI

Rashid se quedó en la entrada del templo. Esperó a que la luz se atenuara. Esperó más tiempo, inmóvil, a que alguien saliera de la oscuridad. Cualquiera, pero sobre todo Parijahan. No creía que los demás se ofendieran si se enteraban. Sin embargo, no había más que un silencio impío. ¿Un silencio pío?

Luego, notó un temblor en la tierra y, entre los árboles de hueso, vio enormes figuras levantándose en la distancia. Se estaban quedando sin tiempo. Sabía que quizás aquello lo mataría, pero había seguido a Parijahan hasta allí, no iba a permitir que se enfrentara a aquello sola.

Dentro, la temperatura bajó. Crecieron flores alrededor de sus pies, llenando las pisadas a medida que caminaba por un pasillo oscurecido. Las antorchas se habían apagado. La oscuridad no tardó mucho tiempo en alcanzar el propio templo, los cuatro altares con los cuerpos de sus amigos.

La respiración se le contrajo en la garganta. Intentó con todas las fuerzas no entrar en pánico, pero el corazón le latía con pesadez.

Parijahan estaba tumbada sobre el costado, con las manos unidas cerca del pecho. No respiraba. Las lágrimas aparecieron de inmediato, antes de que pudiera comprender del todo lo que estaba viendo, antes de sentir lo fría que estaba la piel de su amiga bajo las yemas de sus dedos.

—No sé vivir en un mundo sin ti —susurró.

Se le hizo insoportable alejarse de ella, pero debía examinar a los demás. Parecía que estuvieran durmiendo. Malachiasz estaba acurrucado de manera protectora, con el pelo oscuro esparcido. Serefin se encontraba bocarriba, con una mano sobre el pecho y el sello en el meñique, un tipo extraño de ironía. Nadya era la más inquietante, era como si tuviera en tensión todos los músculos del cuerpo. Todos estaban fríos y no respiraban.

Debía contárselo a la *tsarevna*, a Kacper y a Ostyia, pero la pena lo ahogaba y no podría soportar ver cómo los tranavianos lloraban por su rey. Regresó a Parijahan. Hacía una eternidad, lo habían arrastrado fuera de casa para trabajar en el servicio de una *Travasha*, para aceptar su destino. No había esperado encontrar a la joven *prasīt*, una chica de su edad, casi encerrada en sus aposentos para quitarse de en medio (porque seguro que eso era lo que ocurriría), una chica de salvaje pelo negro y vestidos desaliñados que había fijado los ojos en los suyos y algo había aparecido en su fría mirada antes de sonreír y huir de allí. Después, había descubierto que se había dirigido a la señora de la casa para decirle que quería un guardia personal y que le valdría ese chico agradable de Yanzin Zadar.

Desde entonces, no se había separado de su lado. Durante nueve años. Nueve años en los que se había asegurado de que la *prasīt* de la *Travasha* Siroosi no sufriera ningún mal. No se había tratado solo de deber, sino de amor, un amor imposible de describir. No la deseaba, no la quería así, solo necesitaba mantenerla a salvo, siempre, incluso cuando lo había arrastrado al corazón de un país en guerra y le había dicho que iba a calcinar Tranavia como venganza. «Muy bien», había respondido. Incluso cuando había arrastrado a un demacrado tranaviano con sangre en las manos al campamento. Incluso cuando había aceptado a una clériga kalyazi y le había mostrado el camino a la destrucción de un país. «Muy bien», había respondido a todo.

No percibió las flores que nacían allí donde le caían las lágrimas. O las flores bajo las yemas de sus dedos, en la piel de la chica. Solo se percató de que esta se volvió más cálida bajo sus manos. La akolana emitió un jadeo.

—¿Parj?

Parijahan abrió los ojos. Seguían siendo extraños, como los de una serpiente. Le habían salido cuernos en la frente, como una afilada corona. Pero, dolorida, dejó escapar una carcajada.

—Ayúdame a levantarme —pidió con los ojos llenos de lágrimas. Rashid tiró de ella antes de recibir su abrazo. Parijahan enterró la cabeza en la suya y sus hombros convulsionaron por los sollozos. Nunca la había visto llorar así.

—Parj, pensaba que estabas muerta.

—Lo estaba —musitó—. Me alegra que tú no.

—Yo también me alegro. —La apartó al percatarse de las flores—. Un segundo, necesito despertar a los demás.

—¿Cómo? —Examinó la sala con la cara cenicienta.

Con el ceño fruncido, Rashid tomó la mano del rey de Tranavia primero. No sabía qué había hecho. No podía… Aquello no era despertar a los muertos, ¿verdad? Pensar así era demasiado abrumador. Flores carmesí y azul pálido comenzaron a brotar antes de abrirse alrededor de sus manos.

Serefin, de inmediato, tosió, se inclinó y vomitó. Rashid saltó hacia atrás. El rey bajó del altar y cayó con fuerza en el suelo. La nube de polillas se movía frenética alrededor de su cabeza.

—Sangre y hueso —dijo—. Estoy harto de morirme. No volveré a hacerlo.

—No creo que seas inmortal —respondió Rashid.

Serefin dejó escapar una risa temblorosa.

—Esa perspectiva suena aún peor. —Se reclinó sobre el altar mientras se sujetaba el pecho. Parijahan se sentó junto al tranaviano, le tomó la mano y susurró algo que Rashid no consiguió oír.

El akolano pasó al siguiente. Apenas acarició la mejilla de Nadya con los dedos cuando esta se despertó, jadeante, alargando la mano y cogiéndolo de la muñeca con tanta fuerza que pensó que se le iban a romper los huesos. Sus ojos estaban nublados de manera extraña, dorados, carmesí y aterradores. La chica cogió aire con brusquedad y cayó hacia atrás, con lo que se le relajó el cuerpo.

—¿Nadya? —musitó.

Enseguida quiso bajar del altar, por lo que Rashid se apresuró a ayudarla. Nadya se dirigió hacia Serefin y Parijahan, se acurrucó entre ellos y presionó la cara contra el hombro del primero. Rashid oyó sus sollozos.

Había dejado para el final a Malachiasz. Tenía demasiada sangre seca en la parte delantera de la túnica y en los labios. Era demasiado esperar que sobreviviera a aquello, fuera lo que fuese. Rashid tomó las manos de Malachiasz entre las suyas.

Le importaba muchísimo aquel chico horrible. Era difícil no dejarse cautivar por sus sonrisas amplias y relajadas y su cuidadosa amabilidad, incluso cuando todo eso se veía a menudo inundado de oscuridad.

Flores negras, blancas y de un intenso púrpura surgieron de sus dedos cuando tocó la piel pálida y fría de Malachiasz. Tardó más de la cuenta, por un momento aterrador Rashid pensó que el tranaviano había muerto para siempre. Al final, este tomó aire con brusquedad y al instante se cubrió la cabeza con los brazos.

—Malachiasz, no pasa nada —dijo Rashid, cogiéndolo por las muñecas para bajarle las manos.

Tenía un aspecto horrible. Había demasiada monstruosidad encerrada en su interior. Se intentó levantar, pero tenía las piernas débiles, por lo que se derrumbó en los brazos de Rashid.

—Estás vivo —dijo Rashid—. ¿Estás…?

Malachiasz asintió sobre el hombro de su amigo, quien lo apretó un poco más contra sí.

—N… Nadya…

—Está viva. —Sintió que Malachiasz se relajaba.

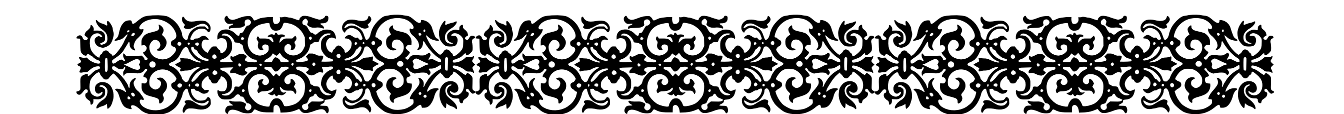
Pasaron unos segundos antes de que el chico se recompusiera. Dio un paso atrás con algo difícil de descifrar en los ojos. Examinó la sala con el ceño un poco fruncido antes de posar la mirada en Serefin, Nadya y Parijahan. Un extraño sonido le surgió de la garganta y se lanzó hacia ellos. Nadya levantó la cabeza del hombro de Serefin.

—Malachiasz —musitó con voz grave por las lágrimas. Se puso en pie y se arrojó a sus brazos.

Rashid se dejó caer en el suelo junto a Parijahan. Ella inclinó la cabeza contra su hombro y lo tomó de la mano. «Todos seguirían muertos si yo no estuviera aquí».

—Eres imposible, querido —murmuró Parijahan.

Era un pensamiento incómodo.



51

NADEZHDA LAPTEVA

Hay vínculos, conexiones: Alena, Chyrnog, Marzenya, Milyena y Nyrokosha. No sé qué significan. No consigo descifrar por qué se dice que los clérigos de Marzenya hablan con Nyrokosha y los de Milyena, con Chymog, como si hubiera una época en la que los clérigos podían hablar con otros dioses que no fueran sus patrones. La idea es desconcertante.

Fragmento de los diarios personales de Innokentiy Tamarkin

Nadya quería apoyar la cara contra el pecho de Malachiasz y desaparecer. Deseaba fingir, solo por un momento, que todo iba bien. Transmitía calidez y era él mismo. Sin embargo, había liberado a Chyrnog y a Nyrokosha.

Nadya se echó hacia atrás y Malachiasz la dejó marchar, reticente. Dioses, tenía un aspecto aterrador, todo lleno de ojos, dientes y bocas. Así era como sería siempre. El caos, el horror. La clériga se puso de puntillas y le dio un fugaz beso en los labios.

Malachiasz se apartó y tiró de Serefin para levantarlo. Se observaron durante un largo y tenso instante. Eran muy similares de perfil. A Serefin se le habían salido unos mechones de la coleta que le caían, largos y sueltos, sobre los hombros, alrededor de la cara. Parijahan abrazó a Nadya por la cintura y esta estuvo a punto de sollozar.

—¿Qué hacemos? —preguntó, apoyando la barbilla en el hombro de Nadya.

—Yo…, eh… —La kalyazi cerró los ojos, pero no antes de ver cómo Serefin abrazaba a Malachiasz, rápidamente, como si le quemara hacerlo, pero lo necesitara. «Hermanos»—. He liberado a Chyrnog —dijo a toda velocidad, apresurada—. Debía hacerlo o Malachiasz habría muerto. —Mantuvo los ojos cerrados—. Y… no quería, lo juro, pero he liberado

también a Nyrokosha. Deseaba que me convirtiera en una diosa y pensé…, casi…

—Nadya, chsss. —Malachiasz le posó las manos sobre los hombros—. ¿Elegiste la divinidad que te pertenece, la bestia espeluznante que eres?

La chica alzó la cabeza con una carcajada. No era divertido. Para nada. Era aterrador, ¿verdad? Quizás no. Era una bestia espeluznante.

—No, aunque casi. Piensa en todo lo que podría hacer sin estar atada al suelo.

Malachiasz le dio un beso suave y rápido, una promesa de algo que ella no llegó a comprender. Serefin pestañeó a toda prisa y musitó:

—Kacper. —Salió a toda velocidad del templo mientras Rashid y Parijahan lo seguían igual de rápido.

Malachiasz esperó a Nadya. Levantó la mirada cuando el suelo tembló y el polvo los roció mientras el mundo cambiaba.

—Miénteme —susurró ella—. Haz lo que mejor se te da.

La expresión del Buitre era difícil de interpretar.

—Vamos a vivir —dijo Malachiasz al fin con voz áspera—. Vamos a vivir y terminar con esto. Además, convenceremos a nuestros malditos países para que la guerra se acabe.

Voy a dejar a los Buitres y te voy a llevar lejos, donde solo seas Nadezhda, la chica de pesadilla que me robó el corazón. Vamos a ser felices por fin.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Nadya. Unas mentiras preciosas y maravillosas. Malachiasz la rodeó con los brazos y ella sintió su tensión. Estaban perdiendo un tiempo que no tenían. El chico la besó en la coronilla.

—Te quiero —musitó él antes de besarle la frente—. No es mentira. Eres lo único bueno que me ha pasado. —Le besó el puente de la nariz—. No fue mentira entonces y no es mentira ahora.

—Yo también te quiero —contestó Nadya. Sintió cómo se le desprendía del pecho un peso de hierro—. Y es una mentira enorme lo de que vas a dejar a los Buitres.

Eso le hizo reír y la tomó de la mano, paseándole la mirada por el cuerpo de una manera que la hizo sentir demasiado observada.

—Un monstruo nace, no se hace —musitó Malachiasz. Nadya se estremeció—. ¿Puedo verte? ¿Tal y como eres?

La chica empequeñeció.

—No…

—Si no quieres, no. Supongo que no tenemos tiempo para eso.

Pero Nadya sí que quería. No sabía cómo sería, qué sentiría, pero, si alguien debía verla de ese modo, deseaba que él fuera el primero. Pensó en ese estremecimiento mientras hablaba con Nyrokosha y se permitió hundirse en él. La visión le cambió de manera extraña y la parte periférica se volvió mucho más pronunciada. Malachiasz dejó escapar el aliento con un suave suspiro.

—Ah —musitó.

La cogió de la mano y le presionó los dedos contra la sien antes de pasárselos por algo suave, duro y delgado, como un hueso o un cuerno.

—Es como un halo —dijo—. Te pega. ¿Quieres saber qué tal va el ojo?

—Preferiría que no.

Malachiasz se echó a reír.

—Eres perfecta —murmuró, inclinándose hacia ella.

Se produjo otro temblor en el suelo y a su alrededor cayeron piedras. La agarró de la mano y huyeron hacia la pesadilla en marcha. El cielo estaba oscuro y acre y unas figuras enormes, monstruosas y difíciles de comprender, llenaban la explanada.

«¿Son dioses?».

—*No* —contestó Veceslav—. *Ecos de los caídos, ecos de los que han muerto. Podrían volver, atraídos por poderes antiguos, pero por ahora son solo recuerdos enfadados*.

—Vaya —susurró Nadya—. No hagas ninguna tontería —le pidió a Malachiasz, quien sonrió.

—Solo sé hacer tonterías. —Se giró en dirección a la playa.

«Cierto», pensó Nadya, corriendo tras él. Parecía más ligero sin la presencia de Chymog, pero le asustaba pensar que quizás hubiera llegado demasiado tarde. Tal vez el dios antiguo se hubiera fundido más allá de lo que había podido eliminar, envenenando hasta los huesos a Malachiasz. Y quizás los hubiera condenado a todos.

—¿Quién es el responsable de esa araña enorme? —gritó Katya cuando llegaron a la playa.

El puente había desaparecido y el sol se había oscurecido. Era casi imposible ver algo. Nadya se mordió el labio inferior mientras la oscuridad le inundaba la periferia de la visión. Alguien le cogió la mano. Anna se la apretó, sonriente.

—Tienes un aspecto aterrador —comentó la *tsarevna*.

La sacerdotisa puso los ojos en blanco antes de añadir:

—A ver, en cierto modo, sí.

Nadya sonrió.

—Necesitamos movilizar esas tropas.

Serefin trotó hacia ellos. Si Malachiasz, Parijahan y ella se habían vuelto monstruosos, el rey tranaviano se había vuelto resplandeciente. Las estrellas giraban a su alrededor como constelaciones perdidas, en círculos pequeños de luz sobrenatural. Las polillas revoloteaban con cada movimiento. Tenía un brillo luminoso a su alrededor, un poder que Nadya no identificó, muy diferente a aquel con el que habían estado jugando Malachiasz y ella. Las cicatrices en su rostro eran como oro bruñido.

—¿Con quién has hablado? —le preguntó la clériga.

—Velyos —respondió Serefin.

—Ah.

—Debemos ir a un terreno elevado. Vuelve a crear el puente.

—¿Crees que los ejércitos se han encontrado ya? —preguntó Zaneta.

—Si es así, esto les habrá dado una pausa. —Serefin miró a Katya—. ¿Deberíamos?

—Muéstrame por qué te hicieron jefe del ejército tan joven —contestó la *tsarevna* con un reto bien intencionado en la voz.

Serefin le guiñó un ojo.

—Porque tengo un carisma increíble, ¿no lo sabías?

Nadya miró a su alrededor. Había figuras por todas partes. Una que se levantaba como un enorme esqueleto, otra con cientos de alas cubiertas de ojos, otra más con docenas de brazos, todos sujetando máscaras, pero sin una cara en la que colocarlas… Había muchas, demasiado inimaginables como para que Nadya pensara siquiera en matar a una de ellas. No obstante, debían hacerlo. Tenían que detener a Nyrokosha y a Chyrnog. Y estaba sola. No recibiría ayuda de sus dioses.

—*¿Qué creías que era lo del templo?* —preguntó Veceslav—. *¿No piensas que era ayuda?*

«Para ser sincera, no tengo ni idea».

—*Cuando los últimos cuatro encerraron a Chyrnog, hicieron sacrificios. Eligieron cosas distintas, la muerte. ¿Qué habéis dado vosotros cuatro? Un ojo, un alma, seguridad…*

«Sangre».

—*Pero ¿fue suficiente?*

Nadya observó a Parijahan, de pie cerca de Malachiasz, con los dedos presionados contra su frente. Él tenía los ojos cerrados. Caos y razón.

—¿Nadya? —la apremió Serefin—. Tienes unos treinta segundos antes de que uno de esos seres al este de nosotros dé el primer golpe y preferiría no estar en esta isla cuando ocurra.

Ignorando el comentario, se introdujo en el océano de agua oscura y atrajo un mar de poder. Piedra a piedra el puente se levantó del estanque de sangre.

—*Tú*. —La voz de Chyrnog era una espada en sus oídos, uñas sobre pizarra, chirriantes, arañando y abrumando—. *¿Cuánto más vas a resistir, niña? Déjame entrar. Déjame ayudar. Conozco los deseos de tu corazón, ese mundo de paz con el que sueñas. Sería muy fácil*.

La bilis le inundó la garganta. Consiguió alzar el puente y vomitó antes de tambalearse, al mismo tiempo que Serefin y Katya echaban a correr con Kacper y Ostyia pisándoles los talones. Anna dudó y miró a Nadya, quien no podía hablar. Si lo hacía, se desmoronaría. Anna asintió una vez y partió con los demás. Un suave roce en la espalda.

—Habla muy alto —musitó Malachiasz.

—Voy a romperme —contestó Nadya con voz temblorosa. No era lo bastante fuerte para luchar contra eso. Dioses, ¿cómo lo había soportado Malachiasz tanto tiempo?

—No. Eres más poderosa de lo que cree. Ahora, ¿qué debemos hacer nosotros mientras Katya y Serefin congregan a los ejércitos?

—Eso sería confiar en que lo van a conseguir… —comentó Rashid, escéptico.

—Debemos matar a Nyrokosha.

—¿La araña enorme? —preguntó Zaneta.

—Una diosa antigua.

Zaneta asintió.

—Preocúpate de Chyrnog. Yo me encargo de Nyrokosha.

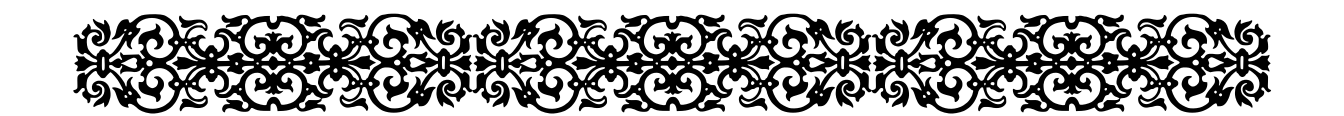
—Espera. —Malachiasz la cogió de la muñeca—. Zaneta, ten cuidado. No puedo perder a otro miembro de mi orden.

La Buitre pestañeó ante la mano con la que le agarraba la muñeca. Inclinó la cabeza hacia Rashid.

—¿Crees que tengo más oportunidades si viene conmigo?

—Las nivelaría.

Malachiasz la soltó y ella y Rashid partieron hacia donde la monstruosa araña estaba haciendo pedazos los huesos de los dioses. Aquello dejaba solos a Malachiasz, Parijahan y Nadya. Tres, no cuatro. Necesitaban a Serefin.



52

SEREFIN MELESKI

Sus palabras eran como agujas en mis oídos, constantes, constantes. No puedo oír a Veceslav, he perdido a Odeta y todo se ha acabado, todo se ha acabado, todo se ha acabado.

Fragmento de los diarios personales de Celestyna Privalova

Salir del desfiladero fue peligroso. Los dioses a su alrededor estaban luchando entre sí y todo temblaba, una maldición disfrazada hasta que, de manera inevitable, se habían fijado en los frágiles mortales, fáciles de romper.

—¿Qué son? —preguntó Katya.

—¿Por qué narices me lo preguntas a mí?

—Es verdad, eres tranaviano.

Serefin se echó a reír. Llegaron a un campo de batalla y el rey se sintió totalmente inútil. Nunca escaparía. Siempre habría guerra, los gritos, los sonidos y los olores de la muerte, siempre. Aquel era su destino. Una guerra eterna.

Alguien le puso las manos en la cara para alejarle la atención del campo de batalla.

—Dadle un momento. —Kacper, era la voz de Kacper—. Se le pasará.

—No… —comenzó a decir Katya, pero se detuvo. Serefin oyó cómo suspiraba.

Tenía razón. No había tiempo para que Serefin actuara así, pero era abrumador, estrepitoso y todo sería en vano. Iban a morir, y esta vez sería definitivo.

Cerró el ojo con fuerza.

—Estoy bien —dijo. Cogió aire profundamente y de manera temblorosa. Debía estar bien. Se echó hacia atrás y Kacper le apretó la mano antes de soltarlo. Debía estarlo.

La batalla se había parado con el despertar de los horrores a su alrededor. Serefin sentía la tensión que tan bien conocía, el crepitar antes de que comenzara de nuevo. El arco de alguien soltaría una flecha y todo se desmoronaría. Lo había visto una y otra vez.

Malachiasz aterrizó con elegancia a su lado y plegó las alas negras y pesadas sobre la espalda.

—Incluso si se niegan a escucharte, los Buitres no me pueden rechazar —le comentó a Serefin—. Katya, ve con los kalyazi.

—No me digas qué hacer —gritó la *tsarevna*, pero ya se estaba moviendo.

Serefin corrió tras Malachiasz para alcanzarlo, puesto que ya se estaba alejando. No quería pensar en el ejército ante él. Se detuvo en el campo. A Malachiasz le costó unos segundos percatarse y dar media vuelta. Kacper y Ostyia ya lo habían alcanzado.

—No puedo volver —dijo Serefin con un hilo de voz. Otro campo de batalla. Otro frente en guerra.

—No lo vas a hacer —contestó Kacper, cogiéndole de la mano. Le movió el sello para que mirara hacia el exterior—. Eres el rey. Vas a serlo.

—Además, no se me dan bien los discursos conmovedores —le recordó Malachiasz—, así que vas a tener que hacerlo tú.

Serefin le dedicó una mirada sarcástica, pero su hermano se encogió de hombros.

—Soy yo el que tiene un trono de artes oscuras.

Algo golpeó el suelo cerca, lo que los sobresaltó. Una enorme calavera deformada. Serefin lo tomó como la señal que necesitaban para irse. Cuando se acercó, reconoció a los comandantes y de inmediato se relajó. Ruminski había pasado un tiempo en el frente, pero nunca había guiado al ejército. Los demás generales no lo conocían igual que a Serefin. Los militares estarían de su lado.

Oliwia Jaska, una mujer alta con el pelo y la piel oscuros, casi rapada, se sobresaltó cuando lo vio. Parecía más agotada y tensa que la última vez que se habían encontrado, hacía más de un año.

—¿Meleski? —gritó de una manera que no reflejaba demasiado horror, sino que hacía sospechar que pensaba que nunca iba a volver a verlo. Lo observó—. Lo siento, *Kowesz Tawosc*.

—Lo que siento por los títulos honoríficos no ha cambiado, Jaska —respondió Serefin, enderezándose por estar de vuelta en ese ambiente.

La mujer hizo una reverencia y a él el corazón se le aceleró en el pecho.

—Nos dijeron… —Se interrumpió.

—Que había perdido la cabeza, sí, como mi padre. Se lo puse bastante fácil a Ruminski, lo admito. ¿Estáis aquí en una misión suicida contra los kalyazi?

La militar alzó la barbilla.

—Estamos aquí para acabar con esto de una vez por todas. —Paseó la mirada sobre el hombro de él, hacia donde se enfrentaban los dioses—. Eso ha sido inesperado.

—Si fuera yo el que diera las órdenes, ¿me escucharíais?

—Sois el rey —respondió, sorprendida—. Me superáis en cargo.

Serefin sonrió.

—¡Es verdad! Supero a todos.

Kacper cerró los ojos un momento.

—Creía que lo habías pensado antes de venir aquí.

—No.

—No tenemos tiempo para esto —musitó Malachiasz.

Oliwia posó la mirada en Malachiasz y se le contrajo la expresión.

—¿Estás conmigo, Jaska? —preguntó Serefin.

Notó un momento de duda que no le gustó hasta que se percató de que, bueno, solo se debía a todo lo que estaba pasando: el ejército kalyazi, los dioses enfrentándose… Eran muy pequeños y aquello, demasiado grande, por lo que resultaba muy difícil pensar que alguien saldría de allí con vida. Al final, la mujer asintió con brusquedad.

—Debo pediros algo que quizás no queráis escuchar. —Serefin levantó la voz para captar la atención de todos a su alrededor. Se subió a un carro, alcanzó la parte más alta y se equilibró de manera precaria—. No necesito deciros qué está ocurriendo a nuestro alrededor, todos lo estamos viendo. Además, hola, ha pasado algún tiempo. Nunca he abandonado a mi pueblo, aunque supongo que parecía lo contrario. —Observó a los soldados y de forma ausente reconoció a muchos. El estómago le dio un vuelco, nervioso—. Hace tiempo que debimos resolver nuestros problemas con los kalyazi, estoy de acuerdo, pero aquí no, hoy no, así no. Hoy, tenemos algo más grande contra lo que luchar. Literalmente.

Alguien resopló. Quizás Kacper. Se lo merecía.

—Las cosas se han vuelto peores que esta maldita guerra. Lo que le ha ocurrido a nuestra magia es aterrador. Estamos desesperados. Sin embargo, si esta es nuestra batalla final, dejemos que sea contra los seres que nos llevarían a la destrucción, no contra el pueblo al que también arrasarían.

Se produjo una pequeña reacción cuando Serefin se bajó del carro de un salto. Sin embargo, Jaska lo sujetó del hombro con una sonrisa y alguien le revolvió el pelo, lo que no creía que fuera algo que le debieran hacer a un rey. De repente, había muchas voces hablándole, todas a la vez, y Malachiasz tuvo que tirar de él para sacarlo de la multitud. Jaska recuperó el control.

—Me sirve —comentó el Buitre Negro.

Viniendo de él era un gran halago. Katya tiró del caballo para colocarse ante ellos y lanzó un bulto desde la silla de montar. Aterrizó con fuerza y gimió. El cultista.

—Mirad a quién he encontrado —siseó—. Susurrándole mentiras a mi ejército. No importa. Mi pueblo nos ayudará.

Ruslan paseó la mirada entre Serefin y Malachiasz con desconfianza antes de fijar los ojos en un dios cercano que gruñía, centrado en una criatura extraña con aspecto de pájaro al otro lado del desfiladero.

—Es la voluntad de Chyrnog —musitó el chico.

—¿Sí? —preguntó Malachiasz. Ruslan sacó un anillo del bolsillo y le dio vueltas entre las manos. ¿Le faltaba parte de un dedo?—. ¿Cuántas partes de ti mismo vas a permitir que consuma?

Serefin miró el sol ennegrecido. Esa era la voluntad de Chyrnog, pensó, el resto era secundario. Ruslan los miró con desdén.

—Todo lo posible.

—Ahora no es momento de aferrarte a tus ideales —comentó el rey tranaviano—. Es el fin del mundo. Si prefieres morir aquí, bien. Te lanzaré por ese precipicio y morirás sabiendo que has desperdiciado tu vida con un ser al que le importa una mierda si vives o mueres. A Chyrnog le importas una mierda. ¿Quieres vivir, chico? ¿O quieres morir, desperdiciando tu vida en el barro?

Ruslan abrió un poco la boca. Algo le traspasó la cara. Malachiasz le dedicó un ligero asentimiento a Serefin antes de palidecer, con todo el cuerpo tenso. Unas extremidades gigantes habían comenzado a salir del desfiladero, provocando chirridos discordantes que penetraban en el aire. Alguien se lanzó contra el cuerpo de la araña, pero salió despedido lejos de ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Ruslan, horrorizado.

—Un dios antiguo. No era lo que imaginabas, ¿verdad? Bueno, ¿por qué no intentas matarlo? —propuso Serefin.

«Mientras nosotros tratamos de destruir al invulnerable», pensó, cansado. Ruslan miró a Katya, agotada y derrotada. Tenía la cara sucia y se le había salido el pelo de la trenza.

—No me he olvidado de en qué bando estás en realidad —le avisó la *tsarevna*.

El chico sonrió, engreído.

—No querría tal cosa.

Aquello era lo único que podían hacer contra Nyrokosha. Serefin había esperado que fuera suficiente. El terreno había comenzado a moverse, corroyéndose, como si algo lo estuviera destrozando, consumiéndolo. El cementerio tenía un aspecto extraño, como si le hubieran arrancado los límites, destruyéndolo de manera imperfecta, maltratado por el viento, aunque no se moviera el aire.

—¿Qué es eso? —preguntó Katya.

—Eso —contestó Malachiasz con expresión sombría— es Chymog.

Serefin había esperado que Ruslan se mostrara encantado. Aquel era su dios, después de todo. Sin embargo, en el rostro del chico solo había miedo. La realidad impresionaba.

—¿Sabéis? —dijo Ostyia—. Esperaba que fuera más… tangible.

—No podemos luchar contra eso —añadió Katya—. No hay nada contra lo que luchar.

Malachiasz la observo.

—Coge a los ejércitos y encárgate de Nyrokosha. Nosotros… —Titubeó y se le quebró la expresión—. Nosotros lidiaremos con Chyrnog.

La araña gigante era aterradora, claro, pero al menos era algo. Serefin se giró hacia Kacper.

—Quédate con Katya.

—Pero…

El tranaviano le sujetó la cara y lo besó con intensidad.

—Por favor —murmuró contra sus labios—. Te quiero.

Esta vez era posible que fuera una despedida. A Kacper se le inundaron los ojos oscuros de lágrimas.

—Serefin.

—Será un acto heroico, ¿no? Uno de los que aparecerán en los libros de Historia.

—No hay gloria en ser un rey muerto.

No sabía qué decir ante eso, por lo que le besó con suavidad en la mejilla y se giró para acercarse a Malachiasz.

—Mata a un dios con otro —dijo este.

—Eso está muy bien, pero decidimos que sería mejor no tomar esa senda —contestó Serefin, siguiendo al caos agitado de su hermano pequeño mientras se dirigía hacia el lugar en el que el terreno había comenzado a parecer una sábana harapienta—. Debe tener alguna debilidad, ¿no?

Malachiasz le hizo un gesto sin palabras a Nadya. Esta se encontraba a unos treinta pasos de distancia y alzó la cabeza al cielo, donde se arremolinaban unas nubes negras y un rayo pasaba de una a otra. Un enorme pedazo del cementerio desapareció de golpe, tragado por un desfiladero inimaginable. Algo golpeó el suelo, demasiado cerca de donde se encontraban Serefin y Malachiasz. Les llevó un momento asimilar otra enorme calavera de un dios despierto.

—No sobreviviremos matándonos los unos a los otros. No vamos a sobrevivir a Chymog, ¿de qué vale esto? —musitó Malachiasz. Miró a Serefin, pero se quedó callado mucho tiempo—. Una cosa buena —dijo al final.

—¿Qué?

—Tengo que hacer algo bueno. He hecho demasiadas cosas malas, Serefin. Tengo que intentarlo.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano?

Malachiasz se echó a reír.

—No hay forma de cambiarme, pero debo arreglarlo, de alguna manera. Nadya va a culparse a sí misma y ramea habría ocurrido si no me hubiera conocido, si yo no hubiera decidido que la única manera de que[1] viviéramos era erradicar a los dioses kalyazi.

—¿Ya no lo crees?

Malachiasz hizo un gesto hacia la locura que los rodeaba.

—Ah, no, lo creo, pero no parece que vaya a cambiar nada. En su lugar aparecerán nuevos dioses. Seguirá siendo así para siempre.

—Al menos no tendremos que preocupamos de eso cuando nos devore esta divinidad de la entropía.

—Serefin, qué bien que seas tan optimista —comentó Nadya, con voz coral. Era muy inquietante. La clériga se giró, los ojos como los de una araña, demasiados alrededor de las sienes—. ¿Tienes el collar, el de Velyos?

—Nunca perdería un recuerdo tan bonito de un momento tan terrible.

—Lo vamos a atrapar allí.

—¿Cómo?

La kalyazi observó a Parijahan y, después, a Malachiasz antes de esbozar una sonrisa.

—Por supuesto que no, Nadya —replicó el Buitre Negro.

—No me vas a detener.

—No debes sacrificarte por esto.

Un fuerte gruñido los rodeó y un agujero se abrió en el cielo. La oscuridad se extendió hacia donde, en el pasado, había habido un horizonte. Serefin tragó saliva con fuerza.

—¿Cuál es el plan?

—¡Nadya! —intervino Malachiasz.

Parijahan le puso una mano en el hombro, con lo que el chico se relajó de forma visible, pero seguía teniendo aspecto de estar preparado para discutir.

—Necesito que expulses todo ese poder salvaje y caótico que tienes —dijo la clériga, acariciándole la mejilla—. Te necesito vivo. No funcionará si es a ti a quien coge. Ya te ha poseído. Tú y él sois iguales. —Malachiasz se estremeció, pero Nadya continuó—: Serefin, ¿las estrellas?

El chico frunció el ceño, cogió una del aire a su alrededor y se la tendió.

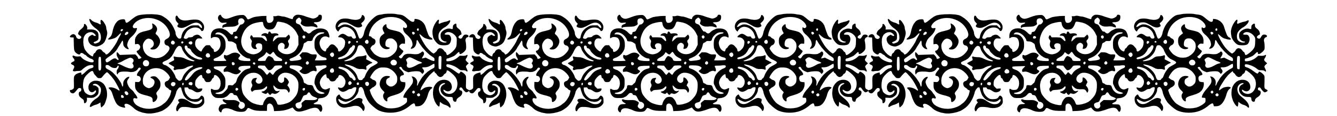
—Magia condensada —musitó la kalyazi—. Plegada una y otra vez. Entreteje una prisión, Serefin.

El tranaviano asintió y curvó los dedos alrededor de la luz. Nadya cogió a Parijahan de la mano.

—No quiero pedirte esto —dijo, con la voz (¿las voces?) temblorosa.

Parijahan sonrió.

—No creerás que voy a permitir que te enfrentes a esto sola, ¿verdad?



53

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Había cuatro, siempre hubo cuatro. Siempre necesitaban ser cuatro para conectar los horrores a la tierra y contenerlos durante otro ciclo. Las canciones, cada uno tocaba su parte con cautela. Tamarkin, Shishova, Milekhin y Greshneva. Murieron, pero lo hicieron como mártires y, al morir, restauraron el ciclo.

Fragmentos de un diario personal, autor desconocido.

Nadya se acercó a Malachiasz y tiró de él para besarlo con intensidad. Había una tormenta formándose ante ellos, arrancando pedazos del mundo. Cada segundo que pasaba se volvía un poco más intensa, Chyrnog se volvía un poco más fuerte.

—Una última pelea, mi amor. Juntos esta vez —susurró Nadya.

Malachiasz presionó su frente contra la de ella.

—He cometido muchos errores. Lo siento.

La clériga se echó hacia atrás entre risas.

—¿Solo lo estás diciendo porque Pelageya dijo que tenías que disculparte antes de hacer un gran hechizo de magia? —Malachiasz alzó las cejas. Quería saber con todas sus fuerzas cómo se hacía el hechizo de la puerta. La chica exclamó—: ¡No estás arrepentido! ¡Eres horrible hasta el final! Tendrá que valer como disculpa, aunque no lo sientas. —Le dedicó una sonrisa. Aquella sería la última vez que vería una de sus sonrisas, las pecas que le manchaban la piel y la manera en la que arrugaba la nariz. Le besó el puente de la nariz.

—¿Estás segura? —Malachiasz deseaba que hubiera otra manera, algún modo de que Nadya no tuviera que meterse entre las fauces de Chyrnog.

—Tengo a dos de los magos más poderosos de Tranavia protegiéndome —contestó Nadya—. No estoy segura de nada, pero debo hacerlo. Tengo que

ser yo. —Se alejó del abrazo del chico. Dudó y se giró hacia Serefin para darle un beso en la mejilla—. Eres insufrible —dijo.

—Amenaza ingenua… —contestó el rey.

Malachiasz se giró para mirar a Parijahan, quien inclinó la cabeza.

—Por cierto, tampoco quiero que tú hagas esto —comentó el Buitre.

La akolana le dedicó una sonrisa triste y le cogió de las manos.

—Me alegra que te encontraras con Rashid en ese callejón, Malachiasz Czechowicz. Me alegra haberte conocido.

—¡Pocas personas pueden decir eso! —La besó en la frente.

Nadya se giró y cogió a Parijahan de la mano. Luego, caminaron juntas por la tormenta.

Serefin dejó escapar un largo suspiro. Malachiasz se puso a trabajar de inmediato. Cogió el libro de hechizos de la cintura y lo lanzó al suelo. No le haría ningún bien, pero sí la sangre porque en ella había poder. Siempre se trató de magia de sangre, incluso cuando la que conocían se había esfumado.

—Veo que vas a crear un hechizo y necesito que me digas qué planeas. No puedo leerte la mente y precisas mi ayuda —dijo Serefin.

Tenían que ser cuatro. Cuatro direcciones, cuatro rincones del mundo, cuatro esquinas de una celda. Tenía sentido, pero no pensaba que el collar fuera a funcionar.

—El collar tiene el símbolo de Velyos grabado. Es inútil.

—Velyos dice que eres un maleducado —contestó Serefin a toda velocidad.

Malachiasz miró a su hermano durante mucho tiempo antes de negar con la cabeza. No observó cómo Nadya entró en la entropía. No podía. Se sacó la daga del cinturón y dibujó unas líneas en el suelo, en cada esquina del libro de hechizos.

—Eres un enigma —musitó Serefin.

—¿Qué tal va la araña gigante?

El rey miró hacia atrás.

—Aún de pie, pero no tiene buena pinta. Oye, ¿has visto que Nadya tenía ojos de araña? Ha sido aterrador.

—Deberíamos haber hecho que las chicas sangraran sobre esto —murmuró Malachiasz. Después frunció el ceño, pensativo. No, todo iría bien. Podía trabajar con aquello. Con suerte, Parijahan evitaría que la entropía las devorara a ella y a Nadya. Se tensó cuando el dolor lo traspasó. Un hambre pura se le extendió por las entrañas hasta hacer que se doblara por la mitad.

—¿Malachiasz? —preguntó Serefin, alarmado.

Pensaba que era libre, que Nadya había cortado la conexión, pero Chyrnog se había hundido demasiado dentro. Se había moldeado con mucha precisión en el interior de Malachiasz. Nunca escaparía. Podrían atarlo a la tierra, pero Chyrnog seguiría aferrado a sus profundidades. Extendió una mano.

—No te acerques —dijo con los dientes apretados.

Debía resolver aquello primero. ¡Primero aquello! Luego, podía lanzarse por el precipicio hacia el cementerio y evitarles a todos un destino peor que la muerte. Bueno, seguramente todos morirían igual.

Se incorporó, luchando contra el dolor, el hambre. No oía la voz de Chyrnog, pero la necesidad permanecía allí. De consumir, devorar y destruir. Se hizo un corte en el antebrazo y sangró sobre las marcas que había dibujado. Norte y sur. Le hizo un gesto a Serefin para que lo hiciera sobre el este y el oeste. Su hermano frunció el ceño, pero se remangó. Ya se había cortado los antebrazos. ¿Qué había estado haciendo? Serefin puso mala cara.

—¿No me lo vas a contar? —Parecía ofendido, pero no había tiempo para eso.

—No podemos atraparlo en un recipiente ya usado. Vamos a utilizar mi libro de hechizos.

Serefin pestañeó.

—Eso va a destruirlo.

Malachiasz cerró los ojos. Años de hechizos. De esbozos. Tenía allí esbozos de Zywia, quien había desaparecido para siempre. Había tenido ese maldito libro desde los dieciséis años. Era un compendio de los últimos tres años de su vida. Los primeros esbozos que había dibujado de Nadya se encontraban ahí. Toda su investigación, todo el conocimiento que había recogido. Todo lo que era él estaba en ese libro e iba a desvanecerse.

—Ya no me sirve —respondió con voz áspera.

Serefin dudó antes de hacerse un rápido corte en el antebrazo y sangrar en los otros dos puntos.

—Entreteje una prisión —musitó. Después, las estrellas y las polillas se arremolinaron en una nube a su alrededor.

Malachiasz levantó la cabeza hacia la tormenta. Observó cómo se tragaba a un enorme dios que se acercó demasiado y cómo se convertía en polvo ante ellos. La oscuridad se dirigía a los ejércitos y Malachiasz bajó la mirada cuando los soldados se hicieron pedazos.

El Buitre Negro se sentó ante el libro. Tras un momento, sintió que Serefin se sentaba junto a él.

—Sangre y hueso, vamos a morir en un campo a las afueras de Komyazalov —musitó Serefin.

Malachiasz no pudo evitar reír.

—Vas a tener que aparecerte en un campo a las afueras de Komyazalov.

—Yo quería aparecerme en una cervecería. ¿Qué le pasa a esta gente?

—Lo mismo que a nosotros.

Serefin soltó una carcajada suave.

—¿Puedo ponerme sentimental un segundo?

—Preferiría que no.

Serefin lo miró antes de dirigir los ojos hacia la tormenta oscura, pesada y agitada. El rayo que iluminó su interior parecía distante, apenas desprendía luz. Parijahan y Nadya ya no se veían por ninguna parte.

—Me… me alegra haber tenido la oportunidad de entender todo este asunto. Podía haber tenido un hermano pequeño mejor, pero supongo que me servirá contigo.

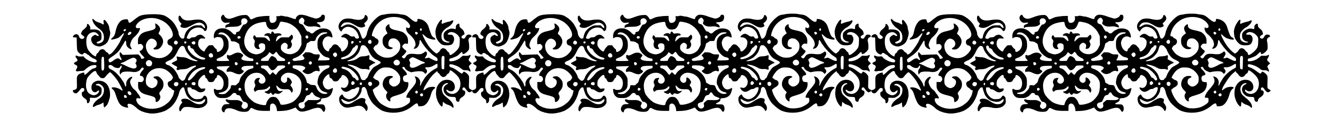
—Serefin, te odio.

—No es verdad.

Suponía que no.

Malachiasz tiró del hilo de magia que lo unía con Nadya. Era mucho más débil, cortado y recolocado, pero estaba al otro lado. Bueno, sí y no. Era muy brillante, un poder auténtico y puro en su interior, más de lo que Malachiasz se habría imaginado. La chica en la nieve tenía poder, pero esa chica y esta otra eran muy diferentes. La oscuridad que Nadya albergaba y de la que ya no huía la hacía más aterradora que ningún mago que hubiera conocido.

El chico esperó su señal. Esperó a que Chyrnog la consumiera y se diera cuenta de su error.



54

NADEZHDA LAPTEVA

Todo son arañas. Todo son arañas. Todo son arañas. Hay oscuridad, hay arañas y está ella.

Fragmento de los diarios personales de Sofka Greshneva

Nadya caminó directamente hacia las fauces de la entropía.

Se aferraba a la mano de Parijahan, a la vez que la tormenta rugía a su alrededor. Si perdía la frialdad racional de la magia de Parijahan, todo se acabaría. Se la tragaría por completo. Los tranavianos y ella tenían mucho poder, pero nada de eso importaría sin Parijahan.

—Dime lo que necesitas —le había dicho la akolana antes de entrar en la tormenta.

—Chyrnog se ha fundido con Malachiasz y el caos de este ha influido al dios antiguo, igual que su hambre se ha metido en las profundidades de los huesos de nuestro amigo —contestó Nadya—. Necesito aplacar ese caos.

Parijahan se lo había concedido. Era una armadura frágil, pero una armadura igualmente. Nadya se había desprendido de todas las capas. Fuera la criatura que fuese, se había revelado por completo. Aquello de lo que había huido, aquello que se le había ocultado, aquello que nunca había tenido sentido, unido en una sola chica, bastante monstruosa, bastante divina, pero totalmente mortal al final. Todos estaban envueltos en lo mismo: distintas formas de las mismas partes.

—*¿Qué crees que puedes conseguir aquí? Ya me has ayudado y liberado, ¿crees que puedes enfrentarte a mí tan deprisa? ¿Eres tan rápida con las traiciones?*

Nadya casi se echó a reír. La tormenta rugía a su alrededor, formada por oscuridad, haces de luz y retazos de monstruosidad. Un hambre que Nadya podía sentir mientras permanecía en su interior. Un dolor. Una necesidad ardiente de consumir todo lo que se interponía en el camino de Chymog. Allí no había razón ni manera de matar aquello. No esperaba salir de ahí. Solo esperaba controlar lo imposible.

«¿No has estado prestando atención? La venganza es un plato que se sirve frío y soy muy humana. Quiero vivir mucho. Por supuesto que te traicionaré. Os traicionaré a todos. Traicionaría a todos los dioses que siempre se han portado con amabilidad si eso significa vivir».

—*Estás loca*.

No estaba allí para intercambiar clichés con una oscuridad inescrutable. ¿Quién sabía lo lejos que se había expandido Chymog?

—*Ya he consumido muchas ciudades y bosques. Todo caerá en mis garras*.

Sí, eso era lo que debían evitar. La entropía en todas partes. Cada segundo que pasase, morirían miles de personas más. Malachiasz moriría. Serefin moriría. Nadya recordó a la chica que fue en el pasado. En la nieve, con los *voryens* en la mano, huyendo de un chico al que ahora consideraba amigo y topándose con otro que le había cautivado el corazón, la chica que creía de forma ciega en la voluntad de sus dioses, que creía que la Iglesia tenía razón y estaba en lo cierto, que tenía a la divina providencia de su parte y que los clérigos no cometían errores. Totalmente mortal e inocente.

Ljubica había dicho que se aferrara a su mortalidad y lo había hecho. Habría sido muy fácil rendirse ante las canciones, mostrarle a su país que era más que la suma de sus errores, que había razones por las que había llegado a querer a los tranavianos, que eran tan buenos y terribles como cualquier kalyazi y que esta guerra entre sus países había durado demasiado.

Sin embargo, a Chyrnog no le importaba nada de eso. Solo le interesaba consumir, acabar con el mundo, hacer trizas el plano de lo divino y destruirlo también, comerse el sol, matar a Alena y acabar con todo. Ese era su propósito. Ese siempre había sido su propósito.

Los dioses no eran como los mortales, aunque en el pasado lo habían sido. No se les podía apartar del camino que habían elegido. A los dioses no se les podía transformar.

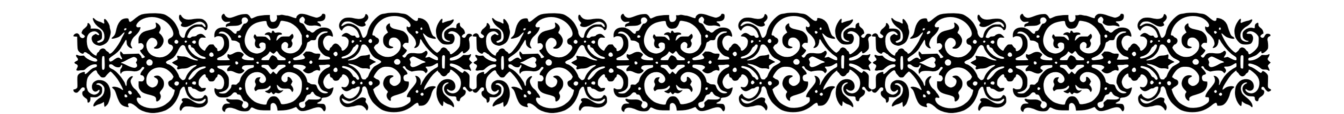
Dependía de Nadya cambiar, ver a sus enemigos como amigos y familia, reconocer que sus creencias necesitaban adaptarse al mundo como era en

realidad, permitirles habitar junto a las de un chico que pensaba distinto, en lugar de rechazar lo que a él le importaba.

Era idealista, pero así era Nadya, idealista, empática y llena de esperanzas de que las cosas quizás cambiarían algún día. Quizás nunca se acabaría la guerra, pero lo habría intentado al tenderle una mano al príncipe que había quemado su hogar y destruido a su familia, al enamorarse del chico que tanto daño había causado, tanto mal, pero que quería ser mejor. No sabía si podía, pero ella esperaba que sí.

Fue esa esperanza la que la mantuvo de pie cuando Chyrnog comenzó a despedazarla, cuando la dividió en fragmentos más apetecibles, cuando decidió que su amargor en la lengua no sería tan malo.

Solo una chica al final de todo, con un poder propio porque no importaba quién se lo había dado. Era suyo, lo quería y lo usaría. Apretó con fuerza la mano de Parijahan y rezó a todos los dioses que conocía para que funcionara. Dejó que la devorara.



55

MALACHIASZ CZECHOWICZ

Es la muerte. Siempre lo ha sido. La pieza final, la llave final, la que nos ha conducido a todos. No hay escapatoria. Nunca la ha habido.

Fragmento de los diarios personales de Innokentiy Tamarkin

Cuando la conexión entre Nadya y Malachiasz se rompió, él atacó. Lo hizo a través de una abrumadora oleada de pena con la que canalizó todo el caos de su poder para lanzar a la tormenta ante él hacia la trampa que había construido en su libro de hechizos.

Pero era demasiado. Incluso con el poder de Serefin junto al suyo. Incluso con la calma de Parijahan en la tormenta. Incluso con los últimos posos de la magia moribunda y espeluznante de Nadya. Era demasiado.

Malachiasz lo supo cuándo se vio sobrepasado por la satisfacción engreída de Chyrnog. No habían sido lo bastante fuertes. Si no hubieran elegido todos la mortalidad. ¿Habrían podido atraparlo? Si uno de ellos se hubiera sacrificado más, ¿habría sido suficiente? No lo sabía. No lo sabía. No lo sabía.

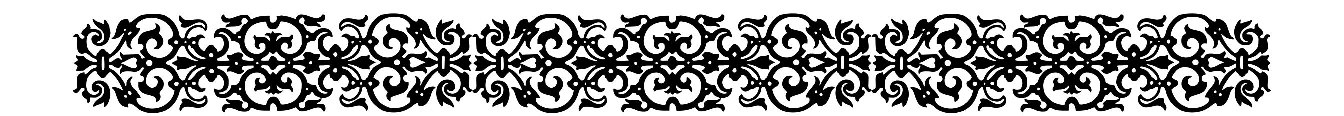
Presionó la mano contra la cubierta desgastada del libro de hechizos mientras la sangre le caía de los brazos, los ojos y la nariz. Se esforzó por darle forma a la magia que giraba a su alrededor.

Fracasó.

Tiró del poder de Chyrnog. Creó la entropía en su interior. Lo poseería, se lo comería, pero quizás fuera suficiente.

Oyó apenas a alguien maldiciendo y sintió otra mano sobre la suya. Demasiado tarde. Era demasiado tarde. No eran lo bastante fuertes. Nunca

serían lo bastante fuertes. Habían elegido ser humanos, habían elegido vivir. Por eso, habían elegido morir.



56

SEREFIN MELESKI

Desertaré. No me pueden mantener aquí, siempre he sido su juguete, su peón, su arma. Veceslav no me puede retener donde no deseo permanecer. Los dioses no son tan poderosos como dicen. Los tranavianos no están tan confundidos, después de todo.

Fragmento de los diarios personales de Celestyna Privalova

La calidez se extendió por la piel de Serefin. Frunció el ceño, apenas consciente de que se estaba despertando, pero no lo suficiente para abrir los ojos.

—Al menos respira.

Conocía esa voz.

—¿Y los otros?

Un suspiro.

—Respiran, pero están en coma. No sé. Han pasado semanas. Quizás hayan muerto. No sé qué hicieron.

—Por favor, infórmame si hay algún cambio.

—Por supuesto.

El ruido de una puerta al cerrarse. La sensación de alguien cogiéndole la mano.

—Estás moviendo el ojo, que es más de lo que he conseguido de ti últimamente. —«Kacper»—. Quizás sigas ahí. Eso espero. Te echo de menos. Además, no consigo evitar que las polillas se coman las sábanas y los sirvientes de Katya me van a matar.

Fueron las ganas de reír las que le empujaron a través de la pared que lo estaba reteniendo. Se removió. Oyó cómo Kacper tomaba aire con brusquedad.

—¿Serefin?

Le costó un esfuerzo monumental abrir el ojo, pero lo hizo. A Kacper se le cortó la respiración de golpe.

—¡Serefin!

Luego, lo besó y fue tan abrumador que no creía que estuviera en buen estado para recibir besos, pero eso no impidió que Kacper pasara a besarle las cicatrices que tenía en la cara.

—No debería haber hecho eso. —Kacper se echó hacia atrás—. Necesitas espacio. Lo siento. Perdona, Serefin, pero me alegra muchísimo que estés bien.

Serefin no sabía si era así. Lo único que recordaba era perder a Malachiasz, sentir que Chymog lo consumía por completo. Cerró el ojo.

—Dame un momento —pidió con la voz áspera por la falta de uso.

Kacper lo cogió de la mano. De repente, se detuvo. ¿Había muerto de nuevo?

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó sin abrir el ojo.

—Con Katya. Debería decirle que te has despertado.

—¡No te vayas! —El pánico le inundó el pecho. No había nada, nada, nada. Había perdido algo ante Chyrnog, pero ¿qué? Le asustaba no saberlo.

—Muy bien —susurró Kacper—. Eres el primero en despertar. Sin embargo…, creo que, al final, fuiste el único que no obstaculizaba a Chymog.

Las lágrimas le inundaron el ojo. La sensación de que todo se alejaba de él mientras Chyrnog consumía más y más era demasiado reciente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Serefin.

—Los cuatro… lo hicisteis. Al menos, eso creo. No lo sé. Ahora hay una grieta en ese lugar. Es aterrador. No creo que hayamos visto todo lo que va a salir de ella. —Serefin emitió un pequeño sonido a modo de afirmación. Kacper le apartó el pelo de la cara—. Zaneta y Katya mataron a Nyrokosha. Le ha cogido cariño a la Buitre.

—¿Dónde estamos?

—En algún lugar a las afueras de Komyazalov. Katya ha estado intentando hablar con su padre, pero no ha ido demasiado bien. Parece que el *tsar* se niega a hablar mientras tu estado siga en el aire, pero… si conseguimos llevar a Zaneta a casa y quitar a Ruminski del trono, tenemos alguna oportunidad, creo.

Serefin no podía estar oyendo aquello.

—¿Qué? —Giró la cabeza para mirar a Kacper a la cara—. ¿¡Qué!?

Kacper solo asintió.

—Quizás se haya acabado, aunque no tengo muchas esperanzas. Sé cómo serán esas charlas y tendremos que lidiar primero con Tranavia, pero quizás estemos a punto de conseguirlo.

—Ven aquí, por favor. —Kacper se subió a la cama, junto a él. Con algo de esfuerzo, Serefin se giró y presionó su frente contra la del chico—. Estás diciendo tonterías —musitó.

—Lo sé.

—Creo que morí en el campo a las afueras de Komyazalov.

—Nadie sabe qué sucedió en realidad. Los otros y tú habéis estado inconscientes durante semanas.

Serefin cogió a Kacper de la mano. Sintió algo extraño y vacío en su interior, lo que era aterrador. ¿Qué había cambiado? ¿Dónde estaba Velyos? Si lo llamaba, no recibía su voz aflautada como respuesta. ¿Qué…? ¿Qué habían hecho?

Kacper se inclinó hacia él para darle un tierno beso.

—Volvamos a casa, Serefin.

* * *

El palacete en el que se encontraban, según les aseguró Katya, estaba lo bastante alejado para que nadie fuera a buscarlos. Serefin trató de planear su regreso a Grazyk mientras se esforzaba al máximo por no entrar en pánico. Ostyia se sentó junto a él en una mesa de un estudio polvoriento y en desuso. Le apoyó la cabeza en el hombro.

—Llevo un tiempo queriendo hablar contigo —dijo Serefin. No era una conversación que deseara tener.

—Lo sé.

Ambos sabían qué tema necesitaban abordar. Se conocían lo suficientemente bien como para no seguir dando vueltas a su alrededor.

—Puedes quedarte aquí, con ella, si quieres. —Ostyia cogió aire con brusquedad. No era lo que había esperado. Serefin la miró y ella mantuvo el ojo azul vidrioso fijo en el desastre de papeles y mapas frente a él—. Llevas mucho tiempo a mi lado. No te puedo retener toda la vida.

—La idea de que haya un país entre los tres, Kacper y tú y yo, es insoportable —musitó—. Pero, sangre y hueso, me gusta mucho.

—¿Has hablado con ella sobre quedarte?

Ostyia suspiró.

—Es Katya, lo que significa que me ha dicho que me quede y me marche en el mismo segundo.

Serefin asintió, pensativo.

—¿Y si te quedas? No tiene que ser para siempre.

—Necesitas ayuda. Vas a destituir a Ruminski de una manera bastante dramática y no me quiero perder su expresión cuando ocurra.

Serefin se echó a reír y Ostyia gruñó, pasándose las manos por la cara.

—Esto es lo peor. ¿Qué van a hacer Nadya y Malachiasz?

—Bueno, suponiendo que se despierten alguna vez, entiendo que ya lo hablarán. No sé qué decidirán.

Ostyia frunció el ceño.

—No quiero obligarte a volver conmigo, pero ¿y si lo haces hasta que consigamos convertir el tratado de paz en algo real y luego vienes y vas según desees?

Reflexionó sobre aquello.

—No parece que vayamos a conseguirlo nunca.

—Bueno, lo intentaré.

* * *

—Se ha puesto terco. —Katya llenó dos copas de vino y le pasó una a Serefin —. Mi padre se inclina a creer las afirmaciones que Ruminski está extendiendo sobre tu capacidad.

—Evitamos que todo su país cayera ante sus ojos.

—Además, Tranavia trajo el ejército hasta aquí —observó Katya—. Y no hemos descubierto aún qué daños provocó Chyrnog en el campo. No pinta bien, Serefin.

El chico no podía negarlo. Suspiró, presionándose la frente. Le dolía la cabeza.

—No está todo perdido —murmuró Katya—. Solo nos va a llevar algún tiempo.

—Un tiempo en el que se desperdiciarán más vidas en el frente —contestó Serefin.

Apreciaba lo que la *tsarevna* estaba intentando, de verdad, pero deseaba hacer algo más. Quería irse a casa, para ser sincero. Quizás ese era el siguiente paso.

—Necesito alguna garantía de que, si vuelvo a casa y lidio con Ruminski, tu padre no se olvidará de inmediato de que alguna vez sopesó la idea del

tratado de paz —le pidió Serefin.

—Casi ha caído todo el país y cada día que pasa nos arriesgamos más a que nos invadan desde el norte —dijo Katya—. Llevo tratando de retirar las tropas del frente para que se dirijan hacia el norte desde hace meses, pero nadie me escucha. —Serefin frunció el ceño—. Los aecii no llevan soportando un siglo de guerras —le explicó Katya—. Nos han estado vigilando desde hace años. —Se quedó callada un largo rato—. Mi padre no está bien, Serefin. No lo ha estado desde hace mucho tiempo. No sé cuánto le quedará. Conseguir un acuerdo pronto es lo deseable, pero, si es necesario esperar a que se calme la opinión pública y yo tenga el trono…

—No puedo dejar que el frente continúe así —dijo Serefin.

Katya asintió.

—Entendido. Entonces, presionaremos. También está el asunto de tu hermano.

—Déjalo en paz.

—Serefin.

—Katya, estaríamos muertos si no fuera por él.

—Miles han muerto por su culpa.

—Un dilema moral que vamos a tener que aceptar. Tranavia es inestable. Necesito la seguridad de saber que los Buitres están bajo control, y no podré tenerla si no vuelve conmigo.

—Tú y yo nos llevamos bien, pero, si Malachiasz hace otro movimiento como el del año pasado, mandaré a los mejores asesinos de Kalyazin para que acaben con él.

—¿Y arruinar la amistad creciente entre nuestros países? —Serefin no creía que los asesinos de Kalyazin pudieran hacer mucho más que desconcertar al Buitre Negro.

—No te hagas el tonto, Serefin. Nos quedan años duros y largos en los que nos odiarán por haber cedido. —Eso era cierto—. Estoy dispuesta a arriesgarme para librar al mundo de alguien como él si es necesario —continuó Katya.

—Necesito alguna garantía de que tus dioses no van a hacer arder a Tranavia.

—Ya no tenéis magia de sangre.

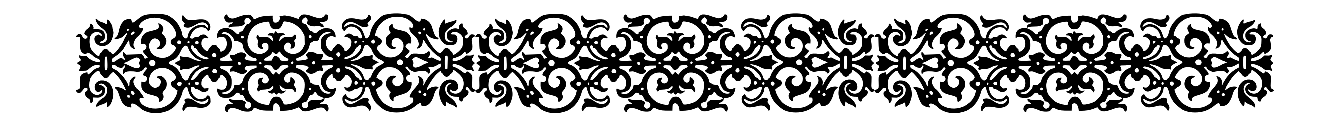
Serefin no respondió. Malachiasz se pondría a investigar sobre ese tema en cuanto llegaran a casa. Tal vez nunca regresaría, pero su hermano lo intentaría, eso seguro.

—Eso no es una garantía.

—Habla con Nadezhda sobre el tema. Nos encontramos a punto de lidiar con una gran agitación en la Iglesia, por lo que creo que estaremos demasiado ocupados para enfrentarnos a nuestros vecinos heréticos.

Con eso tendría que servir. No sabía el valor de esa conversación, ya que su autoridad no se reconocía en Kalyazin y Katya no contaba con autoridad real. Estaban en el mismo punto en el que se encontraban cuando se habían conocido en ese pueblo kalyazi.

Sin embargo, había esperanzas, aunque sería un gran escándalo arrebatarle el trono a Ruminski. Zaneta había aceptado ir contra su padre en calidad de lo que se necesitara, ya que no caería sin resistirse. Sin embargo, quizás Serefin también cayera. No obstante, estaba cansado de correr. Tenía un país que gobernar.



57

NADEZHDA LAPTEVA

Habrá paz, algún día. Tengo que creer en eso porque no me queda nada más.

Fragmento de los diarios personales de Milyena Shishova

El silencio era profundo. Nadya no estaba segura de qué habían hecho. Encerrar a Chymog, tal vez, pero el resto de los dioses se habían quedado también en silencio. Se había despertado y estallado de repente en lágrimas. Anna estaba a su lado y se arrastró hasta ella antes de apoyarle la cabeza contra el hombro.

—¿Qué hemos hecho?

Anna se quedó callada mucho tiempo.

—Fue difícil verlo. No dejabas de agitarte, cambiar y mostrarte… al descubierto. El sol desapareció y luego se produjo una calma perfecta y tranquila.

—Entonces, ¿cómo sigo viva?

Anna tomó a Nadya de la mano y la alzó. La clériga se incorporó al no comprender del todo lo que estaba viendo. Le habían desaparecido dos dedos de la mano izquierda, el meñique y el anular.

—Vaya —musitó, aún incapaz de asimilar las partes desaparecidas. Quizás los dioses la habían ayudado después de todo. Algo se le removió en el pecho—. ¿Dónde está Malachiasz?

Anna no contestó de inmediato y el pánico la invadió. Malachiasz debía haber sobrevivido. Si ella lo había hecho tras estar en el corazón de la tormenta, él tenía que estar bien.

—Ven conmigo —le pidió Anna con suavidad.

A Nadya le recorrió el horror. Se levantó despacio porque le molestaba todo el cuerpo y el silencio en su cabeza era suficiente para provocarle dolor. Frunció el ceño.

—No puedo, eh, oye…

—No, solo la mano. El resto hubiera sido demasiado.

Nadya sonrió.

—Piensa en lo que diría el padre Alexei. —Comenzó a rebuscar algo que ponerse en un baúl a los pies de la cama.

A Anna se le quebró la expresión y contestó:

—Creo que estaría orgulloso de ti.

Nadya se quedó paralizada. Fijó la mirada en el conjunto de telas y tuvo que tragarse las lágrimas. Cogió un vestido negro con bordados rojos en los puños, lo sacó del baúl y se lo puso. Se debatió entre trenzarse el pelo o no, pero decidió no hacerlo. Ya no era esa chica.

Anna la guio por un pasillo. Parecían estar en una casa enorme, aunque con un estilo sencillo. La sacerdotisa le apretó la mano antes de llamar con suavidad a una puerta y empujarla con el hombro.

Nadya no sabía qué esperar, pero se inclinaba por lo peor: o que Malachiasz estaba muerto o que estaba en algún lugar al que no podría acceder, desaparecido para siempre, un monstruo, convertido en el espeluznante dios del caos que era, que siempre había sido. No esperaba que Malachiasz estuviera vivo y despierto, discutiendo con Serefin mientras Parijahan escuchaba, cansada, en una esquina. El Buitre se apoyaba en muletas. ¿Por qué…? Vaya. Le había desaparecido la pierna izquierda hasta la rodilla. Chyrnog se había cobrado la última deuda.

Malachiasz, al mirar sobre el hombro de Serefin, la descubrió, con lo que su expresión se transformó en la sonrisa más exhausta, pero feliz, que Nadya le había visto. Le costó un esfuerzo terrible no lanzarse hacia él.

Llevaba el pelo limpio y suelto sobre los hombros, echado a un lado y entrelazado con cuentas. Había en él una nueva calma. Con un temblor, unos ojos le aparecieron en la mandíbula. La kalyazi cruzó la sala y quizás se lanzó a sus brazos con demasiada fuerza, porque él soltó un resoplido y se tambaleó. Nadya lo atrapó y enterró la cara en su pecho. Iba a llorar y no quería seguir haciéndolo, pero estaba vivo, de una pieza y allí.

—Nadezhda —musitó Malachiasz con la cara en su pelo. Fue extraño tener que mover las muletas, pero a la clériga no le importó.

Nadya se echó hacia atrás para cogerle la cara entre las manos y trazar con ellas la comisura de su sonrisa.

—Has sobrevivido —susurró.

—Más o menos.

—¡Yo también! —Le enseñó la mano.

Él la cogió tras ajustarse las muletas bajo los brazos y le rozó los nudillos seccionados con los dedos.

—Casi vamos a juego —comentó la chica, presionando sus yemas contra las de él y alineándolas hasta el lugar en el que el meñique de Malachiasz desaparecía de golpe.

El tranaviano dejó escapar una risa incrédula, sin aliento.

—¿Qué pasó? —preguntó Nadya.

—Pensaba que consumirte le haría más fuerte. Ha sido al revés. Serefin hizo la prisión…

—¡He servido de algo! —exclamó el aludido, feliz.

Malachiasz puso los ojos en blanco con cariño. La grieta entre los hermanos tardaría en sanar, pero tal vez la curación había comenzado.

—El plan estuvo a punto de fracasar, pero… —Se interrumpió y el dolor se le reflejó en la cara—. Se había hecho hueco dentro de mí, por lo que yo podía usar su poder.

Tiró de Malachiasz y lo besó. Fue raro, delicado y desordenado porque no pudo dejar de sonreír durante todo el beso, igual que ella. Dio un paso atrás y Malachiasz se colocó las muletas.

—¿Cómodo? —le preguntó Serefin.

El chico asintió y dio un paso dubitativo. Fue torpe, nada similar a su gracia habitual, pero no parecía molestarle. Nadya sintió que esa era una presa que acabaría rompiéndose.

—Ya buscaremos una prótesis más permanente cuando lleguemos a Tranavia —comentó Serefin.

Malachiasz le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

* * *

Tras reunir a los ejércitos y con el rey kalyazi enfermo, Katya y un general del bando tranaviano acordaron un cauteloso armisticio. No era paz, pero algo era.

Vivir después de todo lo ocurrido fue más difícil de lo que Nadya pensaba. Todo parecía vacío e insólito y se preguntó si era cosa suya o si se debía a ese extraño silencio. Al contárselo a Malachiasz mucho después, este recibió la noticia con una cuidada expresión neutra.

—¿Es como antes? —preguntó—. ¿Como cuando te dejaron de hablar?

Estaban en la pequeña biblioteca del palacete. Malachiasz hojeaba un libro distraído en una mesa y Nadya estaba sentada sobre ella a su lado. Parijahan y Serefin habían estado hablando de que volverían a Tranavia si podían encontrar y convencer a Pelageya de que les dejara usar su extraña magia para regresar. La clériga, al darse cuenta de que iba a perderlos a todos, había entrado en pánico.

No había pensado que Parijahan y Rashid fueran a regresar con los tranavianos, pero era una tontería, claro que sí. En cuanto Malachiasz se había despertado, había comenzado a investigar cómo funcionaba la magia de los akolanos. Rashid estaba dispuesto, aunque se mostraba precavido. Parijahan no se decidía.

—No lo sé, quizás ya no sea clériga.

Malachiasz le dedicó una mirada de soslayo.

—Eres más que eso.

Lo sabía, pero el título había significado algo para ella. ¿Qué era sin él? ¿Y eso implicaba que nunca más iba a haber clérigos? ¿Ni clérigos ni magia de sangre? No lo sabía. Ya no había nadie a quién preguntar. Tendría que vivir sin saberlo.

Malachiasz le apretó la mano. Se produjo un silencio entre ambos, lo que a ella le gustaba, aunque no podía desprenderse de la idea de que las cosas estaban comenzando a moverse y de que no sabía qué lugar le correspondía.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la chica.

El tranaviano alzó la cabeza y cerró el libro.

—Bueno, si no nos vamos de Kalyazin pronto, Katya va a mandar que me ahorquen.

—Por tus crímenes.

—Por mis crímenes, sí.

—Y volverás a Tranavia para recuperar el trono, ejecutar a los que te fallaron y pasarte la vida en la cúspide de la divinidad mientras tratas de entender los misterios del universo, ¿no?

—¡Qué dramática! Me gustaría echarme una siesta también. —La miró con atención—. Me estás queriendo decir algo que no es lo que me estás diciendo, pero no puedo leerte la mente.

—En realidad, sí.

—Quizás fuera un poco maleducado por mi parte tomarlo como hábito.

Nadya sonrió. Malachiasz se relajó lo suficiente para darse cuenta de lo tenso que estaba.

—Supongo que me estoy preguntando qué debería hacer yo ahora.

—¿Qué deseas, Nadezhda?

¿Alguien le había preguntado eso antes, queriendo saberlo de verdad? ¿Se le había permitido desear algo en su vida? Era la clériga, una chica de un monasterio a la que habían moldeado para hacer lo que quería la Iglesia, para actuar siguiendo la voluntad de los dioses. ¿Qué deseaba?

—Quiero irme a casa —susurró. No sabía qué significaba eso. Su hogar estaba convertido en cenizas.

Malachiasz emitió un suave sonido.

—¿Kalyazin, entonces? —Dos palabras y una difícil pregunta.

Nadya estiró la mano y deslizó los dedos por la mejilla de Malachiasz hasta que, con suavidad, le acunó la cara y la inclinó hacia la suya.

—Tú —dijo. Le besó los tatuajes de la frente—. Tú eres mi hogar.

En realidad, eran él, Parijahan, Rashid y, dioses, incluso Serefin, Kacper y Ostyia. Era Katya, aunque se quedara allí. La *tsarevna* la había apartado a un lado para explicarle que, por mucho que la quisiera en la corte y Kalyazin la necesitara, no podía prometerle que la Matriarca no intentara volver a quemarla en una hoguera.

—Me servirías de mucho cerca —había dicho Katya, triste, encogiendo los hombros—, pero no puedo ponerte en peligro mientras Magdalena siga al mando. Sin embargo, me da la impresión de que no estará allí mucho tiempo. Es hora de erradicar el veneno.

Y ahora, sentada en la biblioteca con Malachiasz, Nadya se percató de que no pasaba nada. Malachiasz se sonrojó ante sus palabras. Dejó caer la mirada hacia el libro cerrado. Con una de las manos se frotó el muñón de la pierna (aunque le había dicho que no le dolía demasiado, a veces aún sentía que la pierna estaba allí, y era estremecedor darse cuenta de repente de que no era así). Los ecos de lo que le había hecho el dios eran más profundos de lo que se percibía a simple vista. Tardaría mucho tiempo en curarse, si es que alguna vez lo hacía.

—Quiero —continuó Nadya tras su silencio— entender qué significa mi magia, si es de verdad tan diferente o si hay vías similares que aún no hayamos encontrado. —Malachiasz se incorporó y ella le dedicó una pequeña sonrisa—. Quiero ayudar a Serefin a redactar un tratado de paz, aunque se necesiten años. Quiero… muchas cosas, pero sobre todo quiero tranquilidad durante un tiempo. Te quiero a ti.

Había algo vulnerable en la expresión del chico que Nadya no esperaba.

—¿Volverías a Tranavia conmigo?

La kalyazi se colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Eso creo.

—Sigo siendo el Buitre Negro.

—Lo sé.

—Mentía cuando dije que dejaría a los Buitres.

Nadya se echó a reír.

—Lo sé. ¿Lo harías si te lo pidiera?

Solo dudó un segundo.

—Si me lo pidieras, sí.

La calidez inundó el pecho de Nadya y tuvo que esforzarse para no acercarle aún más la cara y besarle. Le pasó el pulgar por la mejilla, esquivando un ojo que pestañeó antes de desaparecer sobre su piel.

—Es una pena que me gusten todas y cada una de tus partes miserables: el Buitre Negro, el dios del caos, todas… No te lo pediré.

—Todas mis partes son terribles, es cierto. Además, sería imposible, así que me alegra que no me lo vayas a pedir.

Entonces, lo besó. Con suavidad, porque ahora tenían tiempo, porque podía besarlo cada vez que quisiera y era una sensación emocionante poder entrelazar los dedos con su pelo y no tener que prepararse por si la atacaba. Malachiasz suspiró.

—Nunca pensé que fueras a marcharte de Kalyazin.

Nadya no podía negar que la idea le dolía. Sin embargo, pensar en abandonarlo, aunque solo fuera un tiempo, dolía mucho más. Y estaba cansada del dolor.

—Ya no hay iglesias en Tranavia. ¿Es…? ¿Es algo que desearías?

—No lo sé. Le di todo a esta maldita Iglesia, todo para nada.

Malachiasz la tomó de la mano y le besó los dedos.

—No para nada, detuviste a un dios antiguo.

—Contuvimos a un dios antiguo —le corrigió Nadya.

—Matamos a Nyrokosha.

—Ah, ¿vas a atribuirte también el mérito de eso?

—Fue una de mis Buitres —contestó Malachiasz, de forma un poco engreída. Nadya suspiró. Nada iba a ser fácil. Había aprendido a vivir con lo que era y lo que eso significaba. Tendría que vivir con todo lo que había hecho—. Ven a casa conmigo —le pidió el tranaviano mientras le acariciaba las manos—. Acosaré a Pelageya sin piedad hasta que me enseñe cómo hacer ese extraño hechizo de teletransporte. No será la última vez que veas Kalyazin.

—Nunca te lo va a enseñar.

—Puedo ser muy persuasivo, encantador y agradable. No podrá negarse. Nadya, hay demasiada magia de la que nunca sabremos. Quiero investigarla contigo.

Un lugar diferente, un Malachiasz diferente, la misma pregunta suplicante. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que el estudio de la magia no fuera suficiente para él?

—Alguien necesita ponerte una cadena en el tobillo para mantenerte en la Tierra —comentó Nadya con una suave carcajada—. Vas a arder de nuevo y empezar otro apocalipsis. —Algo le cruzó la expresión al chico. Pensaba que estaba negándose—. Al final te resististe a Chyrnog. Supongo que aún me sorprende.

—Veceslav ocupó su lugar —dijo Malachiasz a toda velocidad. ¿Qué? Le había pedido ayuda al dios, pero no había esperado aquello. El chico añadió —: Lo acepté.

—¿Tú?

Malachiasz se echó a reír con suavidad.

—Creo que me he confundido en algunas cosas. En realidad, no había otra opción.

—¿Quién eres y qué has hecho con Malachiasz Czechowicz?

Un temblor ante el sonido de su nombre. Aquello nunca desaparecería. Los ojos le seguían parpadeando en la piel y aún le temblaban las manos. Quizás se hubiese liberado de Chyrnog, pero nunca se libraría del daño que se había infligido.

—No sé cómo hacerlo mejor. A decir verdad, no creo que pueda, pero… estoy cansado de la muerte.

—Debes irte a casa y ejecutar a algunas personas…, literalmente.

—¿Por qué siempre arruinas los momentos en los que intento ser sincero?

—Es mi don.

Sin embargo, que estuvieran allí, discutiendo así, era una bendición con la que Nadya no se había permitido soñar. Malachiasz le dio un beso en la mejilla, murmuró algo sobre el té y abandonó la sala.

Tal vez se fuera con él a Tranavia. Parijahan también iría, y, con ella, Rashid. No podía ver cómo todas las personas de su vida se iban a la otra punta del mundo y la dejaban sola. No se quedaría sola. Daba igual lo que hiciera, siempre tendría a Anna. Cuando le había presentado la posibilidad de marcharse, la sacerdotisa había alzado una ceja y había dicho:

—Por supuesto que voy contigo.

Los últimos miembros del monasterio que quedaban iban a convertir el corazón de Tranavia en su hogar.

Ostyia era la que estaba más indecisa. Nadya nunca descubrió qué le dijo Katya para convencerla de que se fuera a casa con Serefin. Y el rey tranaviano, el chico al que la clériga había observado desde el extremo contrario del campo de batalla mientras quemaba su hogar, ahora se encontraba al otro lado de la sala, leyendo un artículo a la luz del fuego. Kacper estaba dormido, con la cabeza sobre su hombro. Serefin levantó la mirada del informe para sostenérsela a Nadya y esbozó una pequeña sonrisa. Ojalá nada volviera a colocarles un campo de batalla entre ambos.

La guerra aún no había terminado. La clériga se había sentado en algunas reuniones entre Katya y Serefin antes de que estas se convirtieran en juegos de beber mientras Kacper, agotado, hablaba de los asuntos importantes con Milomir, y aún les quedaba un largo camino hasta la paz. Y hasta la comprensión.

Tal vez Nadya nunca llegara a ese punto con su Iglesia o entendiera por qué la Matriarca la odiaba tanto, si se debía a algo más que el extraño nacimiento de Nadya y su magia tan difícil de explicar o si solo era el chivo expiatorio de todo lo que estaba cambiando en el mundo.

Zaneta se sentó con Anna en un rincón de la sala. Nadya se había dado cuenta de que las dos chicas pasaban más tiempo juntas y quizás no fuera nada, pero, en secreto, le encantaba que la chica que había intentado con todas sus fuerzas alejarla de Malachiasz se viera atraída por una Buitre. Katya y Ostyia estaban jugando a algo con complejos mosaicos, lo que a menudo acababa con ambas gritándose insultos increíbles tras cada turno.

Malachiasz volvió a usar las muletas para agacharse de manera casi elegante junto a ella, que se había trasladado a una alfombra de pelo frente al fuego, con una manta sobre los hombros.

—Te estás adaptando a una velocidad inquietante —comentó Nadya.

—Tendrá que aprender a andar de nuevo cuando le consigamos la pierna falsa —dijo Serefin antes de que Malachiasz pudiera responder.

Su hermano le dedicó una mirada turbia y Nadya casi pudo ver su intención de lanzarle una muleta a la cabeza. Luego, la observó a ella.

—Bueno, iba a traerte algo de té, pero… —Se encogió de hombros con tristeza—. Aún no he encontrado el paso con el que no verterlo por todas partes.

—Va a exprimir durante años lo de mostrarse indefenso si se lo permitimos —dijo Rashid cuando entró en la sala, llevando las tazas de té

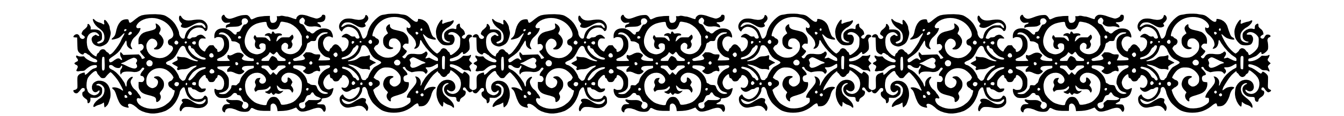
abandonadas. Se las tendió a Nadya y Malachiasz, le dio una botella de vino a Serefin y una taza a Parijahan cuando esta se sentó al otro lado de Nadya.

—¿Has conseguido té de Akola? —le preguntó la kalyazi, olfateando el aire. Parijahan emitió un sonido, feliz, cuando acercó la cara al vapor que salía de la taza. Rashid se dejó caer a su lado.

—¿Qué vas a hacer con Akola? —preguntó Malachiasz.

—Dejar de huir —contestó Parijahan—. Veremos qué dicen cuando por fin vengan a por mí.

Quizás no hubieran conseguido aún la paz para sus frágiles países, pero allí habían logrado una especie de calma y, por el momento, eso era lo único que necesitaba Nadya.



Epílogo

EL CHICO QUE ERA UN MONSTRUO

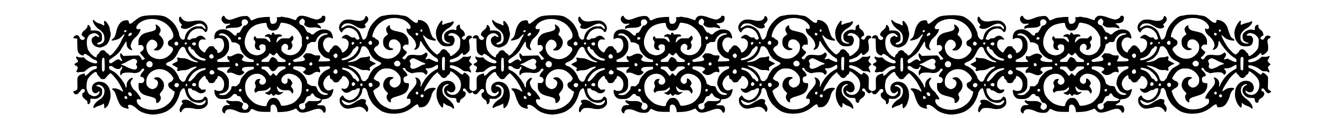
El libro que en el pasado había estado empapado de su sangre susurraba. Siempre lo hacía. Lo había llevado a las Minas de sal y dejado en una cripta. Sin embargo, la chica que entraba sin temor en las minas decía que seguramente no sería el mejor lugar, que había demasiada magia en el aire con la que alimentarse. Reticente, se lo había llevado a Grazyk, donde había pedido que construyeran una cripta en un rincón de su estudio y, aunque la chica arrugaba la nariz cada vez que entraba en la sala, ahí permanecía.

No obstante, él siempre podía oírlo. Los susurros insidiosos eran constantes. Incluso cuando cerraba la puerta y se iba a la cama, se filtraban en sus sueños. El chico decía que necesitaban destruirlo, pero ella respondía que al hacerlo lo liberarían. Discutían durante horas y al final lo dejaban en el rincón, con sus candados y cadenas.

Él se pasaba casi todo el tiempo tratando de mantener unidos los frágiles fragmentos de magia que quedaban en Tranavia. Permanecía largos días en su estudio, a veces solo con los susurros, pero casi siempre con la chica. Su pelo rubio era como la nieve y la miel. Un guante le cubría la mano izquierda, aunque le habían dicho una y otra vez que nadie la miraría en Grazyk. La joven leía las notas del chico y hacia observaciones de las inconsistencias, encontrando con su extraña magia incomprensible todos los lugares que él no era capaz de alcanzar. En ocasiones, el hermano del muchacho se sentaba en el respaldo de una silla, con las botas en el asiento y fruncía el ceño profundamente ante las notas que Malachiasz había reunido, a la vez que las polillas revoloteaban sobre su cuidado pelo antes de que lo distrajera la sonrisa fugaz de su general. Otras veces, empujaba a la *prasīt* a su estudio para encontrar un patrón en los números, con lo que la tensión en su interior disminuía, aunque solo un poco. O al sanador, que trabajaba con él para descubrir qué era posible hacer en esta vida mortal, dejando flores a su paso.

El dios que había permitido entrar en su interior nunca le habló. Solo los susurros, constantes. Pero solo eran eso, susurros, y no harían daño. Había cosas más importantes de las que preocuparse. Tranavia y Kalyazin necesitaban reconstruirse, el tiempo entre la guerra y la paz era peligroso y tenso. Sin embargo, la magia se encontraba en todas partes y lo que estaba encerrado esperaba a que la puerta se abriera.

La chica le tocó la sien, arrebatándole los pensamientos. Sonrió y le cogió de la mano, sin guante, solo piel manchada y garras retorcidas junto a sus dedos tatuados. Hoy todo estaba en calma.



Agradecimientos

En 2015, empecé un libro sobre una chica con el peso de la divinidad sobre los hombros; un príncipe traumatizado por la guerra y un monstruo que tomaba decisiones incorrectas. Me resulta inimaginable que haya conseguido hacer esto no una, sino tres veces. Escribir el final de una trilogía es una sensación increíble y no habría llegado hasta aquí sin la ayuda y el apoyo de tantas personas maravillosas.

Ante todo, muchas gracias a Vicki Lame por coger todas mis ideas raras y volverlas aún más raras y, por lo tanto, mucho mejores y por aceptar a mi extraño reparto de niños monstruos y mi deseo de echar en una licuadora todas las convenciones del género para ver qué pasa.

Gracias a Thao Le por sugerir este libro que nunca pensé que llegaría a escribir antes de que sucediera nada de esto.

Gracias al resto del equipo SDLA, Andrea Cavallaro y Jennifer Kim.

Gracias a DJ DeSmyter. Cada día me siento afortunada por trabajar contigo. Gracias también a Alexis Neuville y Brant Janeway. Gracias a Meghan Harrington, un fenómeno de la publicidad (perdón por todos esos ojos).

Muchas gracias al equipo de Wednesday Books: Sara Goodman, Eileen Rothschild, Melanie Sanders, Anna Gorovoy, *Jaima* Dokos y Olga Grlic. Y gracias también a Mark McCoy por todo ese arte metalero y oscuro para las portadas.

Y también gracias a todas las personas que, entre bambalinas, han trabajado en estos libros tan raros: servicios creativos (como Michael Criscitelli, quien entiende totalmente lo que significa que algo sea metalero al máximo), publicidad para colegios y bibliotecas, ventas y audio.

Gracias a todos los que me habéis escuchado y me habéis proporcionado la ayuda necesaria mientras agonizaba con este libro, sobre todo a Jessica Cooper, R. J. Anderson y Hannah Whitten.

Muchas gracias por el desacuerdo específico con el tema de las ranas, Marina y Hannah, y por darme ánimos literalmente a todas horas. Además,

Hannah, escribe tu libro. Y a A. Clarke por sufrir mi viaje a la locura en las últimas etapas de este libro.

Gracias también a las conversaciones en otro grupo, relacionadas con cuchillos, todos seguís siendo los mejores. Claire, por favor, tu libro.

Esta trilogía es posible gracias a tantos artistas increíbles que soy incapaz de nombrarlos aquí a todos, pero estoy muy agradecida por el intercambio de arte que se ha producido con esta colección. Valoro cada pedazo *defanart* que veo.

Sería un descuido por mi parte no mencionar a los maravillosos Reylos, a los que conocí en internet tras la última película de *Star Wars*, quienes utilizaron mis libros como consuelo. Siento habernos tenido que conocer en esas circunstancias, pero me alegra que mi pequeño romance raro y perverso os haya producido alguna alegría. ¡Sois todos maravillosos!

Gracias al equipo de Owlcrate por todo el apoyo. ¡Sois la bomba, chicos!

Gracias a todos los increíbles libreros que apoyan estos libros, pero sobre todo a mi tienda indie local, The Learned Owl. Y gracias a mis compañeros de trabajo en la biblioteca y a todos los bibliotecarios fantásticos que he conocido en este viaje por el mundo del libro.

El último año ha sido difícil, por lo que es inevitable que me haya olvidado de alguien en esta lista. Si has sido tú, lo siento, pero quiero que sepas que he valorado mucho tu apoyo. Para todos los lectores de cualquier parte del mundo que hayan aceptado a estos niños espeluznantes llenos de horror y fantasía, muchísimas gracias. ¡No podría hacerlo sin todos vosotros! Y gracias, como siempre, a mi familia por su apoyo. De nuevo, como viene siendo habitual y ahora con más razón todavía, sigamos haciendo arte extraño.


EMILY A. DUNCAN
BENDITOS
MONSTRUOS
Lectulandia